LIBRO dot.com

La lengua y la literatura

***

Amado Nervo

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ÍNDICE

Primera parte

-I-. Del florecimiento de la poesía lírica en Italia, Portugal y España
-II-. El catalán y la supremacía del castellano
-III-. De los nuevos metros y las nuevas combinaciones métricas en la literatura moderna
-IV-. La cuestión de la ortografía
-V-. Del estilo exuberante
-VI-. El movimiento intelectual en Madrid
-VII-. Bolsas de viaje para los escritores y poetas. -Conveniencia de crearlas en el Ministerio de Instrucción Pública.-Lo que se ha hecho en Francia
-VIII-. Libros de niños. -Libros para niños. -Los niños en la vida y en el arte
-IX-. La Universidad Popular de Madrid
-X-. Los estudios histórico-literarios en España. -La poesía. -La novela histórica. -Literatura anecdótica. -Cultivo entusiasta de un noble género
-XI-. Programas, horarios y métodos seguidos en Francia para la enseñanza de la lengua nacional
-XII-. La enseñanza de la lengua y de la literatura en Francia
-XIII-. Observaciones en cuanto a la enseñanza de las lenguas vivas en Europa
-XIV-. La enseñanza de las lenguas modernas en Inglaterra
-XV-. Cómo se habla el español en España
-XVI-. El castellano en América
-XVII-. La enseñanza de las lenguas modernas en Francia
-XVIII-. El castellano en México. -Filología comparativa
-XIX-. Ateneo iberoamericano. -Conferencias autocríticas. -La crónica general de Alfonso el Sabio
-XX-. El teatro y el idioma en España y América
-XXI-. Las literaturas clásicas como arbitrio para obtener la ecuanimidad
-XXII-. La literatura española y la portuguesa. -El concepto francés de cada una de ellas
-XXIII-. La instrucción primaria en España
-XXIV-. Balance literario del año. -Los jóvenes escritores españoles. -Orientaciones dominantes
-XXV-. Extensión universitaria
-XXVI-. Del género trágico
-XXVII-. El espíritu literario y poético en los países vascongados
-XXVIII-. El estudio de la literatura en el bachillerato francés
-XXIX-. La mujer y la literatura española contemporánea
-XXX-. Los clásicos para todos
-XXXI-. El presupuesto español de Instrucción Pública. -Pensiones en el extranjero. -Creación de escuelas
-XXXII-. El salón de los poetas
-XXXIII-. Los juegos florales en España
-XXXIV-. El teatro de arte en Madrid
-XXXV-. El arte literario y las preocupaciones mercantiles
-XXXVI-. La reforma de la ortografía en Francia

-XXXVII-. La libertad del arte literario
-XXXVIII-. Composición literaria
-XXXIX-. Los iliteratos en el ejército y en la juventud francesa

Segunda Parte

-I-. El castellano como lengua internacional
-II-. Nueva escuela literaria
-III-. La junta reformista de la enseñanza
-IV-. El congreso de la poesía
-V-. La aristocracia española y el cultivo de las letras
-VI-. La asamblea de la enseñanza en Valladolid
-VII-. Los concursos de poesía del Odeón
-VIII-. La pronunciación del castellano en América
-IX-. El Congreso Universal de la Poesía
-X-. El intercambio universitario. -Los literatos españoles en América
-XI-. El V congreso del Esperanto en Barcelona
-XII-. Altamira y el espíritu de colectividad
-XIII-. Las mujeres y la Academia
-XIV-. El castellano y la escuela de Salónica
-XV-. Las evoluciones del lenguaje en la República Argentina
-XVI-. «La nueva ortografía racional»
-XVII-. El teatro poético: su renacimiento en España y en el mundo entero
-XVIII-. El teatro poético
-XIX-. Inauguración del teatro para los niños
-XX-. De la supuesta decadencia de la literatura novelesca y teatral
-XXI-. Estadística escolar española
-XXII-. Los conservatorios de declamación
-XXIII-. Las escuelas sanatorios
-XXIV-. Los tratados literarios
-XXV-. La expansión de la lengua francesa y de la lengua española
-XXVI-. El Analfabetismo Analfabeto
-XXVII-. Una propaganda simpática
-XXVIII-. Los progresos del esperanto
-XXIX-. Hipertrofia del idioma
-XXX-. El léxico Cervantes
-XXXI-. De las nuevas orientaciones de la novela
-XXXII-. El Congreso de la Poesía y la Academia de los Poetas
-XXXIII-. La enseñanza de la lectura en Francia
-XXXIV-. Saber vivir
-XXXV-. De la utilidad de las Academias
-XXXVI-. Algo sobre la erudición y sobre el estilo
-XXXVII-. En que consistirá la reforma de la ortografía francesa
-XXXVIII-
-XXXIX-. El teatro español

-XL-. El unanimismo
-XLI-. El teatro argentino
-XLII-. Vocabularios hispanoamericanos
-XLIII-. Las cooperativas literarias
-XLIV-. El casticismo melindroso
-XLV-. Uniformidad de léxico

La lengua y la literatura
Amado Nervo

Primera parte

- I -

Del florecimiento de la poesía lírica en Italia, Portugal y España.

El Liberal ha abierto una nueva sección, entre las muy interesantes que lo integran. Llámase «*Poetas del día, auto-semblanzas y retratos*», y me hace la honra de iniciarla con mi fotografía y unos versos más o menos personalistas que tuvo la gentileza de pedirme. Pero no es esta circunstancia la que me mueve a hablar de tal sección, sino los conceptos que el importante diario expresa en ella, a guisa de proemio, y que me parece muy oportuno copiar, por que encierran afirmaciones categóricas y llenas de optimismo, relativas al actual movimiento literario y poético:

«*El Liberal* -dice el mismo- rechaza esos juicios, tan extendidos como chabacanos, que han sentenciado a muerte a la actual poesía española.

Tiene, al revés, el meditado convencimiento de que la lírica española entra en los bellos días de su renacimiento y esplendor.

»Como Portugal y como Italia, los dos países que hoy se honran con mejor y mayor número de poetas, España cuenta hoy día con una lucidísima generación de poetas jóvenes.

»Tampoco *El Liberal* admite esa creencia baja y torpe de que en España nadie lee versos. Por el contrario, piensa que hoy más que nunca, es cuando se leen versos en España.

»Y para comprobar el segundo extremo, esto es, que en España hay bastantes devotos de la poesía, *El Liberal* prepara una colaboración de poetas, en la seguridad de que ha de ser muy del gusto de los lectores».

***

Varias afirmaciones, en efecto, contienen los párrafos anteriores, y quisiera yo recoger y glosar algunas, ampliándolas con juicios propios, por hallar que ésta es materia idónea y harto interesante para mi Informe.

¿Es cierto que Italia y Portugal son los dos países que se honran en la actualidad con mejor y mayor número de poetas?

De Italia, qué duda cabe que atraviesa por un floreciente período poético! Bastaría Gabriel d'Annunzio, con su alta y fecunda labor para glorificar a la tierra de Leopardi y de Carducci.

Su Nave recorrerá en breve tiempo el mundo, dejando la más lujosa estela de triunfos. Desde el monarca italiano hasta las turbas romanas, todos han sabido comprender esa pieza que exaltando

el viejo poderío marítimo del Lacio, señala también a un pueblo ansioso de supremacías el camino del porvenir.

«El Rey Víctor Manuel -decía una reciente noticia-, después de asistir a varias representaciones de La Nave, de D'Annunzio, obra por la cual siente profunda admiración, ha donado a la empresa del teatro Argentina diez mil liras en prueba de la satisfacción con que ve el rumbo que sigue su dirección artística, para bien de la dramática nacional.

»Hay que tener en cuenta que al fundarse la compañía Stábile, que explota el teatro, el monarca, la subvencionó espontáneamente, al conocer su programa, con veinte mil liras.

»La Nave sigue triunfando diariamente. Ha producido ya un beneficio líquido de ochenta mil liras.»

Cito hasta el fin esta noticia para que se aquilate mi afirmación anterior respecto de cómo en Italia las masas están, al par del Rey, identificadas con su gran poeta. Bastaría tan admirable indicio para concluir que hay en ese país un verdadero florecimiento poético y literario.

A él ayudan, por otra parte, circunstancias diversas; dos especialmente: el firme propósito que con fruto tan alentador está mostrando Italia de reconquistar su categoría mental de primer orden en el mundo, y el carácter tan personal y tan individual de la literatura y de la poesía italiana.
Respecto de esta segunda circunstancia, recordaremos aún las palabras pronunciadas no ha mucho en Francia por Matilde Serao en una *interview*:

«Al contrario de la literatura francesa -dijo-, la nuestra no tiene escuela, y como nuestro país está en cierto modo desmenuzado en provincias, cada una sigue sus tendencias, sus tradiciones, sus orígenes; en una palabra: cada una se queda en su concha. Quizá esta situación tiene sus defectos, pero también tiene sus cualidades, porque asegura a la literatura italiana más variedad y más color local.

»Sin embargo, hay una tendencia de concentración, cuyo foco es Roma, pero el movimiento puede considerarse aún como embrionario. No madurará sino dentro de veinte o veinticinco años».

Por lo demás, no es sólo literariamente como Italia progresa, en opinión de la señora Serao (opinión que habrán de compartir todos los que sigan con atención el movimiento mental de la Península), sino en Historia, en crítica y, sobre todo, en Sociología, de la cual hay una importante escuela, el creador de la cual es Enrico Ferri, jefe del partido socialista, a cuyo claro nombre fuerza es añadir, no por analogía de tendencias, sino por paralelismo de mérito, el del gran historiador Ferrero, autor de trabajos importantísimos sobre la grandeza y la decadencia de Roma.

***

En cuanto a Portugal, la afirmación del diario español citada al principio de este informe, es igualmente exacta. En el reino lusitano, probado en estos momentos por tan grandes infortunios, hay un vigorosísimo y substancioso movimiento poético y literario.

De él me he ocupado ya en alguno de mis informes, aunque muy someramente, y recuerdo por cierto que hablaba de esa vaga filosofía, de esa tristeza céltica que flota sobre la lírica portuguesa, toda trémula de saudades y nostalgias.

Justamente después de la afirmación mía, un crítico español muy versado en todo lo que atañe al arte y a la mentalidad lusitanos, decía:

«Los portugueses son poco dados a las disciplinas metafísicas. La filosofía sistemática de escuela no es planta que arraigue en el Portugal contemporáneo; a cambio de esto, por la poesía

de nuestros vecinos vaga una filosofía nómada, vaporosa, sentimental. Su lirismo, esencialmente amatorio, se enamora algunas veces con apasionados transportes y casi siempre con melancólica ternura; se enamora de las mujeres y de las ideas.

De las ideas, como si fuesen mujeres. Y estas apariciones femeninas son figuras de plásticos encantos o sombras misteriosas. Son flores o nada más que fragancia de flores. Ensueños panteístas de diferente clase, según que animen a la naturaleza o según que la espiritualicen».

Que Portugal se honra, según la afirmación de *El Liberal* que venimos glosando, con mejor y mayor número de poetas, lo comprobará simplemente esta enumeración que voy a haceros:

Entre los líricos figuran y pueden ser considerados, sin hipérbole, como grandes poetas, Eugenio de Castro, Guerra Junqueiro, Correa d'Oliveira y Augusto Gil.

Entre los dramáticos, con el mismo calificativo de grandes, están Julio Dantas, autor de *Céia dos cardeaes*, *Rosas de todo o anno*, Palacio de Veiros, Mater Dolorosa, y de tantos otros primores; López de Mendoça, y Lacerda. Si retrocedemos un poco, nos encontramos con temperamentos tan privilegiados como Castilho, Joas de Lemos, Loares de Passos, Méndez Leal, Preira da Cunha, Limoes Díaz, Tomás Ribeiro y Gonçalves Crespo.

Me he entretenido, para dar más autoridad a este informe, en preguntar a dos literatos españoles, muy versados en letras portuguesas, cuáles eran sus poetas preferidos.

Nombela y Campos, el primer interrogado, me respondió: Joao de Deus, Anthero de Quental y Antonio Nobre son los verdaderos maestros de la poesía portuguesa y tres poetas que pueden hombrearse con los mejores de otros países.

Francisco Villaespesa, el segundo interrogado, me respondió ampliamente en estos términos:

«Para mí el más grande de los poetas portugueses es Eugenio de Castro, porque ha sabido fundir, mejor que ningún otro poeta, todos los elementos e innovaciones de la poética moderna, con el carácter de su pueblo y de su raza. Creo más: que fuera de D'Annunzio y Maeterlinck, es el primer poeta de la raza latina.

Señor del ritmo y de la imagen, sabe prodigarlos con la sobriedad y la elegancia de un ateniense del siglo de Pericles. Aun en aquellas de sus poesías más simbolistas, las imágenes son claros prismas tallados, griegas siempre, y el ritmo musical sin retorceduras, sin rechinamientos. Además, en todas ellas se ve al poeta portugués un poco melancólico y lleno de una íntima religiosidad por la naturaleza. Sagramor es uno de los más grandes poemas humanos que se han escrito, desde el Fausto. Constanza es toda el alma portuguesa simbolizada en aquella mujer engañada, que al morir perdona. Sus líricos son admirables y aun en aquellos de sus primeros versos, influidos por las recientes escuelas, se ve una gran nobleza de emoción y de estilo y se nota al gran poeta. Su influencia es enorme en la literatura portuguesa. Con Antonio Nobre, un poeta muerto en plena juventud, cuyo único libro So es lo más portugués, a pesar de todas las innovaciones métricas y rítmicas que se han escrito desde los admirables sonetos de Camoens, Eugenio de Castro constituye toda la poesía nueva de Portugal.

Hasta en Guerra Junqueiro se ve esta influencia, notada ya por críticos tan expertos como el novelista Abel Bothello. Guerra Junqueiro es el poeta más popular de su país, el de más prestigio; su obra es una evolución continua. A los veintidós años publicó *La muerte de Don Juan* y *La vejez del Padre Eterno*, dos libros demoledores, terribles, en los cuales parecía resonar aún la gran trompa del Hugo de los Castigos.

Después, *La Patria*, un panfleto espantoso, formidable, el mayor éxito de la poesía en Portugal, a raíz del ultimátum inglés. Luego dejó todos estos embates y escribió *La Musa* y *Los simples*,

este último un gran libro, el más bello de todos, sencillo, lleno de amor y de paz, y sobre todo de naturaleza.

Por último, su panteísmo filosófico se tradujo en su oración al pan y en la oración a la luz, libros de gran exaltación imaginativa. Otro gran poeta portugués es Gómez Leal, el más querido acaso de la juventud. Su primer libro *Claridades de Sal* es una maravilla. Poeta interno, algo diabolista, ha publicado más tarde libros terribles, como *La mujer de Luto*, y unas divinas estrofas a la muerte de Jesús. Desarreglado, poeta de saltos y de lagunas, es, sin embargo, el más genial de todos.

Después de estos tres grandes poetas universalmente consignados, vienen los jóvenes, los de nuestra edad, es decir, de veinticinco a treinta y cinco años: Alfonso López Vieira, cuyos libros *El encubierto*, *Ar livre* y *El poeta Saudade*, son de un lirismo, verdaderamente portugués.

Poeta del mar, de las viejas leyendas, pero modernizándolas al subjetivarlas, es para mí el que mejor sigue la tradición de Antonio Nobre. Antonio Patricio, poeta también del mar, y de las íntimas complejidades de la vida moderna, el más atormentado, el más inquieto, el que acaso refleja mejor el estado de su época, y al decir época me refiero solamente a la época vista a través de un temperamento de poeta y no a lo que de social pueda significar. Patricio es un aristócrata nitzscheano, cincelador de joyerías raras y complicadas, pero fuerte e intenso. Su libro Océano fue un acontecimiento. Otros dos grandes poetas que dentro de los modernos procedimientos siguen la tradición sentimental y popular de la poesía portuguesa, son: Antonio Correia d'Oliveira (de quien hablo ya al principio de este informe) y Riveiro de Carvalho, más delicado, más sutil el primero, pero más fuerte y más intenso el segundo. El primero ha cantado el campo, con una sencillez virgiliana. Aparte de éstos, un gran poeta popular, autor de cuadros (coplas) para todos, Augusto Gil. Y ese admirable poeta íntimo, el más subjetivo de todos, que se llama Fausto Guedes Texeira, el más amado de las mujeres y de todos los sentimientos.

Su *Mocedad perdida* es un bello libro. Este poeta no tiene filiación con ninguno de los de su época; es el más original y su poesía psicológica es quizás única en Europa. Joao Lucio es un poeta de color y medio día. Es del Algarve y refleja su país como ningún otro. Aparte de éstos, que son los principales, existen multitud de «poetas verdaderamente notables sin contar a los grandes muertos».

***

Queda por tratar el capítulo relativo a España:

¿Es cierto que cuenta con una delicadísima generación de poetas jóvenes?

Es cierto, siempre que se mencione entre ellos, como, por lo demás, lo hace *El Liberal*, a nuestros líricos hispanoamericanos, que son poetas de lengua y de cultura española o en todo caso latinos.

Entiendo, en efecto, que puede sentirse honrada la nación, raza o lengua que cuenta, en número y calidad, con poetas como Rubén Darío, uno de los más indiscutibles príncipes de la lira moderna: ágil, singular, vario, culto y maestro indiscutible de la técnica; Salvador Díaz Mirón, altísimo en sus dos formas: la de brioso epicismo y la tersa y refinada forma actual; Leopoldo Lugones, el más original y personal de los poetas jóvenes de habla castellana; Antonio Machado, el más alto poeta lírico de la España joven.

Francisco Villaespesa, el más humano, el que más cerca está de la inquieta y melancólica alma contemporánea.

Luis G. Urbina, el más noble retoño de la poesía romántica en América, con un sentimentalismo de buena y bella cepa y una hondura de pensamiento notable: un cerebral completo.

Ramón del Valle Inclán, que no ha necesitado escribir sus versos para ser considerado con justicia como uno de los grandes poetas españoles de ahora.

Jesús E. Valenzuela, de una personalidad tan sugestiva e intensa.

Guillermo Valencia, pensador y artista incomparable.

Manuel Machado, cuyo último libro ha hecho exclamar a Unamuno:

> *«Manuel Machado consigue no pocas veces dejar de ser el hombre que es en la vida ordinaria -esta pobre vida que no debe ser sino pretexto para la otra- para convertirse en una cosa ligera, alada y sagrada, en un intérprete de la divinidad. Ocasiones hay en que le cuadra el viejo y ya tan gastado símil de abeja ática; ocasiones hay en que es clásico en el más estricto sentido».*

José Santos Chocano, en cuya desbordante lírica hay todas las pompas y todas las frescuras de América.

Ricardo Jaimes Freire, cuya *Castalia Bárbara* fue una verdadera revelación en América.

José Juan Tablada, que ha logrado ser siempre raro y precioso.

Balbino Dávalos, cuya cultura es tan grande como su buen gusto, musa aristocrática y exquisita, parca, pero diamantina en la labor.

Antonio de Zayas, que ha acertado revivir en el duradero esmalte de sus versos serenos, las más nobles figuras de la historia de España.

Francisco M. de Olaguíbel, que supo en *Oro y Negro* dar una nota tan singular y tan bella.

Salvador Rueda, cuyo numen es como un lujoso surtidor irisado.

Efrén Rebolledo, el más artista y culto de los poetas del último barco... Y otros aún que alargarían esta enumeración más de lo debido.

Concluyamos, pues, afirmando que *El Liberal* está en lo justo y que la lírica española entra en los bellos días de su renacimiento y esplendor.

- II -

El catalán y la supremacía del castellano

Una de las muchas formas con que se manifiesta el catalanismo agudo, se refiere a la lengua. Los catalanistas *à outrance* han resuelto, por lo que se ve, proscribir en absoluto del principado la lengua castellana y hasta el recuerdo de los que con mayor brillo la han cultivado en España.

Su más vivo deseo sería que el catalán dominase no sólo en las cuatro provincias, sino que, trasponiendo líneas divisorias, lograse imponerse en toda la Península y ¡quién sabe si hasta sueñan con que derrote por completo en Castilla misma al idioma de Cervantes!

Tal tendencia, que se manifiesta en Cataluña, entre los exaltados, de todos los modos posibles, al grado de que en la última visita del Rey el discurso de bienvenida que ante él se pronunció fue en catalán, da lugar a interesantes debates y a estudios muy dignos de leerse.

Ahora quiero especialmente referirme a uno de estos últimos, a las páginas que acaba de publicar don Baltasar Champsaur, quien hace, a propósito de la futura suerte de la lengua catalana, observaciones de peso.

En realidad, según el señor Champsaur, esta cuestión del catalán, como todas las que se refieren a las lenguas, es de simple mecánica biológica. La lucha de las lenguas es como la lucha de las especies.

Condiciones y circunstancias diversas dan a unas la vida y a otras la muerte. Flourens dice que a la naturaleza lo mismo le importan los individuos que las especies. Las oleadas de la vida llevan y traen formas variadísimas sin que parezcan tener predilección por ninguna. Nadie se entristece hoy por la desaparición del celta y del latín, ni mucho menos por la de tantas lenguas que ya no se oyen ni en América ni en África, perdidas para siempre y sin remedio. Han desaparecido el etrusco, el dacio, el antiguo prusiano, y en el siglo XVII el cornuallés o cornico, sin que hayan perdido nada los descendientes de los pueblos que los hablaron, porque es bien cierto, como afirma el señor Ruibal en su tratado de filología comparada, «que no existe relación necesaria entre lenguas y pueblos y países y lenguas, por lo mismo que jamás concuerdan el carácter de los países y el de los habitantes con el de sus idiomas respectivos».

El idioma, por otra parte, no constituye la nacionalidad. Los imperios se forman y deshacen sin tener para nada en cuenta los idiomas, como se formó el imperio de Alejandro, como se formó Roma y como se ha formado Austria. La identidad de lenguas, dice Bry en su conocido libro de derecho internacional público, es sin duda un elemento importante de la nacionalidad, pero no es decisivo. En Suiza, el francés, el italiano y el alemán se reparten la supremacía y yo no creo que la confederación helvética, a pesar de su diversidad de origen y de lengua, está dividida en sus sentimientos nacionales y en su patriotismo, del cual son testimonio las páginas de su historia.

***

Cataluña podría, pues, seguir siendo tan regionalista como quisiera, sin dejar por eso de aprender el castellano, que es la lengua no sólo de Castilla, sino de diez y siete Estados americanos, y su pretensión de abolir el idioma en que han pensado todos sus hombres ilustres resulta, tras de ser vana, ilógica.

Pero sigamos leyendo a Champsaur, en concepto del cual, el catalán está forzosamente destinado a morir.

En esta mecánica biológica de las lenguas, dice, uno de los dialectos se impone y domina a los demás y se constituye en lengua oficial y literaria como sucedió en Francia con el dialecto de la Isla de Francia o *lengua oil*, que convirtió en patuás el picardo, el borgoñón, el walón y el provenzal.

«Es una ley natural, ineludible y, además, útil y sana. ¿Qué haríamos si todas las especies y todas las lenguas hubieran vivido fuertes y fecundas en toda la sucesión de los siglos? En este punto la Naturaleza no necesita rectificación.

»Por esta misma ley están condenados a muerte los dialectos o lenguas -da lo mismo- que se hablan en España, y así lo reconocen todos los lingüistas.

»El español concluirá pronto con el vasco», dice Hovelaque. El acantilado lingüístico del catalán se ve roído constantemente por el empuje vigoroso del oleaje castellano, hasta el punto de haber perdido ya gran parte de Aragón, en donde se hablaba constantemente su idioma o su dialecto. Y este poder invasor del castellano penetra también por Valencia, y se enseñorea de toda

la región, amenazando la entraña misma del dialecto, el Ampurdán. La mujer catalana, espontáneamente, prefiere siempre el castellano; lo encuentra más armonioso, más distinguido, más culto, y por esta ancha brecha siempre abierta, a pesar de los terribles esfuerzos de todos los catalanistas, la lengua oficial y literaria penetra e invade el territorio rebelde. Inútil hacer diccionarios catalanes.

Inútil pronunciar discursos en catalán. Inútil la infantil manía de escribir sus cartas en catalán. Esa ley invulnerable de mecánica biológica lo ha condenado a muerte irremediablemente, como están condenados a muerte la ballena, el elefante y los monos de Gibraltar».

Como se ve, estas afirmaciones no pueden ser más categóricas. ¿Son asimismo justas? Yo creo que sí, quitándoles algo de su rigor. El catalán estará destinado o no a morir, pero lo que sí es un hecho es que el castellano habrá de dominar siempre en el principado, a pesar de todos los pesares.

¿Por qué? Por cuestión de intereses; porque los mejores clientes de Cataluña, los únicos clientes quizás, somos los españoles y los hispanoamericanos, y para vender sus productos el catalán tiene que hablarnos en nuestro idioma.

Ahora bien: el espíritu industrial y de expansión comercial es tan poderoso o más en Cataluña que el espíritu de secta, y el más furibundo separatista, si es fabricante o representante de fábricas, tiene que aprender *velis nolis* el idioma de sus parroquianos, ya que sin duda no serán ellos quienes se pongan a aprender el suyo.

***

Champsaur explica que el resurgimiento actual del catalán, como el del flamenco, es pura obra de literatos, y por consiguiente, añade, «cosa artificial y pasajera, sin verdadero arraigo en la muchedumbre, que se mueve siempre por necesidades concretas y tangibles y presta muy poca atención a las juglerías de los literatos».

En esto, naturalmente, no estoy de acuerdo con Champsaur. Todos sabemos que hay en los idiomas dos tendencias diversas e igualmente poderosas, que contribuyen a formarlos: la docta y la popular, y que ninguna de las dos vive sin la otra. No es sólo el pueblo el que hace o deshace los idiomas. Son también los sabios y los literatos, que dan a cada sentimiento, a cada sensación, a cada idea, a cada objeto nuevo, una denominación adecuada. Si el catalán ha vivido, es justamente gracias a la literatura: ¿quién podría negar la formidable influencia de las *Siete Partidas*, de la *Estoria de España* o *Crónica General* y de los libros *exemplos* en la formación de nuestra lengua? ¿Quién osaría disputar al Arcipreste de Hita, autor «de la epopeya cómica de una edad entera, de la comedia humana del siglo XIV», como dice Menéndez y Pelayo, no sólo el mérito de ser la fuente histórica por excelencia, merced a la cual averiguamos lo que en las historias no está escrito, sino la decisiva influencia que tuvo en la futura abundancia y gallardía de nuestro léxico?

Y a Boscán y a Garcilaso ¿quién puede quitarles su legítimo timbre de fertilizadores y suavizadores de la lengua castellana?

La ciencia de hablar, como expresa muy bien el sabio Benot, no debe buscarse en las palabras aisladas, como lo profesan generalmente las gramáticas, aun las que más presumen de razonadas y científicas. Tanto valdría buscar la arquitectura en los ladrillos. Los vocablos son la condición del hablar, pero no la esencia del hablar. Con palabras no se habla, sino con su «combinación elocutiva». Ahora bien: el pueblo suele crear palabras, de hecho crea muchas, pero en las

combinaciones elocutivas resulta por lo general poco feliz y éstas no trascienden de cierta esfera de modismos bajos, que no logran vida larga. En cambio, los literatos y los poetas sí crean continuamente combinaciones elocutivas. Ellas son una de las condiciones del estilo de cada escritor: y de los libros, en los países que leen mucho, especialmente como Francia, Alemania, Inglaterra, pasan a las conversaciones, al idioma corriente.

Si la literatura de un país suele ser el reflejo de su vida, el idioma de un país muestra casi siempre el reflejo de su literatura.

El autor dramático, por ejemplo, si bien es cierto que muchas veces se apodera de las locuciones populares, en cambio las idealiza, las corrige y las fija de un modo definitivo en los oídos del público. Es un creador de idioma de los más efectivos.

Si el esperanto, como es muy presumible, llega a ser el idioma intermedio de los pueblos modernos, la lengua de las relaciones internacionales, se deberá a los literatos, y sólo a ellos, que empiezan a usarlo en las Asambleas, en los Congresos, y, sobre todo, en los teatros, en los periódicos y en las novelas y poesías.

***

Mas tiempo es ya de que vuelva yo al trabajo de Champsaur, quien dice para concluir cosas que merecen reproducirse y meditarse, como las siguientes:

«Por muchas cosas que escriban en catalán los catalanes, el oleaje del castellano continuará royendo todo el acantilado del dialecto, desde Lérida hasta Alicante, y seguirá penetrando en Cataluña con paso firme, amparado por el buen gusto y la predilección de la mujer catalana, para la que el castellano es siempre, y a pesar de la tiranía del catalanista, la lengua armoniosa, signo de distinción y de cultura. Y no es extraño, porque las lenguas dominadoras han revestido en todas partes estos significativos caracteres, razón de su imperio y de su triunfo. Es sólo cuestión de tiempo. Si el peligro no fuera tan real, los catalanistas no se hubieran acordado de lamentarse y enfurecerse, como por temporadas se lamentan y se enfurecen, haciéndose la ilusión de que las leyes naturales se ablanden con cándidos sentimentalismos. De aquí a ofrecer dádivas y sacrificios al dios San Jorge no hay más que un paso. Para bien de la cultura patria es bueno que no lo den.

»Pero hay más. Los mismos catalanes hombres están convencidos, y así lo sienten, de que el castellano tiene algo de superior que atrae y seduce. Su vocalización es mucho más armoniosa, más delicada y al mismo tiempo más enérgica y viril. Esta influencia sugestiva no depende del carácter de lengua oficial y de las grandezas que evoca por sí mismo: es algo esencial el mecanismo fonético del idioma, que el oído de propios y extraños ha tenido ocasión de apreciar en todos los tiempos. Escritores catalanes de verdadero mérito han escrito siempre en castellano, conformándose en esto a la acción real de las leyes naturales. Quadrado, el ilustre menorquín, escribió siempre en esta lengua, y entre sus obras, su hermoso libro *Forenses y ciudadanos*; Balmes, su *Filosofía fundamental*, correctísima, cosa que no había conseguido en sus primeras producciones; Pi y Margall, cuya corrección nada tiene que envidiar a ningún autor castellano, tiene un puesto muy distinguido en nuestra literatura. Y hoy descuella en nuestra oratoria el castizo y vibrante Maura, hijo de Mallorca. Puede asegurarse también que los catalanes que han escrito y escriben en catalán no están a mayor altura que los que escribieron en castellano. Pero ¿no era bretón Chateaubriand? ¿No fue provenzal Daudet?

¿Acaso Guimerá no escribiría con la misma valentía en castellano? ¿Hemos de repetir la verdad lingüística que las lenguas nada tienen que ver con el carácter, ni con la espiritualidad, ni con la filiación etnológica de los pueblos que las hablan? El hecho fatal es que la lengua castellana ha sido y sigue siendo la dominadora en España en este momento. Por consiguiente, hay que acostumbrarse a la idea de una descatalanización lenta, pero inevitable. Al vasco y al gallego le sucederá lo que al bable, que apenas se habla. Y hasta el portugués tendrá que rendirse ante la acción dominadora del castellano.

Las leyes naturales son sordas a las súplicas, a las lamentaciones y a los enfurecimientos.

»Es, pues absolutamente lógico, porque está conforme con la mecánica natural de las lenguas, que nuestros Gobiernos continúen con firmeza la acción castellanizadora de nuestra lengua, en la escuela, en el Instituto, en la Universidad, en los Tribunales de justicia, en todas partes adonde llegue su poderío, ya directa o ya indirectamente, y convénzanse de una vez para siempre los catalanistas, los vascos y los gallegos: hablando castellano seguirán siendo lo que son y lo que deben ser, porque las lenguas no tienen relación alguna ni con el carácter, ni con la mentalidad, ni con la raza de los pueblos.

***

¡Cuán grato nos sería a nosotros, que tanto amamos nuestro admirable idioma, hacer extensiva a Hispano-América la vibrante profecía del señor Champsaur!

¡Cómo desearíamos creer que también en nuestro joven continente la lengua castellana seguirá siendo la dominadora! Desgraciadamente, influencias enormes pesan sobre ella; su unidad es muy difícil, dada la inmensa extensión de nuestras comarcas y las débiles comunicaciones que éstas mantienen entre sí, y otra profecía desconsoladora que el ilustre Cuervo estampa en su gramática nos dice que es inminente un desmoronamiento del castellano en dialectos diversos. ¿De hecho no es ya un dialecto lo que se habla en la Argentina? ¿Y no va para tal la lengua española que se habla en Chile? Dos corrientes formidables, la sajona y la indígena, aportan de continuo vocablos que dan al traste con la elegante pureza del viejo idioma. Los literatos, los modernos sobre todo, hemos extraído del Diccionario y de los viejos libros cuanta belleza hemos encontrado, oponiendo a un criollismo de mal gusto y a una angliparla desastrada, verdaderos antemurales de piedras preciosas: todas las que ocultaban las arcas del castellano. Pero nuestra labor va siendo impotente contra el alud, porque luchan en desigualdad de condiciones. Un ferrocarril a través de todas nuestras tierras latinas y merced a él un vigoroso intercambio intelectual, salvarían a nuestra lengua de esa terrible amenaza de desmoronamiento en patuás feos e incultos. También sería gran aliada la baratura del libro. De otra suerte, muy en breve un mexicano ni entenderá a nadie ni se hará entender en el Perú, ni un peruano en Chile, ni un chileno en Buenos Aires, y tendremos que traducirles además a nuestros hijos, no sólo el *Quijote*, sino nuestros propios libros de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

- III -

De los nuevos metros y las nuevas combinaciones métricas en la literatura moderna.

Estrenóse, en los primeros días de este mes, en el Teatro Español, la leyenda trágica del poeta Eduardo Marquina, intitulada *Las hijas del Cid*.

Esta pieza, que es un decoroso intento dramático, tuvo uno de esos éxitos de estima que el público discierne a obras que no lo entusiasman, pero en las que descubre nobles fines y serias cualidades. La leyenda explota aquel episodio terrible de la vida del Cid en que éste, ya viejo, ve afrentadas a sus hijas de la más vil manera por los Condes de Carrión:

De concierto están los condes
hermanos Diego y Fernando;
afrentar quieren al Cid,
y han muy gran traición armado;
quieren volverse a sus tierras,
sus mujeres demandando,
y luego les dice el Cid
cuando las hubo entregado:
-«Mirad, yernos, que tratades
como a dueñas hijasdalgo
mis hijas, pues que a vosotros
por mujeres las he dado».
Ellos ambos le prometen
de obedecer su mandado.
Ya cabalgaban los condes
y el buen Cid ya está a caballo
con todos sus caballeros,
que le van acompañando.
Por las huertas y jardines
van riendo y festejando;
por espacio de una legua
el Cid los ha acompañado;
cuando d'ellas se despide
lágrimas le van saltando.
Como hombre que ya sospecha
la gran traición que han armado,
manda que vaya tras ellos
Alvar Fáñez, su criado.
Vuélvense el Cid y su gente,
y los condes van de largo;
andando con muy gran priesa
en un monte habían entrado
muy espeso y muy oscuro,
de altos árboles poblado.
Mandan ir toda su gente
adelante muy gran rato;
quédanse con sus mujeres
tan sólo Diego y Fernando.

De sus caballos se apean
y las riendas han quitado.
Sus mujeres que lo ven
muy gran llanto han levantado;
apéanlas de las mulas
cada cual para su lado;
como las parió su madre
ambas las han desnudado
y luego a sendas encinas
las han fuertemente atado.
Cada uno azota la suya
con riendas de su caballo;
la sangre que de ellas corre
el campo tiene bañado;
mas no contentos con esto
allí se las han dejado.
Su primo que las hallara,
como hombre muy enojado
a buscar los condes iba;
y como no los ha hallado
volviese presto para ellas
muy pensativo y turbado:
en casa de un labrador
allí se las ha dejado.
Vase por el Cid su tío.
Todo se lo ha contado
con muy gran caballería
por ellas han enviado.
De aquesta tan grande afrenta
el Cid al Rey se ha quejado;
el Rey como aquesto vido
tres cortes había armado.

***

He aquí, pues, el núcleo del drama; pero como la escena capital, de un interés rudo, de una trágica y salvaje belleza, no puede representarse, la obra resulta lánguida.

La escena que precede a la afrenta, hácela pasar el poeta en una tienda de campaña, ya en pleno bosque. Doña Sol y doña Elvira aguardan a los condes de Carrión para seguir su camino. Todos sus acompañantes amigos hanlas dejado ya. Se sienten muy solas y un angustioso presentimiento las acosa.

En esto un pobre romero anciano pasa por allí y se acerca a hablarles y trata de hacerles compañía. Su voz tiembla de ternura y también de presentimientos dolorosos. Es el Cid, el Cid que ostensiblemente no puede ya acompañar a sus hijas, a quien su carácter, su penacho, su

leyenda misma como si dijéramos, prohíbenle mostrarse humano; pero que en el fondo tiembla por la suerte de sus hijas y, padre amantísimo, ronda por cuidarlas aquel claro de la selva.

Sangre del Cid ella sola se guarda, dícele orgullosamente doña Elvira, rehusando su compañía; doña, Elvira, que ha conocido acaso a su padre, tras del piadoso disfraz, y que con una frase altiva del mismo aprendida, quiere darle valor...

El Cid a esto nada puede responder y se aleja cubierto con la esclavina constelada de veneras, se aleja estremecido de piedad paterna, se aleja; pero no sin decir a las infantas que en el hueco de un árbol cercano deja un caramillo. Que en cuanto ellas requieran ayuda lo hagan sonar, y que a la voz aguda de la caña quienes velan por ellas vendrán a socorrerlas...

¡Ay! el caramillo suena; pero demasiado tarde, cuando los infantes de Carrión, ebrios y brutales, han afrentado ya a las míseras.

La escena ésta que describo, llena toda del temblor de lo que se espera, de la ansiedad de lo desconocido, es acaso lo mejor de la pieza.

El Cid aparece en toda la leyenda bajo un aspecto que ha desconcertado por completo a la masa del público: el de padre amantísimo, lleno de ternuras. De aquí tal vez el éxito discreto de la obra, que ciertamente merecía algo más. De seguro que todo el mundo esperaba combates, tropeles de turbulentas mesnadas, ruidosas rotas moras, descalabro de castillos, incendio de ciudades.

Y nada de esto sucede. En el primer acto el Cid organiza la nueva vida cristiana de Valencia, tomada ya a los sarracenos, y la infantita doña Sol aparece, como una princesa de las estampas, con un brial violeta, ingenua y celeste, distribuyendo caridades a los vencidos.

En el acto segundo vemos a los infantes de Carrión bebiendo y holgando en un harén, con bellísimas moras que por cierto sólo piensan en aturdirlos con sus caricias para entregarlos inermes a los suyos.

Mientras allá en los campos el Cid, que ha organizado una algarada, se bate con el enemigo, y en medio de la pelea echan todos de menos a los infantes.

En esta escena hay incidentes verdaderamente teatrales y con habilidad producidos, como la descripción que un jefe árabe hace, a propósito de un presagio, de cómo domaba a dos serpientes, y la entrada de Téllez Muñoz, sobrino del Cid, enamorado en silencio y caballerescamente de la infantita doña Sol, y que testigo de la cobardía de los de Carrión y generoso hasta el heroísmo, les entrega una bandera que él ha cogido a los moros para que ellos la muestren como trofeo propio, y les cuenta cómo ha sido la algarada, a fin de que puedan decir al Cid y a sus esposas que estuvieron en ella.

La obra es, en mi concepto, merecedora de loa; toda ella hija de un alto, noble y delicado intento; y si, como digo, su éxito no puede llamarse ruidoso -lo que en suma acaso es en su abono- sí puede calificarse en cambio de un éxito serio.

***

En casi toda la leyenda, y a esto quería yo venir a parar, como asunto por excelencia de mi informe, Marquina usa el endecasílabo gallego.

No puede hacer la postrera limosna... -dice con simbólico y sentencioso candor la infantita doña Sol a su aya, refiriéndose a Téllez Muñoz, que velada, pero expresiva y castamente, le revela su amor, y a quien ella, en su honestidad de casada, no puede consolar...

Sangre del Cid ella sola se guarda -exclama doña Elvira en las circunstancias que hemos apuntado, y de todas las bocas y en casi todas las escenas surge el endecasílabo gallego sin rima,

como obedeciendo a un definitivo propósito de volverlo a la circulación corriente por parte del poeta.

Sabida es la historia de este metro. Cuando Rubén Darío vino por primera vez a España y escribió aquel célebre *Pórtico a Rueda*, díjose y sostúvose que había inventado un nuevo metro (el que hoy usa Marquina en *Las hijas del Cid*), hasta que Menéndez Pelayo puso las cosas en su lugar...

Darío mismo, por lo demás, refiere el suceso en las siguientes palabras de sus recientes *Dilucidaciones*:

...«Y mis aficiones clásicas encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía como yo en el hotel de las Cuatro Naciones. Se llamaba y se llama hoy, en plena gloria, Marcelino Menéndez Pelayo. El fue quien oyendo una vez a un irritado censor atacar mis versos del *Pórtico a Rueda* como peligrosa novedad:

> *... y esto pasó en el reinado de Hugo, emperador de la barba florida...., dijo: ¡Bonita novedad! Esos son sensiblemente los viejos endecasílabos de gaita gallega:*
>
> *Tanto bailé con el ama del cura,*
> *tanto bailé que me dio calentura.*
>
> *Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo y lo bien* intencionado.
> «Yo no creía haber inventado nada»... etc.
> *En efecto, no había invención alguna. Cuando yo era niño mi nana me contaba la viejísima historia de los Duendes del Bosque, quienes cantaban aquello de:*
>
> *Lunes y martes y miércoles tres,*
> *jueves y viernes y sábado seis.*

Pero si Darío no ha inventado metros, ha en cambio devuelto a la circulación admirables combinaciones antiguas, como en sus layes, dezires y cantares a la manera de Johan de Mena.

Metros ya no inventa nadie, diga lo que quiera un estimable literato centroamericano, que en días pasados sugería una nueva combinación de sílabas y de acentos que sólo tenía el defecto de ser del todo inarmónica.

Si Darío y otros que como él (Lugones por ejemplo) tienen una digitación tan hábil para ese tecleo de la técnica, no han acertado con un hallazgo, dificilillo sería que otros acierten; pero no deja de ser lastimoso hacer constar que todo el virtuosismo moderno no haya dado aún una forma nueva a la lírica castellana.

Eso sí, las resurrecciones han abundado.

Poetas sobran que, juzgándolo procedimiento novedosísimo, echan mano de aquel balbuceo del endecasílabo por el que el divino Herrera experimentaba tal veneración y respeto, al leer las obras del marqués de Santillana.

En efecto, véase este soneto y dígase si la colocación de los acentos, si la cojera de algunos versos, si la ingenuidad del ritmo no lo asemejan a composiciones modernas de tal o cual ultrapoeta:

«O que diré de ti, triste emispherio,

o patria mía, que veo del todo
ir todas cosas ultra el recto modo,
donde se espera inmenso lacerio?

¡Tu gloria é laude tornó vituperio
e la tu clara fama en escureça!...
Por cierto España, muerta es tu nobleça
e tus loores tomados hacerio.

¿Dó es la fée... dó es la caridad?
dó la esperança?... Ca por cierto absentes
son de las tus regiones é partidas.

«Dó es justicia, templança, igualdat,
prudencia é fortaleça?... Son pressentes?
Por cierto non: que léxos son fuydas».

La veneración de Herrera se comprende: este soneto es el padre, admirable, de los innumerados que brotaron más tarde de tantas y tan doctas liras. El gran marqués de Santillana, cuya técnica fue tan notable para su época como la del Rey Sabio en la suya, cuando cultivaba «multitud de metros y ensayaba diversas combinaciones rítmicas, sustituyendo a la grave y austera rigidez de la gran maestría, ya la ligereza del arte real, ya la majestad y pompa de la maestría mayor, cuyo origen puede sin dificultad encontrarse en la métrica hebraica».

Indecible es el mérito de hombres como Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita, el Canciller Pero López de Ayala, al transformar la poesía castellana, y este mérito se vuelve inmenso en el marqués de Santillana, porque él unió a una comprensión clara y profunda una ductilidad de espíritu y de imaginación de que difícilmente se halla ejemplo, una erudición notable, un vivo deseo de progreso y una galanura incomparable en el decir.

«Nacido de la primer nobleza -dice uno de sus más ilustres biógrafos-, no le era posible echarse en brazos de la poesía popular, «de que las gentes de baxa e servil condición se alegraban»; para cultivar tan bella arte, debía hacerlo a la manera de los doctos, que alcanzaban en la corte de Castilla alto renombre; y aficionado desde la infancia con la lectura de los códices atesorados por sus mayores, a los ingenios eruditos, sólo podía encontrar en ellos modelos dignos de ser imitados.

Cuando, entrado ya en la juventud, comenzó a tomar parte en el movimiento intelectual de aquella corte, brillaron a su vista con inusitado esplendor las glorias de los italianos y lemosines, y no fueron para él de poca estima las obras de franceses y catalanes.» «Es notable -añade el biógrafo en sustanciosa nota- cuanto sobre los poetas franceses dice el marqués de Santillana en el párrafo XI de su carta al condestable, sobre lo cual pueden verse también los números XXX, LVIII, LVII, LVXXVI y LXXVII de su Biblioteca. Su amor a estos estudios le hizo ser considerado por sus coetáneos como sobradamente adicto o las cosas extrañas, llegando a tal punto, que el autor de las *Coplas de la Panadera* le califica del siguiente modo, al dar cuenta de su esfuerzo en la batalla de Olmedo:

Con fabla casi extranjera,

armado como francés,
el nuevo noble marqués
su valiente bote diera.

A tan recio acometiera
los contrarios sin más ruego,
que vivas llamas de fuego
pareció que les pusiera».

No debemos quejarnos, los poetas de ahora, de todos los cargos que se nos han hecho con harta acritud, por nuestra adhesión a las cosas extrañas, que han servido por cierto para enriquecer la poesía castellana.

En buena compañía estamos para las censuras. El marqués de Santillana, hace muchos siglos, y después Boscán y Garcilaso y más tarde Cervantes, fueron reprochados por lo mismo y, sin embargo, a ellos se debe el brillo de la rima. Siguiendo las huellas de los trovadores provenzales, «aspirando al propio tiempo a dotar a la literatura castellana de la metrificación ilustrada con las creaciones de los vates toscanos», fue cómo el nobilísimo marqués engrandeció esta literatura.

Los poetas nuevos de América y de España hemos procurado algo análogo en estos tiempos, y sobre nosotros han llovido soflamas, escándalos y aspavientos, de los que acaso, en suma, debiéramos enorgullecernos.

No nos enorgullezcamos, empero, demasiado. Menos felices que el marqués de Santillana, aún no hemos logrado inventar un metro...

¿Tan difícil es, pues, inventar un metro, que Darío, con todo su docto y tenaz deseo, lo más que ha logrado es popularizar los olvidados, y ninguno de los nuevos de América ha logrado más que él?

Difícil, sí, debe ser, y en todos los idiomas, ya que Edgardo Poe, que en su *Cuervo* procuró con empeño originalidad grande, no quiso lanzarse a la conquista de un metro nuevo, contentándose sólo con una inusitada combinación de metros conocidos.

«Aquí bueno será decir -como afirma el gran poeta- unas cuantas palabras de la versificación. Mi primer objeto, como de costumbre, fue la originalidad. Lo mucho que ésta se ha descuidado en la versificación, es una de las cosas más incomprensibles del mundo. Admitiendo que hay poca posibilidad de variedad en el mero ritmo, es, sin embargo, claro que las variedades posibles de metro y estrofa son absolutamente infinitas y, sin embargo, «durante siglos enteros, nadie, en verso, ha hecho ni parece haber intentado hacer una cosa original. De hecho, la originalidad -a no ser en espíritus de fuerza muy excepcional- no es, como muchos suponen, cuestión de impulso o intuición; en general, para encontrarla, hay que buscarla trabajosamente, y aunque es un mérito positivo y de la más alta calidad, exige para lograrse menos invención que negación.

»Por supuesto, no tengo pretensiones de originalidad ni en el ritmo ni en el metro de *El Cuervo*. El ritmo es trocaico, el metro es octámetro acataléctico, alternando con heptámetro cataléctico, repetido en el estribillo del quinto verso y terminado con tetrámetro cataléctico. Con menos pedantería, los pies empleados consisten en una sílaba larga seguida de una corta: el primer verso de la estrofa consta de ocho pies de éstos- el segundo, de siete y medio; el tercero, de ocho, el cuarto, de siete y medio; el quinto, de los mismos, y el sexto, de tres y medio. «Ahora bien; cada uno de estos versos, considerados aisladamente, se ha empleado ya y toda la originalidad que

tiene *El Cuervo* está en su combinación para formar la estrofa, pues nunca se había intentado nada, ni remotamente, semejante a ello».

***

Hace unos doce lustros que se escribieron estas líneas. Desde entonces, mucho se ha intentado en asunto de combinaciones y muchas se han logrado.

El metro de nueve sílabas, por ejemplo, se usaba rara vez en la literatura, considerándosele rudo e insonoro. Hoy se usa familiarmente y nuestro oído, a él acostumbrado, lo encuentra armonioso, descubriendo en él una música nueva y bella.

Darío dice:

juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver:
cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer.

Y de fijo nadie osará afirmar que estos versos son ingratos. Yo (y perdóneseme que me cite: lo hago sólo a título de ejemplo), yo he usado mucho el verso de nueve sílabas, que satisface por completo mi oreja. Recientemente escribí los siguientes:

Papá Enero que tienes tratos
con los hielos y con las nieves
(y que sin embargo remueves
el celo ardiente de los gatos),
guarda en tu frío protector
el cuerpo y el alma en flor
de mi niña de ojos azules
(en cuyas ropas y baúles
hay castidades de alcanfor).

Mantén sus ímpetus esclavos,
mantén glaciales sus entrañas
(como los fiords escandinavos
en su anfiteatro de montañas).
Pon en su frente de azahares
y en su mirar hondo y divino
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y limpidez de lago alpino.

He usado, asimismo, de este metro en combinaciones diversas con otros, obteniendo efectos muy variados. Éstos por ejemplo:

Yo no sé si estoy triste

porque ya no me quieres
o porque me quisiste,
¡oh! frágil entre todas las mujeres;
ni sé tampoco
si de ti lo mejor es tu recuerdo
o si al olvidarte soy cuerdo
o si al recordarte soy loco; etc.

Martínez Sierra ha combinado estrofas como ésta:

Y un precoz pensador de diez abriles,
intrigado pregunta
a una rubia y graciosa chiquitina:
-Di, ¿cuál será el secreto de la historia
de Pierrot y Colombina?

«Martínez Sierra -dice el joven y ya ilustre crítico Andrés González Blanco en un reciente estudio- ama los hexasílabos, y sobre todo a los hexasílabos agudos, y no he de pasar sin decir que esto -en un escritor que profesa la abstención de todo esfuerzo métrico- acusa en verdad un relevante gusto. El hexasílabo, en efecto, con ser corto aritméticamente, es uno de los versos castellanos más amplios rítmicamente, y tiene una cadencia de solemnidad y de acompasada prosopopeya que conviene muy bien a las estrofas inrimadas del verso libre. Martínez Sierra, al alternarla con el endecasílabo, y al usarlo, ya en acento agudo, ya con una cadencia llana un poco menos benesonante, ha logrado una combinación métrica muy grata al oído y muy simpática - literalmente, como puede notarse en estos sentidos versos del epílogo:

Estrofas mías: Quiero
antes de que emprendáis vuestra jornada,
daros mi bendición,
mi bendición humilde,
bendición de poeta y de cristiano:
«Pasad, haciendo el bien».

Alfonso López Vieira, el notable poeta portugués en su último libro de versos combina felizmente el decasílabo y el octosílabo, y explica esta combinación diciendo:

«Igualmente veréis casados neste livro os dóis metros construtivos de lingua, que o feroz preconceito nunca deixara unir: o decasílabo, esta maravillosa flor grega que atravessou vindo ató nos uni mundo de geladas convencoes ficando inoca, intacta e tao humana na nossa linguageni que por si mesma se alicerca na prosa ritinica, na desprevenida fala; e a redondilla, essa outra ilor suprema, con tanta graca de Primitiva, e que tem por medida a respiraçao do homem».

Rubén Darío ha hecho con el viejo hexámetro primores de técnica.

En general, es este gran poeta quien más pródigo de combinaciones se ha mostrado; algunas tan bien logradas como la de su *responso a Verlaine*: Padre y maestro mágico, liróforo celeste...

Manuel Machado usa también ampliamente de todos los maridajes métricos, y no son raros en él los aciertos. De él son estos versos:

Gongorinamente
te diré que eres noche
disfrazada
de claro día azul;
azul es tu mirada
y en el áureo derroche
de tu pelo de luz, hay un torrente
de alegría y de luz.

Leopoldo Lugones ha solido desdeñar estos alardes, pero en cambio ¡con qué admirable pericia maneja los metros conocidos!

Y es tiempo ya de concluir. Muchas citas se quedan en la memoria, pero alargaría sin provecho, y sí con fatiga de lectores, este informe sobre los nuevos metros (que resultan no ser ningunos) y sobre las nuevas combinaciones métricas, que resultan incontables.

- IV -

La cuestión de la ortografía

La cuestión de la ortografía en estos momentos se impone más o menos en todas partes. En Lieja dio lugar a uno de los números del programa de un Congreso que tuvo por objeto la extensión de la Lengua Francesa.

En la época -variable según el país- en que las lenguas modernas comenzaron a adquirir conciencia de sí mismas y derecho a la escritura, los primeros escribas se esforzaron en emplear una ortografía fonética, en designar cada sonido por medio de una letra y en no emplear una letra sino para un sonido. A medida que los idiomas evolucionaban, la ortografía, igualmente, se modificaba, hasta el día en que llegaron los gramáticos, ignorantes en su mayoría de las verdaderas leyes filológicas.

Se pretendió entonces dar reglas inmutables y fijar el idioma, so pretexto de que algunos grandes escritores habían escrito obras notables en una lengua «definitiva». Como las leyes del lenguaje no obedecen a la férula de los pedagogos, la evolución continuó, en tanto que la ortografía permanecía inmutable: de donde proviene ahora una diferencia enorme entre el lenguaje y la escritura que lo transcribe. Y no solamente la ortografía de cada lengua es eminentemente arcaica, sino que está asimismo esmaltada de fantasías burlescas, salidas por completo del cerebro de los gramáticos.

Esta es la historia de todas las ortografías. Al griego moderno le ha ido, sin embargo, peor aún: en él la lengua misma ha sido torturada y desnaturalizada por la escritura. El señor Psichari y el señor Pallis han mostrado la importancia capital que tiene para Grecia una reforma lingüística, de la cual la ortografía no constituye más que uno de los aspectos.

Francia e Inglaterra son las naciones más mal libradas con respecto a la ortografía. El hecho es tanto más lamentable cuanto que el francés y el inglés son dos idiomas claros y sencillos dotados de una gran fuerza de difusión.

Desgraciadamente, su ortografía impide singularmente su expansión.

¿Quién no se sorprendería si pensase que la ortografía francesa corresponde poco más o menos en su conjunto a la pronunciación de la lengua en el siglo XIV? De entonces acá no se han introducido más que dos reformas importantes: el cambio de *oi* en *ai* en *monnaie,* etc., y la supresión de la *s* de *beste,* etc. En cambio, los «grandes retóricos» han añadido a la lengua letras parásitas que existen todavía, cambiando *lais* en *legs, doit* en *doigt, pois* en *poids*, etc.

Como el francés, el inglés ha tenido la doble mal aventura de evolucionar muy rápidamente y de ver su ortografía fijada casi por completo hace cinco o seis siglos, cuando Chaucer fue proclamado «clásico».

La distancia enorme que existe ahora entre la pronunciación y la gráfica no parece asustar mucho a la mayoría de los ingleses, que son muy conservadores y tradicionalistas. En Francia parece más probable que en Inglaterra una reforma.

El español y el alemán no vieron su ortografía fijada sino hasta el siglo XVI, la época de Cervantes y de Lutero.

La evolución de estas lenguas es más lenta, circunstancia que les asegura ahora una ortografía relativamente satisfactoria.

Deseamos a la Academia de Madrid, que pretende ser el custodio de la Lengua, que se muestre menos rebelde a las reformas que la Academia Francesa. En cuanto a la ortografía alemana, ha sido mejorada muchas veces. Hace como quince años, especialmente, se suprimió toda una serie de haches parásitas y de letras dobles.

Los italianos, que pueden leer sin aprendizaje a escritores de fines del siglo XIII, como Dante conocen poco los inconvenientes de una mala ortografía. La lengua tan vecina aún del latín no ha evolucionado sino con mucha lentitud a través de los siglos.

Los estudiantes franceses e ingleses encuéntranse, pues, en un estado de inferioridad con respecto a sus vecinos. En tanto que aquéllos pasan años y años en asimilarse una ortografía burlesca, éstos les tornan la delantera cultivando conocimientos que desarrollan la inteligencia: ciencias, historia, geografía, lenguas vivas.

¿Cuándo se desembarazarán Francia e Inglaterra de la superstición de la ortografía, que tanto pesa sobre la escuela?

- V -

Del estilo exuberante
La fertilidad de léxico en algunos escritores castellanos modernos

Pasada la tormenta romántica, el desordenado, el incontenible aguacero de imágenes, de adjetivos, de antítesis opulentas, de hipérbatons modosos, de sinónimos matizados, todos hemos vuelto a convenir en que la condición por excelencia de un bello estilo debe ser la sobriedad.

Entendámoslo bien, la sobriedad; en modo alguno la pobreza. Decir lo que decir hemos sin hojarasca de palabras inútiles; que nuestra frase, mejor que abundante y opima, sea nítida, lisa,

bruñida; que exprese lo que se propone sin todos esos empavesados multicolores que fatigan la vista y ultrajan el ideal de elegante simplicidad que todos nos afanamos por alcanzar.

Algunos autores se figuran que, para comunicar al lector la expresión verdadera de una cosa, se necesitan muchas palabras. Lo que se necesita es la palabra justa. Los tales ensayan con la abundancia lo que obtiene sólo la precisión del léxico; más bien parece que imaginan que, arrojando al papel muchas combinaciones verbales, el lector acabará por hallar las que él necesita para comprender lo que se pretende insinuarle. ¡Grave error!

El lector no verá más que una llamarada de colores, una confusión de imágenes o de voces.

Es preciso, antes de escribir, buscar la palabra adecuada, aquella que tiene el colorido justo que necesitamos.

Ved, por ejemplo, la bordadora. Mirad cómo vacila para escoger la hebra que debe completar un dibujo de colores. Cómo coloca diversas hebras sueltas de matices análogos, sobre las ya fijas, a fin de ver cuál es la que mejor rima, y prenderla luego.

Sólo que la pereza del entendimiento se opone en muchos escritores a esa paciente operación previa que escoge y combina las frases, antes de verterlas, a fin de que las que vierta sean justamente aquellas que sean necesarias.

El vasto conocimiento del idioma suele perjudicar al estilo, y a este propósito quiero hablar ahora en mi informe.

Hay en España, entre los autores que conocen el idioma, una exagerada tendencia a hacer alarde de este conocimiento. Y en América, asimismo, los escritores castizos pecan por este lado. Acaso se imaginan: que la ostentación de innumerables vocablos y formas de lenguaje consagrados impiden que se enmohezca la lengua y constituyen el mejor antídoto contra ese desfiguro perpetuo a que someten el castellano los otros, los de la tribu rebelde, los modernistas, sea dicho, en fin. La intención será todo lo sana que se quiera, pero el resultado es desastroso. En ese berenjenal de palabras el lector se fatiga y se pierde, y el autor no logra jamás afirmar su estilo.

Convengamos, por otra parte, en que no todos los verbosos escritores castizos actuales se proponen desenmohecer precisamente vocablos: se proponen también ostentar su conocimiento del idioma. Se trata de una especie de torneo de la vanidad. Y si en la empresa emborronan su estilo, lo vuelven indigesto y petulante, bien merecido se lo tienen.

Como no quiero multiplicar los ejemplos, porque lo que mucho prueba no prueba nada, voy a citar dos nombres solamente que se refieren: el uno, a la generación de escritores que ahora se extingue; el otro, a la generación de escritores que ahora llega a la plenitud.

Los dos son notables y dignos de estima, por más de un concepto. Los dos, maestros en el idioma.

Me refiero a don Juan Valera y a don Francisco Navarro y Ledesma, muertos ambos con breve intervalo: el primero, ya muy anciano; el segundo, arrebatado en flor a las letras españolas.

Don Juan Valera poseía como ninguno la lengua, tenía esa suprema, esa elegante ironía que a tan pocos es dado manejar finamente. Conocía el significado exacto de las palabras, aunque no ese significado arcano, íntimo, misterioso, que las palabras esconden, sin el cual jamás se podrá expresar todo lo que se quiere, y que ellas ocultan avaras para los elegidos.

La palabra dice y quiere decir. El autor dice con ella esto o aquello, pero no logrará apoderarse del ritmo íntimo de las cosas sino cuando quiere decir esto o aquello, cuando intenta expresar lo que no se expresa de por sí, cogiendo simplemente las palabras necesarias, sino lo que sólo

acierta a expresarse después de mirar muchas palabras al trasluz, a fin de ir descubriendo su significación escondida.

Hecho esto hay que saberlas juntar. Las palabras sufren de verse mal unidas. No es el adjetivo usual, el habitualmente visto al lado de un nombre, el que por lo general le conviene. Hay admirables alianzas posibles entre el substantivo y el adjetivo, pero sólo les es dado encontrarlas a los grandes escritores, a los verdaderamente intuitivos.

Muchos se imaginan que cuando dicen mar azul, mar proceloso, mar inmenso, han dicho algo: han definido el alma del mar. No han dicho absolutamente nada. Esa alianza es vana. Quizá hace siglos tuvo alguna virtud. Hoy ya no tiene ninguna. Los ojos del lector pasarán a través de ese substantivo y ese adjetivo sin hacer alto, sin que en su espíritu despierte ninguna vibración dormida.

Maeterlinck o D'Annuncio no dirían *mar azul, mar proceloso, mar inmenso*, sino como para reposar al lector; porque esos adjetivos sin relieve marchan unidos a *mar* como no importa qué transeúnte se une a otro en el azar de la acera. Para decir la virtud secreta y poderosa del mar, necesitamos ir a buscar en los yacimientos del idioma otros calificativos que nos están esperando, pero que no se nos revelarán tan fácilmente como creemos.

Decid *mar imperioso*, decid *mar sonoro*, decid *mar genésico*. Ya andáis un poco más cerca de la expresión. Decid *llanura móvil*, como dijo el divino Homero; *mar selvoso*, como dijo Esquilo; decid *orgullo de la ola, ritmo de la ola*, *misterio de la ola* ; os seguís acercando... Pero el adjetivo o los adjetivos por excelencia suelen dormir en la veta, vírgenes y callados. El idioma evoluciona, muere, pasa... Otro lo sustituye, y aquel adjetivo no fue hallado... porque los escritores más atentos estuvieron a la abundancia exterior y aparente de la lengua que a la sabia y admirable riqueza interior de los vocablos.

Pero volvamos a don Juan Valera y a Navarro Ledesma.

El primero jamás adivinó el poder oculto de las palabras.

No creo que las usara nunca por instinto, sino con absoluta deliberación, pero gustábale mucho el escarceo y con suficiencia de general victorioso hacíalas evolucionar.

Generalmente un nombre iba abundantemente adjetivado. Don Juan quería dejar ver cómo sabía el idioma; los adjetivos eran viejos o nuevos, eran arcaísmos buscados y aun neologismos, puestos con cierta coquetería, como diciendo: «¿Ya ven ustedes? Si no uso frecuentemente esta voz es porque no debe usarse, porque no tiene nada de castizo; pero de ninguna manera por falta de conocimiento de ella. La uso, sin embargo, para que veáis que tengo manga ancha en esto del idioma, que no soy pacato, que no gusto de mojigaterías, que uso de cierta noble e indulgente liberalidad, que no soy de los que se aspavientan con los neologismos.» Y todos respondíamos: «¡Cómo conoce el idioma este don Juan!»

Y este don Juan jamás se asomó al mundo interior del léxico, a lo que está en lo hondo de la palabra, a lo que conserva aún el sello enigmático y lejano de su origen celeste:

> *«En el principio el Verbo era Dios y el Verbo estaba en Dios, y por Él fueron hechas todas las cosas y sin Él no fue hecha cosa alguna..».*

Este don Juan no penetró jamás a uno de esos callados claustros, donde las palabras nunca dichas son como invioladas monjas, a fin de robarse a Doña Inés, a ese incontaminado vocablo que expresa hasta lo inefable y que suele prenderse como gota de luz a los puntos de la pluma y

caer sobre las cuartillas como un diamante, a condición de que la pluma esté sostenida por la mano de un genio.

Don Juan amaba el sinónimo sobre todas las cosas.

Yo conozco más de diez escritores castizos, en España y en América, que aman el sinónimo sobre todas las cosas. Es natural: el sinónimo prueba que se saben muchas palabras. El coco de los escritores medianos, y hasta de los que no escriben, es la repetición de las palabras:

«Ello indica pobreza de estilo», afirman. Y para huir de la pobreza de estilo se lanzan desesperada mente por el camino de la sinonimia.

Yo conocí a un joven que, antes de escribir, hacía una lista de sinónimos o, cuando menos, de palabras de significación aproximada.

Supongamos que iba a tratar de una iglesia, en la cual se había efectuado una gran solemnidad.

Mi amigo empezaba por escribir:

Iglesia,
Templo,
Santuario,
Basílica,

y después*:*

Casa de Dios,
Lugar de oración,
Nave; etc.

«*La iglesia,* decía*, estaba resplandeciente de luces*».

Y un poco más allá:

«*Oprimíanse los fieles bajo la nave*».

Y luego:

«*En el solemne silencio del templo*».

Y después:

«*Penetró el obispo a la basílica*», etc.

Y mi amigo quedaba satisfechísimo de la opulencia de su vocabulario.

Hubiera sido capaz de escribir: «Esos burros, asnos, jumentos o pollinos que van por los tortuosos senderos, por las torcidas veredas, por los estrechos caminos..».

Pues bien: con un talento veinte mil veces mayor, pero con análoga tendencia, escribía don Juan Valera.

Jamás pensó que el estilo está en la construcción y no en la abundancia; que el misterio de la personalidad se halla en la sintaxis y que con cien palabras puede un hombre de talento hacer más

que otro con mil. Combinar los vocablos como se combinan los colores; buscar el prestigio del matiz, el perfume nuevo de la expresión no hallada hasta entonces: *that is the question!*

Las palabras no son ni viejas ni nuevas: son viejas y nuevas sólo en razón de la manera con que se las combina, de la forma en que se las junta.

Don Juan Valera, que sabía tantas cosas, no sabía esto.

Tampoco lo saben muchos modernos; pero, como decía más arriba, me fijaré para no divagarme en uno solo, reputado por los más como maestro: en Navarro Ledesma. La obra maestra de este escritor y filólogo tan merecidamente apreciado, es, sin duda, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*.

Abro al azar una página, la número 5, y hallo, desde luego, estas frases... «*la lucha era más fácil; los cambios y vaivenes de la fortuna y del azar, no menos súbitos*».

Y más adelante:

«*Por entre el bullicio y estruendo del domingo, un hombre joven*», etc.

Y después:

«*Tropezando y cayendo, a trancas y barrancas, un día de vos y otro de vuesa merced, vivía la familia del cirujano Cervantes*.»

Y luego:

«*El famoso colegio... era oficina incansable y colmena laboriosa de la ciencia*».

Y luego:

«*No tenía cejas, por lo cual le ofendía y enfadaba la luz*».

Esta fertilidad de palabras, cuyos significados tienen parentela, unida a una arrolladora abundancia de toda suerte de voces, se encuentra en todo el libro, que es, por cierto, admirable. Navarro Ledesma quiere hacernos ver, ante todo, que conoce su idioma y, para probárnoslo, sigue el procedimiento habitual, el procedimiento de don Juan y de Galdós y de doña Emilia y de don Marcelino: palabrear, palabrear libremente, bellamente, gallardamente.

Únase a esto el afán de los modismos rancios, de las arcaicas frases hechas, de los refranes, de las construcciones cervantinas, y tendremos una idea de lo que es en lo general la alta literatura española, cultivada por viejos y jóvenes (salvo un Azorín, un Valle Inclán y otros que pretenden -y lo logran- crearse un estilo poderoso): algo lleno de pompa, recamado, solemne; luciente, pero sin fisonomía.

Hay vocablos que tienen fortuna; por ejemplo: ensoñar, ensoñado. Los encontraréis en todos, a cada paso. Veréis que están metidos con toda deliberación en la frase, y veréis también que la frase de cada autor en que el ensoñar anda, se parece a la del otro, como un cero a otro cero.

Eso que los franceses aman tanto, *la façon, la manière*, parece no tener significación alguna para los escritores castellanos.

El ideal de estos últimos es, sobre todo, la ostentación del léxico.

Y como no debe ponerse el vino nuevo en odres viejas, y como no es posible pensar de un modo original cuando se vierte el pensamiento en frases hechas hace siglos, gastadas por la circulación, resulta -a mí me resulta cuando menos- que, salvo esos que he citado, un Valle Inclán, un Azorín, los demás ya sé lo que van a decirme, todo lo que van a decirme.

Leerlos es para mí más bien un ejercicio de fraseología, un aprendizaje o una recordación de vocablos.

El poder, la magia de la *façon*, del sello personal, es inútil buscarlos...

Y he aquí cómo lo mejor es enemigo de lo bueno, y he aquí cómo este amor sin ponderación al castellano perjudica al castellano, que demanda en estos tiempos de prueba, en que diez y ocho

Repúblicas lo circulan de un modo diverso, mayor movimiento, nuevas canalizaciones, combinaciones elocutivas no hechas, formas no visadas que nos lo presenten rejuvenecido, flamante, amable y apto para luchar con los otros idiomas, que libran un gran combate por la conquista del mundo.

Sólo una cosa rancia es buena: el vino.

- VI -

El movimiento intelectual en Madrid
Opiniones literarias

El año pasado fue elegido -para empezar a funcionar éste- secretario primero de la Sección de Literatura del Ateneo Científico, Artístico y Literario de Madrid, el joven escritor Bernardo G. de Candamo.

El reglamento del Ateneo exige, según parece, que el secretario primero de cada sección lea algún trabajo, y el señor Candamo, sometiéndose a este canon, escribió con el título de «*Opiniones literarias*» algunas notas bastante nutridas y sugestivas sobre los dos últimos períodos de la mentalidad literaria en España: el período de decadencia absoluta que siguió a los Alarcón, Campoamor, Núñez de Arce, doña Emilia (en algunas de sus obras), Valera, Bécquer, etc., y el período actual en que se nota un renacimiento de originalidad, de entusiasmo, de fuerza y de vida, y en el cual sobresalen, como figuras de cierto considerable relieve, Jacinto Benavente en el teatro, Pío Baroja en la novela, Unamuno y el malogrado Ángel Ganivet en la especulación filosófica, Martínez Ruiz en la ironía (estilo Sterne o Carlyle o Hackevay o algo de cada uno) y Francisco Villaespesa, Manuel Machado (buen instrumentador) y el sereno y robusto Eduardo Marquina, en la lírica.

Es también costumbre, a lo que parece, que el trabajo presentado por el secretario de cada una de las secciones sea discutido por los ateneístas, libremente, sin más requisito que el de pedir la palabra (privilegio que tiene sus inconvenientes cuando se trata de juveniles, turbulentos y exaltados espíritus latinos, que todo es uno), y las «*Opiniones literarias*» del señor Candamo han sido acaloradamente rebatidas o cálidamente defendidas durante algún tiempo -y lo son aún-, constituyendo esta discusión la actualidad intelectual por excelencia en España durante los meses de Enero y Febrero (continúa el debate en Marzo) y mereciendo, por tanto, que me ocupe en ella al redactar mi informe de este mes de Febrero, pues nada más a propósito para reflejar el estado de la que pudiéramos llamar «cuestión literaria» y que es y seguirá siendo la cuestión palpitante en la capital ibérica.

Voy, pues, a hablar primero de las «*Opiniones literarias*» del señor Candamo, y después, de la fisonomía del debate que se continúa todos los martes por la noche en el Ateneo, al cual he asistido con cierta asiduidad y en el que se han ejercitado todos o casi todos los muchachos que aprenden a pensar en Madrid.

El señor Candamo empieza por una definición, delicada y bella: «Es el arte la más fuerte, la más honda manifestación de la vida: es como una resultante de la vida misma», dice. Luego nos recuerda las dos clases de hombres destinados a seguir caminos diversos, de que nos habla Musset en sus páginas sobre las maravillosas memorias de Casanova.

Estos hombres que van por diversos caminos son extraños entre sí y se miran con el más absoluto desdén. Marchan unos por cierta y determinada senda rectilínea, con paso lento y metódico, casi maquinal, sometidos a órdenes, reglamentos y liturgias, a la ley inexorable de castas y categorías: son los religiosos, los juristas, algunos militares acaso; todos cuantos a lo largo del tiempo han dado vida a esa cosa muerta que se llama escalafón. Son fríos, apacibles. No hay en sus movimientos brusquedad alguna. Ni un grito, ni un gesto, ni una palabra desentonada.

Cuidan de conservar su energía inútil, y estas fuerzas inejercitadas los vuelven luego gordos y mansos, y ponen en sus rostros esa suave sonrisa beatífica de hombres satisfechos que hemos visto en algunas caricaturas, en algunos retratos, en los rostros de algunos señores amigos nuestros.

La otra senda no es una senda trazada y recorrida: es la tierra. En carrera loca, desenfrenada, pasan unos hombres valientes. Es el suyo andar ilógico y descompasado. Hombres capaces de vivir con intensidad, se dejan arrastrar por la vida misma y van y vienen y tornan a ir, irreflexivos, incomprensibles, como una pluma arrebatada por el viento y que se entrega a su merced.

Y aquí, entre estos hombres, sonríe maquiavélico Casanova y yerguen en el aire diáfano el esplendor acerino de las espadas nuestros viejos conquistadores, nuestros guerreros de antaño. Y Rodrigo de Vivar blande su tizona en una actitud gallarda y grandiosamente épica. Pasan así el Aretino, que muere de risa, y el socarrón de Rabelais y Benvenuto Cellini, el perverso, y Miguel de Cervantes, y el fuerte, el intensísimo vividor que fue Lope de Vega. Son los creadores, los artistas. Son así los hombres capaces de todas las heroicidades, de todas las locuras, de todas las noblezas.

En la complejidad de sus espíritus laten anhelos místicos y ansias amorosas, y afanes de posesión e instintos de generosidad, y como el «hidalgo de un tiempo indefinido» retratado en un firme grabado lírico por ese forjador de bellos versos, Rubén Darío, tienen:

Sangrientos labios dignos florecidos de anécdotas en cien Decamerones.

El lema de su escudo ideal se cifra en esta fórmula: ¡Vivir!

Estos hombres inadaptables son como los «sabios mal educados» de que nos habla el infatigable creador Pío Cid «que no siguen las reglas usuales, sino que piensan o manipulan a su antojo y así revelan su originalidad, sacan a la luz nuevos hechos ocultos, inventan».

¿Hay en España artistas de éstos que, si vale la frase, no caben en los moldes simétricos de la mediocridad habitual? Muy pocos, según el señor Candamo, aun cuando la actual decadencia de la literatura española «tiene unos vagos vislumbres de renacimiento».

Los viejos de España no entienden ni gustan de la obra de los jóvenes. Ellos no comprenden, según el señor Candamo (quien sorprende un diálogo entre dos), más que «los nobles endecasílabos sonoros, heroicos de antaño, el suave octosílabo, la quintilla de las largas tiradas dramáticas, único rival posible de la décima, cuando se intentaba hacer venir a abajo los teatros de provincia, llenos de ese buen público que invade los coliseos de Vetusta o Lancia en las novelas de Leopoldo Alas y de Armando Palacio Valdés».

Como se ve, el señor Candamo (joven habría de ser) siente un reflejo de esas indignaciones líricas formidables que hará quince años sentían en Francia las nuevas escuelas contra «las momias», muy especialmente académicas, y ¡ay! nosotros creímos también de buen tono sentir en México, hace algún tiempo, indignaciones que sugerían a un poeta francés de los nuevos que se

hiciese con los viejos lo que con ellos hacen algunos indígenas del archipiélago malayo: subirlos a un árbol y sacudirlos fuertemente. Los que tuviesen bastante fuerza en los músculos para mantenerse entre las ramas serían dignos de vivir, los otros serían devorados.

Quién sabe si acá para *internos* esto nos pasará a los que ahora escribimos, a los que ahora son jóvenes o todavía somos jóvenes, inclusive al señor Candamo, dentro de algunos años. ¡Se envejece tan pronto! ¡Y los que vienen detrás solicitan con tal impaciencia su puesto en la vida!

Los viejos no son más que ex jóvenes que hicieron su revolución y crearon y pensaron y amaron. Tenían una porción de camino que recorrer y lo recorrieron. ¿Por qué habían de aventurarse por el camino nuestro? ¿Por qué habrían de gustar de lo que nosotros hacemos? Hicieron su obra, cumplieron su misión, empujaron al universo hacia adelante el paso que les correspondía, y ahora confinan en el castillo de sus viejos ideales su espíritu aterido... como haremos nosotros, como hará el señor Candamo dentro de algún tiempo.

Cierto que hay ancianos que en bella comunión y en conciliatorio consorcio de ideales juntas sus cabellos blancos con nuestros cabellos negros. Pero éstos son seres excepcionales que sobreviven a su época, amando y comprendiendo la época nueva. No pretendáis encontrarlos en cada recodo de la vida. Son como las perlas negras, raros y preciosos.

El señor Candamo analiza en seguida la asenderada cuestión del arte aristocrático y del arte popular. No hay más que dos públicos: la aristocracia del pensamiento y el pueblo. «Los espíritus cultos tienen sus poetas de Homero a Rubén Darío (el señor Candamo olvida que Homero [o el conjunto de los cantos homéricos] fue esencialmente popular); sus dramaturgos de Aristófanes a Jacinto Benavente (hay, sin embargo, entre los dos una ligera diferencia).» «El pueblo, sigue diciendo, tiene sus coplas, sus romances y sus cuentos: son los cantares de amor, de sangre y de muerte en Andalucía; las jotas rudas en Aragón, y en Asturias y en Galicia dulces melopeyas, nostálgicas y misteriosas, como sus paisajes y como su cielo. En cambio, la burguesía lee a... Jorge Ohnet, López Bago, Pérez Escrich..».

Una y otra literatura son indispensables.

«Es necesario que los pobres de espíritu tengan también su ideal», ha dicho un escritor francés.

Convenido. Pero entonces, ¿por qué indignarse contra quienes no cultivan el arte aristocrático? ¿Por qué indignarse contra los que ensanchan su copa, a fin de que en ella beban muchas bocas?

Yo escribo para los menos: el señor Guerra Junqueiro, de Portugal, a quien Candamo con justicia llama alto poeta, escribe para los más; ¿quién es más artista, quién crea más belleza, quién produce más emoción de los dos?

¡Ah! señor de Candamo, debo confesar humildemente que el señor Guerra Junqueiro, el cual se acerca a ese ideal a que ha solido llegar el inmenso Maeterlinck, a ese ideal que pudiéramos llamar evangélico: reunir en la misma página tuétano de león para los fuertes y tuétano de lechón para los débiles, néctar para los olímpicos y miel virgen para los simplemente humanos. ¿Cómo se consigue esto? Pues muy sencillamente. El señor Candamo mismo ha encontrado, con su claro talento, el secreto, y este secreto es admirable por su sencillez:

«El secreto está en la humildad, en la humildad que crea religiones, en la humildad que hace al seráfico Francisco de Asís escribir por vez primera en idioma italiano para que el pueblo comprenda su fragante himno de bien aventuranzas por el hermano sol, por la hermana agua, por los hermanos pájaros y por nuestra hermana la muerte. A la amorosa humildad se debe esa plegaria de color y de luz, que es la anunciación de Fra Angélico. Ella dio vida a los versos de Francis Jammes e inspiró la dulcedumbre de unos cantos compuestos en portugués por Guerra Junqueiro. Y la humildad de los antiguos maestros castellanos ostenta en el tesoro de la mística

todo el orgullo de su lujuriante florecer.» Estamos, íntimamente, absolutamente, de acuerdo el señor Candamo y yo en estas bellas apreciaciones, en estas nobles y clarividentes palabras que constituyen el meollo de su trabajo.

Ese es el secreto, el divino secreto: la humildad y, añado yo, la alegría en la producción, esa santa alegría que nos identifica con todas las modalidades del Universo, ya sean hostiles, ya sean amables, esa serena alegría de Marco Aurelio y de San Francisco.

Al precepto de D'Annunzio: *Creare con goia*, deberíamos añadir: y con humildad!

Pero he aquí, señor Candamo, el verdadero escollo. No hay casi poeta que no se encarame a la trípode para escribir, o que no comience por desempeñar para continuar por producir, o que no pretenda saberlo todo, o que no llame filisteos a quienes no gustan de sus versos... o que, en fin, no esté henchido, empapado, compenetrado, saturado de su yo... convirtiéndose, más que en el sencillo y blanco sacerdote de la naturaleza, en el engreído y solícito administrador de su pequeño renombre. Yo conozco a muchos poetas así de América: ¿qué, el señor Candamo no conoce a muchos poetas así en España?

Cierto, sin humildad no se puede ser gran poeta, porque el alma íntima y radiante de las cosas no se comunica más que a los humildes.

Sin humildad no se puede hacer arte moderno. Porque como dice muy bien el señor Candamo, «el arte moderno no quiere ser elocuente ni oratorio. No va en pos de las muchedumbres para hacerlas estremecerse a sus gritos épicos. Sólo anhela llegar al corazón de los hombres sencillos e inteligentes de una manera humilde y natural, con la magnífica naturalidad de una puesta de sol o de un amanecer riente. A esos hombres va el arte en toda su pureza, alegra su espíritu y arranca destellos de ideas y de su tesoro interior».

Esto de la humildad en el arte lo admito y lo apadrina también, con convicción, Manuel Urbano, cuya épica, o más bien escolio y comento al trabajo del señor Candamo, ha sido hasta ahora de lo poco apreciable y digno de tomarse en cuenta entre lo muchísimo que se ha dicho y sigue diciéndose en el Ateneo durante las noches de los martes, bajo la presidencia de Carlos Fernández Shaw, espíritu noble, ponderado y fino, y con asistencia de toda la juventud literaria española, que campa por sus respetos en Madrid.

Porque, como siempre ocurre en estos casos, se ha dicho mucho, pero se ha aprovechado poco. Aquella bandada de muchachos agitados y nerviosos, ha asido por los cabellos la oportunidad de hablar y cada uno ha dicho del arte lo mucho que siente... y lo poco que entiende.

Desgraciadamente, la discusión no se ha mantenido en el terreno ideológico y frecuentemente el debate, vuelto personal, ha llegado a la acritud y aun al insulto. Hay ateneístas de veinte años que querrían comerse crudo a Grilo, por ejemplo.

¿Por qué Grilo ha de llegar a ser hasta académico, cuando España olvida a Ganivet y apenas lee al maestro Unamuno, a ese maestro Unamuno que ha probado que «todo es nuevo bajo el sol», que halla que la vida es plenitud plenitudinis et omnia plenitud y que saca el oro de la originalidad de la escoria de las ideas ambientes, quizá porque -volveré a citar a Candamo- «en arte, cuando un hombre habla, poniendo el espíritu en cada palabra, realiza siempre una obra incomparable, que no repite jamás ninguna anteriormente realizada?»

La Academia es el coco de estos muchachos agitados.

-¡Vengo -decía uno de ellos la otra noche, cierto jovencito que promete mucho por cierto, y que se apellida como yo me llamo: Amado - vengo a denigrar y a vilipendiar a algunos académicos!

-¡Mientras yo sea presidente de esta sección -ha replicado inmediatamente el señor Fernández Shaw con mucha oportunidad y tino- aquí no se vilipendiará, no se denigrará a nadie!

Cierto, de esta prolongada discusión de las «*Opiniones literarias*» del señor Candamo -¡ay! como de otras muchas discusiones- no surgirá la luz. Pero es consolador y vivificante ver el entusiasmo de la nueva pollada literaria, para discutir o apologizar a sus maestros y antecesores.

Hay en esos discursos, incorrectos y a veces incendiarios, súbitas revelaciones de talentos futuros y pruebas alentadoras de que la juventud literaria de España -al revés de muchos de los de la pelea pasada- lee, lee bastante, aun cuando a veces se lo indigesten las lecturas, y tiene arrestos, vigor y savia.

Yo no puedo menos que regocijarme de esto porque adoro al sol hasta cuando me quema, al viento hasta cuando me derriba, y a la juventud hasta cuando me ataca.

- VII -

Bolsas de viaje para los escritores y poetas. -Conveniencia de crearlas en el Ministerio de Instrucción Pública.-Lo que se ha hecho en Francia

Hacía tiempo que venía reclamándose en Francia, para los poetas y literatos, algo así como el premio de Roma, que existe para los pintores, músicos y escultores.

El señor Emilio Blémont, presidente de la Sociedad de los poetas, logró interesar al señor Bienvenu Martin en la creación de lo que se ha llamado una bolsa de viaje, de 3.000 francos, que debería ser entregada cada año a un escritor -poeta o prosista- y por fin, después de varias gestiones, el señor Aristide Briand, ministro de Instrucción Pública, Bellas Artes y Cultos, ha aprobado este interesante proyecto.

El ministro encargó al señor Emilio Blémont que escogiese los miembros de la comisión que va a ser llamada a definir las condiciones en las cuales debe entregarse la bolsa anual de viaje, y la lista aprobada es la siguiente: los señores Sully-Prudhomme, Anatole France y Maurice Barrés, como académicos; Emilio Blémont y Emilio Michelet, como miembros de la Sociedad de los poetas franceses; Augusto Dorchaim, Víctor Margueritte y León Riotor, como representantes de la Sociedad de gente de Letras; Julio Claretie, Cátulo Mendes y Mauricio Donnay, como autores dramáticos; León Dieux, Ernesto Dupuy y Raúl de Saint-Arroman, como comisionados del Ministerio de Instrucción Pública; Lucien Descaves, Elemir Bourges y J. H. Rosny, como miembros de la Academia de los Goncourt; Bearquier, Couyba y Sembat, como diputados; Mauricio Faure, Máximo Lecomte y Rivet, como senadores. Como se ve, los sufragios que un escritor o poeta necesita para obtener esa bolsa de viaje, son numerosos y variados; pero en fin, también los pintores y los músicos tienen que luchar arduamente para obtener el premio de Roma.

¿Por qué hasta hoy se concede oficialmente pensión a un poeta o a un escritor para que viaje?

¿Es acaso porque el Estado se enmienda de un desdén anteriormente sentido con respecto a estos artistas?

No por cierto. El Estado sigue creyendo, como todo el mundo, en la inmutable preeminencia de la Poesía sobre sus hermanas la Pintura, la Escultura, y la Música.

Es más bien porque estas pensiones no se habían creído necesarias.

Ha sido preciso que muchos pensadores sugiriesen y aun probasen su conveniencia, su utilidad, para que el Ministerio de Instrucción Pública de Francia pensase en concederlas.

Hace ya, algún tiempo que un diputado pronunció en el Palais Bourbon estas palabras, que figuran en el *Journal Officiel* de Francia:

«El Presidente: Capítulo 48. -Viajes y misiones científicos y literarios. Tiene la palabra el señor Couyba.

»El señor Couyba: Querría yo, con mis colegas de todos los partidos de la Cámara, llamar la atención e invocar los recuerdos del señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, con respecto a una categoría de ciudadanos que, como el *Edipo* de Sófocles, no han pedido hasta hoy gran cosa, y a quienes, por lo tanto, no se les ha dado casi nada. Y sin embargo, esos ciudadanos han dado alguna gloria a Francia; quiero hablar de los literatos y de los poetas. (Voces de «¡muy bien, muy bien!») Vos, señor ministro, enviáis a Roma, a Atenas y a otras partes y hacéis bien, a los músicos, a los pintores, a los escultores, a los artistas propiamente dichos; acaso podríais también tender la mano a esos otros artistas: los literatos, que son músicos, escultores, cinceladores del pensamiento y del estilo, que son, frecuentemente ricos de talento, pero más frecuentemente aún pobres de fortuna, sobre todo un sus comienzos. (Voces de «¡muy bien, muy bien!»)

»Uno de sus defensores más autorizados, el señor Emilio Blémont, presidente de la Sociedad de los Poetas franceses, concibió un día esta idea interesante y fuese a ver al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, a quien dijo, poco más o menos, estas palabras (es el señor Blémont quien habla): «Señor ministro, vos sabréis que los viajes forman a la juventud y conocéis ejemplos famosos que lo comprueban: Lamartine, en Nápoles- Musset, en Venecia; Víctor Hugo, en Madrid, Chateaubriand, en América; Verlaine, en el país de Shakespeare, de Tennyson y de Shelley, encontraron toda una renovación literaria y poética».

A pesar de tan bellas palabras, el ministro «lo estaba pensando»; no se dejaba convencer. Sin embargo, la corriente de la opinión iba engrosando; Gastón Deschamps, que es tan leído y escuchado, decía poco antes de que se decretase la pensión: «Es bueno que los poetas viajen.

Jamás nos cansaremos de decir esta verdad. Los viajes, se dice, forman la juventud. Ahora bien, los poetas, por definición, son siempre jóvenes, puesto que, según la bella frase de Alfonso Daudet, son hombres que han conservado sus ojos de niños.

»Es preciso que los poetas dejen errar su vida llena de sorpresa y de éxtasis, por el espectáculo ondulante y diverso de la vasta natura. Sobre todo en poesía, conviene unir con lazos armoniosos la vida y los libros.

Las musas son incapaces de vivir enjauladas y aun de divertirse en cabinet particulier. Necesitan aire y espacio. Los caminos reales tientan su humor aventurero y sus ligeras plantas. No las encerremos, pues, bajo los techos donde repliegan sus alas y quebrantan su ímpetu!

«¡Ay!, muy frecuentemente nuestros poetas viven retenidos, lejos del cielo, del mar, de las estrellas, por un hilo en la pata o por una cadena en el cuello. Están sujetos a ocupaciones caseras, pegados al banco de alguna oficina (como ese pobre de Alberto Samain), o bien tienen que sujetarse voluntariamente a las servidumbres sociales..».

Como se ve, por artículos y discursos no ha quedado, y era ya tiempo de que el Ministerio de Instrucción Pública de Francia respondiese a este anhelo, a esta necesidad que se imponían.

Y el Ministerio ha respondido.

Ahora bien, me digo yo; ¿por qué ese Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, de México, que tanto se preocupa de las pensiones, que aún procura aumentar su número no crea una Bolsa de viaje aplicable cada año, después de determinadas pruebas, a un literato o un poeta?

¡Ah! Estos viáticos no serían, por cierto, gravosos para el presupuesto del Ministerio. Equivaldrían apenas a una de las pensiones anuales más modestas que se conceden a los pintores. En efecto, con 3.600 francos que se dan a un pensionado modesto, un poeta, un escritor, podrían perfectamente hacer un viaje, cuyo mínimum de tiempo se fijaría en seis meses.

Con ese dinero podrían pagarse los pasajes, que calcularemos en 1.500 francos, y seis meses de permanencia en el extranjero, a razón de 350 francos mensuales (o sea los 2.100 francos que restan), durante seis meses, período muy suficiente para que un poeta, para que un escritor, adquiriesen cuando menos una idea sintética de ese espectáculo ondulante y diverso de la vasta tierra.

Se obligaría a cada pensionado a traer de su peregrinación un libro, y para evitar las coincidencias analogías de asunto y la monotonía resultante, se fijarían a cada uno, de acuerdo con sus tendencias y gustos, diversos objetivos.

Quién vendría a traernos su visión de las lluvias y el gris pertinaz de Holanda; quién la suya de la perenne nieve y el agua dormida y misteriosa de las montañas y los fiords de Noruega.

Quién vendría con el deslumbramiento de los soles de Grecia y de las santas ruinas blancas que sonríen aún en las montañas helénicas, y quién traería sobre su espíritu y sus versos proyectada la sombra secular y teológica de las ciudades góticas, o la vasta impresión de misterio de las pirámides y de la esfinge...

Y a algunos poetas y escritores que ganasen la pensión y que hubiesen ya viajado en el extranjero, se les obligaría a viajar por México mismo, a sentir la palpitación poderosa de nuestros trópicos, a soñar y pensar bajo la maravilla de las grandiosas ruinas de Oaxaca y de Yucatán.

Y otros irían a sorprender los informes aleteos del águila del Norte y otros descenderían desde las vértebras de los Andes hacia los litorales apacibles o activos de algunas de las naciones hermanas del Sur...

¿Verdad que vale la pena de crear estas modestas Bolsas de viaje, a imitación de Francia; estas modestas Bolsas de viaje que no gravarán al Erario con más de mil quinientos pesos anuales y que pueden significar tanto para el Pensamiento de la nación?

Así, pues, señor, yo me permito, como corolario de este informe, proponer a usted la creación de una Bolsa de viaje para los poetas y escritores mexicanos.

- VIII -

Libros de niños. -Libros para niños. -Los niños en la vida y en el arte

Quéjase una escritora portuguesa de que en nuestra literatura latina, tan fecunda y tan rica, con suma dificultad se encuentra, o no se encuentra del todo, a esa deliciosa flor humana que se llama el niño, idealizada por la pluma de los grandes escritores.

El niño dice poco o nada a los novelistas y a los poetas de Francia, de España, de Portugal y de nuestra América.

Yo más que nadie he tenido ocasión de comprobar esto en mis arreglos de lecturas para los niños mexicanos. Frecuentemente me he leído a un poeta, a un novelista, de cabo a rabo, de cuerito a cuerito, sin encontrar una página adecuada o sobre los niños o para los niños. Esto por

lo que ve a los autores «viejos» de México, que por lo que ve a la mayor parte de los nuevos, son algunos de ellos tan complicados, tan sensuales y tan amigos del léxico raro, que me ha acontecido repasarlos con la mayor diligencia y la más paciente solicitud, sin dar con una sola página suficientemente diáfana y tersa para la pura y luminosa mirada de un niño.

Debo hacer constar que de «los nuevos» de América, Rubén Darío es quien más fácilmente me ha dado páginas muy bellas para la infancia. Pero Rubén Darío es toda la lira, lo ha comprendido todo, lo ha sentido todo...

En México, fuera de las candorosas poesías de *Rosas* y de los *Cantos del Hogar*, los niños no tienen literatura... Pero consolémonos: no andan mejor provistos nuestros hermanos de la América del Sur y de España.

Compuse hace más de tres años un libro de *Cantos Escolares*, dolido de ver lo que se cantaba en las escuelas y en los coros de muchachos, y no me fue posible encontrar, entre tanto músico sabio como tenemos, uno solo que patrióticamente se decidiera a ponerles música: una melodía cualquiera.

Fue preciso recurrir a un músico extranjero, pero éste se mostró con el editor tan exigente y difícil en asunto de dinero, que no les fue posible convenirse y el libro se fue al cesto.

Pero oigamos a la escritora portuguesa. Entre los escritores franceses, en su concepto, hay algunos que escriben en forma autobiográfica, poniendo en escena un personaje ficticio, que evoca y describe su infancia. Pero sólo lo hacen con el propósito de preparar la juventud de su héroe.

No so abandonan ingenuamente a su trabajo de psicología infantil, libres de preocupaciones de otro orden: de aquí el poco valor de esas notas sin exactitud. La gente que las lee hácelo con precipitación, ansiosa del momento en que el héroe del libro, desciñéndose el infantil disfraz, se lanza al duro combate de la vida, a sus peripecias y a sus pasiones.

El niño, en la literatura francesa, casi no existe.

En la obra colosal de Balzac, de ese Balzac que a medida que se interna en el tiempo se vuelve más asombroso y más grande, en vano se busca un niño que haga reír, que ilumine la vida de los personajes del gran creador de almas, a quien los siglos futuros pondrán al lado de Shakespeare (a cuyos pies lo puso ya Taine).

Jorge Sand, que fue madre, y madre tan extremosa; que fue abuela, y abuela de tal suerte adorable, no nos hace sentir al niño en ninguno de sus libros. Nos cuenta, en la *Historia de mi vida*, su propia infancia, pero tan excepcional es ésta, tan diferente de las otras, que quien la lee percibe perfectamente que no son así los niños que conoce.

Quizás Víctor Hugo sea, en toda la literatura francesa, quien mejor ha traducido el alma infantil, poniendo en escena a sus nietos Juana y Jorge; pero desgraciadamente no ha tenido imitadores.

Yo conozco dos novelas francesas modernas que se refieren a niños:

Clara d'Ellébeuse del hondo y sutil Francis Jammes, y *Poil de Carotte*, de Jules Renard... pero se trata de dos morbos. *Clara d'Ellébeuse*, en que se adueña de nosotros toda la enfermiza y sutil psicología de una niña que se cree fecundada por un beso, y en cuanto a *Poil de Carotte* hay en sus páginas una psicología hábil, pero llena de perversidades.

Por lo que ve a la autora portuguesa a quien hemos venido citando, encuentra antipática y repelente la infancia de Juan Jacobo Rousseau, contada por el gran filósofo, y poco amable la niñez de Vallis, referida asimismo por él.

Librodot

No opinamos como la autora en cuestión, pero si juzgamos que la infancia de Juan Jacobo no es de las que digiere cerebro infantil alguno, y en cuanto a Vallis, rebelado desde la cuna, en precoz efervescencia de odios y es de aquellos a quienes se puede aplicar la frase que a Benvenuto Cellini fue aplicada y que él cita en sus *Memorias*: «Nació con la espuma en la boca».

En la literatura portuguesa y brasilera no existe tampoco el niño, como afirma la citada escritora y como es la verdad.

Nunca convergen sobre su fisonomía encantadora y misteriosa los rayos de luz de una comprensión genial.

Nunca es el asunto en torno del cual otros se congregan.

En la literatura italiana sí encontramos alentadoras excepciones. En el *Piccolo Mondo Antico,* de Fogazzaro, el personaje más interesante, embelesadora y deliciosamente estudiado, es una pequeñuela.

¡Qué magia de figurita! ¡con qué encanto infantil conversa! ¡cómo va desarrollándose a nuestros ojos! ¡qué goce proporciona el verla moverse, andar, brincar, discretear, preguntar!... ¡cuánta gracia en sus pequeños defectos de curiosa, de observadora de lo que en derredor acontece!

Aparece ante nosotros viva y natural, sin más idealidad que la del arte, que aureola su cabecita airosa.

El libro todo está admirablemente escrito, aun cuando nuestra autora declara que una vez muerta la niña (Fogazzaro tiene la crueldad... o la misericordia de matarla) ya nada más le interesa en esas páginas, notables sin embargo.

Pobre flor de poesía creada por un poeta y apagada luego por su soplo «como se apaga una luz»...

No creo necesario citar, como otra excepción italiana, el *Diario de un niño (Corazón)*, de Edmundo de Amicis.

Pero, desgraciadamente, la literatura de Italia no es muy pródiga de figuras infantiles...

Cierto que si los italianos y españoles destierran de la literatura a los niños, no los destierran del arte:

ejemplos, los *Bambinos* de Rafael, los ángeles y querubines de toda la pintura italiana, y los *Dioses niños* del resplandeciente y dulce Murillo!

Y sin embargo, nada sucede ser más interesante, más sugestivo para una pluma experta, que esas almas nacientes, que se abren «como una flor misteriosa», que esas inteligencias que asoman a la vida llenas de curiosidades y de interrogaciones y cuya sensibilidad es un misterio insondable.

Pero veamos ahora el reverso, el hermoso reverso de la medalla.

¿Dónde?

En la literatura anglo-sajona.

Ésta, en asuntos infantiles, es riquísima. El niño pasea triunfalmente por sus páginas, como, por lo demás, pasea triunfalmente, por la vida.

Recuerdo haber contemplado un cromo inglés con cierto deleite.

Llámase, si mal no recuerdo, *Su majestad el niño,* y nos muestra el espectáculo de una de las calles más populosas de la inmensa Londres, en la cual todo el mundo de peatones, de *cabs*, de carros, de ómnibus, de vehículos de todos géneros se detiene ante el imperioso signo de un *policeman*, a fin de que pase de una acera a otra, de la mano de su nodriza, un bebé de dos o tres años!

Este cromo, que hace suavemente sonreír, nos dice todo lo que es el niño en la vida inglesa.

¿Qué tiene, pues, de extraño que, siendo tanto en la vida, su delicada y cándida silueta se proyecte sobre muchas de las mejores páginas literarias de esos cultos pueblos que se llaman la Gran Bretaña y los Estados Unidos, como la flor más preciada de una raza noble y potente?

Distínguese la literatura inglesa -como lo hace notar la señora Vaz, a quien vengo glosando- por la agudeza penetrante en el análisis de los caracteres que lo pertenecen, y no se limita a estudiar al hombre y a la mujer ya hechos, ya modificados por la acción de la vida, ya gastados en sus aristas más ásperas por el contacto permanente de sus semejantes, desfibrados ya por la fuerza brutal de las circunstancias externas; sino que va a buscar la raíz de los sentimientos, de las tendencias, de las pasiones, de las energías (que después nos hieren y sorprenden en el hombre y en la mujer), en el alma reveladora del niño...

Como en Inglaterra hay muchas mujeres de talento y algunas de genio, que tienen consagrada su vida a la literatura de ficción, y como el instinto maternal puede ser olvidado, eludido, discutido, si se quiere, pero nunca destruido enteramente, las novelistas inglesas que no tienen hijos descubren esa maternidad ideal del arte y del libro, que las compensa y consuela de la falta de la otra.

Las novelas de miss Yonge, tan amadas de la juventud, están llenas de niños, de la vida de los niños, de su ir y venir incesante y expresivo.

En *Villete*, de Carlota Bronte, que es una escritora genial, hay en las primeras treinta páginas una obra maestra de psicología infantil.

Se trata de una niñita de cuatro o cinco años a quien su padre adora y llena de mimos y a quien, en vísperas de un largo viaje necesario, se ve obligado a encomendar a una vieja amiga.

Con esta materia prima elemental, hace miss Bronte un cuadro que bastaría para consagrar su nombre.

¿Y las dos criaturas de la novela de Eliot: *The mill on the floss*?

¡Qué magistral pintura de la mujer y del hombre inglés!

¡Qué encanto de evocación! ¡qué primor descriptivo! ¡qué milagro de intuición moral!

El rapaz Tom es el tipo admirablemente fijado del chicuelo que será un hombre inglés, vulgar.

Es brutal, egoísta, busca-pleitos, autoritario; consciente de su superioridad absoluta de hombre, como más tarde lo estará de su superioridad absoluta de inglés...

Jamás tiene para la hermanita, que le adora, una frase, una palabra de ternura, una expresión de agradecimiento. Todo le es debido a ese pequeño tirano, que en la libertad y la abundancia de la vida rural irá adquiriendo y desenvolviendo fuertes músculos, capacidad de trabajo, endurecimiento físico y moral, conciencia de su máscula soberanía, de su poder de gobernar sin nunca ser gobernado.

En cuanto a ella, la pequeña Magda, será más tarde la gran escritora que se llamará Jorge Elliot, y por tanto debemos verla bajo este aspecto excepcional. El libro es, sobre todo, la más viviente de las autobiografías. Pero en ella resalta una deliciosa figura infantil, llena de gracia, de capricho y de abnegación inconsciente.

Si la mujer inglesa tiene una infancia así, ¡qué extraño es que sea la bella creadora de razas y de naciones que han ocupado tanto lugar en la historia!

Las escritoras que no tienen la sensibilidad aguda y mórbida de Carlota Bronte, ni la genial simpatía humana de la celebérrima autora de *Adam Bebe*, poseen, sin embargo, a juicio de la señora Vaz, un instinto que las lleva a buscar en el niño un elemento de profundo interés para sus estudios de caracteres.

Librodot

Y es ésta una de las cosas que hace que una novela inglesa mediana sea de lectura más útil, provechosa o instructiva que una novela continental (para hablar como ellos).

Es el estudio del carácter humano, en sus infinitas modalidades, el tema predilecto de los escritores de Inglaterra.

Ahora bien; la clave del carácter del hombre está en el carácter del niño, y está en él asimismo la clave del carácter de la raza.

¿Por qué los latinos, los hispanoamericanos, los mexicanos, que tenemos tan curiosos ejemplos de psicología infantil, desdeñamos esta literatura?

El niño de nuestra raza se desenvuelve más rápidamente que el sajón y muestra más temprano que él una individualidad definida. Todas sus cualidades, todos sus defectos, todas sus energías se ostentan en germen antes de los diez años, con una vivacidad que sorprende.

Hay en él precocidades admirables, réplicas o interrogaciones verdaderamente desconcertantes. El carácter idealista, imaginativo, ardoroso de la raza, se revela en todos sus actos, a veces muy fuera de razón y de un modo personalísimo e intenso. Y, sin embargo, nuestros escritores andan a caza de problemas sociales que aún no se plantean en nuestro medio en formación, o sobre el eterno hierro del amor, o se enfrascan en la voluptuosidad de historietas afrodisíacas...

El único que ha procurado en México desentrañar la psicología infantil, analizar esos espíritos misteriosamente embrionarios de nuestros niños, ha sido -hay que hacerle justicia- Ángel de Campo (Micrós).

Hay en su obra, desmadejada a veces y mal estilizada otras, pero siempre sincera y siempre basada en la verdad y en la vida, niños admirablemente sorprendidos. Él sí se ha asomado al alma de la infancia y la conoce tan bien como el inmortal autor de ese *Tom Sawyer* que, barajado con *La mula y el buey*, con *Las aventuras de Paconito Migajas* y otras lindezas de Pérez Galdós (bien escritas, pero mal vistas), interesaba hasta el delirio a nuestros alumnos de primer año de Lengua Nacional.

¿Por qué la Secretaría de Instrucción Pública no patrocina un concurso de novelas de niños, de estudios de almas infantiles?

Haría un gran bien, porque no se puede mejorar una raza si no se la conoce, y no se conocen ni las energías, ni las aspiraciones, ni los defectos, ni las cualidades de una raza, si no se ha familiarizado uno con sus niños, si no se ha asomado uno al alma en germinación de sus niños, si no ha sabido uno amarlos, comprenderlos y dirigirlos.

- IX -

La Universidad Popular de Madrid

A riesgo de apartarme, siquiera sea un ápice, del programa que esa Secretaría de su digno cargo se sirvió fijarme para que a él ajustase mis Informes mensuales, quiero hablarle en éste, correspondiente al mes de Mayo, que hoy fina, de una importantísima Institución libre de enseñanza, de vulgarización científica, existente en Madrid y que, aun cuando tiene semejantes en Europa y América, no sólo no ha imitado a ninguna de ellas, sino que reviste caracteres muy especiales.

Me refiero a la Universidad Popular de Madrid.

¿Qué clase de Institución es ésta?

En primer lugar diré que ni es obra de sectas, como las instituciones similares de Francia, ni vive en modo alguno de apoyo oficial, y ha sabido crear en Madrid el tipo de conferencia amistosa, de conversación familiar, encaminada a educar e instruir a las masas.

La Universidad Popular no se jacta por cierto de la originalidad que todos le reconocemos. Si, según las palabras de uno de sus organizadores, no está formada a la moda de ninguna parte, no es porque aspirase deliberadamente a singularizarse, sino porque la prisa que hubo por trabajar, por hacer, no dio tiempo a mirar los modelos que pudieran ser imitados.

No se ha pretendido singularizar la obra; se ha pretendido simplemente adaptarla a la índole del pueblo español. No se ha desdeñado la enseñanza de lo que se practica en otros países, pero, al desarrollar ese estudio, los fundadores llevaban ya por delante una considerable cantidad de labor y de observaciones propias y estuvieron por ello a cubierto de caer en lo demasiado exótico.

Por lo apuntado se viene fácilmente en conocimiento de la índole de esta obra educativa, y puede ya responderse a la pregunta hecha arriba:

¿Qué clase de institución es la Universidad Popular?

«La Universidad Popular -dice el artículo 1º de sus estatutos- es una institución que tiene por objeto realizar una obra de educación social, divulgando entre los elementos populares toda clase de conocimientos útiles por medio de conferencias, cursos, veladas, excursiones, visitas a museos y fábricas, publicaciones especiales, etc., etc».

La idea generadora de esta institución fue una idea de alta solidaridad, y su tendencia, según las palabras de los fundadores, la de aproximar a los que están distanciados y mantener unidos a los que se hallan en peligro de separarse. Su acción, pues, ha tenido que ser recíproca: llevando a los elementos populares los resultados más fácilmente asimilables del estudio ordenado que no han podido hacer por sí mismos, y recogiendo de ellos, en cambio, las enseñanzas valiosas que de modo tan pródigo da la realidad viva siempre que a ella se acude con ansia de aprender.

Añádase a esto el nobilísimo afán de sacudir la apatía ambiente, de destruir la ignorancia, de matar la intransigencia, y tendréis en obra a la Universidad Popular.

Para fundarla no se ha necesitado más que buena voluntad. A sostenerla contribuyen todos. No hay profesor, no hay artista, no hay hombre que pueda decir una palabra de bien, de progreso, de amor, de enseñanza, que no acepte gustoso la invitación que se le hace.

Como local, la Universidad Popular puede decirse que no tiene más que uno y que los tiene innumerables. Últimamente se ha instalado en la calle del Sacramento, número 4; pero va por todo Madrid difundiendo sus enseñanzas y sus beneficios. El nuevo domicilio en que se ha instalado tiene pocas y modestas habitaciones. En ellas no se ven más que mapas, carteles antialcohólicos y pizarras y muchos libros, casi todos obsequio de generosos donantes. Pero de aquel modesto refugio la Universidad Popular irradia poderosamente y poderosamente difunde una inmensa cantidad de bien.

La labor hecha por la Universidad Popular desde 1904 hasta la fecha ha sido enorme, como verá usted por las listas que acompañarán a este informe.

La norma adoptada desde el primer momento fue la de no limitarse a ofrecer, para que la aprovecharan los que quisieran ir en su busca, sino llevarla en primer término a los puntos de reunión habitual de los obreros y, en general, de todos los elementos a los cuales puede esta enseñanza convenir.

Las mujeres tienen su porción de cuidados, de cultura, de educación en la Universidad Popular, la cual ha dado clases especiales de instrucción primaria para señoritas.

Librodot

Oigamos lo que a este respecto nos cuenta don Antonio Gascón y Miramón, vocal de la Junta de gobierno de la Universidad:

«La Asociación general de modistas -dice este señor- se dirigió de oficio a la Universidad Popular rogando que se proporcionara a sus asociadas las enseñanzas de lectura, escritura, gramática y aritmética.

Nuestra Universidad creyó que no podía contestar con una negativa a esta demanda; pero considerando que por la índole de la nueva enseñanza pedida y de las alumnas que habrían de recibirla era precisa una organización especial, recabó el concurso de la Asociación para la enseñanza de la mujer, cuyas alumnas más adelantadas, en unión de algunos individuos del Profesorado de dicha Asociación, tomarían a su cargo la tarea, conservando siempre los profesores de la Universidad Popular cuanto se refiere a la organización y cuidado de la enseñanza. Con la ayuda ocasional de varios de nuestros compañeros, cuidaron especialmente de este servicio, y no faltaron ni un solo día los señores don Constancio Bernaldo de Quirós y don Guillermo Beeluire».

Las clases se dieron por la noche, tres veces a la semana, y los resultados fueron verdaderamente alentadores.

Una de las tareas más simpáticas de la Universidad Popular es la de las visitas a los Museos.

Yo he presenciado casualmente algunas, pues son muy frecuentes, y he quedado encantado de la diafanidad, del espíritu claro y sintético con que se dan las explicaciones.

Estas visitas han sido frecuentes; fijándonos en el año de 1905, tenemos que solamente del 15 de enero al 9 de julio se hicieron a los Museos del Prado, de Arte Contemporáneo, de Reproducciones, Arqueológico y de Ciencias Naturales, veintiuna visitas en otros tantos domingos.

Cada profesor tuvo a su cargo un grupo de 12 a 20 alumnos. Los primeros grupos se formaron con los asistentes a las conferencias dadas en el Centro de Sociedades Obreras, después se formaron otros en la Asociación general de Dependientes de Comercio y en la de Modistas y ya avanzado el curso, la Sociedad El Fomento de las Artes formó un grupo más, del que se encargó uno de los profesores de la Universidad Popular.

Los alumnos matriculados pasaron de 250. Los que asistieron en cada día fueron de 80 a 18. Los 16 profesores que se encargaron de este trabajo dieron nada menos que ciento treinta y cuatro lecciones!

El público de la Universidad Popular es, por todo extremo, interesante. Veréis allí desde el sexagenario hasta el niño; veréis a los dos sexos representados por sus más humildes individuos; veréis el amor, la devoción, la sostenida quietud y atención con que todo el mundo oye las lecciones que le dan, la puntualidad con que todo el mundo acude a oírlas.

Este espectáculo constituye sin duda la mejor recompensa, el mejor estímulo para las nobles energías que en la Universidad Popular laboran.

No quiero concluir este informe sin dar el último resumen de trabajos hechos, a saber, el efectuado en el curso de 1905-1906, advirtiendo que si no doy el de los trabajos completos, desde la fundación de la Universidad, es porque no bastarían para ello muchas páginas.

Ojalá que este resumen determine, en las diversas instituciones docentes de nuestro México, el movimiento de simpatía hacia la Universidad Popular de Madrid, a que las nobilísimas tareas de ésta le dan derecho.

CURSO DE 1905 A 1906 Resumen de los trabajos hechos en este curso hasta el día 22 de abril inclusive.

- Conferencias y lecciones diversas 148
»con proyecciones..... 14
»con ejemplos musicales 26
- Audiciones musicales 25
- Curso de Economía, lecciones 12
»de Geografía, lecciones 6
- Lecciones en los Museos 121
»en el estudio del señor Sorolla 2
- Clases a las obreras 139
- Conferencias sobre Higiene
bucal en las Escuelas Municipales..... 19
- TOTAL 512

Los Centros en que ha trabajado este año la Universidad Popular, son:
Centro de Sociedades Obreras. Relatores, 24.
Centro de Sociedades de Dependientes de Comercio. Costanilla de los Ángeles, 1, 2.º
Centro Obrero Societario. Costanilla de los Ángeles, 1, 1.º
Centro de Pintores Decoradores. Horno de la Mata, 7, 2.º
Centro Instructivo de obreros republicanos del distrito de la Inclusa. Abades, 20.
Centro Instructivo de obreros republicanos del distrito de la Latina. Ruda, 21.
El Fomento de las Artes. San Lorenzo, 13.
El curso de Economía se ha dado en el Centro de Sociedades de Dependientes de Comercio. El de Geografía se da en un local del Ateneo, los domingos por la mañana.

***

En la semana próxima comenzarán los trabajos en los centros siguientes:
Centro Instructivo de obreros republicanos del distrito de Buenavista. Núñez de Balboa, 23.
«La Única.» Sociedad de los gremios de comestibles unidos. Pontejos, 1.
Cinco centros de obreros católicos.
Poco después se inaugurará la tarea en el Centro Instructivo de obreros republicanos del distrito de Palacio. Reyes, 19.
Constructores de carruajes. Relatores, 24.
Sordo-mundos. Luzón, 4.
Centro Instructivo y Protector de ciegos. Barbieri, 21

***

Como he dicho, la Universidad Popular ha arrendado hace días un modestísimo local en la calle del Sacramento, número 4. Esto la permitirá centralizar su labor y montar algunas enseñanzas sistematiza das, sin perjuicio de continuar, como hasta ahora, sus demás trabajos.
Queda abierta la matrícula enteramente libre y gratuita para los cursos siguientes:

Geografía.

Historia de España.
Aritmética.
Geometría.
Física.
Antropología.
Higiene popular.
Legislación social.
Derecho político.
Derecho mercantil.
Solfeo.

Los cursos serán, por ahora, de una a dos lecciones semanales, según los casos. Las clases se darán n las últimas horas de la tarde y por la noche hasta las once, comenzando en los primeros días de Mayo.

- X -

Los estudios histórico-literarios en España. -La poesía. -La novela histórica. -Literatura anecdótica. -Cultivo entusiasta de un noble género

Es admirable cómo de pocos años a esta parte, la literatura histórica, esa flor y nata de la prosa didáctica, ha florecido en España.

¿Será que la nación, amargada un tanto por sus recientes desventuras, se vuelve hacia su glorioso pasado en demanda de consuelos? No lo creo.

Más bien pienso que esta moda francesa de las monografías, esta boga de la historia anecdótica, de la reconstrucción y resurrección de épocas más o menos olvidadas, ha acabado de pasar los Pirineos y ha hallado en España un medio ambiente propicio.

Yo me explico perfectamente, por lo demás, ese novísimo y entusiasta cultivo de la historia, aquí donde es historia todo, donde las piedras hablan a quienes saben interrogarlas, donde cada florecita del camino, cada jaramago, cada cardo, podrían decirnos al oído cosas muy bellas y muy hondas.

El venero es tan rico, tan opulenta la veta, que todo el mundo va dejándose tentar y ya casi no hay autor que no emprenda uno de esos libros de historia amena que tanto enseñan sonriendo, que por sus dimensiones y por su estilo nos invitan poderosamente a leerlos, y que son como guías literarias y admirablemente documentadas para viajar por este mundo de recuerdos.

Los españoles han sido siempre historiadores. Tantas cosas han visto en esa su secular época, de conquista, de colonización, de dominio casi universal, que no han resistido al natural impulso de contarlas.

Y así se vio en otros siglos, especialmente en el XVI y XVII, a esos soldados y a esos frailes que al propio tiempo que guerreaban o evangelizaban, iban historiando lo que veían, en verso, como don Alonso de Ercilla en su *Araucana*, o en prosa, como don Diego Hurtado de Mendoza, Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*, el capitán Bernal Díaz del Castillo, don Francisco de Xerez, don Gonzalo de Hernández

de Oviedo, Garcilaso de la Vega, ¡qué más!, el mismísimo Carlos V en sus comentarios, por desgracia perdidos.

Pero todos los prosadores históricos de la época clásica hacían sus relaciones harto mazacotudas, vertebradas con enormes períodos, y construidas con esa penosa sintaxis de los expresados siglos XVI y XVII, y tanta paciencia se necesita ahora, dentro del vértigo de la vida moderna, para leer a un Gonzalo de Illescas como a un Luis del Mármol Carvajal, a un Zurita, a un Bernardino de Mendoza, a un Mariana, etcétera.

Por lo que ve a los *Cronicones* de los siglos XIII, XIV y XV, así como a los poemas de aquel tiempo, difícil es que hayan abundado en país alguno como en España, y muchos de ellos son aún donosos y entretenidos, así como las historias de principios del siglo XVI.

¿Quién no lee con gran interés, por ejemplo, la terrible crónica de don Pedro I de Castilla, apellidado el Cruel... o el justiciero, como otros dicen, cuyo autor es el canciller don Pedro López de Ayala? No menos solazosa es la *Crónica de Don Enrique Cuarto*, por don Diego Enriques del Castillo, y la de los *Reyes Católicos*, por Hernando del Pulgar.

Menos abundante fue la novela histórica, cuyo prestigio es hoy tan grande entre los que leen. Sin embargo, allí está Ginés Pérez de Hita, que aún se deja leer con encanto. Este género, en los tiempos modernos, degeneró en España. A ejemplo de Dumas padre, en sus divertidas pero absurdas novelas históricas, aquí se prostituyó el género sin pudor alguno.

En los más discretos escritores influyó Walter Scott, al cual se imitaba furiosamente, y así llegó a las veces a adecentarse la novela histórica a principios del siglo pasado. Baste recordar las obras de Trueba y Cosío; el admirable libro del gran Larra: *El doncel de Don Enrique el Doliente*; *Doña Isabel de Solís*, de Martínez de la Rosa, y el *Moro Expósito*, del duque de Rivas, que, como dice Antonio Cortón, no es, en suma, más que una novela en verso.

Hasta Espronceda, con su desmadejado *Sancho Saldaña*, se lanzó por los vericuetos de la novela histórica.

El género decayó, sin embargo, después; pasó la moda y bueno es que haya pasado, porque no tenían aquellos escritores el concepto exacto de lo que este género literario debe ser, ni esa disciplina, esa fidelidad, esa exactitud que hoy se muestra en la reconstrucción del paisaje histórico.

En la segunda mitad del siglo XIX empezó a ver el público español hombres de talla, de instrucción muy vasta, de criterio muy amplio, ocuparse con verdadera devoción en asuntos históricos.

Don Antonio Cánovas del Castillo, a pesar de su vasta y agitada labor política, se dio a la historia con verdadero amor, y hay que confesar que su estilo se acerca ya a esta novísima forma de la literatura histórica que hoy priva en España.

En sus páginas sobre «La casa de Austria en España», hay retratos admirables, entre ellos el sereno y grave de Felipe II, depurado de tanta tontería como se ha dicho de este rey. De don Marcelino Menéndez Pelayo, como historiador, ¿qué diré que no sea conocido de todo el mundo? Diré mi opinión, diré que me resulta ameno, a pesar de su excesiva erudición, y que si fuera dable fundir en uno a Azorín, por ejemplo, con su extraordinaria amenidad, con su exquisita comprensión de las cosas, y a don Marcelino con su saber, y dedicar a ese compuesto humano a escribir monografías históricas, o novelas, o libros de reconstrucción, éstos serían preciosos por todos conceptos.

Pero me he acercado insensiblemente a los días actuales y fuerza es justificar lo que decía al principio, de ese florecimiento de los estudios históricos que aquí se advierte, ya sea en sus más

Librodot

severas formas, ya en esas más sugestivas, más insinuantes y por ende más populares del libro especial, ameno, anecdótico, que se concreta a estudiar tal o cual figura, tal o cual fecha, tal o cual suceso, con abundancia, pero sin congestión de noticias y de datos. Tal clase de obras, de pocos años a esta parte, ha aumentado en extraordinarias proporciones y, en la imposibilidad de hablar de todos los autores y todos los libros, enumeraré, sí, algunos, muchos, para que se vea el furor de que esta literatura disfruta.

Empezaré por Pérez de Guzmán, el académico de la Historia, el cual por cierto quiere mucho a los americanos, ha estudiado a fondo nuestra vida colonial, y se ha leído a cuanto poeta ha habido a las manos, desde Francisco de Terrazas, hasta... Rubén Darío.

Pérez de Guzmán es amenísimo. Su literatura histórica se informa admirablemente en el documento, pero huye de la nota nimia y pesada.

Sus estudios, sus trabajos, son de una noble limpidez y de una admirable imparcialidad. Él es quien, por amor a la verdad, ha sabido mostrarnos la simpática, la dignísima figura de don Fernando V de Aragón en su verdadera luz, combatiendo a todos aquellos que injustamente han pretendido atribuir el mérito total de la política de su tiempo al cardenal Cisneros, supeditando al sagaz, al prudente, al sabio, al diplomático esposo de la gran Isabela.

El ha sido asimismo quien ha roto lanzas por esa pobre, prosaica y calumniada Doña Mariana de Austria.

De don Benito Pérez Galdós no diré más sino que en sus *Episodios Nacionales* cada día hay menor dosis de novela y mayor dosis de historia.

El próximo episodio versará sobre Prim.

Esa figura luminosa y caballeresca aparecerá dentro de un marco rigurosamente histórico.

Al principio, el eminente autor pensó en mover a su héroe en México, primeramente; revivir de nuevo con su poderoso espíritu, que todo sabe animarlo, aquella aventura con que un hombre, envainando su espada, supo ganarse más gloria, más veneración y amor que si ella hubiese continuado siendo el instrumento de las más resplandecientes victorias.

Pero luego, la misma escrupulosidad de don Benito, su amor mismo a la verdad, han hecho que no se decida a describir aquel escenario nuestro, aquella nuestra vida; porque teme no describirlos bien, recela que por las arterias de sus personajes no corra la sangre; teme no encontrar la cantidad de documentos y la calidad de los mismos que necesita, y estos sus nobles escrúpulos harán que el héroe se mueva sólo dentro del escenario europeo yque Galdós, al hablar de los movimientos que en México precedieron a la Intervención y al Imperio, se refiera más bien a aquellos personajes mexicanos que anduvieron por Europa y que más o menos influyeron acá en las Cortes, siendo coautores en la lastimosa aventura que acabó con la muerte de Maximiliano.

Don Antonio Rodríguez Villa escribió hace poco tiempo un interesantísimo libro: *La Reina Doña Juana la Loca*, libro que me he leído con verdadero deleite. Rodríguez Villa es un hombre laboriosísimo y ha vaciado en esas páginas todo el archivo de Simancas.

La larga y angustiosa vida de la que fue hija de la reina más grande de España y madre del Emperador más ilustre de la historia moderna está allí detallada día por día. El documento la sigue paso a paso, desde su infancia hasta su matrimonio con don Felipe, durante su larga estancia en Flandes, en su regreso a Castilla, su viudez, y, por último, en ese casi medio siglo de soledad y pasión en Tordesillas, en el viejo palacio donde murió.

Quizá precisamente de lo que peca este libro es de exceso de documentación. Rodríguez Villa apenas si habla en él: deja que el documento nos lo refiera todo, y todo nos lo refiere el documento con una ingenuidad, con un color, con una vivacidad admirables. Sólo que esas largas

tiradas de citas asustan al lector poco dado a estudios, y son, por lo tanto, poco eficaces para la vulgarización de la Historia. Para mí, las tales citas han sido un verdadero regalo, por lo que dejan transparentar de todo el reinado de los Reyes Católicos, de la vida castellana en las postrimerías del siglo XV y comienzos del siglo XVI; pero es claro que al común de los lectores hay que tratarlos con más suavidad, a fin de que lean y se instruyan.

Como los trata, por ejemplo, el erudito y amenísimo padre Coloma. Se recordará que este ilustrado jesuita empezó por escribir encantadoras narraciones para los niños, en las cuales había ya sus asomos de Historia.

Dedicóse después a obras de mayor aliento, y publicó aquellas famosas *Pequeñeces* que tanto escándalo armaron en España, y en las que con colores tan vivos pintaba a la aristocracia madrileña.

A Pequeñeces siguió Boy, que empezó a publicarse en el *Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, de Bilbao, y que se suspendió de la noche a la mañana. ¿Por qué? Quizás la Compañía de Jesús, siempre avisada y prudente, halló que las novelas del padre Coloma removían demasiado la curiosidad pública. Ello es que Boy no continuó y que, después de algún tiempo, el padre Coloma se nos mostró en un nuevo avatar: el de historiador.

Su primer libro de estudios históricos fue el intitulado *Retratos de antaño*, escrito a instigación de la duquesa de Villa Hermosa, y que se refería a antepasados de esta excelsa dama, nada menos que de don Martín de Aragón, que era de origen real, y la cual que siempre protegió las artes y las letras, dando claras muestras de su desprendimiento y de su amor a España con el precioso regalo de dos Velázquez al Museo del Prado, por lo cual los yanquis le ofrecían una fortuna. A los *Retratos de antaño*, que se referían especialmente a la que fue llamada La Santa Duquesa, y que si he de decir la verdad eran un poquito secos, un si es no es adustos y asaz repletos de erudición, siguió un libro de éstos que llamo yo de historia anecdótica, una amabilísima monografía, *La Reina mártir*, estudio muy completo sobre María Estuardo. Es claro que impera en esas páginas un criterio especial, que están escritas con un determinado fin y que no es tal criterio precisamente el que la Historia acepta con respecto a la infortunada Reina de Escocia. Pero en cambio, la soltura y claridad del estilo, la gracia y primor del colorido, el interés inmediato e intenso que esas páginas despiertan, hace de *La Reina mártir* una lectura que difícilmente se olvida.

Ningún reposo se dio después de este bello libro el padre Coloma, y el año pasado publicó el primer volumen de una obra de más aliento, cuya edición quedará completa en el año actual. Trátase de Jeromín, o sea la vida de don Juan de Austria.

He leído ese primer volumen a que me refiero y confieso que me ha encantado.

El padre Coloma afirma en él sus cualidades de historiador sugestivo, erudito sin indigestión, insinuante, pintoresco. Esta historia de don Juan de Austria, como otras muchas historias ciertas, prueba que nada hay más novelesco que la realidad y que a veces, como dicen los franceses, la verdad es inverosímil. Qué admirable, qué raro y brillante destino el de ese Jeromín, cuya primera infancia transcurrió en Leganés, en las cenagosas callejas en que con palurdillos de su edad jugaba a la ballesta; que ignoraba de dónde venía y adónde iba, y que un día de golpe y porrazo se encuentra con Felipe II, quien le dice nada menos que estas palabras, en presencia de Luis Guijada, tutor disimulado del arrapiezo, y del gran duque de Alba:

-Y a todo esto, señor labradorcillo, no me habéis dicho aún vuestro nombre.

-Jerónimo -respondió el muchacho.

-Gran santo fue; pero preciso será mudároslo... ¿Sabéis quién fue vuestro padre?

Enrojeció Jeromín hasta el blanco de los ojos y alzólos hacia el Rey, entre llorosos e indignados, porque le pareció afrenta no tener respuesta que darle. Mas conmovido entonces Don Felipe, púsole una mano en el hombro, y con sencilla majestad le dijo:

-Pues buen ánimo, niño mío, que yo he de decíroslo... El Emperador, mi señor y padre, lo fue también vuestro, y por eso yo os reconozco y amo como a hermano.

En esto de vidas que por lo maravillosas eclipsan a la novela mejor urdida, y que son y serán siempre admirable asunto para esa literatura histórica de que vengo hablando, no anda por cierto escasa la época moderna. Allí tenéis a la Emperatriz Eugenia, pasando del relativo bienestar de una existencia decorosa al primer trono del mundo y paseando en triunfo por París. Y allí tenéis también, para no ir muy lejos, a aquella guapa Pepita nuestra, que casada con Bazaine pasó de una población del Estado de Veracruz, primero al Palacio de México y luego al de las Tullerías y que acaso no estuvo muy lejos, si la aventura del Mariscal cuaja, de escalar el trono de Francia.

El incomparable Navarro Ledesma también hizo como ninguno, debiéramos decir, historia anecdótica.

Ese hombre, que poseía de un modo insuperable el idioma, que conocía tan a fondo la historia de su país, que había logrado hacerse un estilo tan puro y amable, tenía que descollar, como descolló, en tal género literario.

Su Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra es, sencillamente, una obra maestra; más que todos los elogios que de ella pudiese yo hacer, y que alargarían yo sé hasta dónde este Informe, está su lectura. Leed esa paciente, esa opulenta y nobilísima obra; es lo mejor que podréis hacer.

Navarro Ledesma, en sus últimos días, había hecho con verdadera veneración un viaje por Castilla la Vieja, un piadoso viaje por los caminos del Cid, y «marchó Navarro Ledesma -dice Enrique de Mesa en una página que dedica al maestro muerto en flor- a recorrer el viejo solar de Castilla. En substancia de su pluma con castizos jugos, templado su espíritu en puras, españolas fuentes, forjado su estilo en castellano yunque, ¿quién mejor que él podría arrancar a las llanuras ásperas, a las renegridas piedras y a los soleados muros de las ciudades muertas sus recuerdos históricos y sus fábulas legendarias?».

«Visitó el maestro el lugar de las campañas de Fernán González, el sitio de la tragedia de los Infantes, y en la tierra por él amada sintió el último de los dolores de su vida, que le llevó a la muerte».

Qué libro tan hermoso, qué bella reconstrucción, qué resurrección portentosa de un *Cid* o de un *Alvar Fañas de Minaya* hubiera salido de ese viaje! Pero la muerte, áspera y diligente, arrebató al sembrador en pleno esfuerzo... y el libro fuese con él a la tumba...

Don Julio Nombela, editor de la *Ultima Moda*, ha decidido asimismo editar una serie de obras históricas que se referirán a autores célebres.

Esta colección, según las palabras del editor, «tiene por objeto contribuir a la cultura de todas las clases sociales, reuniendo en un sólo volumen y en el más reducido espacio posible los más interesantes detalles de la vida de los autores nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, de universal celebridad, la completa reseña de sus obras y los fragmentos de ellas que mejor caractericen su peculiar estilo y pongan de relieve sus cualidades personales». En la época actual, añade el editor, «es indispensable poseer una ilustración general y sólida, que no permite adquirir fácilmente la vertiginosa rapidez con que se vive. Los libros que ofrecemos aspiran a satisfacer en breve tiempo y a poca costa esta necesidad intelectual, etcétera».

La verdad es que estas líneas que he citado no han sido simples retóricas de reclamo ni palabras al viento: el primer libro de la serie, el *Espronceda*, de don Antonio Cortón, cumple con tan buenos propósitos y, con justicia, ha merecido el unánime sufragio de la Prensa. La vida del poeta, depurada de mentiras líricas y de injustas leyendas, aparece diáfana en esas páginas en las cuales se respira el ambiente de los comienzos del siglo XIX.

Cortón no adula al poeta, no procura embellecerlo, con todo y que se ve a las claras cuánto lo ama. El Espronceda de su libro es el verdadero, con todas sus miserias y todas sus bellezas, y así la figura adquiere un relieve definitivo y tanto más noble cuanto más verdadero.

Citaré, para concluir, porque no puedo menos, dadas ya las exageradas proporciones de este modesto trabajo, las siguientes obras:

Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza, por Alfonso Danvila.

Suizo de Molina, por Blanca de los Ríos.

El Arcipreste de Hita, por Julio Puyol y Alonso. (Este estudio crítico es muy importante).

Alarcón, por Luis Fernández Guerra. Refiérese este libro a nuestro glorioso don Juan Ruiz de Alarcón, y nos cuenta su vida y sus trabajos en España, diciéndonos todo lo que puede interesar al lector; cuanta anécdota se ha podido recoger sobre el graso poeta, su situación con respecto de sus contemporáneos: sus rivalidades con Lope, etc., etc.

Los precursores españoles de Bacon y de Descartes, por don Eloy Bullón.

Cómo se defendían los españoles del siglo XVI, por F. de la Iglesia.

Origen filológico del Romance Castellano, por don Manuel Rodríguez y Rodríguez.

También pertenecen a la literatura histórica versos, como los que con el título de *Leyenda* ha coleccionado don Antonio de Zayas, y que retratan a innumerables glorias españolas con un hábil rasgo, en su medio ambiente especial.

Y, por último, en la nueva colección popular intitulada *Oro Viejo y Oro Nuevo*, se han reimpreso los principales romances históricos del duque de Rivas.

No creo necesario citar más, aunque me vienen innumerables nombres a la memoria, para justificar lo que al principio de mi informe decía de este reflorecimiento, de esta abundancia de estudios históricos de todos los géneros, que muestran una corriente muy simpática, un rumbo muy loable, una orientación muy noble de la mentalidad española actual.

- XI -

Programas, horarios y métodos seguidos en Francia para la enseñanza de la lengua nacional

Señor:

Aprovechando mi permanencia do algunos días en Francia y la amabilidad de nuestro ministro el señor Mier, quien se sirvió recomendarme con las personas que podían ayudarme en mi cometido, he visitado, en ejercicio de la comisión con que se sirvió usted honrarme y que consiste en estudiar en los países extranjeros los métodos, programas de enseñanza, textos, innovaciones y adelantos relativos a las clases de Lengua Nacional de cada uno de esos países y de su literatura propia; he visitado, digo, algunos liceos y colegios y procurado darme cuenta de los métodos que siguen para la enseñanza del francés y del resultado de estos métodos.

Desde luego me he fijado en la graduación que aquí se hace de los estudios, en general; en la división de los cursos y en los programas relativos a ello, y he formado el siguiente pequeño cuadro que los sintetiza y resume:

1.º Enseñanza materna.
2.º Clase infantil.
3.º Enseñanza primaria propiamente dicha.

Por lo que ve a la enseñanza maternal, a la que el gran Froebel dio una importa que pudiéramos llamar meticulosa y en la que basó todo su noble edificio pedagógico, no me parece que pueda compararse aún en Francia a la americana, por ejemplo, que ha sabido transplantar y robustecer todos los métodos alemanes con loable rapidez y con notables resultados.

Quizá éste, que pudiéramos llamar profesorado nimio y metódico de la madre, que norma y guía cada movimiento de su hijo hacia un fin perfectamente definido, convirtiendo en un pretexto de educación cada detalle de la vida exterior, no cuadra con la índole de nuestras madres latinas, cuya dulce misión más está entretejida de besos que de enseñanzas.

Por lo que ve a lo que aquí se llama clase *Enfantine* y que entiendo que corresponde a nuestros jardines de niños, se nota en Francia algo muy digno de ella: el vivo deseo de aprender de los anglo-sajones, lo que constituye una de sus más nobles preseas en asunto educativo, y es cada día más notable el mejoramiento del material escolar, por ejemplo, y cada día se impone más a los espíritus esta idea madre de la educación americana e inglesa: todo para el niño. Hagamos del niño desde su más tierna edad un ser consciente de sus deberes y de sus derechos. Démosle lo más pronto posible lo que los americanos llaman con una frase muy atinada y típica el control de sí mismo: *the self control*; coloquémosle en su verdadero lugar con relación a todas las cosas, para que la perspectiva de ellas nunca lo engañe, y hagamos por medio de útiles escolares, sabiamente construidos y combinados, que se forme un concepto sintético del mundo que le rodea y de la manera de utilizarlo.

Creo, no sé por qué, que los maravillosos triunfos del Japón, que el inopinado movimiento con que éste se ha impuesto al mundo, que, sobre todo, el tino inmenso con que ha sabido aprovechar las enseñanzas del exterior, han conmovido a Francia, mejor que tantos libros, y la han hecho salir de sí misma y buscar en el extranjero comparaciones muy útiles e insinuaciones muy saludables.

Por más que cierta clase de periódicos, con un lamentable jacobinismo, tiende a engañar a la nación con respecto al valor intelectual de los otros pueblos, y ahora especialmente con respecto al enemigo de su aliada la Rusia, otros periódicos, con celo digno de todo elogio, quitan de sus ojos las vendas y le dicen palabras como estas de Ludovico Naudeau: «¿Por qué Inglaterra supo hace algunos años que podía, sin temor de fracaso, aliarse con el Japón? ¿Por qué los Estados Unidos observan desde hace mucho tiempo una actitud deferente respecto del pueblo nipón? Porque esas dos naciones han sido informadas, advertidas por sus innumerables viajeros, porque sus concienzudos escritores sabían ya que el Japón se había convertido en una gran potencia en una época en que otros pueblos menos clarividentes, o quizá menos documentados, se complacían aún en sarcasmos y burlas que no eran más que la manifestación de su ignorancia...

Por un viajero francés en el Japón circulan dos o tres mil viajeros anglo-americanos. Por un libro escrito sobre el Japón en lengua francesa, aparecen veinte en lengua inglesa. En los registros de los hoteles, a cada instante se ven nombres célebres de todo Londres o de todo Nueva York.

Librodot

Pero ¿dónde están los nombres franceses? No los veo. Francia, sin embargo, es el país en que hay más rentistas.

¿Qué hacen los ricos franceses? ¿Por qué se resignan a ser nulos?

Cuando el Universo se abre a ellos, ellos se desecan en su pequeña patria provincial. ¡Ay! Francia entera se ha vuelto una pequeña patria, y el mundo terrestre no es tan vasto como lo creen los sedentarios. Señores ricos de Francia, los navíos os esperan.»

- Ludovic Naudeau. *Le Journal*, 12 de agosto».

La anterior cita, que a primera vista parecería improcedente, no lo es, en modo alguno, si se considera que confirma lo que indicaba arriba respecto del naciente, pero vigorosísimo, deseo que hay ya en este país tan grande, tan bello y tan noble, de aprender franca y resueltamente lo que ignora, de salir de sí mismo, de asimilarse lo mejor de otros países y de ejercer así de nuevo en el mundo ese divino apostolado intelectual que le conquistó el nombre de madre y maestra latina.

No hace muchos años aún, requisitorias del linaje de la de Naudeau hubieran sido muy mal recibidas. Hoy, aquí, abundan los que las pronuncian y más aún los que las escuchan y meditan.

En el terreno de la Instrucción pública, que es el que nos atañe y nos interesa por ahora, se advierte todavía más que en otros este nobilísimo deseo de expansión y de comparaciones. Basta ver, en la carta que el ministro de Instrucción pública dirigió, por ejemplo, en enero de 1902 al Presidente de la Comisión de Enseñanza de la Cámara de Diputados con motivo de los nuevos programas, las frecuentes alusiones a los métodos de enseñanza más fructíferos del extranjero y a lo que de ellos es aplicable a Francia.

Es proverbial la frase aquella de que en 1870 no fueron los cañones, sino los maestros de escuela de Alemania, los que triunfaron. Francia ya puede decir ahora que tiene maestros de escuela en toda la amplísima y dignísima significación de la palabra.

Pero vengamos a la enseñanza del francés.

En lo que aquí se llama *classes Enfantines*, la enseñanza de la lengua se hace: 1.º Por medio de Ejercicios orales, a saber: preguntas muy familiares que tengan por objeto enseñar a los niños con claridad y corrección los defectos de pronunciación.

Ejercicios muy sencillos de lenguaje: vocabulario y frases breves.

Ejercicios de memoria: recitación de poesías muy sencillas y fáciles, siempre explicadas en clase previamente.

2.º Ejercicios escritos, que consisten: en copiar textos breves, previamente explicados, y que preparen para el estudio de la ortografía.

En escribir al dictado textos del mismo género.

3.º En lecturas, muy breves, hechas en clase y contadas luego por los niños.

Como se ve, estos procedimientos son análogos del todo a los propuestos en diversas ocasiones en México por los programas de Lengua Nacional.

En la división de dos años, que aquí se llaman preparatorios, la repartición de horas beneficia singularmente al francés, pues que a él se le consagran nueve horas semanarias de clases.

El programa que se sigue es éste:

Lectura, acompañada de una corta explicación del sentido de las palabras más difíciles. Colección elemental de trozos escogidos.

Los trozos escogidos son obligatorios en la división preparatoria.

Los hay, como todos sabemos, en Francia en una proporción enorme. Yo conozco más de veinte volúmenes y casi todos bien arreglados, de suerte que experimentamos, con respecto a

Librodot

ellos, lo que aquí se llama *l'embarras du choix*. Para hacer su lectura más interesante, los autores modernos empiezan a preocuparse sobre todo -y éstas son desde hace tiempo por cierto las ideas de usted, señor ministro, sobre el particular- de que cada lecturita constituya un *ensemble*, si he de usar la palabra extranjera; un todo y no un fragmento desmadejado que no puede tener interés alguno para el niño.

Así, pues, búscanse especialmente los cuentos, las anécdotas, los pequeños discursos (la mies aquí es vasta y muchos los operarios), y cuando hay que tomar algo de carácter fragmentario, porque el autor clásico o moderno en cuya obra se espiga no tiene nada pequeño y adecuado, entonces el fragmento es, casi siempre y merced a una atinadísima elección, tan bien hallado, que se desprende y destaca perfectamente en la crestomatía y despierta el buscado interés del niño.

Pero sigo mi enumeración:

Lengua francesa - Primeras nociones sobre las diferentes especies de palabras: nombre, artículo, adjetivo, verbo.

Primeros elementos de la conjugación: verbo *être*, verbo *avoir*.

Verbos regulares (la voz activa solamente). La pasiva tiene modalidades que suponen para su comprensión ideas un poquito más avanzadas. Formación del femenino y del plural, con una breve explicación, repetida lo más posible, de la índole del idioma acerca de esa formación.

Concordancia del adjetivo con el nombre y del verbo con el sujeto.

Análisis: reducido a sus formas más simples.

Naturaleza de las palabras: género, número. Relaciones del adjetivo con el nombre, determinado o calificado sujeto del verbo.

Ejercicios de análisis, generalmente orales y algunas veces escritos.

Ejercicios orales - Preguntas y explicaciones a propósito de los diversos ejercicios de la clase.

Interrogación sobre el sentido, el empleo, la ortografía de las palabras que hay en el texto que se ha leído. Deletreo de las palabras difíciles.

Reproducción oral de pequeñas frases leídas y explicadas y luego de narraciones o de fragmentos leídos por el profesor.

Ejercicios de memoria - Recitación de poesías de índole muy sencilla, siempre explicadas previamente en clase (sentido de las palabras y de las frases).

Ejercicios escritos - Ejercicios graduados de ortografía (en el pizarrón o en los cuadernos).

Dictados de poca extensión, previamente leídos y explicados y que ofrecen un sentido completo e interesante.

Llamar la atención de los niños sobre la puntuación. Nada más que llamarles la atención, pues esto de la puntuación constituye algo de lo más hondo y difícil de lo que pudiéramos llamar la psicología del lenguaje y del estilo.

En el llamado «segundo año preparatorio» se dedican a la enseñanza de la lengua siete horas semanarias.

La distribución de trabajos es como sigue:

Lectura: el mismo programa que en el primer año preparatorio.

Colección elemental de trozos escogidos.

Lengua francesa: nociones sobre las diferentes especies de palabras:

nombre, artículo, adjetivo, pronombre, adverbio, verbo, conjugación completa de los verbos regulares (voz activa).

Reglas de concordancia, las más sencillas; naturaleza de las palabras: género, número, personal tiempo, modo.

Librodot

Idea de la proposición: simple análisis de sus elementos esenciales:
sujeto, verbo, complemento del verbo (directo o indirecto).
Atributo del sujeto.
Ejercicios de análisis, las más veces orales y algunas veces escritos.
Ejercicios orales - El programa mismo del primer año preparatorio.
Ejercicios de memoria: el mismo programa que en el primer año preparatorio.
El profesor podrá hacer que sus discípulos aprendan de memoria trozos dictados, previamente leídos y explicados en clase.
Ejercicios escritos:
El mismo programa que en el primer año preparatorio.
Pequeños ejercicios de la lengua francesa.
Composición de pequeñas frases con elementos determinados.
He aquí algunos ejemplos de ejercicios que es necesario variar:
Distinguir los nombres de los adjetivos, verbos, etcétera., empleados en frases dichas por el profesor, escritas en el pizarrón o tomadas de un texto. Cambiar en una narración el tiempo de los verbos. Cambiar la persona. Ejercitar a los discípulos en encontrar, o si es posible en clasificar, cierto número de nombres, de adjetivos, de verbos, que se relacionen con un determinado orden de ideas. Explicación del sentido de los adjetivos que se dicten. Iniciar el empleo de nombres abstractos.

He aquí, señor, lo que constituye la enseñanza primaria de la Lengua en Francia, enseñanza eminentemente práctica y nutrida que ya no se encontrará tan extensa y prolijamente en los años secundarios. Los dos años preparatorios de que acabo de hablar no deben confundirse, naturalmente, a pesar de su denominación, con lo que nosotros llamamos enseñanza preparatoria; pues corresponden en absoluto, como se ve, a la primera enseñanza. Constituyen, sí, una preparación sólida y vasta para la enseñanza secundaria, que consta de dos ciclos: el primero de una duración de cuatro años; el segundo de, una duración de tres, y que sí corresponde a nuestra enseñanza preparatoria.

De estos dos cielos y de todos los detalles de la enseñanza secundaria hablaré en mi próximo informe, añadiendo algunas observaciones y apreciaciones personales.

Protesto a usted mi profundo respeto y mi alta consideración.

París, Agosto 16 de 1905.

- XII -

La enseñanza de la lengua y de la literatura en Francia.

En mi anterior informe tuve el honor de hablar a usted acerca de los programas, horarios, métodos, etcétera, que se siguen en Francia para la enseñanza de la Lengua, y de comentar y glosar lo que me pareció digno de comento y de glosa.

Voy a hablar a usted de los mismos detalles referentes a lo que en aquella nación se llama enseñanza secundaria siquiera sea someramente; pues me urge en posteriores comunicaciones informarle con respecto a muchas cosas que se refieren a la comisión que tuvo usted a bien

confiarme, sobre todo en lo que ve a la enseñanza de la Literatura; pues confieso a usted que la materia es fértil por demás.

La enseñanza secundaria está constituida por un curso de estudios de una duración de siete años, y comprende dos ciclos: uno de una duración de cuatro años; el otro de una duración de tres años.

En b que se llama el primer ciclo, los alumnos -y esto obedece a nuevos arreglos, hijos de nuevas ideas pedagógicas- pueden escoger entre dos secciones.

En una se enseña, independientemente de las materias comunes a las dos secciones, el latín, a título obligatorio, desde el primer año, y el griego *ad libitum* a partir del tercer año.

En el otro, que no incluye ni la enseñanza del latín ni la del griego, se da más desarrollo a la enseñanza del francés y de otros ramos.

En el primer año de la enseñanza secundaria, correspondiente al primer cielo, que consta de cuatro años (el segundo ciclo consta de tres), la enseñanza del idioma francés se hace de la siguiente manera:

División A.

(Es decir, la que supone al par que la enseñanza del francés la del latín y del griego, y en la que consagran al francés sólo tres horas semanarias.).

Lectura, explicación y recitación de autores franceses, gramática francesa, estudio de la sintaxis.

Ejercicios de lengua francesa y de ortografía.

Pequeños ejercicios orales y escritos de composición.

Por lo que ve a las reglas se enseñan, sobre todo, por el uso. El profesor no debe dejar pasar inadvertida ocasión alguna de hacer que los discípulos las apliquen instintivamente. Unirá, pues, su enseñanza a los ejemplos que proporciona el lenguaje hablado lo escrito.

El estudio de la gramática tendrá por objeto resumir en fórmulas precisas las reglas sacadas de la experiencia.

En el mismo primer año, en la División B, es decir, en aquella que no supone la enseñanza del latín y del griego, y en la que se emplean cinco horas semanarias, el procedimiento es el siguiente:

Gramática práctica.

Ejercicios sencillos de análisis gramatical y de análisis lógico, sobre todo orales.

Ejercicios sobre el vocabulario: familias de palabras, palabras simples, derivadas, compuestas.

Lecturas y explicaciones de autores.

Por lo que ve a la recitación, se hace de preferencia aprender de memoria a los alumnos pequeñas composiciones.

Repetición libre, de viva voz o por escrito, de lecturas o narraciones hechas en clase.

Pequeños ejercicios de composición.

En el segundo año, y suprimiremos en esta vez y en las subsecuentes el programa de la División A, que sólo mencionamos en el primer año a título informativo, pero cuya enumeración es innecesaria, ya que está incluida en la División B (que se desarrolla en cinco horas semanarias); en el segundo año, digo, el método es el siguiente:

Segundo año del primer cielo.

División B.

Estudio más completo de las formas -Sintaxis.

Ejercicios escritos y orales de la lengua francesa.

Lecturas y explicaciones de autores. Recitación. Se hará de preferencia aprender de memoria a los alumnos poesías breves y se les acostumbrará asimismo a hacer lecturas complementarias, que serán revisadas en clase. Pequeños ejercicios de composición.

Debo advertir, antes de seguir adelante, que cada profesor tiene en su clase una pequeña biblioteca compuesta en este curso, por ejemplo, de trozos escogidos de prosa y verso, de los clásicos franceses.

Poemas antiguos puestos en francés moderno. Por ejemplo, la *canción de Rolando*.

Fábulas de La Fontaine. Boilean, *Sátiras escogidas*. *Episodios* de Lutrin. *Racine-Esther*, *Fenelón* y *Telémaco*.

Poetas escogidos del siglo XIX.

Cuentos y narraciones en prosa tomados de los escritores del siglo XIX.

Esta biblioteca va aumentando naturalmente a medida que los cursos ascienden, según lo iremos viendo, y en ella escoge sus lecturas el profesor.

Pasemos ahora al tercer año del primer ciclo:

Lectura, explicación y recitación de autores franceses.

Los discípulos, como en el año anterior, harán lecturas complementarias, que serán después comprobadas en clase.

Revisión de la gramática francesa. Nociones muy elementales de versificación, con ocasión de la explicación de los textos.

Ejercicios de versificación. Ejercicios de lengua francesa y de ortografía. Composiciones muy sencillas.

Está recomendado en este curso al profesor que, con ocasión de la lectura de los textos, dé las nociones de gramática histórica que le parezcan necesarias. Estas nociones no serán materia de un curso continuado y solamente se darán dentro de la proporción en que puedan hacer más inteligible el uso actual de la Lengua.

La pequeña biblioteca de autores que el profesor posee ha aumentado en este año con los siguientes:

Corneille: *Escenas escogidas.*

Molière: *Escenas escogidas.*

Fenelón: *Diálogos y fábulas escogidas.*

Voltaire: *Carlos XII. Siglo de Luis XIV*.

Retratos y narraciones, tomados de las memorias de los siglos XVII y XVIII.

Chateaubriand: *Narraciones, escenas y paisajes*.

Michelet: *Extractos históricos.*

Pasemos ahora al cuarto año del primer ciclo:

En éste el método a que se ajusta la enseñanza es el siguiente:

Lectura, explicación y recitación de autores.

Los discípulos se acostumbrarán a hacer lecturas complementarias que serán comprobadas en clase como en el curso anterior.

Lecturas y preguntas destinadas a hacer conocer las grandes épocas de la literatura francesa.

A partir de esta clase, se pondrá en manos del discípulo un tratado elemental de literatura francesa.

En cuanto a los autores que en este curso se leen, explican y recitan, he aquí la lista:

Corneille: *Horacio Cinna.*

Racine: *Britannicus-Efigenia*.

Librodot

Molière: *Le Bourgeois Gentilhomme - Les femmes savantes.*
Bossuet: *Oraciones fúnebres*.
Chateaubriand: *Narraciones, escenas y paisajes*.
Víctor Hugo: *Poesías esco*gidas.
Cuentos y narraciones tomadas de los escritores del siglo XVII y del XVIII.
Escenas tomadas de los autores cómicos de los siglos XVII y XVIII.
El segundo ciclo de la enseñanza secundaria, que venimos analizando consta de tres años.
He aquí el programa del primero:
Explicación y recitación de autores franceses.
(Los alumnos, como en los años anteriores, se acostumbrarán a hacer lecturas complementarias, que serán después comprobadas en clase, de composiciones francesas).
Lecturas y cuestionarios destinados a hacer conocer a los principales escritores franceses, hasta fines del siglo XVI.
A partir de esta clase se pondrá en las manos de los alumnos una gramática más desarrollada.
Autores:
Trozos escogidos de pensadores y de poetas de los siglos XVI XVII, XVIII y XIX.
Canción de Rolando.
Villehardouin, Joinville, Froissart, Commines. *Extractos. Crestomatía de la Edad Media*.
Montaigne: *Principales capítulos y extractos.*
Obras maestras poéticas de Maret, Ronsard, du Bellay, d'Subigné, Regnier, Corneille. *Teatro escogido*.
Molière: *Teatro escogido.*
Racine: *Teatro escogido*.
La Fontaine: *Fábulas*.
Boileau: *Sátiras y epístolas*.
Bossuet: *Oraciones fúnebres*.
La Bruyère: *Caracteres*.
Cartas escogidas de los siglos XVII y XVIII.
Lecturas sobre la sociedad del siglo XVII, tomadas de las memorias y de las correspondencias.
J. J. Rousseau: *Trozos escogidos*.
Obras poéticas maestras de Lamartine y de Víctor Hugo.
Principales historiadores del siglo XVIII.
(He tenido empeño en dar cuenta de estas largas listas de autores porque las encuentro graduadas con tal perfección y tino, que juzgo que serían el mejor indicio para la elección de esa pequeña biblioteca del profesor que el señor Sierra, ministro de Instrucción Pública, desea que haya en cada clase).
Pasemos ahora al segundo año del segundo ciclo (último de la enseñanza del francés).
En éste la biblioteca del profesor, que hemos visto enriquecerse continuamente, agrega a las obras que acabamos de mencionar, las siguientes:
Pascal: *Pensamientos Provinciales* (I, IV, VIII y Extractos).
Fenelón: *Carta a la Academia*. Extractos de otras obras.
Montesquieu: *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos.*
Diderot: *Extractos*.
J. J. Rousseau: *Trozos escogidos. Carta a D'Alambert sobre los espectáculos*.

Librodot

En cuanto al programa de este año, helo aquí:

Explicación y recitación de autores franceses.

Composiciones francesas.

Lecturas y preguntas destinadas a hacer conocer los principales escritores franceses del siglo XVII al fin de la primera mitad del XIX.

Como en el curso anterior, como en los anteriores, diremos mejor, los alumnos harán lecturas complementarias, que serán comprobadas en clase.

En este año termina, como lo indico arriba, por lo que ve a la lengua francesa, la Enseñanza secundaria.

Los programas, como se ve, no pueden ser menos pesados, y, sin embargo, el alumno que concienzudamente haya recorrido todos los años se encontrará con un conocimiento amplio y comprensivo de la lengua y de la literatura de su país.

Lo que más me ha agradado en estos programas es la graduación perfecta por la cual se pasa desde los primeros hechos del Lenguaje hasta los más amplios conocimientos literarios. La gramática -que apenas asoma la oreja- ha ido hábilmente dejando el campo a la literatura patria, y no se ve entre unas y otras enseñanzas solución alguna de continuidad.

Lo que constituye, hoy por hoy, en México el anhelo por excelencia del Ministerio de Instrucción Pública, con respecto a la Lengua y la Literatura, a saber: la unificación de métodos desde la primaria hasta la preparatoria, en Francia se ha realizado de la manera más perfecta. Sea cual fuere el criterio personal de cada profesor, el cauce común por el que tiene que deslizarse su enseñanza es de tal suerte definido y preciso, que la enseñanza misma tiene que serlo. La homogeneidad de ésta no peligra en lo más mínimo a través de todos los cursos- ¿cuándo lograremos esto en la Preparatoria?

Yo entiendo que allá se requerirá algo más que en Franc ia: La homogeneidad del Profesorado.

Pido a usted perdón, señor, por las innumerables deficiencias de este informe y le protesto mi más distinguida consideración y mi respeto.

- XIII -

Observaciones en cuanto a la enseñanza de las lenguas vivas en Europa.

En mi anterior informe hablaba a usted de la enseñanza de la lengua francesa en todos los grados y en todos los Liceos y Colegios de la República. En éste me propongo apuntar las mejores observaciones y notas que he podido recoger, acerca de la enseñanza de las lenguas vivas en general, en los más cultos países de Europa.

Pero antes de decir algo respecto de esta enseñanza y para fijar la cuestión y encauzarla, sería acaso oportuno preguntarse: ¿qué debemos entender por el conocimiento de una lengua? Conocer una lengua, dicen casi todos los autores, es escribirla y leerla con facilidad y corrección.

¿Se puede por ventura llegar a tal resultado en el estudio de una lengua distinta de la materna en la escuela primaria?

Este fin, dice una autoridad, es tanto más difícil de alcanzar cuanto que hasta en la propia enseñanza del idioma materno llegamos, sino aproximativamente, a dar a nuestros discípulos un lenguaje preciso y exacto, una escritura justa y correcta. Y sin embargo, este es el objeto hacia el

cual debemos ir, y nuestra enseñanza debe estar organizada de manera que, a su salida de la escuela, los niños sepan hablar de una manera conveniente la segunda lengua, tener una correspondencia fácil, leer los periódicos y las obras de escritores populares.

¿Cuál es el mejor método que debe emplearse para llegar a resultado tan apetecido? Para responder a la pregunta basta observar lo que pasa a nuestro alrededor. ¿Cómo obran en efecto las gentes prácticas que quieren hacer aprender una lengua extranjera a sus hijos? ¿Qué hacen, concretando más la pregunta, los padres mexicanos que desean que sus hijos aprendan el inglés? Los envían a Estados Unidos o a Inglaterra, uno o dos años, o bien pagan ya una aya o ya un profesor particular que hablen el inglés o el idioma que se trata de, que los niños aprendan. Pero sería muy poco práctico, muy poco moderno, el padre que se contentase con enviar a sus hijos a una clase de inglés o de francés, a menos que sus medios de fortuna no le permitiesen hacer otra cosa.

Y es que el niño aprende a hablar por audición y por imitación. El niño habla bien cuando sus padres hablan bien, y basta ponerlo en contacto con personas que hablen correctamente un idioma para que con mucha rapidez comience él también a hablar esta lengua.

De tales consideraciones se derivan, pues, muy naturalmente, tres principios fundamentales, a saber:

1.º Hay que hacer hablar al niño el idioma que se trata de enseñarlo el mayor tiempo posible.

2.º Es indispensable que el profesor conozca a fondo la segunda lengua, porque no se enseña bien sino lo que se conoce bien.

3.º Deben ser corregidas cuidadosamente todas las faltas, así de composición como de pronunciación.

Se me dirá que estos principios no son nuevos. Es claro: Montaigne recomendaba ya los viejos, no sólo con el fin de estudiar las costumbres de los pueblos que uno visita, sino como medio práctico y fácil de aprender sus respectivas lenguas... Y vaya si ha llovido -y nevado- desde Montaigne hasta nuestro flamantísimo siglo XX. Pero hay cosas que deben repetirse en toda sazón, a fin de que lleguen a formar cuerpo con las ideas reinantes. Conmenio dice a su vez: «La lengua se aprende mejor por ministerio del uso, del oído, de la lectura, de las copias, etcétera, que por ministerio de las reglas. Estas deben seguir solamente al uso para darle mayor seguridad».

Si se estudian las leyes de la evolución del lenguaje, si se observa en seguida el procedimiento que emplea la madre para enseñar a hablar a su hijo, se advierte que los primeros sonidos empleados por el hombre primitivo, así como las primeras palabras que el niño pronuncia, son las que designan seres o cosas que están a su alcance, que viven con ellos, de los cuales se sirven y que ven diariamente. Los gritos que lanza el salvaje se vuelven pronto monosilábicos y representan en su mente nombres de objetos. Poco a poco estos nombres se transforman en adjetivos y estos adjetivos se unen a los nombres para distinguirlos entre sí. Por fin aparecen los verbos para marcar la acción o el ser que ejecuta la acción.

De la propia suerte, el niño aprende, antes que nada, los nombres: añade en seguida adjetivos a los nombres, luego emplea verbos, y formula así frases, a las cuales no faltan más que preposiciones, conjunciones, etc, que son como ligamentos y eslabones de palabras que el uso le hará adquirir.

El estudio del desarrollo del lenguaje en los sordomudos confirma esta teoría. Resultan, pues, de aquí varios principios nuevos, cuya estricta observancia será eminentemente útil.

1.º Se necesita al comenzar el estudio de una segunda lengua dar los nombres de los objetos que el niño ve, toca, observa, emplea, de aquellos que, en una palabra, entran dentro del lenguaje corriente.

2.º Es preciso, hasta donde sea posible, hacer entrar las palabras en frases completas, porque la asociación de los elementos de la frase facilita considerablemente el trabajo de la memoria.

3.º En toda lección de una lengua extranjera es indispensable aprender pocas palabras, pero estas palabras deben ser de naturaleza diferente. No serán ahora nombres, mañana adjetivos, pasado mañana verbos, sino simultáneamente uno o dos nombres, uno o dos adjetivos, uno o dos verbos.

Por último, si tomamos en cuenta el desarrollo intelectual del niño, la gran movilidad de su pensamiento, las impresiones diversas y múltiples que asedian su cerebro, encontramos que la enseñanza de una segunda lengua debe:

1.º Ser intuitiva: las palabras deben darse con las cosas.

2.º Ser atractiva: el niño retiene mejor lo que aprende con gusto.

3.º Ser graduada: cada lección debe reposar sobre lo que se ha aprendido y constituir un paso hacia adelante sobre lo que queda por aprender. Con este fin es bueno quizá que el profesor inscriba en un memorándum especial las palabras nuevas que ha enseñado.

Todas las consideraciones que preceden pueden resumirse en el principio fundamental siguiente: «La elocución es el alma de la enseñanza de una lengua».

El estudio de la representación gráfica de ésta y de sus leyes gramaticales no deben iniciarse sino cuando el vocabulario ha adquirido un desarrollo suficiente, apoyándose sobre el vocabulario. En ningún caso la regla deberá preceder al conocimiento práctico del hecho lingüístico que ella enuncia.

Para pasar de la teoría a la práctica es conveniente repartir de la manera siguiente, entre los tres grados, los diversos elementos del estudio de la segunda lengua:

El primer grado estará exclusivamente consagrado a la elocución oral.

El segundo grado, a la vez que se desarrolla el vocabulario, adquirido según el método llamado de los círculos concéntricos, se llega al estudio de la lectura y de la ortografía usual, así como a los primeros ejercicios de redacción escrita.

En el grado siguiente los tres elementos, elocución, redacción, lectura, ortografía, gramática, se combinan de modo que se presten mutuo apoyo. La mayor parte de las lecciones de elocución dan lugar a una redacción escrita; la lectura, que en el grado precedente servía de complemento y de resumen a un ejercicio de elocución, sirve a su vez para el desarrollo del vocabulario, para el conocimiento de las leyes de la construcción literaria, por el estudio de trozos de una forma más alta; la redacción escrita, por último, es, por sí misma, un excelente ejercicio de ortografía.

Estas ideas, que no son mías, pues que yo no hago otra cosa que buscarlas en quienes más saben, han sido aplicadas con éxito en varios libros para niños, en los cuales hay por lo general una serie de imágenes que representan juguetes u objetos que se encuentran en la esfera de observación de los niños, o también escenas infantiles. Merced al empleo de estos libritos y con un poco de cuidado en las lecciones, la unión íntima de la cosa y de la palabra que es el fin que se trata de alcanzar, se realizará aún sin que lo noten los alumnos. Cada vez que éstos recorran uno de los indicados volúmenes, aun cuando sea sólo por matar el tiempo, las palabras tan frecuentemente repetidas en vista de los objetos que representan los grabados, volverán por sí mismas a su espíritu, y así, una de sus más bellas diversiones, la que consiste en mirar estampas, servirá para fortificar el conocimiento de la segunda lengua.

Librodot

Concluyo aquí estas notas, que tienen, entre otros méritos, el de no ser mías, y digo entre otros, no por falsa modestia, sino porque creo que lo mejor que debemos hacer los mexicanos es lo que decía no ha mucho el ilustre Miguel de Unamuno, en un inolvidable trabajo pedagógico, que deberían hacer los españoles: No procurar muchos pensamientos nuevos (que acaso ni lo serían, porque la Europa culta y Estados Unidos piensan más pronto que nosotros, si se me permite la frase), sino adaptar a nuestro país abnegadamente, humildemente, lo que inventan y piensan los demás.

Madrid, Octubre 19 de 1905.

- XIV -

La enseñanza de las lenguas modernas en Inglaterra.

De dos años a esta parte, el método para enseñar las lenguas modernas en Inglaterra ha sufrido notables reformas: se ha reconocido gradualmente que el viejo método de gramática y traducción, muy bien adaptado y adecuado, si se quiere, para el estudio del latín y del griego, que sólo pueden ser leídos y escritos, no es necesariamente el mejor para el francés y el alemán, que requieren indispensablemente la fluidez en la palabra. Ahora se conviene, generalmente, en que el objeto de la enseñanza de una lengua viva no es que los discípulos puedan aprender a traducirla con facilidad al inglés, sino más bien que se aproximen hasta donde es posible al conocimiento nativo de dicha lengua.

El informe de la Universidad de Londres, respecto a la enseñanza de las lenguas modernas en las Escuelas Secundarias de la metrópoli británica, escrito por el profesor Rippmann y el doctor Edwards, y publicado por el Consejo del condado de Lo ndres, muestra a las claras que queda todavía mucho por hacer en Inglaterra para llegar a la altura de Francia y de Alemania en la enseñanza de los idiomas. Los dos citados profesores insisten en ese informe en hacer notar que muchos maestros parecen haber descuidado el estudio de los recientes progresos en la teoría y en la práctica del aprendizaje moderno de las lenguas. Lamentan que las más extrañas combinaciones de viejos y mal asimilados métodos modernos, se consideran frecuentemente como procedimientos evolutivos y útiles, en tanto que los verdaderos adelantos pedagógicos son vistos con indiferencia. Por otra parte, el personal que forma el magisterio para esta enseñanza en que venimos ocupándonos, no puede, ser más deficiente.

Pero los párrafos más interesantes del informe del profesor Rippmann y del doctor Edwards son aquellos en que ambos inspectores describen la pronunciación francesa y alemana en las escuelas que han visitado. Por lo que ve al francés, la pronunciación de los sonidos *pu, peu* y *peur*, rara vez se efectúa con corrección y menos aún se adquiere. No se hace ninguna diferencia entre *vu* y *vous*... y hay que notar que *vu* se pronuncia como *vieu*, es decir, como si en castellano dijésemos *viu*. Las vocales nasales se descuidan mucho; comme casi nunca difiere en la pronunciación inglesa de con, a menos que no sea para hacerlo rimar con «*bun*» o para dar (¡peor que peor!) el sonido ng a la sílaba con. Las consonantes no salen mejor libradas. Nada se hace para obtener la pronunciación correcta de sonidos tan difíciles como la n mouillée en agneau, por ejemplo, o la ele, de *lui* (que, entre paréntesis, se pronuncia en Inglaterra como *louis*). Nada hay, por lo demás, en el universo, tan deplorable como un inglés hablando francés.

Cuéntase que en cierta ocasión, a raíz de una gran discusión sobre la fonética del latín, el alto clero francés preguntó a la Sagrada Congregación de Ritos de Roma «cómo debía pronunciarse el latín».

-«De todos modos... menos a la francesa», dicen que respondió el Ilustrísimo Cuerpo.

Pues una respuesta análoga podría darse a los que preguntan en Londres cómo debe pronunciarse el francés:

-¡De todos modos... menos a la inglesa!

La pronunciación del alemán en Inglaterra no es menos peregrina, a juzgar por lo que dicen los repetidos Rippmann y Edwards en el Informe relacionado, y el doctor L. Savory, quien ha escrito tanto sobre la enseñanza de las lenguas vivas. Rara vez se insiste para que los alumnos «atrapen», perdonando ustedes la palabra en gracia de lo expresiva que es, los sonidos de la índole de *ich* y *ach*, que se pronuncian, merced a una lamentable complacencia, como *isch*, *ik* o *ak*. Las letras *v, w, s* y *z* no se pronuncian sino muy rara vez como *f, v, z* y *ts*, sino como la pronunciación que tiene en inglés. *Von*, por ejemplo, no se pronuncia casi nunca *fon*.

A pesar de estos defectos de método y de pronunciación, los inspectores antedichos reconocen que se ha hecho mucho por la enseñanza de las lenguas vivas en Inglaterra (en comparación con lo que antes se hacía) y que no está lejano el momento «en que el estudio serio de las lenguas modernas obtenga en las aulas inglesas el importante puesto que merece».

En Alemania -dice el profesor Savory- ese momento» llegó ya hace tiempo, y el contraste entre el estado retrógrado en que se halla la enseñanza de las lengua vivas en Inglaterra y el adelanto de la misma en las escuelas superiores germanas, no puede menos que humillar nuestro orgullo nacional (*our national pride*).

Provisto de un permiso del Ministerio de Instrucción Pública de Alemania, el profesor Savory dedicó algunas semanas a estudiar la enseñanza de las lenguas modernas en los Gymnasien y en los Realschulen, y he aquí algunas de sus observaciones:

Las escuelas superiores de Prusia pueden dividirse en tres clases:

Primera. El viejo Gymnasien, en el cual la enseñanza corresponde más o menos a la enseñanza clásica en las escuelas públicas de Inglaterra, consistiendo en el latín y el griego, el alemán, ciencias y lengua inglesa en las provincias del Norte, y francesa en las provincias del Sur del reino, de acuerdo, como se ve, con la étnica y la geografía de la Europa limítrofe.

Segunda. El Real gimnasien, en que queda la enseñanza del latín, pero no la del griego, y en consecuencia so deja más tiempo a las ciencias y a las lenguas modernas.

Tercera. Oberrealschulen, en que están excluidos tanto el latín como el griego y en que los principales puntos de enseñanza son la historia y la literatura alemanas, el francés, el inglés, matemáticas, geografía y ciencias naturales.

El abiturienten o examen final de esto que pudiéramos llamar bachillerato, efectuado en las tres escuelas, da derecho a la admisión en las Universidades, aunque los estudiantes de medicina o de leyes están obligados a cursar latín y los candidatos para las sagradas órdenes deben cursar latín y griego antes de entrar al estudio de sus respectivas profesiones. Todas estas escuelas tienen nueve cielos, que corresponden a un curso de nuevo años. Los nombres de las clases, empezando de arriba para abajo, son: Ober y unter-Secunda, Ober, y unter-Tertia, cuarta, quinta y sexta.

Los alumnos entran a la edad de nueve años, y si son estudiosos y obtienen regularmente sus promociones al fin de cada año, pueden pasar su Reife-prufung o abiturienten-examen a la edad de diez y ocho años e ir entonces a la Universidad.

Librodot

Aquellos que han pasado por los seis cielos inferiores obtienen el privilegio de servir solamente un año en el ejército en vez de dos en la infantería y tres en la caballería. La mayor parte de los alumnos abandona las aulas cuando ha pasado estos seis cursos, y así se ve que en innumerables villorrios de Prusia no existen los tres grados superiores.

En este caso, las escuelas son llamadas Progimnasien, Realprogymnasien y Realschulen, respectivamente, para distinguirlas de las completas, que denominan Gymnasien, Realgymnasien y Oberrealschulen. Es, pues, necesario para un muchacho que ha cursado en una de estas escuelas más pequeñas y que desea completar su educación, pasar para los tres últimos años de su carrera a una población que posea una de las instituciones mayores, o sea de nueve años.

De los tres tipos de escuelas, la Real y Oberrealschulen son acaso las más interesantes en razón de su novedad.

La Oberrealschulen en Marburg, en la provincia de Hessen-Nassau, puede tomarse como el establecimiento típico de su clase. Situada en una ciudad de veinte mil habitantes, contiene 450 alumnos, casi todos salidos de la población o de sus alrededores. La pensión anual que la escuela reclama es 130 marcos, o sean 32 dollars 50 y debe ser pagada por todos, aun por los alumnos más pobres; pero si las autoridades están convencidas de que los padres de un muchacho no pueden afrontar los gastos, reducen la suma y aun la perdonan.

Como Marburg posee también un clásico para hombres y escuela superior para mujeres, no hay lago ninguno en el curso de nueve años y los alumnos pueden, por lo tanto, completar su instrucción preparatoria sin ir a otra parte.

El profesor Savory refiere que obtuvo el permiso necesario para pasar una semana en el Oberrealschulen y asistir a todas las clases que le plugo.

Asistió de preferencia a las de francés e inglés en todos los cursos.

El francés empieza a aprenderse desde el primer año y durante los cinco primarios años se le consagran seis horas por semana. En Untersecunda el número de horas se reduce a Cinco, y en los tres cursos finales, a cuatro.

Los alumnos han aprendido, pues, el francés con tres años de anticipación, con respecto al inglés, la otra lengua extranjera que se comienza a aprender en Untertertia. En esta clase se le consagran cinco horas y cuatro horas por semana en las subsecuentes. Los nuevos métodos rigen en ambas lenguas, que son, casi exclusivamente, habladas. Los alumnos son cuidadosamente instruidos en la formación orgánica de los nuevos sonidos y aprenden a hablar y leer las lenguas extranjeras de la propia suerte que aprenden a hablar y leer su lengua nativa. Los profesores de francés y de inglés son especialistas avezados, que no sólo pronuncian estas lenguas muy bien, sino que saben la manera de que sus discípulos adquieran esta pronunciación. En inglés los sonidos difíciles, como *th*, *r* y *u*, han sido aprendidos perfectamente casi por cada discípulo. Yo tuve la fortuna, dice el informante ya citado, a quien he venido glosando, de dar a los alumnos en Untersecunda (varían éstos entro la edad de diez y seis y la de veintiún años) una conferencia sobre nuestras escuelas públicas. Los ensayos en inglés que escribieron ellos después prueban que entendieron todo lo que se había dicho. Considerando que en este curso había estudiado el inglés sólo dos años, su adelanto era notable. La lectura de Shakespeare en Obersecunda podría compararse muy favorablemente con la que hace en Inglaterra un muchacho de quinto año. Me invitaron a dar a las dos clases superiores una lectura sobre un asunto financiero, y la discusión en inglés que siguió hubiera ciertamente emulado muchas discusiones técnicas de Oxford o Cambridge.

He aquí algunos ensayos en inglés acerca de los siguientes asuntos (entre otros) escritos por los alumnos de los mencionados cursos durante el año pasado: «Historia del drama inglés desde los tiempos de Shakespeare hasta nuestros días.» 'Elementos extranjeros en la lengua inglesa. -*Macbeth'*. -En qué razones funda Macaulay el deber que tiene el Estado de educar al pueblo».

Es cosa evidente que estos alumnos han adquirido las lenguas extranjeras de tal suerte que son capaces no sólo de expresarse -escribiendo o hablando- sino también de apreciar de una manera inteligente la vida y la literatura de Francia o Inglaterra y, por lo tanto, de obtener una cultura humanista no inferior a la que pueden proporcionar el latín y el griego. Este fin se tiene, por lo demás, siempre a la vista. No se pregona indebidamente la supremacía de lo real a expensas de lo ideal y las lenguas modernas se miran como algo esencial y no como simple adorno o mero procedimiento en la lucha por la vida. Los alumnos reciben una simpática iniciación en lo que constituye los modismos forasteros, así como en las modalidades diversas del pensamiento contemporáneo exteriorizado por el lenguaje, y apreciando asimismo el espíritu y el trabajo de todos los grandes pueblos se unen instintivamente a este espíritu y comulgan con el pensamiento europeo en todo lo que tiene de más comprensivo y excelente en su grande y evolutivo impulso hacia la civilización.

Por lo demás, en Londres, como dice muy bien el señor Savory, en Inglaterra mejor dicho, hay ya muchos hombres eminentes que reforman de fond en comble los métodos para la enseñanza de los idiomas. Llámanse estos hombres, para no citar más que los principales, Rippmann y Edwards, en Londres: Breul y von Gleyne, en Cambridge; Berton, en Oxford; Miss Birley, en Winchester, Andrews, en Bolton, y Brigstocke, en Berkhamstea.

Todos estos maestros enseñan que las lenguas modernas son capaces de convertirse en instrumentos eficientes de una educación liberal, y el movimiento educativo ha adquirido en este terreno un impulso notable, digno por todos conceptos de estímulo y de aprobación.

- XV -

Cómo se habla el español en España.

Si por acaso este informe cayese en manos de algún ibero, que no se alarme: no tendré la singular pretensión, no incurriré en la peregrina petulancia de afirmar que en México hablamos mejor el español que en España, el castellano... que en Castilla. Equivaldría quizá para algunos tal afirmación a aquella de ciertos estimables compatriotas míos, quienes (con motivo de algunos conciertos dados por el gran pianista en México) sostenían que Paderewsky no tocaba como se debía el minueto de...

Paderewsky. Aunque si bien se mira, no hay paridad con el ejemplo este que cito, pues podría muy bien acontecer que un idioma se desnaturalizase y corrompiese en su país de origen, en tanto que en las colonias permaneciese incontaminado y perfecto.

No es esto empero lo que yo pretendo afirmar: en Castilla, en las Castillas, se habla nuestra lengua mejor que en la América latina, en general, pero no mejor que en Venezuela, Colombia y México. En Galicia el idioma es de un suave y encantador arcaísmo que recuerda el peculiar carácter de nuestro hablar campesino; sobre todo en las rancherías y pueblos del interior. Pero por

lo que ve a las demás provincias de España, sobre todo tratándose de pronunciación yo encuentro que andamos mucho mejor por allá.

El español, el castellano especialmente, tiene siempre una crítica, más o menos acerba, para nuestra manera de pronunciar la lengua. Halla insoportable nuestra dicción y suelo reírse de ella. Aquí, donde todas las voces son graves, donde la pronunciación de las jotas es siempre mojada, donde el acento es regularmente gutural y ronco, nuestro diapasón relativamente agudo, nuestro timbre frecuentemente metálico, la dulzura a veces excesiva de nuestras inflexiones, chocan extraordinariamente. No basta que algunos adaptables lleguen hasta pronunciar con corrección la *ce* y la *zeta*; no hallarán gracia en ninguna parte si su voz no es grave y sibilante su dicción.

Algunos españoles, más inflexibles aún, encuentran que nuestra confusión de la *ese* con la *ce* y la *zeta* son absolutamente insoportables.

Por lo demás, tanto en lo que ve a la pronunciación como a la expresión de nuestra Lengua, creen algunos de estos estimables abuelos excesivamente rigoristas, que son ellos los únicos que tienen el cetro del bien pensar y del buen decir. No conciben que nosotros podamos hacer evolucionar la lengua, no nos conceden siquiera que pongamos en ella ese ligero e indispensable matiz regionalista, no soportan que usemos tal o cual modesto y discreto modismo especial. El madrileño que dice azararse por azorarse, a ciencia y, conciencia de que habla un caló que no tiene ni siquiera el mérito de la sonoridad, se irrita de veras porque los mexicanos decimos ahorita, que, en suma, no es más que un humilde y castizo diminutivo.

Esto del ahorita, de tal manera origina burlas, o cuando menos sonrisas piadosas, que hay que poner todo su afán en reemplazarlo por el ahora mismo, si no se quiere ser blanco de grandes desdenes.

El madrileño que os espeta este dichoso adverbio: entusiásticamente, a cada instante, se escandalizará sin duda porque vosotros engarzáis en vuestra conversación tres o cuatro pues.

Nosotros somos, y esto se lee en todas las miradas de muchos filólogos de España, simples depositarios del idioma. No podemos hacer de él más que el uso natural y moderado de que los propietarios de viviendas (viviendas que aquí en Madrid se llaman cuartos, aunque tengan diez y seis o veinte piezas) hablan en sus contratos de arrendamiento. Nos han entregado ese idioma por inventario (el inventario se halla en el Diccionario de la Academia), y habremos de devolverlo algún día con sus herramientas completas: sus verbos, sus nombres, sus preposiciones. No tenemos derecho a más...

Los doctos saben que Bello y Cuervo han conocido y hecho avanzar más la lengua que muchas generaciones de gramáticos. Saben que a Bello, muy especialmente, se le reconoce el descubrimiento de las leyes de los diptongos; que la metodización y agrupación por familias y caracteres de los verbos irregulares, que la división más perfecta de los tiempos y números, que tantos y tantos progresos de la lengua hoy reconocidos con aplauso por la honorable Academia, a ellos y a otros americanos insignes, entre los cuales está nuestro don Rafael Ángel de la Peña, se les deben; pero esto lo saben sólo los doctos, ante cuyos ojos solemos hallar gracia.

Don Ricardo Palma defendió aquí en Madrid, en una inolvidable asamblea, el incontestable derecho que tiene el Perú, o Colombia, o México, o cualquier nación de la América española, a usar sus especiales regionalismos; tanto derecho, cuando menos, como el que tienen y jamás se les ha negado a las provincias españolas para usar los suyos. Pero ni aun por esas: aquí, donde el Parlamento ha concedido a Cataluña que use el catalán en comunicaciones oficiales, hay gentes cuya intransigencia no concede a ningún americano el uso de una palabra indígena.

Por lo que ve a la pronunciación del castellano, es de notar el colorido que cada uno pone aquí -según su provincia- en lo que habla. No sólo no se encubre la heterodoxia relativo (si heterodoxia es) de la pronunciación regional, sino que se ostenta, se subraya. El castellano viejo y el gallego dirán siempre con insistencia, con vigor, delante de vosotros, *Madriz*, por *Madrid*, y *saluz*, por *salud*. El andaluz, con no menor énfasis, os dirá *Jué*, por *juez*, y *lojombrej*, en lugar de *los hombres*. En cambio, púdicamente se cubrirá el rostro y se tapará las orejas la Prosodia, si no pronunciáis, ¡oh americanos!, la *ce* y la *zeta*, o si aspiráis una miaja, casi nada, la *hache*.

Yo encuentro que en México, por lo que ve a la pronunciación, no se nos pueden hacer en puridad más que dos cargos: 1.º, que no pronunciamos como se debe la *ce* y la *zeta*; 2.º, que solemos -nuestros rancheros especialmente- aspirar la *hache*.

Por lo que ve al primer cargo, también puede hacerse a las Provincias Vascongadas, a Cataluña, a buena parte de Andalucía, a las Baleares, a las, Canarias y a las Filipinas. No merecemos, pues, el escándalo, ni el reproche de los prosodistas.

Por lo que ve a la aspiración de la *hache*, ni hemos llegado nunca, como los andaluces -nuestros abuelos-, a decir *jambre*, por *hambre*, y *jacer*, por *hacer*, ni debemos olvidar que en sus orígenes esta letra tuvo una distinta y definida aspiración.

Fuera de esos dos cargos y de usar todo linaje de diminutivos, no merecemos reproches.

Jamás en México hemos dicho *cezoz*, por *sesos*, como en Granada o Málaga; jamás hemos pronunciado *shinshe*, por *chinche*, como en Cataluña y en Valencia; jamás de los jamases hemos osado decir *caga*, por *caja*, como en Galicia; nunca nos hemos atrevido a decir *e'fueno*, por *es bueno*, como en Toledo, ni *Madrí* como en muchos pueblos de Castilla la Nueva. Ni hemos dicho en ningún tiempo *perru* por *perro*, como en Badajoz, o *monti*, por *monte*, como en Santander, o *ardit*, por *ardid*, como en Barcelona, o *Haráh*, por *Jerez*, como en Sevilla.

Por lo que ve a los barbarismos y galicismos, desapasionadamente pienso que, sin andar nosotros muy bien en México, los españoles andan peor, y ello es natural, por lo que ve a los segundos, si consideramos su aproximación a Francia, aproximación geográfica e intelectual. No criticaré las palabras *saldos, retales, fumista*, etc., que son el pan de cada día, ni los vocablos *pitorreo, coña*, y otros de esa laya que el género chico ha entronizado y entroniza continuamente (aquí como en México); me fijaré sólo en algunas de las más conspicuas locuciones que andan por ahí de boca en boca.

Aquí todo el mundo dice (como en México también, es verdad) *pasar desapercibido*, por *pasar inadvertido*; *bajo la base*, por *sobre la base*; *terreno accidentado*, por *terreno desigual* o *quebrado*; *presupuestar*, por *presuponer*, y *transar*, por *transigir*. Pero, en cambio, yo no he oído en México, como oigo aquí a cada paso: *coloridad, reasumiendo, aprovisionar, remarcable* y *afeccionado*.

Creo, pues, y perdóneseme que no razone más esta mi creencia por miedo a la sobrada extensión de mi Informe, que ni merecemos la fama de mal hablar que nos sigue por todas partes a los americanos, ni es justa siempre con nosotros la buena madre Patria, tan hospitalaria y generosa de suyo, negándonos todo derecho en lo que ve al idioma.

La evolución de éste en América -evolución buena o mala, no lo discuto- es un hecho. Nuestra lengua, tan bella, tan expresiva, tan augusta, está amenazada gravemente. El ilustre Cuervo opina que acabará por diversificarse en varios dialectos. Hay países en América donde la han puesto de tal suerte, a fuerza de desfiguros, que no la conoce nadie y cualquier día va a acontecernos que, al revés de Paganell, hablamos el mexicano, o el argentino, o el chileno, creyendo hablar el castellano.

Librodot

¿Cuál es el remedio para tamaño mal? Los hombres ilustrados de España y de América piensan que una más íntima unión mental entre todos los que hablamos el español, un intercambio más nutrido de libros, la edición a precios verdaderamente mínimos de las obras maestras del lenguaje y del estilo, sobre todo de las modernas, pues las clásicas suelen ya ser ilegibles para el pueblo, y sobre todo la instrucción del repórter, que desgraciadamente en América es el que se hace leer del pueblo, sin saber -por su crasa ignorancia- ni en qué idioma escribe, retardaría, si no conjuraría del todo, el peligro. Pero el remedio es tan complicado, que yo no tengo grandes esperanzas de que se aplique a nuestra pobre lengua, herida de muerte, no por los revolucionarios, sino por los ignorantes.

- XVI -

El castellano en América.
Prejuicios e inexactitudes.

El padre don Julio Cejador es un hombre muy docto. Se ha dedicado con especialidad a los estudios lingüísticos.

He notado que estos estudios apasionan a los clérigos, y me lo explico, primero, porque no hay en ellos choques de ideas que alteren o disgusten sus convicciones, y segundo, porque contentan su amor al pasado.

Así, pues, el padre Cejador se consagra amorosamente a estos estudios, y le debemos ya una sustanciosa gramática, un libro vasto y eruditísimo intitulado *La lengua del Quijote* y varios artículos muy doctos sobre asuntos filológicos, sin contar trabajos también muy doctos que tiene en preparación.

Más aún: el padre Cejador ha intentado conocer a los escritores americanos, y yo le debo un artículo, que no he leído porque no recuerdo en qué revista me dijo él que se había publicado hace tiempo.

Entiendo que en ese artículo, o lo que sea, el padre Cejador no me trata muy mal.

Y presumo que tampoco me trata muy bien.

«Cuando lo escribí -me dice- no lo conocía a usted. Ahora advierto en su prosa ciertas tendencias hacia el castellano clásico».

Como seguramente en mis versos el padre Cejador no advirtió esas tendencias, y además los que deben haber caído en sus manos están muy lejos de la apacible, cristalina e inocente vulgaridad de un Grilo, de un Gabriel y Galán o de un Balart, debo confesar que si me trata mal se lo perdono de antemano y de todo corazón.

Pero no divaguemos.

El padre Cejador, a quien me complazco en llamar amigo (no sé si él experimentará una complacencia análoga por lo que a mí se refiere), dio en cierta ocasión, tropezó, debiéramos mejor decir, porque esta es la palabra, con una carta de un señor chileno.

Los chilenos, tan progresistas, tan soldados, tan marinos, no gustan mucho de cultivar las bellas letras. Son espíritus razonadores y fuertes, y apenas si entre sus poetas nuevos se cuenta uno que vale (a pesar de su apellido), Dublé Urrutia, autor del bello libro intitulado *Del mar a la montaña.*

Cierto que fue un notable escritor y erudito chileno el que halló una página original del romancero del *Cid*; cierto que un hijo del presidente Balmaceda, aunque arrebatado en flor a la vida, dio muestras de exquisito temperamento literario, y mereció que Rubén Darío, su amigo de la adolescencia, le consagrase uno de los primeros libros, *A de Gilbert*; mas no obstante esto, Chile se ha inclinado más hacia las armas que hacia las letras, y si sus tenaces, sus formidables antepasados de bronce inspiraron uno de los poemas épicos españoles de más fuste a don Alfonso de Ercilla, no ha sido costumbre que los escriban ni los abuelos ni los nietos.

Caupolicán habla en octavas reales muy bellas, pero sólo en la Araucana.

Dicho lo anterior, no es de extrañar que los chilenos, a quienes por otra parte ha tocado en suerte una abundante y culta imaginación inglesa, no cultiven el castellano como placería al padre Cejador. Se han encontrado con exigencias, con necesidades nuevas, y les han dado su nombre en la lengua que se les proporcionaba; el español en sus vastos litorales y en sus inmensas montañas ha evolucionado qué sé yo cómo.

¡Sábenlo el mar y el viento!

La carta con que tropezó Cejador no era, pues, una carta modelo:

estaba muy lejos de parecerse a las que don Luis de Vargas dirigía a su tío a propósito de la viudita de marras. Había en ella barbarismos a granel, sintaxis enrevesada, anglicanismos, galicismos... ¡qué sé yo!

El padre Cejador se dijo: «Para muestra basta un botón», y sin ponerse a pensar que la gente ilustrada de Chile escribe mucho mejor: que Chile, con ser país tan adelantado e importante, no es toda América; que dondequiera cuecen liabas y que andan por allí cartas de gente del riñón de Castilla peores que las del chileno, ya que los que hablan y escriben mal lo mismo nacen aquende que allende el charco (estos aquende y allende puede ser que le gusten a mi ilustre amigo el padre Cejador), tronó con toda la fuerza de su indignación y de su sabiduría contra el continente entero, lanzando un delenda América, en su bello y valioso trabajo sobre el castellano en nuestros países.

-Ciertamente -me dijo el padre Cejador- he extremado la nota:

comprendo que, aunque en Chile y la Argentina nuestro idioma anda muy malparado, en México, Perú y Colombia se habla mucho mejor... ¡Pero usted sabe que para que la crítica aproveche tiene que ser así... durita!

-Padre -le dije yo-, el castellano se habla bien y mal en todas partes: entre un argentino criollista y un catalán separatista, no sabría yo con quién quedarme. Pero, en cambio, dudo que en nuestro idioma se pueda escribir con más elegancia que la de un Rafael Obligado.

Hay en la Argentina un poeta, un muchacho, que levantó bandera de rebelión literaria: Leopoldo Lugones, y cuya osadía sabia y llena de pericia en la métrica nuestra ha sabido sacar un maravilloso partido de la lengua vernácula (este vernácula ya sé que le gusta al padre Cejador, porque la otra noche me lo rió complacido en el Ateneo). Pues bien, Leopoldo Lugones, ultramodernista en sus procedimientos, sabe el castellano, sin embargo, como cualquier académico de la Española, y su admirable libro El imperio jesuítico, que nadie ha leído en España, es un primor de buen decir, además de ser un primor de erudición histórica.

A Rubén Darío, que es intelectual argentino, ya que en aquella brillante tierra se formó, hombres de España tan notables como Valle Inclán, Azorín, Luis Bello, lo han calificado el primer lírico castellano actual, y el que dude de la estima en que aquí se le tiene que se lo pregunte a doña Emilia Pardo Bazán, a don Marcelino Menéndez y Pelayo y a las cartas americanas de don Juan Valera.

Y cito estos dos casos justamente porque podrían ser los más sospechosos.

Librodot

En cuanto al vulgo, aseguro que tan mal habla en las Vascongadas o en Andalucía como en la Argentina o Chile.

¿Por qué, olvidar, por otra parte, que aquel don Rafael Ángel de la Peña, de quien también me ha hablado el padre Cejador, y aquel don Rufino Cuervo, a quien tanto admira, que continúa admirablemente a Bello, y que con su diccionario de Construcción y régimen está levantando uno de los máximos monumentos de la Lengua, nacieron en esta América donde, según el padre Cejador, se habla tan mal el castellano?

Confiéselo el ilustre autor de *La Lengua de Cervantes*: se ha dejado llevar por un prejuicio muy común y muy injusto, ese que nos niega todo a los de allá, para concedérselo todo al terruño, prejuicio tan petulante a las veces (no por cierto en el padre Cejador) que ha hecho decir a un indiano, bastante ilustrado por cierto, en varios círculos madrileños, que todo el movimiento de ideas habido en México en estos últimos años, y en el que se distinguen por diversos conceptos hombres que se han llamado y se llaman don Gabino Barreda, don Justo Sierra, don José Ives Limantour, el doctor Parra, los señores Macedo, etcétera, se lo debe a él!

Afortunadamente la juventud española piensa de otra manera.

Preguntadlo al eminentísimo Unamuno, que llama a nuestra América, la España grande y la tierra de promisión.

Seamos, pues, justos, mi ilustre amigo.

Se puede saber el castellano y escribir versos que no se parezcan ni a las redondillas de Sinesio ni a los madrigales de Grilo, y no sólo se puede, sino que se debe, para que la lírica española, en la que supieron injertar savia tan vigorosa, y tan ajena a ella los Espinel, los Boscán, los Garcilaso, no se pudra en ese pozo de mediocridad y anodismo en que la dejó al partir el gran poeta Zorrilla.

Para concluir voy a citar algunas líneas de Azorín, en artículo a mí consagrado. Ellas han de ayudarme mucho en esta justísima defensa, ¡oh!, mi ilustre amigo don Julio Cejador, y acaso hagan en usted más mella que las razones que yo esgrimo:

«... y note usted que el más alto poeta que existe hoy en lengua castellana -dice J. Martínez Ruiz- es también venido de América; hablo del queridísimo Rubén Darío.

-Comienza usted a desvariar un poco, mi excelente y joven amigo. Yo le confieso a usted que no veo en estos poetas las grandezas y maravillas que usted advierte; la poesía castellana está en decadencia lamentable desde que Campoamor y Núñez de Arce...

-Perdón, perdón, mi buen señor; ya conozco esos viejos plañidos. Ante todo, estos dos poetas que usted acaba de citar, esperan todavía un entendimiento sereno y penetrante que haga la crítica de sus obras; temo que por lo que toca a Núñez de Arce lo hemos de poner en el mismo casillero modesto en que hemos colocado a don Manuel José Quintana. Y después, en cuanto a la decadencia actual de la poesía, yo le he de decir a usted que no hay tal decadencia, sino que, por el contrario, lo que existe es esplendor, fuerza, apogeo, puesto que nos encontramos en un período de renacimiento poético, como hace siglos no lo ha tenido España.

-Me deja usted un poco estupefacto; yo no sé qué pensar, mi buen amigo, ante sus paradojas.

-Nada hay más cierto, mi excelente señor, que el renacimiento de que hablo a usted. A mi entender Rubén Darío es un lírico de los que continúan la tradición, la línea, la estirpe maravillosa de los Berceo, Juan Ruiz, Garcilaso, Góngora, Espronceda y Bécquer; después de éstos, y por derecho propio, viene el autor de Prosas profanas. Y a su alrededor, o circulando en distintas órbitas, tenemos a poetas como Eduardo Marquina, autor de las admirables Elegías; a

Juan R. Jiménez, el melancólico, a Antonio y Manuel Machado, a Francisco Villaespesa, a Antonio de Zayas, a Pérez de Ayala, el primitivo...

-Basta, basta, joven amigo; está usted haciendo la apología de los modernistas.

-Modernista no significa nada; es un vocablo absurdo; todo escritor, haya vivido en un siglo en que haya vivido, ha sido modernista; un poeta del siglo XIV era más moderno que otro del siglo XIII; los del siglo XXI serán más modernos que nosotros.

-Sí, sí, pero estos poetas están todos extranjerizados; no tienen fisonomía propia. Y luego, las cosas que hacen con la métrica...

-No hay un error semejante a éste. En cuanto a las innovaciones métricas, si lo innovado es bello, poético, debemos admitirlo desde luego; ¿quién ha trazado de antemano la forma y medida que deben tener los versos? ¿Por qué razón vamos a limitarnos a lo ya hecho y no podremos admitir formas nuevas? Los que crearon las formas viejas ¿no disponían de una libertad al usarlas? ¿Por qué motivos hemos de creer que esta libertad ha caducado y no se nos ha de conceder a nosotros? Vicente Espinel hizo una cosa inaudita, estupenda, terrible, en su tiempo. Inventó una forma poética nueva: la décima; es de creer que los viejos poetas de aquel entonces se escandalizaran, se horrorizaran ante, este desenfreno. Y, sin embargo, hoy este desenfreno de Espinel ha llegado a ser una tradición fundamental, esencial en poesía, y por un viceversa curioso, el verdadero desenfrenado y loco sería, para los viejos poetas actuales, el que atentase contra ella... «Y vamos al reproche de extranjerismo: menos fundamento si cabe tiene este anatema que el anterior. Las ideas, como las cosas, no son autóctonas, primeras; todo nace de, todo. Suponer que una idea puede ser original sería introducir en el universo una causa primera, algo no creado; es decir, sería romper la ley de causalidad universal, de concatenación fatal, de determinismo. Y claro está que esto es francamente absurdo. Las ideas nacen de las ideas; la lectura de una página interesante nos sugiere asociaciones ideológicas que antes no teníamos; todos los literatos saben que leyendo es precisamente cuando las ideas nuevas acuden a sus cerebros, y de este modo no es extraño que unas literaturas influyan en otras y determinen en tal o cual nación aletargada estados y movimientos literarios pujantes y desconocidos..».

¿Está usted convencido, mi eminente padre Cejador? ¿No? De todas suertes he de agradecerle que me haya escuchado, pues a usted debo estas páginas que llenan uno de mis deberes periódicos para con la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de mi país.

- XVII -

La enseñanza de las lenguas modernas en Francia.

Debemos consolarnos de encontrar aún en nuestra América tales o cuales dificultades en la práctica de la enseñanza de ciertas materias, si tenemos en cuenta que en Europa misma, y en países tan adelantados como Francia e Inglaterra, la pedagogía no ha acertado aún a resolver muchos de los más ingentes problemas del aprendizaje moderno.

Circunscribiéndome a la enseñanza de las lenguas extranjeras, se recordará que en uno de mis informes anteriores hacía yo notar extensamente las deficiencias de esta enseñanza en Inglaterra, la cual se ponía justamente como ejemplo para estimularse a Francia y Alemania.

Librodot

Ahora bien, en Francia se está muy lejos de haber alcanzado siquiera una perfección relativa en este ramo; se advierte ahora más que nunca la existencia de enormes defectos en los métodos que se siguen con las lenguas vivas.

Las Universidades, que, como dice un docto profesor, pueden y deben:

primero, formar sabios: segundo, preparar el personal de la enseñanza secundaria, no cumplen con la segunda parte de su programa.

«Saber, y saber enseñar, sobre todo cuando se trata de lenguas vivas, dice este profesor, son, en efecto, dos cosas muy diferentes».

Hay profesor capaz de comentar a fondo una poesía de Goethe y de explicar de un modo conveniente una página de los *Nibelungos* y que, en cambio, no podría sacar de un texto las aplicaciones, ya gramaticales, ya simplemente útiles desde el punto de vista del provecho que los discípulos deben obtener para la adquisición y el manejo de la lengua.

Y en este terreno parece que no sólo las grandes Facultades de provincia, sino aun la mismísima de París, no han podido organizar hasta hoy la preparación especial de los candidatos para el certificado de aptitud para la enseñanza de las lenguas vivas en los liceos y colegios.

Ya en 1893, Monsieur Pinloche, presidente del Jurado para el certificado de alemán, señalaba esta lengua y sus consecuencias desagradables en los siguientes términos: «Si se considera que la mayor parte de los candidatos al certificado de aptitud no tienen ni experiencia ni dirección pedagógica, a nadie asombraría que este concurso siga siendo, a pesar de todo, tan débil y dé resultados tan poco apropiados a las exigencias de la enseñanza secundaria».

Más tarde, él mismo añadía: «La ligera mejora que el Jurado ha tenido el gusto de advertir en el conjunto del concurso de este año, se refiere más bien al conocimiento de las lenguas que a la aptitud para enseñarlas.

Deseamos que se facilite más y más a los candidatos el medio de llenar esas lagunas y sobre todo que el azar tenga una participación más y más restringida cada día en la preparación pedagógica».

Mas a lo que parece, a pesar de estas indicaciones autorizadas, la situación no ha cambiado y la enseñanza de lenguas vivas en Francia sigue siendo muy deficiente.

Se escribe mucho, se pedagogiza mucho, si me permiten ustedes la palabra; se discute mucho y con mucha sabiduría; pero los jóvenes de Francia, como los de Inglaterra, salen de las aulas con un alemán o un inglés muy discutible en el magín, y siguen siendo lo que han sido siempre: incapaces de hacerse comprender en otra lengua que en la suya; en tanto que en Alemania, en Italia y en nuestras Américas aumenta muy sensiblemente cada año el número de jóvenes que poseen prácticamente el inglés y el francés, y que se hacen entender perfectamente en todas partes.

¿A qué se debe esto? ¿Será quizás a que el francés como el inglés, tan aptos e inteligentes para otras cosas, no lo son en absoluto para el aprendizaje de las lenguas extranjeras? Líbreme Dios de afirmación tamaña, aunque para mí tengo que hay en el italiano, por ejemplo, y en el hispano-americano, cierta aptitud especial para este aprendizaje.

Sea como fuere, los franceses buscan con toda actividad un remedio a esta situación, y hacen cuanto es posible por mejorar el personal de su profesorado.

Ha habido ya dos Congresos: el de Mons, de 1905, y el de Munich, de 1906 (Congreso de profesores de lenguas vivas), que se han ocupado de este importante problema, formulado por Mr. Pinloche, profesor del Liceo Carlomagno y maestro de conferencias de la Escuela

Politécnica, en los siguientes términos: «¿Por qué medios se puede asegurar el mantenimiento sino por el desarrollo de las nociones de lenguas vivas adquiridas en la enseñanza secundaria?»

Mr. Pinloche redactó a este propósito una exposición en la cual abundan los argumentos. He aquí algunos: «No puedo menos de repetir aquí lo que he dicho tantas veces fuera: La conservación, es decir, la solidez de las nociones adquiridas estará siempre en razón inversa del empirismo con que se hayan adquirido estas nociones. Pero admitamos que la enseñanza secundaria haya resuelto -y está lejos de ello- esta cuestión tan compleja de que hay que eliminar de empirismo y adquirir procedimientos científicos en la pedagogía de las lenguas vivas y que se haya logrado formar, en número suficiente, discípulos verdaderamente capaces de pensar, y, por consiguiente; de hablar y escribir convenientemente en una lengua extranjera; admitamos todavía más: que algunos de estos discípulos (naturalmente no han de ser numerosos) hayan tenido la buena fortuna de permanecer en el extranjero bastante tiempo para sacar un partido verdaderamente útil de la lengua correspondiente; queda aún por averiguar dónde y cómo estos mismos individuos, ya en el dintel de las carreras activas, encontrarán, sin expatriarse, los medios de luchar contra la desaparición rápida, casi fatal, de las nociones adquiridas al precio de tantos esfuerzos y sacrificios.

»Yo respondo: es preciso que estos medios los encuentren en las Universidades, y si ahora no los hallan en ellas, es preciso que los hallen mañana.

»Claro que la organización actual de nuestras Universidades no responde en modo alguno a la necesidad que acabo de señalar. Los cursos de lenguas extranjeras en las Facultades tienen el inconveniente de no dirigirse más que a una categoría muy restringida de oyentes, categoría que casi no comprende, cuando menos en Francia, más que a los candidatos a los exámenes establecidos con el fin de reclutar el personal de profesores.

»Pero no se trata solamente de formar licenciados, agregados y doctores: hay otras categorías no menos interesantes de discípulos llamados también a ser útiles al país, y que tienen el derecho de esperar de las Universidades una dirección y un apoyo.

»Una vez reconocido este principio -y me parece difícil que no lo sea- queda por examinar por qué medios podría ponerse en aplicación.

»El mejor parece ser la creación de institutos especiales dependientes de las universidades. Lo mismo que hay ciertas facultades de ciencias, institutos de química, de física, de ciencias naturales, etcétera, abiertos a todos los trabajadores que no persiguen la adquisición de un grado o de un diploma universitario, asimismo debería haber en las facultades de letras verdaderos institutos de lenguas vivas, donde podrían ejercitarse y desarrollarse todos aquellos que tuvieren necesidad de una verdadera enseñanza superior de estas lenguas, de acuerdo con las necesidades más y más complejas de las diversas profesiones.

Seguramente que no sería oportuno tratar aquí en detalle de la organización de tales instituciones, que tendrá forzosamente que variar en los diferentes países y aun en las diferentes regiones, y con las diferentes categorías de oyentes. Pero creo que desde ahora el Congreso puede afirmar estos principios y la necesidad urgente que hay de aplicarlos».

De seguro que estos institutos especiales, dependientes de las universidades y destinados únicamente a la enseñanza de los idiomas, darían excelentes resultados; pero a condición de que los métodos aplicados en ellos fuesen eficaces, y hasta ahora, hay que confesarlo, no se ha encontrado un método absolutamente eficaz para enseñar las lenguas vivas desde la cátedra de una universidad. De aquí que extrauniversitariamente, si se me permite el adverbio, sea cada día mayor el número de institutos que pretenden en Francia enseñar de un modo práctico los idiomas

Librodot

extranjeros, así como el número de métodos que se publican, y diz que por medio de los cuales estos idiomas deben infaliblemente aprenderse.

El sistema que en la diversidad de tanteos de que hablo ha tenido más fortuna, es el sistema Berlitz, pero esto es acaso asunto de reclamo en buena parte, aun cuando no se deban desconocer del todo algunas de sus ventajas.

En mi concepto el achaque de que adolece en Francia la enseñanza oficial de los idiomas es el exceso de cientificismo. Se habla mucho de la historia de una lengua, se analizan sus componentes, se insiste sobre la índole de sus verbos, se clasifica su vocabulario, se enumeran sus grandes producciones clásicas, se ponen en parangón sus giros, sus modismos, con los de la lengua vernácula, y más resultan los cursos superiores conferencias sobre las lenguas extranjeras que verdaderos procedimientos de enseñanza. La filología mata al aprendizaje.

Como, por otra parte, el ciudadano francés, de todos los europeos es quien menos viaja, quien menos se encuentra en contacto forzoso con los idiomas extraños, además de que es raro el país en que por lo difundido de la lengua francesa no se le evita el trabajo de darse a entender, resulta que el aprendizaje queda absolutamente reducido a los límites de los cursos de estudios, primarios o secundarios, que, como digo, están muy lejos de haber encontrado métodos adecuados a las necesidades modernas.

La lengua viva que además de la materna se aprende en los colegios franceses, y que es por lo general el inglés o el alemán, se enmohece frecuentemente por falta de uso. Acaso lo único que se conserva de ella es algo así como la reminiscencia de ciertas frases familiares. Si añadimos a esto el desdén natural que el francés siente por las literaturas extranjeras, encontraremos que nada tiene de raro que la mayoría de los profesionales de la nación ignoren en gran parte la producción enorme de ideas de todos géneros que informan la vida intelectual extranjera y viva de sus ideas propias, poderosas, nutridas y abundantes si se quiere, pero naturalmente deficientes por falta del necesario cambio y del necesario consorcio con las ideas de los demás.

Así lo empiezan a reconocer los educadores franceses, y uno de ellos dice, en reciente trabajo, las siguientes palabras refiriéndose a una categoría especial de profesionales:

«Nuestros médicos, aun los profesores de escuelas de medicina, conocen en su mayor parte muy poco de alemán. Resulta de esto que nos informamos de la producción germánica, que es inmensa y generalmente excelente, con retardos inverosímiles. Tal o cual procedimiento quirúrgico, tal o cual remedio son desconocidos entre nosotros, en tanto que se han difundido ya por el mundo entero hace dos, tres, cuatro años, y algunas veces más.

»En la facultad de letras es imposible emprender una investigación de historia o de filología con los alumnos. No hay uno entre diez capaz de entender un libro escrito en lengua extranjera. Lo propio acontece en la facultad de ciencias y otro tanto en la facultad de derecho con los aspirantes al doctorado».

Y esta diferencia, según el mismo autor, es sensible, sobre todo, por lo que ve a los estudios económicos, «donde es preciso leer la abundante producción de los alemanes, de los americanos, de los ingleses y de los italianos, que en veinte años a esta parte han trabajado mucho».

«Todo trabajo original, concluye el autor citado, se paraliza entre nosotros, a causa de la ignorancia de nuestros estudiantes. Sería por tanto muy necesario, no solamente que se siguiese cultivando la lengua extranjera aprendida en el colegio, sino que se estudiase después otro idioma. No se trata de aprender a hablarlo, que esto es largo y difícil, sino simplemente de leer un texto fácil que se refiera a cada especialidad, en cuyo caso la adquisición del vocabulario es muy sencilla».

Librodot

Hay que esperar que para el Congreso de Lenguas vivas que deberá efectuarse en Hanover en 1908, se habrá encontrado ya en Francia una fórmula pedagógica que concilie y remedie todas estas exigencias que tan sensibles son en la enseñanza de los idiomas modernos. Pero yo creo que hay, fuera de métodos y congresos, de informes y de análisis, un remedio indirecto para las deficiencias que en la enseñanza de que vengo hablando se advierten, y éste consiste en persuadir a los estudiantes franceses de la importancia capital y del valor inmenso que tienen las producciones científicas y literarias alemanas, americanas e inglesas. En efecto, hay además de la imperfección de los métodos que en Francia se emplean para aprender los idiomas y la dificultad natural que tiene el francés para asimilarse las lenguas extranjeras, un hecho que impide adquirir y poseer éstas, y es cierto desdén nacional para la producción ajena.

Creen los franceses, porque así se lo han repetido en todos los tonos, que en lo que ve a literatura y ciencias, fuera de tales o cuales significadas personalidades antiguas o modernas, fuera de tales o cuales obras maestras, todo lo demás se ha inspirado en Francia y de Francia es tributario. Muy pocos son los que se imaginan, por ejemplo, la riqueza inmensa de la literatura alemana actual, casi del todo desconocida de este lado del Rhin, y menos son aún los que comprenden el valor del movimiento científico que se opera en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Los profesionales en lo general viven de las ideas ambientes; leen los libros de sus colegas, reciben las publicaciones francesas y sólo cuando un descubrimiento nuevo hecho en el extranjero ha traspuesto las lindes de todos los pueblos, lo reciben y lo analizan, no sin cierta prevención y cierta desconfianza. Habría, pues, que empezar por convencer, así al profesor como al alumno en Francia, de que es absolutamente indispensable aprender el alemán o el inglés a fin de leer la riquísima producción literaria y científica de esos países y completar así el bagaje de conocimientos adquiridos. Habría que convencerlos de que ya no se puede, so pena de quedarse muy atrás en el camino, ignorar el movimiento de ideas que existe en los países anglo-sajones, sino que, muy al contrario, es preciso conocerlo ampliamente y estimarlo en todo lo que merece, tanto cuanto se estima en el extranjero el movimiento intelectual de Francia.

Supuesta tal convicción, el estímulo para la enseñanza y el aprendizaje de los idiomas modernos será grande y se traerán métodos prácticos, sistemas racionales y progresos visibles.

- XVIII -

El castellano en México. - Filología comparativa.

En uno de los primeros informes que tuve la honra de dirigir a esa superioridad, hacía yo algunas observaciones con respecto a la pureza más o menos discutida del castellano en España, afirmando que, mientras en algunas regiones la mínima influencia extranjera habría permitido que subsistiese una especie de sedimento de la lengua del siglo XVII, llena aún de toda la elegancia, el carácter y el prestigio de la época, en otras el influjo francés era enormemente preponderante, sustituyendo infinidad de giros castizos por galicismos flamantes, a las veces menos expresivos que las construcciones indígenas. Es ésta una verdad de facilísima comprobación, a pesar de lo cual, los filólogos españoles, sean quienes fueren, no habrán de concedernos nunca que nosotros conservamos inmutables numerosas formas de elocución de extraordinaria pureza.

Librodot

En efecto, yo, después de afanosas comparaciones y de pacientes análisis, me he convencido en absoluto de que si de algo se peca en América, especialmente en México, por lo que se refiere al idioma, es de arcaísmo. Claro que no me refiero ni a la juventud intelectual ni a la juventud que ejerce en la metrópoli y en algunas ciudades de provincia del Norte, como San Luis y Monterrey, sus actividades en la esfera comercial.

Dos grandes corrientes de extranjerismo tienden en la República a modificar nuestra lengua: la americana y la francesa. La americana afecta especialmente a la gente de negocios y a los industriales, ya introduciendo vocablos, giros, modismos que designan cosas, acciones y operaciones para las cuales no hay palabras en castellano, o ya sustituyendo a las expresiones autónomas otras que no siempre las reemplazan con ventaja.

La corriente francesa influye únicamente en el lenguaje de los intelectuales. Nos llega con los libros de París, exactamente como a los españoles, y con los libros se sigue alimentando. Ha modificado considerablemente el léxico y el estilo de la gente nueva, pero no ha perjudicado más que a los ignorantes, que adoptaban una recién venida palabra francesa sin conocer la equivalente castellana; pues en cuanto a los otros, a los instruidos, les ha aprovechado, dándoles medios de expresión, sólo donde no los había, y volviendo más maleables y ágiles su estilo y su pensamiento.

Pero fuera de estas dos grandes corrientes que a pesar de su fuerza no ejercen presión sino sobre dos reducidas clases sociales, la gran mayoría, la inmensa mayoría de los mexicanos, sigue expresándose en un idioma compuesto de algunas voces derivadas de los idiomas precolombinos y de infinitas voces arcaicas. En cierta ocasión don Benito Pérez Galdós me ponderaba el encanto de ciertas palabras usadas en México, que se remontan directamente a *Don Quijote*, o que tienen genealogías un poquito más antiguas. Yo le respondí que no se trataba sólo de ciertas palabras, sino de innumerables palabras. México fue conquistado justamente cuando comenzaba el apogeo del idioma castellano, cuando éste dejaba su pesada armadura y se volvía elástico, gracioso, cortesano, gallardo. Durante los siglos XVI y XVII todo el mundo escribía con elegancia. No sé qué prestigio había en la morfología de las palabras que no se transformaban sino para engalanarse y embellecerse.

Ese idioma fue el que heredamos de nuestros abuelos, ese idioma el que se quedó en nuestras apacibles regiones, incontaminado como la nieve de las montañas, ese idioma fue el que formó nuestro acervo definitivo y el que constituye aún nuestro elemento por excelencia de expresión.

Los españoles instruidos, cuando lo oyen, sonríen satisfechos y complacidos, embelesándose con los puros e ingenuos arcaísmos que suelen brotar, sobre todo de los labios del pueblo. Los españoles adocenados e ignorantes exclaman: «¡Pero qué mal se habla el castellano en América!» A estos últimos y a mis compatriotas que sin darse cuenta hablan una lengua arcaica, sufriendo sin protestar los reproches de los doctos, va encaminado mi informe de hoy, con la esperanza de que no les falte paciencia para recorrer la larga lista de palabras con que voy a regalarles el oído.

Es común oír en México en las casas de comercio, y ver estampada en los libros de cuentas esta palabra: *acarretos*: «tanto por *acarretos* en el mes».

Un español moderno dirá *acarreos* o quizá *transportes*, pero *acarreto* es absolutamente castizo, con cierto leve dejo arcaico.

Nuestros rancheros dicen *acetar* por *aceptar* y conjugan *aceto, acetas*, etc.; todo el mundo sabe que *aceto, conceto* y otras palabras de esta laya, abundan en los clásicos. Dice nuestro vulgo: *No te achaparres*, se *achaparró*, en vez de decir: *No te agaches, se agachó*. No hay aquí disparate alguno, sino la aplicación de un vocablo caído en desuso casi por completo en España.

Librodot

Nuestra gente de provincia dice: *Estoy achacoso, estoy lleno de achaques*, tomando esta palabra en su recto sentido, es decir, como sinónimo de enfermedad.

Son igualmente arcaísmos muy usados en México (arcaísmos, repito, que no disparates), todos estos que vais a leer:

Adormirse, por *dormirse*; *adoctrinar*, por *doctrinar*, *agror*, por *agrura* (siento un *agror* muy molesto); *agüelo*, por *abuelo* (anda a moler a su *agüelo* -absolutamente clásico).

Alivianar, por *aliviar* («*aliviana* la recua de ese peso»).

Anciano, por *antiguo* (esta casa es muy *anciana*); *aparcero*, por *camarada*; *aparcera*, por *manceba*; *aquerenciado*, por *enamorado* (dicen que me han de quitar -las veredas por donde ando -las veredas quitarán- pero la *querencia* cuándo!... cantarcillo popular).

Arrempujar, por *empujar* (¡No *arrempujes*! oía yo decir en la escuela).

Artimaña por *maña, industria* o *destreza*; *asín* y *asina*, por *así*; *baluma*, por *balumba.* (Está esto muy *balumoso*, dicen en Jalisco).

Benino, por *benigno*; *colatín*, por *volantín* (antiguamente *volatín* y *bolantín* eran lo mismo: una especie de cordel que servía para diversos usos; para pescar, por ejemplo). Los indios de México tenían una diversión muy atrevida y especial, a saber: la de girar alrededor de un gran poste, suspendidos de un cordel y vestidos de plumas de pájaros. Los más hábiles en el vértigo del giro, lograban mantener por algunos instantes la horizontal. Era natural que a los caballitos que al principio pendían de cuerdas, se les llamase *bolantines*, como con delicioso arcaísmo se les llama aún en muchas regiones de México, en tanto que en España se les denomina pintorescamente *tío vivo*; *bonificar*, por *abonar* o *poner una cantidad en cuenta* (se usa aún en el comercio, sobre todo en algunos Estados).

Carnicería. -En cambio en México se usa siempre el moderno *carnicería*, en vez del arcaico *carnecería*, que es tan común en las dos Castillas.

Catear. -*Catear* una casa. Registrarla, buscar algo en ella: se usa mucho en México.

Clavar-clararse, por *engañarse*. Me *clavé*! dícese aún en México, cuando cae uno en una trampa -en un engaño.

Cobertor, en su vieja acepción de colcha, usado en México, en vez de la palabra *manta* que se usa en Castilla.

Contradecidor, por *contradictor.* Muy usado por las clases bajas; *convenencia*, por *conveniencia*; chapado a la antigua, voz muy castiza, desusada casi por completo en España; *chasquista*, por *petardista* o *estafador*.

Desafuciar, por *desahuciar* (todavía se usa en el interior de México).

Descoger, por *escoger* (de uso frecuente en las rancherías).

Desconforme, sin conformidad con esta o aquella cosa.

Descorazonar(se)-desmayar, perder el ánimo (todos lo usamos).

Desfruncir, por *desobedecer, desplegar, desarrugar*.

Deturpar, por *manchar, afear.* -Término periodístico por excelencia.

Dotor, por *doctor*; *efeto*, por *efecto*; *emprestar*, por *prestar*-e, *prestado*, *emprestador*; *enviejar, enviejarse*, por *envejecer*; *finchado*, por *hinchado* (Fulano va por allí, está muy *finchado*).

Jabalín, por *jabalí*; *mesmo*, por *mismo* (clásico): *ñublado*, por *nublado* (usado en la mayor parte de los ranchos y haciendas); *ñudo* por *nudo* (ídem); *obsequias* por *exequias*; *Otubre*, por *octubre*; *participio*, por *participación*. Innumerables gentes, aun entre las ilustradas, usan en México este arcaísmo. «Yo no quiero tener (o tomar) *participio* en esto o aquello».

Perfeto, por *perfecto* (clásico); *poderío*, por *fuerza* o *esfuerzo*.

Librodot

(«Hice *poderío* y medio por disuadirle», dícese en México; es decir, empleó un grande esfuerzo, hice un grande esfuerzo); *usufruto*, por *usufructo*:

velador. -Nadie usa en España este vocablo para designar la mesa de noche.

En México es muy usual, sobre todo en provincia. *Velador* era, en efecto antaño, una mesita redonda o cuadrada, que se ponía cerca del lecho.

Generalmente tenía un solo pie.

Antes de terminar esta ya larga lista, que no comprende, sin embargo, más que tales o cuales de los innumerables arcaísmos usados en México, especialmente por nuestro pueblo, aprovecharé la oportunidad para advertir a determinados aristarcos que, cuando los modernistas usábamos palabras como *aurifebrista* por *orífice*, *pucela*, por *doncella*, *veneficio* por *maleficio*, etc, no incurríamos en galicismo alguno, sino que desenterrábamos sencillamente vocablos que habían caído en desuso sin razón, pues, o eran muy bellos, como los dos primeros, o no tenían sustitución exacta, como el último.

Si ha habido quien consulte Diccionarios y procure de más buena fe en América conocer el admirable caudal de nuestra lengua, ha sido, sin duda, ese bicho tan calumniado por los tontos, que se llamó modernista o decadente.

...Pero como no es objeto de este informe la defensa de tal o cual escuela literaria, sino la rehabilitación de algunas de nuestras palabras y formas de lenguaje. Aquí pongo punto, reiterando a usted, señor ministro, las seguridades de mi más distinguida consideración.

- XIX

-Ateneo iberoamericano. -Conferencias autocríticas. -La crónica general de Alfonso el Sabio.

A la sombra de la Unión Iberoamericana está organizándose un nuevo Ateneo, que, naturalmente, se llamará también el Ateneo Iberoamericano, aunque esto no significa, en modo alguno, dependencia de la Unión.

Se compondrá el Ateneo Iberoamericano de varias secciones, científicas y artísticas, y de una sección literaria. Esta última, que es de la que me corresponde hablar, dada la índole de mis Informes, está constituida por el siguiente personal:

Presidente, el que suscribe.

Primer vicepresidente, don Andrés Ovejero, catedrático de la facultad de letras de la Universidad Central.

Segundo vicepresidente, don Felipe Trigo, novelista muy original y muy leído en España.

Primer secretario, don José Pérez Bojart.

Segundo secretario, don Manuel Núñez Arenas.

Primer vocal, don José Rodríguez Villamil, Segundo vocal, don Leopoldo Alas, hijo del eminente novelista y crítico, muerto.

Todas las secciones y comisiones son autónomas, pudiendo tomar cuantas iniciativas les plazca, y en caminar su esfuerzo por no importa qué rumbo, con tal de que se tienda al mismo fin.

¿Qué fin es éste? Solidarizar más y más cada día a las naciones hispanoamericanas.

La Sección literaria ha creído que el primer trabajo que debe intentar es el de aproximar a los pensadores de España y de América, a los pensadores jóvenes sobre todo, porque éstos tienen ideales más amalgamables, más identificables.

No se dirigirá, por tanto, a los literatos solamente. Se dirigirá a todos los mentales de América.

Cree esta Comisión que no hay forma alguna, que no debe haber, cuando menos en estos tiempos, forma alguna del pensamiento que no sea literaria.

Sería hacer una injuria a la cultura de los jóvenes pensadores de España y América creer que son incapaces de verter sus ideas, filosóficas o artísticas, sus especulaciones científicas, poéticas, en un molde literario, que tenga un estilo, una índole, una fisonomía. Así, pues cuantos dicen algo a los demás desde cualquier tribuna moderna sea la de un diario o la de una revista o la de una cátedra, caen bajo la influencia de la literatura en lo que ella tiene de más noble y universal: la personalidad del estilo, la aptitud de la expresión, la inteligibilidad de los giros y de las construcciones.

Y aun cuando así no fuera, aun cuando hubiese, por absurda condescendencia unánime, un estilo antiliterario para escribir de ciencias o de arte, ¿qué intento mejor para solidarizar el pensamiento hispanoamericano que el de enriquecer, el de hermosear el idioma por medio de un activo cambio de libros y el de procurar que cuantos escriban, así en España como en la vastísima porción del nuevo continente que es latina, escriban bien?

España se regocija de la aparición de no importa qué libro en América, decía el señor Ovejero en sesión pasada, porque todo libro escrito en castellano prolonga la cultura española en el mundo.

La Sección literaria del Ateneo Iberoamericano, por su parte, se regocijará de todo nuevo libro aparecido en España o América, sean cuales fueren sus tendencias, porque es una contribución más a la vida mental de nuestra raza.

Pero hay algo que debemos intentar antes que todo, y es conocernos mutuamente, ya que conocernos es estimarnos.

El escritor americano ha encontrado hasta ahora poca acogida en España; ni se nos conocía ni se nos tenía en cuenta. Por su parte los jóvenes escritores españoles han sido poco leídos del otro lado del mar y han encontrado sólo un mercado bastante raquítico para sus libros.

En América sólo correspondían hasta hace poco con la España literaria los académicos de las diversas emanaciones de la docta Corporación que hay en el Continente; pero tal correspondencia era baldía, porque estos señores, por lo general acostumbrados a vaciar ideas en moldes antiquísimos, siempre los mismos, han acabado por combinar sólo los moldes, los giros, las frases hechas, los modismos seculares, quedándose sin las ideas mismas, dejándolas evaporarse.

Se refiere que a Laplace le dijo Napoleón que por qué en su mecánica celeste no nombraba jamás a Dios.

-Porque no he necesitado de esta hipótesis -respondió el sabio.

Los académicos conservadores, los que han hecho algo sagrado e intangible del idioma, es decir, un idioma muerto, tampoco han necesitado de ideas para escribir. Como el niño combina cubos de madera con letras o figuras, ellos han combinado clisés, logrando una ortodoxia de sintaxis que constituye sus delicias, que no inquieta ni su estómago ni su sueño, y prescindiendo de la onerosa tarea de pensar lo que no pensaron sus abuelos.

El intercambio de ideas entre la España mental y la América pensadora, ha sido, pues, nulo, hasta hace muy poco tiempo, en que los ojos de algunos poetas y pensadores jóvenes se han vuelto hacia nosotros desde la madre Patria, buscando en las audacias coronadas de éxito de

Librodot

nuestra nueva literatura un estímulo y un apoyo para sus futuras orientaciones. Y así han venido a significar algo en la literatura española novísima un Rubén Darío, un Leopoldo Lugones, un Salvador Díaz Mirón, un Manuel Gutiérrez Nájera, etc, etc.

Pero el comercio mental está muy lejos de ser tan vigoroso y estrecho, tan benéfico y cordial como puede y debe serlo, y a intensificarlo tenderán como primer arbitrio los propósitos del Ateneo Iberoamericano. Para ello van a constituirnos los que forman la Comisión literaria en intermediarios oficiosos entre los de acá y los de allá.

Recibirán cuanto libro se pretenda enviar por su conducto a América, y distribuirán concienzudamente en España cuanto libro de América se les remita.

Más aún: todo libro que se envíe a la Sección, será leído con la detención y el juicio que merezca, y según su importancia, logrará una nota bibliográfica más o menos nutrida y extensa, procurándose que ésta se publique, no sólo en la *Revista de la Unión Iberoamericana* que ya es de suyo muy leída, sino en diarios de gran circulación de España. El propósito de la Comisión es que tales notas formen a fin de año un volumen en el cual esté reflejado todo el movimiento mental de España y América y que este volumen se imprima a costa de todos los que a su difusión quieran contribuir, para lo cual bastará que tomen uno o dos ejemplares.

Entiende la Sección literaria que del conocimiento mayor de unos y otros, de los que en España escriben y de los que escriben en América, resultarán además de las ventajas apuntadas, algunas de índole puramente práctica, a saber: la formación de un público cada vez mayor de lectores españoles para los que escriben allá, de lectores americanos para los que escriben acá; la facilidad de encontrar en cada país corresponsales amistosos y seguros que ayuden a la difusión de los libros, sin pasar por las horcas caudinas de cierta laya de libreros.

Estos corresponsales harán irradiar, por decirlo así, las obras que reciban en todas direcciones y lograrán una simpática propaganda de ideas.

He aquí hasta ahora los propósitos de la Sección literaria del Ateneo Iberoamericano, de los cuales he creído conveniente hablar a esa superioridad, porque constituyen una información nueva, de las que entran en el programa que ella ha tenido a bien trazarme. Por lo demás, las ideas que antes que a nadie he expuesto a esa Secretaría, se expresarán, aunque con mucha más brevedad, y sólo en sus grandes lineamientos, en una circular que será profusamente difundida entre todos los hombres de estudio y de pensamiento de América y España.

Paso ahora a ocuparme de otra novedad literaria de estos días.

Doña Emilia Pardo Bazán, elegida el año último presidenta de la Sección literaria del Ateneo de Madrid, como todos sabéis, ha procurado imprimir algún movimiento a esta Sección, y entre las novedades que ha inaugurado, se cuentan las llamadas conferencias autocríticas. En éstas, el autor invitado a hablar refiere su vida literaria, el por qué de sus orientaciones, sus lecturas preferentes, sus fuentes mejores de inspiración; nos dice cómo escribe, qué medios le son más propicios, qué concepto tiene formado de su propia obra, etc.

Cuando la señora Pardo Bazán pensó en organizar estas conferencias, nos decía frecuentemente en el Ateneo las esperanzas que alimentaba de que fuesen interesantes, curiosas y originales. -«¡Qué mejor que cada uno de nosotros puede decir lo que es, lo que sabe, lo que piensa!» -exclamaba.

-Cierto -respondí yo-; pero todo el interés de una conversación de este género está en que el conversador sea sincero. Si no lo es, se tratará de un discurso más, tan vano como todos los discursos.

La famosa inscripción del templo de Delcos: *Nosce te ipsum*, nos muestra la importancia que se daba desde la antigüedad más remota a la introinspección, y lo esencial que es para todos asomarnos a nuestro propio espíritu antes que juzgar a los demás, pero esta operación refleja que conocernos y examinarnos es muy difícil. No sé qué brumas de misterio y de falacia envuelven a nuestras almas; no sé qué perspectivas engañosas alteran nuestras concepciones personales. El caso es que con sumo trabajo logramos saber lo que somos, y el que acierta a juzgarse sin pasión, obtiene un señaladísimo triunfo sobre sí mismo.

Hay algo, empero, todavía más difícil que el *nosce te ipsum*, y es, supuesto el logro de este precioso conocimiento, la sinceridad para decir a los demás lo que de nosotros pensamos. Todos gustamos de hablar de nuestra propia persona, pero en lo general para exaltarla, con más o menos habilidad, más o menos directa o embozadamente, pero para exaltarla siempre.

Y si esto es en las conversaciones privadas, imaginad lo que será en las conversaciones públicas. Una vez que el hombre, y especialísimamente el literato, se siente escuchado, se ve expuesto a la expectación intelectual de los demás, se acuerda de que la palabra sirve para disfrazar el pensamiento y habla ya sólo para la galería, procurando dibujar en la imaginación de ésta una figura artificial, adornada de todas las cualidades por él amadas. Tal labor es, a las veces, hasta inconsciente. Quizá el autor habla con sinceridad. Mas su autorretrato es falso.

Cuatro son hasta ahora los conferencistas que han hablado de sí mismos en el Ateneo: Dicenta, Martínez Sierra, Felipe Trigo y Valle Inclán.

Dicenta, ya lo sabemos todos, tiene ideales revolucionarios, y está lleno, además, de un sentimentalismo social sui generis. El creo que un obrero, por ejemplo, y así lo expresa en su drama Daniel, es, pongo por caso, infeliz porque el patrón come pavo trufado mientras él come salchicha. Esto es absolutamente cándido. Yo conozco de cerca a los obreros, y podría asegurar al señor Dicenta que si les diésemos *langouste pochée au canapé* y huevos *á la grand duc*, probablemente no les proporcionaríamos placer alguno. Es preferible darles carne con patatas y salchicha: lo que ellos saben gustar. Como conocemos las ideas del señor Dicenta, y como sabemos que con un espíritu de secta no se puede ser sincero ni aun en literatura, no insistiremos sobre su conferencia.

Martínez Sierra es un escritor delicadísimo: en su conferencia nos dijo bellas cosas, divagando alrededor de su personalidad y de sus obras.

Felipe Trigo es sincero, y por tanto, hablando de su persona, cautiva.

-Yo -dice- gusto de lo que escribo, más que de lo que escriben los otros. Todas mis obras me complacen, pero la que a todas prefiero es *Alma en los labios*.

A la bonne heure! Así, sí nos entendemos! Cuando un hombre nos habla con una ingenuidad tal, se nos vuelve un precioso documento humano.

Valle Inclán, el último que ha ocupado la cátedra del Ateneo para hablarnos de sí mismo, es sin duda uno de los temperamentos más cultos y raros de España. Su conferencia fue una deliciosa ironía. No habló sólo de sí mismo, sino de los demás, y luego, un poco de su vida, harto fantaseada por cierto; de su manera de ver el paisaje, de sus personales procedimientos y, sobre todo, de su sistema para usar el léxico.

Encuentra, por ejemplo, que no deben usarse ciertas palabras de dura o difícil pronunciación, como aquellas que tienen dos consonantes después de una vocal: *objeto*, *septiembre*, etc, porque dice, con una semiburla peregrina, la cantidad de esfuerzo que su pronunciación requiere no se gasta sino a expensas del entusiasmo o de la comprensión del lector. Aun sostiene -si no en su última conferencia, sí en tal o cual conversación amistosa- que determinados vocablos no deben

Librodot

usarse en su significado, sino en otros completamente distintos. Seguramente -digo yo- en aquellos que sugiera su estructura y su sonido... Así se volvería a la onomatopeya... pero en cambio no nos entenderíamos ni para remedio... ¿Es esto un inconveniente? *Chi lo sa*!...

De todas suertes las conferencias autocríticas del Ateneo han sido muy dignas de oírse, y valía la pena de que yo informase de ellas a esa Superioridad.

Para concluir este Informe, hablaré a usted de otro suceso literario:

el último de que me ocuparé ahora. La publicación hecha por don Ramón Menéndez Pidal, en la Nueva biblioteca de autores españoles, de la «*Primera Crónica general o Estoria de España*», que mandó componer don Alfonso el Sabio.

Hasta hoy todas las ediciones hechas de esta obra admirable, la primera verdaderamente literaria de nuestro idioma, adolecían de innumerables defectos, de mutilaciones y obscuridades lamentables.

La publicación actual, hecha con excesivo cuidado y con gran pericia, expurgada y reconstituida, es lo que debía ser: el monumento valioso de nuestro idioma, en el cual ya la lengua aparece formada, gallarda, noble, expresiva y colorida, el libro sin paralelo en las literaturas europeas, considerado por Dozy, en palabras que cita un académico, «como el creador de la prosa castellana del buen tiempo viejo, que tan fielmente expresa el carácter español; a la vez vigorosa, amplia, rica, grave, noble, sencilla, y todo ello cuando los demás pueblos de Europa, sin exceptuar a Italia, distaban todavía mucho de producir una obra en prosa que fuera recomendable por su estilo».

Como más amplia noticia de esta publicación tan importante, envío a usted el adjunto artículo de Jacinto Octavio Picón, que es el académico a quien me refiero, y que analiza la obra de Pidal con mucho acierto.

Reitero a usted las seguridades de mi más distinguida consideración.

- XX -

El teatro y el idioma en España y América.

Se ha llamado al teatro espejo y escuela de las costumbres; yo le llamaría mejor cátedra del idioma. En los países en que el teatro entra en el grupo de diversiones familiares, es indecible lo que los espectáculos influyen en el lenguaje.

Dos operaciones parece realizar el teatro: primero recoge y sorprende la lengua corriente con sus locuciones, con sus giros especiales, con sus modismos, con sus sintaxis; luego la depura y la enriquece, volviéndola así acrecida al común acervo.

Y si no realiza el buen teatro estas dos operaciones, debería realizarlas.

No hay duda de que la pureza, la elegancia, el primor del castellano en el siglo XVII se debió especialísimamente al opulento y admirable teatro español. Los grandes autores, los Lope, los Alarcón, los Tirso, tomaban del exterior los habituales elementos del idioma, pero volvíanlos a la multitud en extremo enriquecidos, flexibilizados, elegantes, llenos de expresión.

El idioma que se iba formando alrededor de este teatro, que este teatro iba formando, diremos mejor, era acaso un poco solemne, un poco enfático- pero en cambio, ¡cuán expresivo y caudaloso!

Volvamos la vista a Francia y advertiremos la influencia formidable que el teatro ejerce aún en la lengua. Infinidad de giros, ¡qué digo!, hasta de formas especiales de lenguaje, hasta de neologismos, deben su existencia a la comedia francesa y a los teatros de bulevar.

Los libros más leídos influyen menos en el habla común que una simple pieza de teatro. Y es que en el teatro oímos las nuevas formas idiomáticas, no las vemos como en la frialdad silenciosa del libro.

Ahora bien, supuestas estas ligeras consideraciones, ¿qué influencia ha ejercido el teatro moderno en el idioma castellano en España?

En general una influencia pésima.

Las piezas de Zorrilla, por ejemplo, conservando à outrance el lenguaje caballeresco, manteniendo el énfasis tradicional, reviviendo la pomposa redondez de los períodos heroicos, influyeron siniestramente en ese atolondramiento, en esa confianza ciega en las promesas de la tradición que llevó a España al desastre.

Y cito el nombre de Zorrilla porque es el romántico más grande de España. Otros astros menores, en terreno más estrecho, realizaban también esta obra. Parecía que después de ellos el teatro español debía humanizarse, pero no fue así: Echegaray y Tamayo y Baus, entre otros, se encargaron de mantenerlo dentro de la vieja armadura. Echegaray ha escrito dramas y comedias «actuales» que nada tienen de actualidad. Sus personajes han existido quizá en alguna época; pero si bien se les examina, no existen ahora. Dicen cosas solemnes pretendiendo decir cosas sencillas; hablan al parecer en prosa, pero en realidad continúan hablando en verso; tienen una prosopopeya y una gravedad tal que aun las frases más sencillas son en sus labios postulados, máximas, apotegmas. Los parlamentos de las piezas de Echegaray se parecen, aunque en ellos alterne el bello sexo, aunque haya mucho movimiento escénico, a una asamblea de magistrados en alguna República antigua, a un consejo de esos que celebraban en los gobiernos patriarcales los ancianos del pueblo. Lo que se dice, siempre pretende imponerse por la substancia, por la doctrina: esa alada gentileza de la lengua que va y viene por la calle, que entra y sale en los corrillos, que dice las cosas de la vida con la simplicidad de la vida misma; que canta y ríe y aun filosofa así, siempre de prisa, siempre de vuelo... Esa alada gentileza de la lengua no la conoce don José, no la han conocido sus contemporáneos. Ha sido preciso que Benavente y los Quintero, inspirándose en el admirable y suelto diálogo francés de Donuay, de Capus, de Lavedan, la insinúen al espectador en medio del apelmazamiento, de la concreción de un castellano cúbico, sin solución de continuidad; de un conglomerado secular en el cual era imposible la incrustación de un arabesco, de un dibujo gracioso, de un rasgo tenue...

Pero, en fin, siquiera estos señores hablaban y hablan aún en castellano y con sus mazacotudas piezas de teatro conservaban las solemnes tradiciones de adusto y enfático buen decir.

¡Quién hubiera pensado que un día habríamos de echarles de menos, que habríamos hasta de desear el nuevo advenimiento de sus rígidas formas elocutivas!

Hará unos quince años, en efecto, quince años apenas, que todos dormíamos tranquilos, sin presentir la plaga mayor que ha podido caer sobre el castellano, sobre el castellano popular sobre todo: el género chico.

El género chico contaba para triunfar con algo invencible, inevitable, con algo que siempre acude a la cita: con la imbecilidad humana, y, naturalmente, triunfó.

Empezó por usurpar el lenguaje del pueblo para irlo adulterando después, embajeciéndolo, envileciéndolo hasta el infinito.

Librodot

Algunos de sus idiotismos tuvieron la triste fortuna de llegar a los salones; pero la mayor parte se fueron quedando en las capas inferiores de la sociedad.

El pueblo de Madrid, el de México y el de Buenos Aires, el de toda nuestra Hispano-América tenían cierta sencilla nobleza de expresión, aun dentro de las incorrecciones naturales de su lenguaje. El género chico se encargó de emborronar, de emporcar esta nobleza. Como sus autores no sabían nada ni habían pensado jamás gran cosa, recurrieron al *quid pro-quo* pedestre, a la frase canalla, al modismo inepto, al rufianismo irónico.

Por unos cuantos céntimos le daban y siguen dándole al pueblo una cátedra diaria de caló infecto.

Ellos han sido quienes han desfigurado las palabras más bellas de que antes se servían el amor, el coraje o la tristeza del pobre ellos son quienes han fijado y consagrado en Madrid los disparates callejeros, los barbarismos absurdos, los modismos estúpidos. Incapaces de una frase realmente ingeniosa, han recurrido a toda clase de dislocaciones para producir efectos groseros con sus diálogos.

Cierto, hay excepciones, sobre todo las hubo en los comienzos de esta vil y cenagosa marea de mal gusto. Hubo una Verbena de la paloma, una Fiesta de San Antón... ¡pero qué poco relieve tienen estos sanos intentos entre el número de inepcias, entre la prodigalidad de piezas nauseabundas o anodinas!

Y esto pasaba en España: en México pasaba algo peor todavía.

Allá los que se lanzaron a crear lo que pomposamente llamaban teatro nacional, como si así fuese posible crear algún teatro, como si ellos tuviesen tamaño para crearle estaban en lo general a un nivel mental mucho más bajo que los autores españoles del género chico.

Estos, a pesar de todo, lograban en contadas ocasiones tener ingenio.

La musa callejera de España regaba en la escena a las veces sus avalorios y sus lentejuelas, sus canutillos y sus chaquiras. Aquéllos, los de México, no tenían más que la incontinencia del lenguaje como arma de éxito, como *deus ex machina* insustituible.

No hubo miseria fraseológica, no hubo palabra tabernaria de que no echaran mano. Todos aquellos harapos sucios y malolientes el idioma, que creíamos escondidos allá muy hondo, perdidos allá muy abajo, en las prisiones y en los cuarteles, fueron ascendiendo, ascendiendo hasta la matinée dominical, y dichos por actores medianos que pretendían hacer reír, lograron llegar a los oídos de las señoritas, sin que por ello se escandalizaran mucho que digamos los papás.

¡Adónde ir! ¡Casi no teníamos, casi no tenemos otros teatros que los del género chico! En alguna parte se ha de pasar el rato...

Y así la pura linfa de nuestro idioma se ha ido pervirtiendo y cada día, sin pensarlo, sorprendemos en nuestros labios, en los de nuestros amigos, acaso en los de nuestras mujeres o nuestras novias, tales o cuales dicharachos, inocentes si se quiere, dichos con ingenuo espíritu, pero que pervierten muchos de nuestros más bellos vocablos, que defiguran muchos de nuestros más nobles giros.

De ahí han salido tantos epigramas chabacanos que tienen la vida dura, sobre todo entre la gente de poca imaginación, porque sirven como de ripios obligados a los que no saben discurrir gracejo alguno.

Entre los procedimientos capitales del género chico figura el de desfigurar las palabras a fin de hacerlas cómicas. Hay siempre, o casi siempre, un personaje que pronuncia mal y que pronunciando mal hace reír.

Este arbitrio primitivo y tosco es, y ha sido siempre, de seguros resultados. Fijaos en los individuos del pueblo y aun en las familias de la burguesía, cuando son de medianos alcances intelectuales: es para ellos una verdadera fiesta la palabra mal pronunciada. La celebran ruidosamente, la repiten hasta que le exprimen todo el jugo, y después, como a fuerza de repetirla han olvidado la estructura del vocablo correcto, la sustituyen a éste y así va formándose un caló íntimo, familiar, que acaba por ingresar al idioma de todos los días. Y he aquí cómo un inepto autor de género chico tiene más influencia sobre el idioma que todos los buenos escritores que con libros sencillos y adecuados pretenden popularizar el buen decir castellano.

¿Qué remedio tienen estos desmanes? Yo no veo más que uno directo: la previa censura.

Si se encuentra justificada ésta en lo que ve a la moralidad de las obras, ¿por qué no ha de hallarse justa y lógica por lo que ve a la pureza del idioma?

Es el idioma una común heredad, una común riqueza que nadie tiene derecho de pervertir y alambicar a sabiendas.

¿De qué sirven los nobilísimos, los tan loables esfuerzos de nuestro ministro de Instrucción Pública por desarrollar todo aquello que contribuir pueda a la limpieza, exactitud y elegancia de la expresión de qué sirven los bellos libros y los bellos himnos premiados en concursos, los suntuosos juegos florales, las ediciones populares, mientras haya tres o cuatro libretistas de zarzuela dispuestos a valerse de la odiosa popularidad del género chico para inundarnos de locuciones estúpidas y para mutilar a mansalva las frases más expresivas y más bellas?

Es claro que los concursos iniciados por esa Secretaría a fin de estimular la producción teatral en México habrán de combatir con cierta eficacia el mal de que hablo. Pero si esta eficacia ha de ser mayor; si hemos de ir creando el teatro nacional, no lo que irrisoriamente se ha llamado así, sino el verdadero teatro nacional, fuerza será que una previa censura en la cual figure un literato enérgico y avisado, impida, no sólo todo aquello que ofenda la decencia de las costumbres, sino todo aquello que ofenda la decencia del idioma: que nuestra lengua evolucione gracias a un Rubén Darío, a un Leopoldo Lugones, a un Díaz Mirón, santo y bueno; pero que tres o cuatro autores anodinos de género ínfimo la desfiguren y enturbien, malo, absolutamente malo e intolerable.

- XXI -

Las literaturas clásicas como arbitrio para obtener la ecuanimidad.

¿Por qué deben estudiarse las literaturas clásicas?, se pregunta, en el periódico *Patria*, de la ciudad de Roma, el profesor Neno Simonetti, del Real Liceo di Ipoleto.

Y responde él mismo a su pregunta de esta manera: «Porque poseen una potencialidad eficaz para la inteligencia: educan el sentido del arte y desarrollan la facultad del raciocinio».

Estas literaturas, aunque muertas, tienen un espíritu inmortal, cuando se sabe encontrar su verdadera esencia -en concepto del mismo Simonetti-, y el pensamiento clásico que entrañan es fuente perenne de cultura.

Todo esto es cierto: pero si a mí me preguntasen porqué deben estudiarse, por qué deben leerse cuando menos los grandes autores clásicos, aun en aquellos países como el nuestro en los cuales

se ha suprimido la enseñanza del latín, yo respondería que por una sola y capital razón: porque tranquilizan.

Quizá no haya nada tan pedagógico en estos tiempos, nada tan esencial, como tranquilizar el ánimo de la juventud.

La vida moderna llena de vibraciones y de sorpresas, en la que se suceden descubrimientos, teorías, métodos; en la que todo gira vertiginosamente; en la que nada hay aún que pueda decirse definitivamente conquistado; en la que, por último, las especializaciones y divisiones requeridas para el estudio de las ciencias son cada día más numerosas y fatigantes, la vida moderna, digo, está caracterizada por un mal terrible.

Por la inquietud. Nos falta el aplomo necesario y volvemos los ojos a todas partes esperando siempre y temiendo siempre algo nuevo que ha de venir.

Han perdido su consistencia nuestros pensamientos, y no es muy indiscutible, que digamos, la finalidad de nuestros actos.

La ciencia empieza a alumbrarnos, presentimos que un día no lejano su fulgor habrá de ser maravilloso: pero ahora, titubeante, si por una parte nos hace adivinar nuevas rutas, por otra nos deja ver lo espeso y desconcertante de las tinieblas que nos rodean.

Añádese a esto lo despiadado, lo cruento de la lucha por la vida; la actividad excesiva a que estamos condenados, la perenne confabulación de viejos y nuevos deseos, la ambición mantenida en las almas por el espectáculo ostentoso del ajeno bienestar, de la ajena riqueza, y piénsese en la suma de inquietud que todas estas circunstancias deben producir en el espíritu moderno.

Ahora bien, la literatura clásica tiene este privilegio:

¡tranquiliza!

Si a San Agustín le hacían llorar las angustias de Dido, de lo cual se acusa con pella, ya converso y devoto, a nosotros los hombres de esta época, tan lejos en todo y por todo del espíritu antiguo, ya aquellas pasiones, aquellas luchas cantadas por los grandes poetas griegos y latinos, no pueden producirnos otra sensación que la de una noble y serena melancolía remota, que la de una suave simpatía dentro de una perfecta ecuanimidad.

Las propias angustias de aquellos tiempos, los propios retorcimientos clásicos, no aciertan a inquietarnos, y dentro de un augusto ambiente penetrado de serenidad veremos siempre las torturas de Laoconte y los dolores de Niobe.

Todos los tormentos, por virtud de los siglos, se han lapidizado, se han vuelto ritmo perenne, línea inmutable, actitud estatuaria... Son para nosotros como una perspectiva de arquitecturas perfectas, hechas con el purísimo maridaje del dórico, del jónico y del corintio...

Parécenos al leer esas epopeyas, o esas anacreónticas, o esas odas, o esos madrigales, esas elegías y epigramas, como si pasásemos, en la paz de una tarde de otoño, por una vía bordada de pórticos, bajo la blancura de marmóreos arcos de triunfo, en los cuales están eternizadas las hazañas de los viejos dioses y de los invictos emperadores.

No hay allí un solo detalle capaz de producir el desconcierto, la emoción aquella, la indecisión. Todo es, por el contrario, bello, grave, perfecto, y a veces luminoso y suavemente triste...

¿Y qué bien nos hace entrar en esa Atenas silenciosa o en esa vía Apia, o vía Flamiuia, donde ya nada se agita, donde los semidioses y los hombres quedan inmovilizados en el instante preciso en que el ritmo de sus formas, de sus miembros, alcanzaba su máxima hermosura y su máxima majestad!

Yo de mí sé decir, que, cuando, después de estos inevitables razonamientos con la vulgaridad necesaria de mi vida y de las vidas de los demás, cuando después de esta perenne lucha cuyo

triunfo es inferior al esfuerzo que nos cuesta, me siento desazonado e inquieto, entro con fruición incomparable a estos palacios de mármol, a estas termas apacibles, paso lentamente bajo de estos arcos triunfales que nos cuentan batallas de hace dos mil años; me paseo entre las columnatas de los vestíbulos; me reposo en las graderías de los templos; apaciento mis miradas en las actitudes eternas de las estatuas; veo con amor los graciosos pliegues de sus túnicas que ni modificará ya el andar ni agitarán los vientos; recorro con los ojos amorosos las espirales en relieve de las columnas conmemorativas; reclino mi brazo en las cornisas de los sepulcros; leo los desiguales epitafios de las losas votivas y subo por fin a las santas colinas para contemplar la mansa agonía del sol, que pone tonos de rosa en todos los bronces y tonos de bronce en todos los mármoles...

Y esto que me acontece con la literatura clásica, esta paz, esta quietud, esta ecuanimidad que merced a ella conquisto, no se desdice ni disminuye con lo que se llamó hace algunos años la poesía parnasiana, esa poesía que se preciaba de ser blanca y simétrica como los pintores griegos, perfecta como las estatuas de Praxíteles, de Fidias y de Cleomeno, sin emoción, cual el alma sonriente y armoniosa de un efebo; esa poesía que, como reza el célebre verso de Baudelaire: Odiaba el movimiento que desplaza las líneas, y que pasó por el mundo, lineal, nevada y desdeñosa, mostrando a la multitud atormentada sus magníficas cráteras labradas a cincel y el puro gálibo de sus vasos esbeltos...

Así, pues, dejo a Virgilio, a Horacio y a Homero para leer a Leconte de L'Isle, a Heredia -a estos dos sobre todo- y les debo a tan nobles y blancos maestros tanta serenidad como a los antiguos poetas inmortales.

Fijaría yo, pues, en todo programa de literatura, aun en aquellos que se inspiran en ideas y métodos ultramodernos, la lectura periódica de los griegos y latinos, hecha con amor por hombres de la cultura y del espíritu entusiasta de un Jesús Urueta.

Cuentan que Felipe II solía decir a los harto tímidos familiares o embajadores que se cortaban y temblaban en su presencia:

«¡Sosegaos, sosegaos!»

Esto hay que repetir a la juventud moderna, agitada por todos los vientos, sacudida por todas las vibraciones, desconcertada por incesantes teorías, ensordecida por los mil ecos de la prensa, devorada por tan diversos y punzantes anhelos, y preocupada por la rudeza de los combates que la aguardan:

«¡Sosegaos, sosegaos!»

Y para sosegarse hay dos medios eficaces:

El primero, los juegos atléticos, bien entendidos, sin records, sin matchs, sin vanidad en fin; y el segundo, las lecturas clásicas.

Pero fuerza es insistir: las lecturas clásicas hechas por un buen lector, con entusiasmo y con cariño.

Cuando hace dos años se planteó el problema de estas lecturas en la Escuela Nacional Preparatoria, el señor Sierra opinó, con mucho tino, que debían ser completas. Esos trozos tomados de aquí y de ahí, esas mutilaciones, esas expurgaciones hechas sin ton ni son, con estrechez de criterio, no producían en lo más mínimo el efecto de claridad, de apaciguamiento y de luz, que nos causan los grandes autores. ¡Qué sabor podría tomarse a un canto de la *Iliada*, o a un acto de las tragedias esquilianas, desarticulados de la obra madre!

La única cosecha de tales lecturas era el tedio.

Se necesita la lectura completa. Claro es que se puede expurgarla, que el escrúpulo bien entendido de un profesor se negará a dar al alumno la idea de apasionamientos y desviaciones de

la naturaleza que perturbarían la diafanidad de una conciencia o, cuando menos, prepararían la eclosión de una curiosidad malsana; pero aparte de que en las grandes epopeyas, que es a las que muy especialmente me refiero, no hay por lo general escollos de éstos, se puede, sin alterar la belleza de ciertos pasajes, cuando se tiene un espíritu fino, velar todas estas clásicas miserias! El buen lector, el sugestivo, el amable, el familiar lector, que tiene una voz tibia, pastosa, rica en el registro medio, pródiga en inflexiones: *ecco il problema*! Un lector así no tiene precio. El os hará sentir toda la divinidad que hay en los grandes griegos y latinos.

Buena traducción y buen lector urgen, pues.

Dificilillas son estas dos cosas, lo comprendo; pero hay que procurarlas.

Buena traducción no sentenciosa, no apelmazada, no enfática (sobre todo no enfática) como algunas que yo conozco. Huir en ella de los largos períodos, no usarlos con suma discreción. La prodigalidad en las cláusulas, en los incisos, en los apartes, en los puntos y comas... *voilá l'ennemi*!

Estilo fluido, casi ligero, con ciertas gravedades, cuando las pida la majestad del griego, pero sobre todo sonriente y gracioso. Cabe en la tragedia antigua la sombra de una sonrisa, esa sombra de sonrisa que juega aún en los mármoles más atormentados, porque los griegos no comprendieron los grandes dolores de una gran armonía de líneas. Prometeo es bello en su roca. En el mar que lo rodea sonrío el zafiro del cielo: juega la luz en la rosada desnudez de las oceánidas que lo contemplan... Laoconte muestra en sus movimientos un indecible ritmo que nos cautiva, y hay un incomparable embeleso en la actitud de Níobe desolada. Quizá -no me cansaré de repetirlo- es el lector lo más difícil de hallar.

Yo me lo imagino, en primer lugar, con un espíritu cálido, meridional, y querría que fuese un delicioso conversador. La lectura, casi siempre, debe ser, en mi concepto, una conversación que se tiene con uno o varios silenciosos oyentes. Una conversación en que no hay interlocutores.

Debe dársele todo el encanto, toda la naturalidad de lo habitual. Debe saberse jugar con las pausas, con la deliciosa expectativa de las pausas, cuando se hacen a tiempo, en los pasajes por excelencia, al borde por decirlo así, de los sucesos capitales afilando de esta suerte el interés y exaltando la curiosidad del auditorio.

Se requieren, pues, un lector así, una traducción así... Pero cuando ambas cosas se han logrado en un establecimiento de educación, creedlo, no habrá mejor tónico para las almas de los alumnos, no habrá mejor equilibrio para sus facultades. Esas lecturas los penetrarán, los saturarán, los vestirán de sosiego, serán en sus espíritus activos e inquietos, como la suave y augusta quietud de un luminoso crepúsculo de septiembre!

- XXII -

La literatura española y la portuguesa. -El concepto francés de cada una de ellas.

Enrique Gómez Carrillo, respondiendo a una información sobre la literatura española, escribía hace algunos días a Gustave Kahn: «Tengo la convicción melancólica de que no hay en Francia una literatura tan desconocida como la de España, ni un país tan desconocido como España misma. Desde Teófilo Gautier hasta Pierre Louys, y desde Paul de Saint Víctor hasta Mauricio Barrés, nada parece haber cambiado para aquellos que salen de París rumbo a Madrid. Y esto

consiste en que nadie atraviesa la frontera con el alma simple del que busca impresiones personales, sino que todos, por el contrario, llevan ya en la memoria el catálogo de las sensaciones que hay que experimentar, de los paisajes que hay que amar, de los espectáculos que hay que admirar. Y en resumidas cuentas, ¿se viaja por España? ¡No!, más bien se hacen peregrinaciones. Hay una fe sentimental y una doctrina pintoresca, contra las cuales nadie quiere rebelarse. Y así vemos a un escritor que en otras materias es siempre independiente, Jean Lorrain, buscar en nuestros días, en una ciudad de trabajo y de comercio, de riqueza y de modernismo, en Barcelona, a la andaluza de obscuro seno con que soñó Musset. Pero, ¡qué digo! otro escritor que se envanece de conocer a España como a su propia patria y el español como su lengua materna, ha publicado recientemente una colección de cuentos en los cuales, queriendo encerrar el alma entera del país de *Don Quijote*, no ha puesto sino jirones incoherentes de un alma fantástica.

Me refiero a Jean Richepin y a sus cuentos españoles, esos cuentos que los parisienses leen como la cosa más natural del mundo y donde se encuentran, al par que las siniestras caricaturas de Goya, las ingenuidades populacheras de los cromos que decoran las cajas de pasas».

Las observaciones de Gómez Carrillo son de una desconsoladora exactitud. Los franceses pasan la frontera con el propio espíritu novelero, curioso y falseado por absurdas literaturas, con que las americanistas románticas trasponen aún el Río Bravo del Norte para viajar por Méjico.

¿Qué extraño es, pues, que la literatura española sea tan mal conocida en Francia, si el país mismo sigue viéndose a través de un absurdo velo abigarrado, en que parecen estallar los más vivos colores?

La preocupación es tan honda, tan enraizado está en Francia el viejo prejuicio relativo a España, que está efectuándose aquí un fenómeno curioso. Los escritores españoles, después de protestar en todos los tonos contra la absurda manera de verlos y de juzgarlos que se tiene en Francia, han acabado por resignarse y ya no hacen más que sonreír cuando algún periódico francés o algún libro que *vient de paraitre*, les trae una nueva versión de la eterna novela forjada del otro lado de los Pirineos.

Azorín expresaba el otro día con mucha gracia que acaso, en suma, un país no era como la realidad lo había hecho, sino como la imaginación de quienes más saben había decidido que fuese.

La Leyenda tiene la vida dura, y así como, según el proverbio árabe, es más fácil arrancar a una leona sus cachorros que a una mujer su ilusión, así es de arduo sustituir una fábula por una realidad.

Y sin embargo, Dios sabe lo que los españoles y aun los hispano-americanos hemos trabajado por mostrar a España tal cual es ante Francia.

Doña Emilia Pardo Bazán ha publicado en francés cuanto dato se le ha pedido sobre el arte y la literatura españoles; Rubén Darío y Gómez Carrillo han hecho otro tanto. La España Moderna, del primero, ha sido leída por algunos franceses cultos. A Menéndez Pelayo, a Pérez Galdós y a Pereda se les ha traducido al francés. Misericordia, del segundo de los escritores citados, traducida por M. Bixio, ha circulado bastante en París. Blasco Ibáñez, traducido por Herelle, empieza a ser conocido, y Rubén Darío, que de una manera tan comprensiva representa el nuevo movimiento, los nuevos impulsos de la poesía y de la literatura españolas, ha vivido muchos años en París y ha tratado a todas las personalidades de la intelectualidad francesa.

Más todavía: La influencia del espíritu francés, que los franceses gustan extraordinariamente de buscar en los otros pueblos, desentrañándola y definiéndola admirablemente, acaso en ningún país sea tan visible como en España... sin que los franceses se percaten de ello.

Librodot

Gómez Carrillo, echándoselo en cara, les citaba esta página de Manuel Ugarte, que por no tenerla en su original traduzco del francés:

«El movimiento que tiene por objeto modernizar el castellano, viene de fuente francesa. No todos quieren confesarlo en España, pero esta es la verdad. Abandonando la solemne y vaga verbosidad del antiguo castellano, todos comienzan a ceder a las exigencias de la época, esforzándose en dar un poco más de precisión a sus frases. Los escritores hispanoamericanos, cuya cultura intelectual es exclusivamente francesa, han sido los primeros en emanciparse del purismo y en tomar la iniciativa de la evolución.

Algunos han exagerado la tendencia, y llevados de su deseo de innovar, han escrito en un dialecto ridículamente incomprensible. Pero el tiempo, que se encarga de poner todas las cosas en su lugar, ha sabido portar un correctivo a estos ímpetus apasionados, reduciendo la tentativa a sus verdaderas proporciones. No faltan en España, entre los jóvenes, autores concisos y brillantes que se atienen más a la rapidez de la expresión que a las tradiciones de la forma... Tienen la desventaja de no contentar a los hablistas meticulosos que pasan su existencia imitando a los maestros antiguos; pero en cambio tienen la ventaja de ser leídos con interés por el público».

«Hemos logrado, dice Salvador Rueda, hacer dar al castellano un paso hacia adelante, durante estos últimos quince años, volviéndolo sanguíneo hasta la congestión, pintoresco hasta la fidelidad del retrato, luminoso hasta el deslumbramiento, plástico hasta el relieve, y alado hasta disolver las ideas y darles el acento de la música y de los coros.» Y este es el resultado de la influencia de la literatura francesa en España.

A pesar de lo cual y de ese orgullo que apuntaba arriba, que hace que Francia no se informe de las literaturas extranjeras sino juzgándolas como emanaciones de la literatura propia y complaciéndose así en descubrirlas, la literatura española es casi desconocida en París.

No pasa lo mismo empero, y este es un hecho muy curioso, que quiero anotar en mi informe, no pasa lo mismo con la literatura portuguesa.

¿A qué se debe esta excepción?

¿A la excelencia de esa literatura? No, por cierto, ya que concediéndole y todo bastante mérito y conviniendo en que Portugal es, para usar una frase francesa, un petit pays á grande litterature, ésta no puede compararse ni en calidad ni en cantidad con la española.

¿A cierto matiz de exotismo? Claro es que algo incluirá tal matiz, aunque sólo algo. En efecto, Francia, que es el clarín del mundo, que sabe hacer un ruido tan noble alrededor de ciertas obras, de otra suerte condenadas quizás a una relativa ignorancia, busca en las literaturas extranjeras que descubre no sólo la huella de la propia que tanto le agrada encontrar, sino una miaja de exotismo que satisfaga su novelero espíritu latino. Ahora bien, Portugal resulta aún un si es no es más exótico que España para los parisienses.

Hasta hace algunos años, sin embargo, los dos solos nombres ilustres en la intelectualidad lusitana, que sabían deletrear los franceses, eran, el del gran Camoens y el del alegre Gil Vicente. Los mejores informados acerca de la moderna literatura portuguesa habían leído impresos los nombres de Joao de Vens y de Almeida Garrett.

Surgió en éstas el simbolismo francés y en Portugal hubo un ingenio suficientemente poderoso para cultivar la nueva simiente poética con el mismo vigor que los Macterlinck o los Moreas. Este hombre fue Eugenio de Castro, a quien sus primeras obras valieron la amistad y el aplauso de todos los pequeños príncipes literarios nacidos a la publicidad en 1884.

Después de Eugenio de Castro se popularizó en Francia *Oliveira Soares* y los poemas *la Reina de Saba,* y *los Palacios Confusos* pasearon en triunfo por todos los cenáculos.

Librodot

La literatura portuguesa se puso de moda. Los nuevos hablaron ampliamente de ella, con especialidad uno, a quien con justicia se ha llamado en Francia el Introductor de las letras lusitanas, Mr. Phileas Lebesgue, quien buenas páginas dedicó a sus colegas de Tras os montes en el Mercurio de Francia.

Quizá Lebesgue exageró una miaja el valor de sus amigos. «Leyéndole, dice un viejo simbolista, podría uno creer que la literatura portuguesa no cuenta entre sus adeptos más que genios, lo cual es demasiado, porque esto no acontece con ninguna literatura; ¿pero acaso no vale más esto que una reserva llena de acritud y el inútil desdén ante los bellos esfuerzos?»La reserva llena de acritud y el inútil desdén nos han tocado en suerte a los hispanoamericanos. Lejos de que alguien se tomase el trabajo de estudiar nuestra labor, la magnitud de nuestra labor (ahora apenas iniciada en España), la ignorancia se limitó a declarar a priori que todos éramos plagiarios de los franceses y la ironía grosera e inculta nos vació encima todas sus burlas.

Aun hay mucha gente seria que cree que la labor modernista se ha limitado a usar una jerga incomprensible, esmaltada de las palabras *glauco*, *lilial*, *policromo*, *venusino*, etc., y que toda gente sensata debe inspirarse en las redondillas de Sinesio Delgado y en los sonetos de Manuel del Palacio.

Pero volviendo a la literatura portuguesa, diremos que las exageraciones de Phileas Lebesgue fueron en extremo útiles.

Así como el que poco pide nada merece, así el que no grita mucho no es oído, y en París, entre el estruendo de todos los entusiasmos, de todas las iras, de todas las opiniones, hay que gritar mucho.

Eugenio de Castro y Oliveira Soares abrieron, pues, en Francia el camino a los demás, y pásmense ustedes de esta verdad: Francia hizo que los españoles y nosotros los hispanoamericanos conociésemos la literatura portuguesa, como ha hecho que conozcamos de un Villiers de l'Isle-Adam, se sabría Queiroz de memoria».

«Eca -continúa diciendo Kahn- fue también un satírico de valor. En cuanto a Fialho d'Almeida, es un *panfletiste* y *conteur*, en quien lo trágico se une a lo cómico, lo melancólico a lo grotesco, lo malicioso a lo macabro... Sus retratos se destacan en plena y cruda luz, fijados de una manera inolvidable, por medio de algunos mordentes rasgos de lápiz. En otros escritores, como Camilo Branco, la verba bufonesca y satírica va unida a cierto sentimentalismo».

Según el escritor citado; *la saudade lusitana*, «esa melancolía que constituye el extraño encanto de los mejores poetas de Portugal, parece ser más bien de esencia céltica y se superpone al viejo fondo ibérico, exuberante, alegre, sensual, enamorado de las réplicas vivas, de las justas del espíritu y de los contrastes».

Pero estos análisis étnicos nos llevarían muy lejos de nuestro propósito y alargarían desmesuradamente nuestro informe, en el que sólo hemos pretendido dar una idea de la literatura portuguesa actual y del lugar que ella y la española ocupan en la estimación de los franceses y de los hispanoamericanos.

- XXIII -

La instrucción primaria en España.

Librodot

En 1319, don Enrique II expidió en la ciudad de Toro una pragmática en la cual ordenaba que los maestros no fuesen presos ni molestados por ninguna razón ni causa; que los justicias y escribanos saliesen a recibirlos a las puertas de las audiencias cuando tuviesen algún pleito y que no les hiciesen pagar derechos en causa alguna; que, por último, disfrutasen de cuantas gracias y privilegios gozan los duques, marqueses y condes.

Como se ve, don Enrique: «Rey de España la muy gruesa, que por fechos de gran nombre conquistó tan rica fuesa», según rezaba su epitafio, debido, si mal no recuerdo, a Jorge Manrique, sabía muy bien lo que traía entre manos, y merecía por este hecho haber sido en los actuales tiempos soberano del país más culto de la tierra. ¡Quién le hubiera dicho empero al gran bastardo que cinco siglos más tarde, es decir, lo suficiente para civilizar cinco mundos, un sucesor suyo, Fernando VII, cerraría las Universidades, prefiriendo a ellas la apertura de la escuela de tauromaquia de Sevilla!

Así fue, en efecto, y como para preparar el advenimiento de Fernando VII, ya en las postrimerías del siglo XVIII había en España 317.423 niños y 553.579 niñas en edad escolar que no recibían instrucción alguna, sin contar el enorme resto de adultos.

Cierto que un siglo más tarde, en 1897, los 317.423 niños analfabetos se habían reducido a 92.184; pero, en cambio, las 553.579 niñas analfabetas sólo se habían reducido a 419.018. De 1897 a 1906, año de gracia que vamos acabando, de seguro que sería mucho suponer que los niños analfabetos se hubiesen reducido a 80.000 y las niñas a 400.000; pero aun suponiéndolo, tendríamos que hay todavía en la Península cuatrocientas mil niñas y ochenta mil niños que no van a la escuela estando en edad de ir.

Como se ve, la situación, es bastante análoga a la nuestra, empeorada allá por la difícil penetrabilidad mental de la raza indígena; pero la nuestra tiene de bueno que va corrigiéndose a grandes pasos, en tanto que en España se corrige con una extremada lentitud. En efecto, bastaría para darse cuenta de esta lentitud una comparación.

En España hace un siglo las tres quintas partes de los niños llegados a la edad escolar no recibían instrucción alguna, mientras que en la actualidad el número de los mismos que no va a la escuela es sólo una séptima parte, refiriéndonos sólo a los varoncitos, ya que, como hemos dicho, hay cuatrocientas mil niñas en estado y condición de aprender que no aprenden.

En la India hace apenas sesenta años no había más que 150.000 niños que fuesen a las escuelas. En la actualidad, ¿sabéis cuántos van? Cuatro millones. Estableced ahora si os place la proporción.

Pero ¿es irremediable esta situación en España? No por cierto: todo el que ausculte con alguna atención este país advertirá que sus palpitaciones se aceleran, que sus energías aumentan. España adelanta, España encuentra de nuevo su camino. Marcha aún con cierta timidez, con cierto recelo; pero marcha, y como ha concluido por conocerse a sí misma, por no forjarse vanas ilusiones, por darse cuenta exacta de sus fuerzas, ya ningún espejismo la detendrá en su ruta.

Es mucha carga para un país tener un gran pasado. Cuesta mucho trabajo caminar hacia el porvenir con una gran historia a cuestas.

Frecuentemente hay que volver la vista hacia atrás; y el ejemplo de los abuelos, la influencia de los hechos y de las situaciones análogas a las que se nos siguen presentando suelen destruir las mejores iniciativas y los más firmes propósitos. La tentación de volver la cara hacia atrás es poderosísima... y hay peligro de convertirse en mujer de Loth, como en la comedia de Eugenio Sellés.

¿De qué depende la lentitud en el avance de la instrucción primaria en España? Parte de la, tenaz intromisión de la Iglesia en la enseñanza; parte de la falta de fe en la escuela; parte de las pésimas condiciones a que se hallan sometidos los maestros.

Don Eduardo Vincenti, en un trabajo premiado en concurso abierto por El Imparcial, dice, sintetizando elocuentemente el actual estado de la cultura española:

«Reina una deplorable unanimidad respecto a nuestros organismos de enseñanza, y así es que nadie discute y todos afirman que instruimos poco, que no educamos nada, que el maestro no obtiene fruto alguno de su trabajo, que la decadencia intelectual es un hecho, y que se impone la total reforma de toda educación nacional.

»Todos, ante el fracaso de la familia, de la Iglesia, del Municipio y del Estado, y después de proclamar que la enseñanza es una función social, piden que el Estado intervenga siquiera sea por modo transitorio, porque al lado del derecho del padre está el del niño, y unidos a los deberes de la familia los del Estado; porque los seres sociales nacen para vivir en el mundo a la vez que en el seno del hogar, y, por tanto, la humanidad tiene derecho a saber si se lo envía un individuo perturbador o un elemento de progreso y de paz.

«No hay más organismo con fuerza y elementos propios para el ejercicio de tan alta función, que el Estado o la Iglesia; así, pues, uno de éstos debe ser el representante de la sociedad y el ejecutor de sus aspiraciones, y descartada la Iglesia por propia declaración, al decir Jesucristo: «Mi reino no es de este mundo» (*Ioan XV*, 14, 36); y no aviniéndose a su espiritualismo, ni a la rigidez de su conciencia, ni de sus cánones la investigación científica queda sólo al Estado; a esta entidad tenemos, por tanto, que dirigirnos.

»La organización de la enseñanza tiene que partir de arriba, empezar por la cúspide, y por tanto en el Ministerio tiene que iniciarse la reforma; y para esto, deberá encomendarse aquélla a personas de gran autoridad, creando al efecto tres centros directivos, extraños a la política, consagrado cada uno de ellos a distinto grado de la instrucción pública, y con el general objetivo de redactar las bases de la ley que sustituya a la de 1857.

»La red oficial es tupida; tenemos cuanto tienen todos los países civilizados y, sin embargo, no tenemos nada, porque todo muere en la *Gaceta* y nadie se cuida de averiguar si se cumple lo mandado.

»Partiendo, pues, del hecho de que no se puede organizar el Estado sino por medio de la educación, y de que no se puede organizar la educación sino por medio del Estado, entendemos que la nueva organización de la enseñanza demanda, para poder llevarla a cabo en buenas condiciones, partir de las siguientes premisas:

»Primera. Creación de tres Direcciones técnicas en el Ministerio de Instrucción Pública, o sea: de enseñanza primaria, de enseñanza secundaria y superior, y de Bellas Artes y escuelas especiales, que serán desempeñadas en comisión por personas de relevante mérito y de reconocidas aptitudes pedagógicas.

»Segunda. Presentación a las Cámaras de las bases de una ley de instrucción pública y prohibición absoluta a los ministros de alterar aquéllas por decretos una vez desarrolladas; y

»Tercera. Reorganización del Consejo de Instrucción Pública».

Respecto de la falta de fe en la escuela que se advierte en España, y de la cual hablábamos al principio, es muy lógica si se atiende al abandono en que la escuela misma se ha dejado. Hay, según el referido señor Vincenti, 18.000 maestros con menos de 1.000 pesetas anuales de sueldo no obstante el rápido encarecimiento de la vida en España. Estos 18.000 maestros sirven 18.000 escuelas que no cuentan para la compra de material escolar más que con tres pesetas mensuales;

Librodot

tocan a cada maestro 84 alumnos, a los cuales tienen que enseñar en ciento cincuenta días de cada año, pues el resto son, por uno o por otro concepto, días festivos o de reposo, y por último, como una masa sombría que obscurece el horizonte de la nación, el 64 por 100 de los españoles no sabe leer, y hay millón y medio de niños que vagan por las calles y los campos. Añádase a esto el pésimo estado de los edificios que sirven para escuelas, su cubicación defectuosa, su falta de aseo, de mobiliario, etc.

Ante tal estado de cosas, hay sin embargo muchos españoles patriotas y cultos que no desmayan y que piensan continuamente en la difusión nacional y rápida de la instrucción primaria, base de todo edificio de cultura.

Don Eduardo Vincenti propone en su estudio a este respecto, las siguientes reformas:

«Creación anual de 1.000 escuelas según vayan saliendo de las nuevas Normales los futuros maestros, con el fin de que concurran los niños que hoy no pueden asistir a las escuelas por falta de aquéllas, pues sin aumentar antes el número de escuelas, de maestros y de locales, no se puede plantear el precepto de la ley de 1857 sobre la enseñanza obligatoria.

»Crear 5.000 escuelas de un golpe en el presupuesto sin maestros ni locales, es continuar el descrédito de la escuela.

»Cursos temporales para los 'actuales' maestros, con el fin de darles una preparación breve o intensiva en algunos meses, especie de instrucciones concretas (como se hizo en Francia en los cursos complementarios del Museo Pedagógico).

»Aumento de los sueldos de los maestros en términos que les permitan dedicarse con más fervor a la enseñanza, partiendo de un mínimum de 750 pesetas para los actuales, y fijando en 1.000 los que disfrutarán los procedentes de las nuevas Normales, con el fin de que sueldos y personal estén a la misma altura.

»Aumentar todos los sueldos de a mil pesetas, atraería las animosidades de los contribuyentes; el aumento debe, pues, venir en las condiciones ya citadas, no por la voluntad de un ministro.

»Creación de las escuelas de 'párvulos' según el sistema *Froebel*, en la capital de cada región, ínterin no pueden establecerse en todas las capitales de provincia. Hoy tenemos una en Madrid como si fuese un objeto de arte, de lujo.

»Organización de las escuelas especiales de 'adultos' para concluir rápidamente con los analfabetos, por lo menos en todos los pueblos mayores de diez mil habitantes».

En efecto, para comprender la inmensa necesidad de estas escuelas de adultos, bien organizadas, hay que advertir que sólo existen 80.000 niños y 400.000 niñas en edad escolar, que no van a la escuela en España; los niños todos no dan sino un 15 por 100 de la cifra de analfabetismo, que es, como decíamos, de 64 por 100; es decir, que el 49 por 100 restante está constituido por analfabetas adultos!

Resulta, pues, que, como en España, y según las frases del autor del estudio a que hemos venido refiriéndonos, «el soldado, el jurado, el elector y el labrador, ejercen sus funciones sin conciencia de lo que hacen, y es, por tanto, la verdadera masa nacional una masa totalmente inadecuada, es menester que entre la escuela primaria para niños de cuatro a doce años, y los centros superiores enclavados en las capitales, se creen escuelas rurales, complementarias de perfeccionamiento, para que el patriotismo, la moral (lecciones hoy de memoria en la escuela), tengan en aquéllas un desarrollo práctico, vivo, que eduque el espíritu, el corazón y la voluntad.

»Estas escuelas, añade, podrían ser de campesinos en el invierno, pues los trabajos del campo lo permiten más fácilmente; la enseñanza, más que por asignaturas, debería ser por conferencias y adecuada a cada localidad.

Librodot

»Adultos y campesinos no pueden someterse a los cánones fijos, petrificados, uniformes, del programa, de la legislación, del título, etc.

»Respecto al maestro, debe ser el mejor que se encuentre, con o sin título, maestro público o libre, esto poco importa; lo que importa es que no sea la escuela de adultos una institución para aumentar los sueldos de los actuales maestros, que dan o no la enseñanza, y que si la dan, se limitan a enseñar a leer y escribir como pueden y saben, y muchos (sin título), ni pueden ni saben».

Con respecto a los libros y programas de estudios, el señor Vincenti dice:

»Urge publicar la ley marcial escolar, dejando sin efecto todas las declaraciones de «libros útiles para la primera enseñanza», hechos por Consejos y ministros. Someter a reglas fijas los que en adelante se utilizasen, para evitar se copien y extracten unos a otros, y para que se enseñe más con ejemplos que con definiciones. Gramática y catecismo (ambos adaptados a la escuela y revisados los últimos por el Consejo) y vocabulario, bastan.

»La educación no está en el libro de texto, ni en el programa; está en el método, en la acción, en la habilidad del profesor, en su poder de crear y dar vida a la personalidad naciente.

«El programa ideal sería una hoja en blanco en que el maestro escribiese los signos de cada alumno».

La instrucción debe seguir la ley del desenvolvimiento natural del niño, y así el dibujo debe ser estudiado como un verdadero lenguaje teniendo en él cada niño un medio voluntario de impresión y de expresión.

Antes que las reglas del lenguaje, hay que conocer las palabras; nada de Ética o Derecho en las elementales, y mucho en cambio de Agricultura, dejando aquellas enseñanzas con nociones de Física para las superiores, o sea para niños de diez a catorce años.

«Trabajos manuales, pero sin especializar el aprendizaje, ni darles carácter científico, porque sobran fórmulas, tecnología y clasificaciones; téngase en cuenta que los niños en su mayoría van a vivir en el campo, no en las fábricas, y que esos trabajos degeneran en farsas y ridiculeces cuando no están bien dirigidos, debiendo servir en primer término como una gimnasia de la mano y representar un homenaje al trabajo.

»Se pide la enseñanza de la agricultura en los cuarteles y escuelas, y sólo aplausos merece esto, pero francamente, disertar ante soldados o niños sin el arado, ni el campo, ni la granja, nos parece dedicarse a inventar la oratoria agrícola.

»El campo escolar debe ser una verdadera escuela práctica de enseñanza agrícola, dando a cada niño una parcela de terreno para que la cultive, abone, siembre, etc, y haciéndole cuidar uno o más árboles; uniendo esto a una exposición teórica, sencilla, bien al practicar un injerto, bien al podar, etc, se conseguirá más que hablando de lo que producen España y otros países por hectárea (los oyentes no saben qué es esto de hectárea).

»La escuela debe incluir en su programa la educación física, representada por los paseos, viajes y colonias escolares, iniciadas en España con carácter más privativo que oficial. Conviene pasear a los niños frente a la realidad, hacérsela observar, y a la vez hacerles disfrutar del aire y de la naturaleza toda.

»Las colonias en verano, el mar o la montaña y los paseos y visitas los jueves y domingos, serán la mejor lección que pueden recibir.

»La educación religiosa debe seguir al cuidado de la Iglesia (Concilio de Trento) dejando a salvo la autoridad del padre y la conciencia del maestro».

Hasta aquí el señor Vincenti. Nosotros, por nuestra parte, quisiéramos añadir que una de las cosas que más han influido en el atraso de la instrucción pública en España ha sido la inestabilidad de los gobiernos.

Acaba, por ejemplo, de caer el Ministerio López Domínguez, y con él se va el ministro de Instrucción Pública, don Amalio Jimeno, hombre de buena voluntad que había empezado ya a hacer algo en pro de la reorganización de las escuelas de adultos.

¿Seguirá el que venga sus huellas? Es muy difícil, porque cada ministro tiene su programa y el amor propio suficiente para creer que este programa es el mejor.

Para fijarse un programa práctico, para conocer bien el estado mental de un país, para llegar a una legislación efectiva y oportuna, se necesitan un tiempo y una calma que es imposible encontrar en lo furtivo de esos ministerios, cuyos cambios afectan, no sólo a los ministros, sino aun a los subsecretarios y a veces a otros empleados que tienen que retirarse a fin de que el Gobierno que viene después disponga de puestos suficientes para contentar a sus amigos y saldar sus compromisos de partido o simplemente de bandería.

El personal docente, por otra parte, deja mucho que desear. La precaria situación, ya clásica en España, a que se condena todo aquel que ejerce el magisterio, no es precisamente un estímulo ni para reclutar buenos maestros ni para estimularlos ni para moralizarlos. Cada cual tira a salir del paso como puede.

La falta de material escolar retrasa indefinida mente la familiarización del maestro con los nuevos métodos y procedimientos pedagógicos.

No está muy lejos de España Alemania, donde infinidad de jóvenes destinados al profesorado podrían ir a estudiar la pedagogía moderna, especialmente el sistema froebeliano; pero el presupuesto de Instrucción Pública no permite un procedimiento amplio de pensiones para este fin.

Por último, la iniciativa privada, el patriotismo de los ricos, que en otras partes, en los Estados Unidos especialmente, producen tan admirables resultados en lo que ve a la instrucción pública, en España (como en México, helas!) se orientan hacia inútiles fines religiosos. Hay aquí muchos ricos, más de los que se cree, pero casi ninguno de ellos sería capaz de dejar su fortuna para edificios escolares, para bibliotecas, para material de enseñanza, para dar premios o retiros a los maestros de Instrucción Primaria que se distingan, para pensionar profesores y alumnos en el extranjero, para crear museos científicos, para abrir concursos de libros diversos. Aquí como en México, casi todos aquellos que no tienen herederos siguen dejando sus capitales para las llamadas fundaciones piadosas, especialmente para iglesias y conventos, como si no fuera más piadoso civilizar al mundo!

En fin, a pesar de estos obstáculos, con muchos de los cuales hemos tenido también en México que librar descomunales batallas, la España nueva surge lenta pero seguramente al lado de la España vieja. La amputación de las colonias ha podado a la nación, que reconcentra ahora sus energías en el propio solar, y el conocimiento sincero de sus necesidades va haciéndola curarse de males que, en suma, han sido triste patrimonio de todos los pueblos y de los cuales se desembarazará la madre patria con un vigoroso esfuerzo de su aún potente y lozana voluntad.

- XXIV -

Balance literario del año. -Los jóvenes escritores españoles.

-Orientaciones dominantes.

Hubiera querido que este informe llevase por título: «*Los jóvenes maestros de la literatura española*.» Aun había estampado ya este titulo, que me parecía de perlas para mi compte rendue de fin de año, en la cual me proponía sintetizar el alcance del esfuerzo y de la producción literarios, durante la temporada que en la Península he permanecido; pero al tender la vista en rededor, no encontré, no digo ya maestros jóvenes: ni jóvenes siquiera, ni casi literatura moderna.

No encontré jóvenes, porque la juventud no está constituida esencialmente por los pocos años, sino por el entusiasmo, por la agilidad, por el florecimiento, y aquí no hay ya entusiasmo ni agilidad: no hay más que escepticismo, displicencia, tristeza en el terreno literario, que es el que toca analizar. Los que ahora escriben, apenas si se reúnen en pequeños grupos, en un café. Ahí se habla un poco de toros, un poco de política y otro poco de literatura. Se aguza, con trabajo, con mucho trabajo, con pereza, con mucha pereza, un chiste, una frase más o menos ingeniosa, y ya está.

Como la labor literaria sigue siendo muy poco productiva, como la que se exige en los periódicos es de baja calidad, no se lee en los rostros de los que dicen algo al público desde las columnas de un diario la alegría del trabajo. Están tristes todos o fastidiados, por lo que han escrito o por lo que van a escribir, y es tal su falta de entusiasmo que a los más desganados y displicentes americanos, quizá al que esto escribe, por ejemplo, nos encuentran ardorosos, creyentes, entonados.

Nunca había comprendido yo tanto como en España el peso de ese grillete de la labor intelectual diaria, de ese grillete que yo he llevado tantos años, en tan favorables condiciones y sintiéndolo apenas, sin embargo, merced al calor de mi entusiasmo por el trabajo.

El *creare con giria* de D'Annunzio no podría ser comprendido aquí, donde a pesar de las apariencias, del bullicio callejero, el pueblo es triste, quizá más triste que el nuestro, que es uno de los más tristes de la tierra.

Cierto, todo el mundo sale a la calle, pero la mayor parte lo hace porque su tugurio nada tiene de amable, porque ahí se tuesta en verano y se hiela en invierno, porque el ir y venir callejero distrae la cesantía, o las, penas del mucho bregar con duras labores y magra pitanza.

Hay músicas en todas las encrucijadas, pero músicas de ciegos músicas que tocan para implorar la caridad pública, músicas que no pueden ser alegres... que son infinitamente melancólicas.

El literato no tiene, pues, fe en la literatura, y como la obra do arte es sobre, todo una obra de fe, cada día es más escasa y menos substanciosa, sobre todo en Castilla.

El ensueño, más o menos turbulento quizá, más o menos áspero, pero ensueño al fin, generoso y cálido, la pasión por todas las más nobles formas del arte, va a refugiarse a Cataluña, donde hay ideales, donde el influjo del sol provenzal y del viejo y sonoro mar azul, autor de todos los grandes poemas, parecen ejercer vigorosamente.

Y así laboran, allí hombres como Juan Maragall, como Alejandro de Piquer, como Santiago Rusiñol, como Puig y Ferrater, como Alomar, Oliver, Eugenio D'Ors, y cerca de ellos, en la fructífera y dorada Valencia, eso moro ardiente, vivaz, incorrecto, pero lleno de color, de alegría, de luz, que se llama Blasco Ibáñez. Y así viven en Barcelona periódicos como *Forma*, que honrarían no sólo a España, sino a Alemania misma.

Si la literatura castellana joven está enferma, y no de modernismo, que ya se ha visto que éste, desbastado de sus malezas, resulta sano, vigoroso, cristalino, en un Rubén Darío, en un Eduardo

Librodot

Marquina, en un Eugenio de Castro; sino enferma de desilusión, de escepticismo, como cansada, no del esfuerzo propio que acaso no ha intentado o que acaso no ha sido estéril, sino del esfuerzo ajeno, del esfuerzo de las generaciones que preceden a estos muchachos que, por un aparente contrasentido, están ya viejos, que empiezan por no creer en el futuro de su país, que exclaman como Unamuno, el más alto y más hondo de los intelectuales de la España de hoy:

«...Y en tanto, España se despuebla; sus hijos... corren a América, a la España grande y del porvenir, a la tierra de promisión. ¿Y nuestras ideas? Éstas no emigran, no pueden emigrar, son fósiles y las tenemos encastradas en el espíritu. Parecíamos tener un papel cultural en la América latina, nosotros, los de España, la primogénita de las naciones de lengua castellana. Hemos vendido la primogenitura por una olla de garbanzos. Hubo un tiempo en que Bolívar, el Libertador, el Quijote de América, soñó quijotescamente con venir a conquistarnos. Acaso sea este nuestro porvenir: que nos conquiste la América española. ¿Quién sabe si un día la vieja madre tendrá que vivir de sus hijas emancipadas?»¡Ojalá que estas palabras de Unamuno fueran proféticas; ojalá que los hispanoamericanos conquistásemos a la madre bien amada, no por la fuerza de las armas, que esto sería irrisorio y ridículo, sino por la fuerza de nuestro entusiasmo; que la conquistáramos para la alegría, para el júbilo de la vida, para el optimismo!

Es claro que el señor Unamuno cree en su patria, en el porvenir de su patria. Cree tanto como el que esto escribe, que tiene una gran fe en el mañana de España: «La nación -dice- cambia por debajo de su piel, y los parásitos de ésta no lo observan. Un día u otro caerá en jirones esa piel vieja, cuando la nueva esté formada, fresca y tersa, por debajo. Y muchos de nuestros prohombres envejecerán en un día más que han envejecido en veinte años. ¿Será esto así? ¿No será un sueño de mis esperanzas?-se pregunta a renglón seguido el pensador, con cierta inquietud».

No, no es un sueño. España avanza; este es un hecho. Basta ver cómo redime sus finanzas, cómo prestigia su moneda, cómo inicia valientemente leyes que, cual la de Asociaciones, habrán de revolucionar noble y útilmente el país. Pero estos progresos, quizá un poco lentos, y la transformación harto pausada que se va efectuando en los medios de vida, no alcanzan a estimular a los intelectuales, no alcanzan a sacudirlos de su indolencia, de su melancolía, de su pesimismo. Algunos de ellos, no pudiendo hacer otra cosa, se lanzan valientemente al trabajo normal, como Martínez Ruiz, como Luis Bello: otros, aún solicitados de vez en cuando por empresas editoriales, prefieren la estrechez diaria, los recursos aleatorios, la crítica al estado actual de cosas y el ojalá, en la humosa mesita del café, adonde no llevan ni siquiera a pacer a la bestia de la intemperancia, porque los españoles, felizmente, no beben como nosotros los americanos.

Quizá de este estado de ánimo, de esta falta de fe en su país, nace la única literatura que parece irse cristalizando ahora: la humorística a la manera inglesa, la que cultiva con tanto acierto, casi diríamos con tanta maestría Pío Baroja, y a la cual se va consagrando también un escritor viejo, después de andanzas muy diversas: Palacio Valdés.

Sí, los jóvenes literatos españoles, expoliados vilmente por los editores, enfrentados con el problema de la vida material todavía a una edad en que generalmente, en los jóvenes países de América (aun en el mismo Méjico, donde la lucha es brava) ya se ha resuelto, ni creen en su metier, ni gran cosa que digamos en su arte ni en su medio. Están vencidos de antemano, sobre todo por una razón capital: porque no esperan vencer.

Librodot

Si yo quisiera citar las palabras amargas, desesperanzadas de muchos escritores que empiezan apenas, que no se han dado, que no han podido darse cuenta todavía de las verdaderas asperezas del camino, llenaría muchas páginas de este informe.

Hay muchos noveles poetas y escritores que ya no creen en nada, ni en sí mismos y esto, de verdad, no por una pose análoga a la que hacía que los poetas románticos de principios y mediados de la última centuria, a los veinte, a 50s se creyesen los seres más infortunados de la tierra.

He aquí por qué es tan difícil encontrar a los maestros jóvenes de la literatura española, he aquí por qué nadie es ya capaz de pensar y trabajar con el entusiasmo, con la noble alegría, con el sabroso ingenio de los viejos maestros, de un don Pedro Antonio de Alarcón, de un don Juan Valera, de un Pereda, de un Pérez Galdós (para no citar a los clásicos, sobre todo al divino Cervantes, que siendo, como le llamó Benot, el rigor de las desdichas, supo saturar su gran libro de tanto optimismo, de tan sana alegría).

Pero que no haya jóvenes maestros no quiero decir que no haya jóvenes que culminarán, a pesar de todo, del pesimismo ambiente, de la venalidad y rutina de los editores... Y éstos se llaman Ramón del Valle Inclán, Azorín, Pío Baroja, Ciges Aparicio, Luis Bello (aunque su labor no se ha condensado en libros), entre los prosistas; Antonio de Zayas, Eduardo Marquina, los Machado, Villaespesa y Diez Canedo, entre los poetas, y en la literatura dramática, claro está: Benavente, y los Quintero, los Quintero y Benavente.

Ramón del Valle Inclán es, en mi concepto, el más consciente de los jóvenes escritores de España. El que mejor conoce y cultiva los secretos del estilo, el que mejor sabe lo que se propone y adónde va.

Bastaría para hacer célebre y respetable en un país más lector que nuestros países hispano o hispanoamericanos, a un escritor, una obra tan diáfana, tan llena de pericia, de fuerza, de aspiración justa y noble, como la *Historia Milenaria* de Valle Inclán. Yo no creo que en muchos años se haya escrito en España algo superior a ese pequeño libro admirable, que desdeñando cultivar las viejas, las inexpresivas formas del idioma, que son como bagazos del léxico, posee un lenguaje tan puro y a la vez tan nuevo, tan vigoroso y elegante. Un cuento malpocado que el autor sustrajo del libro, redondeándolo y haciendo de él un pequeño todo, bastaría asimismo para crear una reputación y en cuanto a las diversas Sonatas y al Jardín Nocelesco, son de una nitidez y de una música *d'annunziana*, lograda absolutamente dentro del castellano, pero con un conocimiento difícilmente superable de las excelencias de nuestro idioma.

Para Azorín yo no puedo tener más que elogios; entiendo que dentro de la labor diaria, de esa labor efímera, a la que dan lo mejor de su cerebro hombres tan valiosos como José Nogales, Alfredo Vicenti y Luis Bello, Azorín hace verdaderos prodigios. En Francia, sus humorismos admirables, sus crónicas parlamentarias por ejemplo, serían saboreadas al par de aquellas actualidades de Capús que fueron la delicia de cierto público.

Hay además en Azorín una cultura, un fondo, que no encontraríamos sino en poquísimos de los actualistas franceses. Azorín cala mucho, sin dejar por eso de ser uno de los más ágiles, de los poquísimos ágiles que hay en el periodismo español, generalmente hueco, afectado, doctrinario, sonoro, oratorio, ¡qué sé yo!

Pío Baroja es también de los que se han creado un estilo. Sabe además desmigajar en sus libros cierta filosofía afable y de buen tono. En cuanto a Ciges Aparicio, se asemeja extraordinariamente a esos terribles rusos que han hecho libros como *La Casa de los Muertos*.

Librodot

Lo que Ciges Aparicio cuenta tiene quizá más verdad, más horrible verdad que lo que nos han contado esos hombres ingenuos y bárbaros del Norte, quienes han tenido la fortuna de que Francia, al traducirlos y popularizarlos, les dé todas las supremas galas de su estilo, las viejas y elegantes gracias de su idioma pulido, aristocrático y perfecto, y también otra fortuna no menos grande: la de que casi nadie fuera de su tierra, conozca su lengua todavía en formación y de que tenga cierto tinte de exotismo su brusca y desmadejada existencia de tártaros, y sus tendencias de evangelizadores y exégetas enrevesados.

¡Si Ciges Aparicio perfeccionara su estilo!

Felipe Trigo es otro escritor digno de notarse. Es novelista hasta la médula de los huesos; pero le estorba el idioma. Nació para novelar con un instrumento más dócil, más moderno, más rápido de vulgarización y de difusión que cualquiera de las lenguas modernas, harto abundosas, nutridas, mazacotudas para la época de fiebre que vivimos.

-Yo quisiera, me decía él la otra noche, escribir con ciertos signos taquigráficos, o más aún, hallar la manera de no escribir, sino de transmitir a los otros mis novelas sin estos intermedios forzosos y lentos y difusos del lenguaje.

Y tiene muchísima razón Felipe Trigo, porque en suma esto del estilo, esto de la sintaxis, de los refinamientos léxicos, esto de escribir frases lapidarias va a acabar prontísimo, prontísimo va a ser inútil. Ya no hay tiempo de aprender literariamente los idiomas, ni va sirviendo ello de gran cosa. Los idiomas se condensan, se vuelven manejables, breves, concisos, y peor para los que no se vuelvan así.

Serán la heredad de quince o veinte académicos apergaminados, que inconscientes de la vertiginosa marcha del mundo, leerán discursos y escribirán libros benditos para un público compuesto de ellos mismos!

El libro se está muriendo. Dentro de cincuenta años no existirá un solo libro fuera de los pergaminos, no sólo porque el papel que se fabrica actualmente, hecho de fibra de madera, se vuelve polvo en seguida, sino porque los cilindros del fonógrafo habrán sustituido a nuestras bibliotecas.

Pero digamos, antes de concluir este capítulo de los novelistas, que alrededor de las figuras que hemos evocado, gravitan otras, en formación, algunas bastantes apreciables, ésta o aquélla novísimas, las de más allá pasadas de tueste, y que se llaman Miguel A. Ródenas, autor de un libro muy estimable, *Tierras de Paz*; Gutiérrez Gamero, autor de *El Conde Perico*; Suárez de Puga, autor de *Pan de Centeno*, ensayo muy bien logrado; Antonio de Hoyos, joven y aristócrata, autor de *Frivolidad*; López de Haro, que lo es de *En un lugar de la Mancha*; Martínez Kleiser, de *El Vil Metal*; A. Larrubiera, de *Fuera de combate*; Federico Pita, de *Derrotado*, etc., etc.

Otra de las características de la moderna literatura española, es la de mirar al pasado.

Claro que siempre ha habido en España una decidida tendencia al estudio histórico, al trabajo de erudición, a la labor benedictina; pero este género, que parecía no deber tentar más que a los viejos, tienta asimismo a los jóvenes.

«Los libros de este género, dice el escritor Luis Bello, cuyo nombre he citado ya; los libros de este género: monografías sobre sucesos o escritores antiguos, exhumación de documentos, ediciones de autores olvidados, son más, mucho más que los libros originales. ¿A qué obedecerá el fenómeno? ¿Será que la erudición encuentra más amparo entre los editores o que en España arderá el fuego sagrado de la tradición clásica, y los que cuidan de él, hombres solitarios, tenaces, laboriosos, encuentran en su aislamiento la energía necesaria para imponerse? Acaso ocurra

Librodot

también que aquí no hay una protección oficial efectiva sino para el arte que fue; para la historia, para las viejas letras, y no se ha encontrado todavía la forma de que el Estado coadyuve a un movimiento de la cultura actual».

«Pero, sigue diciendo, la explicación más lógica está en la impasibilidad inalterable del bibliófilo, del erudito de vocación. En los momentos de crisis más profunda, aunque los espíritus inquietos anden vagando alrededor de todas las tendencias, veréis que él labra día por día su pequeño sillar, y al cabo de un año, de diez, de veinte, aparece con un grueso volumen. España es tierra donde se da muy bien esta clase de hombres enamorados de la historia; unos que empiezan por el amor de su casa, de su villa, de su región o de su raza, otros que se inspiran en el desamor a lo presente. Y cuando los demás vacilan, callan o se preparan al trabajo, los únicos golpes que se oyen son los de sus batanes».

Recordará usted que uno de los últimos informes que he tenido la honra de dirigir a esa superioridad, se refería justamente al abundante cultivo de la literatura de erudición histórica en España. En ese informe citaba a usted muchas obras recién aparecidas. Ahora podría aumentar mi lista considerablemente; pero a fin de no extenderme demasiado, sólo citaré los siguientes títulos:

Predicadores de los siglos XVI y XVII. Sermones de Cabrera. Teatro de Tirso de Molina. Menéndez Pidal: *Leyendas del Último rey godo.*

Eloy Bullón: *Orígenes de la Filosofía moderna*: Precursores españoles de Bacon y Descartes.

Cortés: *Noticias de una corte literaria*. Valladolid. Isidro Gil Fortuny: *El castillo de Loarre* y *el alcalde de Segovia*.

Colección de libros y documentos de Núñez Cabeza de Vaca.

Salcedo Ruiz: *Estado social que refleja el Quijote.*

Aicardo. *Palabras y acepciones castellanas omitidas en el Diccionario de la Academia.*

Correas: *Vocabulario de refranes y voces proverbiales*.

Padre Alboraya: *Historia del Monasterio de Yuste.*

Apraiz: *Juicio de La tía fingida*.

Rivadeneyra: *Meditaciones y soliloquios de San Agustín*.

Rodríguez Villa: *Correspondencia de la Infanta Isabel Clara Eugenia de Austria con el duque de Lerma.*

Palencia: *Crónica de Enrique IV*.

Actas de las Cortes castellanas do 1609 a 1611.

Horozco: *Relaciones y noticias toledanas del siglo XVI.* Reunidas por el conde de Cedillo.

Edición crítica de fray Luis de Granada, por fray Justo Cuervo.

Edición crítica del Quijote, por Cortejón.

Castro Alonso: *La moralidad del Quijote*.

Castillo y Solórzano: *La niña de los embustes. Teresa de Manzanares*.

Con epílogo de Cotarelo.

Casanova y Patrón: *Anales gaditanos*.

Omeca y Siles: *Bodas regias y festejos*.

Gracián: *Peregrinación de Anastasio*.

Dávila y Collado: *Estudio de las Cortes y Parlamentos valencianos*.

Y conste que no he enumerado ni la mitad de los libros aparecidos recientemente.

Como se ve, la producción original se ahoga por completo dentro del alud formidable de publicaciones históricas.

¿Es esto un mal?

No lo sería, sino, por el contrario, debería reputarse como una gran muestra de actividad intelectual, si estuviera compensada, como en Alemania, Francia o Inglaterra, por una literatura de orientaciones modernas, de miras novísimas, vigorosa, fresca, lozana; pero acaso esta pertinaz mirada de ayer detiene los ímpetus de una raza y paraliza sus esfuerzos.

Afortunadamente, junto a los escritores contemplativos va surgiendo cada día más nutrido un grupo de hombres de acción.

De ellos hay que esperarlo todo.

Por lo que ve a los poetas, una buena parte, estimulada, debemos confesarlo, por el ejemplo de los hispanoamericanos, sigue orientaciones más modernas.

De ellas hablaría hoy sí no alargara así indefinidamente mi informe, por lo que prefiero que sean el asunto de uno de mis próximos trabajos.

- XXV -

Extensión universitaria.

De poco tiempo a esta parte se advierte en la prensa española mayor atención para tratar los asuntos escolares y mayor cordura para examinarlos. Se echa de ver que la preocupación capital del país habrá de ser -si no comienza a serlo ya- la de la enseñanza; que la nación no está conforme con que clasificadores de segunda mano, demasiado diligentes en su desdén, la coloquen a la zaga de otras naciones que antaño estaban supeditadas a ella.

De aquí que las pensiones en el extranjero se vean con mejores ojos y que nadie proteste porque se aumentan; de aquí que los créditos concedidos al Ministerio de Instrucción Pública sean cada vez más amplios; de aquí, por último, la indignación con que se ha recibido en una provincia la disminución de sueldos a los maestros de escuela, y el vivo anhelo que se echa de ver de que su situación mejore.

Otro indicio favorable es el aumento de revistas de las llamadas de extensión universitaria, de las cuales conozco algunas bastante importantes.

Estas revistas de extensión universitaria constituyen uno de los elementos más valiosos el adelanto de la instrucción pública en un país, y yo soñaría para Méjico, en tal sentido, algo muy bello, muy práctico y muy fácil, que nos haría avanzar en breves años al par de las naciones más civilizadas del mundo.

Desearía que cada revista, cada periódico importante de los numerosos que se publican en la República, fuese cual fuese su índole, merced a un poquito de buena voluntad, se convirtiese en periódico de extensión universitaria, o más ampliamente aún, en auxiliar de todo género de instrucción. Bastaría para ello que dedicase una fracción mínima de su texto a asuntos escolares; pero en una forma pedagógica con espíritu metódico, siempre en el mismo sitio y señalada de un modo especial, que aislase tal sección de las otras del periódico.

Imagínense ustedes todo lo que podría contener una sección así hábilmente distribuida. Lecciones de cosas, dibujos, himnos, tratados completos de todos géneros, hábilmente desmigajados.

Así como se pagan redactores políticos o financieros, reporteros sociales, cronistas de teatro, así podría pagarse un redactor escolar, un hombre instruido que aportase sus diarias lecturas bien

ordenadas a la niñez y a la juventud de las escuelas, y que consagrase los diversos días de la semana en su sección a diversos ramos de enseñanza, los cuales favoreciesen desde el parvulito de los jardines de niños hasta al alumno de los cursos universitarios superiores.

Ciertamente hay muchas revistas en España y en América que consagran números u hojas especiales a los niños. El *A B C*, de Madrid, por ejemplo, trae semanariamente una hoja suplementaria dedicada a la niñez, con el título de *Gente menuda*. Pero, en lo general, estos suplementos no son pedagógicos. En ellos se procura simplemente distraer a los niños, no enseñarlos.

A veces las materias están mal elegidas que, más que servir, perjudican a los lectorcitos. Se trata simplemente de una literatura humorística, de dudoso gusto y de una gráfica chusca que nada enseña.

Yo me imagino sin esfuerzo todo lo que una sabia sección para los niños podría contener de enseñanzas y de bellezas. Veamos por ejemplo; la historia de la Habitación, ilustrada y explicada. En una sola sección, suponiendo que ocupase un octavo de plana, al ancho de dos columnas, dividida por plecas, podrían dibujarse hasta cinco habitaciones, llevando cada una al calce su leyenda. Y así, en dos o tres números, podrían desfilar ante los ojos curiosos y embelesados del niño la caverna ancestral, donde los primeros hombres en los lentos ocios intentaban y grabar sobre los cuernos del ciervo y sobre las piedras pulidas las imágenes fugitivas o estables de la Naturaleza; la choza lacustre, donde las mujeres y los niños, adornados de conchas, esperaban el regreso de la tribu, guerrera o pescadora, y distraían su soledad oyendo los secretos del mar en el nacarado seno de los grandes caracoles encontrados en la playa; el castillo roquero en que los barones de la Edad Media anidaban como milanos, y el palacio del Renacimiento, que es gloria de los ojos y ornato noble de las urbes.

Otros cuatro o cinco números bastarían para un cancionero escolar que se popularizaría por toda la República. En cada sección cabrían perfectamente cuatro melodías con su letra.

Pensad asimismo en la facilidad que habría para reunir, en unas cuantas secciones, la flor de la poesía contemporánea dando a conocer a la juventud, con atinada elección y breves comentos críticos, mejor y más ampliamente que cualquier crestomatía, la lírica moderna verdaderamente valiosa.

Y no hablo de los diálogos instructivos acerca de diversas materias, de las vulgarizaciones sobre cosmografía, meteorología y la física del globo, de la historia de las exploraciones geográficas, de las representaciones sintéticas de la fauna y la flora de cada continente, de los mejores capítulos de instrucción cívica, etc., etc.

Así, merced a esta sencilla labor de los diarios, se lograrían dos cosas: primero, mayor amenidad para un periódico, que sin duda obtendría hasta el beneficio de un excedente de circulación; segundo, y sobre todo, el nobilísimo ideal de que la Prensa entera de un país colaborase en la santa obra de la educación e instrucción nacionales.

- XXVI -

Del género trágico.

¿Debe acentuarse la tendencia trágica en el arte?

Librodot

A juzgar por los conceptos del nuevo académico de la Lengua don Valentín Gómez, sí.

Protesta este señor contra el desdén que muestra el público hacia la literatura y el arte trágico y hacia el género trágico en general. «Se huye de él en busca de goces que amortigüen las angustias del alma enferma -dice-; pero lo trágico se impone en la vida y se impondrá al fin en el arte como la manifestación más grande, más verdadera y más profunda de nuestra naturaleza decaída y oprimida».

«Si pudiésemos -añade- penetrar con el entendimiento en el fondo de esta tristeza universal, veríamos seguramente una tragedia espantosa del espíritu humano en las luchas de nuestro tiempo. Se ha vertido la sangre a torrentes para derrumbar el mundo de ayer y reconstruir sobre sus escombros el mundo moderno, y cuando se creía que ya la sociedad nueva se había constituido definitivamente, iluminada por el astro bienhechor de la libertad y regida por el augusto y severo genio de la justicia igual para todos, se alza en explosión formidable el alma irritada de muchedumbres hambrientas, pidiendo a lo menos una parte alícuota del botín conquistado en las batallas de lo nuevo con lo viejo y pidiéndolo a gritos, a puñaladas y a bombas... El terror se apodera de los vencedores de ayer, el desaliento cunde entre los más esperanzados y más enamorados de las grandezas indudables de nuestra civilización, y una pregunta brota de todos los labios, estremecidos de angustia: ¿Pero realmente ya no son posibles los paraísos terrenales? No lo son ni lo serán nunca. Somos los hijos del dolor. La comedia del hombre tiene siempre un desenlace trágico.

«La historia entera de la humanidad es una gran tragedia».

«En épocas decadentes y corrompidas -continúa el señor Gómez- el arte suele ser un entretenimiento agradable. Toma de la realidad lo risueño, lo accidental, lo cómico, y eludiendo sistemáticamente el desenlace definitivo, nos distrae de la seriedad fundamental de nuestro ser y de nuestro fin, y nos hace soñar durante algunos momentos con una especie de inmortalidad fútil, cuyo objeto se reduce a pasar eternamente el rato. Mas cuando los pueblos conservan su naturaleza viril y llevan animosamente el sello siniestro en los blasones de su raza, no vuelven el rostro al infortunio, sino antes bien se gozan en su contemplación y aplauden y aclaman a los grandes artistas y a los poetas esclarecidos que inmortalizan el dolor en las obras de su genio. He ahí el origen de lo trágico en el arte y particularmente de la tragedia escénica».

He subrayado en el segundo de los párrafos que copio una palabra: se trata de una simple palabra, la palabra «indudables». Y la he subrayado porque allí se halla la clave de toda la doctrina «trágica» del señor Gómez. Casi afirmaría que este indudables no estaba escrito al principio, y que en las pruebas, el flamante académico tuvo buen cuidado de ponerlo.

¿Para qué? Para que no se pensase que él no creía en el progreso moderno.

Claro que esto es una simple suposición mía, pero no sé por qué la hallo más razonable que la generalidad de mis suposiciones. El párrafo en que, según yo, se ha puesto la palabra indudables, debió decir en un principio:

«El terror se apodera de los vencedores de ayer; el desaliento cunde entre los más esperanzados y más enamorados de las grandezas de nuestra civilización, etcétera».

Pero después de escrito esto -sigo figurándomelo-, el ilustre don Valentín Gómez debió pensar: «No parece sino que aquí dudo yo de nuestra civilización (como es la verdad). Pongamos, pues, indudable después de grandezas».

Y allí está, como decía yo, la clave de todas las teorías del señor Gómez.

Librodot

El señor Gómez no cree en la civilización. El señor Gómez piensa, no que la humanidad, procedente de un estado inferior, a través de mil evoluciones, va hacia un estado superior, sino que procedemos de un estado de gracia primitivo del cual caímos.

En suma, el señor Gómez, como dijo muy bien Pidal y Mon al darle la bienvenida, es un tradicionalista a la española, y su clasificación doctrinal obliga a encasillarle en la lista de los escritores históricos que nutrieron sus conceptos con Balmes.

Felizmente para esta España, que tan noblemente pugna por reconquistar su antiguo puesto intelectual en el mundo, hay muchos maestros jóvenes que creen en la ciencia y en la civilización modernas, que no vuelven jamás los ojos hacia las infantiles y absurdas teorías de nuestro origen edénico; que sí esperan, en nombre de esa ciencia, de esa civilización, en cuyas promesas confían porque las ven realizarse una a una; que sí esperan, digo, en paraísos futuros, no colocados sobre la movilidad de las nubes resplandecientes, no fincados en el cielo, sino en un estado social muy más alto y perfecto que los actuales ensayos en que nos ejercitamos; en un estado tan afinado y purificado por los siglos, que habrá de merecer el nombre de angélico. Y estos hombres, estos jóvenes profesores españoles, sin duda que estarán de acuerdo conmigo en una cosa: en que ya no es lícito predicar el dolor y el retorcimiento perenne como fin educativo, y en que toda la labor de los que forman espíritus debe sintetizarse así: renovar las almas, volviéndolas serenas.

La serenidad: he aquí la pedagogía de las pedagogías, la ciencia de las ciencias, el arte de las artes, la joya de las joyas.

Es fuerza que nos serenemos. La escuela, desde la más elemental hasta la más alta, debe proclamar a todas horas este ideal de serenidad, debe trabajar por él a todas horas.

El espíritu de la humanidad lleva la huella de un tormento teológico de siglos, y los grandes pedagogos modernos no tienden, en suma, más que a borrar esta huella, diafanizando el alma infantil.

Ved lo que se hace ahora con los párvulos. Los deleitables lugares en que sus almitas crisálidas, surgen al pensamiento, se llaman, bella y exactamente, Jardines; jardines de niños.

En ellos todo está estudiado para no alterar la divina ecuanimidad de las almas vírgenes. Allí se aprende sin esfuerzo, encauzando todas las curiosidades nacientes de las almitas a quienes están dedicados.

Los muros cubiertos de estampas cautivan las puras miradas del pequeñuelo, y deleitando su instinto de observación lo familiarizan con innumerables aspectos de la vida. Hay grandes mesas, y sobre las mesas infinidad de arquitecturas, de juguetes, de utensilios, de objetos que amplían con insinuaciones mudas y apacibles la visión interior y la exterior perspectiva del infante.

Las labores están alternadas con suaves recreos. La casa llena de sol, con árboles, con flores, pintada de colores claros, infunde una santa alegría.

Y de esos jardines arrancan todas las escuelas modernas, en una cristalina escala de ciencia y de amor.

Y a medida que se va estudiando y comprendiendo, el alma se ensancha y se llena de dignidad y de luz.

Sabemos que la humanidad es muy grande, que, como decía Marco Aurelio, cada uno de nosotros lleva dentro un dios escondido. Sabemos que el hombre no cayó jamás, que de la animalidad ha pasado al estado admirable que es hoy su conquista, y presintiendo el alcance de los progresos que vemos florecer por dondequiera, nuestro corazón se hincha de optimismo sano, glorifica nuestra alma al Señor y nuestro espíritu se llena de gozo como el de la virgen como nazarena.

Librodot

***

Esto supuesto, ¿no es verdaderamente lamentable que hombres cultos y que pueden aún ejercer cierta influencia en sus contemporáneos, vengan a resucitarnos rancios ideales de retorcimiento y de amargura?

¿No deberían, por el contrario, contribuir a esa labor, que los maestros modernos españoles, como todos los maestros que se respeten en el mundo, deben proseguir sin descanso: la de destruir en las almas hasta el último resabio enfermizo de las edades bárbaras y volver al ideal griego del *mens sana in corpore sano*, que fue la gloria, la excelencia y la paz de la humanidad en la época más grande por que ha atravesado?

¿Cómo hay bocas capaces de decir: Estemos tristes. La vida es trágica; el arte debe ser trágico, ahora en que, con sangre y alma, con incontables desvelos, se va logrando arrebatar el corazón de la niñez a esa absurda garra negra que desde el nacer la oprimía en la sombra?

«Serenémonos».

He aquí la augusta palabra que debería estar escrita en todas las aulas; que debería radiar en placas de mármol en todas las avenidas de las metrópolis.

Serenemos la escuela, serenemos el arte, serenemos la ciencia, que nuestra alma se torne clara y alegre. La alegría no es baja ni vil. La alegría es santa.

Estemos serenamente alegres:

Porque vivimos, porque pensamos; porque la humanidad marcha gloriosamente a una gran conquista cercana; porque todo en el universo está henchido de esperanza; porque somos la flor del mundo y es clara y bellamente visible nuestra predestinación, estemos serenamente alegres.

Trabajemos con júbilo. Creemos con alegría, siguiendo el consejo del poeta.

¡Crear con alegría! He aquí la finalidad mejor de toda escuela y de toda enseñanza. Quien crea con alegría y paz, grandes cosas, duraderas cosas habrá de crear.

Apoderémonos del alma del niño y enseñémosle que nada es triste; que la humanidad en su camino hacia la verdad y hacia el bien, atraviesa momentáneamente por regiones de sombra; pero que si en esas regiones se tiene cuidado de alzar los ojos, se advierte que hay muchas estrellas.

- XXVII -

El espíritu literario y poético en los países vascongados.

Hay un asunto acerca del cual hace tiempo que tengo deseos de informar a esa Secretaría de su muy digno cargo «El espíritu literario de los vascos»..

La circunstancia de que año por año las Legaciones, siguiendo a la corte, se trasladen a San Sebastián, me da ocasión de observar a esta raza montañesa, un poco ruda, demasiado simple, muy mucho mística, que vive en las suaves y aterciopeladas laderas guipuzcoanas y alaveses, y en los bellos recodos de la tierra vizcaína, y en la cual se encuentran tipos de cabal hermosura.

Pero confieso que, por más que he intentado encontrar la vena poética, el instinto literario, la blanda inclinación al ensueño que caracteriza a otras regiones de la Península, ello no aparece por ninguna parte en los Pirineos españoles.

Basta recorrer Cataluña, Valencia, Andalucía, Galicia, cualquier rincón de Castilla, para darse cuenta de lo que compone y significa, aun en las vidas más humildes, la tendencia literaria y poética. De Cataluña nada diré porque salta a la vista su producción cada día más considerable y valiosa. De Valencia todos saben que es uno de los más activos centros de ideas de España. Galicia cada día da más pruebas de vitalidad mental.

La vieja tierra gallega, es como su hermana la portuguesa, propicia a todo vuelo lírico, y pone en ello cierta gracia melancólica que place extraordinariamente. Las leyendas, algunas de las cuales tienen prestigio encantador, tina adorable, suavidad mística, van apaciblemente de siglo en siglo y de boca en boca, por aquellas praderas, bajo aquellas arboledas, enredándose al diáfano diálogo aldeano, que tiene arcaísmos de una elegancia ideal. El cantar, el romance, están vestidos de no sé qué espíritu del Norte, pero con un sello de región siempre definido e intenso.

En Andalucía, la literatura y la poesía son necesidad unánime e intensa.

El pueblo más bajo, más pobre, más abandonado, las necesita como las clases ilustradas y las tiene: las tiene en el cantar y en el cuento, dos géneros que satisfacen plenamente su sed de pensar y de sentir.

El cantar es la vida de Andalucía.

Allí donde no llegan ni el libro ni el periódico, o porque la pobreza es suma o porque la ignorancia es mucha, llega el cantar, llevando su santa limosna de idealismo.

Imaginaos una de esas míseras casitas acurrucadas, casi diríamos escondidas, entre los pardos terrones de la llanura. Un sol ardiente la tuesta. Cuando llueve, el agua la penetra. Los que allí se guarecen: un hombre, una mujer, una niña, ejercen cualesquiera de esos oficios que matan el hambre por temporadas: oficios que, tras de dejar poco, duran una estación.

Allí no se lee. La madre nunca supo leer. El padre, si lo supo, lo ha olvidado. La chica, obligada a prestar su colaboración en la faena doméstica, no puede ir a la escuela.

Parece que entre aquellas gentes y la civilización debiera haber una muralla infranqueable. Pero no la hay. El avecilla dorada y ágil del cantar la salva. El cantar está constantemente empollándose en la tierra andaluza. Él dice, no solamente el mal de amar; no solamente resume las penas, las alegrías, las creencias de aquellas vidas humildes y de las que las precedieron, sino también trae la nota fresca, viva lozana del suceso diario.

A cada nuevo incidente, a cada nuevo descubrimiento, a cada nuevo conflicto, corresponde un cantar. Cantar a la guerra actual, al automóvil que pasa, al gobierno que cae, al ideal que surge, a la preocupación nacional que asoma.

Cantar a todo, cantar para todo. Y de guitarra en guitarra va saltando la copla como entreenrejado de armonía, y va a llevar hasta la cueva gitana más escondida de la vega su nota vivaz.

Sintetizado ya por el cantar, sabrán la pobre mujer y la chica de nuestro cuento lo que pasa o ha pasado recientemente en el «mundo». Y el cuento picaresco y gracioso, el cuento que va de boca en boca masculina, el género literario volante, por decirlo así, que nutrirá a su vez la mentalidad del padre de familia, que no puede o no sabe leer y que sólo en la conversación con los demás desentumece su entendimiento.

***

Pero en Vasconia qué poco asoma este espíritu poético. Los únicos que lo llevan en trashumante vuelo, son acaso los versolaris o koblakaris, que en los pueblos perdidos en las

montañas, en las obscuras tabernas en que fermenta la sidra, dicen sus ingenuos versos, entregándose a diálogos o réplicas que ponen sonrisas en los labios.

Y sin embargo, qué buena compañía fuera en estos paisajes que tienen una tan persuasiva apacibilidad, la compañía de los poetas. Cuánto mejor en esas abrumadoras, en esas interminables lluvias del invierno que os penetran de humedad y de tristeza, fuera consuelo y distracción un libro de versos, que el *Gerokogero*, ese libro clásico de los vascos, que significa «después de después» y sólo tiene fines ascéticos!

Se me figura que estos espíritus son poco ágiles para amar y concebir ciertas formas ondulantes del arte y de la vida. Espíritus cuadrados, rígidos, que no deben desdeñar la matemática, y que acaso en la Edad Media habrían proporcionado buena contribución a la escolástica. Espíritus, sobre todo, con un sedimento natural del ascetismo, que no bastan a destruir la belleza de estos paisajes y el azul moaré de este mar.

El vasco podría ser soldado (lo ha sido, llegando a la heroicidad):

podría ser sabio (y de hecho ha logrado serlo también); pero literato, poeta, sólo por excepción.

La música es, de las artes, la que acaso lo atrae de una manera más efectiva. La banda y el orfeón apasionan al pueblo, que se asemeja en esto a otros pueblos de montaña. Pero aquí, arrollando estos vuelos, impidiéndolos y como trayendo las almas a una noción árida, exacta, precisa, monótona de la vida, está la afición de las aficiones: el ejercicio nacional por excelencia: la pelota, con su perenne ruido seco sobre la piedra...

***

A Miguel de Unamuno, a ese espíritu peregrino que en sus últimos versos se nos ha revelado de una manera tan original, en la que hay por cierto mucho de este ascetismo de la montaña vasca, de que hablaba yo hace un instante; a Unamuno, pedíle su opinión sobre el espíritu literario vasco, en días pasados. Y él me respondía:

La producción literaria en vascuence o euskera, es pobre y de muy escaso valor, y más pobre la poesía.

La imaginación del vasco ha estado durante siglos dormida. Nuestra vitalidad espiritual se ha desplegado en la acción, y si hemos tenido Aquiles -yo creo que sí-, la falta de Homeros ha hecho que sean poco conocidos. Es difícil encontrar pueblo más pobre en leyendas, cuentos, fantasías, etc.; su espíritu es pregurático. Sólo desde hace poco, y merced a choque más íntimo y fuerte con la cultura, se nos ha despertado la imaginación, y por cierto creo yo que con una frescura y brío notables.

Contribuía a esa poquedad la índole de nuestra vieja lengua, pobre de conceptos transcendentales, embarazosa y de pesado manejo, una lengua inepta para expresar debidamente la complejidad espiritual del alma moderna.

***

Yo creo, en efecto, que de aquí proviene la sequedad de espíritu de la raza.

Cuando un pueblo no tiene una lengua vasta, rica, eufónica, clara y difundida, debe arrojarla como un harapo inútil y buscar otra en que pueda vaciar su mentalidad.

Si el vaso es pequeño y no se puede ensanchar, es fuerza beber en otro vaso; y aquí el otro vaso es la nobilísima y poderosa lengua castellana. En ella caben ciertamente todas las modalidades

del alma euskera, y ella tiene todos los acentos para prestárselos. Pero el vasco pretendió encerrarse en su lengua (que, como dice muy bien Unamuno, ya no es más que una curiosidad filológica) como en una torre. En ella quiso confinar su vida y su pensamiento, de suerte que los achicó y empequeñeció sin ver que aquellos de sus más grandes hombres, los que habían llegado a imprimir su sello en toda el alma peninsular, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, el Canciller Pero López de Ayala, etcétera, empezaron por vaciar su pensamiento, su espíritu, en el molde castellano, y con guión castellano de caridad, de ciencia o de conquista, impusieron al mundo su obra.

Nada hay más desazonado y nocivo que ese orgullo de una raza que, creyéndose o por su fuerza o por su belleza, o por su inteligencia superior a las que la rodean, levanta entre ellas y su pensamiento un almenaje inexpugnable, y se encierra deliberada y definitivamente en él.

Y no hay almenaje más inexpugnable que el de la firme voluntad de confinarse en la inmovilidad ancestral de un dialecto o idioma imperfecto.

Este confinamiento es fatal para el porvenir. La raza se vuelve semejante a esos gentileshombres de campaña que, pretendiendo no tratar más que a gentes de su devoción, acaban por morir solos después de haberse comido su última col y su última remolacha.

En mi concepto, no hay síntoma peor de la decadencia de un país que el apego orgulloso a su dialecto y el desdén por el idioma dominador.

El afán de valerse exclusivamente de ese dialecto o lengua imperfecta para pensar, mostrando así que no se necesita más amplitud de léxico, acaba por achicar el pensamiento.

Es claro: cuando muchas cosas no pueden decirse en el dialecto que mamamos y nosotros estamos resueltos a no decirlas en otro, acabamos por retirarlas de la circulación. Y así vamos cada vez pensando con menos palabras: es decir, vamos pensando menos. No hacemos a nuestra lengua, del tamaño de nuestro espíritu que se ensancha: apretamos nuestro espíritu hasta hacerlo del tamaño de nuestra lengua.

A fin de he hallarnos en conflicto, nos resignamos a expresar sólo lo que nuestros padres expresaron, en la forma en que lo expresaron, y como esas locuciones, a fuerza de usarse, han perdido su virtud, acabamos por matar la expresión de las palabras y su alma misma, múltiple y misteriosa.

Afortunadamente, Vasconia no está en este caso. Vasconia ha salido de sus torres almenadas. La propia belleza de su suelo la salvó atrayéndole ese movimiento incesante de turistas veraniegos, que ayudaron a sacudir su alma bella, grave, huraña y orgullosa.

Además de la vitalidad de que las tres provincias están hace años dando muestras, el suave prestigio del castellano-rey parece excitar a los cerebros a una mayor actividad lírica y a una mayor producción literaria, fuera ya de los grilletes vernáculos.

***

Es muy poco lo que se conoce, sin embargo, de poesía vascongada, en vascuence, desde D'Echepare acá.

Hay un canto muy renombrado en Vasconia, un canto clásico en la Lengua: el célebre *canto de Altabiscar*; pero, a lo que parece, es apócrifo y se sabe su historia.

Unamuno opina que en general son mejores los poetas vasco-franceses.

¿Será por la índole de su dialecto? Puede ser, pero acaso ha influido también su menor aislamiento, que permite corrientes más amplias de ideas.

Librodot

Uno de los más acertados e inspirados poetas vascos -en concepto de Unamuno, el mejor-, J. B. Elizamburu, era vasco-francés y escribía en dialecto laborkano.

Porque el vasco está descompuesto de yo no sé cuántas formas dialectales, no sólo de una frontera a la otra, sino dentro de las fronteras mismas.

Hay vasco-franceses un poquito distantes del Bidasoa, que con dificultad podrían cambiar algunas palabras con un guipuzcoano o un vizcaíno. Y hay asimismo guipuzcoanos que en Álava o en Vizcaya suelen encontrarse con que muchas palabras familiares tienen distinto nombre.

Pero volvamos a nuestros poetas. Hay una colección llamada *El Cancionero Vasco*, de Manterola, en que puede seguirse fácilmente la palpitación de esta lírica, de mucho tiempo a la fecha. Allí está, en vascuence, pero con su traducción, acaso lo mejor de la obra de Elizamburu, en la que se hace muy especialmente notar la poesía *Vere Achea* (mi casa), que es muy bella.

Hay otro poeta, éste guipuzcoano, Izurta, del que se habla muy bien.

A lo que, parece, sus poesías en el original tienen no sé qué, suave encanto, que pierden por completo en la traducción.

Un vizcaíno, Felipe Arrese, escribió una elegía que pronto se hizo célebre en las Provincias: «*Ama euskeriari az ken agurrak*», que quiere decir «*Último adiós a la madre eusquera*». Esta elegía se encuentra en el cancionero citado y Unamuno me dice que es en su concepto la poesía vascongada de más brío y más conato, a trechos realmente inspiradísima. El mismo ilustre amigo me recuerda aquel cura vasco-francés de que habla Michel en *Le Pays basque* y que, enfermo de tisis, escribió a su madre una despedida en que expresa, con muy delicado acierto, una honda emoción.

De San Sebastián era el poeta Bilinch, llamado Indalecio Bizcarrondo, que, escribió algunas cosas delicadas. Su musa, en extremo popular, pecaba por esta circunstancia de poco culta.

Podrían citarse otros nombres como los de Iturriaga, Eusebio María Dolores Azcué, etc, pero ninguno sobresale.

Menéndez y Pelayo -me decía el ilustre Unamuno- llamó a la poesía vascongada en castellano- y no sin cierta insidia- «honrada». Y yo dije en cierta ocasión que me proponía deshonrarla. La poesía vascongada es nítida, escogida, demasiado *terre á terre* y con instintos didácticos. La fábula predomina y se busca en ella la moraleja, la intención didáctica.

Cae en sermón fácilmente; todo eso del arte por el arte, nos repugna; el esteticismo no entra aquí. Para los grandes raptos líricos nos ahoga un ambiente moral en que se condena todo lo que es demostración de interioridades.

Preguntó al maestro Unamuno si él no había cultivado alguna vez la poesía vascuence? Y me respondió: -Hace años ya, siendo mozo, intenté escribir poesías en vascuence y hasta hice alguna- jamás publicada- pero aparte de que yo pienso en castellano, se me resistía la lengua. O la violentaba, haciendo con ella lo que hacen los vascófilos o entusiastas, o violentaba mi pensamiento. El vascuence no es una lengua de cultura. Usted sabrá que yo he abogado por su desaparición. Conviene que desaparezca para que descubramos los vascos toda la hondura de nuestro espíritu.

En concepto de Unamuno, en Vasconia no puede decirse que haya habido una cultura propia interna. Los grandes hombres surgidos en esta tierra cumplieron su obra al servicio de la Corona de Castilla.

El espejo poético del alma escocesa -sigue diciendo Unamuno al que esto escribe- no es ningún poeta de la vieja lengua céltica que agoniza en los *highland*; es Burns que cantó en un dialecto

Librodot

escocés de la lengua inglesa, en una manera de pronunciar los escoceses la lengua de Shakespeare. Y aquí, la más genuina literatura vascongada hay que buscarla en castellano.

***

En castellano, pues, busco yo esta genuina literatura vascongada, y la encuentro desde luego en un hombre fuerte, quizá el más fuerte, mentalmente, de la España nueva; en un hombre pletórico de ideas, con un poderoso sabor de originalidad, filósofo, sabio, poeta, de una austeridad, de una aspereza de espíritu ignacianas; en un hombre-, severo como el espíritu ascético de estas montañas, abundante en el pensar y vasto en el decir; que gusta mucho de codearse con el alto pensamiento sajón, y que desdeña las sinuosidades, las retóricas y la índole mirona de la literatura francesa. ¡Y este hombre es el mismo Miguel de Unamuno!

El es el hombre representativo en estos momentos de su raza. Su raza lo hizo esquivo, serio, frío, grave y huraño. Su raza le puso en el alma misticismos que él modalizó y personalizó a su antojo. Su raza le hizo desdeñoso de formas y de ondulaciones vanas. Y después, en aquella alma grande entró el vasto espíritu de Castilla, y el alma se dejó poseer, y supo ser luego más hondamente castellana que otras muchas.

Así, pues, quien quiera estudiar el espíritu literario o poético de los vascos, el alma vasca mostrándose a través de ese amplio cristal de nuestro idioma, que lea, no sólo los Ejercicios de San Ignacio o las obras del canciller Pero López de Ayala: que lea y medite al hombre extraño y fuerte que se llama Miguel de Unamuno.

- XXVIII -

El estudio de la literatura en el bachillerato francés.

El estudio de la literatura en el bachillerato francés, es excesivamente laborioso y amplio, como todos saben. Me fijaré únicamente en uno de los ciclos, suponiendo que el candidato escoge el más simpático de todos: «*Lotin-Langues*».

Por lo que respecta a los idiomas, nuestro amigo elegirá dos aparte, del materno. De esos dos, deberá hablar uno correctamente y en cuanto al otro, lo poseerá en grado tal que conozca, siquiera sea sumariamente, su literatura. Esto es por lo menos lo que se exige en la práctica, además del latín.

En cuanto a la lengua materna, al francés, el candidato deberá poseerlo gramatical y literariamente.

Por lo que ve a la literatura misma, el cielo en cuestión comprende la latina, desde luego aunque en la forma elemental en que la hemos estudiado nosotros los mexicanos, allá en los tiempos en que figuraba en los programas y en que se estudia aún en los seminarios.

Pero, ¿y la literatura francesa? ¿Bastará una bien ordenada crestomatía, uno de esos *morceaux choisies* que tanto abundan en las librerías parisienses? De ninguna manera. Se exige el conocimiento de toda la literatura francesa, desde la *chanson de Rolando* hasta nuestros días, y ese nuestros días supone même los poetas modernos y los escritores de la última hornada, cuya labor merece considerarse.

Librodot

Y no se crea que una es la ley escrita y otra la práctica y que se puede salir del paso con estudios someros. Bastaría para convencer a los ilusos recordar lo que a un jovencillo amigo, recientemente, le preguntaron en su examen: desde luego la influencia española e italiana en la literatura francesa del siglo XVII; definición y explicación del conceptuosismo español y del concetismo italiano, si vale esta palabra.

Fuentes españolas, además, de Guillén de Castro en que bebió Corneille sus inspiraciones; sentimientos e ideas que campean en el Cid del mismo; análisis de la obra de Fenelón; tendencias políticas que se advierten en el *Telémaco*, relativas a la forma de gobierno y que valieron al *Cisne* de Cambrai, más que el quietismo, el confinamiento a su región: prosa del *Telémaco*, cadencias y ritmos especiales que en ella se advierten; Malherbe y su obra, escritores y poetas del siglo XVIII. Pobreza de poetas en este siglo, razones por las que no puede considerarse a Voltaire como poeta; la obra de Andrés Chenier; Chateaubriand y su influencia en la estructura misma de la lengua francesa. Víctor Hugo. Los escritores, y poetas actuales.

Como se ve, no se trata, pues, de salir del paso. Cuando se ha dicho en los programas relativos que toda la literatura francesa, especialmente la del siglo XVII, se ha hablado con sinceridad. El candidato deberá conocer toda la literatura francesa.

Claro que hay infinidad de libros que se van modificando conforme a los nuevos planes de estudios, que se ajustan a ellos y que pretenden servir de guía a discípulos y maestros; pero, claro también que, no estando autorizado ni admitido ninguno, la elección tiene que ser un poquito difícil. Estos libros son, por lo general, de trozos escogidos, aunque algunos pretenden llenar el requisito de amplitud requerida y la necesidad de leer la obra completa que pregonan los sistemas modernos, con mil arbitrios. Quién elige varias de las mejores páginas de un autor y enseguida reproduce una de sus obras, por entero, sistema que obliga a tomos voluminosos y a tipos de letra asesinos de la vista. Quién se contenta con un comentario preliminar sobre cada autor y algunos trozos escogidos del mismo; sistema inútil porque no hay profesor que quiera atenerse a otros comentarios que los propios, así como no hay módico que halle buena la receta del colega; quién, por último, sólo reproduce -eso sí, por entero- la obra maestra o una de las obras maestras de cada autor.

Quizá este procedimiento es el preferible, aunque requiere también libros voluminosos.

De todas suertes, fuera de las leyes o programas oficiales, no se puede decir que exista en Francia un guía fijo para el maestro, ni creo que se haya logrado ese sello de unificación que tanto buscan los modernos en la enseñanza, sobre todo en lo que atañe al juicio que el alumno debe formarse de cada autor. Aquí hay una amplitud enorme, dentro de la que caben así el criterio del abate, preparación de jóvenes ricos, como el profesor radical, de las extremas izquierdas escolares.

***

¿Es, por lo demás, criticable la amplitud del programa francés? Yo creo que no. En la práctica se ve que, a pesar de ese enorme recargo de materias de que adolecen por lo general los programas latinos y de los inconvenientes que tiene para las comprensiones claras, metálicas y las retentivas permanentes, quizá por la belleza misma del campo ese que se espiga, el discípulo espiga con entusiasmo y, en efecto, cuando se gradúa de bachiller conoce el tesoro total de la admirable literatura de su patria, así las sorprendentes pinturas humanas de Lafontaine, como las epístolas maestras de madame de Sevigné, espejo da la prosa francesa; así las hondas

observaciones sobre los hombres de su tiempo, de la Bruyère, como la filosofía histórica de Montesquieu; así las presas espléndidas de Voltaire, de Chateaubriand, de Michelet, como la poesía eterna de Vigny, de Hugo, de Musset, de Lamartine y de los grandes modernos.

En la primera enseñanza, los profesores han sido avaros de literatura antigua, y con razón, porque el niño tropieza penosamente con los arcaísmos, con la infinidad de giros que han caído en desuso o que ya no expresan lo que expresaban antaño; mas ahora, que se trata de jóvenes de diez y seis a diez y nueve años, por lo general, los programas de enseñanza abren a estas mentalidades más poderosas ya, más amplias y más lozanas, de par en par las puertas del santuario en que esplenden la poesía y la literatura francesa de otros tiempos.

Y así desfilan, engolosinando los espíritus: las pastorales estancias de un *Thibaut de Champagne*; los claros e ingenuos relatos del sire de Joinville, en que tan ideal surge la figura de Luis el santo; las crónicas palpitantes de interés de los rondeles elegantes de Charles d'Orleans; las delicadas ironías o suaves sentimentalismos de Villon; y luego toda la opulencia del siglo XVI: Marot, Ronsard, Bellay, Bellear, Montaigne, Malherbe, Racan, para entrar por fin a la maravilla del siglo XVII, rey de la poesía, y del siglo XVIII, rey de la gran prosa de Francia.

Así, pues, el recargo literario del bachillerato francés, pedagógicamente discutible, está de sobra compensado por la magnificencia del caudal mismo de prosa y poesía inapreciables que se le ofrece liberalmente al alumno, y que produce en su alma juvenil y generosa un noble deslumbramiento.

- XXIX -

La mujer y la literatura española contemporánea.

Una de las características de la mentalidad femenina en España es el desvío por las bellas letras, y con más razón aún por los estudios serios.

Reina en este punto el mismo criterio que reinaba en Francia a principios del siglo. La mujer que escribe desciende en cierto modo de su nivel social y se vuelve casi piedra de escándalo para tales y cuales espíritus timoratos. Un articulista francés refería en días pasados las dificultades con que, debido a este criterio, luchó en otro tiempo cierta escritora compatriota suya, célebre en la actualidad. Su madre, una buena burguesa, se asustó cuando la joven le hubo manifestado sus deseos de dedicarse a la carrera de las letras:

-¡Cómo, hija mía! -exclamó la buena señora-. ¡Eso es imposible!

-¿Y por qué?

-Pero... ¿vas acaso a disfrazarte de hombre? ¿Vas a fumar cigarrillos?

En efecto, para las honradas señoras francesas de antaño, una escritora tenía que ser a la fuerza por el estilo de Jorge Sand, según le representaban las ilustraciones populares. Es decir, con un fez, un pantalón de húsar y una amplia blusa, y fumando cigarrillos.

En España, ninguna señora de la buena sociedad se asustaría por lo de los cigarrillos: todas los fuman. Pero por lo que ve a la literatura, pocas partidarias o ninguna habría de encontrar en la aristocracia.

Hay, sin embargo, una dama española, nacida en las gradas de un trono, que escribe: la Infanta doña Paz, y de la Reina Victoria se afirma también que tiene talentos literarios. Sólo que estos

Librodot

altos ejemplos no cunden por ahora en las clases pudientes. ¿A qué se debe? Yo creo que a la futilidad, a la agitación, al atolondramiento de la vida moderna, en la crema de los círculos sociales. La literatura, que tan de moda estuvo en el reinado de don Alfonso XII, ya no lo está.

Traído por Cánovas a raíz de todas las veleidades revolucionarias y de la República, este Rey quiso ante todo hacerse simpático, dominar la opinión, y uno de sus más felices arbitrios fue mimar a los escritores célebres.

No, era raro en aquella sazón que un poeta o un novelista se sentasen a la mesa real y acompañasen al monarca a excursiones de placer.

Naturalmente, la literatura, merced al regio padrino, se coló de nuevo por los salones, y hubo muchas duquesas que escribieron versos.

El espíritu sopla ahora de otro lado; el automóvil hace demasiado ruido para dejar oír el suave rumor de unos versos. Por otra parte, no hay tiempo de leer para esa gente que vive encendida en fiebre de movimiento, divagada y ansiosa, y como no se lee, no se escribe.

Pero, diréis, las mujeres de la clase media sí podrían escribir. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué no imitan a las francesas?

En efecto, en este punto el contraste entre Francia y España no puede ser más grande. En Francia, donde según los datos publicados recientemente por una publicación popular, habría hace veinte años mil escritoras, hay en la actualidad nada menos que cinco mil, entre las cuales se cuentan una Daniel Leseur, una Judith Gautier, una madame Delaune Mardrus, una condesa de Noailles, una Gip, una madame Catulle Mendes y una madame Fernand Gregh.

En España, casi tenemos que reducirnos a citar un solo nombre: el nombre estimabilísimo de doña Emilia Pardo Bazán.

Hemos dicho casi, porque es claro que citaremos algunos más, pero dejando el primero solo y aparte, a fin de no amenguar los otros con comparaciones.

¿Debe por ventura atribuirse este desvío al fervor religioso? No por cierto; ya que un alto ascetismo no impidió, ni a Santa Teresa de Jesús, ni a la venerable madre María de Jesús de Agreda, escribir cosas tan admirables como las que escribieron.

Y vaya si fue piadosa también doña Concepción Arenal, lo cual no lo estorbó tampoco, por cierto, para señalarse tan brillantemente con sus prosas, con sus versos, con la alteza de su estilo y de sus pensamientos.

Piadosa, sí, y no sólo de palabra, sino de acción. No contenta con llevar a cabo innumerables obras de caridad, fundó un periódico, destinado especialmente a facilitar y multiplicar estas obras, y llevada de un espíritu cristiano, tan fervoroso como heroico, llegó hasta a ponerse al frente de las ambulancias del Norte, en la segunda guerra carlista.

Más aún: la obra por excelencia de su pluma es *El visitador del pobre*; es decir, una obra de piedad y de amor.

Quizá hay que asignar dos orígenes a la escasez de labor literaria en las mujeres españolas:

Primero, la oposición sistemática de los hombres.

Segundo, el hecho de que en España, como en Hispano América, la Literatura no sea todavía un metier productivo como lo es en Inglaterra y en Estados Unidos; como empieza a serlo en Francia.

Examinemos cada uno de estos dos capítulos:

Es un hecho, con respecto al primero, que el hombre de nuestra raza no cree, sino a medias, en el talento de la mujer. Sigue considerándola como un ser medularmente inferior, y juzga, por lo tanto, que en este camino de la Literatura ha de ganar poco y ha de perder mucho.

Ni aun los franceses logran desembarazarse del prejuicio de inferioridad intelectual femenina, por lo cual no es raro que espíritus tan amplios y libres como el de Emile Faguet escriban:

«Las inglesas y las americanas han trazado desde hace mucho tiempo el camino a las francesas. La mujer, además, es por excelencia educadora; tiene aptitud para llenar todas las funciones sedentarias, y la ensoñación debe conducirla fatalmente a la Literatura. Añadid a esto que en nuestro tiempo las mujeres han abordado todas las carreras. La de escritor parece fácil; no exige, en apariencia, ni aprendizaje ni gastos. Con algunos centavos de papel, una pluma y tinta, todos pueden esperar la conquista de la fortuna y de la gloria; las mujeres han logrado frecuentemente una y otra, porque si es raro que tengan ingenio, frecuentemente tienen talento».

Como ven ustedes, apunta aquí la más fina ironía del maestro, cuyo desdén protector por las escritoras se acusa demasiado.

El español -como el hispanoamericano- es más rudo y sumario que Faguet para sus juicios, y en vez de revestir su desdén con circunloquios, suele repartirlo con harta franqueza entre las mujeres que escriben.

Bastaría acaso para no multiplicar citas, recordar los ataques de que ha sido objeto doña Emilia Pardo Bazán. Se diría que su talento, completamente masculino, humilla a los hombres, sobre todo a aquellos a quienes, a pesar de su sexo dominador, no les ha sido dada ni la excelencia en el pensar ni la excelencia en la expresión.

No es extraño ni mucho menos que esta mujer, acosada y combatida, en cuyo talento tanto trabajo ha costado creer a los escritores, se haya vuelto hosca y se haya encerrado en su excesivo orgullo como en una fortaleza.

***

La segunda razón del desvío de la mujer española por la Literatura, decíamos que radicaba en el hecho de que aquí, como en Hispano América, escribir no es aún un metier productivo, como lo es en Inglaterra y en Estados Unidos y como empieza a serlo en Francia.

En los dos primeros países citados, el número de escritoras se llama legión. Los hombres, día a día, abandonan a sus colegas con faldas el arte de novelar. Casi todas las obras de imaginación son escritas por mujeres.

Los escritores se dedican preferentemente a la Sociología, a la Economía política, al estudio de los grandes problemas modernos.

En cuanto a los productos de esta labor mental, no pueden ser más halagadores para las mujeres. Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos las novelas femeninas se venden por centenares de miles, y hay innumerables damas que, escribiendo, se ganan decorosamente su vida.

Por lo que respecta a Francia, ya decíamos al principio que, de mil mujeres que escribían hace veinte años, el número de las que escriben asciende en la actualidad a cinco mil.

Hay, sin embargo, pesimistas que juzgan que escribir es mal oficio:

Coppée, entre ellos, que, interrogado acerca de lo que pensaba de sus colegas femeninos escribió:

«Les ha llegado a ellas también su vez de enfermarse de este el mal del siglo: escribir. Yo soy de la Academia desde hace veinte años; el número de libros que se nos envían se ha decuplado. El resultado de esta plétora no se ha hecho, por cierto, esperar. Por un fenómeno que puede parecer peregrino, pero que, sin embargo era fácil de prever, los lectores han disminuido a

Librodot

medida que los escritores producen más. La Literatura, que en otro tiempo era, un arte, se ha vuelto un oficio, un mal oficio, y, quizá por esta sola razón me admiro de que se dediquen a él las mujeres, que, en general, son más prácticas que los hombres».

No ha de ser empero un oficio tan malo -digo yo- cuando, lejos de desengañarse y desertar, el número de escritoras aumenta cada día. Por su parte, el articulista que citaba al principio es de mi opinión, pues comentando a Coppée, dice:

«¿Un mal oficio? Eso es discutible. Hay numerosos casos, que por delicadeza no precisamos aquí, en que una mujer abrumada por trágicos reveses de fortuna, ha encontrado en las letras, no sólo un consuelo, sino también una manera de ganar el pan muy honorable.

«Algunas de nuestras novelistas, sobre todo las que escriben novelas de enredo, colocan fácilmente su original para los folletines y ganan hasta ochenta mil más modestamente mil francos por año. Otras llega diez mil francos anuales, lo que constituye, si no la riqueza, cuando menos un modesto pasar. Hay también quienes se quedan en la miseria, frecuentemente por falta de trabajo; algunas veces por falta de talento. La prevención del público contra los libros firmados por nombres femeninos es cada día menor, aunque no ha desaparecido totalmente. Este prejuicio es el que constreñía a Jorge Sand y ha compelido a Daniel Lesueur a adoptar seudónimos masculinos. Muchos libros dicen todavía, hoy por hoy, que las mujeres, que son las principales, por no decir las únicas lectoras de obras de imaginación, no gustan de las obras firmadas por gentes de su sexo, quizá por un oculto sentimiento de celos; quizá también porque les parece menos interesante conocer el pensamiento de sus congéneres».

***

Quedamos, pues, en que en Francia escribir no es mal oficio.

Pero ¿y en España?

Yo recuerdo que en cierta ocasión Rubén Darío, en su nombre y en el mío, escribió a doña Emilia Pardo Bazán, pidiéndole que propusiese nuestra colaboración en un periódico en el que ella escribía.

Doña Emilia respondióle que no valía la pena de intentarse; que «era tan poco lo que a ella le pagaban, que le daba vergüenza confesarlo».

Esto acontecía allá por el año 1901; de entonces acá las circunstancias se han modificado apenas; la colaboración, así sea de maestros, se paga harto mal en España, aunque nunca tan mal como en nuestro Méjico, y la propia doña Emilia, que es una hormiga intelectual, que produce enormemente, no debe por cierto abundosa pitanza a su pluma.

El autor que más gana en España es don Benito Pérez Galdós, y él mismo ha confesado no hace mucho a un joven amigo suyo, que no podía aún soñar en vivir una vida tranquila de los productos de su labor realizada, con ser ésta y todo, tan sustancial y abundosa. Y cuenta que don Benito sabe de números y, como Shakespeare y como Víctor Hugo, administra hábilmente sus libros.

He aquí, pues, explicado, mejor que por otras razones, por estas dos examinadas, el desvío de la mujer española por la Literatura, que si, además de ser oficio fácil? le fuera productivo, tentaríala sin duda alguna.

En Inglaterra una gran cantidad de mujeres se dedicó a escribir novelas porque vio en ese expediente una manera honrosa de vivir.

«Desde hace tiempo -dice el articulista citado al principio de estas líneas- la situación, en este sentido, es neta y clara para las mujeres inglesas, quienes después de haber escrito en un principio, como está pasando en Francia, obras psicológicas encantadoras, se han deslizado de la novela puramente novelesca hacia las obras de documentación histórica.

»En cuanto a los americanos, quieren que la literatura sea el privilegio de la mujer y que los hombres se reserven el arte militar, las exploraciones, las finanzas, etc. De cuarenta volúmenes que aparecen en América, treinta son obras de mujeres. Mark Twain, hablando recientemente de este estado de cosas, afirmaba que un escritor masculino despertaría muy pronto en Estados Unidos el mismo estupor que un caballero que hiciese bordados o tapicería».

***

No obstante lo apuntado, podría yo citar algunas damas españolas cuya labor, precisamente por ingrata y mal comprendida, es más meritoria y que honran a su sexo y a su patria.

Mencionaré primero, haciendo abstracción, por harto conocida y citada, de doña Emilia Pardo Bazán, a doña Blanca de los Ríos de Lampérez.

Esta señora se ha dedicado con mucho fruto a las investigaciones históricas, que tanto privan en España, y con especialidad ha desenterrado numerosos datos y documentos relativos a la vida y obras del maestro Tirso de Molina, cuya ilustre y simpática figura, gracias a su pluma, ha adquirido un relieve más extraordinario aún.

También a la literatura histórica se ha dedicado doña Magdalena S. Fuentes y acaba justamente de escribir un estudio, si breve, lleno en cambio de erudición y de amenidad, sobre *La Mujer en el Teatro de Rojas* y en el que hay síntesis tan bien logradas como la que contienen estos párrafos:

«Las mujeres de las obras de Rojas son más admirables por la filigrana del cincelado que por la originalidad de los caracteres, más populares por su calor humano que por su arrogante pujanza. Las protagonistas de Donde hay agravios no hay celos, de Don Lucas del Cigarral, de Amo y criado, son figuras repetidas hasta la saciedad en la dramática de entonces; pero que en las comedias del insigne dramático toledano se hallan como depuradas de muchos de los defectos inherentes al tipo, tal vez por una crítica certera realizada sobre las obras de los dramaturgos anteriores, tal vez por la suavidad de modelado y la irradiación de vida que Rojas supo prestar a sus figuras femeniles».

«Las heroínas de su teatro corresponden a los tipos generales de las comedias de la época; discretas y sagacísimas damas, que, bajo el velo del disimulo, tan favorable a equívocos e intrigas como el clásico manto de las tapadas, insinúan intencionadamente sus deseos; solteronas ridículas, varias y quisquillosas; criadas traviesas, interesadas y ladinas; labradoras cultas e integérrimas; mujeres, en fin, tales como tenían que producirlas los convencionalismos, el ambiente de hipocresía y los resabios pagano-escolásticos de la poesía, de la educación y de la cultura».

Citaré, después de la señora Fuentes, a la señora Carmen de Burgos Seguí. Esta dama ejerce en sus escritos una especie de apostolado feminista y escribe en los diarios, en el *Heraldo* sobre todo, del cual es corresponsal, actualidades de un estilo fácil y agradable. Ha publicado, además, novelas y cuentos.

Asimismo mencionaré a la señora Pilar Contreras de Rodríguez, quien ha dado a luz en estos días un tomo de versos, intitulado *Entre mis muros.*

Librodot

Tiene esta señora analogía con nuestra poetisa doña Esther Tapia de Castellanos, y suele acertar como ella en la expresión de los afectos y sentimientos de la familia y del hogar.

Sofía Casanova, otra dama española, dedícase a la novela y acaba de publicar asimismo una obrita, *Lo Eterno*, que es muy apreciable como ensayo y que ha merecido a un crítico muy escuchado conceptos como los siguientes: «Trata *Lo Eterno* un tema bastante repetido en la novela española y extranjera: el amor profano de un clérigo. Es un asunto genuinamente romántico en cuanto dramatiza el amor, dándole el atractivo de lo pecaminoso y convirtiéndole a la par en una fuerza trágica que se erige en destino de una vida. Pero la señora Casanova trata este asunto algo escabroso con todos los miramientos posibles. El eclesiástico de su historia no llega a caer en el pecado material de impureza. Peca con la intención y la fantasía, mas en el terreno de los hechos, su pecado se reduce a estorbar con una perfidia los amores de la mujer que le ha inspirado sentimientos mundanos con otro hombre. En realidad, no se diferencia mucho la sustancia de esta narración de lo que ocurre en las vidas de los santos. Se trata sencillamente de una tentación, como las muchas que refieren los hagiógrafos, y como el eclesiástico de *Lo Eterno* se arrepiente y acaba por ser un misionero ejemplar que da testimonio de la fe, creo yo que con algunos retoques de forma, *Lo Eterno* podría figurar sin inconveniente hasta en un santoral moderno. Acaso porque vivimos en una época de poca fe, ésta se ha vuelto más recelosa y desconfiada y no tolera ya lo que forma uno de los grandes motivos y uno de los más frecuentes temas de la literatura hagiográfica.

Más reparos que desde el punto de vista moral se pueden poner a la novelita de la señora Casanova desde el punto de vista literario, que es un punto de vista profano. Aparte de que estas tragedias íntimas de la tentación han perdido mucha fuerza en el ambiente de moralidad de las sociedades modernas, encuentro que la novela de Sofía Casanova es una novela más pensada que sentida y vista plásticamente.

Es una novela sin carne, concebida intelectualmente: escrita en suelto y elegante lenguaje, pero que no nos da una emoción intensa de realidad. Tal vez el asunto contribuye a ello. Acaso es muy difícil para la fantasía moderna trasladarse al estado de alma que supone la tentación y vivirlo con intensidad para reproducirlo en una fábula. El hecho es que entre los escritores que han tratado el mismo asunto que presenta la señora Casanova, son pocos los que han acertado a darle una profunda intensidad de sentimiento humano, como Galdós en Tormento, o una elevada idealidad simbólica, como Zola en *La faute de l'abbé Mouret*».

En Andalucía escribe lindos versos, y recientemente ha salido a luz un tomo de ellos, fresco y oloroso, Pepita Vidal, que singulariza en España el caso tan común en nuestra América española, de muchachas como María Enriqueta, como Dulce María Borrero, como Carlota Wathes, cultivadoras hábiles y graciosas de las nobles letras.

Podría citar aún a María de Atocha Ossorio y Gallardo, a doña Concepción Jimeno de Flaquer, tan conocida entre nosotros, y a algunas más; muy pocas confirman juntamente la regla de este asendereado desvío de la mujer española por la literatura, pero mi informe va extendiéndose más de la cuenta y por ahora pongo punto a mis disquisiciones.

- XXX -

Los clásicos para todos.

La casa editora madrileña de Perlado, Páez y Compañía, acaba de publicar un libro clásico de alto merecimiento, *La Celestina*, tragicomedia de Calisto y Melibea. Texto de veintiún actos, según la edición de Valencia, 1514, comparado con el primitivo de diez y seis, según las de Burgos, 1499, y Sevilla, 1901. Con un apéndice: el auto de Traso.

De seguro nada tiene de particular la reaparición de un libro clásico. Todos los principales se reeditan periódicamente en bibliotecas que siempre obtienen el favor de cierto público. No me referiría, pues, a *la Celestina*, de Fernando de Rojas, si no estableciese un precedente por todos conceptos recomendable: el de que aparezcan en ediciones baratas los textos célebres corregidos con esmero. Éste lo está por el catedrático de la Universidad Central don Cayo Ortega Mayor, quien, dice un bibliófilo, además de notar las más notables variantes que se observan en las primeras ediciones de la inmortal tragicomedia, la ha ilustrado con un breve e interesante prólogo, donde se contienen en resumen los principales datos conocidos acerca del autor de *la Celestina* y de la obra misma, y se discuten con razones muy atinadas los problemas críticos que ha suscitado el famoso libro de Fernando de Rojas.

La casa de Perlado Páez es la editora de la conocidísima y popularísima «Biblioteca Universal», que comenzó con *El romancero del Cid*, del cual se han hecho ya ocho ediciones.

En esa biblioteca, que todos conocemos, figuraba ya por cierto *La Celestina* a que ahora vengo refiriéndome, y asimismo han sido publicados Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, Cervantes, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Lope de Vega, Santa Teresa, *el Lazarillo de Tormes* etc., etc.; pero aunque tales tomitos, lejos de ser despreciables, han sido de una gran utilidad para difundir el conocimiento y el amor de las letras clásicas, se trata simplemente de obras fragmentarias, que no se han cotejado con todo el esmero deseable y que no se destinan a una biblioteca seria; mientras que la nueva edición de La Celestina sí viene ahora corregida y depurada con escrúpulo de bibliófilo, y si por su precio está al alcance de todas las fortunas, por su valer puede, compararse a las grandes ediciones, de autores castellanos destinadas a los eruditos.

Ya antes de Perlado Páez y Compañía, un joven literato español había editado un coqueto e interesante, facsímil, *La hija de Celestina*, de Salas Barbadillo, y su empeño me pareció a mí digno de todo aplauso. Proponíase dicho escritor que este tomo fuese el primero de una nueva biblioteca clásica, económica, cuidada y correcta; pero no tuvo éxito su intento, o él careció del entusiasmo suficiente para llevar a cabo su obra, y *La hija de Celestina* constituyó el primero y único tomo de la colección.

¿Acontecerá lo mismo con *La Celestina*, de Rojas? ¡Cuánto lo lamentaríamos!

Nosotros encontramos, en efecto, que estas ediciones baratas de los clásicos son eminentemente instructivas.

En los momentos en que cae sobre España y sobre América una verdadera andanada de traducciones francesas, la difusión del poderoso, hondo y sereno espíritu clásico entre las masas sería de una utilidad inmensa.

Y no es que me queje de la difusión de la cultura francesa en España.

Dios me libre y guarde de ello. Me quejo del insoportable galimatías de las traducciones actuales.

Empecemos porque se trata de folletines de enredo, generalmente, insignificantes, de los cuales se echa mano sin discernimiento, y añadamos que las traducciones no pueden ser peores. Como que el fin que se persigue, sobre todo, es producir novela barata: ¡a treinta céntimos el tomo, con

Librodot

ilustraciones!, claro que no se andan por las ramas los editores en lo de la elección. Hay que advertir, además, que esas publicaciones son semanales y que, por tanto, urgen muchos autores, y no es el caso de seleccionarlos.

Allá van en montón los grandes y los pequeños, los buenos y los malos. Sólo en una cosa se parecen todos: en lo mal traducidos. La pésima traducción identifica a Balzac con Graboriau. Es preciso, para que tales bibliotecas tengan cuenta, que el original no cueste nada. De aquí que no se eche mano jamás de literatos españoles. Estos, que abundan en calidad y cantidad, podrían escribir novelas agradables, interesantes, sabrosas. No es el ingenio lo que escasea, por cierto, en la coronada villa. Pero por más que la mayor parte de los escritores jóvenes hayan hecho voto de pobreza, es natural que pongan un precio a sus producciones, y este precio, por modesto que sea, parece excesivo a los editores.

Así, pues, salvo una biblioteca, la de *El Cuento Semanal*, que publica todos los viernes una novela inédita de autor conocido o desconocido, todas las demás echan mano de traductores de ínfima cuantía, a los cuales sólo dos cosas se exige: que vayan aprisa y que cobren poco, a lo que ellos de buen grado se comprometen. Con tales antecedentes ya se comprenderá el aguacero de galiparla que cae sobre la noble lengua castellana.

Mientras que las bibliotecas clásicas van reeditándose con majestuosa lentitud y a precios excesivos: mientras que la producción moderna española se imprime a duras penas y en ediciones reducidas, los folletines franceses, ingleses e italianos aparecen amontonadas por todas partes, mostrando el abigarramiento de sus llamativas carátulas.

***

¡Cómo no alegrarse, por tanto, de que, de cuando en cuando, una *Celestina*, de Rojas, expurgada y corregida con escrúpulo y amor de bibliófilo, aparezca a precio bajo en el mercado! Y ¡cómo no desear que cunda el ejemplo y que los editores echen mano para sus bibliotecas populares del inagotable tesoro de la Literatura clásica española! Que el público no la saborea, que resulta indigesta, es falso. Basta ver cómo se agotan los pequeños tomos de la «*Biblioteca Universal*», a que me refería al principio.

Hay, por otra parte, innumerables novelas españolas de una ligereza, de una gracia, de una picardía difícilmente superables por los modernos y que serían aún leídas con deleite, ya que el gran público no las conoce.

Es su precio el que las pone fuera del alcance del pueblo, que sigue siendo castizo por excelencia. Fuerza es, pues, alabar y estimular a quienes, a semejanza de los franceses, de los ingleses y de los italianos, procuran popularizar a nuestros clásicos, cuya frecuentación haría más por la cultura del pueblo que muchas conferencias y muchas prédicas.

***

Y quien dice nuestros clásicos, puede también decir nuestros grandes autores modernos.

Para estos últimos, la difusión es más homogénea; con el título de *Oro viejo*, por ejemplo, se empezó a imprimir hace poco más de un año una biblioteca, en cada uno de cuyos tomos campea, sobre papel rojo un medallón dorado con el perfil de algún literato célebre. En esa biblioteca, que es económica, pues vale cada tomo una peseta, se ha pasado ya revista a buena variedad de

autores, desde don Ramón de la Cruz hasta don Juan Valera, publicándose casi siempre con acierto algunas de las mejores páginas por ellos escritas.

El público, lejos de mostrarse esquivo con los editores, los ha alentado, comprobando lo que antes expresaba yo de su castizo interés por las buenas lecturas.

El teatro, por su parte, contribuye a comprobar mi aserto. No se da el caso de que a la interpretación de una pieza clásica no acuda en masa el público. María Guerrero pudo comprobarlo de sobra. Y no se diga que era la pompa de los trajes y la propiedad de la *mise en scéne* lo que atraía espectadores, porque es aún frecuente que en el salón de la Comedia y en el de la Princesa se dediquen algunas veladas por año a las obras del teatro antiguo, entre las cuales figuran mucho en los carteles *El Alcalde de Zalamea*, *Don Gil de las Calzas Verdes* y *La Verdad Sospechosa*, así como algunos arreglos de Shakespeare, entre otros *La fierecilla domada*; y aunque la escena ni los trajes pueden llamarse lujosos, sino más bien modestos, el entusiasmo de los concurrentes no decae un punto.

Debemos, pues, convenir: primero, en que de las grandes creaciones del clasicismo español, teatrales o novelescas, se desprenden todavía un encanto, una gracia, un interés difíciles de sustituir; segundo, en que el ingenio que rezuman las comedias de un Tirso o de un Alarcón, nada ha perdido aún de sus quilates, y tercero, en que, salvo tales o cuales parlamentos y digresiones hijos del espíritu de la época y de fácil supresión o arreglo, lo ágil, lo fino, lo ingrávido del espíritu, del diálogo, del retruécano, de la imagen, que campean en esas piezas, las hacen competir briosa y triunfalmente con innumerables comedias modernas, al grado de que el público actual, un poco escamado del teatro de última hora que le sirven tantos autores zonzos o verdes, estaría dispuesto, como el *Aladino de La Lámpara Maravillosa*, a cambiar lámparas nuevas por lámparas viejas.

- XXXI -

El presupuesto español de Instrucción Pública. -Pensiones en el extranjero. -Creación de escuelas.

El asunto culminante del mes, en materia de Instrucción Pública, ha sido la discusión del Presupuesto del ramo, la cual ha dado lugar a numerosos incidentes, tanto en el Congreso como en el Senado, hasta el momento de su aprobación.

Lo reñido de los debates, el calor con que conservadores, liberales y republicanos han reinado y defendido las ampliaciones o reformas que insistentemente sugerían, muestra que España empieza a preocuparse seriamente de este gran problema, el más importante de todos.

Uno de los puntos discutidos ha sido el de las pensiones en el extranjero. En las campañas iniciadas por las minorías acerca del presupuesto, se ha pretendido nada menos que se destine un aumento de cinco millones para toda clase de pensionados en el extranjero y para algunas escuelas.

La moción provino del ilustre diputado don Melquiades Álvarez, catedrático de la Universidad de Oviedo, quien exclamaba:

Librodot

«Esos cinco millones son necesarios para crear creando al efecto juntas de hombres competentes que se encarguen de organizar perfectamente estos servicios y de emplear a conciencia ese dinero».

La pretensión, empero, no tuvo éxito, acaso porque los prohombres del partido liberal no la apoyaron debidamente. En efecto, el señor Moret manifestó que «aunque el presupuesto no correspondía en su concepto a las necesidades modernas, la modificación no podía pedirse ni en la forma ni en la cantidad que pretendía el diputado republicano».

Otros personajes liberales calificaron la petición de cinco millones de extemporánea, afirmando que no era posible pedir así, de primas a primeras, una cantidad relativamente excesiva, sin haber prefijado su empleo y sin tener formado un plan detallado para saber siquiera en lo que se iba a gastar ese dinero.

El ministro de Instrucción Pública, señor Rodríguez San Pedro, se ha mantenido por su parte inflexible ante las instancias de las oposiciones y en su discurso para contestar a las minorías ha sabido defenderse de los innumerables cargos de éstas.

Dos capítulos figuran sobre todo en el discurso: el de las pensiones y el relativo a la creación de escuelas. De ambos quiero ocuparme brevemente, pues aunque sé que al hacerlo rebajo un poco la zona de mi comisión, que se refiere más bien a la literatura y enseñanza de las lenguas, no creo por otra parte que deba dejarse pasar inadvertida tan interesante controversia.

En realidad no es reo el señor Rodríguez San Pedro, por lo que se refiere a las pensiones, de haberlas mermado durante el tiempo de su gobierno; pues de datos oficiales resulta que en 1902 fueron pensionados cuatro alumnos de las universidades; en 1903, otros cuatro; en 1904, tres, pertenecientes a los Institutos, Escuelas de Comercio y Escuelas Normales; en 1905, diez y seis profesores y nueve alumnos; en 1906, exactamente el mismo número de unos y otros, y en 1907, quince profesores y nueve alumnos, es decir, sólo un profesor menos que el año anterior.

Las pensiones, como se ve, han ido en notable aumento año por año.

Fruto es éste del ejemplo de las naciones más cultas, especialmente de Alemania, Estados Unidos y el Japón. Pero el señor Rodríguez San Pedro no cree que estas pensiones sean eficaces para la mejora de la enseñanza, y se ha negado para lo de adelante a que se envíe al extranjero a todo el que lo solicite, y quiere que para no derrochar el dinero se haga una selección entre los solicitantes, escogiendo a quienes estén en condiciones de utilizar la ayuda del Estado.

¿Quién osaría negar que colocado en este punto de vista tiene muchísima razón el señor ministro de Instrucción Pública?

Pero también la tienen sus opositores colocados en el suyo.

Si las pensiones hasta hoy no han sido provechosas en España, débese quizás a dos causas principalísimas:

Primera: al poco cuidado con que se han distribuido.

Segunda: a la falta de una vigilancia hábil sobre los pensionados.

Ha sido ligereza frecuente (sobre todo en otros tiempos) de tales o cuales ministros de Instrucción Pública, así en España como en nuestra América, el prodigar las pensiones, como dice muy bien el señor Rodríguez San Pedro, a todos los que la solicitaban, no escaseando por cierto los casos en que mensualidades y viáticos sirviesen para un paseo más o menos «instructivo» de jóvenes favorecidos por influencias oficiales.

Así había quienes estudiaban los presupuestos para saber a cuánto ascendía cada año la partida de pensiones y que se dedicaban a solicitarlas con tozudo esfuerzo, hasta obtenerlas.

Librodot

Pero, aun pensionando a gente que lo merecía, resultaba el segundo inconveniente: el de la falta de una vigilancia hábil y también de un programa práctico.

Los pensionados, tanto en España como en Hispano América, han solido partir al extranjero sin tener más que ideas vagas de su misión y de su fin. ¡Qué mucho que volviesen sin haber hecho nada los que partían sin saber lo que iban a hacer!

Todo se reducía, claro, a algún mal informe, a algún mal cuadro o a tal o cual piececilla de música, pasodoble o vals; brillante, melosamente dedicado.

En el extranjero no había organizada inspección alguna ni existía un centro especial dolido, bajo la afectuosa y solícita vigilancia de hombres de honor, de ciencia y de respeto, se cambiasen ideas, se metodizasen trabajos, se definiesen los medios a propósito para que todas las energías aquellas concurrieran, cada una con sus especiales elementos, a la obtención de los altos fines para los cuales habían sido destinadas.

En estas circunstancias no es difícil prever el desprestigio de la pensión y el desconsuelo de los ministros de buena voluntad.

Pero de allí a concluir que las pensiones deban mermarse o suprimirse, no puede haber un camino lógico y por eso protestan las minorías, aun cuando el acuerdo entre ellas y el Ministerio de Instrucción Pública entiendo que ha de ser fácil en lo porvenir: basta con que se reglamenten estricta y concienzudamente estas pensiones; con que se exijan, como en Méjico, ciertas pruebas que son del todo decisivas y merced a las cuales se acabará por seleccionar el personal de profesores y alumnos que en el extranjero deben trabajar por el adelanto y la grandeza de su patria.

Veamos ahora el segundo importante capítulo de este debate, que a, pesar de la aprobación de los presupuestos habrá de seguir preocupando la conciencia nacional, y que resurgirá anualmente, sin duda, en el seno de las Cámaras.

Se trata de la creación de escuelas.

Los liberales quieren muchas escuelas, cuando menos ochenta mil. Cada año deben crearse dos mil quinientas, hasta que se llegue a aquel crecido número.

Los conservadores objetan que para las ochenta mil escuelas se necesitan cuando menos ciento sesenta mil maestros, muy difíciles de hallar en una nación de 18 millones de habitantes.

Un diputado afirmó, por otra parte, en el Congreso que, en suma, en España había más escuelas que en Inglaterra, más que en Alemania y más que en el Japón, a lo que replica un escritor especialista que esto es, absolutamente inexacto, porque para hacer el cálculo se toma la palabra «escuela» como signo de cantidad, cuando la frase por sí sola nada representa mucho más si, como ocurre en España, «se halla la escuela absolutamente vacía».

«Valdría lo mismo -añade el cuestionado escritor- sostener que 10 regimientos de los nuestros, de a 800 hombres cada uno, sumaban más soldados que ocho regimientos rusos de a 3.000 plazas.» «Una escuela de Londres o de Berlín o de Tokio, supone, por sola, más escuelas que diez juntas de las de Madrid, y lo supone en alumnos, en maestros, en material y en locales».

«Nosotros -dice aún el escritor citado, que es el señor don Tomás Maestro, ilustre médico-legista-, fuera de contados ensayos no poseernos aún el régimen moderno de la instrucción elemental, el constituido por la escuela graduada -conozco una admirable en Cartagena, levantada gracias a las loables iniciativas de su altruista alcalde, don Mariano Sanz, y a la no desmayada insistencia y voluntad de acero de dos apóstoles de la enseñanza, los señores Martínez Muñoz y Martí Alpera-. El tipo común y corriente de nuestra escuela de niños es todavía el medioeval, el solitario; un maestro, una sola clase, entre mazmorra y zahúrda, y un hacinamiento informe de

Librodot

criaturas de todas las edades escolares, desde los seis años a los catorce, amarrados al duro potro de la mesa palotera, sin aire, sin luz, yertos en el invierno, amodorrados y sudorosos con el calor de Junio, y sintiendo a cada instante sobre las tiernas palmas de sus manos la maldita férula de Orbilio Pupilo.

«Tan desdichado espectáculo hace traer a la memoria la doliente carta que, en el siglo XVI, escribió Rodolfo Agripa a su maestro Juan Wessel: Se me quiere confiar una escuela; mas considero este ensayo difícil y enojoso en extremo. Una escuela se asemeja a la prisión, donde no se oyen más que golpes y llantos sin fin. Si hay algo para mí que lleve un nombre contradictorio, es la escuela. Los griegos la llamaban «*schola*», recreo, y los latinos «*ludus litterarius*», juegos literarios; pero no hay nada que diste tanto del recreo y del juego. Aristóteles la denominaba «*phrontiserion*», lugar del tormento, y éste es el nombre que mejor la conviene».

Yo hallo la pintura exagerada, como hecha de propósito para mover la opinión hacia este problema tan urgente de resolver en España. Pero de todas suertes, la escuela elemental está aquí muy lejos del ideal moderno.

En Madrid, por ejemplo, no ha sido posible aclimatar aún, que yo sepa, más que un jardín de niños, y aun ése dentro de una forma un poquito convencional.

Los admirables métodos suizos y alemanes, que han hecho de la escuela de párvulos un verdadero paraíso, donde las enseñanzas se cuelan al cerebro con la radiosa facilidad y el encanto de una hebra de sol, de un perfume, de una melodía, no son ni aun sospechados en muchas poblaciones de la Península. En Granada hay un canónigo, el señor Manjón, que va para santo, según dice la gente, y que ha presentido o estudiado algo del sistema froebeliano, el cual aplica a los gitanillos del Albaicín y del Sacro Monte. Es cosa conmovedora ver a esos chicuelos, hasta hace poco ineducables o incapaces de domesticarse, salir en bandadas de sus cuevas para ir a la escuela del padre Majón, que por artes que a la gente sencilla parecen milagrosas, y cuyo secreto en suma no está más que en la dulzura y la paciencia, mezcladas a cierta amenidad en el aprendizaje, ha logrado desasnar a muchos e infundirles estímulos para ellos desconocidos.

La gente de todas categorías ayuda a esta obra con gusto, y hay ya varias escuelas de tal sistema en Andalucía y una en Salamanca; lo que prueba el buen deseo que anima, aun al bajo pueblo español, en este asunto de la instrucción; pero claro que se necesitan iniciativas y esfuerzos más vastos y poderosos.

En la actualidad, el número de escuelas que hay en España asciende a 24.262; pero debe advertirse que desde el año de 1857, famoso en Méjico por la promulgación do la carta fundamental, la ley de Instrucción pública determinaba para la nación un número de 63.247 escuelas elementales.

¿Cómo es que no ha podido crearse ni la mitad? No hay que culpar de esto al país; los partidos, las revoluciones, la anarquía, las guerras, no ayudan a fundar establecimientos de instrucción.

Ahora que la noble tierra española atraviesa, por un período de paz y de trabajo, que ha logrado, desde hace algunos años, saldar sus presa puestos con superávits decorosos, es llegado el momento definitivo de pagar esta deuda. Sólo que se requiere crear escuelas provistas de todos los útiles modernos, con edificios *ad hoc* y profesorado apto. Y es preferible que sean muchas menos las que se establezcan y con tal de que estén mejor dotadas y puedan pagar bien a su personal docente. Así, pues no debe censurarse la parsimonia del Gobierno, que acaso prefiere hacer pocas cosas con tal de hacerlas bien.

Librodot

Lo esencial, lo consolador, diremos, es que ya el país entero, como se está viendo, sale de su indiferencia y se muestra resuelto a emprender enérgicamente, por medio de la enseñanza, la reconstrucción nacional.

Si las buenas resoluciones y el entusiasmo persisten, tal vez no está lejano el día en que se hayan realizado en España todos estos cuandos que enumera con amargura de reproche el ya citado señor Maestre, y que concluyen con una interrogación dolorosa y con cargos quo no reproduciré por inmerecidos:

«Cuando en los países cultos toda la atención del Estado es poca para cuidar de la escuela y del niño, habiéndose, instituido los médicos escolares, los dentistas escolares, los oftalmólogos escolares, llegando Alemania en esta forma de servicios a nombrar, en 1902, un médico alienista para cada distrito, encargado del reconocimiento mental de los maestros, y el Estado de Nueva Jersey instaló un gabinete de desinfección, que esteriliza diariamente con formalina todo el menaje escolar de cada alumno; cuando el ministro de Instrucción de Prusia ordena, en 21 de Diciembre de 1900, que no se encuadernen los libros de las escuelas con alambre, y el Japón crea, en 1899, una sección de Higiene escolar agregada al Ministerio de Enseñanza, y el Mikado promulga una ley prohibiendo el uso del tabaco a los menores de edad, y en Connecticut acuerda el Consejo que las maestras, no lleven vestidos de cola, porque pueden infectar la escuela con los gérmenes recogidos en la calle; cuando en 1902 gastó Berlín 300.000 marcos sólo en los baños de sus escolares, y en los Estados Unidos de América, el Bureau of Education abre un expediente para determinar las condiciones de luz que debe tener una escuela, y Cohn, de Breslau, inventa un procedimiento técnico automático que acusa la iluminación normal de que ha de gozar un centro docente; cuando Engels, después de las experiencias de Lode y de Reichenbach, llega a resolver el problema de que en las escuelas no haya polvo, y Plank escribe su notable libro Los pies calientes en la escuela, y Furst edita el suyo, La limpieza de las clases en la escuela primaria, y la ciudad de Brooklyn funda una biblioteca para niños en medio de un parque, y la de Hamburgo adquiere 25 hectáreas de bosque, donde juegan los alumnos de sus escuelas elementales; cuando las instituciones instructoras de niños anómalos se multiplican por todas partes, fundándose 57 en Alemania, con 211 clases y 4.467 discípulos; 253 en los Estados Unidos, en las cuales se da enseñanza a 71.600 niños, sosteniendo Londres siete grandes centros para sordo-mudos con 18 sucursales distribuidas por toda la ciudad; cuando el Municipio de Cristianía reparte en sólo un invierno un millón de raciones gratis a los niños pobres de sus escuelas, y las cuatro cocinas escolares que sostiene Ginebra proporcionan alimento todo el año a los educandos indigentes, y la ciudad de Charlottenburgo gasta en este servicio 15.000 marcos anuales, y el cantón de Berna mantiene 15.000 niños, de comida y vestidos, y el Ayuntamiento florentino sostiene a 2.500 y hasta en Rusia, los *zemstwos*, dan abrigos y almuerzo caliente a los alumnos pobres que viven lejos de las escuelas; cuando todo esto ocurre por el mundo, y en New-York, Chicago y Missouri se instituyen Tribunales especiales para la corrección de niños delincuentes, y el Schulturnen recorre con sus contracciones salutíferas desde Nagasaki a Edimburgo, y la Unión berlinesa de la enseñanza paga, en 1902, 18.000 marcos a las empresas de ferrocarriles por excursiones de sus colonias de escolares, ¿qué han hecho nuestros políticos por la pobre España?»

Los políticos, especialmente los ministros de Instrucción Pública, quizá no han podido hacer gran cosa porque, como me decía el ilustre don José Echegaray, cierta vez en que lo visité, (preguntándome cuánto duraban los secretarios de Estado en México) aquí duran tan poco... que no alcanzan a veces ni a darse cuenta del engranaje de su ramo.

Librodot

La política, además, suele ser en todas partes función negativa. (Por eso nuestro Presidente prefiere a ella la mucha administración.) Lo bueno es que España quiere ponerse al nivel de los pueblos verdaderamente cultos, y las naciones, más felices que los individuos, pueden siempre lo que quieren con firmeza y perseverancia.

- XXXII -

El salón de los poetas.

Hace algunos meses que viene hablándose con insistencia en París del Salón de los Poetas.

Todo el mundo, como nota un cronista, tiene en París su salón, y así hay el Salón de los «papelistas», el de los «orientalistas», el de las «mujeres pintoras», el de los «pointillistes», el de los «goguinistas», etc., etc.

No podrían, pues, los poetas dejar de tener el suyo y van a inaugurarlo en breve.

El presidente de este salón será Edmundo Haraucourt, y en el Jurado de admisión figurarán, entre otros, Paul Deroulède, y Gustavo Kahn: dos temperamentos líricos de lo más antagónico que puede darse, circunstancia que, en suma, es acaso una garantía de acierto.

Pero dirán ustedes: ¿cómo va a ser ese Salón de los Poetas?

Parece, en efecto, un poquillo difícil concebirlo.

¿Es un salón en que se exhiben ediciones de versos de cierto lujo?

Pues entonces más bien resultará aquello una exposición de impresos, de relieve, de estampería...

¿Es un salón donde se puede ir a leer las mejores producciones de los grandes poetas modernos?

Pues resultará entonces un gabinete de lectura.

Los versos no pueden exhibirse como un cuadro, una estatua o un bibelot.

Recuerdo, empero, haber oído que este Salón de los Poetas tendrá un poco de todo lo que he apuntado y algo más que habrá de caracterizarlo.

A saber: tendrá una estantería a la vista, de donde los concurrentes podrán tomar, para leerlos, los tomos de versos de todos los poetas actuales, tomos que, empastados con solidez y elegancia, estarán a la mano del público, si se quiere hasta en diversas secciones.

Estas secciones obedecerán a la clasificación de escuelas, de tendencias, de estilos.

Habrá asimismo una especie de memorándum, impreso o manuscrito, donde podrán buscarse detalles del poeta que se desea leer: datos biográficos, crítica de su obra, etc.

Y por último, habrá algo que sí caracterizará e individualizará el Salón de los Poetas, y es a saber: lecturas y conferencias diarias sobre los poetas cuyos libros se exhiben. Estas lecturas y conferencias podrán alternarse con recitaciones especiales.

Y aun acontecerá que el poeta mismo sobre el cual versa la conferencia, irá a decir algunos de sus versos.

Debo advertir que el salón será sólo de poetas vivos. Los muertos no caben en él.

¿A qué obedece esto?

En primer lugar, a la índole de todos los salones. Es un salón, una exposición anual, destinada a mostrar los progresos de las artes, y los muertos ¡ya no progresan!, están definitivamente fijados en una modalidad:

la última a que se sujetan...

Por otra parte, en un salón se discute y a los muertos ¡a qué discutirlos!

Añádase que al excluirlos del salón se les da una muestra de cortesía.

Los muertos no pueden defenderse... Así, pues, que no concurran. Que vayan sólo los vivos, los que estén allí apercibidos a cubrir su obra, a ampararla de las críticas y los ataques.

Añadamos todavía una razón. Si se va a admitir a los muertos, harán una sombra terrible a los vivos. Son muchos, son muy grandes. Se llaman Hugo, Musset, Vigny, Lamartine, Baudelaire, Leconte de Lisle, Heredia, Verlaine, Sully Prudhomme, etcétera, etcétera.

Hay que advertir también que los poetas modernos no están muy seguros de su grandeza (modestia que los honra). La prueba es que pusieron el grito en el cielo cuando, conforme a la ley francesa, las poesías de Musset pasaron a ser de propiedad pública.

Juzgaron que en cuanto aconteciera lo mismo con otros grandes poetas del siglo XIX, la competencia iba a ser imposible. El público dejaría lo nuevo por lo viejo, sin duda alguna, tanto más cuanto que las ediciones de los viejos serían muy baratas. Bueno y barato en vez de discutible y caro... La elección no era difícil.

***

El salón será, pues, todos estas cosas que hemos apuntado y acaso será una más todavía, cuando, en parte, por lo menos, se levante el entredicho a los grandes poetas muertos. Será una exposición retrospectiva del tomo de versos, desde un Joachin du Bellay, por ejemplo, autor de la reforma poética en los comienzos del siglo XVI y creador de sonetos admirables, hasta un Jean Moréas.

Así caracterizado, el Salón de los Poetas acabará por prender en el ánimo público.

Pero de todas suertes lo ilógico de su designación y de su asimilación a los salones de pintura y escultura, subsistirá.

En resumen, vendrá a ser una sala de lectura donde se darán conferencias alternadas con recitaciones.

La única singularidad de la institución consiste en que será periódica, singularidad que es la que le da analogía con los salones de arte.

Yo me digo: ¿por qué no desdeñar tal analogía y crear de una vez un teatro de recitaciones y conferencias poéticas?

En ese teatro se darían diariamente, durante la temporada de otoño, invierno y primavera, conferencias breves sobre los poetas franceses y extranjeros, y un grupo de actores recitaría sus mejores versos, cuando no pudiesen ser los poetas mismos quienes los recitasen.

¿Habría público para un teatro así? En París de seguro que lo habría.

De hecho lo hubo siempre en aquellas inolvidables matinés de Sarah Bernhardt, en que se recitaban los mejo res versos de los grandes líricos.

Os aseguro que, a pesar de todos los pesares, los poetas conquistan a un público numeroso, y esto no sólo en la capital del mundo. En Madrid, he tenido frecuente ocasiones de comprobarlo.

A las veladas líricas del Ateneo o de la Unión Ibero Americana acuden innumerables oyentes, mujeres sobre todo, sí, mujeres, que con heroísmo edificante soportan los más soporíferos

Librodot

discursos, alentadas por la ilusión de oír al cabo de ellos los versos de algún poeta predilecto. Ni la incomodidad, ni el calor, ni la distancia, las amilanan.

A veces, frecuentemente, tienen que permanecer de pie, porque llegan un poco tarde... Sin embargo, con paciencia indecible permanecen, y no ha bastado a alejarlas de estas fiestas líricas ni la pésima organización de casi todas las solemnidades literarias, que no parece sino que están hechos para inspirar el horror de la poesía...

Un salón permanente de poetas tendría, pues, éxito, no ya sólo en París, sino en Madrid y en nuestro México mismo.

¡Y costaría tan poco organizarlo!

- XXXIII -

Los juegos florales en España.

En lo que va del mes de Mayo, seis días apenas, se han celebrado ya en España dos juegos de flores: unos en Barcelona y otros en Sevilla.

En los primeros pronunció un discurso, muy notable por cierto, cuajado de erudición, como todo lo suyo, el muy ilustre don Marcelino Menéndez Pelayo. En los juegos florales de Sevilla, organizados por el Ateneo, el mantenedor fue el conocido poeta académico Cavestany, sevillano por más señas. El poeta premiado con la flor natural fue un Cavestany también, hijo primogénito del primero, y del que, usando un mexicanismo pintoresco, podríamos decir que tatea con acierto. No hay casi mes en que no se celebren juegos florales en alguna ciudad de la Península. La bella costumbre, lejos de caer en desuso, cada día se afirma y enraíza más.

Tiene no sólo la ventaja de mantener el señorío de los versos con su influencia amable y civilizadora, no cierto prestigio feminista que, naturalmente, place sobre manera a las mujeres jóvenes. En países como los nuestros, donde la mujer no está todavía habilitada para ejercer funciones políticas, donde no le abren las puertas de las academias, donde ni siquiera puede andar sola en las calles sin exponerse al alud de madrigales anodinos de la gente caldía, este reinado efímero, pero tan simpático, de los juegos florales, de las cortes de amor, la indemniza de situación subalterna y disciplinada, aumenta su poder y su influjo sin restarle gracia ni encanto alguno.

El delicado arcaísmo galante, merced al cual le ponemos en las manos el cetro, no altera en nada el ritmo de sus líneas y halaga toda esa innata delicadeza de su alma.

***

En México, el poco tacto de algunos jurados y la vanidad quebradiza y amarga de algunos poetas han quitado a los juegos florales mucho de su encanto y espontaneidad. De desearse fuera, sin embargo, que volviesen a adquirir el vigor y el prestigio de antaño. Estas fiestas, en medio del trajín de nuestras ciudades, ponen una nota de cultura exquisita, reposan y elevan las almas, las sustraen un poco a todo el mezquino enredo de las diarias pasiones familiares, que endeblecen lo mejor de nosotros, y por último, dignifican a nuestras mujeres, dándoles así el desquite de una vida ingrata, erizada de pequeños deberes en la cual florecen tan pocas satisfacciones.

- XXXIV -

El teatro de arte en Madrid.

Una loable tentativa de arte constituye la actualidad literaria en Madrid. Trátase del Teatro libre, a semejanza del fundado en París por L. Poe. En Madrid la institución llámase simplemente teatro de arte y ha escogido como escenario el de la Ciudad Lineal, simpática sala de espectáculos en las afueras de la villa, en un apacible y pintoresco sitio.

El plan de trabajos de los organizadores consiste en dar series de funciones, en que sucesivamente se representen obras maestras del teatro escénico, de todos los géneros, sin prejuicios de escuela ni de tendencia, pero elegidas entre las que, por circunstancias especiales de originalidad de orientación, incompatibilidad con el gusto corriente y dificultades, escenográficas o de otra índole, no sean representables en los teatros actuales.

Los gastos originados por esas funciones han de satisfacerse por quienes se adhieren a la idea, fijándose de antemano para cada serie la cuota con que cada uno debe contribuir.

La primera de estas series -que ha empezado ya- consta de cuatro funciones, representadas los días 26 y 30 de Mayo y 10 y 15 de Junio corriente. La función primera se compuso de *Teresa* (pieza en un acto), de Clarín, y *El escultor de su alma*, de Ángel Ganivet (tres actos).

La segunda función compúsose, de *Sor Filomena*, de los Goncourt (tres actos), y *Peregrino de Amor*, de Brada (un acto).

En la tercera función, que se representará el día 10 de Junio, pondráse en escena *Cuando caen las hojas*, de José Francés (un acto), *Trata de Blancas*, de Bernardo Shaw (cuatro actos). Y por último, la cuarta función se compondrá de *El sueño de un Crepúsculo de Otoño*, de D'Annunzio (un acto) y *La Rousalka*, de Eduardo Schuré (cuatro actos).

Estos programas que he enumerado, dan clara idea de las preferencias del teatro de arte, cuyo espíritu es del todo análogo al teatro de l'Oeuvre de París.

He aquí, por lo demás, cómo explican sus propósitos los adheridos hasta hoy, entre los que figuran, por cierto, Benito Pérez Galdós, Jacinto Benavente, Ramón del Valle Inclán y otros nombres tan ilustres como éstos:

«Sinceros amantes del arte escénico, síntesis y compendio de todas las bellas artes; dolidos y apenados del industrialismo que parece ser razón única de su vida, pretendemos crear, no frente al teatro industrial, sino a su lado, y completándole para dar la fórmula del teatro íntegro, un teatro de arte, un teatro que pueda ser, según la frase feliz de Lucien Muldfeld, «un laboratorio de ensayos donde libremente sean puestas en práctica nuevas fórmulas de arte».

»Eclécticos, convencidos de que la belleza no es patrimonio de una secta ni de una escuela, pretendemos abrir ese teatro a todas las tendencias, sin pedir a los que las sirven más que sinceridad en su amor a lo bello y a lo verdadero.

»Libres de prejuicios que no sean el culto a la belleza, todas las ideas nos parecen admisibles, a condición sólo de que el arte las decore y muestre; todas las respetaremos, aun no siendo las nuestras, aun oponiéndose rudamente a ellas, con tal de que su escudo sea el anhelo artístico, puro y elevado, incapaz de buscar cereales en campo de laureles.

Librodot

»Nuestra empresa es noble y laudable, y, para realizarla, llamamos a los hombres de buena voluntad, de espíritu amplio y rectitud de intención suficiente para que nada pueda parecerles pecaminoso y atrevido, mientras no traspase los límites del decoro y de la licencia y lleve como garantía la sanidad del propósito. Llamamos a los hombres de buena voluntad y de cultura de espíritu suficiente para constituir el público de vanguardia que desbroce el camino y abra horizontes nuevos al arte escénico del porvenir.

»Queremos con nosotros a cuantos sientan la necesidad de elevar el nivel intelectual, moral y estético del teatro; a cuantos quieran trabajar en esa elevación que ha de darnos el definitivo derrumbamiento de las fórmulas viejas que oprimen y anquilosan el arte escénico: el arte escénico, que por ser la vida misma en acción, mayor libertad y movimiento necesita.

»Nuestro programa es amplio, porque amplio es el terreno por conquistar, pero su amplitud no nos arredra porque no tenemos por enemigos la impaciencia ni la premura; convencidos y seguros por ello de nuestro triunfo, no nos urge vencer; nuestra labor es obra de precursores y sus efectos no son a fecha fija.

»Si somos pocos, procuremos ser los mejores y practiquemos el apostolado del ejemplo; que cada día tenga su trabajo, y la labor, por ardua que sea, será realizada. Nuestro trabajo de hoy, trabajo de iniciación, aparte se declara; nuestro propósito es lo que importa, y para él pedimos adhesiones y apoyo.

Démosle los que como nosotros sientan y piensen y el arte escénico será algún día en España algo más que entretenimiento de desocupados y buscavidas de menesterosos».

***

Restando de estos párrafos tales o cuales frases hechas y períodos sonoros, ripio indispensable de todo manifiesto, programa o exposición de miras, queda en el fondo la expresión de un propósito moderno, loable por todos conceptos, noble y sereno, para el que deseo la mejor suerte.

No hay que ocultar, empero, que esta empresa del teatro libre, que fracasó en un país como Francia, donde las ideas nuevas se abren paso fácilmente, tienen muchos escollos. Uno de ellos está en la elección de piezas.

Suele suceder, y de hecho ha sucedido en algunos centros extranjeros, que los adheridos o iniciadores llevan fines muy particulares, de un egoísmo disculpable, si se quiere, pero que mina las bases mismas de una institución de este género.

Consisten estos fines en representar las obras propias, aquellos ensayos más o menos audaces o más o menos imperfectos que no merecieron la acogida de otros empresarios, o lo que es peor todavía, piezas sin mérito alguno que desprestigian desde luego la calidad del repertorio.

Los miembros de este cenáculo tienen cada uno su drama (¡qué menos puede pedirse a autores inéditos!), y como las veladas son reducidas y los dramas de los socios incontables, el teatro libre se reduce a un teatro de familia, en que las obras maestras de los autores nacionales y extranjeros ceden el paso a los ensayos dramáticos de los socios. Pasa en esto algo análogo a lo que sucede con los editores de libros modernos, cuando son, a la vez que editores, autores. Sus primeros propósitos se refieren a la divulgación de las grandes obras, de aquellas que por sus tendencias avanzadas no han encontrado acogida en las casas editoriales por mayor.

Pero como el libro inédito del editor hace cosquillas, se empieza por editarlo mientras se traduce el otro, y al cabo resulta aquello una sociedad de ediciones de familia también, en que la obra maestra no asoma por ninguna parte.

Si en España se salva este escollo que en otras naciones de Europa no se ha salvado; si los adheridos al teatro de arte tienen el suficiente desinterés para ayudar a la representación de las grandes obras dramáticas españolas o extranjeras, sin pensar en las que ellos guardan en el fondo del cajón; si se constituye un tribunal de seriedad y prestigio, que dictamine acerca de las obras que merezcan representarse, el bello intento de crear un teatro libre florecerá vigorosamente, porque aquí abundan aptitudes para la obra escénica, además del tesoro de piezas dramáticas españolas que no han sido suficientemente representadas por lo osado de sus tendencias.

Por lo pronto, casi en su totalidad, es de alabar la lista de las que se han elegido:

La Teresa, de Clarín; *El escultor de su alma*, de Ganivet, y la *Rousalka*, de Schuré, son obras capitales, que deben conocerse, y ciertamente que la *Sor Filomena* de los Goncourt y *El Sueño de un Crepúsculo de Otoño*, de D'Annunzio, no necesitan recomendaciones ni elogios.

Esperemos, pues, que la noble idea fructifique y traiga nuevos estímulos y nuevo vigor para la moderna producción dramática en España, tan abundante ya y tan preciosa.

- XXXV -

El arte literario y las preocupaciones mercantiles.

Monsieur Emile Fabregue ha iniciado en la Nouvelle Revue una información sobrado interesante:

«¿Creéis -pregunta- que el arte y la literatura atraviesan en este momento una crisis, en razón del desenfrenado triunfo del dinero? ¿No es cierto que las preocupaciones mercantiles obscurecen y rebajan el ideal de los trabajadores intelectuales?»

Entre las respuestas dadas, es digna de notarse, por lo concisa, clara y ejemplificada, la del popular humorista del Matin, H. Harduin:

«Dos poetas muy grandes -dice- han brillado en el siglo XIX: uno de ellos, Víctor Hugo, fue administrador vigilante, cuidadoso, de su patrimonio intelectual, y extrajo de su producción literaria todo lo que ella podía dar.

»El otro, Lamartine, no tuvo preocupación mercantil alguna, Pródigo, sin cuidarse ni mucho, ni poco de sus intereses materiales, Lamartine fue también un poeta de genio. De suerte que ni las preocupaciones mercantiles, ni la ausencia de ellas, parecen tener una influencia sobre el ideal de los trabajadores intelectuales.

»Remontándonos un poco, encontramos a Beaumarchais, hombre de negocios, sobre todo mañoso y sin escrúpulos. No obstante eso, dejó dos obras maestras. Voltaire estimaba que el dinero era cosa muy necesaria y se ocupó siempre de ganarlo. No por eso dejó de ser Voltaire.

»Si Corneille hubiese tenido los medios modernos de sacar partido comercialmente de sus obras, nada indica que hubiese dejado de componer el *Cid*. ¡En cambio, ya viejo, se hubiera abstenido probablemente de, escribir *Pulchérie*, *Surena* y también *Agésilas*!

»Conclusión: Se puede con preocupaciones mercantiles ser un grande hombre. Se puede sin preocupaciones mercantiles ser un imbécil».

***

Estas ideas se esfuerzan injustamente por romper un clisé absurdo: el de que todo trabajo intelectual debe estar reñido con el negocio; clisé que condena al hombre de genio a la incapacidad de ganar dinero, sin tener en cuenta los nombres que cita Harduin y otros que no cita: el de Shakespeare, por ejemplo.

Las juzgo, pues, muy loables, y de tal manera se parecen a las mías, que encuentro entre mis más recientes notas a propósito de la muerte de un americano poeta y banquero, mister Edmundo Stedmann, presidente del Instituto Nacional de Artes y Letras, los párrafos siguientes, que copio, entre otros, por lo que tienen de oportuno y de actual:

«El poeta, como respondió muy bien uno, español, a cierto infatuado extranjero que se lo preguntaba desdeñosamente, sirve para hacer todo lo que hacen los que no lo son, y además, versos.

»Con este criterio, que es el verdadero, ¿por qué sorprenderse de que Shakespeare haya ganado dinero y de que Víctor Hugo haya muerto rico?

«De Shakespeare se afirma que desde niño comprendió el valor del oro, porque su padre, que fue rico en un principio, se arruinó después. Durante su agitada existencia, que no careció de borrascas, compraba y vendía sucesivamente tierras, valiéndose para ello de las sumas que ganaba con sus producciones. Se calcula que el precio de venta de cada obra suya era de 150 a 275 francos, siendo ciento el de cada una de las obras reformadas que vendía. Se calcula, asimismo, que las 19 comedias y tragedias que escribió desde 1591 a 1599, le produjeron como 500 francos anuales cada una. Como los empresarios se oponían a la impresión de las obras de teatro que habían pagado, por el recelo de los plagios, en una época en que la propiedad literaria no estaba debidamente garantizada, pocas piezas de Shakespeare se imprimieron durante su vida; pero, en cambio, sus derechos de autor -si así podían llamarse entonces- le valieron hasta 5.000 francos al año, en tiempos en que el dinero valía cuatro o cinco veces más que hoy.

»En cuanto a Víctor Hugo, harto reciente es su historia para que digamos cómo labró su riqueza».

***

Entendámonos, pues; los poetas, encontrando que el aplauso, el renombre, eran más tentadores que la fortuna, han solido ser negligentes o desdeñosos para el negocio, resolviendo en otra forma el problema de la dicha personal; pero esto, que se debe a deliberada voluntad (no de otra suerte que la elección de la Santa Pobreza hecha por los místicos), nunca significó impotencia, como cree el vulgo, para los números. También los números son una harmonía.

¿No se llamaron, por ventura, números los versos antiguos? Así, pues, cuando la felicidad se compraba con un noble gesto, con un harmonioso verso; cuando las mujeres amaban las justas gayas, los floridos torneos, el poeta pagaba con belleza, con ideal, con ensueño.

Hoy que ciertas satisfacciones sólo pueden obtenerse con oro, el poeta baja de su trono de dios indiferente y lo conquista.

Y entiéndase que cuantas veces he dicho poeta no he pretendido designar tan sólo al que hace versos, sino a todo aquel que en prosa o en verso ha acertado a expresar el ideal de la raza, la hondura de la emoción ambiente o su propia hondura y su propio ideal.

***

La incompatibilidad de la matemática con el talento poético y literario, es falsa: la han propalado aquellos enemigos de los poetas a quienes no les fue posible emularlos.

Por tanto, a la pregunta de si el arte y la literatura atraviesan en este momento una crisis, consecuencia del triunfo desenfrenado del dinero, hay que contestar tal vez que sí; pero a la pregunta de si las preocupaciones mercantiles rebajan y obscurecen el ideal de los trabajadores intelectuales, hay que contestar desde luego que no.

- XXXVI -

La reforma de la ortografía en Francia.

Una comisión especial trabaja actualmente en Francia en la reforma de la ortografía. Propónese, desde luego, a lo que se sabe, reemplazar por simples *f*, *t* y *r* algunas *ph*, *th*, *rh* estorbosas.

Se afirmaba que el ministro de Instrucción Pública trataba de simplificar por medio de un decreto la ortografía francesa; naturalmente, esto no pasa de un reportazgo inconsiderado. Los idiomas no se reforman con decretos. Monsieur Doumergue, interrogado a tal propósito, ha respondido:

«Monsieur Gréard presentó en otro tiempo, con respecto a la ortografía, conclusiones muy moderadas. Después, el Consejo Superior redactó un informe considerable que llegaba a conclusiones osadas. Yo, por mi parte, me inclino a estudiar de nuevo el proyecto de monsieur Gréard.

Es una tentativa audaz esa de legislar sobre la Lengua Nacional. El solo papel legítimo de las academias o de las comisiones oficiales consiste en ratificar con prudencia las modificaciones que impone el uso. Y la sanción de estas decisiones se aplica en los exámenes. Cierto es que las pruebas de ortografía en la enseñanza primaria han sido frecuentemente chinoiseries. Se acumulaban dificultades y trampas de las cuales hasta los mismos examinadores hubieran sido incapaces de salir airosos. En muchos puntos cierta tolerancia es razonable. La reforma que tenemos a la vista consistirá, pues, en consagrar primero cierto número de modificaciones generalmente admitidas, y después en volver facultativas otras modificaciones».

Monsieur Urbain Gohier, cuya competencia en el asunto nadie podrá negar, no es partidario de la reforma:

«Una lengua viva -dice- como cualquier criatura viviente, no admite la lógica absoluta en su constitución. Tan extravagante sería promulgar de golpe una ortografía nueva, como el modelar otra vez las orejas y la nariz de todos los ciudadanos, que no tengan estos apéndices conforme a los modelos griegos. Una lengua tiene su fisonomía que hay que respetar».

«La nuestra -añade- cuenta con sobrados enemigos. Mientras que las grandes naciones extranjeras tratan de reaccionar contra la invasión de elementos equívocos, nosotros abandonamos la lengua francesa a la invasión de todos los germanismos, hebraísmos, anglicismos, sin contar el argot de los sports, el argot de los malhechores, el argot de la Bolsa y del teatro; sin contar los barbarismos de los periodistas improvisados, de los oradores parlamentarios, de los novelistas iliteratos y de los metecos, aunque no tienen el instinto del terruño.

Librodot

»El Consejo de las universidades americanas recientemente inscribía, como libro clásico para el estudio de la lengua alemana, un conjunto de extractos de publicistas contemporáneos. Rehusó hacer otro tanto para el estudio de la lengua francesa, alegando que esta lengua, escrita por nuestros contemporáneos, es una mixtura heteróclita. Tal juicio parece duro; pero no puede decirse que sea injusto. Nosotros leemos a diario pruebas impresas y vemos que se nos fabrican sin cesar palabras absurdas, no obstante que existe la palabra justa y correcta, y aun suele cambiársenos el género de las palabras usuales. Cuando se haya, pues, cambiado hasta el aspecto de la palabra escrita, ¿qué quedará de ella?

»Pensad en la destrucción de nuestros bosques y de nuestros viejos castillos por las «bandas negras»; en la demolición de las viejas murallas, de los viejos puentes, de las viejas habitaciones en las ciudades; en el asolamiento y devastamiento de los paisajes típicos llevado a cabo por los ingenieros; en el pillaje de nuestros tesoros de arte religioso por los ladrones fantasmas: no parece, pues, sino que se trata de la sistemática devastación de todo lo que fue Francia.

»El elector «avanzado» confunde fácilmente el progreso con el odio al pasado y el aniquilamiento de sus vestigios. Hay que hacerle comprender que debemos cuidar nuestro patrimonio común precisamente porque es de todos.

»Los demagogos han arrojado sobre la ortografía la sospecha de aristocracia, La ortografía es perfectamente democrática. Nunca la sabe uno con más seguridad que a los doce años, en el momento del certificado de estudios, a la salida de la escuela primaria, sin el auxilio del griego ni del latín. Y la escuela primaria está abierta a todos, gratuitamente. Y la lectura perpetua, que fortifica la costumbre de la ortografía, está recomendada a todos también».

***

Como se ve, el criterio de monsieur Urbain Gohier es reaccionario de un modo manifiesto. El idioma para él es un organismo viviente, a condición de que no se mueva, de que no se adapte, de que no se varíe: es decir, no es un organismo viviente.

Se trata de un patrimonio común, como si dijéramos, del patrimonio de los antecesores. Podemos usufructuarlo, pero no aumentarlo. Es un *nolli me tangere* para nosotros, no obstante que jamás lo fue para los antepasados.

¿Pues qué, el francés de Thibaut de Champagne o de Joinville era igual al de François Villon o al del Loyal Serviteur?

¿Pues qué, Margarita de Angulema escribía en francés idéntico al de Racan? ¿Y éste usó por ventura los mismos términos que Voltaire? En todos los tiempos el francés ha evolucionado, admirablemente por cierto; ha impuesto infinidad de palabras a otras lenguas; pero también se ha acaudalado con todos aquellos vocablos que le hacían falta, y si ahora es expresivo, claro, dúctil y rico, débese precisamente a esa manga ancha que indigna tanto a monsieur Urbain Gohier.

«Una lengua viviente, como cualquier ser viviente -dice Gohier-, no admite la lógica absoluta en su constitución».

Claro que no la admite así de golpe y porrazo, pero sí merced a sucesivas reformas. ¿Por qué no hemos de aspirar a la lógica y a la perfección de nuestra lengua? Ni siquiera valen razones de estética, porque no puede ser antiestético un idioma que es lógico y perfecto. ¿Es que, la *ph*, la *th* y la *rh* son más bellas que las simples *p, t, r*? ¿El que tengan en su abono un ligero matiz de arcaísmo las hermosea de tal modo que en nombre de la belleza no debemos tocarlas?

Por lo demás no se trata de un examen de ideas, de una especulación más o menos agradable e instructiva, sino de hechos.

Monsieur Doumergue, a quien citaba yo arriba, ha dicho también con suave ironía:

«La gente no espera nuestros decretos para tomarse con la ortografía todo género de libertades».

La gente, en efecto, no ha esperado nunca los decretos académicos para hablar y escribir. Con su sentido profundamente práctico, que es el verdadero creador de idiomas, la multitud va suprimiendo en éstos lo innecesario, y acaba por imponer al mundo su modo de expresarse.

Si las corporaciones doctas se muestran, pues, esquivas a estos hechos consumados, hacen muy mal, porque establecen cismas peligrosísimos.

Estos cismas acaban por partir un idioma en dos (como pasó con el griego y el latín): el idioma culto y el popular, y monsieur Gohier debe saber de sobra lo que acontece en estos casos: el idioma popular es el que vive. El culto se torna en lengua de eruditos y se muere sin remedio.

¡Cuánto mejor es, por tanto, que el Ministerio de Instrucción Pública tome cartas en el asunto y se modifique de derecho lo que de hecho está ya modificado!

De hecho, sí, porque la ortografía francesa, como la inglesa y la alemana, se está modificando profundamente, no sólo en las producciones de los literatos... sino hasta en las de los académicos. Monsieur Gohier no ignora quizá que los literatos no son los únicos que cometen faltas de ortografía o que escriben con una ortografía *sui generis*. Hay infinidad de escritores y de sabios que no se ajustan en esto a la ortodoxia académica.

Y no por cierto de los más modernos.

Justamente *Le Matin*, diario en que colabora monsieur Gohier, refería en días pasados la sabrosa anécdota siguiente: M. Gaston Boissier, secretario perpetuo de la Academia francesa, que acaba de morir, no vivió siempre en armonía perfecta con la ortografía.

Cierta mañana, Gaston Boissier llegó lleno de júbilo a casa de Renan, su colega en la Academia francesa y en el Colegio de Francia.

-Tengo que anunciaros -dijo el célebre filósofo- una noticia que va a humillaros.

-¿Qué noticia?

-Mis autógrafos se venden más caros que los vuestros.

-No me sorprende -contesta Renan con aspecto malicioso, que decía mucho más que sus palabras-. ¿Pero cómo lo sabéis?

-Ayer, en la sala de ventas de la rue Drouot, se subastaron dos cartas: una vuestra y otra mía. La vuestra fue adjudicada en tres francos y la mía en cinco.

-No me contáis nada nuevo -declaró Renan-: ya estaba yo enterado.

Pero no hay por qué enorgullecerse. ¿Sabéis la razón?

-No.

-Es que hay en vuestra carta tres faltas de ortografía. Ahí la tengo sobre mi escritorio. Es uno de mis amigos quien, viendo que se vendía y percibiendo las perlas falsas que ornaban vuestra prosa, pujó para quedarse con la carta, y me la trajo luego diciéndome: «Devolved esta carta al señor Boissier. Si la dejásemos circular en público, con sus ornatos gramaticales, podríamos perjudicar a la Academia francesa.

No era, por lo demás, M. Gaston Boissier el solo académico que anduviese a trompicones con la ortografía.

En 1868, en Compiègne, a ruegos de la Emperatriz Eugenia, los académicos, en gran número, tuvieron a bien someterse a la prueba de un dictado, que se hizo famoso después y que fue

Librodot

arreglado por uno de ellos; Próspero Merimée (quién imaginó, en realidad, la prueba, fue el ministro de Instrucción pública de entonces, Víctor Duruy), que para mostrar el abuso que se cometía al dictar en los exámenes de profesores trozos difíciles, quería hacer quedar mal la propia ciencia de los académicos.

No hubo un solo inmortal que saliese bien de la prueba: ninguno de ellos hubiera podido recibir el título de profesor de Instrucción Primaria... En cuanto a la Emperatriz, que había declarado no comprender que pudiesen cometerse errores ortográficos y que también había tomado parte en el concurso, su dictado era verdadero estuche, realmente guarnecido. Tenía noventa faltas graves o ligeras; treinta más que el dictado del Emperador.

***

Si pues ni los emperadores ni siquiera los académicos de la Lengua escriben con ortografía, ¿cómo pretende el señor Gohier que ésta sea perfectamente democrática «Nunca sabe uno la ortografía con más seguridad que a los doce años», dice Gohier. Cierto, porque es la única edad en que suele uno medio saberla...

Yo tengo cartas de literatos ilustres, con cada falta de ortografía que tiembla el universo! Y eso que nuestra ortografía española es infinitamente más simple que la francesa. Los que en castellano cometen (o cometemos) faltas no tienen (o no tenemos) disculpa. Pero sin disculpa y todo...

Créalo, pues, el señor Gohier: el Gobierno francés hace perfectamente en modificar la ortografía, volviéndola más sencilla, más racional, más lógica. Lo propio están haciendo otros países y otros gobiernos.

En cuanto a suponer que un idioma puede reformarse así, de golpe, con un decreto, claro que, nadie lo supone; se reformará con lentitud, si se tiene cuidado de volver ortográficamente legítimo lo que el uso patrocina ya. Hay, asimismo, otro factor poderoso para conseguirlo, y es el ejemplo de los grandes.

A este respecto, recordaré lo que aconteció en los Estados Unidos no hace muchos años:

El presidente Roosevelt dio a la imprenta nacional la orden de imprimir en lo futuro, en ortografía reformada, todos los mensajes y todos los documentos que emanasen de la Casa Blanca.

Quiso también que su propia correspondencia fuese igualmente escrita en ortografía reformada.

Se creía -y no se han equivocado quienes pensaban así- que este ejemplo, venido de tan alto, sería seguido probablemente por los Ministerios de Washington, y se esperaba que llegase un día en que todos los documentos oficiales fuesen escritos en ortografía reformada, según el método fonético del profesor Brander Mathews, de la Universidad de Columbia, patrocinado por Andrew Carnegie, el archimillonario.

Según este método, desaparecen las letras mudas. Se escribe, por ejemplo: *gazel, sulfur, fantom, catalog,* en vez de *gazell, sulphur, phantom, catalogue*.

Claro que tal reforma se ha ido haciendo gradualmente. Pero mister Roosevelt ha adoptado las listas parciales de palabras reformadas, a medida que se han ido reformando.

La Comisión propuso especialmente, para ciertos participios pasados ingleses, la sustitución de la letra *t* a la final *d*. Basábase para esto en autoridades históricas, como Bacon y Shakespeare, en oposición a la ignorancia y la rutina de los escritores y literatos actuales.

Mister Roosevelt ha dicho varias veces que en su concepto este proceder fortificará la ortografía inglesa, volverá la lengua más popular y permitirá a los extranjeros aprenderla más rápidamente.

Espera que así, simplificada, la lengua «triunfará pronto del francés como lengua diplomática».

Admirador entusiasta de la lengua anglo-sajona, así como de las instituciones anglo-sajonas, no ve razón alguna para que el idioma «de la raza dominante» no sea reconocido como idioma dominante.

Los candidatos a los puestos del Gobierno deben saber servirse de la ortografía fonética, y los funcionarios reclaman esta instrucción en las escuelas.

Como consecuencia de la revolución ortográfica, los norteamericanos esperan que Inglaterra y sus colonias tendrán que elegir entre la adopción del nuevo método o el surgimiento de una lengua americana. Ya lo ve, pues, Mr. Urbain Gohier: no conviene retardar con lirismos lo que acaso es capital para el predominio de la admirable lengua francesa: que una hoz hábil siegue todas esas letras inútiles que no tienen más razón de ser que la de una fisonomía etimológica lejana; que el aprendizaje del francés sea más fácil, si es posible, que el inglés. De ahí depende en gran parte la hegemonía del pensamiento latino, tan seriamente amenazada y combatida.

- XXXVII -

La libertad del arte literario.

Creo haber dicho a usted oportunamente que, bajo los auspicios del conocido senador monsieur Beranger, se celebró en París, en Mayo último, un Congreso internacional contra la pornografía, esa pornografía que invade e infecta sin misericordia la novela contemporánea. En este Congreso, como era de preverse, mucha gente, animada de las mejores intenciones, pero de un celo excesivo, condenó algunas obras que, a pesar de su crudeza, son trabajos de arte, merecedores de toda consideración y respeto. Entonces George Lecomte, presidente de la Sociedad de Hombres de Letras, sin quitar, ni mucho menos, la razón a quienes combatían la publicación de libros obscenos, supo, sin embargo, sostener los derechos de la literatura alta y libre, defendiendo los libros de Zola, atacados por gente ignorante. Han pasado ya más de dos meses de estos interesantes debates, y acaba de fundarse una liga en favor de la libertad del arte literario, «liga de protesta cortés y mesurada contra el celo intempestivo de algunos congresistas extranjeros, llenos sin duda de buenas intenciones, pero excesivamente peligrosos y faltos de tacto».

Esta liga publicó en el *Mercurio de Francia* un manifiesto, señalando ciertas tonterías -no pueden llamarse de otro modo- de que algunos representantes extranjeros del Congreso se jactaron cándidamente.

Uno de ellos, por ejemplo, se enorgullecía ante sus colegas de haber hecho que se prohibiese la venta de los libros de Zola, de Pierre Louys y de Maupassant. Otro hizo que se suspendiera una pieza de Donnay. Otro aún denunció una novela de René Boylesve...

Como se ve, pues, gentes honorables, hasta inteligentes, son capaces de condenar un libro de Zola o de Maupassant. ¿Debemos lanzarles por eso nuestros anatemas? No del todo, si tenemos en cuenta lo difícil que es decir dónde acaba el arte y dónde comienza la pornografía.

Meditando con mucha lucidez acerca del asunto, el ilustre Paul Margueritte dice, entre otras cosas, lo siguiente, que me apresuro a traducir por lo que ilustra esta interesantísima cuestión:

«Cuando se ha visto ya -dice Margueritte- condenar o perseguir a hombres como Jean Richepin, Paul Adam, Catulle Mendés, Raoul Ponchón, Lucien Descaves, Willette, Forain, Steinlein y Jean Veber, tiene uno el derecho de calificar de retrógrados el gusto y los sentimientos del Congreso contra la pornografía, y es imposible dejar de notar la mala inteligencia latente y acaso franca, que o se ha producido ya o se producirá en fecha próxima entre las declaraciones de los principales congresistas y la del ilustre y animoso presidente de la Sociedad de Hombres de Letras.

»Georges Lecomte -el presidente de la referida Sociedad- no censura, y con razón, más que la pornografía deshonrosa. Letrado, antes que todo, republicano amante del progreso, novelista también, quiere hacer respetar los derechos del escritor sincero. Ahora bien, la mayor parte de los congresistas antipornográficos ignoran esos derechos, los desconocen o los niegan.

«Hay en esto una mala inteligencia que un escritor experto, crítico concienzudo, Georges Fonsegrive, no ha podido menos de reconocer lealmente, en un reciente artículo de *La Revue Hebdomadaire*, artículo que puede dar mucho que pensar y hasta justificar en absoluto la libertad del arte.

»Georges Fonsegrive, católico ilustrado y sin gazmoñería, investiga en ese artículo cuáles son las «fronteras de la pornografía», y como de una parte está el sentido de lo bueno y de lo verdadero en el arte, si de la otra Fonsegrive reprueba, con razón, las manifestaciones groseras y lúbricas, forzoso le es convenir en que estas fronteras son flotantes, limitadas por las costumbres, los hábitos, las conveniencias del tiempo en que vivimos; es decir, que son muy relativas.

»Ciertamente yo me adheriría a las conclusiones de Mr. Fonsegrive, si éste, como moralista cristiano, no juzgase el arte por sus consecuencias sociales, y fundándose, a lo que parece, en que el pueblo no comprende la desnudez de las estatuas griegas, entre otras del discóbolo, no declarase lo siguiente:

«¿Habrá, pues, que perseguir y proscribir el discóbolo? El mismo senador Mr. Beranger se opondría sin duda a esto. Sin embargo, fuerza sería concluir que si la observación demostraba que la inmensa mayoría de los espectadores se impresionaba del mismo modo que los obreros mencionados, la proscripción del discóbolo se impondría.

»Este veredicto, suscrito por la concienzuda pluma de Mr. Fonsegrive, trae aparejadas tales consecuencias y reflexiones tales, que en verdad no puede uno menos que participar por el manifiesto de la Liga en favor de la libertad del arte.

»Subordinar la moralidad de una obra de arte o de un libro a la incomprensión obscura de las masas, sería la peor regresión a la barbarie.

Y, persuadámonos bien de que, ante este criterio, nada subsistirá dentro de muy poco tiempo; ni un cuadro, ni una estatua, ni un libro, por honrados y humanos que fuesen.

«En efecto, no hay obra que no exalte el sentimiento del amor terrestre o místico, y que, por consecuencia, no pueda atizar en los ignorantes el sentido genésico o las fuerzas romanescas del deseo. Los más bellos y delicados libros serían proscritos como inmorales: Dominique, de Fromentin, ¿no produjo, por ventura, millares de víctimas sentimentales?

»¿Werther, no desencadenó acaso el gusto mórbido del ensueño y la sed inextinguible del amor en innumerables almas jóvenes?

»Ayer, apenas apareció un libro muy bello de Eduardo Rod, con el cual no estoy de acuerdo del todo, pero cuya franqueza admiro. En esa novela, Aloyse Valerien, dos seres son arrastrados

hacia el abismo del amor, rompiendo con las leyes y las convenciones mundanas, sin que nada, ni la influencia de los padres amados, ni los ejemplos trágicos de la experiencia, puedan retenerlos. ¿Prohibiríais vosotros ese libro de pasión dolorosa clarividente, porque no han de faltar amantes que peguen a sus páginas los rostros ardorosos y en ellas hallen un estímulo para ceder a su destino?»

***

M. Remy de Gourmont, en términos excelentes, trató este asunto en días pasados en el *Mercurio de Francia*, mostrando que lo que se llama pornografía no es en suma otra cosa que la libre expresión del sentimiento sexual.

Este sentimiento, quiérase o no, y aunque, se le oculte bajo una capa de hipocresía, está en la base de todo. Agita la adolescencia del hombre y de la mujer, da a su vida consciente toda su intensidad, y no muere sin causar profundas revoluciones orgánicas. Ligado al cerebro y a todas las fuerzas vivas de nuestros sentimientos y de nuestras ideas, es al mismo tiempo verbo y carne. Sin él no hay pensamiento y ni poesía, ni novela, ni filosofía, ni artes humanas.

El cristianismo ha querido sofocarlo y no lo ha logrado. Felizmente, dice M. Remy de Gourmont, porque suprimirlo sería suprimir la vida.

Como se ve, pues, los señores del Congreso Internacional contra la pornografía se tienen que encontrar hoy, mañana y después, con uno de los más complicados problemas.

¿Cómo marcarlas lindes que separan la pornografía del arte? ¿Es posible juzgar con el mismo criterio al autor de El triunfo de la muerte y a los que escriben ciertos librillos verdes que andan hipócritamente en el mercado?

¿Y, por otra parte, no es relativa por ventura la inmoralidad de un libro? ¿No depende más que todo de la edad, del carácter, de la imaginación y de la cultura del lector?

¿La Biblia misma, no turbaría profundamente con ciertos relatos el espíritu de un adolescente?

¿No tratan acaso los jesuitas, en la actualidad, de influir en el Papa, a fin de que se prohíba la lectura de los Evangelios que, según dice, proporcionan apoyo a las teorías protestantes?

El público, y sólo el público, puede, por tanto, ser juez en asunto tan escabroso, y desechar con energía todos aquellos libros que simplemente tiendan a exaltar en nosotros a la bestia; proscribiendo en los casos especiales aquellos que, teniendo una forma artística y todo, sean peligrosos para las almas que empiezan a vivir.

En cuanto al escándalo producido por la obra de arte entre los ignorantes, no es ni puede ser argumento para la proscripción de aquélla.

Edúquese más bien a las masas, a fin de que hallen, como nosotros, casta la desnudez de la estatua.

Hay falsos pudores que conviene suprimir desde la infancia, pensando que el hábito tranquilo de contemplar desnudeces valdrá siempre más que el seudo casto propósito de no mirarlas.

El pudor irrazonado y la malicia son hermanos. Hay muchas cosas que hacen enrojecer a las vírgenes, no porque sean malas en sí mismas, sino porque una convención social las proscribe.

Muchas jóvenes se ruborizan, por ejemplo, de mostrar sus pies desnudos, y sin embargo, ¿hay algo más casto, más bello, más clásicamente noble que los pies desnudos de las vírgenes?

La gazmoñería, la bigoterie, ha falseado todos los altos conceptos de la vida.

En realidad, por lo que respecta al papel impreso, no hay libro de arte sincero que no pueda leer una mujer serena y fuerte. Pero justamente la gazmoñería acaba con todas las serenidades y con todas las fortalezas.

Juremos guerra a muerte a la gazmoñería y despreciemos profundamente la ignorancia esclava que no sabe elevarse a la alta y libérrima concepción del arte.

En cuanto al libro que pretende exteriorizar la belleza en un estilo noble, respetémosle.

Hagamos, en cambio, a un lado la obra sin fisonomía y sin individualidad, recordando que hay una clase de libros que siempre son inmorales: los mal escritos.

- XXXVIII -

Composición literaria.

El desarrollo de un tema literario es considerado hoy en día, por todos los pedagogos, como la prueba esencial de un examen y como el procedimiento mejor para el aprendizaje. No es raro, pues, que la enseñanza literaria conste casi exclusivamente de lectura y de composición; de composición sobre todo consistente en tomas determinados, que el alumno borda a su antojo y en los que por lo general apunta temprano el estilo.

Si se tiene cuidado de que estos ejercicios sean frecuentes, uno por semana, o cuando menos dos por mes, se advierte en breve un positivo adelanto en la expresión de la idea. La personalidad de cada alumno se va definiendo de un modo gracioso y pintoresco.

De fijo lo más difícil que hay en achaque de literatura es decir las cosas clara, elegante y simplemente. Todos en los comienzos tendemos a complicarnos, e impulsados por una vanidad infantil, ponemos la tienda entera sobre el mostrador según la expresión de un poeta amigo mío.

No nos contentamos con saber las tres o cuatro misérrimas cosas que hemos podido coger aquí y ahí, sino que ponemos nuestro empeño en que los demás sepan que las sabemos. No es, pues, raro que en las composiciones de los alumnos haya citas, apuntes filosóficos, neologismos... Y hasta construcciones nuevas. Al cabo de medio año todo esto ha desaparecido y el estilo se vuelve sencillo, consistente y bruñido, hasta donde es posible.

Pero hay todavía un inconveniente mayor que el apuntado, y es la sequedad, a saber, el extremo contrario.

De esto adolecen los alumnos por lo general: las alumnas casi nunca.

A cierta edad, la imaginación de la mujer es mucho más fértil que la del hombre. (¿Y después?)

Los alumnos suelen presentar composiciones de una concisión telegráfica. En ocasiones hasta más breves que el tema mismo, enunciado en unas cuantas líneas. Las alumnas, por el contrario, fácilmente novelan, a veces con ingenuidad encantadora.

Un conocido profesor francés, a este propósito refería en días pasados, al resumir sus impresiones de fin del año escolar, una deliciosa anécdota, que no resisto a la tentación de contaros.

Se trata de una de las llamadas «composiciones de estilo» en cierta clase de cierta escuela parisiense.

El tema que debía desarrollarse era éste: «Las alegrías del marino a su vuelta al hogar».

Las alumnas bordaron más o menos ese tema, pero sin gran sinceridad porque muchas de ellas jamás habían visto el mar. Sin embargo, casi todas procuraron pintar, con briznas de recuerdos de sus lecturas, el contraste entre los peligros del viaje y la calma del ansiado puerto. Tal era la idea dominante. Ciertamente el «marino» del tema hubiera estimado modestas las «alegrías» que las alumnas le decretaban según sus gustos personales, y que eran un poco insípidas... Pero hay que convenir en que tampoco se les pedía un cuadro realista.

En muchos de los temas, el marino era un buen hijo que, durante todas las pruebas de la navegación, no había pensado más que en su vieja madre, que lo esperaba ansiosamente. Volvía, en efecto, con economías considerables, y renunciaba en adelante al mar, para consagrarse por entero a la autora de sus días.

Muy prácticas las pequeñas escritoras, no se imaginaban que el mar, con todos sus peligros, pudiese ser una pasión, y llenas de ilusiones transformaban a todo marino después de una larga travesía en Nabab.

Había sin embargo algunas que, mujercitas al fin, hablaban de las satisfacciones íntimas del viajero que volvía a su hogar, y describían los regalos que de lejanas tierras había traído a sus amigas y parientes. ¿No era esto lo principal? ¿Quién pensaba en las fatigas pasadas?

***

Pero la pequeña Margarita X abarcó más ampliamente el asunto, e imaginó con una encantadora ignorancia de la vida toda una historia complicada. Esta historia es impagable.

Margarita tiene buen corazón y no dejó de pensar en el aislamiento de aquellos seres a quienes al embarcarse dejan los marinos, a veces por años enteros. Su narración ponía en escena, del más peregrino modo, al teniente Dorval y a su joven esposa.

¡Oh, con cuánta pena veía la señora Dorval embarcarse a su marido cada vez que éste partía! Iba a acompañarlo hasta el muelle, y largamente, cuando el buque dejaba el puerto, agitaba el pañuelo. Pero cuando el marino no era ya más que un punto en el espacio, sentíase la infeliz muy sola. Si a lo menos tuviese un niño que la consolara y a quien hablar del ausente! Pero no, ni un bebé!

Un día, el señor Dorval tuvo que partir para un viaje que debía durar siete años. Ya imaginaréis si los esposos estaban afligidos, y si de nuevo se lamentaban de la obstinación del Cielo en permanecer sordo a sus deseos.

Pero el señor Dorval era un hombre animoso; se hizo a la mar, y todo aconteció a maravilla para él.

Vino por fin el momento del regreso. Desde el puente de su buque el marino buscaba a su mujercita, a quien felizmente distinguió en el muelle.

Pasemos por alto las primeras efusiones y lleguemos al pasaje delicioso por excelencia.

«Ven pronto a casa -dijo la señora Dorval-; tengo una sorpresa para ti.» Él, sin adivinar de qué se trataba, siguió a su mujer, que iba tan deprisa como podía. Llegaron a la casa, y allí, en una cuna, su mujer le mostró de pronto lo que siempre había tan vivamente deseado: dos lindas criaturas, la una de un año, la otra de dos, y a cual más rubia, que le sonreían, y le tendían sus bracitos. Al ver esto el señor Dorval creyó volverse loco de gusto. Por fin sus votos estaban colmados.

Cayó de rodillas y dio gracias al Señor por haberle hecho padre, en tanto que lágrimas de alegría inundaban su rostro.

La pequeña Margarita se sentía muy orgullosa de su composición, y no comprendía en absoluto por qué los elogios que le hacían iban mezclados con risas. ¡Oh santa simplicidad y cándida inocencia! Poneos en lugar de los profesores. ¿Qué habríais hecho? ¿No era lo mejor dar resueltamente el primer premio a la niña?

Pues eso se hizo.

Y he aquí -concluye el narrador- algo que honra la moralidad de nuestras escuelas.

- XXXIX -

Los iliteratos en el ejército y en la juventud francesa.

En estos momentos agita la opinión francesa un asunto por todo extremo interesante: la disminución del analfabetismo en los conscritos o reclutas que llegan iletrados al regimiento. Hace cuarenta años, un 25 ó 30 por 100 de jóvenes franceses no sabía ni leer ni escribir. Desde que se estableció la República esta proporción se ha reducido de tal suerte que ahora apenas si un 5 ó un 6 por 100 se hallan en ese triste caso.

Pero Francia tiene de vecinas dos naciones que aguijonean saludablemente su amor propio: Alemania y Suiza, y sabe perfectamente, porque consulta sin cesar las estadísticas, que apenas si uno o dos soldados suizos de cada cien son analfabetos; mientras que en el censo militar francés de 1907 había más de once mil jóvenes que no sabían ni leer ni escribir, y cinco mil de los cuales se declaraba «que no se había podido comprobar su instrucción». Así, pues, veinte mil soldados franceses, según la estadística, son incapaces de escribir su nombre, y están privados de los menores rudimentos de instrucción primaria.

Si entre nosotros aconteciese esto, con qué sonrisa de complacencia lo sabríamos. ¡Imaginad, por un momento, que en México sólo el 5 ó 6 por 100 de los jovencitos mayores de doce años no supiese leer ni escribir!

¿Concebís felicidad más grande? Pero Francia no puede consolarse con esto.

Francia quiere que en la enorme masa de su ejército, compuesto de jóvenes que son lo mejor de la nación, no haya uno sólo analfabeto. ¿Qué idea de Patria, de deber, de sacrificio, piensan aquí, puede tener un soldado que no sabe ni leer?

Se ha dicho hasta la saciedad que los vencedores de 1870 no fueron Bismarck ni Moltke, sino los maestros de escuela alemanes, y Francia no ha olvidado esto. Así, pues, nada menos que 200 diputados republicanos de todos los matices han firmado una proposición de ley, cuyo fin esencial es señalar al país el mal de que vengo hablando.

Uno de estos doscientos firmantes, el diputado por el Sena, Fernando Buisson, razonando la antes dicha proposición de ley, se expresaba de esta suerte:

Sin perjuicio de todas las otras medidas legislativas y administrativas que sean necesarias, queremos que se haga en Francia lo que ha tenido un éxito maravilloso en Suiza, a saber: al día siguiente del voto de la Constitución que colocó el ejército bajo la mano de las autoridades federales, Suiza estableció en 1875 un examen anual de reclutas, desde el punto de vista de la instrucción. Se trataba de una especie de certificado de estudios, un poco más completo que el francés, al cual se somete a todos los jóvenes reclutas.

Este certificado de estudios comprende cuatro pruebas: lectura explicada, redacción, cálculo mental y escrito, conocimientos cívicos (historia, geografía, instituciones nacionales).

El resultado se pone de manifiesto año por año merced a estadísticas que son interesantísimas. Se trata de un doble resultado. De una parte, a fuerza de energía y de perseverancia, se ha extirpado la plaga de los iletrados: en 1906 de 28.000 hombres sólo 17 no sabían leer de corrido.

Por otra parte, y éste es el más admirable efecto de la institución, el promedio general se ha elevado de tal suerte que un 39 por 100 del efectivo militar total ha obtenido un conjunto de notas superior a la media, lo que supone una elevación general del nivel de la instrucción popular en la masa de la nación que es por todo extremo apreciable.

¿Cómo ha podido lograrse este milagro en menos de una generación?

Únicamente por la fuerza de la opinión pública despertada, estimulada, aguijoneada por la publicación de los resultados. El amor propio de los individuos y de las familias, el de las poblaciones, el de las autoridades diversas, ha barrido todos los obstáculos.

Sin copiar punto por punto el sistema suizo, dice monsieur Buisson, queremos retener la idea esencial: que haya a la entrada al regimiento un examen individual, serio, obligatorio. No pedimos que reciba el amplio desarrollo que se le da en Suiza. Por restringido que sea, una vez que exista, producirá en la juventud que haya llegado a la edad militar cuando menos tanto efecto como nuestro humilde certificado de estudios en la juventud que ha llegado a la edad escolar.

***

Y dirigiéndose a los maestros de escuela, el diputado Buisson les dice calurosamente: -Lo que os pedimos, señores institutores, es que nos ayudéis a esclarecer la opinión pública. Es que aprovechéis el momento de emoción oportuno. La ocasión es propicia para enderezar cierto número de errores, para disipar muchas ilusiones en que se complace nuestra pereza.

El nuevo proyecto de ley, que la Cámara votará sin duda alguna, os pide, señores maestros, que desempeñéis un nuevo papel. El inspector primario será directamente quien, guiándose por el cómputo de faltas señalado por vosotros mismos, hará requerimientos, perseguirá a los faltistas que son verdaderos delincuentes, y pedirá para ellos los rigores de la ley.

Esta misión sin duda vosotros la aceptaréis sin titubear. No temeréis las recriminaciones que podrá valeros. Pero con una condición, y es que, por su parte, la nación haga en vuestras clases lo que hace fuera de ellas: todo lo necesario para justificar los rigores de la ley. A condición también que la caja de escuelas esté lista para ayudar, para levantar a las familias indigentes cuya negligencia tiene por excusa la miseria; a condición, por último, de que los reglamentos escolares se adapten y diversifiquen lo que sea necesario, para hacer a todos más fácil la frecuencia de la clase, según los lugares, las estaciones y las ocupaciones del país.

Y obteniendo esto, diréis aún (y seréis oídos) que Francia es el país que más ha reducido el período escolar y que nuestras leyes necesitan en este punto una corrección inmediata. Todos nuestros vecinos, con excepción de España e Italia, hacen durar la escuela primaria hasta la edad de catorce años cumplidos: todos estiman que permitir al niño que abandone la escuela, para aprender un oficio, a los once o doce años, es un acto de absoluta imprevisión social y que no aprovecha en realidad ni a las familias ni al trabajo nacional.

Y diréis aún que, aun cuando la asistencia a la escuela esté asegurada, en Francia, como en todas partes, hay que someterse a la ley de la naturaleza. Un niño que deja todo estudio a los doce años, y que está sometido sin remisión a la dura ley del trabajo manual no interrumpido, en los

Librodot

campos y en el taller, olvidaría forzosamente lo que mal o bien ha aprendido en su rápido paso por la escuela. El mayor número de iletrados se compone, no de jóvenes que no saben leer, porque desde los doce a los veinte años han olvidado lo que aprendieron. En casi todos los países vecinos se han establecido clases complementarias obligatorias de los catorce a los diez y siete o diez y ocho años, a razón de algunas horas por semana, tomadas de las horas de trabajo. Casi todas las legislaciones suizas y alemanas contienen este artículo: «Se prohíbe dar clases a los jóvenes aprendices u obreros, después de las siete de la tarde».

Es fuerza que nosotros votemos una ley semejante si queremos alcanzar a los países que nos han ganado terreno.

«Todas estas son verdades nuevas en Francia» -dice Buisson-. ¿Y en México, pregunto yo a mi vez? «Es difícil hacerlas entrar en los espíritus», añade, y habría que decir en la conciencia pública.

Señores maestros -concluye monsieur Buisson-, no vaciléis en defender ante la nación la causa de esos ignorantes, de esos incultos, de esos iletrados de ahora y de mañana, a quienes hay que salvar, que instruir, en interés propio y en bien de la patria.

***

Pero, digo yo, ¿es que el ideal de una nación tan culta como Francia puede satisfacerse con que los jóvenes del pueblo, destinados todos durante dos años al ejército, sepan leer, escribir y contar?

No, este ideal sería demasiado raquítico, demasiado modesto.

El soldado debe ser, si es posible, un hombre instruido, un poco literato, un poco artista.

¿Habéis leído, cuando la guerra ruso-japonesa, que tantas sorpresas produjo al mundo y cómo empleaban sus ocios los ejércitos del Mikado?

Era, frecuente, en los intervalos de reposo, ver a los simples soldados japoneses ya pintando hermosas acuarelas, estilizadas y finas, ya escribiendo sus impresiones, ya... componiendo versos.

¿Qué raro es que haya vencido un pueblo cuyos simples reclutas poseían una mentalidad tal?

Ciertamente, y a pesar de la opinión apuntada arriba, no es la ignorancia la que impide los heroísmos. Guzmán el Bueno no era un letrado.

Juana de Arco no sabía teología ni cánones. ¿Pero no es mejor, por fortuna, en la guerra moderna, no sirve más a la patria el tranquilo y lúcido (lúcido sobre todo) cumplimiento del deber? ¿No influye en gran manera en la victoria la iniciativa personal del soldado, cuando va guiada por una instrucción sólida?

No es el número ni el valor de los soldados lo que triunfa en la guerra moderna: es la calidad de los mismos. La táctica personal colaborando, no mecánica, sino inteligentemente, con la táctica de los estados mayores, y completándola en el detalle.

He aquí cuál debe ser, pues, nuestro sueño, el sueño de todos los países civilizados, mientras subsista la posibilidad absurda y bárbara de la guerra: no sólo que cada soldado sepa leer de corrido y escribir su nombre, sino que sea cada uno de ellos un hombre medianamente instruido.

Para lograrlo, hay que evitar, desde luego, y por cuantos medios estén a nuestro alcance, que los muchachos de las clases humildes entren a los talleres antes de haber completado su instrucción secundaria. La ayuda que sus familias creen obtener de ellos será inmediata, es cierto, interrumpiéndoles su instrucción, pero en cambio engañosa y nula al cabo de poco tiempo. En

efecto, el aprendiz de doce años se volverá analfabeto y acabará invariablemente (acechado por las malas compañías y por la taberna) en la cárcel o en el hospital.

Para los aprendices incultos queda el remedio de la escuela de adultos. Pero por ningún concepto, la escuela nocturna. La escuela nocturna es nula en este caso. Viene, después del horrible trabajo del día, a ser una pena más, y todos sabemos que el aprendizaje con pena y esfuerzo excesivos se vuelve nulo también.

Se necesita un gran deseo de instruirse, deseo que es cándido suponer en todos los individuos de nuestro pueblo, para, después de las fatigas del día, emplear fructuosamente las primeras horas de la noche.

La clase para adultos debe llenar una condición esencial: que en ella se sustituya un trabajo a otro, el intelectual al manual; debe darse en horas de faena, exclusivamente. El aprendiz, el obrero, saben así que la hora o las dos horas diarias que gastan en aprender, no son un exceso de tarea, sino una agradable variedad dentro de la tarea; que esas horas, dándoles labores de espíritu, les restan, en cambio, quehaceres materiales. Y así irán al estudio con verdadero amor y deseo.

Cuán sabia es, pues, la legislación suiza que todos debemos implantar en nuestros países y que tan discreta y concisamente resuelve el problema:

«Queda terminantemente prohibido dar clases a los aprendices u obreros jóvenes después de las siete de la noche».

Segunda Parte

- I -

El castellano como lengua internacional.

¿Hay posibilidad de que el Español sustituya al Esperanto como idioma internacional?

He aquí una pregunta que basta por sí sola para halagar legítimamente el orgullo de más de cincuenta millones de hombres.

El Esperanto, a pesar de sus indiscutibles cualidades, no gana todo el terreno que se esperó en un principio. Le falta esa vitalidad de los idiomas «que se hablan». No cunde como ellos. Es un agregado artificial que resulta propicio más bien a los eruditos.

Además, ciertas susceptibilidades nacionales le hacen sombra. No obstante la liberalidad con que ha acogido raíces y palabras de todas las lenguas, no resulta simpático. Es un vehículo de pensamiento quizá demasiado perfecto, pero carece de ascendiente, de eso misterioso que nos atrae hacia determinados idiomas, que nos hace aprenderlos con entusiasmo y hablarlos con predilección.

En suma, una lengua no es más que un organismo sujeto a las leyes de la vida, del progreso, de la evolución de la decadencia y de la muerte, y corre la suerte de ciertos hombres y de ciertas existencias.

Hay idiomas que tienen ángel, como el Francés, por ejemplo. Al Esperanto le falta este ángel. Echa uno de menos en él la agilidad, la gracia, la elegancia. Nadie, en cambio, le puede negar ni la robustez, ni la probidad... como a los suizos. Para los Dioses y los que más a ellos se parecen: los seres «alados y sagrados» de Platón, de seguro que no sería el Esperanto el lenguaje que escogerían para expresarse; aunque los esperantistas hayan representado en él una pieza de Molière.

Supuesto, pues, que este idioma que ha obtenido en el mundo un honorable éxito de estima, no pase de allí, ¿cuál será la lengua internacional?

No podemos esperar indefinidamente, hasta que un sabio nos dé construida *de toutes pièces* una lengua simpática a todas las naciones. El mundo marcha muy de prisa y las activísimas relaciones comerciales, políticas, científicas y literarias que se han desarrollado entre los pueblos, exigen a grito herido un procedimiento cualquiera para entenderse mejor.

Un idioma nuevo, aun suponiendo que todos lo acepten, que se enseñe, en todas las escuelas, requiere por lo menos treinta años, o sea lo que tarda en entrar totalmente en acción una generación nueva, para ser vehículo efectivo y práctico de las relaciones entre los hombres.

Ahora bien, el mundo no puede esperar esos treinta años. Urge, por tanto, que se adopte un idioma vivo, de los hablados por mayor número de individuos, el cual tendrá sobre cualquier lengua artificial la ventaja de millones y millones de gentes que lo hablan y además gozará de esa simpatía, de esa facultad de contagio, de predominio, de influencia, de ascendiente, que poseen los organismos por cuyas venas corra sangre de veras.

¿Y por qué ese idioma no habría de ser el Castellano? El Castellano es una de las lenguas más perfectas, la más perfecta acaso que existe, la más racional, la más lógica y fácil de aprenderse, y, sobre todo, aquella cuya ortografía puede simplificarse mejor.

En realidad, esta ortografía viene modificándose desde el siglo XV, en que el buen maestro Nebrija escribió su gramática castellana. La conformidad de la escritura con la pronunciación, por la que tantos gramáticos ilustres han abogado, hoy por hoy, es casi absoluta, sin recurrir a los extremos de la «nueva ortografía racional» de nuestros amigos los chilenos.

Los inconvenientes de nuestra ortografía son mínimos si se comparan con los de la ortografía inglesa o francesa; pues como decía ya un gramático ilustre de principios del siglo pasado, hay letras de cuya rectificación no podía resultar ningún equívoco, que es el principal inconveniente que se podía temer. Porque ¿qué equivocación puede resultar de dejar a la *j* todos los sonidos guturales, usándose únicamente de ella como en *jente, jitano, cojer, ajitar*, etc, y quedando la *g* sólo para las más suaves o paladiales, aun cuando interinamente conservase la *u* muda, como en *guerra, guisado*, etc.? ¿Qué, de dar a la *i* vocal todos los sonidos vocales, escribiéndose *soi, doi, lei, mui*, *guirigai*, etc., ni de quitar la *h*, a lo menos de en medio de dicción poniéndose sin ella *anelo*, *saumerio*, *veemente, proibir, desonrar* y otras muchas palabras que para nada la necesitan? Tampoco se originaría ningún desorden en la escritura de que a la *z* se le dejasen todos los sonidos linguales, aplicándole los que con la *e* y la *i* le quita la *c*, escribiéndose en adelante con *z, zena, zinta*, etc., así como se ha escrito *zelo*, *zizaila*, *pez, pezes, cáliz*, *cálizes*, etcétera, ni de que a la *q* se le quitase la *u* muda, que para nada sirve, escribiéndose *qeso, qinta, qemar*, *qitar*, etc. Es bien seguro que si nuestra Academia hubiese adoptado ya a lo menos estas enmiendas, que ningún trastorno producen, hubieran sido recibidas con aplauso, visto el justo deseo que todos tienen de ver la ortografía arreglada a la pronunciación.

***

Pero no apuremos este asunto, que tan luminosamente ha sido tratado y resuelto por sabios lingüistas modernos, y veamos si el castellano tiene probabilidades de llegar a ser el idioma universal.

Desde luego referiré que, últimamente, la Sociedad Nacional de Academias de los Estados Unidos habló de la urgencia de un idioma universal, el que, en su concepto, debía fundarse de nuevo, «a fin de evitar susceptibilidades de amor propio entre las naciones».

Comentando lo anterior, la Sociedad Internacional del Idioma, de Cincinnati, Estado de Ohio, abogó también, y en términos verdaderamente cálidos, por la realización de tan noble desiderátum, añadiendo que, dados los fines que se persiguen, el idioma elegido debía ser el castellano, «la primera lengua merced a la cual se pusieron al habla dos mundos, al llegar a América las naves de Colón».

Por su parte, el publicista don Ricardo Blanco Belmonte, discurriendo alrededor de este pensamiento, dice:

«Si el mundo necesita para su mayor enlace adoptar patrón uniforme de expresión oral y escrita, ese patrón, ese modelo, no debe ser otro que el castellano».

Conviene decirlo sin ufanía, pero con firmeza de convicción honda. Y hoy es más legítima aún esa manifestación, cuanto que ya tiene como precedente nada sospechoso el «alegato» de una sociedad y de un periódico que no pueden verse acusados de «españolismo».

Librodot

The Monthly Cincinnation está redactado en inglés, por escritores que hablan el inglés, y, sin embargo, reconocen la superioridad del castellano.

Crear un nuevo idioma es casi tanto como correr el riesgo positivo de fracasar una vez más en la empresa acometida por distintas entidades.

Además, lógicamente, el idioma que se inventase había de basarse en el latín para conservar las raíces de los vocablos antiguos y modernos, que son cimiento del lenguaje que habla en Europa el grupo románico, en contraposición al grupo teutónico. En el teutónico figuran el alemán y el inglés; en el románico el español, el italiano y el francés. Ni Alemania aceptaría el entronizamiento del inglés, ni Inglaterra el del alemán. Y, aun cuando llegasen a transigir, el grupo románico no acataría el acuerdo.

Realmente, la supremacía corresponde a este último grupo, y, dentro de este grupo, Francia, Italia, España, a aquel de los pueblos que en justicia pueda ostentar mayores méritos y mejor derecho. «No hace falta, pues, inventarlo, ya que está inventado». Lo que sí se requiere es que sea reconocido el mejor derecho de quien lo posea.

Diez y nueve naciones hablan actualmente el castellano, a saber:

España, México, Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Cuba y Santo Domingo. A estas diez y nueve naciones hay que sumar dos seminaciones, Puerto Rico y las mil doscientas islas que forman el archipiélago de Filipinas.

Por la extensión territorial de esos pueblos, el español es, indudablemente, el lenguaje más difundido por el mundo.

Tomando sólo como ejemplo, a título de comparación: Buenos Aires compite, ventajosamente, con Viena; México es mayor que Austria, Hungría, Alemania, Italia y Francia reunidas; Bolivia, Colombia, Perú o Venezuela, son, separadamente, dos veces mayores que cualquier Estado europeo y Austria-Hungría; la pequeña República del Ecuador equivale en superficie a la que unidas presentan Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suiza y Portugal; la Argentina es mayor que toda Europa, prescindiendo de Rusia, y, en fin, la totalidad de territorio de la América que habla español, excede en un millón de millas cuadradas al de todos los pueblos europeos, Rusia inclusive.

«Esto, por lo que se refiere a extensión. En lo que toca a población, esas diez y nueve naciones y dos seminaciones, con más las posesiones españolas en África, representan una masa de «sesenta millones de personas», que podrán amar más o menos a España; pero que, aun para hablar mal de ella, tienen que hacerlo en español».

«Hay más todavía. Portugal y el Brasil, éste con quince millones de habitantes, y aquél con cinco y medio, tienen como idioma oficial el portugués, que, por su estrecha relación con el castellano, relación tan estrecha que un ilustre filólogo ha dicho que es el mismo castellano deshuesado, está infinitamente más cerca de él que cualquiera de los dialectos de las distintas regiones españolas».

***

Por mi parte, y para reforzar mis argumentos y los anteriores del señor Belmonte, añadiré que el castellano, lejos de decaer, logra cada día mayores progresos, no obstante las ingenuas veleidades de los barceloneses que le hablan a su Rey en catalán...

En efecto, en Alemania, por ejemplo, he leído que está dando los mejores resultados el movimiento iniciado hace algunos años por los fabricantes y exportadores alemanes, fomentando el estudio del idioma español entre sus empleados y dependientes, con el propósito de aumentar las relaciones, comerciales con los países de la América Central y del Sur.

Con objeto de establecer agencias y representaciones en varias naciones del Continente e islas de América, han salido ya de Hamburgo, según noticia que tengo a la vista, más de 200 jóvenes alemanes que se dedican al comercio, los cuales, como es natural, compran las mercancías que necesitan a los exportadores alemanes, que, apoyados por un excelente servicio de transportes, y gracias a las facilidades que les dan las Compañías alemanas de vapores, estableciendo servicios rápidos y económicos con los principales puertos de las Américas Central y del Sur, han logrado realizar pingües negocios, con la circunstancia de que en muchos casos, el transporte de géneros desde Alemania a América resulta más barato que si hubiesen salido aquéllos de la mayoría de los puertos de los Estados Unidos.

«No es, pues, extraño -añade la noticia- que ante tan benéfico resultado sea poco menos que obligatorio el estudio del idioma español en las Escuelas de Comercio de la Confederación germánica».

***

Como el mundo se gobierna, según hemos convenido, por intereses y no por sentimientos, y en el interés de los grandes países industriales y exportadores está vender cuanto puedan a las diez y ocho naciones que hablan en el Nuevo Mundo el castellano, y que son excelentes consumidoras, claro que nuestro idioma tiene que lograr enormes progresos en el futuro.

El mundo teutón se dará maña para aprenderlo, con el aliciente de la clientela, y hasta los ingleses y americanos mismos, si nosotros no les facilitáramos tanto la tarea, apresurándonos a hablar en inglés y poner en este idioma hasta los rótulos de nuestras tiendas, de seguro que acabarían por dominar el castellano.

En África, donde la influencia hispana es grande, a pesar de todo, el castellano obtiene éxitos lisonjeros, y en estos días justamente acaba de producirse un hecho tan significativo para el porvenir de nuestra lengua, que no resisto a la tentación de copiarlo.

«Una obra de capital interés para la restauración de nuestra influencia y prestigios no poco decaídos, por causas de todos conocidas, en Marruecos, está a punto de entrar en vías de realización por intervención directa y decisiva de S. M. el Rey -dice *El Imparcial*.

»Esta obra es la construcción de escuelas españolas en Tánger.

»El Rey, conocedor del estado precario en que atención tan importante se encuentra al otro lado del Estrecho, en menoscabo de nuestra penetración pacífica en el Imperio marroquí, pensó en apelar a la munificencia particular, tan presta en otros países para cooperar al fomento de la cultura general, y, a su paso por París, hizo una indicación al opulento señor marqués de Casa-Riera, el cual la acogió, mostrándose dispuesto a contribuir con una suma de consideración al establecimiento de una escuela o de un hospital en Tánger, lo que fuera más urgente a juicio de las personas que por su posición en la colonia española se hallan en condiciones de apreciar lo más conveniente a nuestros intereses, sin que la preferencia en la satisfacción de una de estas dos necesidades implicara el abandono de la otra.

Librodot

»Por mediación de nuestro ministro señor Merry del Val, se enteró el Monarca de que las escuelas eran las que requerían la prelación; hízolo sabor el noble marqués, y éste puso a disposición de S. M. la cantidad de 300.000 pesetas.

»Entretanto, no se descuidaba nuestro representante, y, previendo una solución favorable a los anhelos de la colonia, por virtud de la alta mediación que se daba en el asunto, enviaba al Gobierno anteproyectos y planos y relación de las condiciones que ha de reunir la utilísima institución que se levantará en terrenos del Estado, con exclusiva intervención de operarios españoles.

»Al recibir S. M. la noticia del generoso rasgo, telegrafió al prócer donante en los siguientes términos:

»Complázcome en reiterarle la expresión de mi más profundo reconocimiento por sus nobles propósitos y sentimientos caritativos y de acendrado patriotismo, que tanto le enaltecen. - Alfonso».

»Pocos días después se recibía en Palacio una carta del marqués de Casa-Riera para S. M. con una de crédito a su augusto nombre y cargo de los señores Urquijo y Compañía por pesetas 300.000 para construcción de escuelas en Tánger.

»El Rey contestó por lo pronto con un telegrama de gracias, y después con una misiva de su puño y letra, en la que, a vuelta de frases amables y encomiásticas de la conducta del marqués, lo decía textualmente: 'No encuentro palabras para elogiar su nobilísimo proceder. Que Dios le recompense como merece y le colme de dichas por este nuevo rasgo de caridad y acendrado patriotismo'.

»Al decir 'nuevo rasgo' el Monarca se refería al donativo de 500.000 pesetas que un año antes había hecho el marqués de Casa-Riera para un hospital y asilo de españoles en París.

»A la carta de S. M. replicó el marqués con otra en que decía: 'La carta de V. M, además de un honor para mí, es un timbre para el nombre que llevo'.

»En su escrito añadía el Rey que tenía empeño en que la gratitud de todos los españoles recayera, como era justo, en la persona del noble marqués, y en ese empeño continúa el joven soberano a juzgar por su apresuramiento en dar publicidad a tan patriótico proceder, una vez puesto en conocimiento de su Consejo de ministros.

»El asunto está pendiente de pequeños detalles de trámite y preparación a cargo de nuestro ministro en Tánger, que trabaja en él con la mayor actividad, y no se hará esperar mucho el comienzo de las obras.

***

Ya se verá, por tanto, que no es ilusorio ni descabellado el intento de hacer del castellano una lengua internacional. A todas las razones expresadas para robustecer esta idea, podría añadirse la de la semiderrota del Esperanto por el Ido.

Como ustedes sabrán, en efecto, «después de haber estudiado todos los proyectos de lengua universal, y reconocido la excelencia del idioma ideado por el doctor Zamenhof, un comité internacional, compuesto de eruditos y lingüistas, resolvió, sin embargo, introducir ciertas modificaciones, así para simplificar la ortografía y la gramática, como para enriquecer el vocabulario con la adopción de raíces nuevas, cuidadosamente seleccionadas, conforme al principio del mínimum internacional». La raíz más internacional es la común a mayor número de idiomas.

«Formada así, exclusivamente de raíces escogidas, la *'linguo internaciona'* no constituye un habla nueva que estudiar; es, según quienes la forman (y la deforman), la quinta esencia de las lenguas europeas. La '*linguo internaciona*' (sistema *Ido*) viene a ser un esperanto perfeccionado, que aventaja al esperanto primitivo, a lo que parece, en muchas cosas...», pero que hay que aprender de nuevo, digo yo...

Tanto los esperantistas como los idistas, han traducido la «*Plegaria en la Acrópolis*» de Renán... Pero unos y otros convienen en que «la oración del maestro era más armoniosa en su idioma original»...

Desengañémonos, pues: el lenguaje artificial que ha de servir en el futuro para el intercambio de ideas a los hombres de todos los climas, está aún en el seno de las posibilidades. En vez de quemarnos las pestañas aprendiendo Volapuk... para sustituirlo después por el Esperanto, y Esperanto... para sustituirlo después por el Ido... e Ido, para sustituirlo después por no sé qué cosa, aprendamos bien nuestro castellano, popularicémoslo, démosle prestigio y lustre y trabajemos por que impere en todos los países cultos.

No podemos, por utilitaristas que seamos, prescindir de la belleza de la lengua en que hemos de comunicarnos, y no vale la pena de que nos entendamos todos si hemos de entendernos a ladridos.

Yo sigo, por tanto, prefiriendo la armonía majestuosa de mi castellano vernáculo, en el cual, por cierto, nada pierde de su hermosura la «*Plegaria, en la Acrópolis*» de Renán, ni ninguna otra voz surgida de los labios de los hombres... o de los dioses.

- II -

Nueva escuela literaria.

¿Una nueva escuela?

-Sí, señor, nada menos que eso. La Revista Internacional *Poesía*, que se publica en Italia, acaba de fundar una nueva escuela literaria bajo el nombre de «Futurismo».

He aquí el manifiesto de los «Futuristas» traducido a buen romance:

1.º Queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y de la temeridad.

2.º Los elementos esenciales de nuestra poesía serán el valor, la audacia y la rebelión.

3.º La literatura no ha magnificado hasta ahora más que la pensativa inmovilidad, el éxtasis y el sueño. Nosotros queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, la bofetada y el puñetazo (sic).

4.º Declaramos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una hermosura nueva: la hermosura de la velocidad. Un automóvil de carrera con su caja guarnecida de gruesos tubos, como serpientes de aliento explosivo un automóvil enrojecido que parece correr sobre la metralla, es más bello que la Victoria de Samotracia.

5.º Queremos cantar al hombre que mantiene la rueda cuyo eje ideal atraviesa la tierra, lanzada ella a su vez sobre el circuito de su órbita.

6.º Es preciso que el poeta se gaste con calor, brillo y prodigalidad para aumentar el fervor entusiasta de los elementos primordiales.

7.º Ya no hay belleza más que en la lucha. No hay obra maestra sin un carácter agresivo. La poesía debe ser un asalto violento contra las fuerzas desconocidas, para obligarlas a que se pongan a los pies del hombre.

8.º ¡Nosotros estamos en el promontorio extremo de los siglos!...

¡Para qué mirar hacia atrás, pues que no podemos demoler los batientes misterios de lo imposible! El tiempo y el espacio murieron ayer. Vivimos ya en lo absoluto, puesto que hemos creado la eterna velocidad omnipresente.

9.º Queremos glorificar la guerra -sola higiene del mundo-; el militarismo, el patriotismo, el movimiento destructor de los anarquistas, las bellas ideas que matan y el desprecio de la mujer.

10.º Queremos demoler los museos, las bibliotecas, combatir el moralismo, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias.

11.º Cantaremos a las grandes multitudes agitadas por el trabajo, el placer o la rebelión; las resacas multicolores y polifónicas de las revoluciones en las capitales modernas; la vibración nocturna de los arsenales y de las canteras, a la luz de las violentas lunas eléctricas; las estaciones de ferrocarril glotonas, que tragan serpientes que humean; las usinas suspendidas de las nubes por los hilos de sus humaredas; los puentes de saltos gimnásticos lanzados sobre la cuchillería diabólica de los ríos asoleados; los buques de vapor aventureros que van olfateando el horizonte; las locomotoras de vasto pecho que piafan sobre los rieles, como enormes caballos de acero embridados por largos tubos, y el vuelo resbaladizo de los aeroplanos, cuya hélice tiene crepitar de banderas y de aplausos de multitud entusiasta».

***

Como ven ustedes, he traducido sin pestañear los doce párrafos esos, incendiarios.

Y es que a mí, viejo lobo, no me asustan ya los incendios, ni los gritos, ni los denuestos, ni los canibalismos adolescentes. Todo eso acaba en los sillones de las academias, en las plataformas de las cátedras, en las sillas giratorias de las oficinas y en las ilustraciones burguesas, a tanto la línea...

Los verdaderos revolucionarios, los que mueven, sacuden, cambian la tierra, son silenciosos, sonrientes, apacibles en apariencia, amigos discretos de la acción y enemigos resueltos de la logomaquia...

Estos niños que desprecian a la mujer desde su futurismo ingenuo, probablemente tienen novia o amante... que los domina por completo.

Estos incendiarios, ácratas y otras yerbas, no sabrán de fijo fabricarse más explosivos que los bombos.

Italia, sin tanto alarde, sin futuristas, ha avanzado maravillosamente en estos últimos veinte años, quizá porque ha gritado poco y ha trabajado mucho.

***

Pero lo más peregrino de los once artículos que he traducido, es lo que los jóvenes creadores de la nueva escuela se proponen cantar.

Cantarán las locomotoras (no hagáis caso de las enmarañadas imágenes con que las nombran). Pero, ¿y no las han cantado ya, señores futuristas más de cien poetas modernos? Hasta Salvador Rueda, que no pretende, ni mucho menos, ser futurista, nos dijo hace la mar de tiempo:

Atrevido las montañas
el resuelto tren perfora,
al redoble acompasado
de su marcha monofónica... etc.

Cantarán las fábricas, las multitudes que trabajan, gozan y se rebelan. ¡Bonita novedad! ¡Pues qué otra cosa he hecho yo!, diría al leer esto un Emilio Zola, por ejemplo...

Cantarán las fábricas, los puentes, los buques de vapor... ¡Novísimo!

Y cantarán por último los aeroplanos.

Bueno, ya los cantaremos todos, a su tiempo, futuristas o presentistas...

Por la exaltación de la prosa truculenta que os he traducido, comprenderéis que los futuristas son meridionales. En efecto, el futurismo nos viene de Italia, a la cual los nuevos poetas quieren redimir.

«En Italia, dicen, es donde lanzamos este manifiesto de violencia derrocadora e incendiaria, por el cual fundamos ahora el futurismo, porque queremos librar a Italia de su gangrena de profesores, de arqueólogos, de cicerones y de anticuarios».

«Italia ha sido largo tiempo el mercado de los cambalacheros; queremos desembarazarla de los museos innumerables que la cubren de innumerables cementerios».

«Museos, cementerios... Idénticos verdaderamente en su siniestra promiscuidad de cuerpos que no se conocen. Dormitorios públicos en que duerme uno para siempre, al lado de seres odiados o desconocidos, ferocidad recíproca de los pintores y de los escultores, matándose los unos a los otros a golpes de líneas y de colores, en el mismo museo.» «Que se les haga una visita cada año como va uno a ver a sus muertos!... ¡Esto sí podemos admitirlo!... Que se dejen flores una vez por año a los pies de la Gioconda; esto lo concebimos!... Pero que vayamos a pasear diariamente a los museos nuestras tristezas, nuestros ánimos frágiles y nuestra inquietud, eso no lo admitimos! ¿Queréis por ventura envenenarnos?

¿Queréis podriros? ¿Qué puede encontrarse en un viejo cuadro si no es la contorsión penosa del artista que se esfuerza en quebrantar las barreras infranqueables para su deseo de expresar enteramente su sueño?» «Admirar un viejo cuadro es verter nuestra sensibilidad en una urna funeraria, en lugar de lanzarla hacia adelante como en chorros violentos de creación y de acción. ¿Queréis, pues, desperdiciar así vuestras mejores fuerzas en una admiración inútil del pasado, de la cual saldréis por fuerza agotados, empequeñecidos, atropellados?

»En verdad, la frecuentación cotidiana de los museos, de las bibliotecas y de las academias (esos cementerios de esfuerzos perdidos, esos calvarios de ensueños crucificados, esos registros de ímpetus rotos...), es para los artistas lo que es la tutela prolongada de los padres para los jóvenes inteligentes, embriagados por su talento y por su voluntad ambiciosa.

»Para los moribundos, los inválidos y los prisioneros, pase. Es quizá un bálsamo de sus heridas el pasado admirable, ya que el porvenir les está vedado... Pero nosotros no queremos esto, nosotros los jóvenes, los fuertes, los vivientes futuristas».

No hay ideas, por rabiosas que sean, en las cuales no exista algo bueno, y mis amigos los futuristas, dentro de su inocente palabrería, suelen repetir dos cosas que vale la pena de que retengamos.

Primera. Los poetas deben cantar el espectáculo de la vida moderna.

Librodot

Todo es digno de la lira, todo es poesía, el automóvil y el aeroplano, el trasatlántico y el acorazado, la fábrica y la tienda...

Segunda. No veamos de sobra el pasado. El pasado está ya bien muerto.

Utilicemos sus enseñanzas y una vez hecho esto, dirijámonos en línea recta al porvenir.

Si los futuristas se limitaran a decir esto, no dirían nada nuevo, pero sí dirían algo inteligente, a lo cual habría quizá que objetar solamente que eso del pasado y del porvenir no son más que palabras; que el porvenir no existe sino por el pasado; que ambos forman una línea indivisible, un todo perfecto, perennemente inmóvil, alrededor del cual los hombres ambulamos como sombras...

Lo malo es que estos jóvenes, en cuanto dicen una cosa razonable se arrepienten, y después de su tirada sobre el peligro de mirar hacia el ayer, lanzan su verba fogosa a ciento a la hora y exclaman como a modo de escollo de lo que he traducido:

«Venga, pues, los bellos incendiarios de manos carbonizadas...

¡Vedles aquí! ¡Vedles aquí!» (¡Pronto vinieron!) «¡Prended fuego a los estantes de las bibliotecas! Desviad el curso de los canales para inundar los subterráneos de los museos» (nada más para eso...) «¡Oh! que naden a favor de la corriente las telas gloriosas...» «¡A vosotros los zapapicos y los martillos!... ¡Minad los cimientos de las ciudades venerables!»

Como ven ustedes, esto ya es más grave, y habrá que llamar a la policía... Pero no, no pasará de allí. A las almas de ahora les faltan bríos hasta para repetir la triste hazaña del Califa Omar, y todos sus discursos incendiarios pueden reducirse a los términos del viejo diálogo inmortal:

-¿Qué es lo que habláis, señor?

-¡Palabras, palabras, palabras! (¡words, words!)

Por lo demás, nuestros iracundos amigos se encargan de darnos la razón de sus desmanes líricos, tranquilizándonos al mismo tiempo, en párrafo subsecuente:

-«¡Los más viejos de entre nosotros -dicen- tienen treinta años!»¿Ven ustedes cómo se explica todo?

La embriaguez de la juventud, afirman los árabes, es más fuerte que la del vino...

«Diez años nos quedan aún, añaden, para cumplir nuestra misión».

¿La de inundar los museos y quemar las bibliotecas?

«Que cuando hayamos cumplido cuarenta años, otros más jóvenes y valientes tengan a bien echarnos al cesto como a papeles inútiles».

¡Arrea, y qué poca vitalidad se prometen los futuristas!

Volvámoslos a disculpar empero. Ya veréis cómo a los cuarenta piensan de otra manera. Ya veréis también cómo para entonces no han quemado nada, no han destruido nada... Y lo que es mucho peor: ¡no han creado nada!

***

Pero, en suma, no censuremos esta vanidad iconoclasta, por poco sincera, si viene acompañada de dos cosas preciosas: de juventud y de entusiasmo.

La juventud es lo de menos. Veinticinco años los tiene cualquiera, como dijo el otro. Ser joven no es ninguna cualidad, ninguna gracia. Muy más difícil es ser viejo, y sobre todo, saber serlo.

Pero el entusiasmo sí es de tenerse en cuenta, ahora que hasta los niños están blasés, que ni se cree ni se espera en nada, fuera del dinero.

¡Qué importa que ese entusiasmo, como el de los jóvenes redactores de la bella revista milanesa Poesía, se cifre en destruir! ¡La cuestión es tenerlo y alimentarlo: ya mañana se empleará acaso en edificar!

El disgusto del pasado no viene, en el fondo, más que de un poquito de celo y de despecho porque no podemos igualarlo. Nos vuelve rabiosos la perfección de la obra antigua. No queremos admitir que nuestra época sea incapaz de producir un Homero, un Hesíodo, un Platón, un Sócrates, o viniendo a tiempos más cercanos, un Leonardo, un Miguel Ángel, un Shakespeare o un Cervantes. Y como no podemos igualar el pasado, como está allí severo, límpido, perfecto, aplastándonos como la catedral maravillosa en el villorrio incapaz de labrar una nueva, deseamos destruirlo, aniquilarlo... crear algo que no haya que comparar con él, a fin de que no resulte pequeño...

Nuestra época industrial, pero sin quilates espirituales, esta época en que andamos más aprisa y más aprisa hacemos todo, pero en que somos mucho menos hombres que los abuelos, porque tenemos miedo de la vida, suele proporcionarnos un pretexto para ultrajar al pasado: aquellas gentes no conocieron ciertamente el aeroplano... decimos, sin pensar que en cambio su pensamiento era águila que se cernía tranquila en el espacio, en tanto que el nuestro se arrastra entre el cocido, la concupiscencia, el billete de Banco.

Afortunadamente, aún somos capaces de una nobleza, la de indignarnos contra el pasado, es decir, contra nosotros mismos; no podemos igualarlo y pretendemos destruirlo (porque nos molesta su perfección).

De tal sentimiento salen los propósitos y gritos rebeldes e incendiarios, tales como los de los portaliras italianos, propósitos que felizmente no se realizan, gritos que felizmente se pierden sin eco, pero que ayudan al entusiasmo de la labor nueva y a mantener la vibración artística que tiende a extinguirse para desgracia y condenación del mundo.

- III -

La junta reformista de la enseñanza.

En uno de mis anteriores informes hablé de la Junta Reformista de la Enseñanza, que se inauguró con solemnidad en Madrid no ha mucho tiempo, y que está formada por hombres de pensamiento y de acción, entro los cuales figuran Ramón y Cajal, Vicenti, Rodríguez Carracido y otros distinguidos españoles.

Los fines de esta Asociación no pueden ser más prácticos. Los catedráticos y escritores que la han creado propusiéronse ante todo orientar el pensamiento y la acción del pueblo, del Parlamento y del gobierno «hacia los problemas de enseñanza, a fin de mejorar y fortalecer los procedimientos docentes».

Hay que advertir que se trata de un organismo independiente que nada tiene que ver con el Estado, que puede constituirse, eso sí, dado que lo juzgue conveniente, como colaborador suyo, oficioso y desinteresado, prestándole su apoyo y sus luces.

Los miembros de la Junta han comprendido, sin duda, que el problema de la educación y de la instrucción del pueblo no es sólo el Estado quien debe plantearlo y resolverlo, sino todos los buenos españoles, porque es el problema nacional por excelencia.

Tan simpático eco tuvo desde el primer momento la iniciativa de los catedráticos y hombres de letras de la Junta, que en poco más de un año hanse constituido cuarenta y siete Juntas locales en otras tantas poblaciones de España.

Como se trata de un organismo neutral, en el que están representadas todas las opiniones, así el Profesorado de las Universidades, de los Institutos, Escuelas especiales, Normales y de Artes y Oficios e Industrias, como el Profesorado particular y aun muchas personas que no pertenecen al magisterio, han querido formar parte de la Asociación.

Ahora se organiza la primera Asamblea general de la Junta.

Habrá de verificarse en Valladolid el día 12 de abril en el Paraninfo de la Universidad, y oportunamente daré cuenta de los asuntos que en ellas se traten.

Eligióse a Valladolid, según leo, para esta Asamblea inicial, porque fue en aquella histórica ciudad donde primero quedó establecida la Junta local correspondiente. El Ayuntamiento, por aclamación, resolvió tomar parte en dicha Asamblea, y otro tanto hizo el Claustro de la Universidad.

Es de augurarse que las reuniones próximas se efectuarán con el mismo entusiasmo con que se ha de celebrar ésta, pues todos los ciudadanos comprenden la absoluta y capital urgencia que España tiene de renovarse mentalmente, renovación en la que sin duda está el secreto de su futura vida nacional.

- IV -

El congreso de la poesía.

El día 22 de marzo, convocados por don Mariano Miguel de Val, nos reunimos en la Secretaría del Ateneo de Madrid varios escritores y poetas.

Entre los que concurrieron o enviaron adhesiones se contaban Francos Rodríguez, Cavestany, Zayas, Martínez Sierra, Villaespesa, Machado, Marquina, Castro, Díez Canedo, Répide, Rubén Darío, Vicenti, Álvarez Quintero, Catarineu y Fernández Shaw.

El señor Val dijo que el objeto de aquella reunión era conocer la adhesión de los elementos indispensables para la organización de un Congreso de la Poesía en Valencia, en octubre próximo.

Así como en Provenza, con ocasión del cincuentenario de Mistral, va a celebrarse la Fiesta de la Poesía, así Valencia quiere congregar a los poetas españoles en rededor del viejo bardo levantino Teodoro Llorente, y hacer que la musa castellana resuene en la ciudad florida en los bellos días en que todo florece y fructifica.

Para la realización del Congreso empezóse, pues, por lo que se empieza siempre entre nosotros en estos casos: por nombrar una Comisión a fin de que iniciase los trabajos preparatorios, Comisión que quedó formada como sigue:

Señores Vicenti, Francos Rodríguez, Herrero, Zayas, Martínez Sierra, Machado y el que esto escribe.

***

Ahora bien, ¿qué es eso del Congreso de la Poesía?

Una denominación a la cual no hay que dar gran importancia, porque todavía no es definitiva.

El mismo Teodoro Llorente, interrogado a este propósito, respondió:

-«La denominación de Congreso no me parece del todo bien. Esto parece indicar controversias críticas literarias o discusiones sobre la forma.

«Llamarle certamen y otorgar premios, tampoco me satisface.

«Lo que estimo mejor, es algo así como un gran festival de la Poesía, en que la musa española luzca sus esplendores. Pero la forma no me atrevo a concretarla».

Val, por su parte, dice:

«Aun cuando nada puede todavía concretarse de lo que en definitiva será el Congreso de la Poesía en Valencia, porque toda su organización depende de los acuerdos que adopten sus organizadores valencianos y de Madrid, me veo de tal modo requerido a exponer con alguna amplitud mi pensamiento, que no puedo negarme a hacerlo, siquiera sea con la protesta de que no aspiro a que prevalezca en absoluto.

»Me dirijo, pues, a los amigos y compañeros de Valencia y a cuantos desde otras regiones escriben interesándose por conocer los pormenores del proyecto.

»Empezaré por decir que la organización del Congreso me parece absolutamente fácil.

»Aun revestido de toda la importancia que se le quiere y debe dar, serán escasas las dificultades con que se tropiece, ni habrá obstáculo alguno por cuanto se refiere a los gastos que ocasione.

»La necesidad de que sea Congreso estriba en que sólo así podrá contarse con la asistencia de los grandes maestros de las letras patrias, tales como don Marcelino Menéndez y Pelayo, que, a más de ser poeta, conoce como nadie la historia de nuestra Poesía, y puede, como nadie también, honrar con su presidencia la solemnidad literaria.

»Una vez recibidos, dentro del plazo que se fije, los trabajos de los congresistas que hayan de actuar en el Congreso, se clasificarán formando, con arreglo a sus temas, las correspondientes Secciones.

»Para la admisión de congresistas se formarán Comités en las distintas regiones y en Provenza, los cuales se pondrán en relación con la Comisión organizadora de Madrid.

»Cada uno de los grupos regionales nombrará un presidente o mantenedor, que será el que lleve la voz como representante de su región en la solemne sesión de apertura.

»La sesión de apertura, será, pues, el acto de presencia de las distintas regiones y entidades que concurran al Congreso.

»Con el objeto de dar la mayor unidad y valor científico al conjunto de los trabajos que se presenten, la Comisión de Madrid encargará a todos y a cada uno de los mantenedores regionales un estudio histórico-crítico de la Poesía en sus respectivos países, con los cuales trabajos se formará uno o varios volúmenes importantísimos, seguidos de sus correspondientes antologías y de los cuales se harán grandes tiradas.

»El Congreso se reunirá en Secciones tres días a lo sumo, pudiendo simultáneamente leerse varios trabajos en distintos locales.

»Entre los fines del Congreso no debe olvidarse la fundación de una Sociedad en Madrid que sea algo así como Las Cortes de la Poesía Nacional».

Esto de Las Cortes de la Poesía Nacional o de la Academia de la Poesía, ya es algo con visos de más permanencia y con más enjundia que el simple Congreso. ¿Por qué los poetas no han de tener también su Academia?

...Sólo que se me ocurre, preguntar lo que en esta Academia se haría.

Librodot

¿Organizar certámenes? ¡Se organizan ya tantos!

¿Fijar los cánones del verso? ¡Qué cánones! El verso libérrimo ni los solicita ni los admite.

¿Estimular a los poetas? Habría que investigar qué clase de estímulo sería éste. Porque la progenie de los dioses, los seres alados y sagrados, ya no quieren ni palabras ni oropeles; quieren vivir. ¡Reivindican su derecho a la vida!

¿Pensarán en esto los congresistas de la Poesía?

-Sí pensarán -me responde Val, quien, contestando así mismo a una pregunta de F. Aznar Navarro, ha agregado:

«No será un hecho aislado y sin finalidad práctica el viaje de los poetas a Valencia. Ya sería bastante, como fuente de inspiración, reunir a estos idealistas bajo el dosel de un cielo que parece creado para cobijar espíritus soñadores; pero se trata de algo más: el comienzo de un plan más vasto, que tiende a constituir la Casa de los Poetas; la, cual será a un tiempo palacio de las musas, lugar de reunión, amparo de poetas pobres. A eso llegaremos. La iniciativa ha cristalizado. Sólo nos falta reunir unos miles de pesetas. Esto es fácil».

Como ven ustedes, la juventud no duda de nada... ¡y hace bien!

Aznar Navarro, comentando, sin embargo, las anteriores palabras, dice:

«Posesión del divino estro» y «posesión de un palacio» (no siendo imaginativo), son posesiones que siempre se repelieron. Podrían dar fe desde sus tumbas aquellos hombres de mocedades ajetreadas que se llamaron Bretón de los Herreros, Pastor Díaz, Espronceda, Zorrilla, Trueba, Florentino Sanz, Narciso Serra y Gustavo Adolfo Bécquer, tan excesiva mente soñadores; poetas tan de sobra -y hombres tan de falta- que ni se cuidaron los pobrecillos de esperar semejantes posesiones.

»Los tiempos han cambiado, como se ve. Los poetas de ahora quieren tener palacio. Son hombres más prácticos, y no diré que menos poetas, aunque no los halle a cada paso, mientras me tropiezo con harto numerosos malabaristas de la estrofa.

»No está mal que los poetas vayan a la conquista del palacio. Ni quiero aguarles su presente gozo discurriendo sobre la influencia del ambiente académico en quienes lo respiran, ni hacer una brillante frase recordando cómo mueren los ruiseñores en las jaulas; ni pensar en desmayos tras la necesidad satisfecha, con el consiguiente '¡Es tan fácil no hacer nada!' lanzado por el socarrón Miguel de los Santos Álvarez apenas convertido en consejero de Estado; ni las consecuencias de una vida lógica y de orden, tan detestada por Espronceda en su *Diablo Mundo*:

»¡Oh, cómo cansa el orden! ¡No hay locura igual a la del lógico severo!

»Pero sí he de acordarme -temblad, poetas soñadores y hombres prácticos!- de lo difícil que os va a ser lograr los elementos necesarios para que el palacio se alce. No hay entre vosotros un Mistral. Quiero decir, un salvador premio Nobel. O si sois vosotros hombres prácticos (aunque sin dinero), ¡oh, poetas!, lo es también en tal medida el prójimo adinerado, que tiene por costumbre dedicar sus capitales a menesteres más prosaicos.

«¿Y por qué abandonar, aunque dinero no hubiere, la dorada idea?

Mientras se incuba el Mistral español que un día pueda, con su buen premio Nobel, satisfacer la colectiva aspiración del palacio propio, hágase una instalación provisional con terreno del común, en el mismísimo Salón del Prado, alrededor de un banco simbólico.

»Simbólico, sí, porque ese banco, en la Meca improvisada de los poetas españoles modernos, podría hacer el oficio de la piedra negra en la misteriosa Caaba, y podrían escuchar de continuo ante él los jóvenes poetas y ya hombres prácticos:

»Aquí durmieron muchas noches, a falta de lecho mejor, grandes poetas antepasados nuestros. ¡No sabían vivir!»

***

Yo entiendo, no obstante, que mientras se incuba este Mistral español de que habla irónicamente Aznar, hay que intentar algo.

O el poeta desempeña una función social, o es un ser inútil.

Si lo segundo, tengamos la franqueza de decirlo, de pregonarlo, y en vez de alentar por ningún concepto la poesía, y en vez de juzgarla representativa de la mentalidad del mundo, y en vez de creerla civilizadora y de honrar a los Homero y los Dante y los Shakespeare y los Víctor Hugo, combatamos desde la escuela, desde el hogar mismo, vigorosamente, toda tendencia a ella; no toleremos su intrusión ni su manifestación en ninguna parte; afirmemos de una vez que es cosa vitanda, o siquiera baladí.

Si, por el contrario, entendemos que es una función social, que ayuda a la vida mental y a la economía misma de las sociedades, ayudemos a vivir a los poetas!

En suma: o construyamos pajareras o comámonos a los pájaros... fritos!

***

Para concluir estas notas diré a ustedes cuáles son los planes a que, según la última reunión habida, debe sujetarse la Asamblea:

Ésta se verificará, como he apuntado, en el próximo mes de octubre y concurrirán a ella cuantos quieran inscribirse, con arreglo a las condiciones que han de publicarse, y los representantes de entidades colectivas, academias, ateneos, etc.

El Congreso celebrará dos o tres sesiones para tratar temas de carácter teórico y de condición práctica, cuyo desarrollo ha de encomendarse a personas de grande suficiencia y autoridad.

Entre esos temas están los de fundación de una Academia Nacional de la Poesía; relaciones entre los poetas hispano-americanos y todos los de la raza latina, o influjo social de la Poesía.

Los asuntos de carácter práctico que han de tratarse, se refieren a la formación de una Sociedad de poetas para defensa de sus intereses; mutualismo editorial; constitución de un montepío; medios de facilitar el transporte terrestre y marítimo de libros a los países extranjeros y manera de difundir en el nuestro las lecturas poéticas.

Por último, para dar fin a las tareas del Congreso se celebrará un gran festival consagrado al gran poeta español del siglo XIX don José Zorrilla. Poetas designados por distintas regiones españolas concurrirán al homenaje, en el que llevará la voz del Congreso don Marcelino Menéndez Pelayo.

Se procurará que a este acto, celebrado al aire libre, concurran altas representaciones sociales y poetas de Francia, Italia, Portugal; que sea, en suma, la sesión, un espectáculo digno de la idea que la inspira y propio de la grandeza del certamen que se dispone en Valencia.

Tal es el programa... De su realización daré a ustedes oportunamente cuenta, pues no nos es permitido a los poetas «llenos de fe sagrada» dudar de que ha de realizarse.

- V -

La aristocracia española y el cultivo de las letras.

El 26 de abril se verificó en la Real Academia de la Historia la recepción del duque de T'Serelaes, miembro de la más linajuda aristocracia.

A su erudito discurso -que versó sobre los historiadores de la ciudad de Sevilla, no sin hacer antes el elogio de su antecesor, el marqués de la Vega de Armijo- respondió mi distinguido amigo don Francisco Fernández de Béthencourt, en amplia y brillante pieza oratoria, que voy a comentar en mi informe porque, por primera vez que yo sepa en un sitio público, en ceremonia de alta resonancia, en presencia de príncipes, como la infanta doña Paz y su hija la princesa Pilar, que presidían la sesión, y de numerosos miembros de la aristocracia, se ha hecho una crítica de la nobleza española, envuelta si se quiere en todas las fórmulas que demanda la cortesía, pero no por eso menos enérgica y, digámoslo de una vez, menos justa.

Hay que advertir que esta crítica, brotando de los labios del ilustre don Francisco Fernández de Béthencourt, no podría por modo alguno tacharse de parcial. Se trata de un testigo de mayor excepción, de un amigo decidido del patriciado español, autor del Anuario de la nobleza. El mismo, antes de precisar sus cargos, de los que hablaré luego, expresa, discretísimamente por cierto, los títulos que le dan derecho para hacerlos: «Yo me figuro -dice- que no carezco de alguna autoridad para decir en voz alta lo que sobre estos delicados asuntos pienso, y que ni la grandeza de España, ni la nobleza de nuestro país en general, han de enojarse extremadamente conmigo por nada que yo pueda decirles ni observarles, con todos los miramientos y todas las reservas que ellas quieran exigir de mi cariño».

«Yo -sigue diciendo el señor Fernández de Béthencourt- he consagrado mi vida entera a su defensa y a su enaltecimiento; yo las he defendido muchas veces hasta de sí mismas, que es adonde más puede llegar el verdadero afecto; soy, en suma, muy amigo suyo, aunque nadie encuentre extraña mi aspiración constante a que se añada: *Sed magis amica veritas.*

Yo me he dedicado en cuerpo y alma al estudio de su pasado y he procurado en cuanto he podido hacer del dominio general el conocimiento de su verdadera historia, que es el servicio mayor que puede prestarse a institución semejante; yo me he atribuido la misión de dejar consignado todo lo que fue y todo lo que hizo la nobleza española, cómo nació y cómo vivió, y he conceptuado siempre como título honroso el de ser su historiador, soñando en hacer míos, con orgullo injustificado, aquellos nobles conceptos de Salustio, cuando dice que después de realizar los altos hechos, nada hay tan grande como referirlos y perpetuarlos. Yo he asumido, por mi libre y desinteresada voluntad, la ardua tarea de relatar los de la nobleza española: primeramente, para que ella no los olvide; después, para que los pueblos a quienes prestó tamaños servicios no los ignoren, que es el lógico complemento de lo anterior, si es que todo no ha de ser un nombre vano y un mote huero, y ella misma, en tal caso, una cosa perfectamente inútil y una rueda sin aplicación necesaria en la complicada máquina nacional».

***

Después de este exordio, ¿cómo va a enojarse la nobleza por lo que le diga mi grande y buen amigo don Francisco Fernández de Béthencourt?

Y lo que le dice es nada menos que esto, envuelto en finuras de lenguaje: -Tú ya no piensas. Lo único que haces es jugar al golf, al polo, al tennis... y correr desaforadamente en automóvil... Ahora bien, si no piensas, ya no eres clase directora, «porque para dirigir es forzoso saber y pensar y no volver sistemáticamente la espalda a estos campos fecundos, agitándose impotente fuera de ellos».

«Yo voy a decir aquí todo mi pensamiento -exclama valiente y noblemente el señor Fernández de Béthencourt- con la honrada franqueza y la diáfana claridad que imponen las severidades de este sitio, del que no me creeríais digno -y yo me lo creyera aún menos que vosotros- si me olvidara un solo instante de lo que debo a la verdad: el amor de las letras, de las ciencias y hasta de las artes, suprema expresión de la cultura humana, parece que muere a mano airada, sacrificado torpemente por la pasión desapoderada de los deportes corporales, como si hubiera entre uno y otra incompatibilidades absurdas y no cupieran juntos y hasta dichosamente se completaran, realizando la aplicación discreta del vulgar aforismo, no por repetido menos exacto «*Mens sana in corpore sano*» Es decir, que a la aristocracia española se le ha olvidado el mens para no acordarse más que del corpore.

Y se le ha olvidado, asimismo, el dístico aquel de Bernabé Moreno de Vargas:

Las letras y las armas dan nobleza:
consérvanla el valor y la riqueza.

Yo creo que nuestros jóvenes mexicanos de buenas familias deben ponerse el saco de esta crítica, porque les viene tan bien como a los españoles, y pensar que nuestra clase media, con su inteligencia, con su saber, con su tenacidad en la labor, es la única que en realidad está en México haciendo patria. Esta reflexión habrá de serles saludable, como espero que le serán a la aristocracia española las de don Francisco Fernández de Béthencourt... si es que las lee, cosa un poco difícil, porque el golf, el tennis y el polo le roban mucho tiempo.

Debo advertir, Sin embargo, como un elogio a los criticados, que de los muchos que asistieron a la Academia de la Historia -porque aquí, a pesar de todo, la nobleza suele acudir a los banquetes espirituales- ninguno se molestó por la crítica. ¿Y cómo molestarse si la infanta doña Paz, que todos sabemos tiene acendrado amor por las letras y por las artes, era la primera en felicitar al señor Fernández de Béthencourt? Y advertiré, en segundo lugar, que éste ni por asomos pretende deprimir los deportes. Dios lo libre a él de esto y a mí también que gloso su discurso.

Lo único que desearíamos los dos -y perdóneseme la inmodestia del plural- es que los que tanto se acuerdan del corpore de marras se acordaran un poquitín del mens.

Lejos de desdeñar los deportes, el sabio académico los estima en alto grado.

Leed si no: «Siempre hubo deportes físicos para los caballeros españoles -dice- y ya estáis oyendo que los designo con su bello nombre, casi olvidado, sin apelar a los calificativos bárbaros, como bárbaros son los que más privan; bárbaros en el sentido clásico de la palabra, que no hay que decir, y no se alarme nadie, que significa extranjero. Bien sabéis todos que es del siglo XV, el famoso Códice del Vergel de los príncipes, en que un prelado insigne trata a la perfección de cómo ha de procederse a la educación adecuada de los que ocupaban los primeros lugares en la jerarquía social, ensalzando como es debido las innegables ventajas de entregarse, en los ocios que dejan los arduos y graves asuntos, a vigorizar el cuerpo con la esgrima y con la caza, todo ello con magnífica disertación, no por original y nueva menos filosófica y levantada. Siempre

Librodot

hubo felizmente deportes para el viril recreo de la nobleza española, formada por la guerra y para la guerra, hija legítima de tantos siglos de luchas y batallas, cuyos primeros blasones se habían trazado con la propia sangre en los brumosos días de sus ignorados comienzos».

«La nobleza peninsular amó siempre apasionadamente cuanto representaba fuerza, destreza, vigor, ligereza y gallardía: lució estas cualidades constantemente en los torneos y en las justas; ofreció con Suero de Quiñones y sus compañeros en el Paso Honroso de la Puente de Órbigo, singular ejemplo de desusada fortaleza; acreditóla a cada instante en los rieptos y desafíos, y cuando la mayor suavidad de las costumbres comenzó, después de consumada gloriosamente la unidad nacional, obra de siete centurias, en el campo, sobre Granada, todavía pensó que había de conservar la marcialidad de su espíritu, para el luchar continuo contra los moros mal sometidos, contra los africanos insolentes, contra los ingleses codiciosos, contra los franceses vecinos y enemigos, contra los turcos ensoberbecidos, contra los portugueses recelosos, y creó para conservarse maestra en los ejercicios de la jineta y de la brida, en los juegos de cabezas, de caña y alcancías, complemento natural de la educación de un caballero español, en todas las distintas esferas de la hidalguía tradicional, esos nobilísimos cuerpos que se llamaron y se llaman Reales Maestranzas de Caballería».

Sólo que, la propia nobleza, que tan ahincadamente se dedicaba a tales ejercicios, «la misma fuerte mano que luchaba con el oso feroz en la abrupta montaña, que daba cuenta del fiero jabalí en las espesuras profundas, que perseguía certera al azor rapaz en su región del aire, que sostenía briosamente la lanza en el torneo, que airosamente blandía la espada en el duelo de cada día y de cada hora, en aquella vida de galanteos y aventuras, que ganaba las cintas con los colores de la dama gentil, solicitada del justador, dueña y señora de sus pensamientos, que acosaba al toro bravo en las dilatadas planicies andaluzas, esa misma mano escribía la Historia a la manera de Melo, disipaba las más espesas nieblas del pasado con la pluma luminosa del marqués de Mondéjar, esculpía tiernas endechas al modo de Garci Lasso y Jorge Manrique, trazaba con don Diego de Hurtado de Mendoza la típica figura de *El Lazarillo de Tormes*, bordaba madrigales y letrillas con el príncipe de Esquilache, disparaba acerados epigramas y sátiras implacables, a las de Juvenal no inferiores, con el conde de Villamediana; dejaba, en suma, páginas admirables, que durarán de fijo mientras millones de seres tengan en dos mundos por suya, sonora y rica, el habla majestuosa castellana».

Para probar su aserto, el señor Fernández de Béthencourt cita nombres, no sólo de las viejas centurias, sino de recientísimos tiempos.

España asistió a mediados del siglo XIX, por ejemplo, a un poderosísimo renacimiento literario, que se realizó alrededor del Trono. Bastaría mencionar los nombres del conde de Toreno, historiador; del duque de Frías, poeta; del duque de Rivas, autor dramático con *Don Álvaro de Luna*, poeta épico con *El moro expósito*, romancero admirable con los *romances históricos*; del marqués de Molins, autor de *Doña María de Molina*, de *La espada de un caballero*, periodista, orador, poeta, del barón de Bïozal, autor del poema clásico intitulado *El cerco de Zamora*; del duque de Villahermosa, traductor de las *Geórgicas* de Virgilio; del conde de Cheste, traductor de la *Jerusalén libertada*... de tantos y tantos que buscaron en las letras más lustre para sus títulos.

***

¿De dónde proviene, pues, el actual despego de buena parte de la aristocracia española por las fiestas y labores del espíritu? Yo entiendo que de una mala imitación de los ingleses. La anglomanía mal entendida destierra a las musas de los salones. Y digo mal entendida, porque bien sabido es que, junto a los deportes, privan entre las más nobles familias inglesas las letras, las ciencias y las artes. Nadie ha olvidado aún la gracia, la corrección y el encanto con que la gran Victoria manejaba el idioma, y no son pocos aquellos de sus descendientes, entre ellos su nieta, la actual soberana de España, que cultivan las letras. Inglaterra es el país en que se ennoblece a los poetas a los artistas y a los sabios.

Si se la imita, cuerdo será imitarla también en esto.

En cuanto a Francia, ¿quién no conoce los ilustres nombres de la duquesa de Rohan, que tiene como mote de su escudo aquel orgullo:

Roy ne pruis.
Prince ne daigne:
Rohan suis!

de la condesa de Haussonville, de la condesa Aimery de la Rochefoucauld, de la princesa de Jarante, las cuales en sus magníficos salones reciben y agasajan a los poetas? ¿Quién podría olvidar los versos encantadores de la condesa de Noailles? ¿Quién no ha leído a la traviesa y picaresca Gyp, condesa de Mirabeau? ¿Quién, por último, no ha oído mencionar, con respecto a la Academia, al ya clásico partido de los duques?

¡Imítese, pues, en buena hora en España a los ingleses y franceses cuando, con nobles deportes, intentan vigorizar el corpore asendereado; pero imíteseles asimismo cuando cultivan el mens, pensando que no hay aristocracia posible sin alteza de pensamiento, como podían afirmarlo un duque d'Aumale, hijo de reyes, un Broglie, un Mun, un Haussonville, un Segur, un Vogó o un Costa de Beauregard!

***

¿Oirá por ese oído la aristocracia española? ¿El sermón de don Francisco Fernández de Béthencourt, que he glosado y comentado, dará frutos?

¡Ay! si lo leyesen todos... Pero el trajín de las fiestas y de los deportes no da tiempo más que para ver los fotograbados de las revistas, y me temo que las palabras de mi amigo se hayan perdido en los ámbitos de la noble Academia de la Historia sin despertar eco ninguno...

¡El automóvil va demasiado de prisa, y más de prisa la vanidad deportiva, para que los alcancen las nueve hermanas, que calzan coturno, pero ya no tienen alas!

- VI -

La asamblea de la enseñanza en Valladolid.

Librodot

Más de una vez he hablado a ustedes de la Junta reformista de Instrucción Nacional, y en mi informe anterior anunciaba la gran Asamblea que debía efectuarse en Valladolid el día 12 de abril.

En esa fecha tuvo efecto verificativo, a las cuatro de la tarde, y en el Paraninfo do la Universidad, ante concurrencia nutridísima, y presidida por el alcalde de Valladolid, rodeado de catedráticos de las Universidades, Institutos y Escuelas Normales de León, Ávila y Salamanca.

El alcalde, señor Romero, dijo algunas afectuosas palabras de salutación a los asambleístas, y habló en seguida el ex rector de la Universidad, señor Alonso Cortés.

Envío a ustedes abundantes recortes, que les darán amplios detalles de lo que fue esta importantísima Asamblea, llamándoles especialmente la atención hacia tres documentos que reproduzco en seguida, y que son: una carta del eminentísimo Ramón y Cajal y dos discursos: el primero, de Ortega y Munilla, y el segundo, del ilustre químico Rodríguez Carracido:

Carta del señor Ramón y Cajal:

Señor don José Ortega Munilla.

Estimado amigo: Abrumadoras ocupaciones me impiden tomar personalmente parte en esa Asamblea de, los amantes de la cultura nacional. Excusado es decir que me asocio cordialmente a la noble labor emprendida por ustedes, y que me hallo en absoluto identificado con el espíritu y tendencias del Congreso.

Harto conoce usted mis opiniones. Como usted y todos cuantos se preocupan del porvenir de la patria, pienso que el infalible remedio de nuestros males y decadencias está en la difusión e intensidad de la cultura. «Difusión cultural» en las masas para crear ese ambiente de amor y de entusiasmo, sin el cual no brota o se malogra el sabio incomprendido, e «intensidad cultural» en los intelectuales, y singularmente en el profesorado superior, para que produzcamos ciencia original, fecunda en aplicaciones a la vida, rica en promesas de prosperidad y bienandanza.

Sólo la ciencia puede enriquecer y engrandecer a las naciones pobres.

Agotada la geografía política, quedan aún, convidándonos a gloriosas hazañas, las luminosas tierras del espíritu. El mundo es todavía un enigma; las ciencias distan mucho de su ideal perfección; bríndannos las fuerzas naturales océanos de energía compensadora de la pobreza de nuestro suelo. El filón asoma por todas partes. Laboremos.

Mas para que el éxito corone la redentora empresa, menester es crear plena conciencia de nuestro atraso, ansia general de reforma y renovación; es preciso desperezar la indiferencia y la rutina, estimular y asociar a la obra común a los partidos políticos y a los más ilustres estadistas; hay que recordar incesantemente a los gobiernos la urgencia de dotar a la enseñanza oficial, en todos sus grados, de los recursos indispensables.

Misión inexcusable del Estado es multiplicar las escuelas y los maestros, crear Laboratorios y Bibliotecas modernas, mejorar las condiciones morales y sociales del profesorado superior, atender a la doble misión pedagógica de instruir y educar, estableciendo al efecto, en Institutos y Universidades, internados decorosos (superiores a los de las corporaciones privadas), donde, bajo la dirección de instructores ilustrados, sean simultáneamente cultivadas la inteligencia y el corazón, el cuerpo y el espíritu, y donde, en fin, con altas miras políticas, se inocule hondamente en el educando amor ferviente a la patria, y fe robusta y sin desmayos en los altos destinos de la raza.

A conseguir tan hermosas aspiraciones, o mejor dicho, a crear el ambiente social necesario para alcanzarlas, responde la importantísima Asamblea de Valladolid. Por eso, merecerá de todos los buenos españoles sinceros y entusiastas plácemes. Quiera Dios no se malogren en la indiferencia

hidalgos y patrióticos empeños, por cuyo logro hace fervientes votos su afectísimo amigo y admirador, S. Ramón y Cajal.

Algunos párrafos del discurso del señor Ortega Munilla:

«Nos congregan, señores, un triste sentimiento y una obligación inexorable: el sentimiento de ver cómo el más grande problema de cuantos perturban el alma española -el de la enseñanza- sigue abandonado de las iniciativas oficiales y pasan los gobiernos y se suceden en el mando los hombres de las más contrarias doctrinas, sin que le dediquen la atención preferente que su urgencia reclama; y ese abandono determina en nosotros la obligación ineludible de acudir con la humilde súplica y, si necesario fuera, con el enérgico requerimiento ante todos aquellos a quienes compete hoy y puede competir mañana el régimen de la nación.

No hay sobre el planeta un pueblo culto que no dedique celoso cuidado a sus organismos docentes. Hasta aquellas minúsculas naciones mediatizadas, cuya independencia está sujeta a las altas combinaciones y aun a los bajos caprichos de la diplomacia, aumentan sin cesar la cifra de sus presupuestos de Instrucción Pública. Y por ser afrentosos para España, no quiero apuntar datos comparativos de los que resulta que somos la única excepción en esa campaña de nobles emulaciones por ver quién hace más y más pronto y mejor para el remedio de la peste negra de los entendimientos, que se llama barbarie. Las cifras de la estadística escolar de España son aterradoras. Sólo una pequeñísima parte de los ciudadanos sabe leer y escribir. Sólo una minoría exigua tiene la costumbre de leer. La inmensa mayoría de la masa nacional no ha pasado por la escuela, y eso basta a explicar la decadencia que nos lleva al abismo.

De tal suerte se, ha ejercido aquí la tutela del Estado en lo que atañe a la enseñanza, que la cultura es un fenómeno esporádico, y la ignorancia, endemia dominante y persistente.

Un pueblo sometido a tal vergüenza puede considerarse el más desdichado de todos. ¿Cómo han de ser respetadas las leyes, si el ciudadano no puede conocerlas por la lectura? Así, a la acción no ejercida por un maestro que no existe, en una escuela que nunca se estableció, ha de suplir el golpe férreo del castigo para que el orden público no se altere. Es que las muchedumbres ignorantes son rebaños y a los rebaños no se les conduce sino con la piedra que sale de la honda o con el duro garrote del pastor.

En uno de los interesantes estudios que se han leído esta tarde se demuestra que no hacen falta nuevas iniciativas de gobierno para que se modifique con gran beneficio el estado presente de la incultura nacional.

De haberse cumplido la ley que hace tantos, tantos años fue votada por el Parlamento español y sancionada por la reina Isabel II- ley que obliga al glorioso recuerdo de su autor, don Claudio Moyano-, existirían en España «diez mil» escuelas más de las establecidas. Sólo en Madrid hay «cinco mil niños» que no pueden recibir enseñanza por no haber en la capital de la nación locales suficientes a la instrucción primaria.

Me acompañaron desde la jornada inicial maestros de diversa doctrina filosófica; y cuando por primera vez nos congregamos los fundadores de la Junta Reformista de la Instrucción Nacional, nos acompañó el docto catedrático, tan respetable por su ciencia como por sus virtudes sociales, don Matías Barrio y Mier, y nos expresó su adhesión en una carta para nosotros memorable el insigne profesor de Metafísica de la Universidad Central don Nicolás Salmerón y Alonso. Así pudimos decir en nuestra convocatoria al profesorado:

Librodot

«Queremos constituir un organismo independiente de la acción oficial, perdurable y activo, que vele por los intereses de la cultura patria y congregue las voluntades y los esfuerzos de cuantos en el profesorado y en otras esferas de la vida intelectual aspiren al progreso, formando así una legión poderosa que influya en la obra de los gobiernos y del Parlamento, a fin de que se incorporen a las leyes las reformas que el adelanto mental de la patria exige.

Trátase de una empresa nacional, por lo que deben colaborar en ella los hombres de todas las escuelas, sin exclusión de ninguna. Todos los intereses sociales, así los políticos como los mercantiles, se organizan para defenderse. Sólo los intereses de la enseñanza, los más altos de todos, carecen de esa organización, y así se ven de maltratados por la frivolidad y la ignorancia.

Necesario es que nos agrupemos cuantos anhelamos el mejoramiento intelectual de la raza.

Hay que ejercitar una campaña incansable para que la mente nacional tenga como la primera de sus preocupaciones la enseñanza de los ciudadanos, para que el aula esté rodeada de los mayores prestigios, para que no se regateen al maestro los elementos indispensables de su ministerio.

Hay que reconcentrar la atención de los españoles en este problema de la cultura, hay que convencerles de su importancia y hay que hacer sentir en todas las esferas de la vida el peso de esta sentencia: si no somos un pueblo culto, seremos un pueblo sacrificado.

Esta aspiración es unánime entre nosotros, pero esa unanimidad se dispersa como la luz no recogida por la pantalla. Y es necesario, es urgente, es vital el que tantos nobles esfuerzos, tantas útiles enseñanzas y tantos sabios ejemplos se reúnan y se metodicen, incorporándose a una obra común, de incansable persistencia, por la que se procure sanear el entendimiento español, hoy enfermo de rutina y de barbarie.

Tales son los propósitos que hoy nos reúnen. Cuarenta y siete organismos funcionan en otras tantas poblaciones correspondiendo a esta iniciativa. Al acto de hoy seguirán otros y la persistencia del propósito se evidenciará más cuanto más recias sean las dificultades que se nos opongan. La noble hospitalidad que Valladolid nos concede es tanto más digna de gratitud cuanto que no se mezcla con ningún interés local o político. Aquí encontramos la primera y la más entusiasta acogida. Por eso hemos venido a Valladolid, al pueblo generoso a quien un día saludó diciendo que era el hijo mayor de la madre patria desvalida.

En esta gloriosa ciudad lanzamos por primera vez el grito de alarma, seguros de ser oídos en todo el ámbito de la hispánica tierra. ¿Habremos de seguir siempre enclavados en el pantano de la ignorancia nacional? ¿No podremos algún día salir con raudo empuje en demanda de las altas cimas de la cultura? ¿Quedarán vencidas por siempre esas legiones de maestros que en Universidades, Institutos y Escuelas luchan hoy sin esperanza por el generoso afán del esplendor de España?... Antes de que tantos elevados espíritus se entreguen al pesimismo, habrá que aportar los medios de lucha. No nos cansaremos tan pronto, que merezcamos el desprecio que corresponde a los débiles y a los inconstantes».

***

Discurso del señor Rodríguez Carracido:

El eminente catedrático y académico pronuncia un elocuentísimo discurso que produce honda impresión en los oyentes y que obtiene reiteradas muestras de aprobación y de aplauso.

Síntesis de su magnífica oración:

«En este acto han hablado no sólo los aquí presentes, sino también los que allá en diferentes comarcas de España coinciden en sentir con vehemencia el ansia de satisfacer el hambre

intelectual que año tras año, y sin esperanza de remedio, tiene, postrada la mentalidad de nuestro pueblo, condenándolo a la extinción de toda iniciativa, o a las peligrosas alucinaciones de colocarse súbitamente en las cimas sin escalar las pendientes que a ellas conducen.

El propósito aquí manifestado degeneraría en mezquina maniobra si lo adscribiésemos a un partido político, cualquiera que éste fuese:

conservador o liberal, reaccionario o avanzado. Nuestra empresa es política, en cuanto este calificativo se refiere al arte de gobernar a los pueblos, pero no en el sentido de la bandería de luchas personales encaminadas a la conquista del poder. Fuera de toda parcialidad, es entre los problemas de la vida nacional el más fundamentalmente político, porque, en último término, aquéllos se resuelven en cuestiones pedagógicas.

Si la agricultura y la industria no prosperan entre nosotros como en otros países más adelantados, lo inmediato es investigar cómo se da la enseñanza de aquellas materias a las gentes que obtienen tan espléndidos resultados.

Si la política sólo produce manifestaciones de garrulería, igualmente procede averiguar cómo se da la enseñanza de las ciencias sociales que a tal esterilidad conduce.

Hoy, la cultura no puede ser mera ornamentación de oradores y escritores, sólo instruidos para deslumbrar al público con el caudal de su erudición y la brillantez de las metáforas su labor ha de ser más profunda y, por consiguiente, más trascendental, penetrando en lo íntimo del espíritu y modelando sus facultades para instituir un perfecto consorcio con la realidad a la manera de artífice hábil que llega a identificar los medios de trabajo a su propio organismo. Pecado capital de nuestra raza es la falta de fe en la Ciencia, quizá originada por la tradición puramente ornamental de la enseñanza que en su desvío de la realidad no pudo inspirar la convicción de que el saber es poder, porque la sabiduría transmitida fue sólo verbal, y ésta es tan inservible en el curso de la vida como un cauce ante el desbordamiento de un río. La verdadera cultura es formación psíquica, y aun diría psicofísica, la cual, por proceso evolutivo, a la manera del organismo que se ensaya en el ejercicio de nuevas funciones, va adquiriendo, como obra del propio esfuerzo, los órganos correspondientes.

Instruir es perfeccionar el mecanismo de la vida social, y tendiendo a este fin en todos los países cultos acrecienta, de año en año, el presupuesto de la enseñanza. La vida nacional, en sus varios aspectos, y en su conjunto, es como una industria regida por consideraciones económicas. Toda tacañería en la calidad de la maquinaria es ruinosa, porque sus imperfecciones aparecen incalculablemente multiplicadas en escasez y tosquedad de la producción.

Como en el trabajo fisiológico precede el estímulo nervioso a la concentración del músculo, en la Fisiología social los actos deben secundar las órdenes de la mentalidad directora. Sin el influjo del nervio casi invisible, el músculo sería una masa blanda, incapaz de realizar esfuerzo alguno, y sin las corrientes de la cultura científica, difundidas por el cuerpo social, la industria humana no hubiera podido enseñorearse de las fuerzas naturales y estaría sumida, como en parte aún está entre nosotros, en el miserable estado del período precientífico.

El hombre sólo productor de kilográmetros tiene un valor mínimo, al mismo tiempo que da la mayor carestía posible a las unidades mecánicas de su trabajo. La cultura científica invierte estos términos pidiendo mayor desarrollo mental, el del maquinista de un tren de mercancías respecto al del mozo de cuerda. Watt redimió a millones de braceros y los ennobleció, exigiéndoles en vida cerebral la proporción en que los descargaba de vida muscular.

Como se dice en el acta de nacimiento de esta Asociación, hay que hacer sentir en todas las esferas de la vida el peso de esta sentencia:

Librodot

«si no somos un pueblo culto, seremos un pueblo sacrificado», porque la cultura científica dignifica al individuo y dignifica a las naciones, dándoles la respetabilidad que afirma su independencia. Bélgica, Holanda y Dinamarca, no obstante su pequeñez territorial, tienen en su prestigio la fuerza de que carecen Turquía y Marruecos, y la mentalidad de sus cultísimos habitantes es más fuerte que el blindaje de los acorazados que pudieran tener para defenderles de extrañas intervenciones.

Hay que reconocer que la Providencia ama mucho a España, porque mucho la castigó por su resistencia a la adopción de los nuevos métodos de enseñanza; y si la Junta que celebra su primer acto público en esta venerada Universidad, anuncia la hora de que el castigo va a cesar porque empieza la enmienda, consolidando asociaciones que perseverantemente demanda el acrecimiento del presupuesto de Instrucción pública, la posteridad otorgará a esta sesión, con mejores títulos que a otras, el calificativo de «sesión histórica», porque en ella se han sentado las bases inconmovibles sobre las que España ha de ir edificando el alma digna de encarnar en una potencia de primer orden».

***

He citado estas tres piezas (oratorias las dos últimas), porque abundan en ideas sanas prácticas, especialmente el discurso del señor Carracido, y muestran las nuevas y vigorosas orientaciones de la mentalidad española.

Baldomero Argente, uno de los periodistas mejor informados de la Península, califica con razón la Asamblea celebrada en Valladolid de «la iniciativa más completa y mejor orientada de cuantas florecieron en los últimos años, e irrefragable declaración de que la conciencia del país se preocupa y tantea en las sombras». «Esta Asamblea -añade- ha sido en España una equivalencia de la información parlamentaria para la reforma de la enseñanza, abierta en Francia hace algunos años. Ha llegado a idénticas conclusiones sobre las deficiencias de organismos, procedimientos y resultados docentes, y ha mostrado en los informadores igual indecisión y vaguedad respecto de los modos y fines de su reforma. Constituye, en fin, un indeleble timbre glorioso en el historial público de Ortega Munilla, su iniciador y casi su apóstol».

***

Por mi parte entiendo que, sea cual fuere la indecisión y vaguedad de la Asamblea, ya significa mucho su sola celebración y la simpatía con que ha sido vista por todos los españoles.

Muestra sobre todo una cosa que vale la pena de tener en cuenta, y es que la iniciativa de tales o cuales núcleos, independientes del Gobierno, se sustituyen voluntariamente, espontáneamente a la del Estado que no puede hacerlo todo, y emprende con denuedo la obra magna de la educación nacional.

- VII -

Los concursos de poesía del Odeón.

Dos hombres de mérito: Charles Morice, cuyo sólo nombre es un elogio, y A. Antoine, el famoso creador del Teatro Libre, han hecho, en los comienzos de este año, dos buenas obras que les valdrán el reconocimiento más simpático de los jóvenes poetas de Francia. Reinauguraron en primer lugar en el Odeón, del cual Antoine es el actual director, aquellas hermosas sesiones de recitación que tan interesentes son en Francia, y que Sarah Bernhardt hizo célebres en su teatro, y no sólo las reinauguraron, sino que les dieron nueva forma y significación: y crearon un concurso anual de poesía.

Respecto de las recitaciones líricas es indecible el favor que les ha dispensado el público francés en estos últimos años y lo que ha contribuido a difundir el amor a la nobleza de la expresión.

Nadie que a ellas haya asistido olvidará las bellas sabatinas del teatro de Sarah Bernhardt, en que la voz de oro de la gran trágica desgranaba los más intensos versos de Musset, de Baudelaire y de Verlaine, asesorada por los mejores recitadores de París, que nos decían impecablemente lo mejor de los grandes maestros. La moda cundió fácilmente, y las sesiones de recitación se multiplicaron en la gran ciudad. Las del Odeón han sido de las más saboreadas, por el espíritu de novedad y de gracia con que se organizan.

Por lo que respecta al concurso, apenas iniciada la idea, el éxito fue sorprendente. En cuanto se publicó el anuncio, de todos los rincones de París y de Francia entera llovieron manuscritos hasta ascender a la respetable suma de ¡mil quinientos!

Refiriéndose a ellos, dice el mismo Antoine con pintoresco estilo, «cada manuscrito tiene su fisonomía, su alma: antes de abrirlos, como viejo conocedor que soy, siento que éste o aquél traen algo imprevisto, algo nuevo, algo en fin; ante el rimero de papel que nos revelaba tantas fuerzas dormidas, comprendimos el interesante esfuerzo que constituía el sacar a plena, luz la obra aquella, poniendo a su servicio un hermoso instrumento de consagración pública, tal cual es el teatro del Odeón».

Mas no era esto todo. Había que buscar el concurso de un Jurado serio que diese las garantías deseables de imparcialidad y de eclecticismo, y este Jurado se encontró, y bastará citar nombres para que se aprecie el valor de sus juicios.

He aquí esos nombres: Condesa Mathieu de Noailles, Daniel Lesueur, vicepresidente de la sociedad «Gente de letras»; Paul Bourget, de la Academia Francesa: Antoine, director del Odeón; Adrien Bernheim, comisario del Gobierno en los teatros subvencionados; Gaston Deschamps, León Dierf (el príncipe de los poetas), Paul Fort, Louis Ganderax, director de la *Revue de Paris*; Gustave Kalin, Jean Moréas, Charles Morice, Henri de Régnier, Vallete, director del *Mercurio de Francia*: un areópago, en fin, digno por todos conceptos de respeto, y que concienzudamente púsose a seleccionar hasta escoger definitivamente determinado número de poemas.

Hay que advertir, empero, que, al revés de otros concursos, en éste no decide simplemente el Jurado. En último término se apela al juicio del público, ante el cual se recitan esos poemas, escogidos por un Tribunal en el que están personificadas todas las tendencias, como se ve leyendo simplemente los nombres citados, y que ni siquiera se sabe de quién son, pues los sobres en que se hallan los nombres no se abren sino después de recitadas las composiciones.

Pero no bastaba, en concepto de Antoine, asegurar a los laureados los honores de una audición pública salpicada de «bravos». Los poetas y los artistas, a pesar de todo, tienen necesidad de dinero. Antoine echóse, pues, a buscarlo, y gracias a su actividad ha podido formarse la siguiente lista de premios:

1.º Premio del Odeón, francos 1.000 y un objeto de Sèvres, ofrecido por el subsecretario de Bellas Artes.
2.º Primer premio del *Matin* francos 1.000.
3.º Segundo premio del *Matin*, 500.
4.º Tercer premio del *Matin*, 250.
5.º Premio Beethoven, 200.
6.º Premio del *Temps*, 200.
7.º Premio del *Mercurio de Francia*, 250.
8.º Premio del *Intransigente*, 100.
9.º Premio de Henry Rothschild 500.
10.º Premio de Je sáis tout, 250, y otro que veremos después.

Hay que hacer de pasada un elogio de la liberalidad del gran diario *Le Matin*, siempre dispuesto a solidarizarse con cuanto puede contribuir a la excelencia del pensamiento francés.

Por último, a quien se preguntase quién o quiénes iban a recitar los versos escogidos por el Jurado ante la élite que llenase el Odeón, hubiera habido que responderle con los siguientes nombres, que suenan ya a triunfo: Berhe Bady, Guilda Darthy, Laparcerie Richepin, Marthe Mellot, Ventura... mujeres todas de un arte supremo en los matices de la recitación, y de una suprema elegancia; y entre los hombres, Max, Desjardins, Bernard, D'Ines y Joubé.

«Como sabéis -decía Antoine, refiriéndose a los premios que apuntó arriba-, todo este dinero va a ser puesto entre las manos del público. Es él quien va a distribuirlo, según sus preferencias, y al final de esa bella tarde de Junio (en que se celebrará la gran fiesta) habrá diez poetas, que espero y quiero soñar jóvenes, que saldrán del Odeón aturdidos por los bravos, embriagados de gloria y llevando en el bolsillo tres hermosos meses de vida campestre, que transcurrirá para ellos sin cuidados, y de la cual nos volverán con la cabeza llena de bellas cosas que les habrán dicho el cielo, el mar o el bosque».

***

Y así fue, en efecto; y el día 2 de Junio actual, este torneo que os anunciaba arriba, se efectuó con un entusiasmo imponderable. El Jurado, entre unos dos mil poemas enviados, escogió veintiuno. La multitud, por un sistema sui géneris de voto, según dije, debía ser el juez y distribuir trece de estos premios. Para ello bastaba hacer poco más o menos lo siguiente: los títulos de los veintiún poemas elegidos, en pequeños paquetes de volantes, se distribuirían a los espectadores. Estos poemas serían recitados durante la velada por los prestigiosos artistas que cité.

Cada espectador, por su parte, iría apuntando el volante correspondiente al poema que le agradase, y los escogidos los echaría al fin en una caja especial; el escrutinio vendría después, en la forma ordinaria en que se lleva siempre a efecto, y los trece poemas favorecidos por mayor número de votos irían saliendo por su orden.

Así aconteció. Hízose el escrutinio en el foro, a la vista de todos, y después el director del Odeón fue abriendo los sobres con los nombres de los poetas premiados y los premios en cuestión, en esta forma:

Premio del Odeón (La entrada misma de la matinée.) El autor se empeñó en guardar el incógnito, y el dinero de su premio está destinado al monumento de Paul Verlaine.

Primer premio del *Matin* (1.000 francos): *El Árbol*, de Carlos Dormier:

«Como fiel guardián en el umbral de la morada -extiende sus negros brazos y yergue su pilar.- Su sombra, girando sobre el suelo, marca la hora -y acaricia los muros con gesto familiar.

»Como pastor vestido de un manto de verdura -por la mañana espía la partida del rebaño- y su masa se despliega cual sombría cabellera -cuando el adiós de la tarde palidece en las colinas.

»Raqueta de trenzado verde, recibe o envía -el vuelo entrecruzado de gorriones sin fin- o bien aventando la luz del sol, cuyos rayos lo espolvorean; derrama piezas de oro a oleadas sobre el césped.

»Su móvil cortinaje velando perspectivas -nos finge más cercana y grande nuestra casa. -Y los astros, por la noche, parecen suspendidos de sus hojas- como frutos de oro de todas las estaciones.

»La sombra de nuestros abuelos -está mezclada con su sombra. -Y mucho tiempo nuestros hijos- a su vez en ella jugarán...

»Y cuando venga para él la hora de la vejez -su madera muerta servirá de nuevo a los hombres. -Será acaso la gran puerta -o el sostén de los techos- o la cuna del niño, o trocaráse en pan!

»Se le despojará de su costra rugosa- pero será su entraña la mesa de labor familiar- o el gran lecho en que se nace, se ama y se muere.

«Y cuando ya nosotros mismos cerremos los ojos a la luz -sus tablas recibirán nuestro cuerpo, vueltas, ataúd -e iremos juntos a reposar bajo la tierra- y estaremos en la sombra bajo su sombra aún...».

Ideas todas nobles, aunque no todas nuevas, e imágenes tiernas y luminosas.

Segundo premio del *Matin* (500 francos). *A la foule qui et ici* de Jules Romains recibida, sobre todo por las damas de la concurrencia, con gentil entusiasmo:

«Deja a todo mi soplo que te crea pasar como un gran viento sobre el mar..».

Premio Leconte de Lisle (500 francos). Ofrecidos por Jean Dornis y otorgado a una poetisa, la señora Basset-Dauriac, por su composición *Los Pierrots*:

«Mártires lamentables de parradas, de ferias, fantasmas desolados de desesperación..».

Premio Henri de Rothschild (500 francos). Lo obtuvo Paul Isnard, por su composición *La ballade du Potager*.

«Diré en verso y en prosa que no hay mejor cosa que un huerto de hortaliza..».

Se trata de, un poeta vegetariano por lo visto.

Premio Beethoven (271 francos 50). Ofrecidos por René Fauchwis, lo obtuvo Andrés Salmón, con su poesía *Tzigane.*

«Como mi oso del Asia quisiera yo haber muerto...» (un *vorrei morire* poco interesante).

Tercer premio del *Matin* (250 francos). *Le Malfaisant espoir*, de Ami Chantre:

«Dame, Dios mío, pues la dicha es vana, la cordura de no esperar ninguna como el viejo, que no desea nada porque sabe que nada llega nunca».

Premio del *Fígaro* (250 francos). *Los bueyes*, de Pierre Durón.

«A veces, como obsesionados por la angustia de un sueño, la vida se duerme en sus ojos lánguidos, y los bueyes, resignados, inclinan la cabeza, renunciando a la esperanza de acordarse..».

Premio del Mercurio de Francia (250 francos). *La tierra maternal*, de Hubert-Fillay, de Blois.

«La tierra es mi rescate y el aire mi alegría».

Premio del «Je sáis tout» (250 francos). *Retour*, de Paul Tort:

«La hora teje sobre nosotros su tul de sombra gris, mira:

Librodot

¿no encuentras que la luna es visible y en nada se parece a la de otro tiempo?
Nos forjamos la ilusión de esperar el regreso de alguien que no ha de venir..».
Premio de la *Turquie nouvelle* (150 francos). *In Memoriam*, de Lamille Dubois:
«Digo tu nombre como se dice una plegaria y desde que partiste te contemplo mejor...».
Premio del *Intransigente* (100 francos). *Les petits bateaux*, cuyo autor quiso guardar el incógnito.

***

Después de haber leído (con la natural sorpresa que produce la incurable mediocridad de casi todas), estas vagas palabras más o menos rimadas, os preguntaréis, quizá por dónde anda la poesía francesa del siglo XX. Ella misma no lo sabe; como a la poesía latina en general, el período industrial la ha desorientado un poco, y se suele refugiar hasta en las hortalizas...

Consten, empero, porque es de justicia, varias cosas: Primero, que se trata de concursos anuales para poetas nuevos, y no para celebridades, y que por algo hay que empezar; segundo, que el público, lleno de acierto, hizo su elección, en la cual no se trataba de premiar obras magistrales -¡ay! demasiado raras en todos los países y en todas las épocas-, sino las más aceptables entre las 21 designadas por el areópago de poetas y literatos; tercero, que a pesar de la endeblez de la producción que se advierte en los poetas jóvenes de Francia, y en general de todos los países latinos (pues en los países sajones acontece lo contrario), debemos recoger una nota consoladora, nacida del entusiasmo del torneo: que el amor a la poesía no muere en la tierra admirable de Francia. El entusiasmo que reinó durante esta velada, la oficiosidad amable con que el público se prestó al escrutinio, los aplausos verdaderamente entusiastas con que fueron acogidos los títulos de las composiciones premiadas, la atención intensa y conmovida o risueña con que se oyeron los poemas que lo merecían; lo que, en fin, precedió, acompañó y siguió a esta velada, muestra de sobra que el imperio de las bellas rimas y las bellas ideas, al cual debe el idioma francés su admirable desarrollo y su hegemonía, está lejos de acabar en la vieja Galia, felizmente para el alma vigorosa y lírica, ágil y ardiente, de la Gran República.

- VIII -

La pronunciación del castellano en América. Los judíos. Su abolengo español.

Un amable corresponsal anónimo me envía larga carta relativa a cierta posible reforma en nuestra manera de hablar. Dice que ha escrito en el mismo sentido a usted, señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, a quien colma de merecidos elogios, y después de referirse a los adelantos logrados, se expresa así:

«Entre lo que falta por afrontar hay una reforma de capital interés, que, según parece, nunca se ha intentado, y que juzgo es ya tiempo de acometer: la corrección de nuestra habla.

»Es verdaderamente chocante y desastroso, señor ministro -añade-, que en las escuelas nos digan los profesores de gramática que la *c*, la *z*, la *ll* y la *y* tienen su pronunciación propia y

especial, y aun se tomen el trabajo de indicárnosla, y sin embargo, en la práctica, sigamos todos usando tales letras sin la distinción debida.

»La consecuencia de esta aberración es el fárrago de disparates que a cada paso vemos en escritos y aun en libros, todo por no acostumbrar al niño a distinguir la *c* y la *z* de la *s*, la *ll* de la *y* la *v* de la *b*, disparates de los que ni aun los buenos escritores escapan cuando se ponen a manejar palabras poco usuales, y muchas veces aún por confusión, lo que no sucedería si en la práctica se diese a cada letra su verdadera pronunciación.

»Ahora bien: cuando una falta se comete por ignorancia, cabe, sin duda, la disculpa; pero cuando, como en el caso presente, se incurre en ella a sabiendas, no se ve explicación posible a semejante conducta. Es seguro que todo el mundo ilustrado del país vería con gusto el perfeccionamiento de la pronunciación de la lengua, pero es seguro también que nadie se atreve a iniciarlo» (aquí el autor de la carta da extensamente el por qué de esta abstención, y concluye diciendo): «Y ya que en la República Mexicana se habla, sin duda, tan bien el español como en la misma España, donde, dicho sea de paso, en cada provincia o región se le altera de mil modos, pero siempre lamentablemente, esforcémonos por conservar, en toda su mayor pureza, esa hermosa herencia de la conquista, que tan suave y dulce suena al oído y al sentimiento».

***

He copiado estos conceptos por la ingenuidad y buena fe con que están escritos, y porque todo hombre de sana voluntad debe ser escuchado con atención; pero es de advertir que lo que desea mi buen amigo anónimo es imposible. ¿Por ventura los andaluces, que tan cerca están del alma adusta de Castilla, han podido jamás abandonar su acento y el dejo peculiarísimo con que hablan? Algunos, los más saturados del espíritu castellano, merced a larga permanencia en la planicie central, pronuncian la *c* y *z* como deben pronunciarse, pero el esfuerzo que les cuesta es visible, y, en cuanto pueden, se lanzan a sus nativas y deliciosas confusiones de letras.

No pidamos, pues, lo que apenas acertaría a alcanzar el esfuerzo lento y paciente de algunas generaciones, y contentémonos con algo que no heriría, por cierto, ninguna susceptibilidad nacional: con unificar la pronunciación de nuestra lengua en la amplia extensión de la República.

Todos vosotros sabéis las diferencias de acento que existen hasta entre simples Estados limítrofes. El tamaulipeco y el veracruzano, el jalisciense y el sinaloense, el chihuahuense y el sonorense hablan con dejos especiales, que dan a sus locuciones una fisonomía bien marcada.

Pues bien, yo no pretendo -líbreme Dios de ello- que desaparezca esta fisonomía. Pero sí pretendo que en las regiones más distantes del país se dé a las letras el mismo valor fonético, empeñándose los maestros en fijarlo con claridad y precisión. ¿Por qué el yucateco ha de pronunciar, a ciencia y paciencia de sus maestros: *tráia* y *véya*, por ejemplo, en vez de *traía* y *veía*? ¿Por qué ha de dar a la *t* cierto impulso y cierto martilleo característico que la convierten en una letra aparte, en un sonido extraño casi al idioma?

Y lo que digo de los inteligentes y enérgicos habitantes de la Península podría aplicarse, *mutatis mutandi*, a todos los mejicanos de las diversas regiones, pues en cada Estado se da a la *j*, a la *ll* y a los diptongos pronunciación distinta, de tal suerte, que, merced a estas simples diferencias, puede adquirirse, sin gran pena, la práctica de descubrir la procedencia del que habla por su manera de hablar.

Por lo demás, y cuando se advierte la rebeldía de tantos pueblos de sangre hispana a la pronunciación castiza de la *e* y de la *z*, se adhiere uno insensiblemente a la opinión de Moguel,

Librodot

quien creo que la primitiva pronunciación fue como la nuestra actual. Los sonidos linguodentales de la *z* y la *c* surgieron después.

No sólo diez y nueve naciones de habla española refractarias a esta pronunciación corroboran lo intruso de la misma, sino que, del otro lado del estrecho, están para comprobarlo también los judíos.

Como se sabe, éstos, expulsados de España -por un error nunca bastante llorado- hace siglos, han conservado, con devoción admirable, el idioma de sus abuelos. Si de Andalucía solamente hubiesen sido desterrados los hebreos, explicaríase fácilmente lo que diré luego; pero de todos los puntos de España e innumerables familias de ellos del riñón mismo de Castilla, fueron arrojados sin piedad al otro lado del mar. Pues bien: todos, sin excepción, hablan el castellano como nosotros.

Nada menos que don Luis López Ballesteros, que ha hecho en estos días una fructuosa visita a Marruecos, decía, refiriéndose a ellos:

«Hay cuestiones de las cuales estamos oyendo hablar constantemente, pero que no se nos presentan en toda su magnitud hasta que por un azar de la vida tenemos ocasión de observarlas 'de cerca'. Eso me ha ocurrido a mí con la cuestión de la enseñanza del idioma español a los hebreos. Se ha escrito mucho acerca del verdadero y espontáneo fervor con que conservan los hebreos el recuerdo de España y del idioma de sus antepasados.

Ejemplos bien curiosos y de países lejanos se están citando constantemente. Pero lo que causa verdadera pena es oír, como yo he oído, quejarse a distinguidos miembros de la Colonia israelita de las dificultades con que tropiezan para que en Tánger aprendan sus hijos, con la perfección que ellos desean, la lengua española. 'Es nuestra lengua del hogar, me decía el señor Abenzú; lo hablamos todos nosotros; pero en ello interviene más que las facilidades que se nos dan, el tesón que ponemos en conservar como un tesoro el idioma de nuestros abuelos'. Y, en efecto -añade el señor López Ballesteros-, lo hablan a la perfección, sin más que un extraño dejo americano, que le presta gran dulzura, y sin los modismos de América, naturalmente».

Por mi parte he conocido en diversos puntos de Europa a judíos descendientes de los expulsados de España. Todos hablan el castellano, y lo hablan todos como nosotros los americanos.

¿Cuál será la pronunciación que predomina a través de los siglos? Yo entiendo que ni la española ni la nuestra, pero acaso pudiéramos llegar, tanto en España como en América, a un *modus loquendi* basado en este simple principio: Deben escribirse con *z* todas aquellas palabras que escritas con *s* engendren confusión, como *caza, raza, taza,* etc.

En cuanto a la *e* tendrá que desaparecer por inútil así que nos resolvamos a modificar una miaja siquiera la ortografía del idioma, sustituyéndola con la *k* antes de *a,* de *o* y de *u*.

***

Hay en el hecho relativo a los judíos, citado por el señor López Ballesteros, algo que no debemos dejar pasar inadvertido, siquiera nos aleje un punto de la cuestión capital de este informe, y es la colaboración de esa raza, privilegiada a pesar de todo, para la difusión del castellano. Ella lo ha llevado como una reliquia a través de la tierra, conservándole su primitiva pureza, y lo habla con un elegante arcaísmo que seduce; ella ha sido un factor olvidado, menospreciado, pero de los más efectivos para la hegemonía de nuestra estirpe.

A este propósito se me ocurre relatar algo de que fui testigo hace muchos años, y que constituye uno de los hechos más significativos y curiosos que darse puedan.

Durante la Exposición de París de 1900, varios amigos, entre los cuales se encontraba Carlos Díaz Dufoo, frecuentábamos un restaurant de la pequeña rue Lédillot, establecido por dos judíos hermanos.

Éstos, en cuanto supieron que éramos hispanoamericanos, nos colmaron de atenciones, asegurándonos diversas veces que su lejano origen era español.

En cierta ocasión, uno de ellos se acercó a la mesa en que comíamos y nos afirmó que su familia hablaba tradicionalmente castellano, cuando se hallaba en la intimidad, aunque, a decir verdad, lo iban olvidando lentamente por falta de práctica. ¿Quieren ustedes -añadió en francés- que les diga algunas palabras españolas?

-Ciertamente -respondimos nosotros a coro- y entonces él, después de somera meditación, exclamó con exquisito arcaísmo:

-¿En dónde morades vosotros agora?

Excuso decir el éxito que obtuvo la frase, que fuimos repitiendo después de corro en corro.

También Max Nordau pretende descender de judíos españoles, y una tarde inolvidable nos lo decía a don Justo Sierra, a Darío y a mí, exclamando en perfecto castellano:

-Fuimos desterrados, es decir, arrancados de la tierra de nuestros padres.

Ahora bien, ¿nada hará España por que estos centenares de miles de españoles de otros siglos sigan conservando el tesoro de su lengua íntegro y perfecto?

Seguramente que el menor indicio en favor de la fundación de escuelas modernas españolas, cuando menos en Marruecos, donde los judíos de abolengo hispano son más densos, sería recibida con gratitud inmensa; pues como refiere el ya citado López Ballesteros, «recientemente los judíos de Fez, con ocasión de hallarse en la vieja capital mora el embajador español, fueron a visitarle, y cuando tantas cosas de naturaleza menos espiritual pudieron pedirle, sólo llevaron hasta él la insistente y clamorosa demanda de que España les envíase un maestro de lengua española».

«¡Extraña raza ésta! -agrega López Ballesteros-; lo que en ella encuentro más admirable, aparte de las aptitudes reconocidas en todo el mundo, es la ausencia de rencor cuando hablan de España. Y hoy, cuando el sol vespertino matizaba de una pálida tonalidad de oro la costa de España, desde Trafalgar al Peñón, bajé a una pequeña playa en compañía de una amable familia israelita que me iba señalando las incomparables bellezas del paisaje. En la playa desemboca un pequeño riachuelo. «¿Sabe usted, señor, cómo se llama este río? Es el río de los indios. Dice la tradición que aquí, en esta playa, tomaron tierra los primeros de nuestros antepasados expulsados de España. Aquí levantaron sus tiendas; aquí acamparon». Y volviendo los ojos a la risueña costa bética, la persona que me daba estos datos, y con ella las demás que me acompañaban miraban con amor y melancolía a la España cruel que los había arrojado a las inhospitalarias, costas africanas, abriéndose de paso, torpe y fanática, la gran herida por donde había de escapársele a torrentes la sangre de sus venas.

«Comunicaciones, escuelas, lengua... aprovechamiento de los elementos naturales de geografía, de vecindad y de los elementos espirituales de una raza... ¿Acaso no son todos éstos los factores fácilmente empleables por España en la lucha de concurrencia internacional que tiene por campo la tierra marroquí?» -se pregunta López Ballesteros, y afirmativamente le responderá, sin duda, todo el que lea estas líneas.

Librodot

Hace poco tiempo, en uno do mis informes, hablaba yo justamente del rasgo de liberalidad del Marqués de Casa-Riera, quien atendiendo a la insinuación del Rey se había desprendido generosamente de algunos cientos de miles de pesetas, destinados a la fundación de escuelas en Marruecos.

Pero aun supuesta la noble donación y la inversión próxima de ese dinero, quedan dos problemas por resolver. Es preciso, primero, que en esas escuelas se procure, sobre todo, la racional expansión del idioma, no sólo entre los súbditos de España residentes en Ceuta, sino entre los judíos de abolengo español de todo Marruecos; y se requiere, en segundo lugar, que los métodos de enseñanza que se empleen sean menos anticuados que los que se hallan actualmente en vigor. La enseñanza española en Marruecos está en manos de congregaciones religiosas, según entiendo, y éstas, aunque animadas del más caritativo de los celos, no se hallan pedagógicamente a la altura moderna. La rutina anda allí campando por sus respetos. Si España quiere, pues, aumentar su influencia secular, pero debilitada en extremo en Marruecos, tendrá que echar mano de maestros jóvenes, seglares preferentemente, familiarizados con modernos métodos y susceptibles de entusiasmo por esta bella causa de la civilización ibérica en el África refractaria y misteriosa...

- IX -

El Congreso Universal de la Poesía.

Será preciso que me ocupe por segunda vez -y no a de ser la última- del futuro Congreso de la Poesía en Valencia, única nota azul en medio de las angustiosas notas rojas de la guerra africana?

Este Congreso, que ahora se denomina «Congreso Universal de la Poesía», habrá de celebrarse en la ciudad levantina del 27 de octubre al 3 de noviembre próximos.

A él se invita a todos los poetas «que además de unidos por el sumo vínculo espiritual, lo estén por el de consanguinidad o por el de afinidad a los poetas españoles».

Con tal fin se ha publicado -y sus autores han tenido por cierto la bondad de unir mi firma a la suya- una entusiasta convocatoria, en la que se dicen, entre otras, las siguientes cosas:

«A los nacionales y regionales de la Península, así como a los del Continente e islas de América; a los franceses, incluyendo entre ellos a quienes cultivan las lenguas d'oc y d'oil; a los ingleses del país de Gales; a los italianos que hablen dialectos e idioma; a los portugueses de aquende y allende el mar: a los alemanes, a los escandinavos. a los romanos y los sefarditas se dirige este llamamiento.

»Deseamos, sin reparar en confesiones ni en procedencias, que acudan a la cita los servidores de la Musa académica y los enamorados de la Musa aldeana; los refinados y los ingenuos; los irónicos y los místicos; los cautivos de lo ideal y los andariegos de la vía pública; todos aquellos, en fin, que posean la gracia comunicante de las palabras armoniosas».

Como se ve, nada se quiere de matices exclusivos, nada de hoscos, nada de escuelas inhospitalarias. Todos los poetas caben dentro de la serena amplitud del arte.

Pero sigue diciendo la convocatoria: «Y al convocar a los oficiantes convocamos de igual modo a los fieles, pues que a una sola comunión pertenecen los que administran y los que observan el mismo culto.

»Época de Renacimiento poético es la época actual, no obstante el predominio aparente de los intereses materiales y de las aventuras positivistas. La industria y el comercio han entendido que el arte es su mejor auxiliar; que las grandes empresas e iniciativas no se desarrollan exclusivamente en los libros de caja, y que sin un poco de vapor de alma no funcionan bien las mejores máquinas ni avanzan con segura velocidad las más potentes locomotoras.

»Ya no se considera a la Poesía como el ruido de un viento que, según la frase helénica, pasa desparramando gérmenes por golfos y despoblados.

Se la considera como una sembradora que en dondequiera que hay una mota de tierra laborable deposita una semilla generatriz, como una fuerza real que tonifica, embellece y engrandece la vida y el trabajo de los hombres».

Decían los admirables artistas del Renacimiento: «Lo que seas, sélo con toda tu alma»; y antes habían dicho los latinos: *Age quod agis.*

Convengamos en que estos poetas de la convocatoria que he venido reproduciendo, cumplen, con amor, imperativos tales: Son poetas desde el fondo de las entrañas; creen que esta función de la Poesía sigue siendo, a pesar de los pesares, la más alta de todas; no tienen vergüenza de ser poetas; al contrario, de serlo se ufanan y enorgullecen. ¿Pensarían de otra suerte en un congreso universal de la Poesía? ¿Tendrían de otra suerte ese entusiasmo cálido, contagioso hasta para los más pesimistas? Y por otra parte, ¿a qué escribir convocatorias, a qué organizar congresos, a qué hacer nada en el mundo sin este factor capital del entusiasmo? Todo intento que por él no está animado, lleva en sí mismo su germen de muerte.

Imaginad cuanto queráis; proponeos cuanto imaginéis, pero hacedlo con entusiasmo y estáis salvados, porque vuestra noble exaltación contagiará a los demás, y cuando los demás estén contagiados de vuestra santa locura, ni encontrarán nada absurdo ni reputarán nada imposible.

¡Cómo queréis que triunfe el ensueño si lo lleváis vergonzosamente disimulado a las espaldas, como un fardo y no ya como un ala! ¡Cómo pretendéis que la poesía vuelva a enseñorearse de todas las cosas si ante la sonrisa irónica de cualquier troglodita os ruborizáis de escribir versos!

No hay, entendedlo bien, no hay empresa, por práctica que sea, que concebida en un grado eminente por ingenio, así sea un genio del negocio y del libro mayor, no tenga una alta dosis de imaginación y de poesía. Los reyes del acero, del petróleo, de lo que queráis... inclusive del tocino, han necesitado para amasar la suma de poder que tienen en sus manos, una audacia poética, una imaginación exaltada. En la cima -lo mismo en la del negocio que en la de cualquiera otra actividad mental -siempre hay poesía, como en la cumbre de las altas montañas hay siempre nieve...

Volvamos empero todavía a nuestra convocatoria, que sigue diciendo:

«Bienvenidos serán a Valencia los que a este fraternal emplazamiento respondan, y bien hallados se sentirán en la espléndida metrópoli levantina, en donde a vueltas de cuatro centurias se determina un segundo Renacimiento mercantil, artístico y literario, en donde el ambiente moral es tan propicio a la faena de los brazos como al alumbramiento de las imaginaciones y en donde, si se multiplican las flores, no menos se multiplican los frutos».

Ya en otra ocasión, comentando yo algunas palabras de Alfredo Vicenti en *El Liberal*, hablaba de este renacimiento artístico y literario, no sólo de Valencia, sino de toda España. En efecto, no hay época en que los juegos florales, los certámenes y concursos de todos géneros hayan sido más frecuentes, y es indecible el número de libros de imaginación que se leen. Blasco Ibáñez, a este propósito, me daba cifras que asombran.

Librodot

Existen ciudades españolas, de tercer orden, donde se venden hasta tres mil ejemplares de ciertos libros. Y en cuanto al arte, ¿cuál es la casa que se resigna a no ostentarlo en alguna de sus más amables formas? Se ha visto, por ejemplo, a duques a quienes el chic y el sport parecían alejar enormemente de ciertas manifestaciones artísticas, ayudar de un modo entusiasta, y efectivo sobre todo, a un joven pintor cuyo género de talento no parecía susceptible de impresionar más que a ciertos elegidos.

Ha podido quizá notarse en España, si no decadencia, cierto espíritu retardatario para algunos progresos, que, afortunadamente, se van ya abriendo campo; pero el entusiasmo poético, literario, artístico, nunca como ahora ha estado despierto.

En Portugal también se advierte un activo movimiento literario y poético, y este entusiasmo por las letras es acaso el único que caldea los espíritus en la tierra lusitana. No hace mucho tiempo, en vida del rey don Carlos, un gran poeta: Guerra Junqueiro, la primer figura lírica del vecino reino, fue llevado a los tribunales por asuntos políticos.

Al preguntarle: ¿cuál es vuestra profesión? -«¡Soy poeta!» -respondió serena y reposadamente Guerra Junqueiro; y el juez, sin hacer la menor observación, sin la menor muestra de extrañeza, encontrando que ser poeta era ejercer una noble función social, hizo un gesto al secretario para que constase en el acta esta «profesión» de Guerra Junqueiro.

A don Juan Valera, en cambio, le causaba cierta pena pronunciar la palabra «escritor» cuando se le preguntaba su profesión, y prefería decir que era diplomático retirado; pero nacía la pena de don Juan de una consideración pecuniaria. Parecíale que la profesión de escritor estaba indecorosamente pagada en España, tanto que apenas podía mencionarse como «oficio».

Pero antes de terminar este breve informe, bueno será que sepan ustedes cuáles son los fines «prácticos» (usemos la palabra ya que está tan en boga) del Congreso universal de la Poesía:

«Anhelamos -dice la convocatoria- concretar los esfuerzos de todos los interesados para asegurar las conquistas modernas y ensanchar las acciones futuras de la Poesía; queremos reforzar los lazos de la simpatía con los del recíproco apoyo entre los poetas de España y los de fuera, sostener la fe, alentar la inventiva y agrupar en torno a quien sepa hacer sentir, auditorios cada día más numerosos y varios que le escuchen; es nuestro propósito fomentar y propagar un culto a la vez humano y divino, cuyo influjo sobre las conciencias y las inteligencias supera al que ejercen las otras bellas artes.

»Pero deseamos también que para los efectos de la propiedad intelectual, de la publicidad y de la librería; para el intercambio de la producción nacional y extranjera y para obtener de los Gobiernos protección análoga a la que alcanzan la música, la pintura y la escultura en todas sus derivaciones, presenten, discutan y aprueben los congresistas aquellas fórmulas y reglas que mejor conduzcan a los fines expresados».

Tranquilícense, pues, los utilitaristas: Esta fiesta «de la paz, de la fraternidad y de la cultura» tiene sus fines concretos definidos, prácticos. El tiempo, que diz que es dinero, no se perderá del todo. La cigarra en esta vez ha hecho alianza con la hormiga.

- X -

El intercambio universitario. -Los literatos españoles en América.

Parece (*Videtur*, decía siempre Santo Tomás en todos los párrafos de su *Summa*, y en todos los tiempos que corren es más cuerda aún la palabra esta), parece, pues, que el intercambio universitario, tratándose de Francia y España, y sobre todo de España y las Américas de habla castellana, da admirables frutos.

Que la madre Patria envíe a América un Rafael Altamira, un Miguel de Una muno; que México envíe por ejemplo a otros países un Ezequiel Chávez; que mande el Uruguay un José Enrique Rodó: todo esto está muy bien. Cada país tiene sus adelantos propios, característicos, digámoslo así; sus métodos, sus adaptaciones, sus hallazgos pedagógicos. Aun cuando la corriente de las nuevas ideas se hubiese derramado igualmente sobre todas nuestras entidades hispanoamericanas -lo cual no es cierto ni podía suceder-, resultaría siempre que la fecundación habría sido diversa según las condiciones especiales de cada tierra. Muchas veces acontece que un país menos avanzado que otros puede, sin embargo, enseñarles algo, en virtud de estas adaptaciones especiales de frutos sui géneris producidos por su savia peculiar. De allí que el intercambio universitario sea utilísimo aun entre países de muy desigual cultura. Valdría la pena de intentarlo únicamente para saber cómo aplican otros países tales y cuales métodos experimentales que nosotros conocemos de sobra, pero que hemos seguido a nuestro modo.

Pero si tal intercambio es indispensable, ¿pasa lo mismo con las conferencias de literatos? La cuestión es de gran actualidad ahora que Blasco Ibáñez ha ido a la Argentina y piensa ir a México, y vale la pena de ser consultada. Oigamos, desde luego, lo que de ella piensa el ironista Martínez Ruiz, el pequeño filósofo español, el ex-travieso y enseriado Azorín:

«El hecho de que un novelista popular vaya a América a pronunciar unos discursos en un teatro -dice Azorín- ha llenado de admiración a los periodistas. Se han dicho muchas cosas sobre ello; se han fundado admirables esperanzas relativas al porvenir de nuestra patria en el continente americano.

»A mi parecer, las cosas se han sacado un poco de quicio. Las letras españolas son... lo que son en la actualidad y están... como están. ¿Pero puede decirse que Fulano o Mengano es el embajador de las letras españolas en América? Todo esto es algo infantil; en la llamada república literaria ni hay presidente ni ministros ni embajadores. Cada cual representa lo que es y nada más. Cada cual es lo que es y no otra cosa. Un escritor a quien le han propuesto hacer un viaje y dar por tal cantidad unas conferencias, puede aceptar el trato y marchar a América y hablar en un teatro. Pero esto será un hecho individual; ni tendrá en ello nada que ver la literatura nacional, ni tal literatura podremos considerarla representada en dicho escritor. Ahora, después de esto, cabe considerar quién es el conferenciante y lo que exactamente, sin hipérboles ni ficticios entusiasmos, representa en la literatura nacional.

»Puede darse el caso de que vaya a América un escritor verdaderamente meritísimo; pero puede también suceder que no marche a las Repúblicas americanas sino un escritor meramente «popular», «renombrado». Si el escritor de verdadero mérito no es «popular», es muy difícil que sea llamado para dar conferencias en los teatros; lo que se desea en este caso (caso puramente industrial) es que vaya allá un literato de gran nombradía, muy conocido, muy ensalzado por los periódicos. De otra manera, siendo un artista conocido sólo y gustado por un grupo de espíritus selectos e independientes, ¿cómo iba a ser negocio el llevarle a América? ¿Quién iba a llenar el teatro?»

***

Ciertamente que este asunto debe considerarse de dos modos: como negocio y como arte; pero yo opino, con la venia del amigo Azorín, que el hecho de que una empresa gane llevando un escritor popular a América, no significa que el viaje de este escritor deje de producir frutos. En primer lugar, ¿en qué forma sino en ésta irá un escritor a las Repúblicas americanas a dar conferencias? ¿Pretende Azorín que por su cuenta y por acendrado amor al arte haga el viaje? Pero si los escritores populares de España, como Blasco, necesitan apoyarse en empresas editoriales poderosas para dar conferencias en América, los exquisitos, los que sólo conocen la crema de los elegidos, los santos de cenáculos íntimos, ¿cómo podrían excursionar al Nuevo Continente?

Por otra parte, no se trata de irnos a mostrar a los intelectuales americanos los hombres que más valen en España. Nosotros los conocemos de sobra. Se trata de conquistar masas, de hacer labor de propaganda mental, de unificar el idioma, de enlazar todas las manos que se tienden de uno y otro lado del mar, y esto no pueden hacerlo los exquisitos, esto lo hacen los populares, no los Valle Inclán, sino los Blasco Ibáñez.

Ya está mandado retirar ese desdén por los hombres que aciertan a conquistar a las almas simples. Los exquisitos son ingratos para con ellos, porque merced a ellos existen, como existe la crema merced a la leche.

Claro que ha de ser muy conveniente y muy útil como lo dijo arriba, que vayan a América Unamuno y Altamira; pero es muy útil y conveniente también que vaya Blasco Ibáñez.

Además, para repetir las palabras que Azorín oyó de boca de un argentino, «los españoles hablan de América como los franceses de España».

Pero no los españoles cultivados y exquisitos; esos lo saben todo; saben hasta los nombres de las capitales de cada República, y suelen estar convencidos de que ya somos gente de razón y aun de que ejercitamos con cierta frecuencia la facultad de pensar. Los que suelen saber menos son los escritores populares, así de España como del Extranjero, y por allí se leen novelas en que la pobre etnografía y la geografía misma de nuestros países andan Dios sabe cómo. Y esos libros populares son los que nos hacen más daño; ya que hemos convenido en que los libros exquisitos no los leen más que las dos o tres personas exquisitas que hay en cada país, que vayan, pues, a América los escritores populares. Es posible que mañana Blasco, incitado por las reminiscencias de su viaje, escriba alguna novela sobre América, y es posible, asimismo, que en esta novela revele un conocimiento mejor de nosotros que el que los franceses revelan de los españoles.

- XI -

El V congreso del Esperanto en Barcelona.

En los primeros días del mes de septiembre se celebró en Barcelona el V Congreso Esperantista, bajo la presidencia del mismísimo doctor Zamenhof.

Acudieron esperantistas de todos los rincones y esquinas del mundo -¿no dice por ventura el abate Moreux que el planeta que habitamos es poliédrico?- y después de algunas sesiones en que habló, naturalmente, de los avances y progresos de la lengua universal, el celebérrimo doctor y sus numerosos adeptos se trasladaron a Valencia, donde en la actualidad la exposición regional

congrega mucha gente, y llenaron uno de los números del programa de septiembre de dicha exposición.

Ya en un informe reciente hablé yo del Esperanto y de si había probabilidades de que el castellano lo sustituyese en sus pretensiones de Lengua Universal. Por cierto que este mi informe fue muy reproducido, especialmente en Estados Unidos, y el ilustre Altamira me escribió una carta pidiéndomelo, pues comulga conmigo en idea tan halagadora y se propone desarrollarla, como él sabe hacerlo -y aun dice haberlo hecho ya- en amplio trabajo que pronto habrá de publicarse.

En cambio, a ciertos esperantistas hispanoamericanos no les agrada mi idea. Eso de que el idioma que hablan se les vaya volviendo universal; eso de que de la noche a la mañana los entienda todo el mundo, no les hace maldita la gracia. Lo que ellos quieren, sobre todas las cosas, es un idioma nuevecito, que no sepan más que unos cuantos. Aunque esto parezca paradójico, tal es su psicología. Si toda la gente medianamente instruida y llegada a los treinta años supiese el Esperanto, los hispanoamericanos de que hablo lo detestarían.

Se trata de un juguete nuevo y de una nueva forma de vanidad pedagógica, que es la más indigesta de todas las vanidades.

***

No, señores míos, no soy amigo del Esperanto. Soy *Amicus esperanto, sed magis amica lingua mea*... (¿Está bien este latín, mi querido Balbino?) Yo deseo que la gente se entienda... sin dejar de confesar que aun con el Esperanto y todo -¡ay!- ¡los hombres seguiremos no entendiéndonos!

Proclamo que el «idioma universal» ha hecho ciertos progresos. Son esperantistas, y no me duele decirlo: Appel, Boirac, D'Arsonval (el mago aquel que con corrientes alternas cura la arterioesclerosis... o dice que la cura); Bouchard, el Patriarca del Instituto, árbitro de los estómagos de la humanidad; el notorio, *smart* y sabedor príncipe Rolando Bonaparte; el muy sabio Painlevé, y Grautier, Haller y el nobilísimo doctor Doux, y el general Lebert y Deslanores... es decir, la mitad del Instituto de Francia... y el popular Monsieur Bienvenu Martin, y Godart y Cornet Deloude... y la mar.

Ya veis mi imparcialidad, pues que no me duelen prendas y cito a los esperantistas conspicuos, y aun diré más: diré que todo un Tolstoi y todo un Max Muller y todo un Henry Philipps han manifestado su superior aprobación con respecto al Esperanto.

Hay todavía un hecho significativo, a saber: que el Esperanto ha alcanzado los actuales progresos de que se ufana «sin más estímulo que la satisfacción personal que procura el estudio», como dice muy bien un adepto; esto es, que el vil metal no ha intervenido para nada.

***

Pero...

Sí, ustedes me van a permitir un solo y modestísimo pero.

Pero El Esperanto, lengua llena de cualidades, es feo... sí, señores filólogos, ya solté la palabra, ¡es feo! Es como esas señoritas muy honestas, muy virtuosas, que son sacos de cualidades... pero no se casan nunca, a pesar de sus reiteradas súplicas a San Antonio... por falta de una sola cosa: de simpatía, de gancho, si me dan ustedes su venia para usar esta palabra.

Es un idioma lleno de probidad (dejaría de ser suizo), pero que carece... ¿cómo diré aún de lo que carece?... Pues carece de ondulación, como el pueblo suizo, como el pueblo vasco, como otros pueblos que hay en la tierra y cuyos idiomas son rígidos, angulares...

Hay otro inconveniente aún; pero éste no vamos a achacarlo al Esperanto en particular, sino a cualquier idioma internacional; y es que dos personas de distintas nacionalidades se entenderán por medio de él con bastante dificultad. ¿Por qué? Por el acento.

Por simple cuestión de oído. Imaginad que un ruso, un alemán y un francés recitan en latín el Paternoster. Ya veréis qué tres Paternoster tan distintos. No parecerán ni siquiera primos hermanos. Todos habéis oído, sin duda, la peculiar prosodia con que los franceses pronuncian el latín. Aun se cuenta, que, consultada en cierta coyuntura la Sagrada Congregación de Ritos sobre la manera más idónea de pronunciar el latín, diz que dijo: «De todos modos, menos a la francesa..».

En honor de la verdad, ello no pasa de ser un chiste, y para convencerse, basta oír a los tudescos o eslavos latinizar, ¿Cómo pronunciaban el latín los romanos del siglo de Augusto? Vaya usted a averiguarlo, tratándose de una lengua que ha pasado por tantas corrupciones, por tantas razas. Pronunciar el latín como los italianos es acaso lo más prudente, porque se trata de un indicio... Pero sólo de un indicio.

Así, pues, cada pueblo -que no sólo los franceses- imprime a una lengua extraña su sello. Si el parisiense dice *Oldanglan* en vez de *Old England*, no os alarméis: oíd más bien cómo pronuncian los ingleses... cómo solemos pronunciar nosotros ciertas palabras, admirables de matiz y de expresión, de la maravillosa lengua de Chateaubriand, de Víctor Hugo y de Paul Verlaine.

Pero, volviendo al Esperanto, he aquí que acontece con él lo mismo que con el latín.

¡Oíd hablar la futura lengua internacional a un alemán y a un español, y veréis el resultado!

¡Si en Madrid suelen no entendernos a los hispanoamericanos, sobre todo la gente poco cultivada, hablando y todo como hablamos un castellano regularcito, imaginad lo que acontecerá cuando gentes de acentos, diametralmente opuestos, como un japonés y un francés, quieran entenderse en Esperanto!

El acento está en la médula de nuestra fisiología. Se aprende un idioma, pero no se aprende su acento. Sólo la práctica, no de años, sino de lustros, suele conquistarlo. Conozco mexicanos que residen hace veinte años en París y que hablan el francés como auvergnats; ¡qué más! Conozco marselleses a quienes en París difícilmente entienden diez palabras.

***

Pero, en fin, no alambiquemos la cuestión. El español que pide sampán por champagne acaba por ser servido (sobre todo si tiene un luis en la mano), y ningún joyero de la rue de la Paix deja de vender una joya porque le llamemos a ésta *bisú*, como he oído llamarle a muchas apreciables personas de mi raza.

El Esperanto es un intento serio de inteligencia mundial (¡qué horror de palabra!) y hay que estimularlo; no le hagamos la guerra con la acritud de Monsieur Remy de Gourmont. Más bien pongamos nuestro buen deseo en la balanza en que le ha colocado la sana voluntad de algunos hombres.

Desinteresada e imparcialmente, pues, apuntemos aquí algunos párrafos de cierto bien intencionado filólogo a propósito del V Congreso celebrado en Barcelona, y que sirve de tópico a mi informe:

«Quien haya consagrado algún tiempo al estudio del Esperanto -dice Monsieur Emile Fallek- sentirá por él gran admiración. Su principio, al menos, interesará a toda persona sensata lo bastante para que no sea hostil, o para acabar con lo que es peor que la hostilidad misma, con ese indiferentismo acerbo que así embaraza las grandes obras de progreso, como trata de obscurecer los más bellos ideales, impidiendo se desarrollen con la rapidez deseada.

»Pregúntese -añade-, por curiosidad, a los jóvenes que han aprendido una lengua extranjera, después de algunos años, si sienten cariño hacia ella; si creen que la dominan lo suficiente para sostener una conversación; hágase una estadística, y ella será tan edificante, que el lector podría predecir, sin vacilar, de qué lado caerá la balanza. Sentad después la misma cuestión a los numerosos estudiantes del Esperanto, y ya se verá la respuesta afirmativa que sale de sus bocas».

Yo creo que esta prueba a que somete el Esperanto el señor Fallek, es harto ingenua. Yo conozco gentes que han llegado a dominar el inglés o el alemán, y abundan quienes, sin dominarlos, se dan a entender en ellos.

Todos éstos sienten un gran cariño por tales lenguas, lo cual se explica porque el efecto natural de un esfuerzo logrado es el entusiasmo. No veo por qué solo el Esperanto ha de producir placer e inspirar afecto a quien lo entiende. Trátase más bien de un privilegio común a las lenguas vivas.

No necesita, por cierto, la nueva lengua internacional, de argumentos -tan débiles como el anterior- para su defensa. Mostrémosla más bien como la necesidad por excelencia de la época, y acertaremos.

«La rapidez de comunicaciones (de las aéreas), acortando en cierto modo las distancias -dice también Monsieur Fallek- y atravesando las fronteras, dará ocasión a una mezcla tal de nacionalidades o idiomas, que para evitar probables confusiones será preciso hablar una lengua auxiliar que esté al alcance de todas las inteligencias».

Este sí es argumento -aunque viejo como el mundo.

En efecto, hay que aprender el Esperanto en provisión, especialmente, de que todo ser racional acabe por tener aeroplano o automóvil. Se trata de una necesidad futura, no de una necesidad actual, porque sépalo el señor Fallek: hoy por hoy la gente que usa el automóvil y que empieza a usar el aeroplano, se entiende perfectamente en francés. En Europa no hay una sola gente bien educada que no hable francés. Los hispanoamericanos, que somos viajeros por excelencia y que estamos en todas partes, nos damos a entender en francés con suma facilidad.

El problema del Esperanto es un problema para mañana y no necesita la lengua internacional que la defiendan o es necesaria o no. Si es necesaria triunfará. Si no, irá al cesto adonde fue el Volapuk y adonde van todos los bizantinismos y modas de los hombres.

- XII -

Altamira y el espíritu de colectividad.

Cuando este Informe llegue a México, el ilustre Rafael Altamira habrá dejado ya nuestras playas; pero su noble tarea de desinterés, fraternidad y cultura latinos empezará a producir sus frutos.

Altamira no ha ido a América por su espíritu de lucro (el viaje constituye quizá para él un sacrificio), ni por deseo de gloria. Ha ido «representando un movimiento de opinión»; ha ido a

Librodot

tender un puente entre las ideas jóvenes y vigorosas, entre los deseos de cultura moderna, que bullen de uno y otro lado del mar, en los espíritus hispanoamericanos.

La característica esencial de este sabio, tan moderno y tan hondo, es el despego de su yo, el desdén de la gloria personal, el amor a la obra colectiva.

Bueno será que recordemos sus palabras en la Universidad de Oviedo, cuando con un banquete fraternal y filial lo despidieron los profesores y los alumnos.

«Días ha -dijo- que me conmovió profundamente un espectáculo grandioso: un artista aclamado por la muchedumbre que llenaba el Coliseo de Campoamor. Un hombre era en aquel momento el intérprete de los sentimientos de una multitud que como él pensaba, que como él sentía; pero si es muy grande verse aclamado por las muchedumbres es más grande todavía ver que al paso de un hombre por la vida se ha dejado una huella en sus semejantes, que la semilla desparramada no se ha perdido, que algo germina en los corazones que se debe a una obra personal. Yo tuve y tengo la dicha de alcanzar lo que deseaba: veo algo mío en otros, veo que mis semillas no cayeron en erial, y puedo decir con orgullo: «Esto es mío». Esto es lo que me enseña este banquete que yo acepté con todos mis amores.

Pero entiéndase bien: si el banquete significara solamente una adhesión a mi persona, yo no lo aceptaría. La propia personalidad nada vale: nada es, si no encarna en ella un movimiento colectivo. Esto lo es todo y aquélla sólo es necesaria como instrumento indispensable de la encarnación, ante la cual hay que rendirse por costoso que sea.

Algunas veces me pregunté a mí mismo: ¿No sería mejor trabajar silenciosamente en mi cátedra, ser erudito, satisfacer el deseo de saber más; no sería mejor que emprender esta cruzada digna de más grandes héroes? De joven también yo luché por mi éxito, por la supremacía de mi «yo», pero luego me sentí irresistiblemente atraído por cuanto significaba obra social, obra colectiva.

Es verdad que voy a América porque tengo fe en España, como decía nuestro compañero Valdés; pero entendámonos: ¿de qué España se, trata? Si de la España política, de la España de luchas y divisiones, en esa no tengo fe; pero sí tengo fe en el espíritu español, en ese espíritu grande y generoso que tanto se distingue por su amor a la justicia, y que reverdece vigoroso en América, a la cual podemos considerar, no como una tierra extraña, sino como nuestra nueva casa, en donde vibra el espíritu español que allí luchó por el ideal que, aunque equivocado, era grande y hermoso.

Tengo gran fe en la juventud que trabaja, no en el estudiante que sólo persigue el sobresaliente y un título; no en quien se contenta con aprender los programas de las asignaturas, que eso poco significa. No creáis que mis mejores discípulos, mis verdaderos discípulos son éstos, sino los que obedecen a una orientación arraigada, aquellos en quienes germina una dirección adquirida en su convivencia con el profesor. La obra de estudio de programas y asignaturas se disipa, es obra muerta; lo que queda, lo que permanece es la influencia que determina el rumbo de la vida.

Yo os aseguro que toda vida, por humilde que sea, tiene su día de fiesta, día que no debemos buscar, sino esperar, como decía Leopardi, para que en ese día, cuando el mundo os reclame, podáis decir: aquí estoy.

Procurad llevar a cabo la máxima de los educadores ingleses, que es, hacer caballeros antes que sabios, hombres desinteresados y que odien la mentira antes que hombres egoístas e hipócritas.

Voy a América, no por mi éxito personal, sino representando un movimiento de opinión: sea o no un fracaso nuestra idea (hay derrotas que honran tanto como una victoria), siempre quedará la

gloria de nuestra iniciativa, gloria que en absoluto corresponde a nuestra Universidad, y, como representación de ella, a su ilustre rector.

Si alguna vez se, apodera de mí el desaliento en esas horas de desmayo que a veces nos amargan la vida, bastará para reanimarme el recuerdo de mis estudiantes, que tanto se interesan por mi obra».

***

«La propia personalidad no vale nada, nada es si no encarna en ella un movimiento colectivo. Éste lo es todo, y aquélla sólo es necesaria como instrumento indispensable de la encarnación, ante la cual hay que rendirse por costoso que sea».

He aquí, pues, el sencillo programa de este hombre culto y bueno, y he aquí también incluida la razón por la cual los pueblos latinos avanzan tan poco.

No hay más que dos tendencias en el mundo: la personal y la colectiva.

Existen dos clases de seres: los que buscan el medro, el triunfo, la preeminencia de su propio individuo, y los que suman su yo a la colectividad identificándose con los fines de ésta. Los segundos son los que realizan las grandes cosas, los que fundan los grandes pueblos, los que hacen triunfar las bellas causas. Ejemplos: el Japón, Alemania, ciertas comunidades preponderantes; a pesar de todo, como la Compañía de Jesús y los sindicatos modernos, que se están imponiendo en Europa a todas las hegemonías sociales anteriores.

El hombre es superior a la amiba porque constituye una confederación de células abnegadas (valga el calificativo) que no tienden más que a un gran fin común.

Toda asociación se convierte en intensidad de vida, y cuanto más los individuos se diluyen en la colectividad, más reciben de ésta, que al engrandecerse los engrandece.

Altamira posee este espíritu de colectividad vastamente desarrollado... Pero, hay que confesarlo, se trata de un temperamento privilegiado, que tiene algo de ascético, en el buen sentido, es decir, que se somete voluntariamente a la severidad de una sabia disciplina. Y temperamentos así son excepcionalísimos en nuestra raza.

Los latinos vivimos y morimos luchando desesperadamente por el triunfo de nuestra pequeña personalidad. La raza, los intereses comunes, la educación nacional, la cultura intensiva... Bueno, son bellas cosas; pero lo esencial es que triunfemos nosotros: el Estado está hecho para el individuo.

Veamos, por ejemplo, al hombre intelectual. Le oiréis hablar con frecuencia de altruismo, de la instrucción de las masas, del bienestar de la colectividad; pero en el fondo esto le importa un comino. Lo que él desea es que sus libros se lean y que su nombre vuele de zona en zona. Si predica ideas nuevas no es por revolucionar con ellas, sino porque hieren el sentimiento usual, la mentalidad media de los otros, y así llama la atención.

Qué pocos escritores de nombre, qué pocos poetas han tenido, por ejemplo, el santo valor de dedicar su obra a los niños, de pensar y escribir sólo para ellos, aun disminuyendo, a fin de ser comprendidos, la altura de sus ideas, desmigajando sus pensamientos como Víctor Hugo, a quien no le impidió, por cierto, ser un grande hombre *¡l'art d'être un grand pére!*

Y lo propio pasa con los músicos, con los arquitectos, con los pintores, etc.

Todos quieren hacer de la Patria un pedestal para su gloria, encaramarse a ella para que los vean de fuera, y con frecuencia se duelen de que el pedestal es aún harto pequeño... pero sin curarse jamás de fundir su esfuerzo al de los hombres de buena voluntad, para agrandarlo.

Librodot

Yo -y perdóneseme que me cite a este propósito por venir el ejemplo tan a pelo-, desdeñando mi reputación literaria y lo que pudiesen decir de mí los tres o cuatro amigos exquisitos e inenarrables que tengo, escribí en cierta ocasión un libro de cantos escolares, graduados, porque me dolía oír las coplas y refranes, llenos de una deplorable chabacanería, que cantaban los niños de México.

Un editor consintió en publicarlos... pero faltaba la música y no fue fácil hallar un músico mexicano que tuviese tiempo de componer cuarenta o cincuenta melodías simples y apropiadas.

No es raro, en cambio, que músicos y poetas compongamos con títulos y aun con letras y asuntos extranjeros cosas inútilmente bellas, que en Europa no se han de conocer y que en México no pasarán de los libreros y atriles de cuatro o cinco señoritas que manejan idiomas.

Y es que los intelectuales mexicanos solemos creer aún que lo que más nos interesa es dilatar nuestro nombre por el viejo mundo, formamos una reputación europea, pedir -a veces humildemente- a los extraños que se dignen creer que tenemos talento, sin pensar que la Patria requiere trabajo abnegado y obscuro, celo constante por la raza y no reputaciones y nombres sonoros, que no nos sirven ahora para nada, porque con nombres y reputación ni se educan nuestros indios, ni aprende a pensar nuestro pueblo, ni hemos de llegar a ser una gran nación.

...En cuanto al libro de marras, el editor y yo, tras haber logrado la colaboración fragmentaria de un maestro harto inspirado, pero también harto pobre y que por pobre hubo de abandonar la metrópoli, tuvimos que dirigirnos a un europeo -para que pusiese música a cantos escolares mexicanos-; pero al fin nos dolió esto, y el malaventurado librejo quedó guardado en un cajón para cuando haya un maestro mexicano- y lo habrá, sí, señor, lo habrá; yo, metido a optimista, lo he de ser incorregible-que arriesgue su reputación por incurrir en el vitando calificativo de «popular» y escriba música para los niños, para los que han de ser el México de mañana.

Si dirigimos nuestra mirada a los arquitectos de la gran familia hispana -y conste que exceptúo aquí los de México porque soy enemigo de que mis afirmaciones, impersonales por excelencia, se juzguen alusivas -descubriremos en ellos un personalismo no menos deplorable.

Por tener ideas propias, algunos de ellos nos están llenando el continente de edificios de un gusto generalmente pésimo; todo menos imitar a los clásicos.

Los grandes maestros del tiempo de Luis XIV, Luis XV y Napoleón, los Mansard, los Hardouin, los Soufflot, los Giraldini, los Lemercier, los Louis, los Chalgrin, los Poecier y los Fontaine, jamás vacilaron, sin embargo, en inspirarse en la antigüedad serena, para edificar maravillas como el Panteón, como el Palais Royal, como el arco de la Estrella y el del Carrousel, como la plaza y la columna Vendome, como el Palais Bourbon, como la Magdalena, como el gran teatro de Burdeos, como la magnífica columnata del Louvre que mira hacia San Germán d'Auxerrois, como la infinidad de castillos de las márgenes del Loira. Y por eso Francia es la nación de los palacios y de las maravillas. En cambio, los hispanos-americanos, salvo honrosas excepciones -y entre ellas (aludiendo para el elogio ya que no aludo a nadie en la censura) bien está que cito el hermoso monumento de nuestra independencia que se erguirá, el de hombres ilustres, severo y noble, y el palacio de correos-, los hispanos-americanos, digo, preferimos edificar piezas de confitero, churriguerías deplorables, con tal de tener «estilo propio», como si un Tolsa no lo hubiera tenido al crear la admirable escuela de Minas.

...¿Pues y los pintores? ¡Pero a qué insistir! Altamira lo ha dicho:

la propia personalidad nada vale si no encarna en ella un movimiento colectivo. Obtengamos de la visita de este español ilustre a la América latina el fruto de un poquito de altruismo intelectual. No nos avergoncemos de volvernos como niños para que un día los niños puedan volverse

hombres. «Y si no os volviereis como estos pequeñitos -dijo Jesús- no entraréis al reino de los cielos».

Aquí se trata de entrar también en el reino de la tierra que es el reino de la cultura.

México será grande el día en que dentro de cada uno de los intelectuales mexicanos haya el espíritu de un maestro de escuela.

- XIII -

Las mujeres y la Academia.

Ha vuelto a suscitarse en Francia esta cuestión particularísima y sugestiva: ¿Debe admitirse a las mujeres en la Academia?

Cuando el sagaz y cultísimo Emilio Faguet recibió «bajo la cúpula» a René Dounic, dijo estas palabras refiriéndose a Madame de Sevigné: «Una ley, en mi concepto deplorable, niega los honores de la Academia a las personas de su sexo».

¿Por qué se los niega?

Porque la Academia fue fundada en una época en la cual no se creía aún en la igualdad mental del hombre y de la mujer. He allí todo. Pero en los actuales tiempos, ¿qué podría objetarse? Nada... Sin embargo, hay unos señores que se llaman tradicionalistas, es decir, esclavos del precedente, los cuales pretenden que todo debe ser como era antes, por la sencilla razón de que así era antes. Estos señores de alma inmóvil niegan a la mujer el derecho de entrar a la Academia porque su fundador no se lo concedió. Su razonamiento es el siguiente: «Los reglamentos académicos ni siquiera autorizan a que se plantee la cuestión. Si alteramos las reglas constitutivas de la Academia Francesa, acabamos con la institución misma.

Su fuerza reside en su carácter permanente: es intangible. Tal como fue creada en 1635, debe persistir a través de los siglos. Si tocáis una sola piedra del edificio, aunque sea con el pretexto de consolidarla, se derrumbará pronto el edificio mismo.

»Por tanto, sea cual fuere el valor de las escritoras, no conviene considerar como posible su candidatura, porque el fundador de la Academia Francesa no lo quiso. Y no era por cierto porque faltasen, en el momento en que Richelieu reunió a los primeros académicos, mujeres de letras de gran talento y de renombrada virtud. Así, pues, lo que no plugo a Richelieu no sería oportuno discutirlo ahora».

Esta opinión de los «conservadores» es la de Mauricio Donnay, quien se expresa en la siguiente forma: «Estimo que debe conservarse a la Academia el carácter que le dio su fundador. Y además, a la hora actual, las mujeres tienen otras cosas que conquistar, mejores que el sillón bajo la cúpula» (el argumento de Donnay es el viejo argumento de los que no quieren darlo que se les pide.» Si esto no vale la pena de buscarse..».

Pues si no vale la pena, ¿por qué se empeñan ellos en tenerlo solos? Allá las candidatas que juzguen. Al señor Donnay no le importa si ellas tienen cosas mejores que conquistar. Pero sigue diciendo): «Sería más importante para ellas participar de la prerrogativa del sufragio llamado impropiamente universal, que entrar al Instituto. Con eso de querer estar en todas partes después de no haber estado por largo tiempo en ninguna (es una manera de hablar), las mujeres correrían el riesgo de comprometer una justa y noble causa: me refiero al feminismo».

Librodot

Como se ve, Donnay sigue saliéndose de la cuestión, según dijo el cocinero del cuento a los patos.

Se trata de saber si las mujeres pueden o no entrar a la Academia, y no si les conviene o les perjudica entrar.

Hay, en cambio, inmortales de espíritu moderno, en cuyo concepto la mujer podría brillar en la Academia. Monsieur Faguet es uno de ellos, según dije. He aquí sus palabras.

«Convencido de la igualdad intelectual del hombre y de la mujer, estoy por la igualdad de derechos entre ellos. Es estúpido que en el siglo XVII, Madame de Sevigné, Madame de La Fayette y Madame de Maintenon no hayan pertenecido a la Academia, tanto más cuanto que eso es justamente lo que impide ahora comenzar, porque dicen por allí: No haber comenzado por Madame de Sevigné y comenzar por Madame Dupuis, Dupont o Durand... He aquí las consecuencias de una falta».

Y yo me digo: Si la señora Dupont, Dupuis o Durand tiene tanto talento como la señora Sevigné, hágasela académica, aun cuando su nombre no sea decorativo.

El académico Eugenio Brieux está en absoluto de acuerdo con Paul Hervieux en que más bien se cree en el Instituto una sección consagrada al mérito femenino en las letras, las artes y las ciencias. Piensa que este proceder suprime muchos inconvenientes.

Claretie, por su parte, exclama: «Es ésta una cuestión grave que no puede resolverse así, de pronto». La cosa no es nueva, sin embargo, y Jorge Sand le consagró en otro tiempo un folleto intitulado *Pourquoi les femmes a l'Academie*, y por cierto, la gran escritora no era de opinión favorable a su sexo. Sin embargo, si Jorge Sand se hubiese presentado y me hubiera encontrado yo entre sus electores, sin vacilar habría dado mi voto al autor de *François le Champi.*

Ya lo creo; como que Jorge Sand tenía infinitamente más talento que M. Claretie y que muchos de sus inmortales colegas.

***

En España se ha tratado ya esta cuestión a propósito de doña Emilia Pardo Bazán. Nadie duda de que la ilustre dama tiene más títulos que muchos inmortales a usar la venera; nadie duda tampoco de que no la usará jamás.

Después de todo, esta inhabilidad oficial favorece a las mujeres.

¿Qué ganarían ellas con ser académicas? Diremos, como Monsieur Donnay (el que se sale de la cuestión): ¿No nos hemos acostumbrado, por ventura, a excluir de este concepto de académico el concepto de verdor, de primavera, de lozanía? Un académico de número joven es un contrasentido.

La venera en España es casi siempre galardón de las canas. Ahora bien: la mujer es la juventud eterna. La inmortalidad académica no sólo no se la da, sino que acusaría contrastes y sugeriría comparaciones, y nuestras académicas, más desgraciadas que Calipso, sufrirían doblemente: por no poder ser jóvenes y por ser inmortales.

- XIV -

El castellano y la escuela de Salónica.
Los israelitas y el judeoespañol.

El Comité Central de la Alianza Israelita de París ha rehusado la admisión de un profesor de español para la Escuela de Salónica. A lo que parece, la proposición emanaba de la misma España, que varias veces ha insistido en su natural pretensión.

En la Escuela Normal israelita de Auteuil la asignatura de la Lengua castellana es, según leo, facultativa, y de ella está encargado un español. Son muy pocos los judíos que cursan castellano, en virtud de que en una sola de las numerosas escuelas de la Alianza -en la de Tetuán-, existe cátedra de español; ¿quiere decir esto que nuestro idioma va a ser derrotado por el italiano y el francés en Oriente? Bien lo quisieran franceses e italianos, que hacen laudables esfuerzos por imponer sus idiomas respectivos, pero no es ni puede ser así.

Los israelitas no estudian el castellano... pero en cambio lo saben.

Es todavía una de sus dos lenguas vernáculas. Quien lo dude, que consulte los diversos estudios que a tan sugestivo asunto ha consagrado don Ángel Pulido Fernández, especialmente el que intitula «*Intereses nacionales*: Los israelitas españoles y el idioma castellano».

«El viajero español que recorre la mayoría de las naciones de Europa -dice Pulido- y más señaladamente las de Oriente, suele hallarse sorprendido de modo agradable cuando se entera, de que en el tren, en el vapor, en las tiendas de comercio correspondientes a pueblos y ciudades cuyos naturales idiomas se diferencian radicalmente del suyo, encuentra, con frecuencia extraordinaria, individuos que primero escuchan con interés su expresión española, y luego con simpática espontaneidad, entablan conversación y hablando un castellano rarísimo y en grado desigual, pero muy desigualmente inteligible, se le presentan con marcada satisfacción como compatriotas de Oriente, y mantienen regocijados y afectuosos un largo coloquio sobre motivos de raza, de historia y de nacionalidad. Estos individuos son representantes de la muy extendida raza de judíos españoles, cuya existencia y conocimiento miramos torpemente con la mayor indiferencia todos en nuestro país, siempre imprevisor y ligero, desde los gobiernos a los sabios y desde los historiadores a los comerciantes y publicistas».

Habrá quien imagine que este castellano rarísimo de que habla Pulido es alguna jerga ininteligible y que nos forjamos hartas ilusiones con los israelitas españoles de Europa, África y Asia; pero a quien tal piense, le bastará, para convencerse de lo contrario, leer algunas cartas de las muchas que entusiastas judíos romanos, turcos, austriacos, etc., han dirigido al expresado autor, cuando éste llamó la atención del Senado español sobre la necesidad de cultivar la expansión del idioma y con ella las del comercio e industria entre los judíos de abolengo castellano.

He aquí dos de estas cartas, en las que el curioso lector advertirá formas de lenguaje a veces de un arcaísmo encantador, a veces bárbaras; pero siempre pintorescas.

La primera es de don Lázaro Ascher, de Bucarest, y dice: «Como Amador de la Idioma española heredada de mis padres y abuelos y que ainda la hablamos en mi familia, vengo a pedir a usted de tener la bondad dejarme enviar los diarios ande apareció la dicha interpelación por leerla en original.

»Mucho lo siento que a visitar Su Merced nuestra Ciudad no estuviese aquí por dejar ver a Usted los niños de nuestra escuela de 7 años para arriba que hablan esta linda lengua, como a justa razón se dice: ‘es lengua con cuala se habla a Dios’.

Librodot

»Todos los libros de oración, rogación. Biblia y otros semejantes, los tienen nuestros correligionarios trasladados en Lengua español. Sería muy venturoso si la ocasión se presenta por darle a Usted prueba de mi grande gratitud y reconocimiento».

La otra carta, mucho más enrevesada, es de M. Gañy, residente en Rosiori (Rumania), que posee una vasta agencia y almacén de géneros varios, en sociedad con otro compatriota suyo. Dice así:

«Los españoles ke nos topamos aky meldimos a con grande plaser la demanda ke su osted izu en el Senado español.

»Ablamos la lingua spañola y sabemos muy boeno ke noestros padres si traban de los ebreos alongados agora 400 años.

»Guadrimos la lingua y muchos uzos, man non podemos saber nada de la Literatura Spañola.

»Seguramente en Madrid hay algún Jurnal imparcial, lyterar y me tomo la libertad de rogar a su osted ke aga mandar aky a mi adressa un numero siendo mi kero suscrir.

»Vos presanto mis sinceras salutaciones».

¿No os parece admirable, conmovedora por todo extremo, esta persistencia en guardar, en hablar, en acariciar en la intimidad del hogar una lengua que de padre a hijo se ha ido trasmitiendo en el destierro, durante cuatro siglos, a pesar de todas las tormentas y de todos los...?

Esta lengua contrahecha por las vicisitudes es el tesoro por excelencia del judío español, quien piensa acaso que mientras no la pierda no ha perdido del todo su patria, que mientras la lleve consigo, consigo lleva a España.

Don Enrique Bejarano, sabio director de la Escuela israelita española de Bucarest, tiene, al dirigirse al senador señor Pulido, palabras más hondas y conmovedoras que las citadas.

«Dotado -dice- de un alma pura, de un corazón generoso, usted, como otros amigos de España, desea entretener relaciones estrechas con mis hermanos exilados injustamente de aquel país dulce, de aquel cielo bienhechor, hacen más de cuatro siglos.

»Desde veinte años que yo correspondo literariamente con ciertos señores doctos de España, los cuales deseaban desarrollar esas relaciones buscaban borrar la mancha comitada de sus abuelos de haber desterrado de sus nidos un pueblo tan pacífico, sometido, dulce y inociente; solamente por la ambición de hombres sin ley y sen fey.

»Dios, que lee los secretos y conoce la verdad, nos es testigo si tal nos conservamos o guardamos rencor, o alguna malquerencia siquiera: pero nosotros lloramos las tristes consecuencias: Exilo desolante y recuerdo dolorioso de aquellos ilustres sabios que en el seno de España brillaban como un sol e enviaban rayos de sus ciencias por todo el universo, formaban su gloria y la del pueblo de Israel. ¡Todo desapareció por una sentencia: Sea oscuridad!...

»Hoy en día se siente en silencio el dolorioso refren lleno de sospiro:

«Yo sufro, Señor,
Yo sufro tu saña,
Perdí mi amor,
Mi cara España!»

«La mayor parte de esos judíos hablan el español con un idioma más o menos suave. Conservan aún el carácter del antiguo país natal; el aire de hidalgo; la pureza y el calmo natural; la mirada

penetrante; el donaire español o portugués; en fin, las costumbres heredados de sus abuelos que os creiaron allá con tanto cuidado, y añademos a dicir, una solidaridad y una afección reciproca.

»Esos desheredados de la fortuna; hermanos de ley y de fey; hermanos de dolor, llegando en los países hospitalarios, sobre todo en el Imperio Otomano, donde por orden Imperial de su Magestad Sultan Bajazet se les acordo la excelente acogida ellos parece haber jurado una amistad santa de ayudarsen reciprocamente y de espartir entre ellos el bien y el mal, el gozo y el dolor».

***

¿Es posible que habiendo quien conserve, siquiera sea de esta suerte, el amor a la vieja tierra, la tradición de la lengua castellana, España se desentienda de reforzar este amor, esta tradición y de purificar el idioma, que puede ser vehículo de intereses considerables?

No por cierto, y de allí las gestiones del Gobierno español cerca de la Alianza israelita, de que hablaba yo al principio. Sólo que tales gestiones, en concepto de algunos conocedores, no son apropiadas.

Oigamos a tal propósito lo que dice uno de ellos, Saturnino Jiménez, de Salónica, en carta reciente, que se refiere a los israelitas orientales.

«Ya dije en mi anterior que en este asunto el Gobierno español había errado el camino. A pesar de los tres desaires (que yo sepa) recibidos, va a insistirse aún cerca del Comité local de la Alianza en Salónica. Y las gentes ríense de nosotros al ver cómo nos complacemos en enredar lo que tan sencillo es, considerado bajo su verdadero aspecto. Nuestros diplomáticos, convertidos en pedagogos, obstínanse en que el español se enseñe a los judíos, como si para éstos fuese aquél un idioma extranjero.

Es un contrasentido colocar en las escuelas israelitas de Salónica la enseñanza del español sobre el mismo pie que la del francés, del italiano o del alemán. Hay que tener en cuenta que los alumnos de esas escuelas ya saben el español, como lo saben en este país todos los individuos pertenecientes a la raza de Israel. Con esta afirmación, la cuestión se plantea por sí sola. Para consolidar el uso de nuestra habla moderna en Salónica y en todo el Oriente, basta con la centésima parte de los esfuerzos llevados a cabo por Francia y por Italia para lograr que algunos centenares de mozalbetes y algunas familias charlen en un francés o en un italiano de relativa pureza.

En mi anterior carta hablé de la facilidad con que podría introducirse el castellano moderno en el uso vulgar y de los medios que a este fin serían conducentes. Voy a ir aún más lejos. La clave del problema consistirá, simplemente, en enseñar a las clases populares el alfabeto latino.

Yo llevo hecha la experiencia. Todo individuo del pueblo conocedor de los caracteres latinos dase con gusto a la lectura de nuestros periódicos y de nuestros libros; insensiblemente aprende nuevas voces, nuevas frases y su judeo-español se moderniza. El sentido de las palabras que no le son usuales, lo adivina; sin el menor esfuerzo intelectual, su léxico se enriquece, y con que oiga hablar algunas veces el español, tal como se habla en España, corrígese su pronunciación.

El precedente, gran rabino de Salónica tuvo la idea de que en las escuelas populares del Talmud Tora, donde la instrucción se da en judeo-español, fuesen empleados los caracteres latinos. Muerto aquel gran rabino, la idea no prosperó. El actual director de la escuela de la Alianza Israelita en Salónica, señor Benhgiat, hombre de vasta cultura y de clarísimo entendimiento, es de parecer que a los alumnos que pasan rápidamente por la escuela para volver después al trabajo manual, con el que ganan su sustento, se les debiera administrar en su propia lengua es decir en

Librodot

judeo-español, los conocimientos generales que alumnos de otra condición social adquieren en francés.

La necesidad de una escuela española es reconocida, tácita o explícitamente, hasta por los más caracterizados enemigos nuestros. ¡Cuán pronto, si esta escuela existiese, las demás que darían relegadas al último lugar! El Gobierno español haría muy bien en preocuparse seriamente de esta cuestión».

***

En cuanto al senador Pulido, supracitado, entiende que los testimonios flamantes y autorizados (como las cartas reproducidas) de israelitas que expresan el estado actual de esta cuestión en Turquía, Rumania y Austria Hungría, es decir, en tres núcleos principales del pueblo hebreo español, sugieren los importantes hechos siguientes:

1.º Que el pueblo judío español, diseminado por Europa, África y Asia Menor, siente los efectos de esa concurrencia poderosa que en todas partes se manifiesta ahora activísima, por acreditar el valor de ciertos idiomas y establecer su predominio.

(De allí que la Alianza israelita universal, que tiene la Junta directiva en París, esté fundando escuelas en todas partes y les imponga la enseñanza del francés).

2.º Que los Judíos españoles se han convencido de que su castellano familiar no es muy perfecto y no responde cumplidamente a las exigencias de la vida pública internacional y nacional.

3.º Que, a consecuencia de esta inferioridad, los elementos más intelectuales de la raza plantean en términos persuasivos la necesidad imperiosa de reformar su lenguaje, dotándole de todas las bellezas, recursos y ventajas de un idioma enteramente desarrollado y excelente, como es el español contemporáneo, o de abandonarle sustituyéndole con otro.

4.º Que los israelitas españoles, saliendo de la obscuridad y de la modestia a que han venido contrayendo su cometido social durante el largo éxodo de cuatro siglos, acuden ahora a la lucha por la vida en los sendos países de su residencia, asaltando las Universidades y Academias, invadiendo las profesiones liberales y los cargos más distinguidos, y disputando a las capacidades de las demás razas sus puestos en todas las esferas y Ministerios, armas, ciencias, política, etc.

5.º Que por virtud de esta más amplia educación se están creando en muchos pueblos escuelas israelitas, cada día más perfectas, donde la enseñanza del español se contrasta con la enseñanza de otras lenguas, además de la que sea propiamente nacional en el respectivo paraje; y

6.º Que en esta enseñanza las escuelas israelitas no reciben inspiración, ayuda ni elemento alguno de su antigua madre patria, y solamente beben sus conocimientos en los manantiales revueltos y defectuosos, impuros y pobres, de los antiguos libros judaicos, romances, cantigas, consejas, biblias, exégesis, leyendas..., los cuales no sirven para depurar las naturales adulteraciones de su idioma familiar, ni para favorecerle en su natural evolución biológica.

***

Mas, preguntaréis acaso: ¿son tantos los israelitas españoles, que valga la pena de procurar con empeño la expansión entre ellos del idioma y de los intereses que de él se derivan?

A esto se ha de contestar con números, que es aquí la mejor respuesta.

Librodot

No hay una estadística propiamente dicha de la población judío-española del mundo, pero se puede juzgar de la densidad de ella por los siguientes datos de diversas fuentes:

Kayserling, citado por Pulido, dice en el prólogo de su «*Diccionario bibliográfico de autores judíos españoles y portugueses*» publicado en Strasburgo (1890), que los fugitivos desterrados de la península Ibérica por los Reyes de España y Portugal, doña Isabel y don Manuel, se refugiaron en Italia, en Francia, en las diversas provincias que formaban el Imperio turco, en los Países Bajos, en Inglaterra, en Hamburgo y en Viena. Por todas partes llevaron consigo la lengua materna. «Llevaron de acá -decía Gonzalo de Illescas en el siglo XVI- nuestra lengua, y todavía la guardan y usan de ella de buena gana; y es cierto que en las ciudades de Salónica, Constantinopla, Alejandría y el Cairo y en otras ciudades de contratación y en Venecia, no compran, ni venden, ni negocian en otra lengua sino en español. Y yo conocí en Venecia hartos judíos de Salónica que hablaban el castellano (con ser bien mozos) tan bien o mejor que yo».

Don Antonio de Zayas, en una *Memoria* que escribió en Constantinopla, con referencia a los hebreos residentes en el imperio otomano, reino de Rumania y principado de Bulgaria, estimaba en 52.000 los judíos que hablan español en Constantinopla. Según él, había además 50.000 en Salónica, 22.000 en Esmirna y núcleos menores en otras muchas poblaciones.

El doctor Psaltoff afirma por su parte, en carta que escribe al señor Pulido, que en Esmirna hay 25.000 israelitas que hablan español, en Salónica 60.000, en Constantinopla 40.000 y, según noticias, lo hablan todos los israelitas de la Turquía Europea y del Asia Menor. Don Enrique Bejarano, ya citado, afirma que el número de judíos españoles que hay actualmente en Oriente puede llegar a 471.900, los cuales se hallan esparcidos en Turquía de Asia y de Europa, Bulgaria, Servia, Rumania, Grecia y, en menos cantidad, en Austria, Inglaterra y Francia.

En Bosnia, según otros datos, hay 10.000 judíos cuya mayoría habla español; en Servia, unos 8.000; en Sofía, unos 10.000, y en toda Bulgaria de 30 a 35.000.

La colonia más numerosa de todas es la de Salónica, al grado de que, antes de ir a ella, los comerciantes aprenden el castellano.

En suma, debe calcularse en medio millón el número de judíos españoles que hay en Europa y en la Turquía Asiática actualmente.

Por donde se ve que tiene más el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece, y que ya quisieran Francia e Italia esos quinientos mil parladores de sus lenguas, que España posee, a pesar de todo, maguer el gran yerro de los Reyes Católicos y cuatro siglos de olvido.

Pero la responsabilidad para España es grande por lo mismo. ¿Va a dejar que, en la dura competencia entablada, Italia y Francia sustituyan en Salónica, en Constantinopla, en Rumania, en Servia, en Austria, su propia lengua al hereditario castellano?

¿Va a permitir que éste se extinga por fin entre las familias judías, cuando ellas mismas ansían hablarlo siempre, y cuando es tan fácil hacer que lo ejerciten y purifiquen, mediante la activa difusión de impresos y la labor de profesores entusiastas?

Trátase de un punto de honor, y es de esperar que la madre Patria lo tendrá en cuenta y se decidirá a luchar denodadamente por la conservación de esa herencia preciosa, de ese medio millón de españoles, rancios de cuatro siglos, que, cultivados con cariño, crecerán en proporciones enormes y harán la propaganda más simpática a los intereses ibéricos en las naciones en que vivan; porque, como decía a don Rafael Altamira un argentino práctico, a medida que en su nación se despertaba el amor a España... ¡había más demanda de aceites españoles!

Librodot

Se empieza siempre, en efecto, por cambiar afectos y se acaba por un intercambio más práctico y de opimos resultados económicos.

- XV -

Las evoluciones del lenguaje en la República Argentina.

Tiempo es ya, tal vez, de prejuzgar los resultados «literarios» de la visita a la República Argentina de dos hombres eminentes -por diversos conceptos- de España, a saber: don Rafael Altamira y don Vicente Blasco Ibáñez.

Irán ambos probablemente a México, como ha ido don Juan Antonio Cavestany, senador, académico y poeta de rectas tendencias clásicas; y entonces será ocasión asimismo de hacer el balance de tales visitas; pero hay que decirlo de una vez: este balance tiene más importancia por lo que respecta a la Argentina; ¿saben ustedes por qué? Pues porque la Argentina en esto del idioma era, como si dijéramos, la hija rebelde. Y no porque llevase a la rica fuente del castellano su tesoro de regionalismos, sino porque soñó en un momento dado en crear el idioma argentino, para uso exclusivo del país, y este idioma era feo, se hubiera reducido según la expresión del publicista Juan B. Terán, «a un patuá pintoresco, pero pobre y local». El capricho ha pasado felizmente y hoy los grandes escritores de la República Argentina, como los de todas las Repúblicas hispano americanas, contribuyen no a desfigurar, sino a agilitar el castellano, dándole una intensidad de expresión que suele faltarle entre los cultivadores de vieja cepa, los cuales ahogan la intención, la sutileza y la gracia de la lengua en verbosidades excesivas y en enfatismos ya fuera de sazón.

«Conocemos -dice Terán- el carácter actual de la lengua española:

sonora, rotunda, propia para la epopeya y la oratoria, carece de claridad, energía y gracia. Atascada en sus moldes clásicos, resulta pesada para la sutileza moderna, inapta para el análisis y la fineza del detalle; porque ha perdido su espíritu la invención y la originalidad que la elevaron en las manos de Cervantes, porque no puede producir una lengua rica y flexible sino un pueblo que piensa como el francés, siente como el italiano, coloniza y conquista como el inglés».

Claro que no estoy de acuerdo con Juan B. Terán. ¿Y cómo he de estarlo si en la misma España, entre los prosadores hay un Ramón del Valle Inclán, lleno de flexibilidad, de elegancia, de gracia y de fuerza, incapaz de caer ni dormido en el anacronismo de un período castelariano, de esos que ya no usan sino los viejos oradores que consumen invariablemente el turno y que pueden contener cinco minutos la respiración?

Hay ya una buena porción de españoles que piensan como los franceses, es decir, con claridad helénica: un Benavente, por ejemplo, en cuya pluma anida la suave y alada ironía latina como en la pluma de un Anatole France; todos, por otra parte, sienten como los italianos; y si no saben colonizar como los ingleses, yerro es éste que tienen los alemanes y los franceses, sin perder por ello su superioridad en otras cosas.

Al castellano le falta sólo un poquito de adaptación al medio, ponerse de acuerdo con la multiplicidad y actividad de las vibraciones del alma moderna. La Academia no puede hacer nada por esta adaptación del idioma porque en ella predominan los viejos o los hombres que, a pesar de su muy relativa juventud, merecen serlo por la inmovilidad del espíritu.

Librodot

Es achaque de académicos españoles hurgar y desmenuzar la obra clásica, sin oír los apremiantes clamores de los pueblos hispanos que les piden palabras nuevas para dar un nombre a la variedad infinita de sensaciones, de emociones del espíritu actual, a las nuevas máquinas, a los útiles de uso reciente, a los innumerables descubrimientos que los sajones y los franceses nos dan a diario. Mientras un padre Cejador, con saber y autoridad indiscutibles, se pasa la vida averiguando cómo hablaba Cervantes, la gente, española de ahora no sabe cómo llamar a las máquinas voladoras, a los conductores de automóviles, a las fotografías a distancia... a miles de cosas que nos rodean.

Un Benavente, un Darío, un Valle Inclán, un Maeztu, un Miguel de Unamuno, llevarían a la Academia española, sangre, y vida nueva; pero alterarían quizá las digestiones de muchos filólogos de esos que saben cuántas palabras usó el marqués de Santillana y que serían incapaces de traducir a buen castellano un menu francés.

Mas de esto a achacar al idioma defectos que no tiene, hay su diferencia.

El castellano ha sido solemne y enfático, porque fuimos un pueblo lleno de solemnidad y enfatismo. Ya no lo somos. Españoles e hispano americanos empezamos a comprobar una aptitud para la civilización mucho mayor de lo que convendría a nuestros detractores.

Pero si hay rigor en las afirmaciones de Terán, hay también en sus juicios mucho de exactitud y de justicia que debemos reconocer.

Hablando de la Argentina, dice: «Está habitada por un pueblo que conserva la lengua de sus colonizadores, que la impusieron como en la historia de todas las conquistas. Pero desde el primer momento debió sufrir la lengua la impregnación del ambiente, la exósmosis de los dialectos indígenas que dieron al explorador la nomenclatura de la fauna y de la flora, los nombres de las cosas americanas, de los detalles de su vida pastoril o de las idiosincrasias de sus imperios teocráticos.

»Y después de la ruptura política -hecha cada día más precaria la comunicación con España- nuestra habla ha recibido la contribución de otras lenguas, nuestro pueblo el contacto de otros hombres.

»Con otro espíritu, con otra historia, con otro destino y con otros medios, la lengua ha sufrido las transformaciones que las nuevas influencias le imponían.

»E. Quesada, a quien no podría citar en mi apoyo, afirma que en América la idea es más intensa, pero la expresión más desaliñada».

Traía, en concepto de Terán, el colono español a América otro interés que el de la belleza y de la forma. «Ni la urgencia de la conquista del suelo y del indio, dejaban descanso a su espíritu, más duro que su cuerpo infatigable».

«Vino después la improvisación de la independencia, la zozobra de la vida nueva, sus terribles sorpresas».

«Hemos debido atender a la acción antes que al pensamiento, al pensamiento antes que a la palabra».

«Esa será tal vez la cuna de la expresión descuidada e irregular de que habla Quesada, pero que refleja un pensamiento más activo y más agudo».

«La renovación de la lengua se produce. Ligada por un lado con los dialectos indígenas, modificada profundamente por nuestra pronunciación, con sus proverbios que son el elemento pintoresco y familiar del idioma, bajo la influencia diaria de lenguas más flexibles, se altera la herencia primitiva, que se enriquece con nuevas y crecientes adquisiciones».

Librodot

Yo hallo, sin embargo, que esta alteración, tras de ser menor ahora que hace diez años por ejemplo, es más sagaz y avisada, más simultánea con la que se produce en la Península misma, y ello se debe al mayor comercio mental entre América y España, a que nos leemos más unos a otros, a que empiezan a ir a América intelectuales españoles y a que la colaboración de escritores como Unamuno, Valle Inclán, Baroja, Blasco, Benavente, y de poetas como los Machado, Villaespesa, Marquina, etc, desparrama pródigamente las peculiares formas de elocución de la España actual, recogiendo en cambio (al interesarse por nuestra literatura todos los jóvenes pensadores españoles) mucho de la ductilidad y la gracia pintoresca de nuestra lengua, poco susceptible de trabas, y recordando y legitimando merced a nosotros -por qué no decirlo- muchos nobles arcaísmos del más rancio abolengo, como *mercar*, *artimaña*, *arremedar*, *arrempujar*, *jabalín*, *ñublar* y *ñublado*, *pelegrinar* y *pelegrino*, *tusar* y *atusar*, etc, etc.

«Un episodio curioso en la historia de nuestra lengua -dice a este respecto Terán- es la supervivencia de viejos vocablos castellanos desaparecidos en España y que provienen de la conquista como el agora de nuestras gentes, como el *aloja* y el *maíz* a los que se descubre ahora un origen latino.

»Así como aquí, en Estados Unidos, los puristas proscriben vocablos criollos que no son sino *du bon vieil angláis*, viejas maneras de la lengua.

Y no sólo los proscriben estos señores puristas, sino que hay quien los califique de galicismos, como a fenestra.

Pero sigue diciendo Terán: 'Se comprueba en la producción argentina una sobriedad en la oración, agilidad y movimiento en la construcción, inquietud en la frase, que no son castellanas.'

»Groussac, en su lejana historia del Tucumán, estudiando la elaboración de estos pueblos, creía encontrar desviaciones lingüísticas que anunciaban la nueva raza.

»Interesa su testimonio, porque ahora, en uno de sus últimos escritos-a propósito de americanismos- ha cambiado de idea.

En suma: que la nueva manera argentina de hablar se distingue «por una mayor delicadeza y transparencia en el vocablo, por la rara justeza del adjetivo y la sensible sugestión de la idea».

***

¡Y qué mejor cosa puede apetecerse, añado yo, que esta nueva manera!

¡Pues qué más ha de pedir España sino que estas naciones de América que sorbieron lo mejor de su alma altiva y poderosa, así como rejuvenecen este alma le rejuvenezcan la lengua!

Pero hay un límite y es el marcado por la belleza.

Y el criollismo no sólo iba por caminos revolucionarios, sino por caminos de fealdad. La nueva inyección de casticismo le ha venido, pues, muy bien, porque el casticismo en América tiene la ventaja de pasar por la alquitara de nuestro temperamento innovador. No amojama ni reseca ni paraliza la lengua, sino que le da cuerpo, es como cuando se echa vino nuevo en uno de esos toneletes que contuvieron por años vino viejo.

¿A qué se ha debido el encarrilamiento de la lengua argentina? Ya lo apuntó arriba: a la activa colaboración española, en primer lugar.

La Nación, La Prensa, y sobre todo Caras y Caretas, la popularísima revista cuya circulación asciende ya a más de ciento diez y ocho mil ejemplares, tienen una nutrida colaboración española.

Toda la España intelectual llena amplias páginas de estas importantísimas publicaciones.

Librodot

Otrosí, los grandes autores argentinos y uruguayos, como un Lugones, un Rodó, el ya citado Terán, Jaimes Freyre, etc, no desdeñan escribir en buen castellano; en admirable castellano, agregaría, porque en sus plumas expertas, sueltas, ágiles, la lengua tiene un colorido, una novedad, una gracia incalculables. Y es que estos jóvenes autores no sufren del heredismo del adjetivo. Adjetivan, como Valle Inclán, a su modo, casando matices, acoplando las palabras que tienen verdadera afinidad ideológica.

En Castilla sabemos que el sustantivo suele traer, ab eternum, como la soga al caldero, su adjetivo, hidalgo, eso sí, cervantesco; pero, por su misma ranciedad, inapto ya para mover nuestra alma y solicitar nuestra imaginación.

Hay un enorme lote de parejas de sustantivos y adjetivos de palabras que hace siglos celebraron sus nupcias. Los americanos, a veces por una santa ignorancia, a veces conscientemente, separamos a estos cónyuges tan bien avenidos.

En nuestra memoria el atavismo asocia menos a las parejas en cuestión, y así sucede que casamos un viejo nombre con un adjetivo viejo también, si se quiere, pero que jamás se desposó con él, y la pareja, como por encanto, se rejuvenece y hasta deslumbra y da a la lengua española, en la Argentina, o en México, o en el Perú, esa intensidad mayor, esa agudeza, esa actividad, ese nervio de que habla Terán, a la manera que cuando un prócer, en vez de maridarse con alguna su parienta cercana, logra, casándose con una noble de otra familia de sangre absolutamente distinta, retoños floridos, temblorosos, de savia nueva.

Y no quiero de intento hablar del caso, harto común también en América, en que el señor sustantivo, de sangre gastada, se casa con un adjetivo joven..., porque aun cuando los resultados suelen ser maravillosos, suelen también, por el mal gusto de tal o cual casamentero escritor, ser deplorables.

- XVI -

«*La nueba ortografía racional*».

Ha aparecido en Madrid un libro español, impreso con ortografía fonética, o sea con la «*nueba ortografía razional*».

Se llama «*Pasado, presente, porbenir de la abiazión: Teoría práctica del buelo. Primera obra ke se escribe con ortografía natural*».

Esto de primera obra será en España, pues en nuestra América, especialmente en Chile y en México, abundan los libros y opúsculos impresos con la «*nueba ortografía*». Precisamente viene a mi memoria un trabajo a mí dedicado por mi amigo don Aurelio González Carrasco (*González Karrasko* mejor dicho) y que apareció en las columnas de *El Imparcial*.

De todas suertes bueno está que en España empiecen a preocuparse de este asunto, en mi concepto más importante que la difusión del Esperanto.

Entendámonos primero en nuestro propio idioma y busquemos después medios de entendernos con los ultrafronterizos.

Emile Faguet, en un travieso artículo publicado en días pasados, a propósito de los moralistas, que en su concepto, no sirven de nada, afirmaba que hay dos ortografías: la de las costumbres y la

Librodot

de las palabras, y que con ambas acontecen dos cosas: 1.º, que nadie las sabe; 2.º, que todo el mundo quiere reformarlas.

Tiene razón de sobra Faguet. Nadie sabe la ortografía; pero en el caso actual se trata precisamente de reforzarla para aprenderla. La tal reforma no nos hará escribir mejor. Bien sabemos que los admirables autores del siglo XVII ortografiaron sus obras lo peor que pudieron, lo que no impide que éstas sean inmortales, pero en aquellos tiempos no era mal visto eso de escribir buelo o vuelo, por ejemplo, y ahora, en esta época de las «buenas formas», poco nos importa la vaciedad del concepto con tal que vaya con el uniforme ortodoxo.

Un crítico español muy leído, refiriéndose a la ortografía fonética del «*Pasado y presente de la abiación*», al principio de estas notas citado, hace las siguientes sensatas observaciones:

«En general, toda ortografía es fonética. Los signos ortográficos corresponden o han correspondido a sonidos. La inmensa mayoría de las palabras se escribe, en castellano, como se pronuncia. Hay, sin embargo, en la escritura, letras que no corresponden ya a sonidos, o variedad de signos para expresar el mismo sonido. Las variaciones entre la pronunciación y la escritura obedecen a la historia de las palabras. Como es natural, la pronunciación varía más que la escritura, y elementos que mueren se transforman o se simplifican en la primera, subsisten y permanecen en la segunda, conservando al vocablo su fisonomía histórica o algunos rasgos de ella. De ahí nace la ortografía etimológica, que tiene casi siempre antecedentes fonéticos más o menos lejanos y acaso procedentes de otras lenguas.

«Evidentemente, la ortografía evoluciona en sentido fonético. Poco a poco se va reduciendo el elemento etimológico y se van simplificando los signos de la escritura para asignar a cada sonido un signo invariable.

Cualquiera que vea escrituras y textos impresos del siglo XVII, y los compare con documentos actuales, observará que la ortografía presente es mucho más sencilla. Hasta el siglo XVII puede decirse que la ortografía es anárquica y varia. Sirvan de ejemplo las letras *i* e *y*. La *y* griega ha sido usada como vocal en muchos de los casos en que hoy se emplea la *i*, y ésta empleada como consonante en casos en que ahora se usa la *y*. El deslinde se ha operado respecto de la *i*, que en la actualidad se emplea sólo como vocal; pero todavía la *y* se usa como vocal en contados casos, cual el de la conjunción copulativa. La tendencia de la ortografía es a uniformar y a simplificar las formas de la escritura.

Ahora bien, el señor Andany y los que como él piensan, están muy de acuerdo con esa evolución de la ortografía; pero quieren acelerarla, implantando desde luego una escritura en que no haya para cada sonido más que una letra y en que cada letra responda a un sonido. Esto es lo difícil de la reforma. No hay duda de que si en un país la Academia, si por ventura la hubiese, y los principales escritores se concertaran para dar un golpe de Estado gramatical e implantasen la nueva ortografía, al cabo de poco tiempo se habría aclimatado, y las gentes encontrarían mayor facilidad para escribir. Pero no hay que engañarse, suponiendo que con esto quedaría resuelto de una vez para siempre el problema. La pronunciación varía antes que la escritura, y al cabo de tiempo volvería a haber en ésta elementos muertos, elementos históricos que no se corresponderían exactamente con los sonidos. Sería menester revisar de tiempo en tiempo la ortografía, como se revisan ciertos Códigos, y esta operación resultaría harto difícil, porque las variaciones de la pronunciación no son uniformes.

»Por eso, la ortografía etimológica no es tan artificial como parece, y la ortografía mixta de etimológica y fonética tiene su razón de ser, aunque sea más difícil y aparentemente menos lógica que la escritura fonética por completo. La pronunciación es variable y tiene poca fijeza.

Librodot

El *h*, por ejemplo, es sonido en algunas partes de España, y en otras no.

La diferencia entre la *v* y la *b* tiene base fonética en algunas localidades y en otras carece de ella. Por eso la reforma ortográfica no puede hacerse precipitadamente por procedimientos dictatoriales, como lo que empleó Pedro el Grande para europeizar a lo moscovitas.

»De propósito he dejado aparte el argumento estético. A algunos les parece que perderían las palabras, al escribirse la nueva ortografía, su fisonomía propia, adquiriendo una bárbara y fea catadura o un seco aspecto de fórmulas matemáticas. Mas ésta e una ilusión del hábito y del uso. Al poco tiempo nos acostumbraríamos a la nueva escritura y la actual nos parecería entonces arcaica y oscura. Sin duda para las personas de letras serán siempre más interesantes las formas ortográficas en que la historia de las palabras haya dejado invisibles huellas; pero el lenguaje es de todos, y la comodidad de la mayoría pesa más en tal negocio que el placer de los doctos.

»En resumen: la ortografía que preconiza y practica el señor Andany es como un anticipo de lo que será verosímilmente la ortografía de lo porvenir, mas esta transformación se hará lentamente y será punto menos que imposible que desaparezcan del todo los elementos etimológicos, porque lo fonético se va convirtiendo en etimológico con el tiempo, por virtud de las variaciones prosódicas. No hay que olvidar que si la pronunciación es principalmente de origen popular, porque el uso común domina en ella, la escritura es de origen letrado y erudito. El pueblo, principalmente, ha hecho la pronunciación castellana; pero la ortografía la han hecho gramáticos, escritores, humanistas, impresores, gentes que tenían presente el latín y el griego y se guiaban por razones literarias y por el uso de los doctos».

Para concluir estas observaciones debo manifestar que los hispanoamericanos andamos mucho más necesitados que los españoles de una ortografía natural y simple.

El español más palurdo sabe que *zapato* se escribe con *zeta* y que en *escepticismo* hay una *ese* y dos *ces*: nosotros, es decir, los andaluces y nosotros, no lo sabemos, y sólo a fuerza de educar la mano logramos que ésta acabe por saberlo y maquinalmente escriba con corrección. Nos urge, pues, que las palabras se escriban como las pronunciamos.

Cierto que en lo de la *zeta* tendremos que buscar un *modus vivendi* con España, ya que para nosotros es una letra muerta, inútil, estorbosa, que se nos atraganta a cada paso; salvo en tal o cual palabra que la ha menester para presentársenos con su peculiar fisonomía y pergeño, como *caza*, aunque ni en ésta es indispensable. En efecto, con decir «*casería*» basta casi siempre, y en ciertos casos con la supresión o el uso del reflexivo se aclara todo, ya que decimos: «*se anda casando*» o *anda casando*, y así de las otras palabras en que parece reina absoluta la última letra del abecedario.

- XVII -

El teatro poético: su renacimiento en España y en el mundo entero.
Monna Vana. -Francesca de Rimini. -La Nave. -Chantecler.
-Gerineldo. -Las Hijas del Cid, etc.

La Moda -me decía poco ha Linares Rivas, autor del bello *Caballero Lobo*- se vuelve hacia el teatro poético: yo quiero escribir una pieza histórica en verso.

Y como para corroborar estas palabras, el poeta Eduardo Marquina nos hace un elogio de la forma poética, que él por cierto ha cultivado con éxito así en *Las Hijas del Cid* (hablé de esta obra en su sazón) como en *Doña María la Brava*.

La poesía -dice Marquina en conceptos intensos y llenos de calor de juventud-, la poesía no es la materia, sino «un modo» de la materia. Desde que esta verdad tan fundamental se ha abierto paso, una revolución definitiva ha trastornado y vuelto a crear todos los géneros poéticos. La poesía no es, como afirmaron los neoclásicos dogmáticos ni una selección de asuntos ni un rango de palabras: es una cuestión de forma y una ordenación perfecta de vocablos.

Pero aquí «forma» y «ordenación» tienen un sentido infinitamente superior al que, de antiguo, se lo atribuía en los tratados, y si han venido a ser todo lo esencial del elemento poético, no es porque de la poesía nos formemos hoy un concepto mas bajo y más estrecho quo los antiguos, sino porque «forma» y «ordenación» tienen, para nosotros, un valor espiritual más hondo y positivo que tuvieron para los retóricos y gramáticos las ideas de «belleza», «armonía», «rima», «lenguaje poético» y demás ingredientes conocidos. Aquélla era una fotografía poética, un plano de la poesía con cálculos de altura y escala de comparación; nosotros pretendemos considerar la poesía «esencialmente» de dentro a fuera, en lo que constituye su acción propia, la ley de su constante creación.

Es goethiana la frase de «monumentalizar la vida», refiriéndose a la poesía. Y ya en ella, se atribuye a este arte, como a todos una actividad «formal». La vida se nos presenta enlazada, continuada, fuerte, perenne.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar...

Cada fragmento de esta vida que nosotros arranquemos de la masa total, moriría, aislado de su fuerza de continuidad, como una flor que arranquemos de la planta. Es necesario envolver este fragmento en una forma, sutil y vibrante, capaz de sustituir virtualmente la continuidad material de aquel fragmento con los anteriores, los concomitantes y los sucesivos, que eran la razón de su vida. Es necesario que el hecho aislado, objeto de nuestro canto, si no queremos que muera, logre, en él, la misma «importación en el presente», origen del porvenir, que es íntima forma de la vida.

La forma poética, de consiguiente, suprime, no el tiempo, sino la medida humana del tiempo.

Hay en la forma poética, es decir, en la poesía, por encima de todo, esta «reintegración vital» del hecho cantado. Las cosas que desaparecían fatalmente en la evolución material de la vida, las salva la poesía de perecer, creando a su alrededor, con cuanta virtud puede, esta atmósfera sutil de la forma, que se sustituye a la forma temporal. De aquí todas las definiciones, en parte exactas, de la poesía, atribuyendo a este arte, un poder de eternidad. «La poesía revela la 'esencia' de las cosas», revela su elemento «eterno», destruye lo accidental y relativo para mostrarnos lo «sustancial» y «absoluto», etc, etc. Todas estas definiciones, en parte exactas, prescinden de la verdadera poética para no fijarse más que en los resultados. La poesía, efectivamente, parece, reducirse a una eternización (monumentalización, ha dicho Goethe) de las cosas; pero no es aislándolas de lo que llamamos tiempo, sino poniéndolas en condiciones de una integración constante en él, como lo logra».

Y tras este cálido y frondoso elogio de la musa, Marquina nos promete un estudio sobre el teatro poético, estudio que espero con interés y del que me ocuparé a su tiempo.

Librodot

Que el público busca nuevas orientaciones dramáticas, es un hecho; que el teatro realista no le satisface ya, es otro hecho innegable.

«El realismo -dice Álvaro Alcalá Galiano, joven escritor de la aristocracia, española que acaba de enviarme su primer libro, *Impresiones de Arte*-, el realismo, tal como se entiende, no puede crear un modelo nuevo de tragedia; para llegar a esas alturas necesitaría el sentimiento poético, alma de los grandes trágicos, y esa inspiración idealista que conmueve a todas las razas. Le falta el apoyo del artista y el del público aficionado al drama, porque al encerrar la vida en los estrechos moldes de la comedia, el actor dramático tiene que limitarse a las piezas del antiguo repertorio, ya poético, ya puramente efectista, que le proporciona sus ruidosos éxitos. ¿Cómo explicar, si no, que los grandes artistas sigan representando esos papeles dramáticos de una escuela que hoy desdeñan los autores?... Si el realismo interesara igualmente al espectador, aquéllas se habrían perdido en el olvido; pero, al contrario, esas permanecen y las obras del día pasan con velocidad cinematográfica. Al público no puede interesarle un arte prosaico, falto de sensibilidad, que ni llega al alma, ni conmueve, ni abre nuevos horizontes. El arte no es una fotografía; hay algo más allá de lo que vemos: es lo que imaginamos y lo que sentimos; pero sin imaginación fantaseadora, la obra de arte nunca llega hasta las cumbres de la poesía, que todo lo idealiza. La observación de por sí es crítica, fría y reflexiva, prosaica en su forma y en su fondo. Ha triunfado en el teatro, pero sólo al concebir comedias donde halla el humorismo su adecuado género, satirizando la vida real. Aristófanes, Molière, Sheridan, Moratín y otros ingenios universales que han retratado a sus contemporáneos, sólo fueron autores de comedias; los grandes creadores sacaron de la nada sus figuras inmortales, como Esquilo y Sófocles, Lope de Vega y Calderón, Shakespeare y Schiller, los cuales vieron la realidad bajo la luz del idealismo, que purifica todo lo vulgar y sabe hacer grande hasta lo más inmundo. Sin esa inspiración verdadera del poeta dramático, llena de fuerza y de vigor, la observación y la realidad nos dejarán completamente indiferentes, porque un autor dramático no ha de ponerse al nivel del público, sino que ha de elevar su mentalidad, iniciándole en un arte nuevo. Debe cambiar la forma, debe ampliar más su cuadro, buscando la variedad, que es la nota característica de nuestro tiempo».

***

El realismo no ha cumplido ni con los cánones de la estética ni con los cánones de la vida.

Su único mérito debió ser la verdad; pero ni como verdad ha existido.

Sus pinturas, exageradas siempre, no nos mostraban al mundo sino prolongado hacia abajo, al revés del idealismo, que nos lo ha mostrado siempre prolongado hacia arriba, hacia el ensueño. La única razón de ser del realismo, el famoso documento humano, es errónea. Jamás ha habido documento humano en esa escuela. Es más verdadero *Hamlet* y *Macbeth* y *Otelo*, que todos los tipos de Zola o de Mirabeau, como es más real lo inverosímil aparente, lo extraordinario, frecuentísimo en la vida, que la tabla rasa de esas existencias sin relieve que se complacían en pintarnos los de la escuela del autor de *Madame Bovary*, y que, dígase lo que se diga, han sido aderezadas por la imaginación de sus autores.

La vida siempre es móvil, cambiante, varia, propensa al suceso fértil en el incidente, pintoresca, pasional, maravillosa muchas veces.

Los realistas nunca supieron verla. Miopes de nacimiento, se han parecido a Descartes, que, por falta de observación delicada y paciente, juzgaba que la inteligencia de los animales no era más que el mecanismo de un reloj bien arreglado.

Librodot

Para los realistas, muy capaces de pasarse la vida estudiando cosas nimias mientras el alma múltiple de las cosas mismas alentaba a su lado sin que de ello se percatasen jamás, la verdad tenía que ser forzosamente «normal», «ponderada» en lo alto y extraordinaria, en cambio, en el morbo, en lo patológico. Sólo la enfermedad ha tenido para ellos proporciones. Se han matado los ojos contando las burbujas de cieno, cuando podían contar las estrellas del cielo. La humanidad, con razón, se aparta de ellos decepcionada y procurando aire puro, harta de oler malos olores y de contemplar figuras contrahechas. Un potente y generoso impulso de ideal recorre el mundo y pasa a través de las almas, y el teatro tiene que responder a este impulso. De ahí el nuevo fervor por la poesía escénica; de allí que triunfen D'Annunzio en Italia, Rostand en Francia y en España Benavente cuando sueña, y Marquina cuando poéticamente se asoma a la historia, y Linares Rivas en el emblemático *Caballero Lobo*, y Castro en el *Gerineldo* y en la refundición (libérrima) de *La Luna de la Sierra*, de Vélez Guevara. De allí que cada día el público se muestre más amigo del teatro clásico y más displicente ante el perennemente estúpido problema del adulterio... que siguen sirviéndonos ciertos europeos.

Los mismos Quintero, fotógrafos expertos, procuran condensar en sus obras o diluir en ellas (según) la mayor cantidad de ensueño. Ejemplos: La lucecita, que veía El Centenario, y el novelesco amor de Doña Clarines. El público aplaude estas tentativas. Tiene bastante el pobre con la enojosa y desabrida realidad diaria, y va a buscar al teatro un poco de generoso ensueño que lo reconforte. Ríe de buena gana los realismos, cuando son amables sátiras de la vida, pero en cuanto se les vuelven transcendentales pone gesto de pocos amigos. Quien dude de que volvemos al teatro poético con el ímpetu del hijo pródigo a los brazos de su padre, que lea cuanto se refiere al triunfo de Rostand en Chantecler.

«Todo es Chantecler, todo para Chantecler» -decía sonriendo, en víspera del estreno de la obra de Rostand, Enrique Gómez Carrillo.

Todo es Chantecler, todo para Chantecler... Los ministros y los embajadores que, por lo general, tienen poco respeto por los poetas, ahora se inclinan ante Rostand como ante un semidiós. Los periódicos publican cada mañana los nombres de los elegidos que han gozado de la sin par ventura de asistir a la repétitión de algunas escenas. Ayer era Clemenceau; anteayer Briand; hoy, según se asegura, será el mismísimo Fallières. Mas esto no es todo. En las tertulias bulevarderas de los iniciados, un rumor halagüeño y extraordinario circula desde hace algunos días. «El príncipe heredero de Alemania -dicen los que todo lo saben- va a venir de incógnito a París, con objeto de ver el estreno.» Y aunque la noticia probablemente es falsa, no tiene en el fondo nada que pueda extrañar a los parisienses, que viven en una atmósfera obsesionante de «chanteclerismo», que no piensan sino en Chantecler, que no hablan sino de Chantecler.

¡La «chantecleritis» nacional! -exclama un ironista.

No hay, en efecto, más que leer los periódicos puramente noticiosos, ajenos a toda literatura y desdeñosos de toda estética, para comprenderlo.

He aquí el *Matin*. En su primera página encontramos algunas noticias que nos interesan. «Un ministro -dice una de ellas- no puede aceptar ninguna invitación desde el 1.º de Enero, pues desea estar libre la noche del estreno de Chantecler.» Y otra: «El doctor Cazin, distinguido cirujano de la Cruz Roja, contaba el otro día que dos clientes suyas, de la más elevada alcurnia, enfermas de cuidado y que deben ser operadas, se niegan a dejarse operar antes de haber asistido al estreno.» Y otra: «Un multimillonario americano, que había tomado un palco para la première de Chantecler, creyendo que se verificaría en la fecha señalada, o sea hace más de quince días, y que tenía urgencia de volver a Nueva York, se queja de los perjuicios que los aplazamientos de la

Librodot

gran solemnidad le causan; pero no consiente en marcharse antes de haber oído cantar el gallo simbólico.» Estos son los «grandes casos», los casos dignos de publicarse.

Pero no son ni los más interesantes ni los más conmovedores. Otros hay, menos conocidos, que indican mejor el entusiasmo popular.

-En las fábricas -decíame ayer un amigo- los obreros toman una butaca para Chantecler, como en España las cigarreras compran un billete de lotería de Navidad. Cada uno pone una peseta. Luego, solemnemente, se rifa el papelito cobr de rosa. El que lo gana, asistirá en nombre de todos a la fiesta magnífica.

En los círculos literarios, la fiebre es increíble.

-¿Va usted al estreno? -se preguntan todos los *chers confréres* al encontrarse.

Y todos contestan:

-Sí... Sí... Naturalmente...

Pero, en realidad, son muy pocos los que tienen la suerte de haber recibido una butaca. Y los demás intrigan, y sufren, y se creen humillados...

Para la Prensa extranjera, como un gran favor, Rostand ha dado cuarenta butacas. «Somos los cuarenta escogidos -decíame mi querido Ricardo Blasco que, como todos lo saben, es uno de los corresponsales aquí más estimados y más conocidos-; somos los cuarenta envidiados.» Yo comencé por sonreír. Mas luego, viendo que por mi modesto fauteuil se me ofrecen ya, no ciento, sino hasta mil francos, he llegado a ponerme serio.

¡Una butaca de doscientos duros!... ¡Pensar que hay muchos periodistas que pagan tal suma!...

-¿Qué quiere usted que hagamos? -preguntan los que han venido de Nueva York, de Chicago, de Berlín, de Viena, con el encargo de hacer la «crítica» telegráfica del estreno-. Si no asistimos a la première, no habremos cumplido con nuestro deber, y nuestros directores nos harán los cargos consiguientes...

-¿Tanto interesa Chantecler en vuestros países? -preguntan los escépticos.

-Más de lo que se cree, pues la fiebre no es nacional, sino internacional... Los italianos, sobre todo los ardientes y sonoros italianos, no duermen pensando en Chantecler. «Todos los grandes poetas toscanos -dice el Secolo- se disputan con acritud el honor de traducir la obra desconocida.» En Inglaterra y en Alemania pasa algo por el estilo.

Sólo en España tienen razón. Porque de una comedia que es toda magia verbal, toda alarde de ingenio, toda juego de luces, qué es, os pregunto, lo que se puede traducir...

Hasta para contar el argumento creo que Ricardo Blasco se verá esta noche en gratides apuros, cuando, después de cada acto, tome su pluma de escritor telegráfico y se diga: «Hay que comunicar esto a Madrid cual si fuera el relato de una batalla».

***

Y después del estreno, y aun cuando la obra de Rostand no es extraordinaria ni mucho menos, la magia omnipotente, de la rima se enseñorea de tal suerte de las almas, que la propia aridez crítica se vuelve toda flores.

L'Action, de Mr. Henry Berenger, dice:

«En una época en que la poesía parecía imposible ya para el teatro, Edmundo Rostand ha tenido la gloria de rejuvenecerla» («rejuvenecerla» digo yo, a ella que es la eterna juventud), de crearla de nuevo, de adaptarla a todos los movimientos de la acción, a todos los estremecimientos de la vida, a todos los sobresaltos del alma. Ya rápida y desnuda como una prosa, ya sonora como una

Librodot

risa y lírica como un ensueño, esta poesía multiplica el prodigio de un drama, cambiante como la vida misma, pájaro maravilloso que ora marcha sobre la tierra, ora canta al cielo, y cuyo plumaje, por momentos replegado, se despliega y se alza de pronto con musical irradiación de alas endiamantadas».

Decid francamente si soñabais que en París y en el siglo XX la poesía obtuviese de la crítica sufragios tales. Mas no es esto todo. Oid al flemático *Times*, que exclama:

«Es una obra llena de delicias literarias, de alta fantasía, de extraordinaria virtuosidad en la versificación -acrobatismo he oído decir-; algunas veces hay en ella verdadero fervor lírico que está inspirado por el sincero amor y conocimiento de la naturaleza en sus más secretos repliegues. Es nuevo, es ingenioso, es divertido esto como espectáculo. Es, en una palabra, una obra extraordinaria que sólo Rostand podría concebir».

Y el *Daily Chronicle:*

«La literatura francesa es todavía más rica ahora que ayer. Gracias al genio de M. Rostand acaba de recoger una herencia nueva y gloriosa.

¡Cómo alabar cual conviene esta exquisita pieza en verso con sus sátiras y sus respuestas espirituales y su exposición franca de los pecados humanos:

la vanidad, la charlatanería, la hipocresía y la arrogancia! Es Voltaire combinado con Rabelais, sin la vulgaridad del uno y sin la amargura del otro».

Y así, los periódicos todos del mundo. Hemos visto, pues, a las naciones cultas del planeta ocupadas en discutir apasionadamente durante meses una obra del teatro poético. A quien después de esto dude del nuevo fervor espiritual que enciende los corazones del reinado nuevo del alto señor que se llama Ideal, ¿qué podríamos decirle?

Y con respecto a aquellos que lamenten la caída del realismo, que no se desconsuelen más de lo oportuno: nada pierden. Decir que una obra es realista, no es precisamente decir que pinta la vida tal cual es. La vida tal cual es, sólo la pintan los poetas. Retratar con la pluma, con la palabra, con el pincel, es, en suma, fisiológicamente imposible. En las escuelas se ha llevado a cabo este experimento que espero convencerá a los amigos apasionados del realismo. Se les ha mostrado a varios alumnos un paisaje o una habitación amueblada, o simplemente un cuadro. Se les ha hecho que los miren con detenimiento y en seguida se les ha pedido que describan lo que han visto. Pues bien, no ha habido jamás dos discípulos que estén de acuerdo. Todos ven cosas diferentes o ven las cosas de distinto modo. Si cuatro artistas pintan un rincón pintoresco, diferirán los cuatro de tal modo al pintarlo, que apenas podrán compararse los cuatro lienzos. Cuando los Goncourt dijeron que el arte era un rincón de naturaleza visto a través de un temperamento, condenaron en absoluto el realismo, porque los temperamentos no fotografían, no traducen siquiera.

Crean con los elementos exteriores extraordinarias arquitecturas internas...

Pero volvamos al drama poético.

***

El triunfo -más ruidoso aún que el de Rostand- de Gabriel D'Annunzio en La Nave, es otra prueba de la sed de entusiasmo y de ensueño que tienen los públicos civilizados.

En Madrid, la devoción con que va a oírse al Benavente idealista, al de Los Intereses Creados, al de El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, al de La Escuela de las Princesas, refuerza mi decir.

El verso, proscrito momentáneamente de la escena, es acogido de nuevo como amo y señor, y el ilustre autor dramático que dijo que en España el porvenir del teatro está en el renacimiento poético, tiene mil veces razón.

Así lo cree conmigo el ya citado Álvaro Alcalá Galiano, quien, comentando las palabras que subrayo, añade:

«En Francia, en Italia, en Inglaterra, los poetas se han alzado victoriosos contra la prosaica escuela decadente, como hicieron los románticos antaño contra la frialdad clásica de la vieja escuela que derrumbaron. A principios de este siglo vemos la inspiración poética rompiendo de nuevo la superficie de hielo que cubría el volcán apagado».

***

Pero no es esto todo. No sólo triunfa la poesía en el teatro, sino que triunfa la Historia poéticamente evocada, como en los tiempos de Shakespeare o en los de Schiller y Víctor Hugo.

La historia en la vida -dice nuestro Álvaro- como en la escena, es la mejor educadora de los hombres, porque ha producido los más grandes dramas en la realidad, como las más hermosas obras en el teatro.

«Es el pasado en donde se combina la realidad con la poesía, el ideal con las tablas, el esplendor del cuadro que evoca la mise en scène, con la fuerza dramática de las pasiones. Así lo entendió el propio Ibsen en *Catilina y Emperador y Galileo*; Maeterlinck en *Monna Vanna*, y hasta Sudermann al dar una espléndida evocación del antiguo Oriente en su tragedia bíblica *Johannes*. Tener en estos prosaicos tiempos de la escuela moderna un psicólogo como Paul Hervieu, abordando el gran drama histórico *Theoroigne de Méricourt*, es prueba de que para los dramaturgos, como para los poetas, el pasado es fondo inagotable de inspiración que seduce al artista y logra deleitar al público. En Italia, Gabriel D'Annunzio, con *Francesca da Rimini*, intentó unir la forma poética y el drama. En Francia, los triunfos inolvidables de Edmond Rostand con *Cyrano de Bergerac* y *L'Aiglon*, hacen prever que este renacimiento poético del teatro tendrá lugar al abrir las viejas páginas de la Historia, evocando de nuevo ante el mundo la resurrección ficticia de sus héroes, sepultados en la tumba del olvido».

Tengamos, pues, fe, ¡oh señora poesía!, ¡oh alta musa! El mundo es todavía tuyo. Te creyeron muerta, pero dormías únicamente; como la hija de Jairo.

Vuelve a las tablas de donde te proscribió la árida dramaturgia de última hora, para arrastrar ante los públicos en éxtasis tu manto de emperatriz. ¡Oh musa que hablaste por las bocas de fuego de las Rachel, de las Ristori y de las Sarahs: tuya es de nuevo el alma humana! ¡Tómala en tus brazos, sacúdela, ennoblécela, vivifícala y lánzate otra vez con ella hacia el azul, en medio del abejeo de las estrellas.

- XVIII -

El teatro poético.
(2.º Informe)

Será preciso que vuelva a hablar a ustedes del teatro poético.

Librodot

Trátase de la cuestión palpitante.

La idea está en el ambiente y cada día obtiene un más señalado triunfo en Europa.

No cabe ya ignorarla ni desdeñarla.

El teatro realista, de costumbres (¡y qué costumbres nos viene pintando desde hace veinte años, Dios eterno!), rinde una batalla decisiva. El público da la espalda a las miserias de la vida para volver los ojos a la única realidad, a la interior arquitectura de su ensueño.

Cada día una nueva obra «poética» viene a reforzar el caudal de este teatro del porvenir.

Ahora quiero hablar de tres de estas obras, casi simultáneas: una tragedia italiana *La Beffa*, de Benelli, que acaba de triunfar en París; una comedia española, *Las figuras del Quijote*, de Carlos Fernández Shaw, y una pieza para niños representada en la Comedia, de Madrid, *La Cabeza del Dragón*, del incomparable Valle Inclán.

La Beffa es una tragedia toscana, esencialmente poética. Su acción hace pensar en Boccacio y en sus continuadores. «Es -como decía el mismo Benelli- un encaje mojado en sangre».

He aquí como refiere un cronista el argumento de la pieza:

«El caballero Gianneto Malespina tiene una linda querida que se llama Ginebra.

Una noche, los hermanos Neri y Gabriel Chiaramantesi, bravos de oficio, enamorados de la dama, meten a Gianneto en un saco, lo echan al Arno y se creen dueños de amar sin ser molestados por nadie. Pero Malespina se salva de la cruel beffa y, a su vez, logra hacer encerrar como loco al mayor de los Chiaramantesi, al terrible Neri. «Ya ves -le dice- que la maña vale más que la fuerza. Tú eres hercúleo. Yo soy ingenioso. Tú estás aquí atado con terribles cadenas, mientras yo consuelo a la rubia Ginebra de tu ausencia».

Al cabo de algunos días, Gianneto hace poner en libertad a Nieri y le dice: «Esta noche, si quieres matarme, ven a casa de la Ginebra. En su cama me encontrarás, amoroso y decidido. Ven. Señor loco, ven».

Al mismo tiempo la Ginebra ha dado cita al menor de los Chiaramantesi, a Gabriel, de modo que cuando Neri, loco de œlos, entra en la alcoba con el puñal en la mano, en vez de matar a su enemigo, mata a su propio hermano.

Historias como ésta -concluye el expositor- las hay a millares en la literatura toscana de antaño y hogaño. Pero lo que no abunda en ningún país es ese acento feroz y lírico de deseo, de odio, de venganza, de heroísmo, de traición y de burla. Ese acento es el que ha triunfado en Italia y en Francia».

Ese acento, digo yo, sólo puede producirlo el teatro poético y llega ahora casi con el prestigio de la novedad, después de tantos y tantos años de diálogos familiares, en que los conflictos amorosos son siempre pedestres, en que se dicen máximas de mundología mediocre, en que la mujer engaña al marido por interés o por vicio, no por pasión...

París tiene el delito de todo eso y por ello triunfa *La Beffa.*

Por la primera vez desde que París existe -dice Gómez Carrillo- una obra extranjera cuyo autor es joven, obtiene un éxito grande, ruidoso, unánime y sin ninguna clase de restricciones, como aquellos que acogieron las comedias de Ibsen y de D'Annunzio, en tiempos de Sarah Bernhardt como actriz y sin Jean Richepin como poeta, la tragedia toscana habría triunfado. Hay tanta poesía en esas aventuras florentinas, que son ligeras cual encajes y ardientes cual fiebres!... Al solo ver, cuando el telón se levanta, los trajes de los señores del Renacimiento, amplios y solemnes y cubiertos de oro como las túnicas de los iconos bizantinos, la magnificencia del siglo de Miguel Ángel comienza a alucinarnos. Y luego, al oír el nombre de Lorenzo de Médicis, la ilusión se completa y se precisa.

¡Lorenzo el magnífico!...

Toda la belleza galante acude a nuestra imaginación para fascinarnos en cuanto oímos este nombre. Porque Lorenzo el magnífico es, al mismo tiempo, el espíritu pagano y la pasión cristiana; es el arte impecable, es la sutileza platónica, es la elegancia oriental, es el lujo estupendo y es, asimismo, la crueldad más refinada y la más refinada cortesía: y es el amor voraz, que devora las almas cual un incendio; el amor con sus divisiones horrores, el amor hecho de celos y de lujuria, el amor florentino, en una palabra».

El amor poético, digo yo, para concluir.

***

En cuanto a *Las figuras del Quijote,* trátase de una ampliación de cierta obrita muy bella, que gustó en Apolo en su tiempo y que se llama *La venta de Don Quijote.*

La idea es muy simpática y muy poética al propio tiempo:

Un día, cierto genio que paseaba por ruines pueblos de la Mancha su manquedad y su inopia, topa con una mezquina venta donde por vil precio le dan más vil hospitalidad aún. Come las sobras de la cocina, duerme en el pajar o en el patio sobre los bultos que la arriería ha de cargar mañana en los tardos mulos. Y aun así el ventero juzga que le da harto para lo que paga.

Un día llega a la venta con gran estrépito, produciendo un escándalo y una alharaca inconcebibles en la modorra y el sosiego insípido y pertinaz del campo, un pobre loco de los contornos. Este sueña con desfacer agravios y remediar entuertos. Lleva en el alma un casto y luciente penacho de ensueños... Ama un fantasma blanco, al cual ha puesto un nombre que es música en el oído y miel en los labios (*mel in ore melos in aure*). Pregunta quiénes son los oprimidos para remediarlos, quiénes las damas acuitadas para socorrerlas con la fuerza de su brazo... Todos reían de él menos el manco.

Por la noche, el loco, a quien un ímpetu de redención devora las entrañas, se levanta de su jergón y recorre la venta.

Una criada gorda y sensual que tiene cita con el novio en un pajar, topa con él en la sombra.

-¡Es Dulcinea! -exclama el loco.

Y allí de los juramentos estentóreos, de las líricas protestas a la princesa lejana...

Toda la venta se despierta. Jura el ventero, chillan las mozas ríen los arrieros. El loco con la espada desnuda rubrica el aire... Al fin todos ríen... menos el manco!

En esto llegan el cura, su sobrina y el ama. Van a recoger al pobre Quijano, que se les ha escapado...

Él se revela... pero el manco está allí, el manco que lo calma, que aprueba sus palabras, que finge creer en sus fantasmas.

El loco le tiende la mano y se la estrecha con una afectuosa y enérgica convicción.

-Vos, caballero, sois discreto y me comprendéis -le dice-. ¿Cómo os llamáis?

-Miguel de Cervantes.

-Pues sois el único que me habéis entendido. -Y se aleja con los suyos. El manco lo ve partir melancólico y exclama:

-Yo te haré inmortal, loco sublime.

Y escribe después el Quijote.

***

Veamos ahora, tras esta mi rápida exposición, las opiniones de la crítica.

Alejandro Miquis, que con extensión y seriedad se ocupa de la tendencia poética de la obra y de su importancia, nos dice:

«Nuestro teatro padece tremendo anquilosamiento por haberse encerrado en una orientación única y demasiado rígida, y el teatro poético (y de este tema, que está desarrollando actualmente en un caro colega un autor poeta, será necesario hablar extensamente) es una de las formas fuera de esa orientación que más urge llevar a nuestra empobrecida escena.

De cómo ha realizado el señor Fernández Shaw su idea llevando a la práctica su propósito, apenas si hay que hablar. *Las figuras del Quijote* no es, en realidad, una obra nueva: es una adaptación a ambiente distinto de *La venta de Don Quijote* que, con música de Chapí, aplaudimos todos durante muchas noches en Apolo.

Entonces la obra fue muy favorablemente juzgada por la crítica y ahora no sería procedente ni motivado el juicio de revisión. En todo caso procederá aumentar los elogios que en aquella época se hicieron al señor Shaw, ya que las variaciones importantes, se reducen a la sustitución de los cantables por bellísimas escenas en admirables versos, de que la amabilidad del autor nos permite ofrecer a nuestros lectores preciada muestra.

Lo que no sería de ningún modo procedente es discutir si es lícito llevar a la escena figuras como las de Don Quijote y su escudero, y sobre todo, si al llevarlas es posible que adquieran no ya más vida, sino la propia intensísima que en la novela tienen. Este problema arduo no es del momento.

Cuanto a la interpretación, no puede decirse que fue afortunada; pero tampoco me parece justo censurar por ella a los actores de Lara, que estaban fuera de su ambiente y alejados de su habitual medio de expresión.

Los actores actuales, deformados por el mal gusto del público, han ido olvidando poco a poco la tradición gloriosa de nuestro Teatro: no cultivan el verso ni hacen habitualmente sino tipos del día, y esto forzosamente ha de traducirse, por mucho que sea el talento de ellos, en deficiencias cuando llegan casos como el estreno de anoche. Es justo, pues, callar piadosamente los nombres de los equivocados y consignar sólo el de la señorita Alba, actriz que anoche logró la más completa consagración de su talento y de su arte, que muchas veces he elogiado aquí mismo. En la escena del segundo acto con don Alonso hizo una maravillosa labor de mímica facial, a que pocos actores pueden elevarse; y de tal modo supo expresar todas las impresiones que en la Pingajosa producían las palabras del Hidalgo, que bien puede decirse que nadie podrá hacer más ni mejor en ese papel.

Y ahora aguardemos a que el ejemplo del señor Fernández Shaw sea seguido y venga pronto ese Teatro poético que nos está haciendo muchísima falta».

***

Fernández Shaw escribió para su obra un prólogo en verso que siento no poder reproducir por su extensión y que no quiero mutilar.

Miquis le llama «lo más interesante de la función» y añade:

«En él, el autor ilustre de la *Poesía del mar*, el más grande ciertamente, de los poetas españoles actuales, hizo una, alta y noble declaración de propósitos: su obra era una tentativa mejor, la primera piedra aportada para un edificio ideal, sagrario guardador del alma hispana. Para un

Teatro poético y patriótico que haga resurgir la fuerza histórica de nuestra raza en nobles figuras para las que el señor Fernández Shaw quiere el habla de Rojas y el pensar calderoniano.

El prólogo, con tal contenido y con la forma magnífica propia de su autor, forzosamente había de ser una obra admirable y admirada, y así fue:

cuantas ideas en él expone el señor Fernández Shaw fueron subrayadas por el asentimiento del público, y en más de una ocasión fue el prólogo interrumpido por los aplausos, justos, calurosos y entusiastas, de todos.

El autor de *Las figuras del Quijote* ganó, pues, fácilmente la primera batalla y conquistó con su prólogo muchos partidarios fervientes para su idea. Realmente, nadie puede ser adversario de ella. El resurgimiento de nuestra raza, mejor aún el resurgimiento de nuestra patria, puede tener cuna y templo en el Teatro, y el resurgimiento del Teatro castizamente español ha de ser obra de los poetas que sepan, como Fernández Shaw, pensar hondo y sentir alto».

***

Toca, por último, sitio en esta somera reseña a *La cabeza del Dragón*, de Valle Inclán. Trátase de una obra para los niños, la cual viene a aumentar el acervo de ese Teatro Infantil que inició Benavente y del cual en diversas ocasiones he hablado a usted.

Todos sabemos que Valle Inclán es estilista máximo, y por lo mismo nada tiene de raro que su obrita, ingenua por aquellos a quienes se dirige, sea pulida y preciosa como cuanto es suyo.

Trátase de una fábula de un interés intenso, de un colorido de estampa, desarrollada con la instintiva técnica y maestría peculiar de su autor.

He aquí, pues, las tres valiosas contribuciones al teatro poético.

Pero hay algo más: hay un estudio muy jugoso y cálido de Marquina, el que nos prometía el mes pasado, y que trata a fondo la cuestión.

Mis informes son, más que todo, una revista de ideas, de opiniones, de doctrinas acerca de aquellas actualidades docentes que usted, señor ministro, se ha servido señalarme.

Fuerza será, por tanto, que reproduzca el pensamiento de Marquina, que tan bellamente ilustra la importantísima cuestión.

Dice, pues, el poeta lo siguiente:

El Teatro Poético. -El fondo del problema.

Los que quieren hacer del «drama histórico» una reproducción científicamente exacta de un hecho pasado cualquiera, están tan alejados del verdadero teatro poético, como los cultivadores del teatro moderno en su acepción verista, realista, naturalista o francesa, como yo acostumbro a llamarla, con un apelativo inexacto, pero que evoca el género de una manera más amplia y comprensiva.

Lo primero que resultaría anacrónico en un teatro histórico con pujos de realidad científica, es el verso. Consta que en época alguna han tenido los hombres por costumbre metrificar ni rimar la expresión de sus propios sentimientos en el dialogar ordinario de la vida. Y suprimido el verso, que lleva consigo una «tónica» general en todo el drama, caen con él muchos de los artificios, adornos, licencias y libertades, que son otras tantas necesidades de la expresión y que, en el drama histórico, por un consentimiento tácito y usual, se vienen permitiendo.

Aún cabría sutilizar las exigencias y no consentir en cada drama histórico el empleo de giros, palabras y locuciones que no constaran en el léxico conocido de las épocas respectivas. Así

Librodot

resultaría un drama escrito en castellano del siglo XII o XIII perfectamente incomprensible para los espectadores de hoy.

Extended a los accesorios, a la indumentaria, suntuaria arquitectura, etc., las mismas exigencias que se tienen con el idioma y su forma, mostraos tan implacables de estas exigencias como os permite y os enseña a serlo la verdad que preconizan las obras del día, y habréis hecho el teatro histórico, o inadmisible por faltar a estas reglas, o por atenerse a ellas, pedante, insustancial y fatigoso.

Cogido entre estos dos extremos, al teatro histórico no le queda otro remedio que desaparecer por anacrónico o arrostrar por incomprensible la fría desatención de sus espectadores.

La crítica, en ambos casos, cumple con su cometido condenándolo. Y, en general, eso venía haciendo la crítica con los escasos dramas llamados históricos que de cuando en cuando, como cadáveres galvanizados de un pasado muerto, se arriesgaban a levantar, en nuestros escenarios, el sudario de olvido que envolvía a todo el género.

En estas circunstancias, desde su pedestal de príncipe del teatro moderno, que la crítica unánime le había adjudicado, y por una de estas contradicciones que caracterizan a los ingenios extraordinarios, Benavente publica su famosa alocución llamando a los poetas al teatro.

Se dio al grito toda la resonancia que, por venir de donde vino, merecía. Pero, en general, se pensó poco acerca de este grito; muy pocos trataron de darle un sentido dentro de la tónica general del teatro de Benavente; casi ninguno se preguntó para qué fin este hombre tan a la moderna llamaba a los poetas al teatro, y, a la vuelta de un par de años, hemos de confesar que la alocución citada se ha olvidado casi, que las cosas siguen estando como estaban, y que muy contadas personas echan de menos a los poetas en las tablas de los escenarios.

Y, sin embargo, la idea del teatro poético sigue abriéndose paso. En estos dos años, Benavente logra dos éxitos excepcionales con *Los intereses creados* y *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, dos obras francamente «poéticas»; en Francia, Rivoire, con *El buen rey Dagoberto* resucita las grandes noches de la Comedie française; Rostand halla modo de entretener la curiosidad mundial durante algunas semanas con su *Chantecler*; en Italia, D'Annunzio convierte en solemnidad nacional el estreno de *La Nave*; desde Bélgica logra Maeterlinck, con su *Pájaro azul*, un éxito europeo... Y al lado de esto, Bernstein se ablanda, Capus se aburguesa más cada día, Donnay fatiga: una ráfaga de cansancio y de duda parece helar de antemano los últimos brotes raquíticos del ingenio francés. El artificio de los medios tonos prudentes que acusa las épocas de agotamiento, mancha de la mediocridad la producción transpirenaica. Las tragedias abigarradas del mundanismo trashumante, la horrenda miseria moral del París moderno, las convulsiones sociales, a veces sangrientas, con que pasado y porvenir están librando sus combates en el fondo de la conciencia actual, no inspiran a los dramaturgos franceses ni una fábula digna del momento, ni una máscara en armonía con semejante fábula.

Su teatro es una columna plástica de la revista o del periódico. Los autores dialogan en él la «Crónica del día» y nada más. A fuerza de limitaciones y de timideces hemos desvirtuado por completo la dramática.

Ya el teatro no evoca la vida, la diseca. La ofrece disecada, inmóvil, inerte, en un momento único de su desarrollo, con todos los colores, con todas las flexiones, con todos los detalles del natural; pero muerta, inevitablemente muerta, sin raíces dentro de la tierra y sin perfumes en la violación del aire; sin pasado ni porvenir.

¿Dónde la salvación?

Librodot

Si lo que se pide es una fórmula, me va a ser muy difícil concretarla. Si la buena voluntad de mis lectores me quiere seguir acompañando, trataré de demostrarles que esta anhelada renovación está en el teatro poético.

Hemos hecho imposible el drama histórico por empeñarnos en que sea un drama «moderno»... de ayer. Y estamos acabando de matar el drama moderno por empeñarnos en que sea un drama «histórico»... de hoy. Es decir, que en ambos casos, lo que mata al Teatro no es el género de la producción, sino el modo de concebirla y la forma, correlativa de la concepción, en que la encerramos. Quitarle al pasado su «misterio» y quitarle al presente su trascendencia, parece que sea procedimiento moderno de verdadera ciencia y servicio meritorio de la verdad. Pero es, en realidad, un crimen de biología universal, una superchería odiosa y falsísima.

La pretendida verdad histórica es tan relativa y accidental y cambiante y dudosa como la pretendida verdad naturalista de ciertas obras que se precian de reproducir la vida moderna exactamente, cuando lo que hacen es detenerla para marcar, sobre un fondo, su silueta, de un momento.

Hay que llegar al fondo del problema. Y el fondo del problema, como procuraremos demostrar a nuestros lectores en otros artículos, es éste, de una vez para todas: en el teatro no se trata de verdad, sino de poesía.

E. Marquina. Me alegra ver que Marquina y yo coincidamos de tal suerte en nuestras apreciaciones, exponiendo él las mismas ideas que hace un mes exponía yo a usted en mi informe.

La verdad histórica, en efecto, no existe y es infantil condenar en nombre de ella al teatro poético.

Los hechos de que ha sido escenario el mundo son no sólo difíciles, sino imposibles de desentrañar, porque al producirse, los hombres que los presenciaban veían los de distinto modo, los narraban diversamente, y la imaginación de las multitudes los adulteraba en seguida. Pero los movimientos que han determinado estos hechos, sí son palpables, apreciables en todos sus detalles y constituyen el mejor documento, la mejor narración del hecho mismo; así como los vicios o virtudes de un hijo nos prueban hasta la evidencia los de sus antecesores.

Los mismos Evangelios, que son el documento por excelencia de la fe cristiana, no constituyen, como dice muy bien el Padre Loisy, «más que un eco, necesariamente debilitado y un poco mezclado, de la palabra de Jesús; queda la impresión general que Él ha dejado a sus oyentes bien dispuestos, así como las más hirientes de sus sentencias, tal cual han sido comprendidas e interpretadas»; pero en cambio, el movimiento del cual fue Jesús el iniciador, está ahí, nos rodea, vive, palpita, englosa media humanidad, y esa nos dice más sobre la naturaleza y la excelencia del Cristo que todos los cotejos y críticas de los sinópticos.

Ahora bien: los poetas, con su receptividad exquisita, retienen y luego formulan de una manera eterna estos grandes movimientos humanos, y por eso los verdaderos historiadores son un Homero, un Hesiodo, un Moisés y un Dante y un Shakespeare y un Cervantes y un Hugo; y por eso la obra poética es la única realidad incontestable; y por eso el teatro poético es el teatro por excelencia, del pasado, del presente y del porvenir.

- XIX -

Inauguración del teatro para los niños.

Librodot

Antes de lo que yo mismo imaginaba, el teatro para niños, de que recientemente hablé a usted, pasó del proyecto a la realidad.

El 20 de diciembre, y en el hermoso y elegante teatrito del Príncipe Alfonso, efectuóse la primera representación, con el éxito más franco y simpático que pudiera desearse. El día mismo de la inauguración, el ilustre Benavente decía en una de sus sabrosas crónicas de *El Imparcial*:

«Hoy empezará sus representaciones el Teatro para los niños. Nada diré de sus principios, por tener yo tanta parte en ellos. Otros autores vendrán después que justifiquen el elogio. Por ahora baste con alabar la intención y agradecer a la compañía del teatro y a su director, Fernando Porredón, el entusiasmo, la fe ciega, el desinterés absoluto puesto al servicio de la idea. En compañías de pretensiones y en empresas de fuste, no es tan fácil encontrar todo eso.

«No se aspira a la perfección ni mucho menos; es un ensayo, un modesto ensayo de un teatro en que los niños no oirán ni verán nada que pueda empañar la limpieza de su corazón ni de su inteligencia. No saldrán de allí con adquisiciones preciosas en su vocabulario, como la «*vértiga*», la «*órdiga*» y otras expresiones. No se iniciarán en los encantos del garrotín y del molinete.

«Si la idea fracasara y yo tuviera la conciencia de que no era por culpa mía ni de cuantos han de ayudar y servir en la empresa, hago voto solemne de escribir, en desagravio de mi error y agravio de lo ajeno, una «cachunda» de gran espectáculo, que dedicaré a cuantas y cuantos se lamentan de la inmoralidad en el teatro».

A pesar de la ligera tinta de irónico pesimismo que se trasluce en las líneas anteriores, la idea ha prendido y el éxito es para alentar a cualquiera. Claro que se necesitan autores que ayuden a Benavente; ¿pero podrían faltar en esta España, tan fecunda en obras teatrales, unas cuantas para los niños, para los que son la verdadera España nueva?

Que el éxito es sólido pruébanlo no sólo presunciones afectuosas como las mías, sino afirmaciones amplias de la crítica madrileña.

José de Laserna, el sagaz crítico de *El Imparcial*, refiriéndose a la inauguración del Teatro para los niños, dice:

«Una hermosa iniciativa de Benavente comenzó a realizarse ayer, y con tanta fortuna y tan brillantísimo éxito que, apenas comenzada, pudiera decirse que está ya concluida.

No ha sido un ensayo con la vacilación y la inseguridad de los tanteos en las primeras pruebas de una obra magna, casi sin precedentes:

ha sido la obra misma que surge perfecta, en cuanto cabe la perfección humana, del genio creador de tantas obras admirables.

Hágase el teatro, dijo, y el teatro fue hecho.

Ya tienen nuestros ingenios y nuestros poetas la pauta que seguir y el modelo a quien imitar, y, a su imagen y semejanza, la conquista de los más frescos laureles y los más puros sufragios a que puedan aspirar los sabios y los buenos.

«Que los niños se diviertan y que los grandes no se aburran.» Ahí es nada, hinchar... esta fórmula. Ayer los grandes y los chicos se confundieron en el mismo deleite y todos a una aclamamos al supremo hacedor de tan encantadores mundos de poesía, de ternura y de gracia, de compasión y de piedad también.

Las tristes realidades humanas que en la comedia primera, ya elocuente en su titulo -Ganarse la vida-, nos mueven a la conmiseración de los explotados y los oprimidos, ofrécense como contraste a las ideales fantasías de *El príncipe que todo lo aprendió en los libros.*

Librodot

Ganarse la vida, es una preparación, un anticipado reverso de *El príncipe azul*, y así estas dos caras de una misma medalla se completan en un todo indivisible de continuidad.

Perdón, Juanito; perdón, Mariquita, si me pongo pedante y os hablo un lenguaje que, afortunadamente, no comprendéis. Es que yo soy ya grande; y esto, el hacerse grande, es una cosa que da lástima que les pase a los chicos, según acaso hayáis ya leído en alguno de los siete u ocho kilos de libros con que os veo ir cargados todos los días al colegio.

Fijaos en el príncipe azul, el que todo lo aprendió en los libros y no aprendió nada, y lo comprenderéis. Lo mejor que aprendió aquel príncipe bueno, generoso, valiente, fue en la vida. Los libros, casi todos los libros, andan todavía por un lado y la vida por otro.

Pero es preciso que os fijéis en aquellos dos pobres niños «que se ganaban la vida» en casa de sus avaros y descastados tíos, y no les pongáis polvos de pica ni les tiréis pellizcos como su primo el rico, y compadeceos por la severidad con que se les trata y amadlos por la bondad de su corazón y por el filial sacrificio que hacen escribiendo a su madre lo contentos que están, lo bien que lo pasan... y lo escriben llorando.

Luego veréis al príncipe azul «que realizó sus ensueños porque creía en ellos».

Las hadas generosas que buscaba, los monstruosos ogros que temía y que los libros le enseñaron, no existen; pero hay hadas y hay ogros, unas que venerar y otros que destruir, porque éstos son los verdaderos ogros que se tragan las casas y las tierras de las víctimas de sus sórdidas garras, y aquéllas las verdaderas hadas que infunden el ánimo, la nobleza, el bien.

La ciencia, ¡ah, la ciencia! Cuando el príncipe ha de escoger, perdido en el bosque, entre dos caminos, su preceptor, eminente, vacila.

La carta geográfica no está clara. Pero era que el preceptor saltó dos líneas. La ciencia no se equivoca nunca. Los que se equivocan son los sabios, lo cual no es igual, aunque viene a ser lo mismo...

Decir la luminosa fantasía, la poética inspiración, la ironía sin hiel, la gracia infantil, la fluyente ternura que Jacinto Benavente derrama a raudales en este cuento de *El príncipe azul*, con ingenuidades de Perrault y ráfagas de Shakespeare, no sería posible más que reproduciéndolo entero. Y ni aun así, porque la acción escénica, la plasticidad de las figuras, los trajes, las luces y las «láminas» que como apropiado y deliberado ornamento semejan la decoración, realzan y avaloran lo positivo y lo irreal que en tan armoniosa ponderación y tan igual intensidad en este precioso cuento nos regocijan y nos conmueven a todos, porque ni es grande para los chicos, ni chico para los grandes. He aquí la fórmula.

Niños y poetas...

No me atrevo a decir: ¿qué más da?

Temo que Nanito, Polito y Rucito, tres niños -¡qué niños!- abandonados al «cine», me motejen de cursi...

Pero, en fin, los poetas en verso -como el poeta en prosa- cantaron ayer el nacimiento del nuevo teatro.

Curiosidad, de Catarineu, es un pedazo de corazón y un primor de arte. Catarineu tiene hijos. Es poeta. ¿No he dicho ya bastante?

Te voy a contar un cuento, de Rubén Darío (que leyó muy bien Nilo Fabra), tiene todo el preciosismo, toda la armonía y todo el ritmo de la musa principesca y fantasista del exquisito vate americano.

A los niños, de Marquina, es una poesía cálida, vigorosa y trascendente, que leyó su autor con la misma sincera emoción que palpita en sus versos, y que se nos transmite dulcemente.

Librodot

Porredón, que hubo dado lectura a la composición de Catarineu, lo hizo de la de Campoamor *El buen consejo*, para digna coronación de esta parte de la fiesta, que acogió el público con calurosos aplausos y demanda de repeticiones. Fabra y Marquina leyeron dos veces.

Todos los actores de la compañía rivalizaron en su trabajo, y ténganse todos por beneméritos en tan nobilísimo empeño, así como el escenógrafo Muriel, hijo, y la empresa y dirección que tanto entusiasmo han puesto en el Teatro para los niños.

Mas el primer vencedor de ayer fue Benavente. Se le aclamó, se le ovacionó, se le dieron vivas.

Ahora... Hacen falta más niños.

Pero, por Dios, que no vayan Nanito, ni Polito, ni Rucito, que se van a aburrir».

Ya ven ustedes cómo esta crítica, en la que hay amenidad y gracia liberalísimas, me evita decir a mi vez la impresión que produce la bellísima obra inaugural intitulada *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, que acierta a embelesar de la propia suerte a los niños grandes y a los niños chicos. Pero no es sólo José de Laserna el convencido, el que alaba con elogios cálidos, el que cree en el triunfo de la idea empollada por el ilustre autor de *Los Intereses Creados*; otro crítico, el de *El Liberal*, dice bellamente, con generosa comprensión alentadora:

«Benavente es un ser excepcional. Lo que él discurre, siente y expresa, se sale de las reglas que gobiernan la vida.

Al solterón impenitente, que atento a su propio bienestar huye del matrimonio para evitarse asperezas y sinsabores, le suelen molestar los niños.

No disculpan sus travesuras, ni tienen nunca para ellos un amable perdón.

-Los niños, a la cama -dicen si es de noche.

-Los niños, lejos. Nunca con las personas mayores -exclaman de día.

La cuestión es no ver nunca a los niños. Ellos saltan, chillan y molestan; se alteran los nervios, se perturban las digestiones. ¡Y luego lo que hacen sufrir cuando caen malitos!

Nada, nada de chicos, ¡Que los aguanten sus padres!

Benavente es soltero, y, sin embargo, ama a los pequeñuelos. Y ahora da en la diabólica idea de construir un teatro de niños, donde, sin que se aburran las personas grandes, empiecen los chicos a ver la vida tal cual es, conduciéndoles de la mano por una senda de saludable alegría, que al mismo tiempo les sirva de beneficiosa enseñanza.

¿Qué guía a Benavente en su admirable intento? ¿El amor a los niños?

¿Será acaso una satisfacción a la mujer, que instintivamente odia al solterón porque fue invulnerable a los ataques de Cupido?

Yo creo que Benavente no siente remordimientos por nada; y si va a esto del teatro de los niños, es porque tan alto ingenio, antes que dramaturgo, es un poeta de exquisita sensibilidad y busca en el amor a los niños un manantial de inspiración, que otros grandes poetas hallaron en las flores, en el mar o en las estrellas.

Esto es el Teatro de los Niños, inaugurado tarde en el lindo coliseo de la calle de Génova con brillante éxito. La obra de un poeta. De un gran poeta, que ama la vida en su más hermosa manifestación. La idea es bellísima. Si fracasa en su noble intento el eximio autor de Por las nubes, no será suya la culpa. Es una obra que requiere el concurso y la ayuda de muchos. Benavente, aun siendo formidable el empuje de su talento, no podría por sí solo convertir el proyecto en realidad. Es indispensable que los Quintero, Linares Rivas, Marquina, Catarineu, Palomero y otros buenos poetas secunden al esclarecido autor y hagan teatro para los niños.

Entonces, sí; entonces el triunfo será seguro, y mientras los pequeñuelos ríen y se divierten, los grandes saborearemos las infinitas bellezas que en sus «producciones infantiles» pondrán los poetas.

Ayer mismo experimentamos dulcísima emoción, suave y tierna alegría con el cuento de Benavente El príncipe que todo lo aprendió en los libros.

Cuento primoroso, preñado de una amable ironía hacia esas fantásticas narraciones que embelesan a los niños y de las que «echamos mano» cuando, rebeldes a nuestros mandatos, procuramos infundirles pavor con ogros, brujas, hadas y príncipes encantados.

Los niños se divirtieron mucho con el cuento de Benavente. En los grandes produjo verdadero asombro el ingenio de este hombre, que en tan diversas formas se ofrece a la admiración general.

El teatro de los niños está en marcha..».

Sí, en marcha está, en efecto; y hasta yo, el único hombre de raza española que no lleva quizá en el bolsillo una pieza en tres actos, si alguna vez he sentido tentaciones de escribir para el teatro, es ahora que se trata de coadyuvar a la óptima obra de Benavente.

Me consuela, sin embargo, la idea de que en otros géneros algo y aun algos he pensado y publicado para los niños y de que toda la producción de mis últimos años puede ponerse sin recelo entre sus leves manos impacientes y bajo sus diáfanos ojos curiosos llenos de porqués.

NOTA.-El anterior informe se cerró en diciembre. Ahora, en enero, el teatro para los niños ha sido reforzado con una bella pieza más, debida por cierto a un americano, al joven y vigoroso escritor peruano don Felipe Sassone.

- XX -

De la supuesta decadencia de la literatura novelesca y teatral.

¿Decae la literatura en Francia? Los editores se quejan de que ya no se producen ni se leen novelas como antes. Los empresarios de teatro ponen el grito en el cielo porque no pueden enriquecerse en tres años. ¿Qué debemos pensar?

Ante preguntas como ésta lo mejor es consultar la opinión de quienes se hallan en plena brega literaria con nombre y prestigio.

Así lo ha juzgado un publicista francés, que habiéndose dirigido a J.

H. Rosny y a Lucien Descaves, obtuvo respuestas por todos conceptos interesantes.

J. H. Rosny (¿quién no conoce a este cerebral lleno de originalidad, miembro de la Academia Goncourt, cuyas admirables novelas, en las cuales sirve casi siempre de teatro la virginidad de la tierra en los viejos milenarios, hemos paladeado deleitosamente?), J. H. Rosny, digo, se muestra desalentado en su respuesta:

El estado actual de la literatura y de las artes -exclama- es excelente, puesto que el número de hombres de talento crece sin cesar!

Pero el citado de los literatos y de los artistas es, en general, execrable, ya que el número de los que mueren de desesperación y de miseria crece también incesantemente. Mientras yo escribo estas líneas, millares de hombres y mujeres jóvenes se disponen a venir y aumentar el desolado ejército de las artes y de las letras. No hay más remedio que dejar a todas estas pobres víctimas estrellarse contra la implacable realidad.

Librodot

Algunas veces yo he pedido un ministerio destinado, no al Estímulo, sino al Desaliento de las Bellas Artes, pero ya no lo reclamo. A lo que parece, este ministerio sería tan impotente contra el pulular de escritores, de pintores y de escultores, como S. M. el Rey de Italia contra los terremotos..».

Y este reproche es maravillosamente justo. Yo, en mi pequeño radio de acción, lo advierto con profunda pena. Todos los días me escribe o se me presenta, en busca de estímulos más o menos platónicos, algún joven escritor o poeta, español o hispanoamericano. Generalmente, tan generalmente que apenas sí hay una sola excepción en el año, este muchacho no tiene talento. Basta hojear el inevitable cuaderno más o menos sucio que trae en la bolsa de pecho de la americana, para convencerse de ello.

Después de haber tenido (y es mi caso) la paciencia de leer muchos centenares de tonterías en prosa o verso, se adquiere un olfato conspicuo... A las primeras líneas advierte uno que el joven aquel no hará nada, que es un candidato más a la miseria, que se pasará la vida escribiendo al margen de los diez o doce que tienen verdadero talento en la actualidad; que va a perder lastimosamente su tiempo y -lo que es peor- a hacerlo perder a los otros. Que nunca logrará tener segunda túnica...

como los apóstoles, y que restará para siempre a sus semejantes una actividad apreciable, valiosa quizá, si la empleara en otras cosas.

Vuestra lealtad en casos así, os sugiere decir, suave, eso sí, muy suavemente, alguna de estas verdades al neófito. Yo confieso que varias veces he oído la voz de mi lealtad... Pero, ¡ay de mí!, lejos de agradecerme el noble consejo, nuestro candidato a inmortal se revolverá contra mí con dientes y uñas:

me llamará Dios menor, me acusará hasta de haberle plagiado alguna ideíca e irá a escribir a su provincia española o a su nación sud-americana horrores sobre mi tergiversada y simple personalidad.

Hay, pues, que dejarlos que se estrellen, como dice Rosny, que se coman los codos de hambre, que no tengan jamás camisa limpia, que acaben como moscas ahogadas en ajenjo, que sean la lata de los propietarios de revistas y de los amigos piadosos... todo menos disuadirlos de que escriban versos o prosa. Cuando a un hombre se le ha incrustado en la cabeza que es literato, poeta, artista, nada en el mundo tendrá fuerza para desenraigarle tal idea. Acabará quizá, aporreado por la indiferencia unánime, despreciando él a su vez a los verdaderos literatos, poetas o artistas; mas no sin guardar celosamente en algún cómplice cajón de su escritorio un manojo de versos amarillento, que diz que la envidia y la malevolencia se empeñaron en no apreciar.

¡Dios mío, y sin embargo, es tan fácil, como dijo Voltaire (si mal no recuerdo), no escribir una tragedia en cinco actos! ¡Hay tantas brillantes y bellas actividades que ejercitar en la vida!

La economía política -aunque hoy, piadoso lector, van resultando ya más economistas que poetas-, la sociología las incontables ramas de la fisiología, la microbiología, la astronomía, la física del globo, las exploraciones de todos géneros, los mil problemas mecánicos de resolución relativamente fácil y llena de promesas pecuniarias, etc., etc., ofrecen campos infinitos a la perseverancia mental.

El mundo está aún lleno de secretos y de bellas esperanzas. La riqueza nos rodea. La fortuna sólo aguarda para entregarse al impulso del hombre joven, fuerte y nuevo, nuevo sobre todo de espíritu y de ideas...

Por Dios, mancebos que, por la mayor de las aberraciones extraviados, pretendéis escribir prosas o versos: aun suponiendo que todos fueseis genios, creédmelo, romped vuestro ajado y

Librodot

sucio cuaderno de rimas, de cuentos, de novelas. Por ahora, creedlo, más os valdrá volar como un Wright o un Bleriot que como Víctor Hugo falsificado. Lanzaos en los brazos robustos de la realidad fecunda, muy más bella que todas las ficciones de vuestra neurastenia... y no os enojéis conmigo por el consejo. Soy un Dios menor sincero que os compadecería aun cuando llegaseis a Dioses mayores. Los tiempos estos ya no son los de los Dioses, son los de los hombres inteligentes y los enérgicos. Corren malos vientos para las divinidades, estad seguros, jóvenes que os quedáis soñando a la orilla del camino, mientras el genio humano pasa por ese camino mismo a la conquista del universo!

***

Pero oigamos ahora a otra autoridad, a Lucien Descaves. De fijo conocéis a este vigoroso autor teatral, que firmó con otros cuatro, hace veinte años, cierto famoso manifiesto por medio del cual los literatos jóvenes y conocidos de entonces arrojaron el guante a Emilio Zola, declarándose enemigos del materialismo.

Pues este Lucien Descaves afirma que «no hay decadencia: hay simplemente, crisis, un momento en que faltan ímpetus. Pero ello pasará.

En cuanto a las manifestaciones artísticas colectivas, en fila, bajo una bandera, opina que no debemos echarlas de menos. No perteneciendo a ninguna escuela, los de la generación que llega envejecerán menos pronto que sus predecesores los naturalistas, simbolistas, naturistas, etc.

«¿Ausencia de ideal? -exclama-; ¿qué es lo que llamáis vosotros ideal? La definición que Vigny da del arte: «la verdad elegida», me parece convenir admirablemente al ideal. Pero cada escritor, cada artista, lleva en sí mismo su ideal, es decir, un sentimiento de la verdad conforme a su temperamento.

»En literatura, Villiers, Vallés, Barbey d'Aurevilly y Théophile Gautier, no tienen el mismo ideal; lejos de eso, y, sin embargo, son cuatro grandes escritores. Yo no les pido, para amarlos igualmente, más que una llama, y esa la tienen.

»Del hecho de que la novela se haya ido convirtiendo desde hace algunos años en labor de damas, haríamos mal en decir que es un género en decadencia. Si se leen menos las novelas nuevas, se leen en cambio más las viejas, reeditadas en las colecciones baratas. ¡Hay, pues, compensación!

»No debe verse prejuicio ninguno de sexo en la observación relativa a las novelas que escriben las mujeres, y la prueba es que yo pongo a madame de Noailles por encima de todos los poetas de ahora (y sírvanse ustedes tener en cuenta que no la conozco, ni siquiera la he visto nunca)».

***

Según Descaves, no hay, pues, decadencia en el gusto por la novela.

Al contrario, podríamos añadir nosotros: hay refinamiento. Se leen poco o no se leen las novelas de ahora; pero hay que convenir (aunque muchas estén escritas por señoras) en que todas o casi todas son rematadamente malas. Están ya lejos los tiempos en que una novela solía ser obra maestra, los tiempos en que Flaubert, Zola, Maupassant, Bourget, los Goncourt, Loti, Villiers de l'Isle Adam, Daudet, Mirbeau, Pierre Louys, etc., etc., escribían esos primores que honran aún a la literatura francesa.

Librodot

El público lo sabe y por eso prefiere las ediciones baratas de Balzac, que lo hace pensar, o de Dumas, que lo divierte.

Los editores se han visto forzados a adoptar los procedimientos de un Wells o de un Conan Doyle, discípulos del ingenio anglo-sajón de Poe, para compensar la penuria de géneros y de asuntos novelescos que se advertía por dondequiera.

Para que Matilde Serao o Daniel Lesueur hayan venido a sustituir a Jorge Sand, se ha necesitado verdaderamente un derrumbamiento literario.

Resumiendo, pues, la venta de las novelas nuevas decae; pero no el gusto por la lectura de las que valen verdaderamente.

Si las publicaciones que antes se distinguían por su originalidad, como el *Mercurio de Francia*, hoy dan sitio de honor a novelas como la más reciente publicada por esta revista y que es imitación servil de un cuento de Edgard Poe, el público selecto *les rend la pareille* comprando novelas viejas...

***

Veamos ahora, para volver un poco a las ideas de nuestro amigo Descaves, lo que éste opina con respecto a la decadencia del arte dramático:

«Donde no se puede negar la crisis -dice- es en el teatro, que ya no aparece sino como una gran industria en el marasmo. Léase a tal respecto el excelente artículo de M. Séverin Gisors en *La Revue*. Este autor pone el dedo en la llaga: ¿queréis apostar a que en nuestras escenas parisienses, de cincuenta piezas reservadas para el invierno próximo, cuarenta y cinco tendrán por argumento el adulterio?» pregunta M. Gisors. Y estas piezas en que no se busca más que carne y toilettes con salsa picante, estarán firmadas... ¿por quiénes?

»Pues por los proveedores más estimados... a lo menos en Francia, porque en el extranjero comienzan a volver la espalda a un teatro así y se atienen a Maeterlinck, a falta de François de Curel, la más bella y la más alta expresión del arte dramático contemporáneo, en mi concepto.

»Pero monsieur de Curel, herido por la indiferencia del público, vive apartado y no son los directores de teatro quienes le harán salir de su pabellón de caza en los bosques, estad tranquilo.

»Monsieur Séverin Gisors tiene paradojalmente razón: lo que falta en la actualidad al teatro son piezas malas, piezas mal hechas y declaradas innobles por todas las gentes «del oficio», autores, directores, directoras, comanditarios, apuntadores, porteros...; las malas piezas, en fin, que representaban hace quince años el Teatro libre, *l'Oeuvre* o *Paul Fort*.

»Los directores ya no montan más que piezas buenas, o más bien dicho, una pieza, siempre la misma..., recalentada en el fuego de las tablas.

Pretenden que eso es lo que el público pide; pero entonces, ¿por qué no son todos millonarios?

»Calumnian al público; si dijesen la verdad, habría que reconocer, en efecto, que estamos en decadencia, aunque yo no creo que el ideal del espectador sea siempre una «buena digestión».

***

¿No es verdad que Lucien Descaves ha puesto a su vez el dedo en la llaga? Si el teatro francés y en general el teatro europeo decae, es porque se encanalla...; es decir, porque lo encanallan los empresarios. No es cierto que el público pida sólo desnudeces, verduras, conflictos bajos de adulterio. Hay infinitas gentes que detestan esta laya de piezas; pero como no les dan otras, se

resignan. En Europa el teatro es una necesidad social. El larguísimo hábito de frecuentarlo, la atávica y secular costumbre de concederle una importantísima porción de nuestros ocios, hacen que, a pesar de todo, las salas de espectáculos estén siempre henchidas, especialmente en las metrópolis, donde se cuenta con un nutridísimo movimiento de viajeros. Pero aún hay grupos intensos que gustan de ver en las tablas conflictos nobles y bellamente resueltos, que piden a los autores dramáticos que los hagan pensar.

Cierto es que nadie puede dar lo que no tiene, y debemos convenir en que, a medida que el teatro se envilece, asaltan las tablas autores que en otra época no hubieran osado, por su ignorancia e inopia de ideas, escribir comedias... ¿Cómo van a hacer pensar tales gentes si ellas mismas no disfrutan de esta facultad, en otro tiempo fundamental para escribir?

Refugiémonos, pues, en el admirable teatro francés de hace veinte años. Refugiémonos también en el hondo, en el poderoso e inquietante teatro de Maeterlinck, mientras termina el triste desfile de *Monsieur, Madame... et l'autre*, de que hablan Descaves y Gisors.

- XXI -

Estadística escolar española.

Acaba de publicarse la estadística escolar prescrita por la ley de Instrucción pública del año de 1857.

La obra, está concebida de tal suerte, que se subdivide en regiones universitarias, por provincias y distritos, estudiando las escuelas que existen en España, las cuales hállanse clasificadas teniendo en cuenta su condición. Determínalas además el número de habitantes, la población de hecho y de derecho y otros datos que, como éstos, provienen de la Dirección General del Instituto Geográfico. Este, para facilitarlos, se ha guiado a su vez por las correcciones que, en el último período de rectificación, se han hecho en el censo.

He aquí los datos en cuestión:

El número de escuelas protestantes existentes, que son 91 en todo el reino, y el de las laicas o que prescinden de la religión, cuya cifra asciende a 107, corresponden: de las primeras, 5 a Baleares, 22 a Barcelona, 5 a Cádiz, 1 a Córdoba, 3 a Gerona, 1 a Granada, 2 a Guipúzcoa, 14 a Huelva, 3 a Logroño,14 a Madrid, 4 a Málaga, 2 a Murcia, 2 a Pontevedra, 3 a Salamanca, 2 a Santander, 1 a Tarragona, 1 a Valladolid, 1 a Vizcaya, 1 a Zamora y 3 a Zaragoza.

De las segundas, o sea escuelas laicas o que prescinden de la religión, corresponden: 2 a Albacete, 1 a Alicante, 1 a Almería, 3 a Baleares, 43 a Barcelona, 3 a Cádiz, 2 a Castellón, 1 a Córdoba, 5 a Gerona, 3 a Jaén, 2 a Lérida, 13 a Madrid, 1 a Málaga, 1 a Murcia, 1 a Pontevedra, 1 a Salamanca, 5 a Santander, 5 a Tarragona, 11 a Valencia, 1 a Valladolid, 1 a Vizcaya y 1 a Zaragoza.

El número de escuelas católicas de carácter privado se eleva en España a 5.014, correspondiendo de ellas: 36 a Álava, 42 a Albacete, 92 a Alicante, 64 a Almería, 88 a Avila, 175 a Badajoz, 796 a Barcelona, 56 a Burgos, 62 a Cáceres, 188 a Cádiz, 77 a Canarias, 79 a Castellón, 50 a Ciudad Real, 92 a Córdoba, 97 a Coruña, 14 a Cuenca, 179 a Gerona, 106 a Granada, 28 a Guadalajara, 119 a Guipúzcoa, 38 a Huelva, 27 a Huesca, 88 a Jaén, 36 a León, 64 a Lérida, 42 a Logroño, 246 a Madrid, 52 a Málaga, 136 a Murcia, 86 a Navarra, 43 a Orense, 97

Librodot

a Oviedo, 43 a Palencia, 59 a Pontevedra, 66 a Salamanca, 169 a Santander, 17 a Segovia, 133 a Sevilla, 19 a Soria, 221 a Tarragona, 12 a Teruel, 48 a Toledo, 119 a Valencia, 97 a Valladolid y 95 a Vizcaya y Zaragoza.

Hay, pues, en cada provincia de España un número de escuelas católicas privadas proporcionado a su densidad de población; y es de notar que sólo en una provincia deja, de haber establecimientos docentes de esta clase: en Zamora.

Respeto al número de escuelas que debe tener y tiene cada provincia, la obra en cuestión acusa que sólo cuatro provincias españolas cuentan con mayor número de escuelas que las que vienen obligadas a sostener. Son éstas: Álava, que tiene 304 escuelas, debiendo tener 270; es decir, 28 más; Burgos, que tiene 1.058, siendo su cifra obligatoria 1.042, es decir, 16 más; Soria, que tiene 561, no debiendo tener más que 539, es decir, 22 más; y Teruel, que sostiene 546, debiendo tener 538, es decir, un exceso de 8.

Todas las demás provincias de España, según este resumen, desatienden el cumplimiento de la ley en punto a extremo tan esencial de la vida pública.

Provincias de primera clase, como Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada, Valladolid, Zaragoza y Vizcaya, aparecen con cifras como 415, 535, 415, 335, 322, 74, 125 y 44, respectivamente.

Provincias de inferior categoría hay muchas también con cifras de menos, alarmantes en verdad.

Ejemplos: Albacete, 170; Alicante, 238; Almería, 277; Ávila, 34, Badajoz, 290; Baleares, 190; Cáceres, 111; Cádiz, 458; Canarias, 363; Castellón, 145; Ciudad Real, 170; Córdoba, 238; Coruña, 603; Gerona, 123; Huelva, 139; Jaén, 325; Lugo, 722; Málaga, 353; Murcia, 509; Oviedo, 252; Santander, 110; Tarragona, 124, etc., debiendo advertirse que en la cifra de escuelas existentes va comprendida la de las subvencionadas y de patronato.

Como totales definitivos de la estadística escolar se ven estas cifras:

Debe haber en España 34.366 escuelas, y hay 24.681.

Hay en España 9.266 Ayuntamientos.

Existe en la nación una población de derecho que asciende a 20.820.463 almas y una población escolar (de seis a doce años) de 2.417.254 individuos.

***

Me ha parecido interesante enviar a usted estos datos, aun cuando la estadística escolar está más bien al margen de las atribuciones que usted se ha servido designarme para mis informes a esa Superioridad.

- XXII -

Los conservatorios de declamación.

El ilustre autor dramático Brieux, de la Academia Francesa, analizando el reglamento y las funciones del Conservatorio de París, se queja de que aquellas reglas que rigen para la Música no

convienen en manera alguna a la Declamación, y observa que en el Conservatorio la música es todo, y el arte dramático, nada.

A propósito de esto hace algunas consideraciones que me parece oportuno traducir, porque tienen aplicación en buena parte a nuestro Conservatorio.

«Desde que se creó el Conservatorio -dice Brieux- todos sus directores han sido músicos: Cherubini, Auber, Ambroise Thomas, Theodore Dubois y Gabriel Fauré.

Sea cual fuere la gloria de un músico, sea cual fuere su competencia en armonía, no está calificado para dirigir estudios de Arte Dramático.

Se puede comprender a Bach, Beethoven y Wagner y ser incapaz de juzgar las aptitudes de los intérpretes de Racine, de Corneille y de Emile Augier.

Imaginad lo contrario: que a un literato se le confiase la dirección de los estudios musicales: ¡qué griterío, qué protestas de los compositores, los instrumentistas y los cantantes! ¡Y tendrían razón!

Ahora bien: puesto que tendrían razón, imitémosles y pidamos resueltamente, hasta que se haya practicado, la separación de la Música y del Arte Dramático.

Que se deje por tanto a monsieur Gabriel Fauré la dirección del Conservatorio de Música y que se cree al lado una Escuela de Arte Dramático, cuyo director sea un hombre del oficio, un hombre de Teatro, que haya hecho en el Teatro sus ensayos, que sepa hablar la lengua de todo ese pequeño mundo del teatro, que pueda gobernarlo, que admire lo clásico y guste al propio tiempo de las obras modernas.

Este hombre, ¿es posible encontrarlo?

Antes de que se realice esta reforma esencial, es inútil pensar en mejoras necesarias; porque las reformas nada son si el que está encargado de llevarlas a cabo no las ha deseado.

Entonces, y solamente entonces, se podrá discutir sobre los medios útiles para asegurar a la Escuela de Arte Dramático profesores asiduos, trágicos para la tragedia y cómicos para la comedia.

Se dará a esos profesores, de nuevo, el sitio que jamás debieron perder en las comisiones de examen. Se reconstituirá el Jurado, compuesto exclusivamente de hombres de teatro. Se prepararán algunas representaciones dadas por los discípulos en matinées, los jueves, en la sala de espectáculos de la Escuela, teniendo como público a los educandos de los liceos -sin críticos y sin periodistas. Se estudiará la creación de bolsas de viaje que permitan a los mejores alumnos ir a Londres, a Munich, a Berlín, a Viena, a Roma, a Atenas.

Se harán otras mil cosas que serán excelentes...

***

Monsieur Brieux no dice cuáles son algunas de estas mil cosas... pero con las que ha mencionado bastarían para formar un programa muy completo y muy fructífero.

En mi concepto, las tres cosas esenciales entre las que él apunta, son:

1.º Los hombres de teatro para dirigir el Conservatorio o el anexo del Conservatorio que se destine a la Declamación, como decimos nosotros.

2.º Las representaciones frecuentes, sobre todo aquellas que se dan ante los alumnos de las escuelas.

3.º Las bolsas de viaje.

En cuanto a la primer circunstancia, no necesita comento.

Librodot

Es claro que resulta absurdo en demasía que un músico dirija a los aspirantes a artistas de verso; se necesita exclusivamente un actor. Hasta el señor de la Palice pensaría, así.

En México se ha solido echar mano de los poetas que recitan bien, para profesores del Conservatorio.

Yo los juzgo, en ocasiones, necesarios, porque los actores saben a veces declamar, pero no recitar, y hay bellezas en el teatro, en el teatro moderno sobre todo, sea poético o prosaico, que se pierden en absoluto con la declamación.

Pero es claro que si un actor reúne, las dos aptitudes de declamador y recitador, si sabe mover su voz en ese admirable registro medio, en que están los matices más delicados, las inflexiones más varias y el secreto de las emociones más sutiles, de las sensaciones más elegantes, mejor que mejor.

El teatro poético de hoy: *El cuento de Abril,* de Valle Inclán, por ejemplo, declamado se desnaturalizaría en absoluto. Necesita toda la suavidad de tono, toda la elegancia de dicción, todo el aterciopelado que cabe en el registro medio.

Y lo propio digo del teatro moderno de costumbres, del diálogo fino de los actuales comediógrafos franceses.

En cuanto a la segunda circunstancia, a las representaciones frecuentes, convencidos nos hallamos todos de que sin ellas no puede haber estímulo posible.

Un Conservatorio de Declamación, un anexo, una clase, lo que se quiera, se muere de agotamiento sin matinées teatrales.

Todo lo que fuera de, esto se haga es vano.

Por eso cuando usted, señor ministro, se sirvió confiarme el reclutamiento y formación de un grupo de jóvenes que pudiesen fundar más tarde el teatro mexicano, la comedia nuestra, insistí con tanto calor en la frecuencia de las representaciones.

Y está bien que éstas se den para los compañeros de las escuelas y liceos, almas nítidas, que tienen entusiasmos nuevos, ingenuos, y, por lo mismo, eminentemente estimuladores. Y está bien que no asistan críticos ni periodistas, cuyas crónicas, o inflamarían a los alumnos de vanidad precoz, o los desalentarían en absoluto.

Queda el tercer capítulo: el de las bolsas de viaje. Éstas se forman, como usted sabe, de muy diversas maneras, y en tal asunto podía servir buena parte del Reglamento que rige en nuestro Conservatorio para las pensiones-premios.

Con una subvención relativamente modesta; con producto de funciones dadas por los alumnos a beneficio de tan noble objeto; con un tanto por ciento de recargo a las entradas de los teatros; con una pequeña tributación anual de los alumnos mismos, podría acaso formarse un fondo que permitiese al mejor discípulo del año viajar por aquellos centros de Europa en que pudiere depurar y perfeccionar sus aptitudes.

Basten por ahora estos apuntes, que son a modo de breve cimiento de lo dicho por Brieux, y ya oportunamente insistí sobra asunto de tan reconocida importancia.

- XXIII -

Las escuelas sanatorios.

Librodot

El ministro de la Gobernación -dice un diario madrileño- ha dirigido una real orden al Ministerio de Instrucción pública, participándole que se han habilitado los Sanatorios de Oza (Coruña) y Pedrosa (Santander), para albergar durante el verano niños tuberculosos.

Estos irán acompañados de médicos y maestros para ser atendidos en su salud y recibir al aire libre la instrucción necesaria.

Comprendo que, comentando esta noticia, rebaso un poco el límite de mis informes; pero se trata de un asunto tan simpático que no resisto a la tentación.

La escuela al aire libre durante el buen tiempo, la escuela bajo la sombra de los árboles, se multiplica en Europa en beneficio de los niños enfermos o débiles, y durante los dos meses más crudos del verano se identifica con otra institución verdaderamente piadosa: la de los sanatorios infantiles a la orilla del mar.

Mucha gente ilustrada contribuye asimismo a enviar a los niños de las barriadas pobres a alguna playa donde almacenen oxígeno y salud para contrarrestar su ñoñez y su raquitismo.

En días pasados, Francia inauguraba una escuela al aire libre, y dando cuenta de ello un importante diario, decía entre otras cosas lo siguiente, que traduzco:

«Bajo los árboles amigos, en el vasto parque en que canta su canción, entre los rayos de oro, la fiesta del estío, las cabecitas infantiles se inclinan atentas sobre los libros escolares. Y las voces se llevan, alegres, hacia las frondas verdes.

Hay allí ochenta niñas y niños de siete a doce años, en el antiguo establecimiento de los padres de Santa Cruz, en el Vesinet. Bajo la benévola y dulce mirada de cuatro institutrices: las señoras Pilon, Pognon, Martinet y Oyhambedeu, aprenden la bella armonía de nuestra lengua y las aventuras inauditas de nuestra historia.

Son frágiles alumnos y alumnas de la Demarcación 16.ª de París, venidos de la gran ciudad donde los alojamientos son estrechos, donde la atmósfera está viciada, hijos de obreros la mayor parte, que desfallecían en el horno ardiente de la capital, y que ahora, al aire libre, bajo las ramas donde ríe el sol, piden a las plantas erguidas hacia el cielo azul la savia vigorosa de la vida robusta.

-Estamos instalados aquí desde el 30 de mayo -nos decía monsieur Dubois, el director de la escuela al aire libre-. Esta institución, fundada por la Caja de escuelas de la decimasexta Demarcación, posee ochenta pensionados que efectúan una estada de treinta y cinco días.

Pasado este lapso de tiempo, otros vendrán que gozarán a su vez de todos los beneficios de este higiénico sistema de enseñanza.

Aquí practican una verdadera cura de aire, en un paisaje reposador, lleno de verdura y de luz, y siguen estudiosamente los trabajos escolares.

El pizarrón es la calzada arenosa en que la institutriz traza figuras geométricas y plantea problemas.

Gracias a monsieur Antonio Pinson, profesor del Liceo Janson-de-Sailly, y adjunto del alcalde de la decimasexta Demarcación, hemos podido crear esta escuela, en la cual nuestros hijos podrán hacer estudios provechosos y gozar de una floreciente salud.

¡Las cuatro de la tarde! Se oye la señal para el recreo y se produce una loca desbandada a través de las calles de árboles.

Alegres chicuelos trepan a los troncos. Al pie de una encina una niñita rubia sueña con los ojos abiertos hacia el infinito..».

***

Librodot

Hay que conceder a los alemanes buena parte del honor que deriva de este entusiasmo por las escuelas al aire libre y por los sanatorios marítimos.

En Charlottenburg, ciudad importante de Prusia, sabemos, por ejemplo, que todo el año se lleva a los niños de las escuelas al campo, a educarse y a higienizarse.

Hay escuelas cubiertas, cobertizos para las meriendas, sitios deliciosos donde los niños estudian prácticamente la Historia Natural.

Y como en España parajes como éstos abundan, el ilustre doctor Tolosa Latour, que tanto ha trabajado por la infancia, no se cansa de proponer la fundación de escuelas-sanatorios a la orilla del mar, como las dos de que hablamos al principio, destinadas a los niños débiles de las escuelas, hospicios y asilos.

»Bosques frondosos -dice-, playas admirables existen en toda la Península española que pudieran competir con las extranjeras; lo que falta es que se avive el amor a la infancia, que se sienta el amor a la patria.

»No desmayen los que desde altas o pequeñas, esferas han contribuido a este movimiento regenerador; no les importen los desvíos de las muchedumbres, ni la indiferencia de los poderosos, ni se lamenten de no obtener la debida recompensa, ni siquiera el testimonio de la pública simpatía; hay que insistir, hay que perseverar. Nada hace tan fuerte al hombre como sentir en el fondo del corazón la certidumbre de haber cumplido con su deber, pudiendo levantar la cabeza y mirar al infinito, de donde viene la luz que alienta y vivifica los cuerpos y las almas humanas».

Hablando el mismo doctor Tolosa Latour de la indiferencia con que se lucha en España respecto de las expresadas fundaciones, dice que se debe al modo como se planteó aquí la lucha antituberculosa:

«En la famosa Asamblea convocada en el Teatro Real no se hizo resaltar lo suficiente la importancia incuestionable que tienen los sanatorios marítimos de toda Europa para destruir en sus comienzos el veneno tuberculoso. Se habló del adulto, se recordaron estadísticas, se proclamó el miedo como elemento defensivo de la sociedad española, y ésta no se percató entonces, ni lleva camino de percatarse, de que lo que convenía hacer era modificar el terreno humano, en vez de combatir exclusivamente el germen.

»De la existencia o no existencia del bacilo de Koch en los enfermos se deducía toda la terapéutica, y especialmente el pronóstico, y se olvidaron un tanto de los centenares de niños que, sin parecerlo, eran tuberculosos, estaban condenados a morir y podían ser peligrosos para cuantos le rodeaban.

»Se preconizaron los dispensarios como el más eficaz y rápido elemento de combate, y al instalarse, con la oportunidad y celo de todos conocidos, colocáronse bajo el patronato de los Reyes y otras insignes personalidades, inaugurándolos el ministro señor La Cierva. Ilustres médicos pusiéronse al frente; jóvenes profesores trabajaron con entusiasmo, y puede decirse que esa forma de policía sanitaria, análoga a la gubernativa, que también se creó con grandes elementos, puso de manifiesto la extensión del mal, las hondas raíces que tenían en la familia y en la sociedad.

»Y de igual modo que con los casilleros policíacos se averigua el número, género, especie y variedades de la gente maleante, sin que por ello se pueda conseguir disminuir la criminalidad, ni aun prevenirla, en tanto que otros organismos no se encarguen de remediar la miseria, perseguir la vagancia, y purificar las costumbres, de igual modo las Juntas de damas y los celosos clínicos,

Librodot

al ver la importancia para atajar el mal, se desesperaron. Se decía a los enfermos: «Tened cuidado de vuestra prole, alimentaos bien, respirad buen aire, tomad determinados medicamentos»; pero el reposo necesario, el aislamiento indispensable, la vivienda sana y los alimentos reparadores, no se les podían proporcionar.

»Nunca se estimará bastante, ni habrá quien pueda elogiar debidamente, los esfuerzos de cuantos cooperan a la labor santa del dispensario. Acusarle de deficiencia es una injusticia. A quienes hay que llevar a diario para que se enteren de lo que ocurre en las clases proletarias es a las insignes personalidades que asistieron a la inauguración.

»Verán niños que viven enfermos y contagiados por padres casi moribundos; observarán casos que causan dolorosos espasmos de angustia en el ánimo de los médicos, que sienten cómo se llenan sus ojos de lágrimas y cómo instintivamente se crispan sus manos ante esos espectáculos lamentables.

»Es, pues, necesario distribuir esas criaturas donde les dé el aire y el sol: llevar la mayoría a las orillas del mar, donde a fuerza de paciencia se curan las gravísimas lesiones orgánicas que ahora no pueden ser admitidas en esos sanatorios que acaban de crearse.

»Los que desde hace diez y ocho años vienen luchando en la oscuridad, sin elementos apenas, amparados por la caridad cristiana, sufriendo desdenes de todo género al tratar de crear estos centros benéficos en España, reciben a diario, en la actualidad, peticiones para numerosos enfermitos que no pueden admitir por falta de medios en el modesto sanatorio fundado en la costa gaditana.

»¿Cómo han de tenerlos, cuando el Estado tiene que apelar a la cooperación de los hombres de buena voluntad?

»Hora es ya, pues, de que sin lamentaciones estériles ni recriminaciones enojosas, volvamos la vista a la realidad y se diga a los españoles de toda procedencia, ricos, pobres, obreros e intelectuales, que la salvación de la raza estriba en llevar a los niños al aire, al sol, al mar».

***

¿Y en México, los pobres niños de los barrios, la infinidad de criaturas tuberculosas, raquíticas, ñoñas, en quienes la degeneración ancestral produce efectos tan lastimosos, tendrán sus sanatorios algún día?

Estoy seguro de que pronto podremos responder afirmativamente a esta pregunta.

Sé que, además de la solicitud que a usted, señor ministro, le merece todo aquello que se refiere al idóneo acondicionamiento de los edificios para escuelas y a las escuelas al aire libre, el señor vicepresidente de la República y ministro de Gobernación, señor Corral, se preocupa también de la importante parte que en este asunto le concierne, y, por lo tanto, no está lejano el día en que algo bello y práctico se haga en favor de los miles y miles de niños en quienes está en botón el mañana de la Raza.

- XXIV -

Los tratados literarios.

Ramiro de Maeztu, en estos últimos días, ha abordado un problema de alto interés hispanoamericano.

Francia, según se sabe, o sea la Sociedad de Compositores y Autores Dramáticos, de París, representada en Buenos Aires por un enviado especial y por el ministro plenipotenciario de la República, está gestionando cerca del Gobierno argentino la adhesión del país del Plata al régimen de tratados de propiedad intelectual que prevalece en las naciones europeas.

Si las gestiones de los franceses tienen éxito, los españoles conseguirán también que se respete su propiedad intelectual en Hispano-América (exceptuando a México, con el cual hay, según todos sabemos, un tratado de luengos años de fecha).

El régimen actual, según Maeztu, es mucho más perjudicial para España que para Francia, porque España es más bien un país importador que no exportador de productos culturales, mientras que Francia es un país exportador.

Los franceses se ven obligados a pagar derechos de propiedad intelectual por lo que importan y traducen, pero ese gasto lo reembolsan diez veces con lo que exportan y dan para traducir. Mientras que España, según Maeztu, se halla en el caso contrario. Tiene que pagar derechos por lo que traduce y por lo que importa: novelas, grabados, música, teatro, reproducciones artísticas, manuales, libros de ciencia, artículos de arte industrial, etc.

La única compensación posible a este desembolso, piensa Maeztu que debía hallar España en la América que habla español; pero no la halla, excepto, como dije, en México. Y así no es posible que florezca la producción mental española.

Debe, pues, por todos conceptos, hacerse, especialmente con la Argentina, un tratado de propiedad literaria y artística.

He aquí el anverso de la cuestión, perfectamente dibujado y expuesto.

Veamos ahora el reverso, a saber: lo que piensan en la Argentina.

La Prensa, de Buenos Aires, ocupándose del asunto en uno de sus últimos números, dice: «En cualquier pacto de esta naturaleza entre los países europeos y los hispanoamericanos, iríamos a pérdida segura, porque encarecía irremediablemente la producción intelectual, de la que nos encontramos ávidos, dificultando la producción del libro y de las obras artísticas en general; no recibiríamos, en cambio, el más mínimo beneficio y nos inhabilitaríamos involuntariamente para utilizar en pro de la cultura los tesoros de la inteligencia extranjera.

»Hay un interés argentino, un interés americano en difundir la cultura por todos los medios posibles, poniendo la producción cerebral, que enseña y dignifica, al alcance de cuantos seres deseen obtenerla».

La Prensa, elogia en seguida el tratado hispanomexicano de propiedad literaria.

En su concepto, para la opinión argentina sería el único aceptable, porque aseguraría los derechos de los autores nacionales y extranjeros, pero a condición de que sus obras fuesen producidas dentro de la República.

***

Queda, por tanto, planteado el problema en términos elevados, y refiriéndose a él Maeztu dice en otra parte, con mucha independencia y alteza de espíritu por cierto:

«Mientras se trataba únicamente de intereses era difícil que un hombre delicado interviniese en ello. Los españoles sólo decían que les convenían los tratados; los hispanoamericanos contestaban que no les convenían a ellos. Ambos estaban en lo firme. Pero comprendo que Ángel

Ganivet, con su hidalguía fundamental, se asquease de los argumentos españoles y proclamara en su *Idearium* español que no debíamos aspirar a cobrar en dinero la expansión de nuestro espíritu en América, sino regocijarnos desinteresadamente de que nuestra labor mental continuase influyendo sobre los pueblos de nuestra sangre».

Pero esto es elevar la cuestión del plano estrictamente mercantil al plano cultural.

«Si fuera cierto -dice Maeztu- que el actual régimen redundara en beneficio eminente para la cultura hispanoamericana, no tendríamos más remedio que bajar la cabeza.

»Pero no es así. El único beneficio que obtienen los hispanoamericanos es algún abaratamiento en la importación y traducción de ciertas obras de carácter popular, como novelas y piececillas de teatro que, por lo común, no se proponen esencialmente elevar el promedio cultural.

En cambio, ese abaratamiento dificulta en los países hispanoamericanos y en España la creación de cultura propia. Es evidente que, por ahora, los beneficiados con un régimen de tratados no serían los tratadistas, ni los ensayistas, ni los pensadores, ni los músicos de cámara, ni los sinfonistas, ni los poetas, sino unos cuantos escritores de literatura ligera. Pero el régimen de tratados haría posible la subsistencia de una literatura científica, seria, fundamental, española e hispanoamericana, que es lo que no tenemos, ni unos ni otros, y que es lo que forma la substancia cultural de un pueblo.

»La literatura importada, de aluvión, inexpresiva de nuestro estado de conciencia, vale poco. La literatura que influye sobre nosotros es la nuestra. Para el alma argentina vale más *La gloria de don Ramiro*, de Larreta, o *La instauración nacionalista*, de Rojas, que la lectura-pasatiempo de cuatrocientas novelas francesas. Unamuno ejerce mayor influencia sobre el alma española -y conste que mi antiunamunismo va en aumento- que Tolstoi, Anatole France y Bernard Shaw reunidos.

»El valor de mis correspondencias para *La Prensa*, *Nuevo Mundo* o *Heraldo*, no creo que dependa tanto de mi acceso inmediato a la vida política y literaria de Londres, como del punto de vista de un español, criado o educado en España, lleno de emociones españolas, en correspondencia y en trato personal constante con españoles e hispanoamericanos.

En resumen, un poco de cultura de propia creación vale cien veces más que un mucho de cultura importada. La cultura propia es, esencialmente, formativa; la cultura importada es, esencialmente, informativa.

»Pero la cultura propia hay que pagarla, no sólo porque es justo pagarla, sino porque como es dolor y esfuerzo, difícilmente se encontrará quien la produzca como no le obligue a ello la necesidad de ganarse la vida. El caso del hombre adinerado o del funcionario público que dedique la existencia a la formación y expresión de un ideario, será siempre excepcional y esporádico. Como el cura del pie de altar, así ha de vivir el autor del libro, si hemos de salir alguna vez, españoles e hispanoamericanos, de nuestra producción inconexa, desordenada, relejo de reflejos, satisfacción de vanidades, naderías...

»Un régimen de tratados favorecería de momento el arte popular en España, en perjuicio de algunos pocos impresores de Hispano-América. Ello me interesa poco. Pero luego favorecería también la producción española de mayor importancia. Y así sería posible que tuviéramos sinfonistas, periódicos artísticos, ensayistas, pensadores, etc. Ello favorecería a España en primer término, pero también a Hispano-América por la emulación ya existente entre los intelectuales de la lengua española de allende y de aquende el mar. Y, además, aceleraría el momento en que Hispano-América crease su producción propia, en competencia con la nuestra, al brindar a sus intelectuales el mercado de España».

Librodot

***

¿Qué decir sino que abundo en las ideas de Maetzu?

Más aún: ¿no podría afirmar acaso que usted, señor ministro, abunda también en ellas? Es decir, que mucho antes de que Maeztu las expresara, ya usted, con su gran claridad de espíritu y de concepto, se servía manifestarlas a todos los escépticos que veían el tratado literario entre México y España como algo nocivo o inútil, cuando menos para nosotros.

Cierto es, por otra parte, que las ventajas de nuestro tratado serán mayores para México cuando todas las naciones de Hispano-América, o siquiera las más importantes, hayan pactado con la madre patria los suyos respectivos, pues entonces se iría elevando paulatinamente, así en España como en México, el nivel de las ideas que se cambiasen, tal como lo siente Maeztu.

El problema es de todos modos tan interesante, que me propongo volver sobre él en alguno de mis próximos informes.

- XXV -

La expansión de la lengua francesa y de la lengua española.

Si es cierto que difundir el idioma patrio equivale a una conquista, moral cuando menos, Francia puede estar contenta. La expansión de su hermosa lengua es cada día mayor, y en estos últimos días han podido observarse dos hechos significativos y en extremo halagadores, a saber: en Berlín, el discurso en francés del canciller Bülow, quien se complace en hablar tan elegantemente como un parisiense de buena cepa; y en Arlon, ciudad del Luxemburgo belga, la celebración de un Congreso para la expansión de la Lengua francesa.

Este Congreso tiene una importancia considerable, porque ha fijado métodos y ha hecho propaganda. Hablando de él un pensador del Norte, decía, en conversación con un colega francés: «Ese Congreso ha asociado a vuestra nación un conjunto de fuerzas extraordinariamente eficaces: las que representan las gentes del Norte y de las pequeñas democracias. Las gentes del Norte tienen una manera de obrar que vosotros no conocéis ya:

tienen fe en la acción. Esta fe no es contemplativa ni egoísta; es colectiva y se concentra como en un foco. Se asocia y brota como la llama.

El alma que fomentó en otro tiempo la ciudad, la comuna libre y comerciante, el orgullo burgués y la cultura artística, emplea su ardor ahora en extenderse, en irradiar. Encontrará usted a los belgas en una infinidad de asuntos internacionales. Los hay en África, en China, en Siam, en el Japón, en Egipto, y no son por cierto gentes inactivas. Hablan el francés y lo propagan. Lo mismo las pequeñas democracias, que tienen una libertad de movimiento que vosotros no conocéis; que saben moverse entre los grandes Estados sin despertar sus opiniones; que se deslizan entre los resquicios de los negocios que los mutuos celos o las poderosas competencias dejan subsistir y que, seguramente, acaban por influir en los bloques macizos entre los cuales se instalan.

»Desead, pues, que las pequeñas democracias vecinas vuestras se apoderen lo más que les sea posible de vuestra lengua francesa. Tratadlas con discreción, alentadlas, no desconcertéis su

Librodot

buena voluntad con vuestras fáciles ironías. Si combatís su acento, su carácter, os combatís vosotros mismos. Las heridas de amor propio que les hacéis se vuelven en pequeñas derrotas para vuestro prestigio».

Estas últimas palabras son dignas por todos conceptos de tomarse en cuenta. El país que quiera en efecto propagar su lengua y con ella su cultura, su influencia política, su prestigio, debe empezar por la aceptación de las deformidades, de los dialectos mismos, que preceden a todo aprendizaje completo.

Achaque ha sido también de España, como lo es de Francia, abrumar de ironías al hispanoamericano o al catalán mismo, porque no pronuncian el castellano como en Castilla, porque tienen un vocabulario y modismos regionales. Hasta han procurado no entenderlos y no es del todo extraordinario encontrarse gente en Madrid -poca por fortuna- que «pilla» mejor el francés que el castellano de América. ¡Cuántos americanos se han quejado conmigo de que no los entienden! «¡Como si no hablásemos la misma lengua!», dicen con ingenuo asombro.

¡Qué conducta tan distinta la de los alemanes! «Jamás veréis a un alemán -dice Mr. Georges N.- reír de las deformaciones que en los patois o dialectos de los pueblos fronterizos alteran la lengua de Goethe. Lejos de eso, los alientan. Los consideran como avanzadas de la cultura alemana, y por lo mismo, de las empresas alemanas. Más aún, esos patois y dialectos los hablan ellos mismos».

He aquí cuál deben, pues, ser la conducta lúcida de los que hablarnos el castellano y queremos que se propague esta lengua admirable. Dejemos que los que quieran aprenderla empiecen por hablarla mal. No riamos jamás de su acento, de sus ensayos, de sus balbuceos. Procuremos, sobre todo, entenderlos, y así atraeremos más y más aliados a la causa nobilísima del idioma y de la cultura hispanoamericana, tan amenguadas en estos momentos por la hegemonía de otros pueblos y de otras lenguas.

- XXVI -

El Analfabetismo Analfabeto.

El señor Hernández Fajarnés, nuevo académico de la Lengua, ha definido el otro día con dos palabras, que, aunque unidas detonan un poco, son bastante expresivas, al peor enemigo del idioma y forma peor de la ignorancia, según él: a lo que llama el «Alfabetismo Analfabeto».

«Sin duda -dice el señor Hernández Fajarnés- el analfabetismo es de varias especies y entre todas completan la ignorancia teórica y práctica de nuestro rico idioma. Pero entre estas formas de ignorancia, a mi ver, ni es la más grave ni es la más perniciosa la que señala el cero de la escala intelectual de los analfabetos, porque aun entre los que estudian y acaban «académicamente» carreras, los hay quienes ignoran el significado, régimen y construcción de las oraciones, el valor y propiedad de las palabras, el de las ideas que éstas enuncian, el régimen interno de las mismas ideas, su relación con la realidad, la prueba y fundamento de tal relación, rompiéndose así la cadena de comunicaciones de nuestra inteligencia con los medios naturales, con los verdaderos principios del conocimiento humano y de «nuestros» conocimientos con las causas reales, fenómenos y leyes del universo.

Librodot

»De donde resulta un analfabetismo por ignorancia de la Gramática y un analfabetismo por ignorancia del «uso» y «valor» de nuestro pensamiento, de las relaciones de la palabra con la idea, del fundamento crítico de la idea y de la palabra; muerte del valor positivo de nuestra razón para el descubrimiento y posesión de la Verdad, fin de toda ciencia; muerte de los dones literarios mejor dispuestos para expresar la belleza y comunicar a los demás el sentimiento ennoblecedor de la misma».

***

Resulta, pues, según el criterio del señor Hernández Fajarnés, que son más atentatorios o nocivos para el idioma los que lo hablan de cierta manera que los que no saben ni cómo lo hablan, los hombres de carrera que los patanes.

Y ello se explica porque el patán acaso altera un poco lo que oye, pero con alteraciones insignificantes; siendo, en cambio, por su falta de imaginación y de iniciativa, el guardián más fiel del acervo del lenguaje que ha recibido en herencia. Por eso vemos que en las provincias apartadas de España y de nuestra América, mantiénense inmutables ciertos arcaísmos, que son como sedimentos de pasados tiempos, ciertos viejos y gallardos giros ya en desuso, ciertas formas elocutivas del siglo XVII.

En cambio, los semi-eruditos, los semi-instruidos, los analfabetos...

alfabéticos, que diría el señor Hernández Fajarnés, alteran más o menos conscientemente la sintaxis e introducen en la circulación barbarismos deplorables...

Hay, como habrán visto ustedes, cuatro analfabetismos, por lo menos, según el distinguido académico de la Española.

1.º Analfabetismo por ignorancia de la Gramática.

2.º Analfabetismo por ignorancia de la Lógica.

3.º Analfabetismo por ignorancia del uso; y

4.º Analfabetismo por ignorancia del valor de nuestro pensamiento.

Pero yo me permito preguntar al señor Hernández: ¿qué gramática, qué lógica, qué uso y qué valor de nuestro pensamiento?

Porque de esta clasificación y de las razones del citado académico, parece desprenderse que existe una especie de arquetipo inmutable de la Gramática, de la Lógica, del uso y del valor del pensamiento, al cual debemos ajustarnos en todos los tiempos; que el idioma es un organismo ya perfecto, incapaz de reforma y de variación, geométricamente delineado y del que no podemos salirnos, so pena de analfabetismo...

Y esto no es exacto.

La Gramática de ayer no es la Gramática de hoy. Las definiciones de Nebrija, su método y su criterio, han sido cien veces modificados desde él hasta Benot, hasta Bello y Cuervo, hasta Navarro Ledesma.

La Lógica de un idioma, por su parte, es lo más deleznable que conozco. La lógica de ayer es el absurdo de hoy; y en cuanto al uso, su mismo nombre lo indica, es algo pasajero de suyo, momentáneo, subordinado a circunstancias de actualidad. De otra suerte no sería uso.

Pretender, por tanto, que nos ajustemos a un modelo de idioma prefijado por algunos doctos y cristalizado definitivamente en un punto cualquiera de su evolución, es imposible.

El mismo señor Hernández Fajarnés se vería apuradillo si le pidiésemos que nos dijese cuál debe ser ese modelo.

Librodot

Habría que fijarlo, en primer lugar, de un modo que no diese lugar a dudas, sin ambigüedad posible, y ¿quién se encargaría de hacer esto?

¿La Academia Española?

¿Pero cómo, si no hay dos académicos que estén absolutamente de acuerdo acerca del régimen y construcción de las oraciones, el valor y propiedad de las palabras, el de las ideas que éstas enuncian, el régimen interno de las mismas ideas, su relación con la realidad?, etc., etc.

¿El uso de los buenos autores?

Pero habría, en primer lugar, que entendernos acerca de quiénes son los buenos autores, y en seguida sería preciso definir cuándo han sido correctos y cuándo no, porque si estudiamos, por ejemplo, cuáles son las proposiciones de dativo y ablativo correctas, veremos que lo son todas, y si pasamos revista a la manera de construir de los grandes hablistas del siglo XVI y del siglo XVII, notaremos una deliciosa anarquía y hallaremos en ellos ejemplos de cuantas maneras de construir hay, aun de las más absurdas.

Querer fijar una forma definitiva al idioma es querer fijar una forma definitiva a la onda que revienta en la playa, a la nube que pasa.

El idioma es organismo de plasticidad suma. En esta plasticidad está la condición misma, de su vida. Inmovilizarlo conforme al ideal de hoy es volverlo piedra, que se convertirá en losa, sobre la cual, sea cual fuere su belleza, ya no puede escribirse más que una palabra: «Aquí yace..».

***

Otra debe ser la labor de las Academias y de los académicos, tal como yo la entiendo, y es: depurar perennemente el idioma que se habla; purificarlo de los barbarismos que lo enturbien, a tiempo y sazón que vayan apareciendo; sustituir prontamente palabras gallardas, elegantes, castizas, a los extranjerismos que la gente se ve forzada a usar porque carece de la equivalencia inmediata que no le proporciona la lentitud de los doctos. Popularizar las obras de los buenos escritores; abrir concursos en que se honre y se premie el buen hablar; españolizar todos los extranjerismos técnicos que son indispensables, porque designan nuevas máquinas, nuevos usos, nuevos productos; poner en activa circulación muchos arcaísmos expresivos que nos hacen suma falta y que duermen el sueño del justo en los casilleros del idioma; simplificar la ortografía, hacer amenos los estudios filológicos, etc., etc.

Pero pretender convertir el castellano, tal cual se hablaba en esta o aquella época, en una especie de Venus de Milo, de perfección absoluta, a la cual deben ajustarse todos los ritmos y gracias y elegancias y perfecciones mismas del porvenir, es matar la lengua, embalsamarla y clasificarla ya para siempre entre los idiomas históricos... mientras siga viviendo y hablándose esto en que escribimos y pensamos ahora, esto que ya no se llamará Castellano, porque le faltará la identidad con que lo hablaba Cervantes... ¡pero que felizmente, y a pesar de todo, continuará siendo la expresión del pensamiento de setenta millones de hombres!

***

Estoy, en cambio, de acuerdo, casi del todo, con los siguientes bellos períodos del discurso del señor Hernández Fajarnés, dirigidos a sus colegas:

«Custodios oficiales de nuestro rico idioma, es, no de perfecciones literarias, sino del alma misma de la raza, de lo que sois custodios. Es la palabra la gran característica de la patria, y

Librodot

velando celosamente por que se mantenga y difunda nuestra lengua con todas las perfecciones posibles, conserváis y extendéis los horizontes de la patria. Porque la lengua se constituye en testimonio inhabitable de las grandezas del espíritu nacional, en el curso de los siglos, sea, cual sea la varia suerte de sus empresas.

»Cuidar de, que se conserve y extienda más cada día la lengua española, mantenerla en todo el esplendor posible, con el uso e inteligencia más cabales, es obra de trascendental patriotismo; y los setenta millones que la hablan serán testigos fehacientes de nuestra nación, a través de la historia y en los confines del universo.

»Renazca el espíritu latino que difundió por el mundo los elementos de la civilización inspirada por el cristianismo; ese espíritu latino que pide la suya, magnificada en el orden de lo material por todo progreso, profesores de un pueblo «de cuyo nombre no quiero acordarme», por patriotismo, imitando a Cervantes en su caso respecto del pueblo en que vivía el hidalgo manchego que su genio creara».

Sí, de acuerdo estoy, pero recordando que la mejor manera de que se conserve y extienda más cada día la lengua española es quitarle toda solemnidad indigesta, evitar toda sinonimia inútil, toda verbosidad vana, toda tendencia a la logomaquia y volverla cada día más ágil, más fluida, más elegante y más concisa, a lo cual se presta porque es uno de los mejores instrumentos de expresión que existen en el mundo.

- XXVII -

Una propaganda simpática

Si hay una manera efectiva y afectiva diligente y práctica de propagar una lengua, es sin duda la empleada por monsieur Maurice Damour en la Luisiana.

Monsieur Maurice Damour, diputado por el primer distrito de Mont-de-Marsan, acaba de embarcarse en el Havre para América. Va a continuar una tarea por todo extremo simpática, emprendida hace algunos años.

Era monsieur Damour vicecónsul en Nueva Orleans, y a fuerza de percibir a cada paso la palpitación del espíritu galo que anida aún en aquella tierra, descubierta en el siglo XVII por franceses y habitada aún por descendientes de los primeros pobladores, vínole la idea de aumentar la influencia intelectual de Francia y con ella los intereses franceses en toda la Luisiana.

Para que su carrera consular no le impidiese realizar sus deseos, pidió al ministro de Relaciones que lo dejase en disponibilidad, y al propio tiempo logró que el ministro de Instrucción pública le confiase la misión de renovar la lengua francesa en la Luisiana.

¡Cuántos esfuerzos hechos desde entonces con la más afectuosa tenacidad por monsieur Damour!

Pero los resultados fueron tales, que tienen por fuerza que halagar en sumo grado el ímpetu generoso del propagandista.

Después de muchas reuniones y conferencias; después de una campaña perenne llevada a cabo con la palabra y con la pluma, monsieur Damour ha logrado agrupar a los descendientes de franceses, que habitan la Luisiana, y organizar con su ayuda desinteresada, solamente en las

escuelas públicas de Nueva Orleans, 50 clases donde, se enseña la lengua francesa, que es para la mayor parte de los habitantes la lengua materna, la lengua de los abuelos.

El año pasado, el Gobierno francés, reconociendo los inmensos servicios hechos a la causa nacional por Damour, le votó, a propuesta de Paul Deschanel y con cargo al presupuesto de Relaciones Exteriores, una subvención de diez mil francos «para estimularlo a continuar su labor patriótica».

Recientemente, monsieur Damour fue electo diputado por Mont-de-Marsan, conforme me expresé arriba, y con este mandato la índole de sus labores tenía que tomar, otros rumbos. Pero tanto el ministro de Instrucción pública, monsieur Doumergue, como el de Relaciones Exteriores, monsieur Pichon, apelaron a su patriotismo, pidiéndole que no abandonase, a pesar de su puesto legislativo, la obra emprendida en la Luisiana.

Monsieur Damour se embarcó, pues, de nuevo para aquella que fue tierra francesa, con el propósito de extender su propaganda a todas las ciudades y a todos los pueblos de la Luisiana, y de buscar un hombre abnegado e inteligente que le reemplace.

Como el impulso capital está dado, la obra continuará creciendo y acabará por hacer una de las más bellas porciones del territorio americano, gracias a la libertad de las leyes de la gran República, una colonia mental de Francia.

Y ya sabemos que quien dice mental acaba por decir económica.

Se empieza por aprender bien el idioma de Francia, y se acaba por venir a París, por gustar la cocina francesa, por consumir los productos franceses, por ser, en fin, «parroquiano» de Francia.

Los alemanes, que tienen un admirable sentido práctico, comienzan siempre por fundar escuelas de alemán en los países que quieren conquistar económicamente. En España misma hay excelentes escuelas alemanas donde se instruyen muchos niños españoles que aprenden a estimar a Germania y que acabarán por ser consumidores de sus productos.

No se compra ni se vende sino hablando, y mientras mejor se habla, mejor se compra y se vende.

Esto ya lo sabía sin duda monsieur de la Palice, pero parece que lo ignoran aún muchas gentes que desdeñan la difusión de su propio idioma.

Si hay idiomas comerciales es porque antes ha habido idiomas literarios. El idioma se difunde esencialmente por medios literarios, llámense cátedra, conferencia, libro, revista o diario.

***

Los españoles colonizadores de México, según me hacía notar con justicia un amable corresponsal anónimo, al cual me he referido ya dos veces en estos informes, no se preocuparon en lo general mucho que digamos de la correcta difusión de su idioma. Así se veía -y se ve- que el hijo de un español que habla bien regularmente el castellano, hable mal el mismo con deficiencia de términos y mayor deficiencia prosódica aún, sin que a su padre le choque ni mucho ni poco esto.

Siempre encontrarán padre e hijo la manera de entenderse.

La verdadera difusión del bien hablar es, pues, reciente en México; tan reciente como la renovación de nuestros sistemas de enseñanza, y si nuestra lengua se depura y embellece lo deberá exclusivamente a los procedimientos literarios que se empleen.

El ideal sería que todo libro de enseñanza, así como va siendo un primor de impresión, un primor de ilustración, un primor de método, un primor de pedagogía actualísima, fuese un primor

Librodot

literario: que antes de declararse texto una obra, por elemental que fuese, se viera si además de estar bien metodizada y bien informada, estaba bien escrita, sencilla pero limpiamente escrita.

De esta suerte, el libro que le lleva al niño indígena el pan científico, le llevaría el pan literario al propio tiempo.

Aprendería el indio muchas cosas, sí, pero además aprendería a expresarlas.

Los barbarismos de una obrita elemental, por pedagógica que ésta sea, dañan enormemente. Están destinados a fijarse en memorias frescas y a un uso activo en el indispensable ejercicio de la lengua.

Por tanto, hay que evitar, a todo trance, estos barbarismos.

Sentiría yo mucho que cuando digo la palabra literaria alguien entendiese retórica!

Yo no quiero -líbreme Dios mil veces- obritas de texto retóricas o pedantes.

Yo quiero que el estilo docente sea siempre sencillo, pero que sea estilo; que el maestro que va a tratar no importa qué ramo de enseñanza, la historia de México, por ejemplo, conozca a fondo este ramo, sepa desmigajarlo bien, según la categoría mental de la clase de alumnos a quienes se dirige, y además sepa escribir su idioma.

Yo no sé el valor pedagógico que se les dará a los libritos de historia elemental del maestro Sierra (a mí me parece lo tienen grande); pero sí puedo decir que es un encanto leerlos. Pasa con ellos lo que con el teatro para los niños que soñaba Benavente: que instruyen a los chicos y encantan a los grandes (a veces también instruyen a los grandes...) Pues ¿por qué no se han de escribir, siguiendo ese alto ejemplo literario de don Justo Sierra, todos los libros que en México se destinan a las escuelas?

Así, la difusión del idioma, tal cual debe ser, alcanzará su máximum.

Así, los niños, al propio tiempo que aprenden las innumerables cosas elementales que necesitan aprender, se forman un estilo, y cuando llegan a las clases de literatura, llevan ya en embrión una cosa preciosa: el gusto, y poseen una facultad mas preciosa aún: la de expresarse bien.

Pero observo que me he apartado un poco, sin querer, de monsieur Damour. Dejémosle por ahora en Nueva Orleans y felicitemos a Francia, que tiene cónsules de ese nivel patriótico y mental.

- XXVIII -

Los progresos del esperanto.

Varias veces he hablado en estos informes del Esperanto. Ello nada tiene de raro, ya que difícilmente podrá darse asunto que mejor quepa dentro del marco de la misión que esa Secretaría se ha servido conferirme.

El Esperanto tiende a realizar el más viejo ideal de los hombres:

entendernos.

Según la Biblia, los humanos nos entendíamos con las bestias en el Paraíso. La famosa manzana... de la discordia, hizo que la fiera y el hombre ya no pudiesen comprenderse (quizá porque el hombre tiene fierezas conscientes, y la bestia, tan calumniada, no).

Sin embargo, si la fiera y el hombre ya no se entendían, los hijos de Adán... tampoco (puesto que por no entenderse Caín mató a Abel); pero podían conversar, cuando menos, entre ellos, hasta la famosa torre de Babel.

Antes de la torre de Babel había, pues, un Esperanto, según la Biblia.

El Esperanto actual se ha hecho esperar muchos siglos; en cambio, pretende destruir el castillo milenario. ¿Pero lo consigue?

Sus apasionados gritan en todos los tonos que sí.

Tristán Bernard le consagraba en días pasados en el *Excelsior* un ditirambo de lo más entusiástico... ¡No es el primero, ni será el último!

Sin embargo, yo en uno de mis informes ponía a la lengua universal un reparo. Hace siglos, decía yo poco más o menos, el latín era en Europa la lengua universal; en ella escribían sus libros los hombres de todas las razas: lo mismo Calvino su *Constitutio*, que Servet su *Restitutio Christiani*; lo mismo Linneo sus clasificaciones admirables, que Kepler sus portentosas afirmaciones. No obstante, cuando dos hombres de diversas nacionalidades se encontraban y pretendían entenderse tendiendo entre sus cerebros un sutil puente de latín... solían separarse sin haberse entendido. ¿Por qué? Pues por un pequeño detalle: por el acento.

Entre el acento latino de un tudesco y el de un francés había una sima infranqueable, y quien lo dude, que haga simplemente pronunciar a un alemán y a un francés el *Dominus vobiscum* (*Fominus popiscum* dirá el tudesco, y el francés, tras de introducir en el *Dominus* su *u* peculiar, que lo disfraza por completo, dirá *vobiscom*).

Fresca está la tinta de lo que escribí entonces (no en bs términos apuntados, pero sí con el mismo fondo) y ya cuento con un aliado francés para mi opinión.

Cierto que él ignora hasta mi nombre, pero aliado es de todas suertes.

Me refiero a Adrien Vély, quien en carta abierta, dirigida a Tristán Bernard a propósito de su defensa del Esperanto, a la cual hago alusión antes, le dice lo siguiente, que traduzco:

«Mi querido amigo:

He leído con vivo placer su artículo sobre el Esperanto. Pero debo confesarlo que no comparto del todo su entusiasmo.

Reconozco con gusto que el Esperanto puede prestar algunos servicios desde el punto de vista literario, no obstante que hay en Francia y en Inglaterra bastantes gentes que tienen un cordial e inteligente conocimiento de los idiomas de las dos naciones. Pero en lo que se refiere a la conversación, hago algunas reservas.

Yo hablo bastante bien el inglés y creo hablarlo con una pronunciación bastante buena... es decir, que no puedo llegar a hacerme entender ni por la mayor parte de los franceses que saben el inglés, ni por la mayor parte de los ingleses que saben el francés. En uno de mis últimos viajes a Londres, una mañana, después de varias excursiones por la City, quise, a la hora del almuerzo, hacerme conducir al café Royal, al restaurant francés de Londres. Tomé un cab y le dije al cabman:

-Café Royal.

Como esas dos palabras son las mismas en inglés y en francés, era absolutamente como si me expresase en Esperanto. El cabman me las hizo repetir diez veces. No entendía una jota. Al fin tuve que resolverme a escribírselas en un pedazo de papel. Las leyó y exclamó:

-¡Oh! ¡Café Royal! ¡All right!

Hablábamos la misma lengua, pero no nos entendíamos a causa de, nuestras diferentes pronunciaciones.

Tomemos la frase de Esperanto que usted cita:

Kiajn logio ei havas

Un inglés la pronunciaría así:

Kiedjn leudgien vai heveus.

Y he aquí cómo la pronunciaría un alemán;

Kiach leudgien vai heveuss.

Si usted se esfuerza en hacerse comprender pronunciándola a la francesa hay probabilidades de que su interlocutor, inglés o berlinés, lo lleve a usted a ver al representante local de la Agencia Hayas, para que le sirva de intérprete...

Se verá usted, pues, forzado, sin duda, a hacer lo que el sordomudo, cuya divertida historia cuenta usted: a escribir la frase.

Pero en estas condiciones y dado que en el extranjero las palabras de que se tiene necesidad para los usos corrientes son bastante limitadas, sería más práctico para un francés que permanece en Londres copiar, según las circunstancias, las frases hechas de cierto librito que se intitula:

L'Anglais tel qu'on le parle.

¿Cuándo nos dará usted, mi querido Tristán el Esperanto tal como se pronuncia? Nos lo debe usted y Claretie lo espera.

Truly yours.

Adrien Vély».

Esta desesperante dificultad de que habla Vély, de hacerse entender en Inglaterra, en Francia, en Alemania, aun hablando bien el inglés, el francés y el alemán, es uno de los más terribles obstáculos para el progreso de cualquier lengua universal.

¿Cómo allanarlo?

¿Modificando el acento de cada uno de los respectivos nacionales?

Esto es un sueño.

El acento enraíza firmemente en las honduras mismas de la fisiología, y el inglés ha de hablar siempre cualquier idioma (dado que se resuelva -caso dudoso- a hablar otro que el suyo) con acento inglés.

Cuando uno se hace entender, por ejemplo, en Inglaterra no es porque los ingleses adapten siquiera una miaja su oído a nuestra pronunciación.

Es porque nosotros hemos logrado, después de persistentes esfuerzos, pronunciar a la inglesa.

Un amigo mío, que lo es también de Ramiro de Maeztu, me refería las angustias y los trabajos de éste para hacerse entender en Londres durante los primeros tiempos de su permanencia allí. Y, sin embargo, Maeztu, cuya madre es, según creo, inglesa, hablaba correctamente esta lengua.

Al fin, después de formidables esfuerzos, adaptó su pronunciación a la inglesa, hasta identificarla, y un día, un camarada suyo, que le oía hablar corrientemente con un cabman con quien ajustaba el precio de una carrera, decía:

«Maeztu debe hablar muy bien el inglés, porque le entienden hasta los cocheros».

He aquí, en efecto, la piedra de toque: el cochero. Por lo que respecta a los cabman, ensayad que os entiendan la palabra *Carlton*, nombre de uno de los mejores hoteles londinenses... y veréis lo que significa el acento en una lengua.

Vanamente repetiréis:

-*Carlton, Carlton*.

Después de insistir cinco o seis veces, puede ser, si no pronunciáis del todo mal, que el cabman exclame:

«¡Oh! *Corlton, Corlton* (con una o atrozmente cerrada y difícil).

Corlton... ¡All right!... «Pero ¡qué más! En Madrid suele suceder que la gente del pueblo no nos entiende a los hispanoamericanos.

En cierta ocasión, una buena mujer se excusaba conmigo de no entender lo que le decía un compatriota amigo mío.

-Como ese caballero me hablaba en francés... -decía.

Y en Burgos, un guarda, queriendo halagarme, exclama:

-El señorito habla bastante bien el castellano.

-Sí -le respondí-, lo he practicado un poco.

-¡Ya lo decía yo! -replicó el guarda, satisfecho de haber acertado.

Pero, en fin, diréis vosotros; sabiendo Esperanto, queda el recurso de escribir lo que uno quiere en un papelito.

¡Y tenéis razón, es un recurso!

Por lo demás, lo que he dicho hasta aquí no pretende nublar en lo más mínimo el brillo de la Lengua Universal. Encuentro, al contrario, que debe fomentarse su enseñanza y aplaudo de veras el buen intento del almanaque, Hachette para 1911, que abre un concurso de Esperanto y apoya su idea con las siguientes palabras:

«Desde que en 1915, en Boulogne-sur-Mer, se abrió para el Esperanto la era de los grandes Congresos internacionales, la nueva lengua no ha cesado de hacer extraordinarios progresos.

»El año 1910 ha visto el Congreso de Washington que ha reunido muchos miles de esperantistas y el Congreso especial de esperantistas católicos de París, que ha reunido a su vez algunos centenares de asistentes.

»Además de esas grandes reuniones mundiales, los esperantistas son bastante numerosos ahora para organizar en todos los países Congresos nacionales y aun regionales. Habrá más de 30 en el curso de este año de 1911.

»En cada ciudad se crean grupos que se federan entre sí. Estas federaciones a su vez forman entre ellas confederaciones.

»Lejos de estar compuesto con elementos nuevos o completamente deformados, como lo estaba el difunto Volapuk, el Esperanto toma para su vocabulario a las lenguas indoeuropeas sus raíces más internacionales. Un pequeño juego de afijos bien escogidos le asegura además una riqueza y una elasticidad extraordinarias. Su gramática es de una simplicidad tan notable, que se pueden traducir con mucha exactitud textos de Esperanto sin ningún estudio previo de la lengua y sacar un mismo de ellos la Gramática».

Librodot

Los anteriores elogios, que traduzco gustoso, probarán que mis reparos al Esperanto no son apasionados.

Dios siga deparando buena suerte a la lengua internacional y haga que la Humanidad, merced a ella, acabe al fin por entenderse.

- XXIX -

Hipertrofia del idioma.

Entre las notas editoriales de *El Imparcial*, siempre discretas y oportunas, encontró en días pasados una que, por su exactitud, debe alarmar a todos aquellos que nos preocupamos de que no sufran menoscabo la elegancia, la pureza y la propiedad de nuestra lengua. Dice así esta nota editorial:

«PERDEMOS EL IDIOMA

»Es penoso advertir la hipertrofia del idioma español como instrumento de expresión de las ideas científicas. Después de que se hubo constituido tan brillantemente en el siglo de oro, que adquirió la flexibilidad y hermosura en las pulidas obras de Fray Luis de León, en la magna producción de Cervantes Saavedra, en el Teatro conceptuoso de Calderón y en el donairoso y cortesano de Tirso de Molina; cuando acaparó una riqueza infinita en sus vocablos después del contacto con las civilizaciones árabes y al cabo de la conquista de los pueblos americanos, revistiéndose de mil matices y maneras de decir que se sobrepusieron al caudal de voces griegas y latinas, de cuyas lenguas conserva su filosófica estructura, es penoso al cabo de esto, que los hombres de hoy no sepamos ni desenterrar los tesoros de los siglos clásicos, ni curarnos de la barbarie de voces ríspidas e insulsas que nos invade, ni atinar con la palabra que en la lengua vernácula pinta con primor el menor detalle de los secretos de los fenómenos que a diario contemplamos en la Naturaleza.

»Por tan pecaminosa negligencia, por descuido tan fatal, hoy hablamos una jerga inarmoniosa que, sin embargo, vamos ostentando por casinos y avenidas.

»Ya en las aulas se habla siempre de *compundaje*, *voltaje*, *amperaje*, mereciendo la diatriba de algunos que otros que añaden *examinaje* y *reprobaje*. Esto en punto a nociones nuevas, puesto que otros, por hacer gala de políglotas, no encuentran equivalente a «*hangar*» cuando nos hablan de aviación. Y en modas, ¿qué decís? Hemos perdido ya los colores del espectro, los nombres de los tejidos, y seguramente que una dama no da tres puntadas ni se calza el dedal sin hacerlo en parisién como una «*grisetilla*».

»Por otro lado, el sajón penetra en el comercio, en la técnica ferrocarrilera, en los deportes.

»Hay mil neologismos; el castellano se atrofia; perdemos insensiblemente el idioma.

***

»Hay -me decía en días pasados Antonio de Zayas, coincidiendo con esta queja de *El Imparcial*- una resuelta mala voluntad para encontrar el equivalente castizo de las palabras extranjeras más en uso».

Librodot

Y esta observación del joven poeta es de una angustiosa verdad.

¿A quién se le oculta que la palabra *hangar* que cita, por ejemplo, el editorialista de *El Imparcial,* tiene los equivalentes cobertizo y tinglado? ¿Por qué no usar estos equivalentes? ¿Por qué no decir asimismo *deportista* en vez de *sportsman*? ¿Por ignorancia capital? Pues cuando se ignoran cosas tan elementales, no debiera escribirse para el público. Yo, de gobernante, propondría una ley que exigiese a cuantos se dedican a escribir en los diarios un certificado de idioma. Debieran sustentar un examen, en el que probasen que saben siquiera el vocabulario más común, las quinientas o seiscientas palabras que bastar para escribir gacetillas...

En esto de los términos técnicos viene notándose un desconcierto enorme desde hace unos diez años, y le sobra razón al editorialista de *El Imparcial,* quien pone a tal respecto el dedo en la llaga.

Ya en 1903, mi ilustre amigo el doctor Tolosa Latour desarrolló un tema intitulado «*El Diccionario Tecnológico Médico Hispanoamericano*».

Entre otras cosas muy interesantes y sugestivas, dice el doctor Tolosa: «Fue en un tiempo el idioma latino el preferido por los sabios de todos los países, y con profundo respeto hojeamos las obras clásicas, deletreando por culpa de la escasa o nula enseñanza de las viejas humanidades, aquellos libros donde la Medicina dice tanto con tanta brevedad como corrección. En los idiomas corrientes escriben ya los autores contemporáneos, y al leer las obras francesas, inglesas o alemanas, la nerviosa rapidez con que pretendemos asimilárnoslas no nos da tiempo de verterlas en los castizos moldes de nuestro vulgar romance. Y así como hay en todo el haz de la tierra plantas medicinales que hollamos con nuestros pies y ni las recogemos ni las aprovechamos por ignorancia, prefiriendo acudir a los preparados químicos que nos vienen de las grandes fábricas con preciosas envolturas, así también adoptamos perezosamente vocablos extraños, ignorando que tienen su correspondencia en el idioma».

De esto, además de los periódicos, tienen la culpa los editores de obras de vulgarización científica a bajo precio.

En España hay varios editores de cuyos nombres no quiero acordarme, quienes, no contentos con acrecentar a diario el galimatías de que adolece el castellano, contribuyen con carretadas de términos técnicos, pésimamente traducidos, a que nadie se entienda.

Ellos son los que lanzan esos *hangares*, y esos *compundajes*, *voltajes* y *amperajes* de qué habla *El Imparcial*. Ellos y los reporters de los grandes diarios.

Pero ¿cómo exigir instrucción ni siquiera sentido común a un pobre hombre que traduce tal o cual obra de vulgarización científica por veinte duros... cuando no por diez?

Los reporters de los grandes diarios sí son menos disculpables.

Algunos ganan bastante dinero para comprarse un buen Diccionario Inglés Español o Francés Español y viceversa. Podrían además cultivar un poquito su espíritu con buenas lecturas. Si leyesen a nuestros mejores hablistas de España y América, ejercitarían fácilmente el buen léxico de que han menester.

Y conste que no me refiero a la lectura de autores áridos e indigestos. Bastaría con conocer a cualesquiera de los autores modernos de España; bastaría hasta con leer a los cronistas más en circulación, a un Gómez Carrillo, a un Zozaya, a un Répide, a un Luis Bello, a un Mariano de Cávia... Ninguno de ellos dirá hangar por tinglado, ni amperes por amporios... como no dirá tampoco presupuestar por presuponer, afecto por aficionado, intrigado por preocupado, preciosura por preciosidad, revancha por desquite, constar o constatar por comprobar, etc., etc.

Librodot

Con un poquillo de docilidad ya tendríamos un nombre menos difícil de pronunciar y más castizo para el novísimo *aeroplano*. Lo habríamos llamado simple y sencillamente *volador*, como quiere Cávia... y diríamos *cernerse* por *planear,* y quizá *atracar,* a pesar de su filiación marítima, en vez de *aterrar,* que tiene un significado completamente distinto del que quiere dársele... Pero ¿quién se ocupa de substituciones tan sencillas?...

¡Vengan galicismos, y ruede la bola!

***

Un joven cultísimo, laborioso y sereno, M. de Toro y Gisbert, hijo de don Miguel de Toro y Gómez, excelente amigo a quien conocí y traté en otro tiempo en París, se pregunta en reciente estudio sobre extranjerismos y neologismos: «¿Qué debemos hacer cuando nos encontramos en presencia de una palabra extranjera que queremos introducir en un discurso o escrito?

Claro está que sólo debe recurrirse a este género de voces cuando materialmente no existe el equivalente exacto de la cosa en castellano.

Así, por ejemplo, rechazar *lunch* queriéndolo reemplazar por *merienda*, es una majadería tan censurable como la de empeñarse en ofrecer *bouquets* en lugar de *ramos* a las señoras.

Hay cosas que no existen en castellano y, por consiguiente, cuando las tengamos que designar, deben conservar su nombre exótico. A este género pertenecen *chalet*, *bar*, *bersagliere, bookmaker, cocktail, demimonde, grog*, *groom, poney*, *sleeping-car* y otros varios.

Cuando se trata de palabras poco corrientes, y sobre todo, si no se siente uno con suficiente ánimo para ponerle las banderillas al toro, vale más dejar dichas palabras al natural, tal como las escriben en su tierra, sin meterse en camisa de once varas. En una conversación se procura pronunciarlas lo mejor que Dios le dé a entender a uno, procurando ajustarse a la pronunciación natural de la palabra. Si la engasta uno en un escrito debe subrayarla.

Ahora bien: si se siente uno más animoso o si la palabra es ya bastante corriente, no es atrevimiento exagerado procurar aderezar el vocablo a la española, siguiendo los ejemplos que nos suministran la Academia y los buenos autores».

Y a renglón seguido nos da una pequeña y útil lista de extranjerismos que ha tiempo adquirieron carta de naturalización.

Hela aquí:

Arrurruz, viene del inglés, *arrow-root,* raíz, flecha.

Buró, viene del francés, *bureau*. *Clisé*, viene del francés, *cliché*.

Contralor, viene del francés, *controleur*. *Corsé,* viene del francés, *corset*. *Epilocho,* viene del italiano, *spilorcio*. *Esplín*, viene del inglés, *spleen*. *Margrave,* viene del alemán, *markgraf*. *Sumiller*, viene del francés, *sommelier.*

Ahora bien: al lado de estos extranjerismos naturalizados desde hace ya tiempo, encontramos a cada paso en los escritores modernos otras palabras españolizadas según el mismo proceder. No negaré que encuentro muy aceptables las formas *bandós*, *coctel, dubuar, fular, mitin, borders, rosbif, biftec,* que, después de todo, difícilmente se substituirían con otras españolas que, además, están ya admitidas por casi todo el mundo, y que tarde o temprano han de entrar en la lengua, como ya lo hicieron años ha *croqueta, piqué, neceser, paletó, financiero, cutí, matiné* y otros centenares que no lo merecían más que ellas.

Repito que la única regla que en este caso debe seguirse es la de no emplear una palabra extranjera al natural, ni españolizada, mientras haya otra castellana que signifique lo mismo (no

Librodot

algo análogo, sino exactamente lo mismo); ¡qué demonios!, de alguna manera habrá que expresarse cuando quiera uno escribir lo que los ingleses llaman *beefsteack*. No creo que sea ya posible transcribir esta palabra con la forma *bifstec*, que corresponde exactamente a su pronunciación figurada. Hoy todo el mundo dice *biftec* y hasta algunos *bisté* y así lo he visto ya escrito. Y hasta más de una vez he oído diminutivos como *bistelico* y *bistelizo*, que me han dejado soñando.

Así, pues, pongamos a mal viento buena cara y procuremos aderezar lo mejor que podamos a la española los vocablos que, acompañando cosas nuevas, se nos entren de fuera».

***

El consejo es excelente. No hacen otra cosa los franceses desde años ha, y les va muy bien. Su idioma es cada día más rico, más expresivo, más elástico.

He dicho al principio que los reos capitales del actual desbarajuste del idioma son: los editores de libros y los editores de periódicos. Si ambos quisieran enmendarse, les bastaría un arbitrio harto sencillo: tener un buen corrector de pruebas, que estuviese asesorado por tres diccionarios de los mejores en su género: uno español-francés y viceversa, otro español-inglés y viceversa y el último de la Academia.

Antes de permitir el uso de un extranjerismo, el corrector lo buscaría en el diccionario respectivo a fin de ver si tenía traducción exacta en castellano. Si no la tenía, el corrector, apelando a su buena memoria, procuraría recordar la castellanización de este extranjerismo hecha por buenos escritores.

En el supuesto de que su memoria no le ayudase en tal sentido, se limitaría a castellanizar la palabrita según su leal saber y entender.

Expurgaría, además, las pruebas todas, escrupulosamente, de todas esas bárbaras y absurdas construcciones que hallamos a cada paso en muchos escritores muy leídos en América sobre todo, como *me dijo de no faltar, venía en harapos, bajo el punto de vista, bajo la base de esto* o de *aquello*; *mi mujer se hizo embarazada*.

Es así que se puede afirmar por los resultados conseguidos que los cálculos eran justos; *mi madre estando enferma, no he podido ir a ver a usted*; *si jamás voy a París, me guardaré de ir en Febrero*; *toda mi familia es aprensiva, «mismo» yo... Llena los frascos para tener bien de vino*; etc., etc.

Ya que muchos de los que escriben para el público o de los que traducen del francés ignoran en absoluto su lengua, ¿por qué no procurar que los correctores de pruebas lo sepan siquiera medianamente? Así evitaríamos que de uno de los más admirables idiomas del mundo se formen diez o quince dialectos feos y que en breve plazo los hispanoamericanos de diversas nacionalidades tengamos que entendernos en esperanto... o, lo que es peor, en inglés!

- XXX -

El léxico Cervantes.

Hay muchos señores que se enfurruñan y molestan porque diz que en todos los empeños que se ponen para que España y sus antiguas colonias, hoy casi todas florecientes, se ayuden y entiendan mejor, hay mucho de lírico.

Esta palabra *lírico* los saca de sus casillas: «¡Los intereses son los que ligan!», afirman estos señores. Y creen con ello haber dicho todo.

Si se les pregunta qué clase de intereses, enójanse más aún.

En el fondo ellos creen que no hay en el mundo más que una clase de interés: el comercial.

Comprar y vender: he ahí el Universo; he ahí la ley y los profetas...

Yo soy tan condescendiente y conciliador, que quiero conceder por un momento a los expresados señores que no hay, en efecto, bajo el sol que nos alumbra (y si me apuran mucho en todos los mundos posibles) más que una ley, que es la de la oferta y la demanda, superior a las enunciadas por Newton (y las cuales hoy, por cierto, andan en tela de juicio). Según esta ley, lo que a nosotros los de raza española nos interesa, no son los lazos afectivos con la madre patria, sino que ella nos compre cada día más sacas de garbanzo, y nos venda, lo más barato, sus mejores vinos.

Perfectamente; pero aun considerando las relaciones hispanoamericanas desde este único e importante punto de vista, habremos de convenir en que la primera condición para comprar y vender es entendernos, y para entendernos hacemos falta los que escribimos, los poetas, los literatos, los que procuramos contribuir a que el castellano se hable de la misma manera en México que en Buenos Aires, en Madrid que en Santiago de Chile, salvo, naturalmente, los pequeños matices que no dañan a la totalidad de la lengua.

Si convienen ustedes conmigo, señores míos, en esta manera de razonar, tendrán la máxima amabilidad de otorgarnos a los antedichos poetas y escritores que trabajamos por este ideal, siquiera una modesta patente de hombres prácticos, que buena falta nos hace para trajinar por el mundo.

Y si se trata de otorgarnos esta patente pido que se le dé, de toda preferencia, a don Francisco Pleguezuelo, cuyo discurso relativo al léxico de Cervantes, pronunciado muy recientemente en la fiesta dada por la Unión Ibero Americana, en honor de las Repúblicas nuestras, con motivo de su Centenario, será el objeto de este informe.

Piensa el señor Pleguezuelo (y ya había antes hablado extensamente de ello en una conferencia) que no se debe consentir jamás, bajo ningún pretexto, que el castellano deje de ser la lengua oficial en el territorio español, y su idea es tan natural que está y ha estado siempre en los espíritus, menos, quizá, en los espíritus catalanes.

Piensa asimismo que, aunque ello parezca utopía, debiera haber, así como hay misioneros religiosos y misioneros comerciales, una especie de apostolado lingüístico. «Lo cual -dice-, después de todo, no es tan utópico, si se considera que casi siempre que se cumplen los fines más idealistas, resultan también cumplidos otros más positivos y más prácticos. Y si se tiene en cuenta, sobre todo, que quizás algo pudiera irse haciendo en este sentido con la intervención de nuestros cónsules, mediante la concesión de honores, franquicias y derechos, ya que no fueran posibles subvenciones, a todos los españoles que acreditaran hallarse consagrados en el extranjero a la enseñanza de nuestro idioma».

Piensa que podría también hacerse lo conducente a que las jóvenes españolas, fortificando el ánimo al par que la inteligencia, inundaran otros países en calidad de institutrices o profesoras, como vienen a inundar a España, y es bueno que lo hagan, las extranjeras.

Librodot

Piensa otras muchas cosas; pero especialmente lo siguiente, que, es a lo que deseo referirme: que tomando España, como pueblo de origen, la iniciativa, aprovechándose como base los organismos académicos existentes y contribuyendo con exiguo sacrificio cada uno de los pueblos hermanos, se constituyera aquí, donde están el viejo solar, los viejos archivos, las raíces de la lengua, una comisión permanente, compuesta de autorizados representantes de todos los pueblos (y de España por supuesto), encargada de formar un diccionario español hispanoamericano, donde con amplio y fraternal criterio se diera entrada y sanción a cuanto pudiera merecerlo de lo antiguo y de lo nuevo, de lo de aquí y de lo de allí, sin exclusivismos ni prevenciones, sin arrogancias ni desdenes, de modo que resultara una obra tan imparcial, tan elevada y tan completa, que inspirando amor y respeto a escritores y no escritores de ambos mundos, llegara a ejercer sobre todos ellos la presión necesaria y suficiente para que el vocablo castellano saliera de todos los labios con el mismo cuño y con el brillo y consistencia y duración del oro.

«Porque bien lo sabéis -añade el señor Pleguezuelo (poniendo el dedo en la llaga)-: a pesar de tantas corrientes de mutuo amor y de recíproca admiración (en esta casa sinceras, como en pocas partes); a pesar de muchas públicas protestas, es lo cierto que todavía, en voz baja, muchos de aquí suelen desdeñar el estilo americano y muchos de allí suelen decir con gesto despectivo: «Escribe muy español».

***

Yo no sé si esto último se dice en América. Yo, en todo caso, no lo he oído decir jamás. Sé, en cambio, en cuánto se ha apreciado y tenido siempre a los grandes escritores españoles, cómo, con qué devoción se les lee; cómo, con qué devoción se les guarda.

Pero en cuanto a lo primero que afirma el señor Pleguezuelo, a saber, el desdén de algunos por el estilo americano, desgraciadamente es cierto todavía, aunque el número de los desdeñosos sea cada vez menor.

Por un desconocimiento total de nosotros, hay escritores españoles, y no de los viejos, sino de los jóvenes, como Andrés González Blanco, que piensan que en América nadie sabe escribir el castellano... que lo pensaban, rectificaré, porque estoy seguro de que él ha rectificado también su decir.

¿Pues no afirmaba, por ventura, en días pasados uno de los noveles autores, con ignorancia deliciosa, que yo era el único que en América sabía escribir el castellano? Aun cuando se trataba de tan desmesurado elogio, lo taché a las volandas en el artículo en que figuraba, destinado por cierto a la *Revista Moderna*, de México; llamé al autor, y gracias a innumerables revistas y libros de América que poseo, lo convencí sin esfuerzo de que hay en el nuevo Continente centenares de hombres que manejan admirablemente el castellano, con una soltura y una agilidad poco comunes; que América fue la patria de Bello, es la de Cuervo y que en ella escriben y piensan y versifican un Justo Sierra, un Federico Gamboa, un Manuel Díaz Rodríguez, un José Enrique Rodó, un Rafael Delgado, un Salvador Díaz Mirón, un Leopoldo Lugones, un Rubén Darío, un Luis G.

Urbina, un Enrique Larreta (léase su admirable libro *La gloria de don Ramiro*, verdadero monumento de la lengua), un Jesús Urueta y tantos y tantos conocedores de la totalidad del idioma, como lo fue don Rafael Ángel de la Peña, como lo son Casasús, Salado Álvarez, Balbino Dávalos, Pedro Emilio Coll, Eduardo Wilde, ministro de la Argentina en Madrid; Juan B. Terán,

Librodot

argentino también; el cubano Jesús Castellanos; el peruano y clásico Ricardo Palma, etcétera, etc., etc., porque citaría cien más!

Y debo confesar, sin que ello sea modestia, porque no sólo no la tengo, sino que detesto esta antipática virtud, que yo, a pesar del generoso juicio del escritor citado, no soy de los que escriben mejor el castellano en América. Ya quisiera poseerlo como Salado, como Gamboa, como Rafael Delgado, como don Justo, como Díaz Mirón.

Yo escribo un castellano mío, que no es ni malo ni bueno; es simplemente mío, con mucho de instintivo, poco de leído y algo de estratificaciones, acaso nobles y bellas, de otros tiempos, que están en mi espíritu y duermen en mi tierra tranquila y solitaria.

***

Pero sigamos a nuestro amigo Pleguezuelo. «Es necesario -dice él- que estos apartes de si «habla muy americano o habla muy español» desaparezcan, y para ello urge que aceptemos los españoles, por nuestro lado, americanismos y que los americanos, por el suyo, acepten los que podríamos llamar hispanismos; transigiendo unos y otros en cuanto fuere necesario, seguros todos de que los puntos de transacción marcarán siempre el ancho cauce del más genuino castellano; porque órganos tan autorizados para seguir formando el lenguaje, son los hijos de los que allá fueron a conquistar y poblar el suelo americano (pensemos no más que en Andrés Bello), como los hijos y descendientes de los que aquí quedamos; y si hemos de ensanchar más la contextura política y social, preparándonos para una vida de raza superior aún a la de la nación, necesario es ensanchar también los moldes del idioma, para que todo vaya tomando proporciones atlánticas en vez de mediterráneas. Hay que aceptar giros, vocablos, acepciones, nombres de cosas que nosotros no tenemos, para que siquiera en la esfera del lenguaje lleguen a unificarse hasta la fauna, la flora y la gea de aquellos territorios y del nuestro. Con este criterio por una parte y con el de aceptar y respetar por otra raíces y modelos de la tierra hispana, habrá de formarse ese gran diccionario, proscribiendo de él todo barbarismo, todo lo superfluo y lo vicioso; aleccionando y corrigiendo de este modo a los malos escritores, que no son planta exclusiva ni del viejo ni del nuevo continente. Creando, en fin, una autoridad, una norma, una guía para todos, y un elemento poderosamente conservador de la unidad del idioma!

»Porque también me figuro -sigue diciendo el señor Pleguezuelo- que se convendrá conmigo en que los elementos que pueden integrar o representar la llamada, fuerza centrípeta, los diccionarios, son incomparablemente valiosos y eficaces, dejando siempre, a salvo, por supuesto, lo que por abreviar hemos llamado el nuevo milagro griego. No sólo sirven para depurar los idiomas, sino también para guardarlos, conservarlos, tenerlos como en estuche, protegerlos y defenderlos contra toda clase de agentes exteriores y enemigos; y a ellos acuden los que ignoran, los que dudan, los que disputan; y de ellos se saca siempre algo que sirve para evitar deformidades y extravíos. No sólo constituyen un freno para el común de las gentes, sino que también refrenan a los escritores más altivos. No son sólo un inventario: son una fuerza moral, vienen a ser un código. Y en este caso, el libro que yo imagino, hecho por autoridad sin semejante hasta ahora, con el corazón y el pensamiento puestos en el interés de una raza, podría ser para ésta no ya un código, sino una arca santa, merecedora de religioso respeto.

»Y habéis de considerar, además, que este medio en que yo insisto (de la formación internacional de un léxico), es fácil y, viable, no sólo por lo poco gravoso que económicamente habría de resultar, sino también por la especial esfera a que se refiere. ¡Cuán difícil sería hoy por

hoy, cuán imposible, mejor dicho, la acción de veinte naciones en el terreno económico, político, religioso, jurídico, industrial! ¡Pero qué exenta de dificultades y qué llena, por el contrario, de atractivos en los dominios ideales del lenguaje! ¡Y habéis de considerar, por último, que esa acción común, por hoy únicamente posible en el idioma, será ejemplo y enseñanza y sugestión y costumbre y acicate para otras acciones simultáneas, conjuntas, paralelas, correspondientes al interés solidario de la raza y a ese vago ideal que todos acariciamos, de formas superiores de asociación humana.

»Aunque para concluir no lo dijera, bien se comprende que son dos las ideas principales que yo me he propuesto llevar a vuestro ánimo: la de que la formación internacional de un léxico sería el medio más adecuado para procurar el bien y prosperidad de nuestro idioma y la de que procurar esto constituye un alto deber, atendiendo al todo a que pertenecemos, de manera que nuestro natural egoísmo resulta económico y conforme con el interés general humano; punto de vista que centuplica la energía para el cumplimiento del deber, y punto de vista que no es exagerado, como bien claramente lo demuestra el hecho (ya que mis argumentos no hubieran tenido tal virtud) de que en importantes publicaciones y sociedades de los Estados Unidos, de un pueblo que habla inglés, abóguese, como abogan, férvida y elocuentemente, por el establecimiento del español como lengua internacional. Hecho al que puede añadirse el de su enseñanza oficial en Francia y hasta en el apartado Japón... ¡Como si los extranjeros quisieran consolarnos de domésticos extravíos!»

***

Es claro que la idea del señor Pleguezuelo vibró simpáticamente en el corazón del auditorio. Todos sentimos en estos momentos la necesidad de defender el común patrimonio de la lengua. Los argentinos mismos, cuyo desvío por ella era conocido hasta hace poco, ahora, llenos de entusiasmo, con motivo de la visita de la infanta Isabel, convienen en hacer todo lo posible por purificar y guardar el precioso depósito.

En España uno de los comentarios favorables al señor Pleguezuelo ha sido el del conocido poeta y periodista Cristóbal de Castro.

Helo aquí, ya que mi informe debe tender a ilustrar cuanto sea posible la cuestión, con dictámenes avisados:

«En el local de la Unión Iberoamericana, donde tanto orador meloso y tanto poeta cursi contribuyeron a que el tópico de «estrechar los lazos» haya dado la forma del ridículo, sonó por fin la voz discreta.

»El señor Pleguezuelo pide la formación de un diccionario hispanoamericano, bajo la advocación gloriosa de Cervantes.

»Veinte naciones hablan hoy el idioma del Quijote, el idioma es el vínculo espiritual más puro, y, por lo tanto, más duradero; las fronteras se ensanchan o se acortan; los ejércitos vencen o son vencidos; tal río, que hace años era del Paraguay, hoy pertenece a la Argentina; tal pabellón, que ayer tenía escudo real, tiene hoy el simbolismo republicano de un águila o de un sol. Las naciones geográficas dependen de una guerra o de un tratado; las naciones espirituales tienen la permanencia secular de su habla. El idioma, como el espíritu, goza soberanías sobrehumanas.

»En la floresta de homenajes nacida al centenario, de la Argentina, destácase el proyecto del diccionario, con la robusta sencillez de un roble. Todo el talco de las poesías y de los discursos caerá ante el paso de las horas; todas las recepciones y asambleas perecerán, efímeras y gárrulas;

pero si el diccionario se hace, quedará patriarcal y santo, túmulo secular de varias razas, arca de la alianza de veinte pueblos.

»El lenguaje, como el espíritu, necesita comercio y renovación.

Incorporando al casticismo hispano las voces juveniles de pueblos jóvenes, se ensanchará el idioma, como el mar con la ofrenda de los ríos, y quedará inmutable en sus esencias, como el padre océano, patriarca que, acogiendo de tantos manantiales aguas tan variadas y diferentes, las santifica en su unidad potente, infundiéndolas el respiro de su alma.

»Además, este diccionario tendrá como un nuevo conquistador, el avance de ejércitos invasores. Italia, Francia e Inglaterra son voraces en la irrupción americana, y no contentas con arrebatarnos la geografía comercial y diplomática, avanzan, con facundia rastaquoère, por las fronteras del idioma con sus ejércitos de libros, de teatros y de periódicos. En México, y en la Argentina sobre todo, los emigrantes italianos y franceses, juntamente con los autores y los cómicos de sus países respectivos, destacan ya insolentes avanzadas; argentinos y mexicanos mezclan a la pureza de Cervantes voces extranjerizas y modismos anárquicos. La jerga emigratoria mancha con sus canturrias de aluvión el ritmo de Quevedo y de Solís.

»El diccionario, pues, debe aprestarse en plazo corto y lanzarse a los mares tras de las carabelas de los Pinzones. La sombra de Cervantes le será propicia, y las veinte naciones que han de anidar en él, las veinte palomas de sus almas sentirán el calor del nido, arrullándose con el mismo arrullo hispano. Y Andrés Bello surgirá, filólogo y poeta, y Palma, con sus *Tradiciones peruanas*, y Argüello, con su *Ojo y alma*, y Peza, ingenuo y creyente, y Díaz Mirón, frondoso y exaltado, y Acuña, y Mármol, y Tablada, y Pimentel, y Altamirano, y el duque «Job», aplaudirán en la «región luciente» el desfile de estos modernos capitanes que se llaman Leopoldo Lugones y Rubén Darío, Amado Nervo y César Dominici, Icaza y Ocantos, Gómez Carrillo y Manuel Ugarte, a los cuales habrá que señalar la avanzada de honor en este diccionario-mausoleo.
-Cristóbal de Castro».

***

Otros se dicen en cambio: si existe el Diccionario de la Academia, que periódicamente adopta los americanismos oportunos, ¿a qué un nuevo diccionario?

El Diccionario de la Academia, podríamos contestar, es una autoridad puramente española, y se trata de una autoridad, así como de una colaboración y una amplitud hispanoamericanas.

Se trata de una contribución unánime de la raza, que ahora no existe; se trata de que presida a la fijación del léxico un criterio más liberal y más amplio que el de ahora; se trata de utilizar la autoridad de los grandes filólogos americanos, que no están todos en las academias correspondientes.

Se trata... pero como yo no soy el autor del proyecto, no me compete defenderlo. Era simplemente mi misión informar acerca de él, como lo hago.

Al señor Pleguezuelo toca responder a las objeciones. Yo he cumplido mi misión.

- XXXI -

De las nuevas orientaciones de la novela.

Librodot

Octavio Uzanne, el amable y sagaz escritor, ha llevado a cabo en estos días una información curiosa relativa a las corrientes literarias europeas de nuestro principio de siglo.

Según él y con él, en concepto de muchos grandes libreros parisienses, la decantada crisis del libro no existe.

Aún se lee y se lee mucho, si se tiene en cuenta que vivimos más de prisa, que los deportes de todo género han adquirido enorme ascendiente en las sociedades modernas, y que nuestros vagares son mucho menores que antaño.

Aún se lee, sí, señor: sólo que se leen cosas muy distintas de las que se leían hace diez años, quince años si os parece mejor.

Cierto importante librero de esos que saben percibir las menores pulsaciones del público, interrogado por Uzanne, respondióle:

-«Hay una gran diferencia entre nuestro público actual de compradores y el que teníamos que contentar hace unos quince años. Ya no se trata de la misma gente. En otro tiempo nuestra clientela se componía de eruditos reales o superficiales, o sea de aficionados más o menos bibliófilos, muy meticulosos, curiosos de ejemplares intactos o escogidos y de autores consagrados. Entonces había aún mandarines literarios, de cuyos libros se hacían tiradas enormes: 40, 50, 60.000 ejemplares y aún más. Algunos jefes de escuela quedaban aún en esa época en la República de las letras: Loti, Daudet, Anatole France, Verlaine, y los jóvenes revelados merced al *Mercurio* o la *Revue de Paris*, los provocadores de escándalo. Desde hace tiempo todo eso se ha nivelado. Ya no se conocen las tiradas de cien mil.

Seguramente se venden menos ejemplares de un solo libro; quizá se vende más de la masa de las producciones nuevas, en un género más serio.

-¿Esta producción -preguntó Uzanne- es, sin embargo, excesiva? ¿No es cierto que aumenta y se exagera cada día?

-No podría yo negarlo. Es espantoso lo que se produce. Ya no se puede diferenciar a nadie. Los nombres conocidos se ahogan en la masa de los desconocidos. La novela abunda sobre todo y se desborda.

-¿Y se venden las novelas?

-Cada día menos, si no me engañan mis observaciones rectificadas, por lo demás, por las de mis colegas. El público parece fatigado por las obras de ficción. Hubo un momento en que, ayudado por una publicidad ingeniosa, el lector se dejó seducir; pero hoy ya no se deja engañar ni por el reclamo mejor disfrazado. Está cansado de toda esa literatura en que no se encuentra más que el amor, el adulterio, asuntos sexuales, psicologías femeninas, confesiones sin originalidad. La novela popular, en ediciones muy baratas, se vende aún como pan; pero el libro de imaginación, los cuentos, las novelas, los estudios pasionales, las psicologías refinadas, las aventuras de amor, «el 3 frs. 50», como decimos nosotros, se halla en el marasmo, en la decadencia. Todos los editores lo dicen. Se desea otra cosa, eso no interesa ya a nadie. Hay seguramente un *krack* de la novela.» ¿Cuáles son las causas de estas nuevas orientaciones?

Los editores les asignan muchas. Hay quien se mete en honduras para analizar lo que existe dentro del espíritu de las muchedumbres.

Pero yo me digo: ¿para qué tanto trabajo inútil?

Los tiempos cambian y nosotros cambiamos con ellos. He aquí la vieja, la vulgar pero suprema razón de ésta y de todas las mutaciones del planeta. Un lugar común si queréis, mas por ventura, ¿no son lugares comunes las leyes todas del mundo una vez conocidas?

Librodot

He dicho antes que los deportes dejan menos tiempo para leer: pero entendámonos. Dejan menos tiempo, no a los que usan de ellos racional y moderadamente, sino a esa sociedad frívola, snob, ultra-smart, que les dedica todas las horas libres del día, y esa sociedad, fuerza es decirlo, jamás ha leído mucho que digamos. No se trata de gente con quien puedan contar los escritores: no les resta ningún valor con su abstención. Los que usan, sin abusar, de los deportes, sí leen. Sólo que ya no leen novelas. Prefieren a las obras de ficción las obras de realidad.

Los deportes, por otra parte, en el sentir del librero interrogado por Octavio Uzanne, han creado una literatura técnica especial, que va enraizando en un mundo nuevo. Hay entre ella los mapas de las carreteras las guías prácticas, las publicaciones de viajes y de conferencias geográficas, etc.

Nunca se han vendido tantos libros de este género como ahora, y los editores que han sabido presentir los nuevos gustos se han enriquecido.

-¿No estima usted -pregunta Octavio Uzanue a su librero- que los grandes magazines ilustrados cuya boga persiste, la afición a los grandes diarios, más difundidos que antes y que dan a millones de lectores novelas, cuentos y dramas de apaches, frescos, de la víspera y puestos en escena por redactores que tienen estilo de folletinistas; no estima usted, digo, que todo ese papel impreso para la masa ha podido perjudicar al libro digno de tal nombre?

-Eso se dice y se repite; pero ¿puede usted creerlo verdaderamente?

Esté usted seguro de que en todos esos decires hay una evidente exageración. Yo sé bien que se trata de la opinión general, pero quizá esta opinión ha sido falseada. El público que lee los periódicos o es un público aparte que no lee más que eso, o bien un público elegido que, se educa para el libro, inconscientemente, y que debe formarnos poco a poco un considerable contingente de compradores. Ese público se afina, se instruye, se da cuenta y va creando su juicio y su discernimiento. Percibe muy pronto que el tiempo pasado en la lectura de la mayor parte de las novelas es un tiempo irremediablemente perdido y sin provecho alguno. No tarda en convencerse de que las obras de gran reportaje sobre los países extranjeros, como los libros de Julio Huret, los cuadros de viaje a la manera de Pierre Loti, de Andrés Chevrillon y de tantos otros, las memorias auténticas, los recuerdos históricos, los estudios sobre el pasado artístico, pintoresco y mundano, o sobre el movimiento social; que los retratos literarios, y por último las memorias de hombres y mujeres célebres de otros tiempos, constituyen lecturas infinitamente más nutritivas, más reconstituyentes que las historias imaginarias que se parecen todas y en las cuales hay demasiada aventura. Debemos convenir en que los volúmenes de documentación histórica son de un precio muy elevado; pero eso no detiene a los compradores distinguidos, que cada día son más, cuando se trata de estudios científicos y de obras de vulgarización tales como las memorias.

Las de madame de Boigne, por ejemplo, tuvieron un verdadero éxito; el «1815» de Houssaye, las publicaciones de Frederic Masson sobre Napoleón y su familia, los grandes volúmenes sobre madame Du Barry por Saint André, sobre el duque de Morny por Lolliée, sobre Taillerand, los numerosos estudios de historia literaria de León Seche, todo eso se vende a maravilla y mil veces mejor que las novelas, no obstante que el precio es más elevado.

***

En suma, que las modernas orientaciones literarias son más definidas, más seguras, más nobles.

Ello obedece a la instrucción más sólida y perfecta que se da en las escuelas y al perenne escenario de la civilización en todo lo que tiene de sugestivo, y especialmente al ya familiar espectáculo de la máquina, cuyo organismo cada día nos maravilla por modo eminente.

El muchacho que sale de las escuelas superiores posee un bagaje tal que puede comprender el mecanismo extraordinario de la vida moderna.

Se apasiona por los adelantos de los cuales es espectador; desea contribuir a ellos y busca en los libros serios la explicación de lo que aún ignora.

Por otra parte: ¿Por qué la literatura, la novela sobre todo, ha de ser un mero pasatiempo, menos útil todavía que el tennis o el golf?

¿Por qué el literato, el novelista, no han de contribuir de una manera más directa, más efectiva, más substanciosa al movimiento cultural moderno?

Los novelistas profesionales tienen una indicación harto clara de las orientaciones actuales, si leen con reposo los párrafos de este informe.

Hay cien actividades literarias posibles fuera del esfuerzo novelesco que, por cierto, gasta más fósforo que el libro de literatura técnica.

¿Por qué no ir paralelamente a las exigencias de su época?

El escritor debe ser ante todo un ser actual, es decir, debe moverse en el medio ambiente en que se mueven los espíritus contemporáneos.

- XXXII -

El Congreso de la Poesía y la Academia de los Poetas.

El famoso y nunca bien ponderado Congreso de la Poesía fracasó, por fin, definitivamente.

A lo que parece, una de las circunstancias sine qua non para que esta gran Asamblea de jilgueros tuviese verificativo, era que se celebrase en Valencia, «la ciudad de las flores».

Hemos convenido desde hace mucho tiempo en que el escenario forzoso de la poesía ha de estar compuesto de flores, pájaros y mujeres bonitas.

¿Por qué?

Nadie acertaría a decirlo. Acaso porque el lugar común es el barco que más anclas echa en el mar de nuestro pobre espíritu, moldeado por las convenciones.

¿Qué necesidad tiene la Poesía de colorines, de telones de boca y de fondo, cuando ella misma lleva consigo todo el vestuario?

Ponedla en los yermos árticos o antárticos, y allí cantará.

Envolvedla en noches, en brumas; vestidla de desolación, y así cantará.

Pero el clisé triunfó en esta vez y además del clisé había el deseo de añadir a las fiestas valencianas, con motivo de la clausura del certamen, una nota gaya.

El Congreso, por tanto, debía irrevocablemente celebrarse en Valencia.

De allí que se transfiriese nada menos que cuatro veces, en el espacio de poco más de un año.

De allí que se transfiriese, sí, porque aun cuando a ustedes les escandalice la enunciación de un hecho, este hecho es todavía de una verdad incontrovertible: los poetas en plena mañana del siglo XX, por lo general no tienen dinero. Bien sé yo que los poetas sajones y aun los franceses sí suelen ser ricos; pero en España y en nuestras Américas, quien se desposa con la Poesía debe estar inflamado por un amor semejante al que nuestro seráfico Padre San Francisco experimentaba por la pobreza.

Librodot

El activo, el enérgico, el infatigable Mariano Miguel de Val se percató pronto de esta imposibilidad pecuniaria y arregló las cosas de manera que los poetas pudiesen ir a Valencia por muy poco dinero.

Ya que el Pegaso, alirroto probablemente, o poco avezado a los caminos de la tierra, se negaba a prestarles el modesto servicio de un viaje gratuito a la bella ciudad que conquistó el Cid, los insípidos y lentos ferrocarriles disminuirían para ellos sus tarifas... Pero ni aun así -¡oh dioses- podía ir, no digo la totalidad, sino la mayoría de los poetas!

Sin embargo, contando con los que hay en Valencia (que son muchos) y con los menos desfavorecidos de la fortuna -españoles e hispanoamericanos (que son pocos)- había un número suficiente para que la Asamblea se efectuase con decoro.

Sólo que una de las condiciones que los poetas imponían para el Congreso, era que lo presidiesen los Reyes: la Reina sobre todo. Entiendo que en esto, los que me leáis estaréis de acuerdo con los poetas españoles.

Cuando se tiene una reina tan guapa como la reina Victoria -una de las más bellas soberanas de Europa- rubia como un mediodía de Madrid, de tez más suave que el más suave jazmín sevillano, ella y sólo ella debe presidir una gaya junta.

Pero tal presidencia no fue posible.

Además, el Rey, cuya intención era permanecer cuatro días en Valencia, tuvo que reducirlos, a última hora, a tres.

La Junta organizadora de los festejos valencianos, naturalmente, hizo esfuerzos enormes para que todos los actos del programa se verificasen en esos tres días.

Y, naturalmente también, al pobre Congreso de la Poesía le tocaba el tiempo más justo posible. Fue desposeído por las demás Corporaciones, al grado de que apenas lo quedaran una o dos horas... Ya sabemos de antiguo que cuando se trata de reparto los poetas llegan siempre tarde. Y si por casualidad llegan temprano, no por eso se les da más.

La ración que el repartidor encuentra congrua para ellos, es invariablemente mínima.

Mas en esta ocasión los poetas protestaron y, cortés pero enérgicamente, dijeron a la Junta de festejos: *aut César aut nihil*.

Como no era posible, por otra parte, darles más tiempo, pues que todo el mundo se había repartido febrilmente las setenta y dos horas de los tres días de marras, el Congreso no se celebró.

***

Pero Mariano Val no es hombre que retroceda por tan poco. Si el Congreso de los Poetas (que, como dije a usted, había de ser preliminar para la fundación de la Academia de la Poesía) no se celebraba, la Academia famosa se fundaría quand même.

La infanta doña Paz presidiría la sesión inaugural de esta Academia, sesión que habría de efectuarse en el Ateneo.

Y así fue, como verá usted por la siguiente breve crónica que copio de un diario importante:

«La solemnidad celebrada ayer tarde (4 de noviembre) en el Ateneo, constituye el preliminar para establecer en España una «Academia de la Poesía».

»Realizará, entre otros laudables fines, la «Academia de Poesía española» una protección resuelta a los poetas que carezcan de recursos para publicar sus obras, que son casi todos los poetas desde que en el mundo se versifica. Si vamos a juzgar de los vates actuales y venideros

por el número que suscitan ciertos concursos, es indudable que la Corporación naciente tendrá una horrenda tarea seleccionadora.

»La infanta Paz, exquisita cultivadora de las letras, así en prosa como en verso, presidió el acto de ayer, que dio principio con un breve y razonado discurso del señor Val, exponiendo las ideas que habrán de presidir a las ocupaciones de la Academia. El señor Val dedicó a la infanta ilustre elogios merecidísimos.

»A excepción de la señora doña Blanca de los Ríos, afortunadísima investigadora de nuestra literatura clásica, que leyó un hermoso estudio acerca de la poesía en la Historia, y de la sentidísima impresión de la infanta Paz sobre La poesía del hogar, que fue aplaudidísima, todos los demás trabajos que se leyeron estaban escritos en verso.

»Francisco Villaespesa leyó briosamente nueve sonetos excelentes.

»El tema *La poesía del pueblo* sirvió a Manuel Machado para concentrar en intensos versos el alma compleja de aquel a quien con razón se ha llamado el «primer poeta». Enrique de Mesa condensó en preciosas cuartetas de corte clásico *La poesía de la Sierra.* Los hermanos Quintero contribuyeron a la fiesta con un panegírico al poeta de las *Rimas*. Antonio Zayas leyó una composición vibrante, digna de figurar entre las mejores de entre las suyas, y don Ángel Avilés cantó en dos buenos sonetos *La poesía de la patria*.

»La fiesta, en suma, resultó muy grata y de buen augurio para el designio que persigue».

Este designio no tardó en cristalizarse, como verá usted, asimismo, por la siguiente crónica que también me permito reproducir:

«LA ACADEMIA DE LA POESÍA ESPAÑOLA

»En la secretaría del Ateneo de Madrid se ha celebrado, bajo la presidencia de don Salvador Rueda, una reunión para la aprobación de los estatutos de la naciente Academia de la Poesía.

»Asistieron las señoras condesa de Castellá, doña Blanca de los Ríos, doña Sofía Casanova y los señores Rueda, Martínez Sierra, Villaespesa, Machado, Ortega Morejón, Val, Mesa y Brun. Los señores Vicenti, Zozaya, Avilés, Fernández Shaw, Répide, Godoy y Zayas enviaron sus delegados a fin de adherirse a los acuerdos que se adoptaran.

»Por unanimidad fueron elegidos académicos de número, los 33 señores siguientes:

»Don Joaquín Álvarez Quintero, D. Serafín Álvarez Quintero, D. Ángel Avilés, D. Jacinto Benavente, D. Luis Brun, D. Emilio Carrere, doña Sofía Casanova, D. Cristóbal de Castro, D. Ricardo J. Catarineu, D. Carlos Fernández Shaw, D. Ramón de Godoy, D. José Joaquín Herrero, D. José Jurado de la Parra, D. Juan Ramón Jiménez, D. José López Silva, D. Antonio Machado, D. Manuel Machado, D. Eduardo Marquina, D. Gregorio Martínez Sierra, D. Enrique de Mesa, D. José María Ortega Morejón, D. Antonio Palomero, D. Ramón Pérez de Ayala, D. Pedro de Répide, doña Blanca de los Ríos, D. Francisco Rodríguez Marín, D. Salvador Rueda, D. Mariano Miguel de Val, D. Ramón del Valle Inclán, D. Alfredo Vicenti, D. Francisco Villaespesa, D. Antonio de Zayas y D. Antonio Zozaya.

»La Comisión Administrativa quedó constituida en la siguiente forma:

»Presidente, D. Alfredo Vicenti.

»Vicepresidentes: D. Ángel Avilés, D. Jacinto Benavente, D. José Joaquín Herrero y D. Francisco Rodríguez Marín.

«Vocales: D. Eduardo Marquina, D. Salvador Rueda, D. Ramón del Valle Inclán y D. Francisco Villaespesa.

»Bibliotecario: D. Gregorio Martínez Sierra.

Librodot

»Archivero: D. Manuel Machado.

»Secretario: D. Mariano Miguel del Val.

»Vicesecretarios: D. Enrique Mesa y D. Luis Brun.

»Aprobáronse y firmáronse los estatutos que, en cumplimiento de los preceptos legales, ya han sido presentados al gobernador civil.

»En las primeras sesiones que se celebren se ultimarán las listas de académicos honorarios y colaboradores.

»Quedaron nombrados académicos correspondientes fundadores todos los adheridos al Congreso Universal de Poesía, declarándose exentos de abonar la cuota de entrada y los derechos expedidos de título.

»Dentro de pocos días aparecerá el primer libro de la Academia.

Contendrá todos los trabajos leídos en la solemne sesión del día 4, celebrada en el Ateneo de Madrid bajo la presidencia de la infanta doña Paz de Borbón; contendrá además los estatutos y la lista general de académicos.

»Inmediata labor de la Academia será la formación del *Libro de oro Libro de la Poesía*, para el que se cuenta con los más valiosos originales.

»Pero antes que nada se harán las gestiones relativas al domicilio de la nueva Corporación que se instalará pronto en uno de los sitios más céntricos de Madrid».

***

Ni un solo nombre de poeta hispanoamericano en esa lista de 33 académicos.

¿Por qué? Porque los señores Machado, Marquina y Martínez Sierra (tres emes... meticulosas) se opusieron terminantemente a que se nos considerase a los poetas hispanoamericanos como poetas españoles.

¿Acaso porque escribimos en un dialecto especial?

Puede ser, por más que en ese dialecto hayan pensado Díaz Mirón, Rubén Darío, Justo Sierra, Luis G. Urbina y Leopoldo Lugones, poniendo en sus versos la totalidad del ritmo y de la magia del español.

El criterio reciente no era ese, sin embargo, en España.

Al poeta no lo nacionaliza la tierra donde nació: lo nacionaliza el idioma en que compone, ya que es el idioma el instrumento por excelencia de la Poesía. Se puede ser pintor argentino, mexicano, español; pero no se es más que poeta castellano o de lengua castellana.

A Rubén Darío y a mí se nos ha repetido esto muchas veces en Madrid.

Y la razón debe ser segura y convincente, cuando sabemos, por ejemplo, que a don José María de Heredia, criollo cubano, hijo de español, nacido en la Isla cuando ésta dependía de la Península, es decir, cuando era tierra española, jamás, que yo sepa, se lo ha considerado como poeta español.

¿Por qué? Pues, sencillamente, porque componía en francés.

Poeta francés fue, en cambio, sin que a nadie se le ocurriese negarle tal calidad, y la Academia francesa confirmó esta nacionalidad, no sólo legal, sino literaria, abriéndole sus puertas.

Me apresuraré a decir que los señores Marquina, Machado y Martínez Sierra han procedido, en mi concepto, guiados por un criterio sincero (lamentable quizá sólo para las futuras relaciones intelectuales entre España y América, que habíamos convenido en estrechar y que diz que debían favorecer a la unidad de nuestro común idioma).

Tan sincero es su criterio, que están, según sé, por completo de acuerdo en que a algunos poetas americanos (muy pocos, pero de seguro que entre ellos no faltará Rubén Darío) se les nombre «colaboradores».

Yo criticaría la Academia. Diría que si tiene éxito, los poetas que la forman acabarán por academizarse, y que ésta es la peor cosa que puede sucederle a un poeta.

Pero, una de dos: o yo soy nombrado colaborador (parece que sí) o no lo soy.

Si soy nombrado colaborador (y vaya si colaboraré al Congreso), se diría que critico ingratamente a quien me distingue; y si no soy nombrado colaborador, se diría que siento despecho.

Y como, en realidad, en mi sincero amor a España yo no siento más que lo que he sentido siempre: un gran deseo de que en ella vuelva a ser grande todo, hasta los poetas, me limito, señor ministro, a informar a usted, como es mi deber, acerca del Congreso de la Poesía, para el cual, por cierto, usted tuvo la amabilidad de nombrarme representante de nuestra muy amada México.

- XXXIII -

La enseñanza de la lectura en Francia.

Un distinguido pedagogo francés ha descubierto algo verdaderamente desolador. La juventud francesa de las escuelas, de los liceos, de los colegios... ¡no sabe leer! Este pedagogo, que es también un literato, un periodista, Lucien Descaves, afirma que ninguno de los alumnos de dichos establecimientos ha sido iniciado en el mecanismo de la lectura, «la cual es para la enseñanza lo que el tronco del árbol es para las ramas».

«Partiendo de este principio -añade- puede decirse que el número de iletrados es incalculable, y verdaderamente apena que se gaste cada año tanto dinero para coger al toro por la cola en vez de cogerlo por los cuernos...» (expresión verdaderamente pintoresca... hasta para un pedagogo).

Pero no sólo monsieur Lucien Descaves hace tan peregrinas afirmaciones -que por lo que diré después no me sorprenden-; monsieur León Riquier, profesor de la Escuela Normal, busca hace cuarenta y cinco años los mejores procedimientos para enseñar a leer a las gentes que leen mal.

Estas gentes, según monsieur Riquier, se llaman legión.

En concepto de monsieur Riquier, la rapidez misma de la lectura es la causa de lo mal que se lee, y para remediar este inconveniente propone un simple signo, una coma invertida -que podría colocarse entre las palabras que no separa la puntuación natural.

Antes de monsieur Riquier, todo el mundo lo recuerda, otro pedagogo, monsieur Alcanter de Brahm, inventó un signo que, según él, era indispensable, para el matiz de la lectura: el punto de ironía.

El punto de ironía estaba designado, como su nombre lo indica, para marcar los períodos o frases zumbones, satíricos, burlones, *pince-sans-rire*, que dan tal colorido al idioma literario.

Claro que quien sabe leer no necesita que lo indiquen con punto la entonación que debe dar a tales o cuales conceptos; pero monsieur de Brahm estimaba justamente que la inmensa mayoría de alumnos, y aun de adultos relativamente ilustrados, es incapaz de advertir a primera vista esta entonación y más incapaz aún de darla al período que la ha menester.

Librodot

¡Ay! el punto de ironía de monsieur Alcanter de Brahm no tuvo éxito ninguno. ¿Pasará lo mismo con la coma invertida de monsieur Riquier?

Este último, que es ante todo un profesor de dicción, considera la lectura como debe considerarla todo el mundo, como la considera el viejo Legouvé: como un arte, un arte admirable y difícil.

Monsieur Descaves, por su parte, se contentaría con que los maestros y los alumnos se dignasen considerarla siquiera como una cosa útil, necesaria en innumerables casos, y enseñarla aquéllos y aprenderla éstos con el mismo cuidado que ponen en la gramática, la historia y la geografía.

Ahora bien, ¿consagran los maestros franceses una solicitud tal a la lectura?

«¡Ah! no por cierto -exclama monsieur Descaves...- Y por lo demás, ¿cómo podrán enseñar a los otros lo que ellos mismos suelen ignorar?» ¿Es posible esta ignorancia? Sin duda alguna. Los hechos lo confirman. ¿De dónde dimana? Según cierto viejo profesor de instrucción primaria, que durante treinta y cinco años ha ejercido el magisterio en Francia, una de las razones de tal atraso es lo mucho que se exige del maestro de escuela, cuyas atribuciones son cada día más amplias y más complicadas y cuyas fuerzas tienen límites, aun cuando no los tenga su celo.

Muy frecuentemente el institutor o maestro de provincia es secretario de la Mairie, agente de propaganda al servicio de esta o de aquella obra de beneficencia, conferencista, organizador de fiestas, consejero universal...

Estas faenas debilitan más o menos su energía moral y quitan a la escuela recursos que debían consagrársele por completo.

La preparación de una conferencia, de una reunión amistosa con su respectivo concierto, frecuentemente exigen quince días de trabajo, cuando menos. La papelotería municipal lo reclama; por otra parte, y como si esto no bastara, sus noches están dedicadas a las clases de adultos. Es el único en el pueblo para desempeñar una faena que demandaría el concurso de tres maestros cuando menos.

¿Qué hace el institutor en estas condiciones? Toma y deja. ¿Qué es lo que deja? ¡Ah! en primer lugar, las clases nocturnas, diga lo que quiera el optimismo oficial. ¡Ustedes comprenden que no va a matarse desasnando adultos analfabetos! ¡Se contenta con darles un pasante benévolo que los enseñe a leer! ¡Peor para ellos, si cuando tenían tiempo de aprender, allá en sus mocedades, fueron a la escuela tres o cuatro años en vez de ir siete! ¡Que ahora recuperen como puedan el tiempo perdido!

Por desgracia, la pendiente es resbaladiza..., y al cabo de poco tiempo el maestro descansará también en el pasante por lo que respecta a la tarea de enseñar a leer a sus discípulos diurnos; de tal suerte, que toda una clase viene a ser víctima de la fatiga del maestro, quien sirviendo a tantos amos acaba por quedar mal con todos.

Ahora bien, la tarea de enseñar a leer a los niños es capital. Sobre ella reposa todo el edificio escolar.

«Del maestro que la enseña -dice el tantas veces citado Mr. Descaves- depende que la lectura sea un ejercicio fastidioso, ininteligente, rutinario, en vez de ser una adquisición atractiva y fructuosa, un passepartout que no solamente abre todas las puertas, sino que da gana de abrirlas. ¿Cómo no comprenden los maestros desdeñosos de esta parte elemental de su misión, que estimulando en el alumno el gusto de la lectura lo ponen en aptitud de instruirse por sí mismo, casi sin el concurso de ellos o, cuando menos, ahorrándoles muchísimo trabajo?

»La mala lectura, por el contrario, disgusta al niño y le hace odiar todos los libros».

Librodot

La proporción de los niños que no saben leer es muy grande, según Mr. Riquier. Refiere éste que en días pasados, como delegado cantonal que es, visitaba un grupo escolar de seis a setecientos alumnos. Entre los niños una tercera parte no sabía leer. La misma proporción se advertía entre las niñas, con la agravante de que se veía desde luego que éstas no aprenderían jamás, por falta de una enseñanza seria y metódica! Había niñas de diez años que en vez de leer, recitaban, mascullaban, con la voz falsa, estridente, insoportable, que todos conocemos tanto, esa voz del niño que dice de memoria un cumplido o una fabulilla. «¿Creen ustedes -pregunta Mr. Riquier- que esas infelices niñas gustarán alguna vez de la lectura y desearán enriquecer su vocabulario, su acervo de ideas? Y si a los veinte años no saben nada, ¿de quién es la culpa? La culpa es de un sistema defectuoso, que ya no permite al maestro ocuparse por sí mismo de sus discípulos más pequeños y llevarlos suavemente del alfabeto a la lectura silábica y de ésta a la lectura corriente. Una vez forjada la llave (y bien forjada), se puede estar tranquilo. El niño no se quedará encerrado en ninguna parte.

»Pero no acaba aquí todo: es necesario que los jóvenes maestros que han obtenido su título de enseñanza superior, no sigan viendo la lectura como un curso elemental indigno de ellos.

»¡Oh viejo maestro, que me habéis enseñado el alfabeto -concluye Mr. Riquier-, yo admiro de sus maestros por la lectura!»Yo por mi parte creo que la razón principal, de que los niños no aprendan a leer, es el desprecio de sus maestros por la lectura.

Hemos convenido, así a priori, en muchas cosas absurdas, entre otras en que la «lectura no sirve de nada», lo cual es tanto como decir lectura no sirve de nada», lo cual es tanto como decir que el dibujo, para los que se dedican a pintar, no sirve de nada, el conocimiento de las llaves, de las notas, de los tonos. ¿Con qué entusiasmo, con qué estímulo, puede enseñar a leer el maestro que empieza por despreciar esta enseñanza? A él mismo, por otra parte, lo han enseñado harto mal. Seguro estoy de que si con un público muy escogido se invitase a leer en alta voz a veinte maestros, diez por lo menos mostrarían dos defectos capitales: la monotonía de la voz y la articulación defectuosa.

Nada, por otra parte, más fácil de corregir que estos defectos, vencidos los cuales, la lectura es un verdadero deleite para el que la hace y para los que la escuchan, sobre todo para los últimos.

La articulación defectuosa es, de los dos tropiezos, el que se corrige más pronto, a menos de imposibilidad orgánica (aunque aquí cabría citar el clásico y asendereado ejemplo de Demóstenes), y una vez corregida merced a un poco de ejercicio y de paciencia, la lectura comienza a deleitar.

A medida que se purifica la dicción y que la voz adquiero elasticidad para las entonaciones, para esa enorme variedad de entonaciones que permite nuestra admirable lengua, la lectura se va volviendo música, una música que impone su prestigio, su cadencia, su hermosura aun a los alumnos más jóvenes, los cuales se quedarán verdaderamente suspendidos de vuestros labios.

Merced a tan bella adquisición ya no habrá lecturas fastidiosas. Las interesantes serán un encanto, las áridas se volverán soportables.

Cuando el discípulo llegue a leer como vosotros los maestros, lo cual será más fácil si se tiene en cuenta que a él no le toca vencer vicios de articulación, de dicción o de entonación, seguramente que, como dice el pedagogo citado arriba, se volverá vuestro mejor colaborador.

Desaparecida la parte más ingrata de su aprendizaje, el entusiasmo y el estímulo con que su joven espíritu habrá de internarse en todas las materias, os ahorrará la mitad de vuestras fatigas.

Señores maestros, de cualquier nacionalidad que seáis, pero especialmente franceses, italianos e hispanoamericanos: enseñad, ante todo y sobre todo, a leer bien a vuestros discípulos. Poned en

Librodot

sus manos ese admirable instrumento de cultura y utilizadlo vosotros mismos con amor y con entusiasmo. No os arrepentiréis, sobre todo cuando hayáis visto la noble opulencia de los frutos.

- XXXIV -

Saber vivir.

Los franceses suelen quejarse más o menos amargamente del recargo de materias de que sufren los alumnos. «Llevan -decía ayer cierto escritor- un saco que cada año se vuelve más pesado.» «Los programas -añadía- están horriblemente recargados. Los alumnos también. Un joven ciudadano que frecuenta la escuela «laica», de su barrio, lleva a las espaldas lo menos cinco kilos. ¡Es enorme!, asusta ver todo lo que hay en ese saco...

¡Cuántos «cursos», tratados, manuales y resúmenes! Todo eso es pesado para los brazos del niño, pero es más pesado aún para su cerebro. ¡Apenas se atreve uno a pensar en lo que tiene que aprender ahora un infeliz muchacho de catorce años! Y cada año los programas se agravan, se complican: todo el bagaje de un Pico do la Mirandola pesaría apenas al lado de lo que nuestros chicos llevan mañana tras mañana a la escuela».

En México andamos poco más o menos como en Francia. Creo que en la Preparatoria nada tenemos que envidiar a los franceses... A pesar de lo cual, yo propondría una clase, un curso, un aprendizaje más, por todo extremo necesario. Esta clase, este curso no sé cómo llamarle; tal como yo le concibo y propongo jamás ha existido en nuestras Escuelas. Sería hasta difícil incluirlo en los programas. Es algo mucho más amplio que lo que nuestros padres llamaban *Urbanidad*, más práctico que lo que los franceses llaman *Civilité*; se roza a veces, pero muy poco, con la instrucción cívica, y más, mucho más, con *ce savoir vivre*, y habrá que establecerlo, no en la escuela primaria, sino lo más tarde posible, cuando están ya próximos los estudios profesionales, o el definitivo ingreso en la vida de los negocios y del trabajo.

Tal vez le llamaría yo a este curso, así de una manera general, *Curso de cultura*, y serviría para prestigiarnos en el extranjero mucho más que una porción de cosas que, nos cuestan hartas fatigas y harto dinero.

Quizá al explicar mi idea me salga un poco o un mucho de la zona que para mis informes me ha demarcado esa Secretaría; pero juzgo que no será sin provecho.

Para hacerme entender mejor, procederé por ejemplos y descripciones, un poco ajenos en apariencia, pero con más meollo del que muestran a primera, vista.

Quiero suponer que un mexicano llama a las puertas de su Legación en París, Londres, Bruselas, Viena o Madrid. Mi ideal sería que desde el momento en que, gracias a la amabilidad del ministro o del personal de la Legación, aquel mexicano entra, como si dijéramos, en la habitual circulación de la metrópoli, nada, absolutamente nada, le distinguiese del común de los hombres cultos que están en los clubs, en los teatros, en las calles, en los salones de la Legación o en las otras salas mundanas.

Ansiaría que adquiriese el tono discreto y elegantemente neutro que aman tanto los ingleses, que son los hombres más bien educados de la tierra.

Querría, en suma, que aquel hombre no llamase en absoluto la atención ni por su traje, ni por su aspecto, ni por su gesticulación, ni por el timbre de su voz; que fuese como los otros que le rodean; *the right man in the right place.*

Tengo la satisfacción de confesar que algunas veces, que muchas veces, acontece así. Pero otras... en cambio... y como estas otras son las que conviene suprimir o modificar, que se me perdone lo agridulce de mi crítica (la cual no se refiere en manera alguna a personas determinadas), en gracia de mis excelentes propósitos de humilde aprendiz de «educador nacional», propósitos que no están, por desgracia, a la altura de mis merecimientos y de mis aptitudes.

Lo primero que hace el mexicano a quien critico, es abrazar fuertemente, en medio de la calle, a los compatriotas o amigos que encuentra y darles unas palmaditas en el hombro. Les llamo palmaditas por nuestro amor al diminutivo, pero ciertamente este diminutivo no lo merecen; porque son en extremo vigorosas.

He visto a un «paisano» saludar de esta manera a un caballero francés conocido viejo, y a la consideración de ustedes someto la cara de estupefacción que puso el dicho caballero.

El mexicano en seguida se pone a hablar. Nos ponemos a hablar, diré mejor, y en lo sucesivo emplearé el plural, por ser menos vejatorio para nuestra vidriosa vanidad. Nos ponemos a hablar en voz alta, muy alta, de tal suerte que todo el mundo, en las terrazas de los cafés, en los tranvías, en los teatros, vuelve la cara con cierta sorpresa. Gesticulamos también de la manera más expresiva. A muchos casi nos es imposible hablar sin gesticular. Las manos con desaforados movimientos, los músculos todos de la cara, completan nuestro discurso. Nuestra voz es regularmente de un metal áspero y está llena de estridencias penetrantes. Es imposible que no se enteren de cuanto decimos los que están a diez metros de distancia, y si no hablan nuestra lengua, la vivacidad de los ademanes y la pirotecnia de los ojos, las pobres manos atormentadas, y el fruncimiento de boca, cejas y frente, les traducirán asaz nuestra conversación.

Si se nos invita a comer, solemos presentarnos con un ligero retardo y encontrarnos con que sólo se nos espera a nosotros para sentarse a la mesa.

Si un amigo que nos acompaña denodadamente durante una hora o dos, desea retirarse, no lo dejamos ir.

-No, hombre -le decimos-, quédese.

-Tengo una cita.

-¿Con quién? ¿Dónde? ¿A qué hora?

Es imposible (tan cariñosos así somos) que nos resignemos a dejar ir a un amigo que quiere absolutamente irse. Lo obligamos a que mienta para ver si se libra de nosotros, y a última hora le proponemos que deje sencillamente plantada a la persona que, afirma, le espera.

Otra de nuestras características es la susceptibilidad.

El señor Presidente de la República dijo en reciente ocasión, si mi memoria no me es infiel, que el mexicano tenía más presentes sus derechos que sus deberes.

Esta frase es de una absoluta verdad. Llevamos nuestros derechos en la alforja delantera, como el del cuento llevaba las faltas de los demás, y nuestros deberes en la alforja que penden sobre la espalda... para no verlos nunca o lo menos posible. Y como solemos exagerar la noción de nuestros derechos, así como la amplitud de nuestros merecimientos, nos juzgamos acreedores a una suma tal de finezas, de atenciones, que son prácticamente irrealizables y que los otros no podrían jamás dispensarnos.

Librodot

De aquí la susceptibilidad turbulenta y vidriosa, los sentimientos con los amigos, los odios y malas voluntades. Cuando viajamos por el extranjero, esta susceptibilidad crece hasta adquirir proporciones irritantes por servirnos.

Ciertamente, al hacer el inventario de todas estas pequeñas flaquezas pienso que no somos nosotros los únicos que en América adolecemos de ellas; que son más bien defectos hispanoamericanos; pero a mí, naturalmente, me interesan de una manera especial mis compatriotas, hago hincapié en ellos, guiado por mi ensueño de que el mexicano jamás difiera por su cultura de los extraños, aun en los medios más refinadamente cultos.

Ahora bien: ¿cómo corregir todos estos (y algunos otros) pequeños defectos, que tanto obscurecen el papel decoroso y aun brillante que podemos representar en el mundo?

Esos defectos, en todos los países civilizados, se corrigen en la escuela.

En la escuela, decíamos en días pasados cambiando ideas a este propósito la ilustre doña Laura Móndez de Cuenca y yo, es donde los niños sajones aprenden.

A hablar en voz baja.

A no gesticular demasiado.

A mantener quietas las manos.

A no mirar a las gentes con mirada insistente y curiosa, sean cuales fueren su traje y sus maneras.

A dejar la mayor suma de libertad posible a los otros.

A no hacer preguntas indiscretas.

A no pretender obligar a un amigo a que beba o coma con nosotros.

A no quitar el tiempo con visitas interminables a las gentes ocupadas.

A no disgustarse ni sentirse porque los extraños no nos abruman a consideraciones.

A vestir y peinarse «como todo el mundo».

A hablar lo menos posible de nosotros mismos, a dominar nuestras exaltaciones.

A cumplir, en suma, el sabio precepto inglés: «Vivir... pero dejar también vivir a los otros».

Entiendo yo que una clase especial para enseñar estas y otras cosas análogas que constituyen la difícil ciencia de convivir con nuestros semejantes, nos puliría y afinaría de tal suerte que un mexicano honraría a su país por la distinción de sus maneras, como de hecho lo honran muchos, dondequiera que estuviese y fuese cual fuese su origen.

¿De qué le sirve a un joven de diez y seis años resolver ecuaciones de segundo grado o haberse leído todos los textos, si no sabe ni comer, ni sentarse, ni hablar, ni saludar a una dama, ni hacerse amable a los otros, ni dominar sus iras, ni vestir con sobriedad, ni ser, en fin, en todas partes, el hombre adecuado en el lugar adecuado?

Los mexicanos viajamos mucho, es decir, que la Patria envía a todas partes spécimens de sus diversos núcleos sociales. ¿No sería prudentísimo educarlos antes en ese ritmo del bello y decoroso vivir, del movimiento mesurado y justo haciendo de cada uno de nosotros un hombre armonioso?

La fealdad física de alguno de nosotros, ni mayor ni menor que en otros muchos países, para nada nos estorba. Yo he visto japoneses que no son precisamente Antinoos, pero que han adquirido una desenvoltura tan elegante y discreta, que no desdicen al lado de ningún teutón rubio de cara de dios wagneriano.

«¡Puerilidades!» -dirán algunos, sobre todo entre esos hombres que ni se peinan ni se cambian de camisa con una frecuencia ejemplar, que suelen hasta ser pozos de ciencia... pero pozos un poco turbios...

Librodot

¿Puerilidades? ¡Ah, no! felizmente para México, habrá muy pocos que lo digan.

Quien ha hecho lo más hace lo menos. Hemos logrado, gracias a un régimen sabio, que se tome en serio a nuestro país en todas partes...

¡Procuremos que individualmente se nos tome en serio también!

Yo llegaría hasta sugerir el establecimiento de clases de civilidad para adultos.

En ellas los que no hemos podido afinarnos en razón de las excesivas labores y penalidades de nuestra vida, puliríamos esa faceta que le falta a nuestra personalidad.

Yo de mi sé decir que no me avergonzaría de asistir a una de esas clases.

¿Y vosotros, amigos míos?

Me he salido en esta vez del margen demarcado a mis informes; que se me perdone en gracia de mi buena voluntad.

- XXXV -

De la utilidad de las Academias.

Ahora vienen cayendo en la cuenta en Francia de que las Academias no sirven de nada.

¡Es todo un descubrimiento éste!

De la Academia francesa dicen que es una antigualla. Si no se ha hundido en el descrédito que diz que merece, es... ¿saben ustedes por qué?

Pues porque los escritores más bravos y llenos de acometividad para atacarla cuando son jóvenes, cuando están ya maduros acaban por entrar «bajo la cúpula»... y así se hacen cómplices decididos de la rutina de que antes abominaban.

El hombre es así... dicho sea en mengua de la especie.

Que un rey sonría a un republicano convencido, que le dé una cruz, que le llame amigo... y ya tenemos un realista más.

¿Quién no recuerda el caso de Carducci en Italia?

En España, *toute proportion gardèe*, tenemos otro caso reciente: el del poeta Marquina.

Las Academias poseen, pues, esa fuerza casi incontrastable. A sus más briosos enemigos los hacen... ¡académicos!

Y no es esto lo peor. Lo peor es que los académicos así fraguados, lejos de llevar un ímpetu viril, nuevo, a la arcaica corporación, vuélvense más papistas que el Papa y son después reaccionarios por excelencia.

Pero, a pesar de estas «adaptaciones», por no llamarles de otro modo; a pesar de esta ductilidad de los academófobos de antes y academófilos de después, la institución, en concepto de sus detractores, resulta absurda e inútil. Dicen ellos: «El estado actual de la instrucción general y las publicaciones enciclopédicas hacen superfluo el famoso Diccionario que la corporación arregla y desarregla para distracción de sus pretendientes.

Veinte escuelas literarias fueron sucesivamente sucediéndose, para las cuales las leyes del purismo jamás llegaron a ser un hecho acogible; en materia de lenguaje y de gusto, es nula la influencia académica.

Considerada como Jurado literario, la Academia recompensa sólo a las medianías; detesta la originalidad. Como sociedad benéfica, administra sus bienes correctamente, pero sin iniciativas

Librodot

lúcidas ni generosas. Su espíritu de cuerpo es reaccionario, menospreciador y mezquino; sus ceremonias son propias de otras épocas. Pretendiendo gobernar los destinos de las letras, la Academia carece de autoridad. En conclusión, es un círculo que se considera a sí mismo como autoridad nacional, sin tener el menor derecho para ello. Mortifica, en verdad, el que un grupo de gentes privadas se atribuyan ilegítimamente el derecho de representar el talento y la ideología francesa..».

Bueno, todo eso está bien pensado y bien dicho..., pero lo malo es que los que protestan con tanta lógica están generalmente dispuestos a cambiar de ideas si les dan derecho a llevar la fea casaca verde rameada...

Sin embargo, oigámoslos... mientras no se las dan. ¿Cuál es el remedio que proponen?

El capital remedio, según ellos, consiste en que las elecciones se verifiquen por sufragio restringido. Las ambiciones, de este modo, se exasperarían, sin embargo, pues como observa un cronista, aun cuando fueran nombrados hombres de mérito, precisaría crear muchas plazas para satisfacer, no ya a cuarenta, sino a cuatrocientos individuos. «Los influjos políticos y sociales lucharían a porfía para favorecer a la nueva especie de inmortales y las lindas costumbres parlamentarias entrarían a formar parte de las costumbres literarias».

Por otra parte, si la Academia francesa se renovase de esta suerte, ganaría acaso en autoridad y en prestigio; pero... ya no sería la Academia francesa.

Hay instituciones que no pueden progresar. La atmósfera nueva las mataría.

La tradición es lo único que da cierto prestigio platónico a las Academias de la Lengua, y merced a ese prestigio viven aunque inútil y estérilmente.

Decretan con lentitud vocabularios que ya nadie consulta; premian libros que ya nadie lee; dan a la virtud recompensas que ya nadie solicita.

Los diarios, las revistas, las obras teatrales son los verdaderos árbitros del idioma, porque van paralelamente a las exigencias modernas.

Las Academias no se renovarán, pues, ni tendría objeto su renovación.

Quedan allí, enconchadas en un rincón, para halagar la vanidad de los literatos que envejecemos, con la verdura dorada de un uniforme y de un estoque, o el ornato pectoral de una cruz...

- XXXVI -

Algo sobre la erudición y sobre el estilo.

No sé quién dijo que la erudición es una forma de la pereza.

Evita, en efecto, la fatiga de pensar.

Con un poco de método y de laboriosidad se es erudito. Con otro poco de cuidado, se es castizo. Lo que no se puede ser ni con método, ni con laboriosidad, ni con cuidado, es pensador.

Una tendencia que ya va siendo vieja, porque ahora todo envejece con suma rapidez, es la que consiste en sacrificarlo todo a la erudición.

Se escribe un libro sobre cualquier cosa y es preciso haberse leído, para escribirlo, una biblioteca.

El público, en cambio, suele no leer el libro y hace bien, porque con su seguro instinto, el público quiere interesarse y no sabemos interesarlo.

Eternamente cierto será lo que fue evangelio de muchos hombres de ingenio de la generación pasada: «El único género que debe evitarse es el género fastidioso.

Lo esencial en un libro, sea científico o literario, es interesar. Si pretendo enseñar algo, ha de cautivar primero la atención. Si no pretende enseñar, sino deleitar tan sólo, claro que ha de cautivar también la atención, en absoluto, sobre todas las cosas.

Preguntaron en cierta ocasión a Dumas hijo:

-¿Cómo es que vuestro padre, que publicó tantos y tantos libros, no escribió jamás una página fastidiosa?

Respondió:

-Porque una de las cosas que nunca supo mi padre fue fastidiar...

¡Imitemos a Dumas!

***

Es tarea decorosa citar todo lo que se ha escrito con respecto a un asunto, pero es más decorosa tarea aún pensar algo propio acerca de él.

Me sugieren estas reflexiones otras de Palacio Valdés, que me parecen muy oportunas y que acaso constituyan una segura orientación para muchos.

«Hay y hubo siempre -dice Palacio Valdés en una reciente conversación literaria- idólatras del libro.

»Son éstos los que creen que ser eruditos, conocer las ediciones de todas las obras y saberse de memoria, como un catálogo viviente, la bibliografía universal, es ser algo superior a los que con su ingenio, con su talento productor, crean. Así, la gente no concibe un escritor que no haya leído mucho. A mi me han enviado retratos personas de mi amistad con esta dedicatoria: «Al gran sabio Palacio Valdés». Y es que confunden al escritor con el erudito, inferior a aquél. Yo he visto en las historias literarias los nombres de los poetas, de los novelistas, de los filósofos, de los historiadores... de los eruditos, jamás».

Hay otro punto, respecto del cual Palacio Valdés hace observaciones interesantes: el lenguaje.

«Yo -dice- no soy un idólatra del lenguaje, como muchos escritores modernos, que lo sacrifican todo al estilo. El lenguaje es un instrumento.

No sólo hay que escribir bien: hay que decir algo.

»Yo, en mis mocedades, hice una apuesta respecto a este punto:

escribir un cuento en cada uno de los lenguajes de los siglos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII. Y digo esto para que se vea que, con un poco de estudio y otro poco de habilidad, se crea un estilo peculiar o se imita perfectamente a cualquier gran literato antiguo.

»Santa Teresa de Jesús no tenía conocimiento del lenguaje, no había leído más que algunos libros piadosos y otros cuantos de caballerías. Y, sin embargo, es la mejor escritora de nuestra literatura. ¿Qué quiere decir esto? Que debemos escribir sinceramente, con claridad y con elegancia, como se habla. Sin rebuscar formas pedantescas, que a menudo encubren la vacuidad de los que las emplean. Y esto no quiere decir, claro está, que se deba abandonar el lenguaje y el estilo y escribir con desatino. Pero de ello a convertirse en esclavo de un molde, vaya mucha diferencia».

Librodot

***

En mi sentir, el escollo este del molde viene, sobre todo, del deseo de originalidad. Se cree encontrar la originalidad en una fórmula, en una receta literaria.

Debiera pensarse que, siguiendo el cauce sereno del propio temperamento, se encuentra la originalidad siempre.

La sinceridad es la originalidad mejor, porque merced a ella se parece uno siempre a sí mismo: es decir, es uno siempre vario en su estilo, asomándose al espejo en que se copia todos los días análoga, pero todos los días distinta, la fisonomía de nuestra vida.

¿Habéis visto mayor originalidad que la de la naturaleza?

Contemplad un paisaje: el que sea más familiar para vosotros, aquel que veis todos los días desde vuestros balcones.

Siendo el mismo, lo veréis a diario diferente.

No sólo se diversificará según las estaciones, sino que será uno en la mañana y otro en la tarde, para ser otro bajo la blanda y misteriosa iluminación de la luna.

Pero ¡qué digo! Cambiará cada hora, cada minuto, cada segundo...

Y sin embargo, la perspectiva es fundamentalmente la misma...

Yo recuerdo haber leído lo difícil que es dibujar los detalles lunares. A cada instante la luz los transforma, variando su tonalidad de tan singular modo, que cansa y desespera el pincel del astrónomo...

Imitemos por tanto a la naturaleza, siendo como ella sinceros, como ella ingenuos, como ella movedizos y cambiantes.

Huyamos del procedimiento. El procedimiento es el recurso de los que no tienen ya recurso mental ninguno. Merced a él, los que carecen de personalidad se embozan en la personalidad de los demás.

Los espíritus subalternos se enamoran del procedimiento. Es, en general, lo único que ven y lo único que les seduce.

No advierten que quien lo usa posee una individualidad poderosa, de la que este procedimiento deriva sin que él se dé cuenta.

No se percatan de que ese procedimiento es eminentemente suyo; de que el traje ajeno que van a ponerse les vendrá muy largo...

Quizá estas reflexiones desbordan del cauce usual de mis informes; pero si bien se mira no alteran su índole, antes la afirman.

Ellas dimanan, por otra parte, de una actualidad literaria, y por lo tanto, conservan su carácter informativo, que es el peculiar de la misión que usted, señor ministro, se ha servido confiarme.

***

Tal vez vosotros habréis oído decir (volviendo al primer punto de estas notas) que la descripción del París medioeval que Víctor Hugo hace en *Nuestra Señora*, es falsa; que París no era así; que profundas investigaciones y estudios sapientísimos muestran que era de otro modo...

No hagáis caso: Víctor Hugo no fue erudito a la manera de los ratones de biblioteca... pero era en cambio genial, y esta evocación de París seguirá siendo por los siglos de los siglos una de las reconstrucciones más maravillosas que existen.

Víctor Hugo, mejor que Fernández y González, presentía la historia...

Librodot

También habréis oído decir, probablemente, que en los *Trabajadores del mar* hay un pulpo fantástico; que los pulpos no son así; que no aspiran la sangre de nadie; que se trata de un bicho inofensivo...

No hagáis caso: Víctor Hugo no era naturalista, pero sabía más que los naturalistas todos, por una sola razón: porque tenía genio, y el genio está identificado con la naturaleza, es la naturaleza misma llevada a la mayor excelencia, es el solo ojo que sabe contemplar la vida; es el único oído que sabe auscultar los latidos más íntimos de la creación.

Los naturalistas, los sabios, en general, se equivocan a cada paso; el genio no se engaña jamás; y es que los sabios no tienen sino la pálida linterna de la experimentación, en tanto que los genios poseen la intuición suprema.

Moraleja: Anna a Dios y haz lo que quieras, decía un gran Padre de la Iglesia. Y yo digo: Ten talento y escribe lo que te plazca, y cuando ya no tengas talento... ¡métete a erudito... como yo pienso hacerlo!

- XXXVII -

En que consistirá la reforma de la ortografía francesa.

En uno de mis últimos informes hablaba de la próxima reforma oficial de la ortografía francesa. Hoy se sabe ya, detalladamente, en lo que consistirá tal reforma. En efecto, el ministro de Instrucción Pública de Francia, a petición del diputado monsieur Beauquier, acaba de anunciar a la Cámara su proyecto de simplificación ortográfica.

Con este motivo, Mr. Auguste Renard, agregado de la Universidad de París, ha preguntado a uno de los confidentes de Mr. Doumergue cuáles son los cambios que éste se propone introducir en la ortografía francesa, y he aquí la respuesta:

«El Proyecto que el ministro presentará a la Cámara tiene por objeto suprimir algunas de las más visibles anomalías de la ortografía actual, anomalías cuyo estudio no aprovecha en modo alguno a los niños y que supone una gran pérdida de tiempo. Este Proyecto tiene doble base: las modificaciones ya aprobadas por la Academia Francesa y las proposiciones presentadas a esa misma Academia, en 1893, por el vicerrector de la Academia de París, monsieur Gréard.

»En efecto, en 1905, la Academia, invitada por el ministro de Instrucción Pública, Mr. Chaumié, a dar su opinión sobre la reforma, en respuesta al proyecto de Paul Meyer, hizo esta declaración en su informe (redactado por Mr. Emile Faguet): «La Academia reconoce que hay simplificaciones deseables y que es posible aplicarlas a la ortografía francesa».

¿Cuáles son estas modificaciones? La Academia acepta con especialidad la supresión de *h* en el grupo griego *rh*, como *rétorique*, *rinocéros*, etc., en lugar de *rhétorique*, *rhinocéros*; la substitución de la *i* y la *y*, pronunciada como *i* simple, como *analise*, *stile*, en lugar de *analyse*, *style*; la substitución de la *c* a la *t* antes del diptongo *ie*, como *confidenciel*, *substanciel*, derivados de *confidence* y *substance* en vez de *confidentiel* y *substantiel*; la extensión de la *s* como signo del plural en las siete excepciones en *ou*, como *bijous*, etc., y algunas otras simplificaciones. Atacar, pues, estos cambios, sería atacar las decisiones mismas de la Academia.

En cuanto a las proposiciones de Mr. Gréard se refieren principalmente a la supresión de las consonantes dobles, a la reducción a *c*, *r*, *t*, *f*, de los grupos griegos *ch*, *rh*, *th*, *ph*, como *cronique*,

rétorique, *téatre*, *fénomène*, etc., en lugar de *chronique*, etc.; y al empleo uniforme de la *s* como signo del plural, como *hibous*, *bateaus*, *animaus*, *chevaus*, etc.

He aquí, pues, los solos cambios que habrá.

Cierto que los revolucionarios como Mr. Brunot no quedarán contentos; pero según el *Diario Oficial*, sus proyectos no eran aceptables, porque introducían trastornos tales en la manera de escribir, que se hubiera necesitado evidentemente que todo el mundo se pusiese a aprender de nuevo la ortografía. El ministro de Instrucción Pública está de acuerdo en reformar, pero a condición de que las reformas puedan ser aplicadas fácilmente por todo el mundo.

Por lo que respecta a los cambios, claro que no serán obligatorios.

No se puede impedir con las leyes que cada cual escriba como le plazca.

Serán, sí, autorizados en los exámenes (y sin duda, también, en las escuelas). El decreto que promulgará la reforma será, según las palabras del confidente del ministro de Instrucción Pública, un «edicto de tolerancia». En adelante estará prohibido contar como falta la conformidad de cualquier alumno a la nueva manera de escribir. Todo discípulo estará autorizado a escribir, por ejemplo, *paysane* con una sola *n*, como *courtisane*, o *pestilenciel*, como *artificiel*.

El proyecto en cuestión pasará a manos del Consejo Superior de Instrucción Pública antes de que termine el presente año escolar.

La reforma de la ortografía francesa, es, pues, un hecho.

¿Cuándo podremos decir otro tanto respecto de la española?

- XXXVIII -

La reforma de la ortografía en Francia.

En mi informe último hablaba yo de las reformas decretadas, por decirlo así, en Francia, a la ortografía. Ahora me ocuparé de la declaración hecha a este propósito por la Corporación de impresores en su principal órgano, intitulado *La Bibliografía de Francia*. En esta declaración la citada Corporación afirma «que no aplicará una reforma ortográfica que no obtenga antes el asentimiento de la Academia Francesa; pues, decretada por la sola autoridad del ministro de Instrucción Pública, tendría el carácter de un «golpe de Estado».

Comentando lo anterior, Augusto Renard, profesor de la Universidad y secretario general de la Asociación para la simplificación de la ortografía, se pregunta con mucha justicia: Si nos colocamos en este terreno, ¿qué decreto del Gobierno dejaría de ser golpe de Estado?

Pero, se objeta, en esta materia el ministro es incompetente. Sólo la Academia tiene el derecho de legislar. Suplantándola, el ministro cometería una «usurpación de poderes».

«La verdad es -añade Renard-: 1.º, que la Academia tiene como principio no hacer jamás reforma alguna; y 2.º, que siempre se ha ajustado a este principio».

¿Se quiere una prueba?

En cuanto al principio, he aquí un testimonio que nadie recusará: el de la Academia misma. En todos los prefacios de su diccionario, la Academia declara expresamente que se ha impuesto como ley no anticiparse jamás al público en materia de reforma, observando escrupulosamente el uso establecido.

Prefacio de 1740 (3ª edición):

Librodot

«*L'on* (on es la Academia) *ne doit point, en matierè de langue, prévenir le public mais il convient de le suivre, en se soumettan, non pas à l'usage qui commence, mais à l'usage généralement reçu*».

Prefacio de 1762 (4.ª edición):

«La profesión que la Academia ha hecho siempre de conformarse al uso universalmente aceptado, sea en la manera de escribir las palabras, sea al calificarlas, la ha forzado a admitir los cambios que el público ha hecho».

Así, pues, la Academia, según confesión propia, se ha trazado como regla no tomar jamás la iniciativa de una reforma, no adoptar los cambios sino cuando el público los ha hecho ya».

***

Por otra parte, la Academia ha conformado siempre su conducta a sus declaraciones.

Desde 1694, fecha de la primera edición de su diccionario, modificó muchas veces su ortografía, especialmente en 1740, 1762 y 1835. Ahora bien: en cada una de estas veces el público se lo había anticipado ya, y ella, en realidad, no hacía sino plegarse al uso establecido.

De una sola vez, en 1740, modificó la ortografía de cinco mil palabras (A. F. Didot las contó y, como dice Sainte-Beuve, podemos estar seguros de que las contó bien), cinco mil palabras de las diez y ocho mil que contenía solamente el diccionario (ahora contiene cerca de treinta y dos mil), más de la cuarta parte del vocabulario académico. Ya se adivinará fácilmente la hecatombe de *ph*, de *ch*, de *th*, de *rh*, de letras dobles y de letras etimológicas que fue, necesaria para operar esta reforma que según observaba la Academia misma, había sido hecha ya por el público antes que por ella.

Veintidós años después, en 1762, nueva reforma, más considerable aún.

La Academia añade dos letras al alfabeto, la *j* y la *v*, a fin de distinguir la *i* de la *j* (*jouir* en lugar de *iouir*) y la *u* de la *v* (*sauver* en lugar de *saver*), de donde vino la necesidad de arreglar de nuevo el orden alfabético de una parte del diccionario, sin contar una carnicería de letras etimológicas, de *ph*, de *ch*, de *th* y de *y* (la palabra *chymie*, por ejemplo, se convirtió en *chimie*); pero el público, en esta ocasión también, se había anticipado a la Academia, según declaración expresa de la misma.

Por último, cuando en el siglo pasado, en 1835, adoptó la sustitución de *ai* por *oi* en las formas *je chantois*, *ils avoient*, *les françois*, no obstante la viva oposición de Chateaubriand, Lamennais y Nodier, que se oponían a que se escribiese *je chantais*, *ils avaient*, *les français*, a fin, decían, de no cambiar la fisonomía de las palabras, este cambio tan legítimo, reclamado veinte veces por Voltaire, había pasado ya del uso corriente, especialmente en el Monitor Universal.

***

Así, pues, según queda comprobado plenamente por las citas del profesor Augusto Renard, siempre que la Academia Francesa ha llevado a cabo una reforma, esta reforma había sido ya realizada por el público.

Jamás se ha anticipado la ilustre Corporación al uso establecido.

¿Por qué no habría de suceder ahora lo mismo?

¿Por qué la Academia, anticipándose a dar su adhesión la reforma proyectada, había de ponerse en contradicción con sus principios?

Librodot

Nada hay que esperar, pues, por ahora de los inmortales, y si el público francés aguarda su autorización para simplificar la ortografía, corro el riesgo de no simplificarla nunca.

- XXXIX -

El teatro español.

El señor Cavestany acaba de presentar en la Alta Cámara una proposición para que el Estado se incaute del Teatro Español, apoyándola con un brillante discurso. Con esté motivo se formó la Comisión correspondiente, la cual nombró para presidirla a don José Echegaray.

La Proposición del señor Cavestany está concebida, poco más o menos, en los siguientes términos:

Artículo 1.º Se crea, bajo la dirección del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes un organismo que se llamará «Teatro Español».

Art. 2.º Con el fin de que este organismo comience a funcionar, desde luego el Gobierno concertará con el Ayuntamiento de Madrid lo necesario para que en el concurso próximo a celebrarse se adjudique a dicho organismo, por un período de cinco años, el disfrute del edificio perteneciente al Municipio que ha venido llamándose hasta ahora Teatro Español.

Durante ese período se habilitarán los medios bastantes a producir la cantidad anual que se estime necesaria para construir un edificio nuevo digno del objeto a que se le destina, que será también Escuela de Declamación y que deberá estar terminado al expirar el plazo del concierto arriba indicado con el Ayuntamiento.

Art. 3.º En el Teatro Español alternarán periódicamente las representaciones de las obras clásicas con las modernas.

Art. 4.º El Teatro Español dará también, periódicamente, representaciones a precios reducidos, y aun gratuitas.

Art. 5.º El Teatro Español celebrará igualmente grandes solemnidades literarias, representando obras de los teatros griego y latino, así como de otros autores extranjeros consagrados por la inmortalidad.

Art. 6.º La compañía del Teatro Español se compondrá de actores y actrices que se dividirán en dos categorías: de término y de entrada.

Los primeros serán inamovibles y tendrán participación en los beneficios y derechos a la jubilación, cuando se retiren, después de cierto número de años de servicio. Los de entrada podrán pasar a ser de término, como premio de su mérito. Los alumnos que hayan obtenido primeros premios en la Escuela de Declamación, ingresarán como actores de entrada en el Teatro Español, y dicha Escuela celebrará periódicamente representaciones en el mismo teatro que sirvan de enseñanza y estímulo a sus alumnos.

Art 7.º La temporada del Teatro Español durará ocho meses: desde 1.º de octubre a 31 de mayo. Durante las vacaciones los actores serán dueños de trabajar donde les convenga.

Art. 8.º Los ingresos del Teatro Español se destinarán a su sostenimiento y formar un fondo del que saldrán las jubilaciones y cuantos gastos se estimen necesarios para su mayor esplendor, así como los encaminados a cumplir las obligaciones nacidas de esta ley.

Librodot

Art. 9.º El Gobierno consignará en los presupuestos anuales las cantidades necesarias para la subvención con que se haya de auxiliar el organismo a que se refiere el artículo 1.ºArt. 10. Al frente del Teatro Español estará un director gerente, nombrado por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que habrá de ser persona de reconocida competencia. Este cargo será inamovible, a no ser por causa justificada, y disfrutará, en concepto de gratificación, la cantidad de 15.000 pesetas, con cargo al presupuesto del Teatro.

Art. 11. Al lado del director y para asistirlo debidamente, tanto en las cuestiones artísticas como en las administrativas y de gestión en la entidad de que se trata, se constituirá, nombrado igualmente por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, un comité compuesto de seis individuos: tres autores dramáticos, uno de los actores de término de la compañía, un crítico de teatros y otra persona extraña a éste y aun a la clase de escritores, pero de notoria autoridad en cuestiones de teatro.

Este comité se reunirá por lo menos tres veces al mes.

Art. 12. La marcha del trabajo, el reparto de papeles y la resolución, en fin, de todos los asuntos, será de la competencia del director gerente, que se asesorará, cuando lo juzgue necesario, del comité (del que formará parte para los asuntos artísticos el director de escena, y para los administrativos el administrador) y aun de una Junta general compuesta de todos los actores y actrices de término.

Art. 13. El ministro de Instrucción Pública resolverá en alzada sobre cualquier asunto relacionado con la marcha del Teatro Español.

***

Naturalmente, esta proposición de ley sufrirá tales o cuales modificaciones, pero la esencia será la que he transcrito.

Se ve a las claras que el señor Cavestany se ha inspirado en la organización de la Comedia Francesa, lo cual, por cierto, nada tiene de malo, sino antes bien de loable, ya que en su género es aquélla la institución más admirable que se conoce.

Debo advertir asimismo que no es el señor Cavestany en este caso más que un portador de aspiraciones cada vez más intensas y unánimes.

La idea del Teatro Nacional, del Teatro Español, viene germinando desde hace tiempo en el seno de una élite entusiasta.

«Las circunstancias lamentables y mezquinas en que por causas muy complejas se halla la dramaturgia nacional -dice un joven escritor-; el estado de interinidad en que está el primer teatro de España; la dispersión por América y provincias de valiosos elementos dramáticos; el estado de opinión que en la Prensa y en las tertulias van adquiriendo estos asuntos de bastidores, y antes que todo y sobre todo, el ansia patriótica de un renacimiento teatral, han dado origen a una exaltación, a una preocupación de ciertos hombres eminentes, los cuales, en varias conferencias, han echado las bases del teatro nacional español.

»Periodistas y críticos, autores y actores, hasta los mismos empresarios teatrales, han tenido en principio para el proyecto toda clase de elogios. La opinión asimismo lo acogerá con viva simpatía, y la decisión del señor Maura, que apoyará efusivamente esta obra patriótica, no tendrá en contra suya ni «el duplo de un voto».

Por lo que respecta a autores y actores, su aspiración, según palabras del joven mismo escritor, ha sido siempre ésta: que exista un teatro nacional.

Librodot

«De los autores no habrá que decir si les convendrá o no que sus obras, en vez de estar sujetas al rudo temporal de un abono fanático o de una empresa exclusivista, tengan desde hoy el santo asilo de un teatro ecléctico. Porque el Teatro Nacional, por sólo el fuero de su nombre, no es posible que tenga prejuicios ni de tendencias ni de escuelas, y, en su tutela paternal y amplia, acogerá del mismo modo al romántico que al naturalista y al clasicista lo mismo que al moderno.

»En cuanto a los actores, el solo hecho de librarles de una sujeción personal, como la del empresario, para entregarles a un contrato impersonal, como el que con el Estado concierten, ya es por lo pronto una ventaja. En el Teatro Nacional el actor no correrá el riesgo de que la temporada «se tuerza», pues el Estado se la garantiza. En el Teatro Nacional, el actor a su sueldo garantizado ha de unir el prestigio y el decoro de una posición oficial y definitiva. En el Teatro Nacional, el actor obtendrá los beneficios de una jubilación por el Estado. ¿Qué más puede pedir un actor? Todos los vaticinios de algaradas, de piques, de rencillas de bastidores, de vanidades y de altiveces que anuncian los zaragozanos de saloncillo, serán «fogata de virutas, el día en que se publique el Reglamento, suponiendo, como es de suponerse, que el reglamento del Teatro Nacional se redacte juiciosa y sabiamente».

He aquí precisamente el busilis. Un reglamento juiciosa y sabiamente redactado es un verdadero cuervo nácar.

El tiempo es el único corrector posible de errores que sólo la práctica evidencia, ¡qué duda cabe! El reglamento que rige y concierta los esfuerzos de los asociados de la Comedia Francesa, es el más sabio en su género en el mundo, lo que no impide una interminable sucesión de choques entre monsieur Claretie y sus irritables artistas... Demasiado irritables, a pesar de no estar incluidos en el *genus irritable vatum* de los latinos...

De todas suertes, lo esencial es que haya un reglamento... malo o bueno para el futuro Teatro Español. Hemos convenido en que sin reglamento no se puede hacer nada en este mundo... ¡ni arte siquiera, ni poesía... nada! y yo decía -¡ay! con harta justicia- en líneas escritas recientemente, que el hombre no es ni un animal de costumbres, ni un animal religioso..., sino un animal reglamentador!

«Si el Teatro Nacional se lleva a efecto y funciona admirablemente -se pregunta el periodista aludido-, ¿no tocará a rebato en las demás taquillas de los demás teatros grandes? Ceferino Palencia y Tirso Escudero creen que no. Escudero y Palencia creen que hasta para los mismos empresarios el Teatro Nacional será provechoso. ¿Paradoja? Ni mucho menos.

»¿Es que la Comedia Francesa no perjudica ni al Odeón, ni al Vaudeville, ni a la Renaissance, ni al Réjane, ni al Sarah Bernhardt, ni al Gymnase, ni a Varietés, ni a Nouveautés? Al contrario. Lo que hace la Comedia Francesa es dar a conocer cada año autores y actrices que, consagrados ya por el espaldarazo artístico, van al año siguiente a traer público a los demás teatros de París. Con el Teatro Nacional de España ocurrirá lo mismo. Primero, porque el Teatro Nacional, como ha de tener día fijo para tragedia, para drama, para comedia y para sainete, y días clásicos y días populares, no podrá mantenerse en sus carteles una obra, por grande que sea su éxito, sino contado número de noches. Y los autores y actores, como lo primero que necesitan es nombre, irán al Teatro Nacional por el «gentil espaldarazo», y, cuando ya lo tengan, irán con otras obras y otros contratos a que los demás teatros les den dinero».

Es decir, que el Teatro Nacional será, como dice un conocido empresario, español, «una escuela de autores y de actores, que han de utilizar luego los demás teatros».

Y si el Teatro Nacional Español ha de constituir, sobre todo, esta escuela, convengamos en que en México la creación de un organismo semejante es de toda conveniencia también.

Librodot

En efecto, la gran objeción que se ha opuesto siempre a nuestras ilusiones de un Teatro mexicano, es la falta de actores y de autores.

Es así que, justamente para que haya autores y actores, es indispensable que haya teatro: ergo...

El año de 1902 tuve yo la honra de rendir ante usted, señor ministro, un extenso informe acerca de la constitución del Teatro francés y de la posibilidad de crear un organismo análogo en México. Usted que desde hace muchos años alimentaba el vivo deseo de una institución tal, acogió solícito mi informe y aun me encargó de la formación de un grupo de jóvenes que pudiese ser más tarde el núcleo de la Comedia mexicana.

Yo formé fácilmente este grupo. No tuve para ello más dificultad que la de congregar los diversos elementos que conocía, y que hoy, dispersos de nuevo, trabajan aquí y allí, ya profesionalmente, o ya como simples aficionados.

Todos recitaban bien y estaban alentados por un entusiasmo simpático.

Pero les faltó el estímulo principal. Un teatro donde trabajar y elementos para montar las primeras piezas.

Ninguno pensaba en sueldo: eran todos (ellas y ellos) demasiado jóvenes, y, por lo mismo, generosos, desprendidos y con fe en el arte.

Pero había algunos gastos urgentes y no les tocaba a ellos sufragarlos.

Gracias a las vivas simientes de simpatía que se habían establecido entre todos por la identidad de ideales, y a promesas más o menos lejanas de un teatro que, según las miras de usted, debía ser el Teatro Iturbide, aquel grupo se mantuvo compacto y unido alrededor mío durante varios meses, hasta que un día, convencido de que sus esfuerzos eran prematuros y de que mientras usted no regentara del todo el ramo de Instrucción pública, que aún no se elevaba a la categoría de Ministerio, todo era vano, se fue desmoronando lentamente...

Yo asistí a este desmoronamiento, que era el de uno de mis más luminosos sueños...., como he asistido a tantos otros derrumbes espirituales: con una callada, pero dolorosísima resignación.

Mas las circunstancias se han modificado en los últimos años por completo. La Subsecretaría de Instrucción Pública se convirtió en Ministerio.

Una simiente de vitalidad y de energía ha reanimado, gracias a usted, los entusiasmos. Hasta la momia del Conservatorio. merced a la solicitud de la Secretaría de Instrucción Pública y a los esfuerzos del malogrado Ricardo Castro y de Gustavo Campa, parece revivir, galvanizarse. El número de actores jóvenes ha ido en aumento. Se construye teatro, la obra del Palacio legislativo avanza, abriendo campo a la posibilidad de utilizar el teatro Iturbide. Y, por último, nuestros hermanos los españoles se lanzan bruscamente a realizar un ensueño que ha sido tan nuestro... ¿No ha llegado, por ventura, señor ministro, el momento de intentar algo en México en este sentido y estimulados por el ejemplo de España?

Yo sé que en usted vive y medra el antiguo sueño y por lo que respecta al grupo de ayer, al núcleo hoy disperso, de seguro a la primer palabra que usted pronunciase se reconstituiría y apretaría en torno suyo.

¿Quién sabe si Borrás no aceptaría gustoso, secundado por actores mexicanos -entre ellos Manuela Torres- la misión de disciplinar y perfeccionar ese grupo?

Los autores de teatro vendrían después.

Allí está Federico Gamboa, que de seguro escribiría algo bello para la primera velada de la Comedia Mexicana.

Entre los jóvenes del último barco, la producción surgiría tan nutrida, que el único embarazo posible sería el embarazo de la elección.

Librodot

De todas suertes, los intentos que se hagan en España para la creación del Teatro Nacional y los resultados que den, habrán de aleccionarnos mucho a los mexicanos. Observemos, pues, la marcha del proyecto y que una cálida emulación responda en México al esfuerzo de nuestros hermanos de la Península.

- XL -

El unanimismo

Entre las cosas nuevas que me he encontrado en París cuéntase una escuela literaria.

Parece mentira que haya todavía quien se ocupe en fundar escuelas literarias; pero el hecho es ese.

El jefe de esta escuela, M. Jules Romains, acaba de hacer representar un drama en el Odeón. Los otros poetas, sus compañeros, son admitidos en las grandes revistas. Trátase, pues, de gentes conocidas, pero que hallan que les falta una cosa muy importante: la notoriedad, y van a buscarla en donde pueden, en un membrete, en un título nuevo, en una palabra:

«EL UNANIMISMO»

¿Qué es el unanimismo?

He aquí algunos conceptos de su programa:

«Ponte al paso de las grandes ondas. Deja que tu corazón se exalte dulcemente y no impidas a tu vida que desborde de sus límites normales».

Es preciso hacer resurgir -según esos poetas- el alma de las colectividades. Van, por tanto, a comenzar cantando la vida unánime de la ciudad, que está hecha de innumerables vidas individuales, trabajo poético que se asemeja al del perfumista, que recoge el perfume único de mil violetas de un jardín.

La idea no os nueva; aun cuando la defiendan «los jóvenes». ¡Ay! ya sabemos que, decididamente, nada es nuevo en este mundo. Paul Adam, allá en sus comienzos, como lo hace notar Maurice Verne, en un libro qua se intitulaba *La Ville de Demain*, se ocupaba ya del alma de las muchedumbres.

Verhaeren ha procurado también internarse en esta alma unánime.

En concepto del citado Verne, las fórmulas del unanimismo harán acaso sonreír a quienes juzguen rápida y superficialmente. Sin embargo, debemos reflexionar y observar con calma antes de condenar semejantes esfuerzos.

Hay alrededor de nosotros espectáculos que pueden excusar las exageraciones inevitables de una escuela tan joven. Un teatro puede darnos débil y vaga idea del alma única de una aglomeración. El espectáculo de la calle es igualmente elocuente, sólo que allí los cambios de colores, de ruidos, los cien aspectos diversos, acaban por distraer nuestra atención... Pero si pensamos en todo lo que debía haber de emoción colectiva en el anfiteatro antiguo, mientras se representaba al formidable y obscuro Esquilo, comprenderemos mejor lo que una multitud temblorosa, presa de una misma emoción, puede producir de verdad inconsciente...

En el curso de mis viajes -añade Verne- he presentido con frecuencia la fuerza obscura de los grandes concursos de pueblo. Pero me fue dado asistir al más efectivo fenómeno unanimista en

Librodot

Francfort, cuando la primer llegada del Zeppelin. La ciudad, al aproximarse el aparato del Conde, fue presa de un estremecimiento único. Toda ella era una sola alma entregada al culto del aeronauta. Un gran amor ascendía hacia el cielo, que el dirigible iba a recorrer. El pueblo, inmovilizado durante horas enteras, tendía sus deseos hacia el espacio. Los fluidos que se escapaban de la multitud parecían capaces de soportar la aeronave. Todo el vigor psíquico, la energía mental de la multitud, ser colectivo, iba positivamente a ayudar al vuelo del dirigible. La fe de aquel pueblo igualaba a la fuerza fisiológica de un titán; parecía capaz de determinar un milagro...

«¿Qué hay, pues, en definitiva, de condenable si un grupo de poetas pide a tales espectáculos un retoño de inspiración?» Seguramente nada, respondo yo; pero ¿no os parece demasiado sutil fundar una escuela sobre modalidad tan vaga?

Por lo demás, ¿qué gran poeta no ha sido unanimista?

¿No lo fue por ventura y en grado eminente Víctor Hugo?

¿Se puede acaso ser poeta y no sentir el influjo admirable que se desprende de una multitud?

¿Por qué singularizarse en una sola cuerda de la lira? Muchas tiene y todas hay que herirlas al unísono o alternativamente. Ningún espectáculo de la naturaleza, de la vida, es desdeñable para el poeta.

Tanto prestigio debe tener para él el perfume misterioso de un alma solitaria como el fluido potente que se desprende de una colectividad febril.

***

No todos, sin embargo, toman en serio, como Maurice Verne, a los unanimistas.

El *pince-sans-rire*, el siempre ingenioso Clement Vautel, dice:

«Tenemos una nueva escuela literaria: el Unanimismo.» Su principio es muy sencillo: el escritor unanimista no se ocupa más que de las multitudes. Para interesarlo, hay que llamarse legión. Después de la escuela del cabello cortado en cuatro partes, viene la de las multitudes, de las bolas, y el animal único que puede inspirar es el animal de cien mil patas.

Añadamos inmediatamente que el unanimismo no tiene hasta hoy más que un solo adherente: M. Roinains. Es poca gente para una escuela de las multitudes.

Mas hay otras capillitas en las que el sacerdote, el chantre, el bedel y los fieles no son más que una sola persona: por ejemplo, el futurismo, el intenseísmo, el esoterismo, el naturismo, el neo-clasicismo, etc., etc.

Y después de esto, ¿qué? Nada...

El público ignora todo eso. Si por casualidad se le muestra una de las nuevas obras, bosteza o ríe.

De esta suerte, la pintura, la música, todas las artes, o casi todas, se diseminan en grupos y en subgrupos, cuyo esfuerzo fracasa miserablemente. Ningún eco... En vano se buscará entre estos jóvenes (algunos de los cuales tienen cincuenta años) la apariencia de la vida.

Sus hijos han nacido muertos y no se conservan ni en espíritu de vino...

«Una formidable mala inteligencia separa al público de las últimas generaciones de escritores y de artistas, y por eso sucede que la multitud, que no comprende el nuevo lenguaje, lee las novelas policíacas, canta *Tu ne sauras jamais* y se extasía ante las reproducciones del Vértigo.

Librodot

»-¡Despreciemos la multitud! -dicen esos excéntricos. Extraña época en que a todo se le da un barniz democrático, y sin embargo, no tenemos más que una música, una pintura y una literatura para la élite, o más bien para los snobs».

***

Estos unanimistas, sin embargo, no incurren en el anatema de Clement Vautel: no desprecian a la multitud, puesto que la base de su escuela es cantarla... pero la cantarán tan sutil y singularmente, que ella no se dará cuenta ninguna de que la cantan. Son quintaesencistas nimios e inútiles.

El alma unánime de las turbas no se percatará de los unanimistas.

¿Qué importa? -diréis-. Tampoco el león se ha dado cuenta de que lo han cantado, pintado, literaturizado a porrillo...

Bueno, ¿pero no os parece absurdo sorprender el alma de las muchedumbres, pesarla, medirla, ponderarla, exaltarla, para que de ello no se den cuenta más que tres o cuatro personas?

Todo esto de las escuelas haría sonreír si no diese lástima. Lástima por tantos jóvenes que se empeñan en vivir al margen de la vida, cuando debieran sumergirse en su caudal cristalino y profundo.

He allí por ejemplo a los pobres marinetistas haciendo todo género de contorsiones literarias para lograr un poquito de singularidad vana. Aquí está ahora el amigo Marinetti con su futurismo pasado por agua, en el que sólo cree Enrique Gómez Carrillo, si es que Enrique Gómez Carrillo cree en alguna cosa.

Los estudiantes invitaron en días pasados a Marinetti a que expusiese el por qué de su odio al pasado, y el autor del *Roi Bombance* habló dos largas horas en un estilo espumoso y epiléptico.

¿Qué dijo?

Que en Nápoles una multitud furiosa le arrojó coles, manzanas y naranjas podridas.

¡Vaya si hizo bien la multitud napolitana!

¿Qué pregonó?

He aquí sus palabras:

«¿Qué es lo que admiráis en Italia vosotros, pobres franceses? Casi no amáis allí más que nuestras tumbas y nuestros cadáveres. Florencias, Roma, Venecia, esas tres podredumbres de Italia. ¡Ah! ¡cuándo vendrá el santo, el saludable temblor de tierra que derrumbe los monumentos antiguos, vergüenza de Italia!

»¡Cuándo vendrá el bello cataclismo que destruya las bibliotecas y los museos, los inmundos Rafaeles, los inconfesables Miguel Ángeles!

¡Cuándo se cegarán, para la utilidad de los tranvías eléctricos y de los autobús, tus ignominiosas lagunas, oh Venecia, amante neurótica de los románticos, y tus canales que acarrean ollas rotas y excrementos líquidos en una atmósfera de letrinas!

»La verdadera belleza, sabedlo, es la de las ciudades industriales (¡oh ideal Chicago!), la de las bellas fábricas de Milán, de Génova, de Turín, cuyas chimeneas ensucian el deplorable azul del cielo italiano, poniendo ante él un velo de hollín!

»Jóvenes apasionados -siguió aullando Marinetti-: Despreciad el sexo; amad a los gatos, a los perros y a los caballos..».

Los jóvenes en cuestión habían escuchado en una semisomnolencia irónica, salpicada de epigramas, pero al fin los silbidos vinieron... Era natural.

«¿Qué hay en el mundo más bello que un andamio, sobre todo cuando el albañil se cae de él y se estrella en el suelo?» -gritaba, gesticulando, Marinetti.

«¿Qué cosa más sublime que esa fábrica de explosivos del Japón, que utiliza osamentas de los campos de batalla de Mandchuria para fabricar la pólvora y matar a los vivos? ¿Qué cosa más bella que lo rojo?» Al llegar Marinetti a este punto, hasta los silbidos se apaciguaron.

Silbar... era demasiado. Los estudiantes de París se contentaron con reír...

Lo dicho: ¡qué lástima de juventud que no se sumerge en el límpido y hondo caudal de la vida! ¡Qué lastimosa agonía de la sinceridad, justamente cuando el vigor de los años mozos debiera tender a ella con más fuerza!

¿Hasta cuándo será preciso detestar un aspecto de la actitud humana para amar otro aspecto diferente?

¿Por qué han de excluirse los canales de Venecia y las fábricas de Milán?

¿Por qué odiar a Miguel Ángel en nombre de las fábricas de pólvora?

Pobre Marinetti: ¿por qué en vez de tu pobre snobismo no tienes talento?

¡Pero son éstos demasiados porqués para un informe!

La juventud parisiense, más cuerda que yo, no ha formulado ninguno, no ha preguntado nada a Marinetti. ¡Se ha contentado con reír!

- XLI -

El teatro argentino

¿Existe el teatro Hispanoamericano?

¿Está siquiera en embrión?

Sus manifestaciones, ¿pueden considerarse sólo como manifestaciones aisladas, o como signos de una vida que comienza a alentar y que promete robusteces próximas?

Preguntas son éstas que no América, nuestra América, sino Europa, empieza a hacerse.

Por más que las metrópolis del convencionalmente llamado viejo mundo se empeñen ignorarnos, los hispanoamericanos acosamos a París, a Londres, a Roma con nuestra obra, con nuestros nombres.

Somos gentes con quienes es preciso contar. Ayudamos a sostener y, óinganlo ustedes, a afinar este complicado y delicioso organismo de París.

En los actuales momentos, París trabaja para nuestra raza y gracias a nuestra raza, con proporciones tales que eclipsamos a los sajones.

La mujer argentina, chilena, mexicana o madrileña, trae ocupados beneficiosamente a todos esos magos de la rue de la Paix, a los Doucet, a los Paquin, a los Worth; mueve los pinceles de la Gándara, impone su tipo a los novelistas modernos y, fijaos bien, no es extravagante como la mujer sajona, que confunde frecuentemente el esfuerzo con la fuerza y la extravagancia con la originalidad, sino que sabe fundirse en esa deliciosa finura de matices que hacen de la parisiense una de las flores más delicadas del mundo!

No cabe, pues, desconocernos, y París empieza a preguntarse, no ya como antaño, de qué color usamos el taparrabo y de qué pájaro son las plumas que llevamos en la cabeza, sino: si tenemos novela, si tenemos teatro; si poseemos instintos técnicos; si nuestros pintores pueden reputarse

Librodot

como coloristas a la manera española; si Rubén Darío o Leopoldo Lugones son los primeros poetas de habla castellana, etcétera, etcétera.

Por tanto a nadie hace sonreír aquí que a un erudito bien informado se le ocurra proponerse esta u otra cuestión por el estilo: ¿Existe ya un teatro hispanoamericano? ¿qué fisonomía, qué índole tiene? ¿qué tendencias persigue? Y en efecto, hay entre otros un publicista que sabe lo que trae entre manos: George Billotte, quien nos dice, no ya respecto de toda la América latina, sino respecto de una sola de sus Repúblicas, estas palabras que traduzco: «Cuando recorre uno Buenos Aires, la ciudad de ímpetus prodigiosos, ahora segunda ciudad latina del mundo (cuya población ha ascendido de 60.000 habitantes en 1875, a 1.250.000 en 1906), y se examina en detalle la diversidad de monumentos de sus inmensas avenidas, se sorprende uno del número de teatros que encuentra. Se experimenta, como consecuencia de esta sorpresa, la impresión de una vida intelectual refinada, y se siente uno impulsado a preguntar si la Argentina tiene sus dramaturgos nacionales para alimentar esos teatros, o en otras palabras, si existe un arte dramático argentino».

¿Cómo hay que responder a esta pregunta?

Afirmativamente, y tal afirmación salta a la vista en cuanto se consultan datos, harto visibles, a los cuales, con toda buena fe, recurre Georges Billotte.

En efecto, además del gran teatro municipal Colón, de arquitectura imponente y uno de los más vastos del mundo, el cual ha de consagrarse exclusivamente a la música, existen los siguientes teatros bonaerenses:

1.º La Ópera, que viene, en categoría arquitectónica, después del anterior.
2.º El Politeama.
3.º El Odeón.
4.º El Victoria.
5.º El de la Comedia.
6.º El de Mayo.
7.º El de Rivadavia.
8.º El Teatro Argentino.
9.º El Marconi.
10. El San Martín.
11. El Apolo.

Claro que dejamos muchos en el tintero, porque deseamos ocuparnos de los principales.

Ahora bien, ¿qué géneros imperan en estos teatros?

Según dijimos, el Gran Teatro Municipal Colón, lleno de suntuosidades, va a dedicarse exclusivamente a la música. Se inauguró hace poco y se afirma que su acústica es inmejorable y que puede contener 3.750 espectadores. El Teatro de la Ópera es algo como el Teatro Real de Madrid y como fue nuestro benemérito Teatro Nacional: *rendez-vous* de cantantes italianos que van en invierno (en Buenos Aires, de Junio a Septiembre, por ejemplo).

En el Politeama alternan el drama y la música.

En el Odeón reina la comedia. Allí ha tenido fructuosas temporadas María Guerrero.

En los teatros Victoria, de la Comedia, de Mayo, Rivadavia, Argentino, Marconi, San Martín, etc., se representan todos los géneros: el drama, la comedia, el vaudeville, la zarzuela, el género chico, etc., etc.

Pero, citábamos intencionadamente al último (por aquello de que los últimos serán los primeros), el Teatro Apolo, que merece especial atención.

En este teatro sólo se representan obras de autores argentinos.

Librodot

Pertenece a una familia, la familia Podestá, y dos de los hermanos de este apellido son los directores del teatro. Otros miembros de la familia, artistas de talento, se distribuyen los papeles de las piezas del repertorio. Se cita como autor distinguido a Pablo Podestá y como primera actriz digna del nombre de estrella a Blanca Podestá, persona de una gran belleza.

Arturo Podestá escribe entremeses y sainetes.

Uno de éstos, intitulado ¡*Qué niño*!, ha alcanzado un número considerable de representaciones.

Los autores argentinos representan asimismo piezas en otros teatros.

En general, hay en Buenos Aires una tendencia unánime a protegerles y ayudarles. No existen monopolios, ni españoles ni de ningún género, que excluyan de los teatros nacionales a los autores nacionales o les pongan trabas. Por lo demás, los argentinos no lo tolerarían.

Entre los teatros que más frecuentemente admiten piezas argentinas, citaremos el Marconi, el Victoria y el Politeama.

Los dramaturgos -dice Billotte- no faltan en la Argentina y por su número se imponen a la atención general. Claro que habrá que hacer algunas reservas en cuanto a la calidad de las piezas representadas. No podría ser de otro modo; pues no va uno lógicamente a esperar encontrarse en los autores argentinos obras tan perfectas como las de los dramaturgos experimentados de la vieja Europa. Las letras y las artes demandan tiempo para desarrollarse y perfeccionarse y requieren asimismo largos períodos de paz. Ahora bien, hasta 1880, época en que el presidente Avellaneda triunfó de la guerra civil, la Argentina había vivido desde el comienzo de su emancipación constantemente en la anarquía. Además, en toda nación que se forma, las preocupaciones de orden material absorben las facultades de los habitantes. Antes de consagrar tiempo a lo que constituyo el embellecimiento de la vida, hay que pensar en la vida misma y asegurar el pan cotidiano.

Sin embargo, el teatro nacional ha producido ya obras originales interesantes, que, aun cuando las consideremos como ensayos, tienen un sabor extraño y fuerte. Y la vitalidad de este teatro no podrá ponerse en duda si hacemos observar que se ha mantenido y progresado, a pesar de la más temible competencia.

Esta competencia es la que hacen las grandes compañías europeas que visitan frecuentemente la Argentina y que se enlazan unas con otras, casi sin interrupción, durante la estación de invierno, que coincide con el verano europeo.

El argentino, a pesar de la contribución considerable de la inmigración y de la mezcla de sangre indígena, ha seguido siendo español.

Es además un español de cultura francesa. La literatura de Francia ha sido siempre conocida y apreciada en la Argentina. Hace treinta años en Buenos Aires se arrebataban de las manos las novelas de Zola y de Daudet, que se pedían a París con prisa febril. Ahora se lee con el mismo interés a Barrés, a Anatole France, y las obras de estos autores se encuentran en todas las librerías. Puede decirse que el 75 por 100 de los libros que se leen en la Argentina son franceses; franceses son asimismo los métodos de enseñanza que han prevalecido hasta hoy en las escuelas argentinas, a donde han ido numerosos universitarios de Francia, atraídos por las condiciones ventajosas en que se les ha contratado: (2.000 francos de sueldo mensual y 5.600 como gastos de viaje e instalación). Si a esto se añade que los grandes diarios de Buenos Aires, tales como *La Prensa* y *La Nación*, son de los más importantes del mundo (el hotel de *La Prensa* en la Avenida de Mayo ha costado 13 millones), que cada número de esos dos diarios tiene de 16 a 48 páginas (*La Prensa* publica anuncios por valor de 5.500 francos diarios), y que cotidianamente los dos periódicos tienen crónicas muy documentadas, muy eruditas, que emanan, ya de los americanos

Librodot

del sur y del centro que residen en París, ya de literatos extranjeros (muy frecuentemente franceses), y en ese caso traducidos en las oficinas mismas del diario a medida que se van recibiendo, nadie se asombrará de que Buenos Aires conozca a fondo todas las manifestaciones del arte europeo y de que, sobre todo en el teatro, siga muy atinadamente sus huellas».

***

Subrayo las líneas anteriores porque está escrito que nosotros los hispanoamericanos no podemos hacer obras maestras. ¿Por qué? Pues porque sí. No hay otra razón (*because is the women's reason*).

Todavía no he leído a un europeo bastante imparcial (sobre todo a un francés) para conceder que podamos tener genio sin parecernos a Francia o pareciéndonos, como se parecen unos a otros los europeos.

¿Acertamos por ventura alguna vez a producir una obra de originalidad potente, de sello raro y personal, *Las montañas de oro*, por ejemplo?

Pues cuando se ocupe un crítico francés de la obra, hará cuanto esté a su alcance para probar que esa obra está influida por algún poeta francés. Francia no se halla dispuesta a admitir sino lo que ella produce o lo que ella cree que produce de su cepa gloriosa, y como decía muy graciosamente Miguel de Unamuno, cuando un francés elogia a un extranjero deja en todos sus conceptos transparentar esta idea.

«Hay que convenir en que, para no ser francés, no es del todo tonto».

No le reprochemos esto a Francia. Pecado es también de otros pueblos que se ufanan de su cultura. Nadie puede vivir sin amor propio. Si todos supiésemos exactamente lo que son nuestros hormigueros en este pobre peñasco dorado por un sol mediocre que se llama la tierra, quizá no tendríamos el valor de vivir.

Hacen, pues, bien los europeos en creerse maestros perpetuos de nosotros. Y nosotros, por nuestra parte, no escatimaremos el *cher maître* a todo hombre que se nos proponga, como tal.

Pero (y a ello iba en mi digresión), dada esta tendencia mental europea a nuestro respecto, ¿no es mucho que, aunque sea creyéndonos influidos por ellos, los críticos del viejo continente empiecen a darse cuenta de que existimos?

Tienen, por tanto, sumo interés los siguientes párrafos -siempre referentes al arte teatral en Buenos Aires- de nuestro amigo Billotte:

«En el teatro argentino actual, nuestra curiosidad es solicitada de preferencia por las piezas que nos revelan los usos particulares del país y la mentalidad de sus habitantes. Lo más frecuente es que las piezas representadas pertenezcan al género dramático o melodramático. Estas piezas tienen, en general, mucho color y son vigorosamente conducidas.

»Citaremos como modelo del género la *Piedra de escándalo*, de Martín Coronado, que alcanzó trescientas cincuenta representaciones.

»He aquí el asunto: En una pequeña estancia del campo argentino, vive un viejo estanciero con su hijo y sus dos hijas. El capataz está enamorado de Rosa, la hija menor, pero no se atreve a declarársele. Rosa, de quien su hermana mayor tiene celos porque es bella, cae en una abominable emboscada y pierde la flor de su doncellez. Desde entonces, se declaran las dos hermanas una guerra franca. Rosa se vuelve el sufrelotodo de su hermana. El hermano vanamente trata de interponerse. La hermana mayor acaba por declarar públicamente, en una escena muy dramática, la afrenta de que Rosa ha sido víctima... Cae la tarde. Sabemos que el seductor de

Librodot

Rosa intenta llevar a cabo aquella misma noche el rapto de la joven. Los mastines han sido envenenados. Rosa y su hermano son los únicos que velan.

El padre, pobre anciano sin defensa, nada sabe de lo que pasa. Rosa declara que se suicidará antes de caer en las manos del miserable. Su hermano jura defenderla y sale para ir a buscar su fusil. En esto, el capataz, cuya faena acabó, vuelve a la estancia. Encuentra a Rosa sola y le parece más bella que nunca. Decídese, pues, a hablar y le pide que sea su mujer. Rosa experimenta al principio una gran alegría, pero se domina pronto, y a fin de parar de un golpe las insinuaciones del honrado muchacho, le descubre su deshonor. Un estridente silbido se deja oír fuera. El hermano vuelve con su fusil en la diestra; abre la ventana, se arrodilla y va a tirar; pero el capataz, cuyo valor nos ha hecho conocer una escena episódica anterior, se apodera del fusil, y como Rosa, asustada, quiere detenerle, la rechaza, exclamando que ya él nada tiene que perder en la tierra, y dispara sobre el enemigo invisible. Después saca su machete y salta por la ventana para hacer justicia completa.

»Este drama -comenta, Billotte- es bastante pobre de inventiva, hay que convenir en ello, y los personales que en él se agitan pertenecen a una humanidad extrañamente simple».

Y yo me pregunto: ¿son acaso más complejas las almas bretonas o pirenaicas? ¿Ha encontrado el señor Billotte una mentalidad más sutil en los apaches que alientan en el corazón mismo de París? ¿Cree que no hay *midinettes* del Marché Saint Honoré o de la rue des Petits Champs con el alma tan elemental como la de Rosa?

Por lo demás, el crítico añade que los personajes están animados de una vida intensa y que las situaciones en que se encuentran son de tal manera fuertes, que el espectador se conmueve a pesar suyo, y no piensa en criticar la pieza sino cuando ha caído el telón.

***

Con la Piedra de escándalo, Billotte menciona el hermoso drama de nuestro amigo el impetuoso publicista Alberto Ghiraldo, intitulado *Alma gaucha*, y la *Indiada* de Carlos Pacheco. Pacheco -dice nuestro crítico- no ha revestido jamás las escenas de la vida argentina de un tono más vivo que en su *Indiada.*

¿Cómo representan los actores argentinos estas piezas de su tierra?

«Con un ímpetu y un brío de los que difícilmente puede uno formarse idea.

Su mímica expresiva y desordenada recuerda la de los artistas sicilianos de la compañía de Giovanni Grasso y de Mimi Aguglia. Los figurantes mismos están llenos de convicción y toman constantemente parte en la acción».

Los autores argentinos no se contentan, empero, con escribir dramas.

Han tratado también de pintar la sociedad de su país en obras de un gusto más discreto, y hasta han escrito, con éxito, comedias de costumbres.

Entre las piezas de esta nueva categoría merecen citarse la obra interesante de José León Pagano, *Almas que luchan* (que pasó de las cien representaciones); la agradable comedia, de un autor anónimo, intitulada *Los colegas*; dos piezas de Florencio Sánchez, *M' hijo el dotor* y la *Gringa*, y, por último, el *Doctor Morés*, de Alberto del Solar. (Florencio Sánchez ha escrito además dos dramas aplaudidos: *Los derechos de la Salud* y las *Pobres gentes*, y Alberto del Solar es el autor de una pieza histórica muy conocida y no sin mérito, llamada *Chacabuco*.) Dentro del mismo orden de ideas de las anteriores, pero en una categoría que nuestro crítico estima inferior,

Librodot

hállase un cuadrito de observación harto penetrante: *Mala yerba*, de José Eneas Ríu, y *Silvino Abrojo*, juguete cómico de José M. Casais. El éxito de este juguete parece inagotable.

Conviene también -añade- poner en el número de los autores notables del teatro argentino a Enrique García Velloso, autor de un drama célebre, *Caín*, y de una comedia agradable, aunque de sal un poco gruesa, *Fruta picada.*

Rafael Padilla, que fue agregado a la Legación argentina en Madrid, ha hecho representar tres piezas con éxito: *La pena capital*, *Leonor* y *Una incógnita sin solución*.

Pero no termina aquí la lista, a la que había que agregar aún muchos nombres; los siguientes, entro otros: J. Sánchez Gardel, autor de *Campanas*; Méndez Caldeiro; Roberto J. Payró; Nicolás Granada Trejo; Julio G. Traversa, autor de *Cómo se ama*; David Peña, cuya pieza más importante, *Doña Próspera*, parece haber sido inspirada por la *Electra*, de Pérez Galdós; Luis Arcos y Segovia, autor de *Pecados capitales*; Mariano Rojas, autor de *Avestruces*, José de Maturana, autor de *Flor de trigo*; Julio Parido; Ricardo R. Flores, Vicente Martínez Cuitiño, y Gregorio de Laferrere.

¿Que la mayor parte de estas piezas son incompletas y sumarias? ¿Que no hay ninguna tendencia unánime en el teatro argentino? ¿Que se trata de esfuerzos aislados?

¡Ay! Así y todo, cómo quisiéramos una lista análoga de autores y de obras para los comienzos del teatro mexicano, que, salvo raras excepciones (como la del ilustre Federico Gamboa), parece haber anclado, por ahora, en el género chico.

Cierto que no podemos comparar aún nuestra capital con Buenos Aires, y no menos cierto que la literatura ha seguido en México (con incomparable éxito) otros caminos. De todas suertes, el hueco es muy sensible y debemos llenarlo; deben llenarlo mis compatriotas, porque, en cuanto a mí, me siento incapaz de escribir una comedia de costumbres.

Mi único teatro posible sería para leído, y la escena, con eso, nada saldría ganando.

¡Ah! ¡Si un Micrós, por ejemplo, hubiese pensado en escribir para el teatro! ¡Qué penetrantes y regocijadas comedias presenciaríamos!

Pero Micrós se diría, como nos decimos todos, que aún no tenemos teatros, ni compañías, ni alicientes pecuniarios, ni público.

Y se murió sin dejarnos esa herencia admirable.

- XLII -

Vocabularios hispanoamericanos

En la Argentina se ha editado un Diccionario en el que se contienen todas las voces usadas en la República, castellanas o regionales.

Ya sabremos, pues, a qué atenernos con respecto al idioma del Plata, y quedarán definitivamente consagradas palabras como *chancho*, *mucama*, *bochinche* y otras que nos escocían no sé por qué.

La verdad es que los argentinos no han logrado introducir aún, en el caudal del idioma, muchas voces suyas que digamos. Sus palabras y locuciones regionales se quedan allá, para Buenos Aires, sin acertar a imponerse ni en España ni en las otras Américas, fuera del vecino Uruguay.

¿A qué debe atribuirse esto?

Entiendo que, en su mayor parte, a la extremada juventud de la floreciente República.

El Perú, que tiene abolengo e historia, ha traído al acervo del léxico español infinidad de palabras, ¡y de México no se diga!

Nuestro contingente prestado al idioma es enorme. Abrid un diccionario castellano por ejemplo, o un buen diccionario, el de Viada y Villaseca, pongo por caso, y será raro que tropecéis con una página en que no haya uno o muchos mexicanismos, aceptados y conocidos más o menos en España.

Citaré algunos de la che, sin que ello indique preferencia especial por esta letra, sino la simple casualidad de páginas:

Chachalaca. Ave de México, de carne muy sabrosa, del tamaño de una gallina común, que, mientras vuela, no cesa de gritar. || adj. y s. com. fig. Méjico: Persona locuaz.

Chalate: Méjico. Matalón.

Chalupa. 3.ª acepción: Pequeña canoa que sirve para navegar en las chinampas de Méjico. Mej. especie de torta de maíz.

Chamagoso. Méjico: Mugriento, astroso. Méjico: mal pergañado. Méjico: aplicado a cosas, bajo, vulgar y deslucido.

Chaparreras. Especie de zahones de piel adobada, que se usan en Méjico.

Chapetín. Méjico: Rodaja de plata con que se adornan los arneses de montar.

Charal. Pez que se cría con abundancia en Méjico y, curado al sol, es un artículo de comercio bastante importante.

Chía. Planta mejicana, de cuya semilla se obtiene un aceite secante muy bueno para la pintura.

Chicotazo. Méjico: Golpe dado con el chicote.

Chicote. 2.ª acepción. Méjico: Látigo para castigar las caballerías.

Chicotear. Méjico: Dar chicotazos.

Chiflón. Méjico: Canal por donde sale agua con fuerza. Derrumbe de piedra suelta en lo interior de las minas. (Hay también el americanismo *chiflón*, viento colado o corriente muy sutil de aire.)

Vienen luego las voces mejicanas *chile*, *chiltipliquín*, *chinampa*, *chinampero*, *chiguirito*, *chipichipi*, (llovizna), *chiqueadores* (adorno mujeril usado antiguamente en México).

...Y no continúo, porque llenaría páginas y más páginas de mi informe.

El inteligente y amable don Francisco Pleguezuelo, que tanto amor tenía a nuestras Américas y tan devoto era de la culta y elegante lengua de Castilla, soñaba -y yo hablé de esto en un informe- con un gran léxico hispanoamericano, que fuera como el arca santa de nuestro idioma.

Seguramente que si ese ensueño se realiza, el nuevo diccionario argentino aportará a él un copioso contingente; pero, de seguro también, el contingente de México será el mayor de todas las Américas, con la circunstancia de que en nuestra contribución habrá centenares de voces, no sólo aceptadas de antaño por la Academia, sino de uso corriente en España y en enorme extensión del Nuevo Continente.

- XLIII -

Las cooperativas literarias.

Librodot

Sacudirse la tiranía del editor. No vender por unos cuantos francos el jugo mismo del cerebro. No pasar por esas humillaciones que impone el librero rapaz al sabio, al literato, al poeta.

¡He aquí un viejo sueño que hasta hace muy poco parecía irrealizable!

Yo recuerdo que varios amigos en México, hará unos diez años, pensábamos lo más seriamente del mundo en una cooperativa literaria sui generis.

Tratábase de reunir trescientos intelectuales, buscándolos en todo el haz de la República, los cuales se comprometiesen a dar para la cooperativa dos pesos mensuales.

Con los seiscientos pesos se reuniesen era nuestro propósito editar dos obras cada mes, elegidas por suerte entre todas las que los asociados tuviesen dispuestas.

El producto de esas obras se iría distribuyendo, parte en ediciones, parte para un fondo de reserva que diese desde luego mayor solidez a la empresa y permitiese en breve tiempo ofrecer a los autores las utilidades a que tendrían derecho.

Calculábamos que al cabo de dos años nuestra cooperativa tendría un local en Plateros, destinado a vender los libros todos de los asociados, y que cada una de éstos podría obtener las ganancias totales de sus libros, menos, naturalmente, un tanto por ciento destinado a sostener el funcionamiento de la cooperativa.

Todo se quedó en buena intención y los libreros debieron sonreír un poco de nuestra juvenil ingenuidad.

En España, el año pasado quedó (con mejor suerte que la nuestra) constituida una empresa editora, en la cual figura, conspicuamente por cierto, nuestro buen amigo Gregorio Martínez Sierra.

Llámase esta empresa «Biblioteca Renacimiento»; se encarga de administrar los libros que edita y puede gloriarse de haber obtenido ya halagadores resultados. En efecto, de febrero de 1910 a febrero de 1911, ha vendido, según datos especiales que recojo, más de 93.400 volúmenes, de novelas y poesías. Da a los autores, según su importancia y popularidad, de setenta y cinco céntimos a una peseta por cada ejemplar realizado.

Felipe Trigo, novelista bastante leído en España, cuyo estilo voluptuoso place en extremo a las estudiantiles turbas, ha podido en un solo año, según me aseguran, ganarse treinta y cinco mil pesetas con sus obras, mediante este decoroso «porcentaje».

En cuanto a la empresa, ya anda muy cerca de las cien mil pesetas de ganancia líquida. Ya se ve, pues, que, sin tratarse de cooperativas, sino de una simple compañía más liberal que las otras casas editoras, las ganancias son pingües.

Fuera de esta empresa, hay sin embargo en España muchos autores que editan y explotan resueltamente ellos mismos sus libros. Ejemplos: Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Valle Inclán. Y no les va mal... ni mucho menos.

En París este sistema no es usual, y según nos refiere Gómez Carrillo, por primera vez desde hace más de un siglo, una gran novelista francesa, Gabriela Reval, se decide, en vez de dar sus obras a un editor, a publicarlas ella misma y a administrarlas personalmente.

«La diferencia -dice la Reval- es tan extraordinaria, que no comprendo cómo mis compañeros todos no hacen lo mismo».

En París, en efecto -nos cuenta Gómez Carrillo-, el editor es un tirano que impone a sus víctimas condiciones extraordinarias. A Anatole France, lo mismo que a Perico de los Palotes, le da cincuenta céntimos por ejemplar que vende de sus obras.

Librodot

Y como las novelas se venden uniformemente a tres francos, esta proporción, cuando se trata de autores populares, resulta muy productiva para el negociante, muy mezquina para el escritor, muy absurda para ambos.

Porque si lo que cuesta más es el primer millar, lo natural sería que los autores comenzaran a cobrar un «porcentaje» mayor después de un número determinado de ediciones vendidas.

«Esta situación -dice a su vez Gabrielle Reval hablando con un repórter- ha indignado siempre a los literatos. Maupassant tuvo, hace veinte años, la intención de romper con la rutina y convertirse en su propio editor».

No sólo Maupassant. Otros muchos novelistas de los que venden veinte, treinta o cuarenta mil ejemplares de cada una de sus obras, han comprendido la gran ventaja que le sacarían a su labor si, en vez de emplear un intermediario para darla al público, la imprimieran y la vendieran ellos mismos. El gran Zola, en más de una ocasión, habló del asunto con los Goncourt. Pero ni Zola ni nadie quiso exponerse a los riesgos de una organización comercial complicada. Imprimir no es todo, hace notar Gómez Carrillo.

Y en efecto, no es todo. ¿Pues y el envío de paquetes a los corresponsales del mundo entero, corresponsales que precisa ir formando en todas partes si se pretende vender un libro?... ¿Y la correspondencia copiosa e incesante? ¿Y la contabilidad?... ¿Y, añadiré, la falta de delicadeza de algunos señores corresponsales que se quedan con los libros y no envían jamás un céntimo al pobre autor?

Porque con los libreros las cosas andan muy derechas. Un corresponsal tiene siempre necesidad del librero que le manda constantemente determinado número de ejemplares de obras diversas. Si no paga con puntualidad, si falta del todo a sus compromisos, el librero lo rinde por hambre, no enviándole ya un solo libro nuevo, y además lo desacredita en el comercio. Pero un pobre autor ¿qué puede hacer? Necesita asociarse con varios colegas, tener un administrador activo e inteligente, constituir, en fin, la cooperativa literaria en toda forma.

De otra suerte se agotaría en nimios esfuerzos y en labores administrativas... ¿y qué cerebro iba a quedarle para escribir bellos libros?

La propia Gabrielle Reval -según Gómez Carrillo- confiesa que la tentativa revolucionaria le da resultados pingües..., pero le cuesta enormes molestias.

«Para que mi sistema, diera de sí todo lo que debe dar -dice ella- sería necesario que nos uniéramos en grupos numerosos los literatos y nos editáramos. Eso, si no me equivoco, se llama en lenguaje comercial el sistema de las cooperativas. Tratándose de escritores, la palabra puede hacer sonreír. Sin embargo, nada tiene de cómico que los trabajadores de la idea, como los trabajadores de las, fábricas, quieran agruparse para sacudir el yugo del capitalismo opresor. Los Lemerre, los Garnier, los Hachette, los Collin, no imponen sus condiciones sino porque saben que el escritor está obligado a aceptarlas. Pero que se funde una cooperativa de novelistas con una organización editorial basada en la repartición de los productos, y los editores, en general, tendrán que cambiar de sistema o que desaparecer».

Antes creo yo que se defenderán y han de defenderse encarnizadamente.

Su primer movimiento será no vender en sus librerías a los autores de la cooperativa. Pero si éstos son numerosos y populares, no habrá al cabo más remedio que ceder y abrirles camino. Cuando ello suceda -y sucederá si los escritores se unen- se habrá dado un gran paso para la emancipación de los trabajadores más nobles y quizá más tiranizados que hay en el mundo!

Librodot

- XLIV -

El casticismo melindroso

El ilustre Padre Cejador, con ese «amor» por todo lo hispanoamericano que le caracteriza, la emprende contra don Manuel Antonio Román, por lo que verán ustedes en los siguientes párrafos que transcribo:

«En el tomo II de su *Diccionario de helenismos*, que me ha regalado su erudito autor don Manuel Antonio Román, leo, a la página 46, a propósito del verbo «chocar»: «Darle la acep. de «agradar», «complacer»; tamaña barbaridad no la hemos oído ni leído en Chile, sino en Hartzenbusch y en Cejador, que en el *Diccionario del Quijote*, artículo «chocarrero», escribió: «Entre los clásicos, «chocar» significó repugnar, impresionar desagradablemente; pero ya iba tomando el valor de extrañeza, de impresionar como algo extraño, como se ve en «chocarrero», y como ya éste significa gracioso, «chocar» hoy también se toma por caer en gracia». Y añade de su cosecha, como si fuera «chocante», el erudito autor y buen amigo mío: «Pues no, señor; mal hacen, pésimamente hacen, los que acepten tan descabellada acep., y peor y repeor los que la disculpan».

»Ni acepté ni disculpé yo nada en aquel párrafo; sólo pretendí exponer hechos y darles su porqué, oficio del lexicógrafo. Que «chocar» por caer en gracia se use en toda España, sobre todo en Castilla, así como por extrañar en Aragón y por disgustar en Andalucía, es cosa averiguada.

Que estos valores de caer en gracia y de extrañar apuntasen ya en *chocarro*, *chocarrero*, *chocarrear* y en el *chucanada* de Honduras y otras partes, no lo es menos. Que no sea una barbaridad de Cejador, sino de todos los españoles, puesto que todos lo usan, y ni en el párrafo aludido lo uso ni autorizo yo, ni sé lo haya leído en ningún otro de mis escritos, cosas son que pueden probarse. Pero ya que allí ni lo aceptó ni lo disculpé, voy a aceptarlo y a disculparlo ahora, porque si los demás españoles por usarlo son bárbaros, bárbaro quiero ser yo también. Y sirva esta cita de mi buen amigo el señor Román para dar a conocer aquí su *Diccionario*, que bien merece ser conocido por la mucha erudición que encierra y los afanes que ha debido costar a su autor.

»El cual ha debido cuanto trae sobre «chocar» en el P. Juan Mir, otro trabajador incansable y benemérito de la lexicografía castellana, que merece ser más conocido y leído de lo que lo es, sobre todo por los galicistas y por los que no suelen conocer ni leer autores católicos. Que esa es la madre del cordero, por cierto harto tiñosa; los no católicos no leen a los católicos, y los católicos no leen a los que no lo son. El P. Juan Mir es jesuita, y su *Prontuario de hispanismo* y barbarismo merece leerse. Verdad que el bueno del Padre no me cita a mí donde, como en la Introducción, debiera, difiriendo tanto en principios lingüísticos, y citando a otros autores que han escrito menos; pero yo, con no ser muy aficionado a los Padres, le cito siempre que puedo y con loa. Ahora lo hago, además, para tacharle de purista demasiadamente melindroso y de no admitir evolución alguna en el castellano.

»Entre los clásicos, «chocar con» valió dar un golpe una cosa con otra, de donde acometer y embestir de golpe, lleva la contra, ir contra lo acostumbrado. De aquí tres modernas acepciones, fruto de la evolución, de las cuales sólo la primera, y a regañadientes, acepta el P. Mir, con ser la que tiene en francés, desechando las otras dos, que el francés no tiene y estaban encerradas ya, como en su botón, en los derivados chocarro, chocarrero, etc.

Librodot

»La primera es la de ofender, repugnar, disgustar, que tiene el francés y hoy se usa en España, mayormente en Andalucía: ¿Por qué chocar conmigo sin razón?» (Bretón). «No quiero chocar con la señora condesa» (Larra).

»En esta acepción y construcción no hay más que un ligero matiz de la acepción metafórica de los clásicos, porque el que va contra o lleva la contra, por lo mismo ofende y disgusta.

»Choquemos con todo el mundo, despreciando y pisando todas sus locuras y vanidades» (Muniesa). «De chocar con un grande, de arrestarse con un rico» (Niseno). «¿Pensaste que en él había de haber bonanza y ninguno que chocase con vos?» (Aguado).

«Hácenlo algunos transitivo: «Por no chocar enteramente la moda» (Azara). «Cosa que ofenda al pudor ni que choque al buen sentido» (Jovellanos).

»La segunda acepción moderna es de extrañar y ver, como cosa rara, que no es de costumbre, y se usa sobre todo en Aragón. La construcción es la transitiva anterior, de la cual salió esta segunda, porque lo extraño y no acostumbrado como que repugna y ofende. «A la primera vista tanto choca» (Duque de Rivas). «¡Disparates! Cierto que me ha chocado» (Moratín).

»La tercera acepción moderna es de caer en gracia, agradar, regocijar, usada particularmente en la meseta castellana, y nació de que siempre lo nuevo place, de modo que del extraño, y admirar lo extraño, se puso al caer en gracia y agradar. «Bastará que por ahí veas otra (mujer) que te choque» (Hartzenbusch).

»La segunda y tercera son fruto de la evolución natural semántica del idioma, y ya las tenían los derivados chocarro, chocarrero, chocarrear, como se ve por estos ejemplos: «El choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños» (Quevedo). Choca, pues, lo admirado y lo que desengaña disgustando, conforme a las dos primeras acepciones. «Caer un chocarrero en gracia de un rey» (Juan de Pineda). Aquí se ve qué propio es del chocarrero el caer en gracia sus chocarrerías, porque chocan, esto es, porque las extrañamos y nos caen por la novedad en gracia. Igual valor tiene chocarrear, que es gracejar, cierto que chocando con lo usado y común, y por lo mismo, con alguna bajeza, como el truhán y payaso; pero este mismo matiz lleva hoy el chocar por agradar, por lo extraño y no usado. «Nos regocijamos y regodeamos y nos holgamos y aun chocarreamos, (Juan de Pineda). «Chocarrearse con ellos algunos ratos» (Boscán).

»Las tres modernas acepciones del verbo «chocar» y del adjetivo «chocante» son, pues, fruto natural de la evolución. No las verá el P. Mir con buenos ojos por no hallarlas en los clásicos; pero yo, que soy tan castizo como el que más, si antes nada hice más que contar el hecho de usarlas los españoles, no sólo los eruditos, sino los populares, y declarar el porqué de su evolución semántica, ahora las acepto por ser castizas, aunque nuevas. ¿No son tan castizamente españoles los ciudadanos que ahora nacen en España como los que nacieron en el siglo XVI? Pues tan castizas son esas tres acepciones de «chocar», ya que han brotado en España de la evolución natural semántica, del valor propio que tuvo siempre este verbo, como habían brotado en *chocarro, chocarrero* y *chocarrear*. El paso de la construcción intransitiva a la transitiva es corriente en nuestro idioma, y ni nuestros clásicos melindrearon ni el pueblo melindrea en llevarla a verbos de suyo intransitivos, como *entrar, caer* y *quedar*. No hay quien las pueda tachar, por consiguiente, de no ser castizas y tan bien nacidas y venidas al mundo como el mismo que las tache, y pretender desterrarlas del castellano es empresa tan hacedera como si quisiera desterrar del mundo los automóviles, porque no los gozaron Quevedo y Cervantes, a quienes no hubiera parecido muy desagradable, creo yo, darse en ellos sus buenas carreras, riéndose de los Mires de entonces, enemigos de cuanto nuevo nace, como si Dios fuera el autor de lo viejo que

Librodot

fue y el diablo fuera su sucesor en dar vida a cuanto engendran y crían los pestilentes tiempos que corremos.

»En los de oro que pasaron el vocablo «chocante» significó el que embiste o se opone y es de genio fuerte, mal sufrido. «Ni menos mofaron de él ni burlaron, como si fuera chocante, o loco, que tales disparates decía» (Valderrama). «Ese chocante embajador de Febo» (Cervantes). En este sentido he llamado yo *chocante* al señor Román, y acaso no me entienda ni me hayan entendido los lectores. Porque es lo cierto que ya nadie lo usa sino como *chocar*, por lo que hace gracia, lo que parece extraño y lo que repugna; sólo en América vale *truhán, impertinente*, casi a la antigua y medio a la andaluza. No hay que darle vueltas: los idiomas evolucionan y no hay represa que los detenga».

Este *sólo en América vale truhán*, etc., no tiene precio.

Estoy seguro de que el desdeñoso españolismo del sabio P. Cejador el sólo en América tiene un sentido análogo a «sólo en Getafe» o algo por el estilo. América, mi buen P. Cejador, está constituida por diez y ocho naciones, y el simple hecho de que sólo en esos diez y ocho pueblos se use un vocablo o se use en determinado sentido ya sería quizá razón suficiente para adoptarlo aun en España, justamente por las razones que da el padre Cejador.

Es curiosísimo que cuando en la Península se sale la gente de lo castizo, esté muy bien pensado porque «no hay que darle vueltas, los idiomas evolucionan y no hay represa que los detenga», y en cambio cuando a los castizos nos adherimos nosotros, los pobres diez y ocho pueblos de América, ni por esto se nos trate con indulgencia.

Ello viene de una idea muy general, no sólo en el Padre Cejador, a quien, dicho sea de paso, estudio y admiro, sino en todos los hablistas de la vieja Metrópoli. Esta idea, sin las naturales formas de cortesía, pudiera expresarse así: «Los españoles hemos prestado a los hispanoamericanos la lengua que hablan, pero conste que ésta sigue perteneciéndonos por completo y que sólo nosotros sabemos usarla».

No de otra suerte algunos simpáticos madrileños, con ese mismo orgullito, harto disculpable, hanme dicho:

«Nosotros que los conquistamos a ustedes...» A lo que yo he respondido con mi habitual sonrisa: ¡Qué nos iban a conquistar ustedes, hombre! Los mexicanos somos descendientes de aquellos españoles osados, aventureros, que jamás conocieron el miedo, que lucharon con todas las intemperies y todas las asechanzas de las tierras desconocidas y se establecieron allá y allá nos engendraron. ¡Vosotros, los que os habéis quedado en la Puerta del Sol bebiendo mal café y criticando al Gobierno, no nos conquistasteis, vive Dios! ¡Sois nuestros hermanos muy queridos, pero nuestros padres... ca!

¿Será preciso repetir al notable P. Cejador este clisé de que el idioma es tan nuestro como de los castellanos? ¿Será preciso insistir en que en Buenos Aires, en México, en Lima, Guatemala, la Habana o Bogotá la lengua tiene el propio derecho que en España para evolucionar o no?

Volviendo al verbo *chocar*, debe saber el Padre Cejador que en toda América se usa en el sentido clásico de repugnar, impresionar desagradablemente, como quiere el señor Román, y si no ha de aplicársenos la ley del embudo, entiendo que todos los clásicos y además diez y ocho naciones (sin contar la Isla de Puerto Rico), que en junto tienen tres veces más habitantes que España y los mismos derechos que ella, si no imponen la ley a Castilla, merecen cuando menos que se respeten sus usos lingüísticos.

Librodot

¿Por qué el P. Cejador, delicioso y consumado arcaísta en cuyos escritos hay una prodigalidad tal de voces que ya no se usan, o se usan sólo en muy determinadas regiones de España y que acaso enturbien la claridad de su vigoroso estilo, ve con tanto desdén nuestros arcaísmos?

¿Por qué, en cambio, se escandaliza y enoja si nos pilla a los americanos con un barbarismo en los labios, cuando harta ocupación tendría con expurgar el lenguaje de Castilla de galicismos innumerables que lo afean, sobre todo desde que es *chic* hablar en galiparla?

¿Y por qué admite con tanta facilidad que un verbo que en España tenía un sentido tan opuesto al que ahora se le da, siga, no obstante, siendo ortodoxo, y en cambio nosotros no disfrutemos casi ni del derecho de cambiar un tantico así la significación de una palabra?

¡Ah! son muchos porqués estos para mi sabio y atareado amigo, pero a todos ellos pudiera responderse con un porqué capital. Porque los veinte millones de españoles, señor Nervo, aunque hablemos el castellano como un catalán, un canario o un gallego, tenemos todos los derechos y ustedes no tienen ninguno.

- XLV -

Uniformidad de léxico

Una casa editora de París está trabajando en firme para posesionarse por completo del comercio de libros españoles en América, y como pudiera tachársele su extranjerismo, despliega cierto celo por el idioma, digno de tenerse en cuenta.

Desde luego pretendo nada menos que esto: uniformar nuestra manera de hablar en América y en España.

Para ello, y en cuanto topa con un vocablo regional, lo suprime sin piedad, a menos que se trate de regionalismos aceptados por la Academia.

Las frases citadas en idioma extranjero no alcanzan tampoco misericordia. Hay que buscarles su equivalente: ¿Que no lo tienen? Pues se les busca a pesar de todo. ¡Deben tenerlo! ¿Qué es eso de que en castellano no haya palabras para traducir las francesas?

-¿Pero y el matiz? -protestan los escritores susceptibles-. ¿No comprende usted que esta palabra española no tiene el mismo matiz que la francesa?

-¡Véngame a mí con matices! Aquí no estamos en una tintorería, sino en una casa editora. El matiz, que se lo lleve el diablo -responde el irascible editor.

En un libro mío decía yo, por ejemplo, *burla burlando*, que la vaca era un animal demasiado burgués, demasiado *pot-au-feu* buscando justamente en el calificativo francés el equívoco, necesariamente, cómico, a que da lugar lo *pot-au-feu*, tratándose de una vaca...

Pero fueron implacables y me tradujeron el *pot-au-feu* por la palabra... casero. La vaca resultaba por tanto muy casera... ¡la pobre que jamás ha tenido casa!

Sin embargo, no pretendo reír del intento.

Quienes lo abrigan dicen que es preciso que todo lo que en ese caso se publique vaya de acuerdo con el diccionario de la Academia, y esto lo encuentro yo muy razonable, no porque el diccionario de la Academia valga gran cosa, que todos sabemos lo contrario, sino porque, malo como es, constituye de todas suertes algo como el Código oficial del idioma. Si se quiere una pauta, hay que atenerse a él, ya que para huir de la anarquía hemos de acatarlo.

Librodot

Pero, digo yo, ¿qué va a hacerse con dos clases de palabras: los regionalismos que expresan algo que no tiene expresión adecuada en España y los nombres técnicos de nuevos inventos? Respecto de los regionalismos, nunca ha sido vitando usarlos en el caso indicado arriba, ni a nadie se le ha ocurrido criticárselos a los buenos autores españoles, no obstante que hay algunos tan peculiares, que saliendo de la comarca donde se usan no los entiende ni Dios Padre.

Justamente don Marcelino Menéndez Pelayo, hablando de don José María de Pereda en su discurso leído el 23 de enero pasado, en el acto de la inauguración del monumento al ilustre escritor, dice: «Sus libros son tan locales, que para los españoles mismos necesitan glosario».

¿Es esto loable porque se trata de un Pereda y reprobable cuando se trata de un hispanoamericano?

Ya se ve que esa frondosidad del idioma, pródiga en vocablos, no puede menos que dañar a la limpidez del estilo, pero no es ésta una razón para condenar los giros regionales. Será razón para que el autor no los use sin necesidad.

Cuando es necesario, no sólo por lo que expresa, sino por la fisonomía especial que da a descripciones locales tan bellas y bien logradas como las que se encuentran en las mejores novelas mexicanas (*La Parcela*, *La Calandria*, *La Bola*, etc.), ¿qué se va a hacer sino acatar y aplaudir el regionalismo?

Claro que la tendencia de cada país ha de ser repudiar los vocablos especiales de los otros países; pero si la Academia Española fuere menos perezosa, ya se encargaría eficazmente de ir adoptando los regionalismos que no tienen sus análogos en castellano y de rechazar los demás.

Esto lo hace la Academia con extremada flema y languidez y tan de tarde, que su labor resulta inoportuna.

Pero su lentitud es más censurable todavía cuando se trata de los términos científicos que designan nuevos inventos.

Preguntaba yo al corrector de la casa editora a que he venido refiriéndome:

-Y si se encuentra usted una palabra referente a las nuevas máquinas, a los aeroplanos, por ejemplo, ¿también la suprime usted porque no está en el diccionario?

-No, señor.

-Entonces tiene usted que buscarle una designación castellana.

-Sí, señor.

-¿Y si esa designación no cuadra al vecino de enfrente?

-Que él invente otra.

-¿Y la uniformidad, en qué queda?

-¡Ah! Señor mío, hay que encontrar un verbo adecuado para eso que hacen los aeroplanos cuando... cuando... permítame usted el barbarismo, cuando planean.

-Yo pondría uno: *planivolar*.

-*Planivolar*... perfectamente, muy bonito, me gusta la mar... ¡Lástima que no tenga usted ni la autoridad ni la publicidad suficientes para imponerlo!

-¡Qué le vamos a hacer!

-A mí se me ocurriría que la Academia tuviese una comisión activa, destinada a castellanizar, luego de aparecidas, las palabras nuevas que por fuerza tenemos que usar, como estas que se refieren a vehículos, a máquinas, a utensilios indispensables.

-Excelente idea.

-De esta suerte la gente sabría a qué atenerse desde luego, porque se entiende que la tal comisión daría a sus *ukases* lingüísticos la necesaria publicidad.

Hay muchos bien intencionados, deseosos de vivir en paz con el idioma, los cuales adoptarían inmediatamente todo vocablo castizo o castellanizado que se le diese en lugar de un extranjerismo. Pero los míseros generalmente no saben cómo llamar en cristiano viejo las cosas, y como tienen que decirlas de cualquier modo, las dicen como las oyen, eso sí, santiguándose escandalizados:

-...¿No encuentra usted que una comisión así sería más útil en las Academias que todas las nimiedades filológicas en que se pasan el tiempo los inmortales?

-¡Ya lo creo!

-Pues sugiera usted que se nombre, si se quiere uniformar el idioma, porque de otra suerte, a fuerza de injertos extranjeros, hechos inconsideradamente por escritores y traductores ignorantes, en vez de una lengua y noble como la que tenemos, nos vamos a encontrar un día de éstos con tantos dialectos como países hablaban el castellano.